

LA JOVEN DEL ACANTILADO

Lucinda Riley



se

Para Stephen

Así seguimos luchando, barcos contra corriente,
arrastrados sin cesar hacia el pasado.

F. SCOTT FITZGERALD
El gran Gatsby

Aurora

Yo soy yo.
Y voy a contarte una historia.

Las palabras que acabas de leer son las más difíciles para cualquier escritor, o por lo menos eso es lo que tengo entendido.

Dicho de otra manera: el comienzo de la obra. Para el comienzo de la mía, he plagiado el primer intento de escribir un texto de mi hermano menor, cuya frase inicial siempre me ha impactado por su simplicidad.

O sea que ya he empezado.

Debo advertirte que no soy una escritora profesional. De hecho, no recuerdo cuándo fue la última vez que escribí algo. Lo mío siempre había sido el lenguaje corporal, pero como ya no puedo moverme, he decidido expresarme con la mente.

No escribo esto con la intención de presentarlo para que se publique, sino por un motivo que está mucho más relacionado con el egoísmo. Me encuentro en esa etapa de la vida que todo el mundo teme: la de tener que llenar mis días con el pasado porque me queda poco futuro.

Por lo menos así tengo algo que hacer.

Y creo que mi historia, una historia que también es la de mi familia y que se remonta a casi cien años antes de que yo naciera, resulta interesante.

Ya sé que todo el mundo piensa eso de su propia historia. Y es cierto; todo ser humano tiene una existencia fascinante, con un gran reparto que incluye personajes buenos y malos.

Y casi siempre, en algún momento, entra en juego la magia.

Me pusieron el nombre de la princesa de un famoso cuento de hadas. Tal vez por ese motivo siempre he creído en la magia. Y al hacerme mayor me he

dado cuenta de que los cuentos de hadas son una alegoría de la gran danza de la vida que todos representamos desde el mismo instante que nacemos.

Y de la que no podemos escapar hasta el día que morimos.

Bueno, querido lector (me dirijo a ti de ese modo porque si estás leyendo esto quiere decir que se ha publicado), deja que te cuente mi historia.

Puesto que muchos de los personajes murieron antes de que yo naciera, haré todo lo posible por usar bien la imaginación para resucitarlos.

Mientras permanezco aquí sentada, meditando sobre la historia que voy a contarte y que ha llegado hasta mí a lo largo de dos generaciones, me doy cuenta de que hay un tema recurrente. Ese tema, por supuesto, es el amor y las elecciones que todos hacemos por su causa.

Puede que pienses de inmediato que me refiero al amor entre un hombre y una mujer, y en gran parte es así, sin duda. Pero existen otras formas de amor importantísimas que tienen la misma fuerza; por ejemplo, el que un padre o una madre siente por un hijo. Y también hay un amor obsesivo y destructivo, un amor que causa estragos.

El otro tema recurrente de esta historia es el té, que se toma en grandes cantidades. Pero bueno, ahora ya estoy divagando. Discúlpame, es lo que suele ocurrir cuando uno se hace viejo. Mejor continúo.

Te guiaré a lo largo de la narración e iré haciendo incisos cuando lo crea necesario para explicar algo con más detalle, pues la historia es compleja.

Creo que, para complicar un poco más las cosas, empezaré más bien hacia el final, cuando era una niña de ocho años huérfana de madre y me encontraba en la cima de un acantilado situado sobre la bahía de Dunworley, mi lugar favorito del mundo.

Érase una vez...

1

Bahía de Dunworley, West Cork, Irlanda

La pequeña figura se encontraba peligrosamente cerca del borde del lacantilado. Su hermoso y abundante cabello pelirrojo ondeaba tras ella impulsado por el fuerte viento. Una prenda de fino algodón blanco la cubría hasta los tobillos y dejaba al descubierto sus pequeños pies descalzos. Tenía los brazos extendidos y rígidos, con las palmas de las manos dirigidas hacia la masa espumeante del mar de color gris que se extendía ante ella, y el pálido rostro mirando al cielo, como si estuviera ofreciéndose en sacrificio a los elementos de la naturaleza.

Grania Ryan se detuvo y la observó, hipnotizada por la visión espectral. Tenía los sentidos demasiado embotados para dilucidar si lo que veía ante sí era real o imaginario. Cerró los ojos durante una fracción de segundo; luego volvió a abrirlos y vio que la figura seguía allí. Tras enviar los mensajes apropiados a su cerebro, avanzó indecisa unos cuantos pasos.

Al aproximarse, descubrió que la figura era simplemente una niña y que la prenda de algodón blanco era un camisón. Observó las negras nubes de tormenta que se cernían sobre el mar y notó en las mejillas las primeras gotitas saladas que anunciaban una lluvia inminente. La fragilidad de aquel pequeño ser ante la violencia de su entorno hizo que apresurara el paso hacia la niña.

Ahora el viento le azotaba los oídos y había empezado a expresar su furia. Grania se detuvo a diez metros de la niña, que seguía sin moverse. Vio que, con los pequeños dedos de los pies de color morado, se aferraba estoicamente a la roca mientras el vendaval procedente del mar la golpeaba y zarandeaba su cuerpo menudo como si fuera un joven sauce. Se acercó más a la niña y se

detuvo justo detrás de ella, sin saber qué hacer a continuación. Su primer impulso fue echar a correr y sujetarla, pero si la niña se sobresaltaba y daba media vuelta, un paso en falso podía provocar una tragedia inimaginable y arrastrar a la niña a una muerte segura contra las rocas cubiertas de espuma treinta metros más abajo.

Grania se quedó allí plantada, inmovilizada por el pánico mientras trataba desesperadamente de idear la mejor forma de librarla del peligro. Y entonces, antes de que tuviera tiempo de tomar ninguna decisión, la niña se dio la vuelta despacio y se la quedó mirando con expresión vacía.

En un acto reflejo, Grania extendió los brazos.

—No te haré daño, te lo prometo. Acércate a mí y estarás a salvo.

La niña siguió mirándola sin moverse del borde del acantilado.

—Si me dices dónde vives, te acompañaré a casa. Ahí te vas a matar. Por favor, deja que te ayude —suplicó Grania.

Dio otro paso adelante y de repente, como si acabara de despertar de un sueño, en el rostro de la niña apareció una expresión de terror. Al cabo de un instante, se volvió hacia ella y echó a correr por el borde del acantilado, alejándose de Grania hasta desaparecer de su vista.

—Ya estaba a punto de enviar a la patrulla de rescate a buscarte. Se avecina una tempestad de las buenas, te lo digo yo.

—Mamá, tengo treinta y un años y llevo diez viviendo en Manhattan —repuso Grania con brusquedad tras entrar en la cocina y colgar la chaqueta mojada encima de los fogones de la Rayburn—. No hace falta que te preocupes por mí. Ya soy mayorcita, ¿recuerdas? —Se acercó sonriendo a su madre, que estaba poniendo la mesa para cenar, y la besó en la mejilla—. De verdad que no hace falta.

—Es posible, pero sé de auténticos hombretones que se han caído del acantilado por culpa de un vendaval así. —Kathleen Ryan señaló por la ventana de la cocina el furor del viento, que estampaba contra el cristal las ramas marrones desprovistas de flor de la glicinia—. Acabo de hacer té. —Kathleen se secó las manos con el delantal y se dirigió a la cocina económica—. ¿Te apetece una taza?

—Sí, muchas gracias, mamá. ¿Por qué no te sientas y descansas un poco? Yo serviré el té para las dos. —Grania guio a su madre hacia una silla, la retiró y la ayudó a sentarse con suavidad.

—Pero solo cinco minutos, ¿eh? Los muchachos llegarán a las seis y querrán tener la cena a punto.

Mientras Grania llenaba dos tazas de un té muy concentrado, arqueó las cejas en silencio pensando en cómo su madre había consagrado la vida a atender a su marido y a su hijo. En los diez años transcurridos desde que ella se marchara nada había cambiado; Kathleen siempre había consentido a sus hombres, siempre había dado prioridad a sus necesidades y deseos. Sin embargo, el contraste de la vida de su madre con la propia, en la que la emancipación y la igualdad entre los dos sexos eran lo habitual, incomodaba a Grania.

Aun así... a pesar de todo lo liberada que ella se sentía de lo que muchas mujeres modernas considerarían una tiranía masculina obsoleta, ¿cuál de las dos, madre o hija, vivía más feliz? Grania suspiró con tristeza mientras añadía leche al té de su madre. Sabía cuál era la respuesta a esa pregunta.

—Aquí tienes, mamá. ¿Te apetece una pasta? —Grania situó la lata frente a Kathleen y la abrió. Como siempre, estaba llena hasta los topes de bocaditos de nata, bizcochos de chocolate y galletas de mantequilla. Otra de las costumbres de su niñez, que seguro que sus coetáneas de Nueva York, siempre preocupadas por la figura, observarían con tanto horror como si se tratara de un artefacto nuclear.

Kathleen tomó dos.

—Coge una tú también, para hacerme compañía —dijo—. Ni que decir tiene que con lo que comes no sobreviviría ni un ratoncillo.

Grania hizo lo que su madre le pedía y mordisqueó una pasta mientras pensaba que los diez días transcurridos desde su vuelta a casa se los había pasado con la sensación de estar completamente saciada de alguna de las abundantes especialidades culinarias de su madre. Aun así, consideraba que llevaba una alimentación más sana que la mayoría de las mujeres de Nueva York que conocía. Además, ella utilizaba el horno para lo que realmente servía, y no solo como un práctico rincón donde almacenar bandejas.

—El paseo habrá servido para que te despejes un poco, ¿no? —aventuró

Kathleen mientras se lanzaba a por la tercera pasta—. Yo siempre salgo a dar un paseo cuando algún problema me trae de cabeza, y cuando vuelvo ya tengo la solución.

—Pues... —Grania dio un sorbo de té— he visto una cosa rara ahí fuera, mamá. Una niña de unos ocho o nueve años en camisón estaba en el borde mismo del acantilado. Tenía una melena pelirroja muy bonita, larga y rizada. Parecía sonámbula, porque cuando me he aproximado a ella se ha dado la vuelta y tenía la mirada... —buscó la palabra apropiada— vacía. Daba la impresión de que no me veía. Entonces se ha despertado y ha echado a correr por el camino del acantilado como un conejo asustado. ¿Sabes quién puede ser?

Grania observó que el rostro de su madre perdía el color.

—¿Te encuentras bien, mamá?

Kathleen se estremeció y pareció reaccionar. A continuación miró a su hija.

—¿Dices que la has visto hace unos minutos mientras paseabas?

—Sí.

—Virgen santísima. —Kathleen se santiguó—. Han vuelto.

—¿Que han vuelto? ¿Quiénes, mamá? —preguntó Grania, preocupada por lo afectada que parecía su madre.

—¿Por qué habrán venido? —Kathleen observó la oscuridad a través de la ventana—. ¿Qué querrán? Creía... Creía que por fin había terminado todo, que se habían marchado para siempre. —Kathleen aferró la mano de Grania—. ¿Estás segura de que has visto a una niña? ¿No era una adulta?

—Estoy convencida, mamá. Tal como te he dicho, debía de tener ocho o nueve años. Me preocupaba que pudiera pasarle algo malo; iba descalza y parecía estar helada. A decir verdad, hasta me he planteado si estaba viendo a un fantasma.

—Pues más o menos, Grania; eso es en efecto lo que has visto —masculló Kathleen—. Debe de hacer pocos días que andan por aquí. El viernes pasado tuve que cruzar la colina y pasé junto a la casa. Eran las diez de la noche y no se veía luz en ninguna ventana, o sea que no había nadie.

—¿De qué casa me hablas?

—De Dunworley.

—¿El caserón que está justo en la cima del acantilado, más arriba de nuestra granja? —preguntó Grania—. Lleva muchos años abandonado, ¿no?

—Es cierto que cuando tú eras pequeña no vivía nadie allí, pero... — Kathleen suspiró—. Regresaron después de que te mudaras a Nueva York. Y entonces, cuando lo del... accidente, volvieron a marcharse. Todos estábamos convencidos de que no los veríamos nunca más por aquí. Ni falta que hacía —añadió—. Esa familia y la nuestra están enfrentadas por una historia de hace muchos años. En fin. —Kathleen dio una palmada en la mesa y se dispuso a levantarse—. Lo pasado, pasado está. Te aconsejo que te mantengas alejada de esa gente, no hacen más que traernos problemas, te lo digo yo.

Grania observó a su madre dirigirse a la cocina económica. Estaba muy seria mientras sacaba de uno de los hornos la pesada cacerola de hierro fundido que contenía la cena.

—Si esa niña tiene madre, sería mejor que supiera que ha estado en peligro, ¿no te parece? —dijo, tanteando el terreno.

—No tiene madre. —Kathleen removi6 el estofado con la cuchara de madera a ritmo regular.

—¿Murió?

—Sí.

—Ah, ya... ¿Y quién cuida de la niña?

—No me preguntes cómo se las arreglan para organizarse en casa. — Kathleen se encogió de hombros—. No es asunto mío y no quiero saberlo.

Grania arrugó la frente. La actitud de su madre en nada se parecía a como solía reaccionar habitualmente. El gran corazón de una madraza como Kathleen sufría por cualquier criatura viviente en apuros. Era la primera persona a quien tanto la familia como los amigos acudían cuando tenían un problema y necesitaban ayuda. Sobre todo si había algún niño implicado.

—¿Cómo murió su madre?

La cuchara de madera cesó de dar vueltas en la cacerola y se hizo el silencio. Al final Kathleen exhaló un profundo suspiro y se volvió hacia su hija.

—Bueno, supongo que si no te lo cuento yo, pronto te enterarás por alguna otra persona. Se quitó la vida, eso es lo que pasó.

—¿Quieres decir que se suicidó?

—Exacto, Grania.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Se tiró de lo alto del acantilado hace cuatro años. Encontraron el cadáver al cabo de dos días, cuando la corriente lo arrastró hasta la playa de Inchydoney.

Esa vez fue Grania quien guardó silencio. Al final se decidió a formular una pregunta.

—¿Desde dónde se tiró?

—Por lo que deduzco, probablemente desde donde hoy has visto a su hija. Me parece que Aurora estaba buscando a su madre.

—¿Sabes su nombre?

—Pues claro; no es ningún secreto. La familia Lisle era propietaria de todo Dunworley, incluida esta casa. Muchos años atrás, eran los amos y señores de toda la zona. En los años sesenta vendieron las tierras, pero conservaron la casa de lo alto del acantilado.

—He visto ese nombre en alguna parte. Lisle...

—En la iglesia del pueblo hay muchas tumbas de la familia. Una es la de la madre de Aurora.

—¿Habías visto alguna vez a esa pequeña paseándose por el acantilado?

—Fue por eso por lo que su padre decidió llevársela de aquí. Cuando su madre murió, la pobre niña no hacía más que pasearse por el acantilado llamándola. Diría que el dolor la volvió medio loca.

Por la expresión de su madre, Grania observó que se había serenado un poco.

—Pobrecilla —musitó.

—Sí, la estampa era lamentable, y la niña no se merecía para nada una cosa así. Pero esa familia arrastra una especie de maldición. Hazme caso, Grania, no te mezcles con ellos.

—¿Por qué habrán vuelto? —musitó Grania casi para sí.

—A los Lisle no hay quien los entienda. Ni lo sé ni me interesa. Bueno, ¿qué te parece si haces algo de provecho y me ayudas a poner la mesa para la cena?

Grania subió a su dormitorio nada más dar las diez, tal como hacía todas las noches desde que había vuelto a casa de sus padres. En la planta baja, su madre andaba ocupada por la cocina poniendo la mesa para el desayuno mientras su padre dormitaba en una silla frente al televisor y su hermano Shane se encontraba en el pub del pueblo. Entre los dos hombres dirigían la granja de doscientas hectáreas, destinada sobre todo a la ganadería lechera y lanar. A sus veintinueve años, el «chico», nombre con el que seguían llamando cariñosamente a Shane, no parecía tener ninguna intención de formar su propio hogar. Ahora salía con una mujer, ahora con otra, pero rara vez llegaban a cruzar el umbral de la granja de sus padres. A Kathleen le sorprendía que su hijo siguiera soltero, pero Grania sabía que en el fondo se sentiría perdida sin él.

Se coló entre las sábanas y escuchó la lluvia que tamborileaba en el cristal de la ventana mientras pensaba que ojalá la pobre Aurora Lisle se encontrara a cobijo, calentita y segura. Cogió un libro y empezó a hojearlo, pero no hacía más que bostezar, incapaz de concentrarse. Tal vez fuera cosa del clima más fresco de Irlanda, que le provocara somnolencia; en Nueva York no solía acostarse antes de medianoche.

Al contrario que Aurora, Grania apenas recordaba una noche de su infancia en que su madre se hubiera ausentado. Y si alguna vez la misericordia la había obligado a pernoctar fuera de casa para cuidar de un paciente enfermo, lo había dejado todo organizado con una precisión castrense para que la familia no pasara hambre ni se encontrara la ropa sin lavar. En cuanto a su padre, Grania dudaba que hubiera dormido una sola noche en una cama que no fuera la suya durante los treinta y cuatro años que llevaba casado. Absolutamente todas las mañanas se levantaba a las cinco y media y se marchaba al cobertizo para ordeñar las vacas, y siempre regresaba a casa al anochecer. Marido y mujer sabían en todo momento dónde se encontraba el otro. Sus vidas eran como una sola; dos seres unidos e inseparables.

Y la sustancia que los mantenía unidos eran sus hijos.

Cuando ocho años atrás Matt y ella se fueron a vivir juntos, dieron por sentado que algún día tendrían hijos. Y, como cualquier pareja moderna, esperando el momento oportuno se habían dedicado de lleno a acumular

experiencias y a impulsar sus respectivas carreras, y habían vivido rápida e intensamente mientras podían.

Entonces, una mañana Grania se despertó y, como todos los días, se enfundó los pantalones de deporte y la sudadera con capucha y salió a hacer footing. Bordeó el río Hudson hasta Battery Park y se detuvo en Winter Gardens para deleitarse con un café con leche y un donut. Allí fue donde ocurrió; mientras tomaba el café a pequeños sorbos echó un vistazo al cochecito de bebé situado junto a la mesa contigua. Dentro había un niño recién nacido durmiendo profundamente. A Grania la invadió una necesidad repentina y acuciante de tomar al bebé en brazos y arrimar la suave y sedosa cabecita contra su pecho con afán protector. Cuando la madre le sonrió con nerviosismo y luego se puso en pie y apartó el cochecito para evitar su indeseada atención, Grania volvió a casa con la respiración entrecortada a causa de la emoción que la agitaba por dentro.

Al principio creía que se trataba de algo momentáneo y pasó el día inmersa en su estudio, dedicándose a modelar la blanda arcilla marrón para dar forma a la última obra que le habían encargado. Sin embargo, el sentimiento no disminuyó.

A las seis, salió del estudio, se dio una ducha y se puso ropa apropiada para la inauguración de una galería de arte a la que iba a asistir esa noche. Se sirvió una copa de vino y se dirigió a la ventana desde donde se veían brillar las luces de New Jersey al otro lado del río Hudson.

—Quiero tener un bebé.

Grania dio un gran sorbo de vino, y soltó una risita ante las absurdas palabras que acababa de pronunciar. Por eso volvió a decirlas, para asegurarse de que le sonaban bien.

Y así fue. No solo le sonaban bien, sino que le parecían de lo más naturales, como si toda la vida hubiera tenido esa idea en la cabeza y, de repente, los motivos para ignorarla se hubieran desvanecido y le parecieran ridículos.

Grania fue a la inauguración de la galería, charló con el habitual círculo de artistas, coleccionistas y aficionados a romper moldes que solían asistir a esos eventos. Sin embargo, en su fuero interno no paraba de dar vueltas a las cuestiones prácticas de la decisión que había tomado hacía un rato y que iba a

cambiarle la vida. ¿Tendrían que trasladarse? No, probablemente de momento no; el loft que ocupaban en TriBeCa era bastante espacioso y no costaría mucho transformar el estudio de Matt en una habitación infantil. De todos modos, lo usaba muy poco porque prefería llevarse el ordenador portátil a la sala de estar y trabajar allí. Vivían en un cuarto piso, pero el montacargas era lo bastante grande para alojar un cochecito de bebé. En Battery Park, que disponía de una zona de juegos bien equipada y donde se respiraba el aire fresco del río, resultaba fácil moverse a pie. Grania trabajaba en una habitación en casa, así que, aunque tuvieran que contratar a una niñera, en cuestión de segundos podía plantarse junto al bebé si era necesario.

Trepó a la enorme cama ocupada solo por ella y suspiró irritada pensando que tendría que guardarse los planes y la emoción para si un poco más de tiempo. Matt se había marchado de viaje la semana anterior y aún tardaría un par de días en regresar a casa. Y esas cosas no se decían por teléfono. Al final se quedó dormida de madrugada, imaginando la mirada llena de orgullo de Matt cuando le pusiera en los brazos a su hijo recién nacido.

Por fin regresó del viaje, y se mostró tan emocionado como ella con la idea. Se habían puesto manos a la obra de forma inmediata y muy placentera para hacer realidad sus planes; a ambos les entusiasmaba tener un proyecto secreto común que los uniría y fortalecería su relación, tal como les había sucedido a los padres de Grania. Era la pieza que faltaba a su rompecabezas y que los fundiría de una vez por todas en una unidad homogénea y mutuamente dependiente. En definitiva, en una familia.

Grania yacía tendida en la estrecha cama de su niñez, escuchando el viento aullar con furia alrededor de los sólidos muros de piedra de la granja. Estiró el brazo para coger un pañuelo de papel y se sonó la nariz con fuerza.

De aquello hacía un año. Y la cruda realidad era que el «proyecto común» no los había unido sino que había destruido la relación.

Cuando Grania se despertó a la mañana siguiente, la tormenta de la noche se había desvanecido como un recuerdo y se había llevado los nubarrones grises. El sol había hecho una rara aparición invernal; iluminaba el ondulado paisaje que se extendía frente a la ventana y confería nitidez al verde infinito de las praderas que rodeaban la granja salpicado de los puntitos blancos y lanosos de las ovejas que pacían en ellas.

Sabía por experiencia que el panorama no tardaría en cambiar; el sol de West Cork era igual que una diva caprichosa: aparecía en el escenario para honrarlo con una actuación especial e inundarlo de gloria y luego desaparecía con tanta rapidez como había llegado.

La lluvia incesante de los últimos diez días le había impedido cumplir con su rutina diaria de salir a hacer footing de buena mañana, así que saltó de la cama y revolvió la maleta que todavía no había deshecho en busca de la sudadera con capucha, los leggings y las zapatillas de deporte.

—Hoy te has espabilado temprano —comentó su madre cuando Grania bajó a la cocina—. ¿Quieres papilla de avena?

—La tomaré cuando vuelva. Voy a correr un rato.

—Bueno, no te canses mucho. Me parece que no tienes muy buen aspecto; no se te ve ni un poco de color en las mejillas.

—Precisamente por eso salgo a correr, mamá. —Grania reprimió una sonrisa—. Hasta luego.

—No cogerás frío, ¿verdad? —gritó Kathleen a su hija, que ya se perdía en la distancia. Observó desde la ventana de la cocina cómo Grania recorría el estrecho camino formado en los prados por un antiguo muro de mampostería, que acababa desembocando en la carretera y empalmaba con el

camino que ascendía a los acantilados.

Cuando Grania llegó de Nueva York, su aspecto impresionó a Kathleen. En los tres años transcurridos desde que la viera por última vez, su bella y rozagante hija, que siempre había atraído miradas con aquel cutis de seda, aquel pelo rubio y ensortijado y aquellos ojos expresivos de color turquesa, parecía haber perdido vitalidad. Tal como le comentó a John, su marido, ahora Grania parecía una camisa de color rosa vivo que se hubiera mezclado por error con una colada oscura. El resultado era un aspecto desvaído y ceniciento que apenas recordaba vagamente al anterior.

Kathleen sabía cuál era el motivo. Grania se lo había contado cuando la telefoneó desde Nueva York para preguntarle si podía pasar una temporada en casa. Ella había dicho que sí, por supuesto; estaba encantada ante la oportunidad inesperada de poder compartir un poco de tiempo con su hija. Sin embargo, no entendía las razones que habían impulsado a Grania a obrar de ese modo; a buen seguro lo que su marido y ella necesitaban en un momento así era estar juntos para ayudarse mutuamente a soportar el dolor, no que hubiera medio planeta de distancia entre ellos.

Matt, que era un encanto, llamaba todas las noches para hablar con Grania, pero ella se empeñaba en no ponerse al teléfono. Kathleen siempre había sentido debilidad por él; con aquel aspecto atractivo y pulcro, aquel suave acento de Connecticut y aquellos modales impecables, Matt le recordaba a los galanes del cine con quienes soñaba de jovencita. A Robert Redford; a él era a quien se parecía en su opinión. No alcanzaba a comprender por qué Grania no se había casado con él años atrás. Y ahora su hija, tan terca como siempre que alguien le iba detrás, estaba a punto de perderlo para siempre.

Kathleen no había recorrido mucho mundo, pero sí conocía a los hombres y su amor propio. No estaban hechos de la misma pasta que las mujeres, no tenían la misma capacidad de soportar el rechazo, y si de algo estaba segura era de que pronto dejaría de sonar el teléfono todas las noches y Matt se daría por vencido.

A menos que hubiera algo que ella desconocía...

Suspiró mientras tiraba los restos del desayuno de los platos y los amontonaba en el fregadero. Grania era su niña mimada, la única del clan

Ryan que había volado del nido y había hecho todo lo posible porque su familia, en especial su madre, se enorgulleciera de ella. Era por ella por quien todos los parientes preguntaban; leían con detenimiento los recortes de periódicos que Grania les enviaba, donde se detallaba la última exposición que había hecho en Nueva York, y se mostraban fascinados ante los adinerados clientes que le encargaban que inmortalizara en bronce los rostros de sus hijos o sus mascotas...

Triunfar en Norteamérica; ese seguía siendo el sueño supremo de los irlandeses.

Kathleen secó los cuencos y los cubiertos y los guardó en el aparador de madera. Nadie tenía una vida perfecta, por supuesto; eso ya lo sabía. Hacía tiempo que daba por sentado que Grania no albergaba el deseo de notar las pataditas de unos pies diminutos en su interior, y lo había aceptado. ¿Acaso no tenía un hijo fuerte y apto para darle nietos un día u otro? Pues bien, al parecer se equivocaba. Grania, con su sofisticado estilo de vida en lo que a Kathleen se le antojaba el centro del universo en Nueva York, echaba en falta tener hijos. Y mientras no vinieran, no sería feliz.

Kathleen no podía evitar pensar que se lo había buscado. Por muchas moderneces químicas que se hubieran inventado para ayudar a que ocurriera el milagro de la naturaleza, no había sustituto posible de la juventud. Ella tenía diecinueve años cuando concibió a Grania. Y en cuestión de dos años se sentía en perfectas condiciones de vérselas con otro bebé. Grania, en cambio, ya había cumplido los treinta y uno. Y creyeran lo que creyesen esas mujeres modernas con carrera, era imposible tenerlo todo.

Así, aunque sentía que su hija hubiera perdido al bebé, era una forma de que se contentara con lo que tenía y no buscara lo que no podía tener. Con ese pensamiento en la cabeza, Kathleen se dirigió a la planta superior para hacer las camas.

Grania se dejó caer en una roca húmeda y cubierta de musgo para recobrar el aliento. Resoplaba y jadeaba como una anciana; era obvio que el aborto y la reciente falta de ejercicio se hacían sentir. Apoyó la cabeza entre las piernas mientras recobraba el aliento y daba patadas con las zapatillas de deporte a

los desiguales montículos que los hierbajos formaban junto a sus pies y que se negaban en redondo a abandonar las fuertes raíces que los sujetaban muy por debajo de la superficie del terreno. Ojalá el pequeño ser que había albergado en su interior hubiera hecho lo mismo.

Cuatro meses... Justo cuando Matt y ella creían que por fin la cosa había llegado a buen puerto; porque todo el mundo sabe que esa etapa ya se considera segura. Y Grania, que hasta ese momento había vivido obsesionada, había empezado a relajarse y a dar rienda suelta a la inminente y tan deseada idea de convertirse en madre.

Matt y ella habían comunicado la noticia a los abuelos de ambas partes. Elaine y Bob, los padres de Matt, los habían llevado a L'Escale, cerca de la enorme casa que poseían en la urbanización privada de Belle Haven, en Greenwich, y Bob les había preguntado sin rodeos cuándo pensaban celebrar su tan anhelado matrimonio ahora que Grania estaba esperando un bebé. A fin de cuentas, iban a ser abuelos por primera vez, y Bob les había dejado clarísimo que el pequeño debía llevar el apellido de la familia. Grania había reaccionado poniéndose a la defensiva; se enfurecía mucho cuando se sentía entre la espada y la pared, sobre todo si era por culpa del padre de Matt. Así que respondió que Matt y ella todavía tenían que hablarlo.

Una semana más tarde, en su loft de TriBeCa, el interfono anunció la llegada de una furgoneta de Bloomingdale's que transportaba todo lo necesario para montar la habitación del bebé. Grania, que era demasiado supersticiosa para guardar las cosas en el piso, les había indicado que lo dejaran todo en el sótano, donde lo almacenarían hasta que se acercara la fecha prevista. Al observar las cajas que iban quedando apiladas en un rincón, se dijo que Elaine no había olvidado nada de nada.

—Ya no hace falta que me moleste en ir a Bloomingdale's para elegir la cuna, o decidir qué marca de pañales me gusta más —había soltado Grania con ingratitud a última hora de esa misma tarde.

—Mamá solo trata de ayudarnos, Grania —había contestado Matt a la defensiva—. Sabe que yo apenas gano nada y que tus ingresos son cuantiosos pero esporádicos. A lo mejor debería plantearme entrar en el negocio de papá ahora que el pequeño está en camino. —Matt señaló la incipiente barriga de Grania, que ya era visible.

—¡No, Matt! —había protestado Grania—. Habíamos acordado que nunca trabajarías para tu padre. No tendrías vida privada ni ningún tipo de libertad, ya sabes lo pesado que es.

Grania desistió de arrancar los hierbajos de sus raíces y levantó la cabeza para mirar al mar. Sonrió con tristeza ante el eufemismo que había empleado en aquella conversación con Matt. Bob controlaba a su hijo a todas horas de forma exagerada. Aunque entendía que se sintiera desilusionado por el hecho de que Matt no mostrara interés en ponerse al frente de la empresa de inversiones que pertenecía a la familia, no comprendía que la carrera de su hijo no le inspirara el mínimo interés ni orgullo. A Matt le estaba yendo muy bien, y se estaba convirtiendo en toda una autoridad en el campo de la psicología infantil. Ocupaba una cátedra en la Universidad de Columbia y continuamente recibía invitaciones para dar clases en otras universidades a lo largo y ancho de Estados Unidos. Bob también trataba a Grania con igual condescendencia, y continuamente hacía pequeños pero incisivos comentarios sobre su educación y su nivel de estudios.

Mirándolo en retrospectiva, Grania se alegraba de no haber aceptado ayuda económica de los padres de Matt. Ya de buen principio, cuando intentaba hacerse un nombre como escultora y Matt estaba terminando el doctorado y a duras penas podían pagar el alquiler de su diminuto piso de una sola habitación, se había empeñado en evitarlo a toda costa. Y tenía buenos motivos para hacerlo, pensó. Las chicas de Connecticut, de aspecto reluciente y prendas immaculadas, que había conocido a través de Matt y su familia de ningún modo podían compararse con la muchacha de gustos sencillos educada en un colegio de monjas y criada en un pueblecito irlandés. Tal vez la cosa estuviera destinada al fracaso...

—Hola.

Grania se sobresaltó al oír la voz. Miró a ambos lados, pero no vio a nadie.

—¡He dicho «hola»!

La voz sonaba a sus espaldas. Se dio media vuelta para ver quién había hablado, y allí estaba Aurora, de pie detrás de ella. Por suerte, ahora llevaba puestos unos pantalones tejanos, un anorak que le colgaba por todas partes debido a su delgadez y un sombrero de lana que ocultaba por completo su

espléndida cabellera pelirroja a excepción de algún que otro mechón. Tenía el rostro menudo y en forma de bello corazón, los ojos enormes y unos labios carnosos y sonrosados que resultaban desproporcionados para el diminuto fondo en el que se insertaban.

—Hola, Aurora.

El saludo de Grania hizo asomar una expresión de sorpresa a los ojos de la niña.

—¿Cómo sabes cuál es mi nombre?

—Te vi ayer.

—¿Me viste? ¿Dónde?

—Aquí, en el acantilado.

—¿En serio? —Aurora arrugó la frente—. No recuerdo haber estado aquí ayer. Y seguro que no hablé contigo.

—Es que no hablaste conmigo, Aurora. Yo te vi, eso es todo —explicó Grania.

—Entonces, ¿cómo sabes mi nombre? —Aurora habló con un marcado acento inglés, muy entrecortado.

—Le pregunté a mi madre si sabía quién era aquella niña con una bonita melena pelirroja, y me lo dijo.

—¿Y cómo es que ella lo sabe? —preguntó la niña en tono imperioso.

—Ha vivido toda la vida en el pueblo. Me dijo que tú y tu familia os marchasteis hace años.

—Sí, pero hemos vuelto. —Aurora miró hacia el mar y extendió los brazos para abarcar la costa—. Este sitio me encanta, ¿a ti no?

Grania tenía la sensación de que la pregunta de Aurora era retórica y no daba lugar a mostrarse en desacuerdo.

—Claro que sí. Aquí es donde nací y crecí.

Aurora se sentó con gracilidad en el césped al lado de Grania y clavó en ella sus ojos azules.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Grania. Grania Ryan.

—Pues la verdad es que no había oído hablar nunca de ti.

A Grania le entraron ganas de sonreír ante la forma tan adulta de expresarse que tenía Aurora.

—Supongo que no hay ninguna razón para que me conozcas. He pasado fuera casi diez años.

El rostro de Aurora se iluminó de placer y juntó las dos manos con una palmada.

—Eso significa que las dos hemos llegado al mismo tiempo a un lugar que nos encanta.

—Imagino que sí.

—¡Así podremos hacernos compañía! Serás mi nueva amiga.

—Es muy amable por tu parte, Aurora.

—Bueno, debes de sentirte muy sola.

—Puede que tengas razón... —Grania sonrió—. ¿Y tú? ¿También te sientes sola aquí?

—A veces. —Aurora se encogió de hombros—. Papá siempre tiene trabajo pendiente y muchas veces no está en casa, así que solo puedo jugar con el ama de llaves. Y no sabe muchos juegos. —Aurora arrugó su naricilla respingona y ligeramente pecosa en un gesto de desagrado.

—Vaya —exclamó Grania mientras pensaba en algo mejor que decir. El peculiar comportamiento de la niña la desconcertaba y la desarmaba al mismo tiempo—. Pero seguro que en la escuela tienes amiguitos, ¿verdad?

—No voy a la escuela. Mi padre prefiere que me quede en casa con él. En vez de eso, tengo una institutriz.

—¿Y hoy dónde está?

—Papá y yo decidimos que no nos caía bien y la dejamos plantada en Londres. —De repente, Aurora soltó una risita—. Hicimos las maletas y nos marchamos.

—Ya lo comprendo —dijo Grania, aunque no comprendía nada de nada.

—¿Trabajas? —preguntó Aurora.

—Sí, sí que trabajo. Soy escultora.

—¿Eres de esos que se dedican a hacer figuras con arcilla?

—Más o menos es eso, sí —respondió Grania.

—Oh, ¿y conoces el papel maché? —El semblante de Aurora se iluminó—. ¡Me encanta el papel maché! Una vez tuve una niñera que me enseñó a hacer cuencos, y luego los pintábamos y se los regalábamos a papá. ¿Te gustaría venir a mi casa y ayudarme a hacer cosas con papel maché? Por

favor.

Grania se sintió encantada ante la buena predisposición de Aurora y sus genuinas muestras de entusiasmo.

—De acuerdo. —Se sorprendió a si misma asintiendo—. No veo por qué no.

—¿Te vienes ahora? —Aurora la cogió de la mano—. Podemos acercarnos hasta mi casa y preparar una sorpresa para papá antes de que se marche. —Alargó la mano y tiró de la sudadera de Grania—. ¡Por favor, di que sí!

—No, Aurora. Ahora mismo no puedo. Tengo que ir a buscar todo lo necesario. Además, mi mamá creería que me he perdido —añadió Grania.

Al momento vio que la expresión de Aurora decaía y observó que la luz de sus ojos desaparecía y su cuerpo se abatía.

—Yo no tengo mamá. La tenía, pero murió.

—Lo siento mucho, Aurora. —De modo instintivo, Grania alargó la mano y dio unas palmaditas en el hombro de la niña—. Debes de echarla mucho de menos.

—Sí. Era la persona más guapa y más especial del mundo. Papá siempre dice que era un ángel, y que por eso los otros ángeles vinieron a buscarla, para llevársela al cielo, el lugar al que pertenece.

Grania se estremeció ante el evidente dolor que sentía Aurora.

—Seguro que tu papá tiene razón —convino—. Además, por lo menos lo tienes a él.

—Sí —repuso Aurora—, y es el mejor padre del mundo, y el más guapo. Seguro que si lo vieras te enamorarías de él. Les pasa a todas las chicas.

—Muy bien, entonces tendré que conocerlo, ¿no te parece? —Grania sonrió.

—Sí. —De repente, Aurora se levantó del césped de un salto—. Tengo que irme. Mañana te espero aquí a la misma hora.

No era una propuesta, era una orden.

—Yo...

—Muy bien. —De forma espontánea, Aurora se arrojó en los brazos de Grania y la abrazó—. Trae todas las cosas para hacer papel maché. Podemos ir a mi casa y pasar la mañana construyendo cuencos para papá. Adiós,

Grania. Hasta mañana.

—Adiós. —Grania agitó la mano y observó a Aurora alejarse danzando y dando brincos como una joven gacela por los acantilados. Incluso vestida con el anorak y los pantalones de deporte, sus movimientos eran gráciles.

Cuando Aurora hubo desaparecido de la vista, Grania exhaló un prolongado suspiro, se sentía como si la hubieran hechizado, subyugada por un ser pequeño y etéreo. Se puso en pie y sacudió la cabeza para despejarse mientras se preguntaba qué diría su madre cuando le contara que al día siguiente iba a ir de visita a Dunworley House para jugar con Aurora Lisle.

3

Esa noche, cuando su padre y su hermano se hubieron levantado de la mesa (dejando los platos y los cubiertos sucios; ya se ocuparía su madre de retirarlos), Grania ayudó a Kathleen a fregar los cacharros.

—Hoy he vuelto a ver a Aurora Lisle —dijo Grania en tono despreocupado mientras secaba los platos.

Kathleen arqueó una ceja.

—¿Y hoy también iba en camisón y tenía pinta de espíritu?

—No, iba vestida normal. Es una niña un poco rara, ¿verdad?

—Pues lo cierto es que no sé cómo era. —La boca de Kathleen dibujaba una línea firme y severa.

—Me ha pedido que vaya a su casa y la ayude a hacer manualidades con papel maché. Parece muy sola —dijo Grania.

Hubo una pausa antes de que Kathleen respondiera.

—Ya te lo advertí, Grania; te aconsejé que no te mezclaras con esa familia. Pero eres una persona adulta y no puedo impedírtelo.

—Pero, mamá, no es más que una niñita muy simpática que se siente sola. Se la ve perdida... No tiene madre. Seguro que no hay nada de malo en que pase un par de horas con ella, ¿no?

—No pienso volver a hablar de eso contigo, Grania. Ya has oído cuál es mi opinión, ahora tienes que decidir por ti misma. Punto y final.

El sonido del teléfono interrumpió el silencio subsiguiente. Grania no mostró intención de cogerlo, y su madre tampoco. Cuando hubo sonado diecisiete veces, Kathleen puso los brazos en jarras.

—Seguro que sabes quién es.

—No —respondió Grania sin decir la verdad—. ¿Por qué tendría que

saberlo, mamá? Podría ser cualquiera.

—Las dos sabemos quién llama a estas horas de la noche, cariño, y a mí me resulta demasiado violento volver a hablar con él.

El teléfono continuó sonando; la desagradable premura de los timbrazos contrastaba de plano con la forzada inmovilidad de madre e hija. Al final paró, y las dos mujeres se miraron directamente a los ojos.

—No pienso consentir semejantes groserías bajo mi techo, Grania. Ya no sé qué más decirle. ¿Se puede saber qué es lo que te ha hecho ese pobre hombre para merecer que lo trates así? Has perdido un hijo, de acuerdo, pero él no tiene la culpa, ¿no?

—Lo siento, mamá. —Grania sacudió la cabeza—. Tú no lo comprendes.

—Es la primera cosa que has dicho con la que estoy de acuerdo. ¿Por qué no me lo explicas?

—¡Mamá! ¡Por favor! No puedo... —Grania se retorció las manos, frustrada—. ¡No puedo!

—A mi entender, Grania, con eso no basta. Sea lo que sea lo que ha pasado, está afectando a todos los que vivimos en esta casa y necesitamos que nos pongas al corriente de la situación. Yo...

—Es Matt, querida —terció su padre mientras entraba tranquilamente en la cocina con el teléfono en la mano—. Hemos charlado un buen rato, pero me parece que es contigo con quien quiere hablar. —John le sonrió a modo de disculpa y le tendió el auricular.

Grania lanzó una mirada asesina a su padre y le arrancó el aparato de las manos. Salió de la cocina y empezó a subir la escalera camino de su habitación.

—¿Grania? ¿Eres tú? —Los suaves y familiares matices de la voz de Matt hicieron que sintiera un nudo en la garganta de inmediato mientras cerraba la puerta tras de sí y se sentaba en el borde de la cama.

—Matt, te pedí que no intentaras ponerte en contacto conmigo.

—Ya lo sé, nena, pero ¡por el amor de Dios! No soy capaz de adivinar lo que está pasando. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué me has dejado?

Grania posó la mano que le quedaba libre en el muslo cubierto por los tejanos para tranquilizarse.

—¿Grania? ¿Aún estás ahí, cariño? Por favor, si me explicas qué se

supone qué he hecho a lo mejor puedo defenderme.

Grania siguió sin responder.

—Grania, por favor, háblame. Soy Matt, el hombre que te ama, con quien has compartido ocho años de tu vida. Y voy a volverme loco aquí solo, sin saber por qué te has marchado.

Grania dio un hondo suspiro.

—Por favor, no vuelvas a llamarme, no quiero hablar contigo. Además, estás molestando a mis padres, importunándolos todas las noches.

—Grania, por favor, comprendo que para ti ha sido muy duro perder al bebé, pero podemos volver a intentarlo, ¿no? Yo te amo, cariño, y haré lo que sea para...

—Adiós, Matt. —Grania apretó la tecla que cortaba la llamada; no podía soportar oír más su voz. Se quedó sentada donde estaba, con la mirada fija en las flores desvaídas del papel pintado de las paredes del dormitorio de su infancia. Había contemplado ese motivo noche tras noche mientras concebía sueños de juventud acerca del futuro, donde aparecía su príncipe azul y se la llevaba a una vida perfecta llena de amor. Matt había representado para ella todo eso y más... Se enamoró perdidamente desde el momento en que posó sus ojos en él. La verdad es que había vivido un auténtico cuento de hadas.

Se tumbó en la cama y abrazó la almohada. Ahora, aquello que siempre había creído de que el amor lo podía todo, que era capaz de franquear todas las barreras, de superar cualquier problema en la vida y alzarse victorioso, se había desvanecido.

Matt Connelly se dejó caer en el sofá con el teléfono móvil todavía en la mano.

Llevaba dos semanas devanándose los sesos, tratando de deducir las razones de Grania para recoger los bártulos y marcharse. Pero no se le ocurría ninguna. ¿Qué podía hacer para solucionarlo? Ella le había dejado clarísimo que no quería saber nada con él... ¿De verdad su relación se había roto para siempre?

—¡Mierda! —Matt arrojó el móvil a la otra punta de la sala, y vio saltar la batería por los aires. Comprendía que Grania estaba deshecha a causa del

aborto, pero no veía por qué por eso tenía que apartarlo también a él de su vida. Tal vez debería coger un avión e ir a verla a Irlanda. Pero ¿y si se negaba a recibirlo? ¿Y si empeoraba aún más las cosas?

Se puso en pie tras tomar una decisión repentina. Fue a donde estaba el portátil pensando que cualquier cosa sería mejor que la incertidumbre por la que estaba pasando en esos momentos. Más valía que Grania le dijera a la cara que todo había terminado a seguir sumido en la ignorancia.

Se conectó a la red y empezó a buscar vuelos de Nueva York a Dublín. Mientras lo hacía, sonó el timbre del portero automático, pero él lo ignoró. No esperaba a nadie y la verdad era que no le apetecía recibir visitas. El timbre siguió sonando con insistencia hasta que, de puro nervioso, Matt cruzó la sala y apretó el botón del intercomunicador.

—¿Quién demonios es?

—Hola, cariño, pasaba por aquí y se me ha ocurrido llamar para saber si estás bien.

Matt abrió la puerta de inmediato.

—Lo siento, Charley, sube. —Dejó la puerta entreabierta y siguió buscando billetes. Charley era una de las pocas personas a quienes se sentía con ánimos de ver. Eran amigos desde la infancia, pero le había perdido la pista (igual que a muchos de sus viejos colegas) cuando empezó a salir con Grania. Ella se sentía incómoda con su grupo de Connecticut, y por eso él los había dejado de lado. Unos días atrás, Charley se había puesto en contacto con él y le había dicho que sabía por amigos comunes que Grania se había marchado a Irlanda. Luego había ido a visitarlo y se lo había llevado a comer una pizza. A Matt le sentó muy bien verla.

Al cabo de pocos minutos, unos brazos lo rodearon por los hombros y Charley le dio un suave beso en la mejilla. En la mesa, al lado de su portátil, apareció una botella de vino tinto.

—He pensado que lo necesitarías. ¿Traigo un par de copas?

—Me parece genial. Gracias, Charley. —Matt siguió comparando horarios y precios mientras Charley descorchaba el vino y lo servía en dos copas.

—¿Qué estás buscando? —preguntó mientras se despojaba de las botas y doblaba hacia atrás sus largas piernas para sentarse sobre ellas en el sofá.

—Vuelos a Irlanda. Si Grania no piensa volver, tendré que ir yo.

Charley arqueó las cejas, depiladas a la perfección.

—¿Te parece sensato?

—¿Y qué coño se supone que tengo que hacer? ¿Quedarme aquí y volverme medio loco dándome cabezazos contra la pared una y otra vez mientras trato de averiguar qué ha pasado?

Charley se echó hacia atrás la brillante cabellera morena y bebió un sorbo de vino.

—¿Y si resulta que lo que necesita es un poco de distancia? Para superar... Bueno, ya sabes. Si vas allí, solo servirá para empeorar las cosas, Matty. ¿Te ha dicho Grania que quiere verte?

—¡No, joder! Acabo de llamarla y me ha pedido que la deje en paz. —Matt se apartó del ordenador portátil, tomó un gran trago de vino y se sentó en el sofá junto a Charley—. Puede que estés en lo cierto —dijo con un suspiro—. A lo mejor tengo que darle un poco más de tiempo y acabará entrando en razón. Supuso un duro golpe para ella perder al bebé. Ya sabes lo ansiosos que están mis padres por que la familia estrene una nueva generación, y mi padre no se esforzó en ocultar lo decepcionado que estaba cuando nos visitó en el hospital.

—Me lo imagino. —Charley alzó los ojos en señal de exasperación—. La sutileza nunca ha sido uno de los fuertes de tu padre. A mí no me ha ofendido nunca, porque para mí vosotros sois como de la familia y estoy acostumbrada a tratar con él. Pero para alguien de fuera como Grania debe de ser difícil aguantarlo.

—Sí. —Matt puso los codos sobre las rodillas y apoyó la cabeza en las manos—. Igual no la he protegido lo suficiente. Sé que siempre se ha sentido muy incómoda por el hecho de que tengamos orígenes tan diferentes.

—Matty, cariño, de verdad... No podrías haber hecho más de lo que has hecho. Si hasta a mí me arrojaste al cubo de la basura cuando apareció Grania.

Matt la miró y arrugó la frente.

—Oye, no lo dirás en serio, ¿verdad? No te habías creado expectativas sobre lo nuestro, ¿no? A la larga no habría funcionado, ya hablamos de eso, ¿te acuerdas?

—Claro, Matty. —Charley le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. Era algo que tenía que ocurrir tarde o temprano, ¿verdad?

—Claro. —Matt se serenó al oír que Charley pensaba lo mismo que él.

—Mira —prosiguió Charley—, a veces, cuando veo a mis amigas pasar así de mal, doy gracias al cielo por estar soltera. Últimamente a todo el mundo le va fatal con su relación de pareja. Y yo que creía que a vosotros sí que os iban bien las cosas.

—Nos iban bien —repuso Matt con tristeza—. No te plantearás en serio quedarte soltera toda la vida, ¿no? Del grupo de Greenwich, tú eras precisamente la que más opciones tenía. Eras la tía más enrollada, la estudiante que sacaba mejores notas y la más guapa de tu clase. Y ahora eres la reputada directora de una revista. Por dios, Charley, podrías tener al hombre que quisieras.

—Sí, y puede que ese sea precisamente el problema. —Charley exhaló un suspiro—. Igual eso me confunde y nadie me parece lo bastante bueno. Pero, disculpa, no es momento de hablar de mí. Eres tú quien tiene serios problemas. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Vale... ¿Crees que hago bien en coger un avión mañana mismo y tratar de salvar mi relación de pareja? —preguntó él.

—Eso tienes que decidirlo tú, Matty. —Charley arrugó la nariz—. Pero si quieres saber mi opinión, yo le daría un poco de tiempo y de espacio a Grania. Es evidente que necesita asimilar cosas. Estoy segura de que cuando esté preparada, volverá contigo. Te ha pedido que la dejes tranquila, ¿no? ¿Por qué no haces lo que la señorita dice y vuelves a planteártelo dentro de unas semanas? Además, creía que estabas saturado de trabajo.

—Lo estoy —dijo Matt con un suspiro—. A lo mejor tienes razón. Tengo que dejarle espacio como me ha pedido. —Alargó la mano y dio unas suaves palmaditas en la pierna que Charley tenía estirada—. Muchas gracias. Eres como una hermana, siempre estás ahí cuando te necesito, ¿eh?

—Sí, cariño. —Charley le sonrió con los ojos entornados—. Siempre lo estaré.

Unos días más tarde, volvió a sonar el timbre del portero automático de Matt.

—Hola, cielo, soy mamá. ¿Puedo subir?

—Claro. —Matt le abrió la puerta, sorprendido por la visita improvisada. Pocas veces sus padres se dignaban acercarse por esa parte de la ciudad, y menos sin avisar.

—¿Cómo estás, encanto? —Elaine besó a su hijo en ambas mejillas y entró en el piso detrás de él.

—Estoy bien —respondió Matt, que se encontraba demasiado desanimado y cansado para esforzarse más. Observó a su madre despojarse del abrigo de piel, sacudir rápidamente la cabeza para arreglarse el peinado realzado con ligeros reflejos rubios y acomodarse en el sofá con elegancia su perfecta figura de la talla treinta y seis. Enseguida apartó las zapatillas de deporte de Matt y unos cuantos botellines de cerveza vacíos que rodeaban sus pequeños pies enfundados en unos zapatos de tacón de aguja—. ¿Qué te trae por aquí?

—Estaba en la ciudad porque tenía una comida de la organización benéfica y tu casa me venía de paso. —Elaine sonrió—. Quería ver qué tal le van las cosas a mi chico.

—Estoy bien —repitió Matt—. ¿Quieres que te sirva alguna bebida, mamá?

—Un vaso de agua me vendrá de perlas.

—Claro.

Elaine observó a Matt dirigirse a la nevera y llenar un vaso de agua. Se veía pálido y cansado; el lenguaje corporal lo traicionaba y revelaba su desdicha.

—Gracias —dijo ella cuando le llevó el agua—. ¿Has tenido noticias de Grania?

—Hace unos días llamé y pude hablar un momento con ella, pero está claro que no tiene ningún interés en comunicarse conmigo.

—¿Has averiguado por qué se marchó?

—No. —Matt se encogió de hombros—. No sé qué he hecho mal. Dios santo, mamá, ese bebé lo era todo para ella.

—La verdad es que estuvo muy callada el día que fuimos a visitarla al hospital, y cuando salió del cuarto de baño parecía que hubiera estado llorando.

—Sí, y al día siguiente pasé a verla después del trabajo y resulta que le habían dado el alta. Y cuando volví aquí encontré una nota en la que decía que se había marchado a Irlanda, a casa de sus padres. Desde entonces no ha vuelto a darme explicaciones. Sé que lo está pasando mal, pero no sé cómo comunicarme con ella.

—Tú también debes de estar pasándolo mal, cariño. El niño no solo era de Grania, también era tuyo —observó Elaine, que detestaba ver a su queridísimo hijo sufriendo en soledad.

—Sí, la verdad es que de momento no lo llevo muy bien. Íbamos a formar una familia. Era... mi sueño. ¡Mierda! Lo siento, mamá. —Matt hizo todo lo posible por contener las lágrimas—. La quiero tanto, y quería tanto al bebé que no llegó a nacer y que ya formaba parte de nuestras vidas que... que...

—Oh, cariño. —Elaine se puso en pie para abrazar a su hijo—. Lo siento; lo siento mucho. Si puedo hacer algo para ayudarte...

Matt habría preferido que su madre no lo sorprendiera en un momento tan bajo. Se esforzó mucho para sacar fuerzas de flaqueza y recobrar la serenidad.

—Ya soy mayorcito, mamá. Me recuperaré, en serio. Solo necesito saber por qué Grania se ha marchado, porque no lo entiendo.

—¿Y si te vienes unos días a casa? No me gusta saber que estás aquí solo.

—Gracias, mamá, pero tengo un montón de trabajo. Solo necesito saber que Grania volverá cuando llegue el momento, una vez que se haya recuperado del golpe. Siempre ha sido bastante especial. Supongo que por eso la quiero tanto.

—Es muy peculiar, sí —convino Elaine—. Y al parecer no se molesta en seguir las normas de conducta de casi todo el mundo.

—A lo mejor es porque a ella no la han educado igual —repuso Matt, que no estaba de humor para soportar observaciones insidiosas por parte de sus padres, ni comentarios del tipo «ya te lo advertimos», con respecto a la pareja que había elegido.

—No, no, Matt, no me malinterpretes. —Elaine se apresuró en rectificar—. De verdad que admiro a Grania; os admiro a los dos, por haber dejado de lado los convencionalismos y estar juntos porque os amáis y punto. Tal vez los demás también tendríamos que hacer más caso del corazón y olvidarnos

un poco de la educación que hemos recibido. —Exhaló un suspiro—. Tengo que volver a casa, esta noche los compañeros de golf de tu padre vendrán para celebrar la cena anual de todos los inviernos.

Sin mediar palabra, Matt fue a buscar el abrigo de piel de Elaine y la ayudó a ponérselo.

—Gracias por venir, mamá. Te lo agradezco.

—Me he alegrado de verte, Matt. —Lo besó en la mejilla—. Sabes que estoy muy orgullosa de ti, ¿verdad? Siempre que necesites hablar, cuenta conmigo, cariño; en serio. Comprendo... cómo debes de sentirte. —En los ojos de Elaine apareció un repentino atisbo de tristeza, pero se desvaneció con igual rapidez—. Adiós, Matty.

Matt cerró la puerta con la sensación de que la compasión que le mostraba su madre era genuina. Y, al pensar en el amor que eso le inspiraba, reparó por primera vez en lo poco que sabía de la mujer que se escondía detrás de aquella máscara de perfecta esposa y madre de Connecticut.

A la mañana siguiente, cuando Kathleen partió hacia Clonakilty para hacer la compra semanal, Grania se acercó al establo donde almacenaban los viejos periódicos y cogió un montón. Luego, tras haber estado hurgando en el caótico taller de su padre, salió con aire triunfal llevando en las manos una caja mohosa de cola para empapelar. La metió en una bolsa para poder transportarla mejor y enfiló el camino de los acantilados. Si Aurora no aparecía (cosa probable, ya que el día anterior no habían quedado en encontrarse a ninguna hora en concreto), regresaría a casa.

Mientras caminaba, Grania pensó en la sensación de aturdimiento que la invadía. Era como si lo que le pasaba estuviera sucediéndole a otra persona, como si estuviera caminando entre telarañas y no tuviera pleno acceso a sus propios sentimientos. No era capaz de echarse a llorar, ni de hablar claro con Matt, ni siquiera de dilucidar si la reacción que había tenido era normal. Todo eso comportaba afrontar el dolor, y la opción más fácil y menos arriesgada era ignorarlo. A lo hecho, pecho; porque el pasado no se podía borrar.

Grania se sentó en una roca de lo alto del acantilado, de cara al mar, y exhaló un suspiro. Había sido testigo junto con Matt de cómo las relaciones de pareja de sus amigos iban cayendo una tras otra, y antes estaba convencida de que lo suyo era diferente. Se sonrojó avergonzada al recordar las fatuas conversaciones que habían mantenido sobre el tema. La atenazaban los recuerdos de comentarios del tipo «a nosotros eso no nos pasará nunca» o «qué suerte que tenemos; mira esos pobres». También ellos habían sido víctimas de la compleja y cambiante vorágine, del caos que comportaba que un hombre y una mujer trataran de vivir juntos en armonía.

Grania se quedó mirando el mar frío y gris, y de repente fue consciente

del enorme respeto que le inspiraban sus padres. De algún modo habían conseguido lo imposible: comprometerse, aceptarse y, lo más importante, ser felices juntos durante treinta y cuatro años.

Tal vez la cuestión radicara en que ahora la gente esperaba demasiado de las cosas. Las prioridades eran otras. Las parejas ya no tenían que preocuparse de conseguir suficiente comida para alimentar a la prole ni de buscar como fuese la manera de reunir unos céntimos más. De hecho, no tenían ni que temer que sus hijos murieran debido a alguna grave enfermedad infantil. Lo que preocupaba a la gente ya no era tener un abrigo para sobrevivir al largo invierno sino la marca de este. Pocas mujeres occidentales se despedían con un beso de sus maridos preguntándose cuándo volverían a verlos, o si, de hecho, volverían a verlos porque estos se marchaban a la guerra. En resumidas cuentas, se había superado la etapa del temor por la mera supervivencia.

—Ahora exigimos ser felices, consideramos que nos lo merecemos. — Grania pronunció esas palabras en voz alta. Más que sentir lástima por la actitud conformista y estoica de sus padres, la envidiaba. Ellos tenían pocas posesiones materiales y unos horizontes estrechos. Las cuestiones intrascendentes los hacían sonreír, pero era una sonrisa de complicidad porque se comprendían el uno al otro y sabían cuál era su sitio. Su mundo era pequeño, pero al menos dentro de sus límites estaban seguros y se sentían vinculados a él. En cambio, Matt y ella vivían en una enorme metrópolis donde la única barrera para ambos era el cielo y donde existían muy pocas limitaciones, lo cual resultaba muy peligroso.

—Hola, Grania.

La voz de Aurora se oyó detrás de ella. Grania se dio media vuelta y la vio, y pensó que Aurora era como un espíritu que aparecía sin hacer ruido en el territorio que habitaba.

—Hola, Aurora. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Nos vamos?

—Sí. He traído las cosas que nos harán falta.

—Ya lo sé. Las he visto dentro de una bolsa.

Grania obedeció y se puso en pie, y juntas se dirigieron a la casa.

—A lo mejor puedes conocer hoy a papá —dijo Aurora—. Está en su

estudio. Claro que igual le duele la cabeza; le pasa muchas veces.

—¿Sí?

—Sí. Es porque no se pone las gafas y fuerza mucho la vista para leer todos los documentos del trabajo.

—Pues qué tonto, ¿no?

—Como mamá murió, no tiene quien lo cuide, ¿sabes? Bueno, me tiene a mí.

—Estoy segura de que lo cuidas de maravilla —la tranquilizó Grania mientras se dirigían hacia la portezuela que daba acceso al jardín de la casa.

—Lo hago lo mejor que puedo —dijo Aurora a la vez que empujaba la portezuela—. Este es mi hogar, Dunworley House. Es propiedad de la familia Lisle desde hace dos siglos. ¿Habías estado aquí alguna vez?

—No —respondió Grania mientras cruzaba la portezuela detrás de Aurora. El silbido del viento que las había acompañado mientras ascendían hacia la cima del acantilado se calmó a causa de los espesos zarzales y las fucsias silvestres propias de West Cork que montaban guardia alrededor de la parcela y protegían la casa y a sus ocupantes de la mejor manera posible.

Grania contempló boquiabierta el bello y cuidado jardín de diseño geométrico que servía de suave e immaculado proscenio a la austera construcción de color gris situada en pleno centro. El camino que llevaba a la casa estaba flanqueado a ambos lados por setos bajos de laurel. Y, mientras Grania seguía a Aurora, reparó en los parterres de flores repletos de rosales que ahora aparecían mortecinos y sin color pero que en pleno verano debían de ofrecer un toque de delicadeza muy necesario en aquel inhóspito paraje.

—Nunca entramos por la puerta principal —explicó Aurora, y torció hacia la derecha por el camino para pasar frente a la casa y doblar la esquina en dirección a la parte posterior—. Papá dice que durante los Disturbios^[1] decidieron cerrar la casa y luego se perdió la llave. Esta es la entrada que utilizamos.

Grania se encontró en un gran patio que permitía el acceso a los vehículos desde la carretera. Vio aparcado un Range Rover nuevecito.

—Vamos —dijo Aurora al abrir la puerta.

Grania cruzó tras ella el recibidor y entró en la amplia cocina. Un rústico aparador de madera de pino ocupaba toda una pared y crujía bajo el peso de

los platos blancos y azules y una variedad de piezas de diversas vajillas. Otra pared estaba ocupada por la cocina económica, y la última, por un antiguo fregadero de porcelana en forma de artesa encastrado entre dos viejas encimeras de melamina. En el centro había una mesa larga de madera de roble cubierta por pilas de periódicos.

La estancia no resultaba acogedora ni cómoda; no era el típico hogar donde la familia se reunía mientras la madre, de pie frente a la Rayburn, preparaba algún delicioso plato para la cena. Era un espacio austero, funcional e intimidatorio.

—Ya veo que no hacía falta que trajera periódicos —comentó Grania señalando las pilas que había sobre la mesa.

—Ah. Papá los utiliza para encender todas las chimeneas de la casa. Es muy friolero. Bueno, ¿qué te parece si despejamos una parte de la mesa para empezar con lo nuestro? —Aurora miró a Grania expectante.

—Sí... Pero ¿no te parece que tendríamos que avisar de que estoy yo aquí?

—Ah, no. —Aurora sacudió la cabeza—. A papá no le gusta que le molesten y antes ya he avisado a la señorita Myther de que ibas a venir —dijo mientras arrojaba pilas de periódicos al suelo; luego señaló a Grania el espacio que había dejado libre—. ¿Qué más necesitamos?

—Nos hará falta agua para mezclarla con la pasta. —Grania vació el contenido de la bolsa. Se sentía incómoda porque Grania no había anunciado su presencia.

—Ahora la traigo. —Aurora sacó una jarra de uno de los rebosantes armarios del aparador y la llenó.

—Y un recipiente grande para mezclar la pasta.

Aurora también encontró uno y lo puso sobre la mesa, frente a Grania. Mientras preparaba la mezcla, Aurora la observaba con la mirada llena de viveza y entusiasmo.

—¿A que es divertido? Me encanta hacer estas cosas. Mi última niñera no me dejaba hacer nada porque tenía miedo de que me ensuciara.

—Yo me paso la vida ensuciándome —respondió Grania con una sonrisa—. Hago esculturas con materiales muy parecidos a este. Anda, ven y siéntate a mi lado; te enseñaré a hacer un cuenco.

Aurora resultó ser una alumna muy rápida y diligente, y al cabo de una hora consiguieron depositar con orgullo un cuenco húmedo hecho con papel de periódico sobre uno de los hornillos de la cocina económica.

—Cuando esté seco, lo pintaremos. ¿Tienes pinturas? —preguntó Grania mientras se lavaba las manos en el fregadero.

—No. Antes sí que tenía, pero se quedaron en Londres.

—A lo mejor encuentro algunas por casa.

—¿Puedo ir a ver tu casa? Debe de ser muy divertido vivir en una granja.

—No estoy siempre en la granja, Aurora —explicó Grania—. Vivo en Nueva York. Solo estoy pasando una temporada en casa de mis padres.

—Oh. —Aurora puso cara larga—. ¿Quieres decir que te marcharás pronto?

—Sí, pero aún no sé cuándo. —Mientras Grania se secaba las manos en el paño que había junto al fregadero notó que Aurora le clavaba la mirada.

—¿Por qué estás triste? —preguntó la niña.

—No estoy triste, Aurora.

—Sí, sí que lo estás. Lo veo en tus ojos. ¿Es porque alguien te ha hecho algo?

—No, Aurora. Estoy bien. —Grania notó que se ruborizaba ante la mirada escrutadora de la niña.

—Sé que estás triste. —Aurora cruzó los pequeños brazos sobre el pecho—. Y sé lo que se siente. Cuando yo estoy triste, me escondo en mi rincón mágico particular.

—Y ¿dónde está ese rincón?

—No puedo decírtelo, si no ya no sería mágico. Ni particular. Tú también deberías tener uno.

—Me parece una idea estupenda. —Grania miró el reloj—. Será mejor que me vaya, es hora de comer. Tú también debes de tener hambre. ¿Vendrá alguien a hacerte la comida?

—Ah, la señora Myther habrá dejado algo preparado. —Aurora señaló la despensa con displicencia—. Seguro que vuelve a tocar sopa. Antes de irte, ¿te gustaría ver el resto de la casa?

—Aurora... Yo...

—¡Vamos! —La niña aferró a Grania por el brazo y la condujo hacia la

puerta—. Quiero que la veas. Es muy bonita.

Grania se dejó llevar fuera de la cocina y se encontró en un largo pasillo con el suelo cubierto de baldosas blancas y negras, y en una de las esquinas arrancaba una elegante escalera de roble que conducía a la planta superior. Aurora la condujo por el pasillo y entraron en un espacioso salón con una gran cristalera que daba al jardín. En la estancia hacía una temperatura insoportable; una gran chimenea proyectaba el calor de las brasas fuera de su elegante marco de mármol.

Grania siguió con la mirada la pared de la chimenea, y sus ojos de escultora repararon en el rostro del retrato allí colgado. Era una mujer joven; su cara en forma de corazón estaba coronada por unos rizos dignos de un Tiziano. Las facciones eran delicadas y simétricas, observó Grania, lo cual se consideraba el factor revelador de la auténtica belleza. Los llamativos ojos azules rodeados por el pálido cutis mostraban una expresión inocente pero llena de complicidad. Desde un punto de vista profesional, Grania sabía que el retrato tenía que ser obra de un artista con talento. Se volvió a mirar a Aurora y reparó de inmediato en el parecido.

—Es mi madre. Todo el mundo dice que soy igual que ella.

—Es cierto —respondió Grania en voz baja—. ¿Cómo se llamaba?

Aurora exhaló un hondo suspiro.

—Lily. Se llamaba Lily.

—Siento mucho que muriera, Aurora —dijo Grania en tono compasivo mientras la niña observaba fijamente el retrato.

Aurora no respondió, se limitó a seguir mirando a su madre.

—¿Quién se supone que es esta, Aurora?

La voz masculina a espaldas de Grania la sobresaltó.

Mientras se daba la vuelta conteniendo la respiración, se preguntó qué parte de la conversación habría oído el intruso.

Junto a la puerta estaba... el hombre más atractivo que había visto jamás. Grania se reprochó interiormente haber caído en un tópico, pero los hechos eran los hechos. Era alto (por lo menos medía metro ochenta), con un pelo abundante de color ébano muy bien peinado aunque un centímetro demasiado largo, de modo que las puntas formaban unos ricitos en la nuca. Tenía los labios carnosos pero no tanto como para resultar afeminados, y unos

profundos ojos azul oscuro enmarcados por unas pestañas espesas y negras.

Tal como tenía por costumbre, Grania siguió observándolo para fijarse en la impecable complexión ósea, en los pómulos de gran prominencia, en la mandíbula firme y la nariz perfecta. Era un rostro que Grania deseaba recordar con todo detalle para poder esculpirlo más adelante.

Y todo ello culminaba una figura delgada y de proporciones ideales. Su mirada se sintió atraída por los dedos finos y delicados que se contraían y se relajaban de forma alternativa, indicando cierto grado de nerviosismo. La imagen general denotaba una elegancia singular, una cualidad que no solía considerarse propia del género masculino pero que hacía que, cuando aparecía un hombre así, todo el mundo, fuera cual fuese su sexo, se volviera a mirarlo.

Grania suspiró de forma involuntaria, y se quedó momentáneamente sin palabras. La reacción era una mezcla de su visión profesional ante un hombre que, en su opinión, rayaba la perfección física y la respuesta femenina natural.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar el hombre.

—Es mi amiga Grania, papá. —Aurora rompió el silencio, para alivio de Grania—. ¿No lo recuerdas? Te conté que la había conocido ayer en el acantilado. Nos lo hemos pasado muy bien en la cocina, hemos hecho un cuenco con cola y papel de periódico. Cuando hayamos acabado de pintarlo, te lo regalaré. —Aurora se acercó a su padre y lo rodeó con los brazos.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien, preciosa. —Él le acarició el pelo con cariño y dirigió a Grania una sonrisa fugaz teñida de cierto recelo—. Así, Grania, ¿está de visita en Dunworley?

Los ojos azul oscuro la examinaron. Grania hizo todo lo posible por serenarse. Descubrió que tenía la boca seca y tragó saliva antes de responder.

—Soy del pueblo; nací aquí, pero llevo diez años viviendo en el extranjero. He venido a visitar a mi familia.

—Ya. —El hombre dirigió la mirada a la gran cristalera y a las magníficas vistas del mar que se extendía más allá del jardín—. Este lugar es especial y mágico. Y a ti te encanta, ¿verdad, Aurora?

—Ya sabes que sí, papá. Es nuestro verdadero hogar.

—Sí que lo es. —El hombre volvió a concentrar la atención en Grania—.

Perdone, no me he presentado. —Con Aurora todavía abrazada a su cadera, se acercó a Grania y le tendió la mano—. Alexander Devonshire. —Sus finos y largos dedos rodearon los de ella.

Grania hizo todo lo posible para ahuyentar la sensación surrealista que estaba experimentando.

—¿Devonshire? Creía que esta era la familia Lisle.

Unas cejas morenas se arquearon de modo casi imperceptible.

—Tiene razón en cuanto a que esta es la casa de la familia Lisle, yo me uní a ella al casarme. Mi esposa... —Alexander clavó los ojos en el retrato— era la heredera de Dunworley House, y un día lo será mi hija.

—Lo siento... No había caído en la cuenta.

—No pasa nada, Grania, en serio; estoy acostumbrado a que por aquí me llamen «señor Lisle». —Alexander atrajo a su hija hacia sí, perdido en sus pensamientos.

—Será mejor que vuelva a casa —dijo Grania, incómoda.

—Oh, papá, ¿es necesario que se vaya? ¿No puede quedarse a comer? —Aurora miró a su padre con expresión implorante.

—Gracias por la invitación, pero tengo que irme, en serio.

—Claro —respondió Alexander—. Es muy amable por su parte dedicando tiempo a mi hija.

—Grania es mucho más divertida que la vieja niñera, papá. ¿Por qué no me cuida ella?

—Cariño, seguro que Grania tiene muchas otras cosas que hacer. —Alexander esbozó una sonrisa de disculpa por encima de la cabeza de Aurora—. Y no debemos robarle más tiempo.

—No ha sido ninguna molestia, en serio. Lo he pasado muy bien.

—¿Volverás mañana con las pinturas? El cuenco ya se habrá secado —dijo Aurora en tono de súplica.

Grania miró a Alexander esperando su aprobación y él se la dio.

—Claro. Veré qué encuentro. —Grania echó a andar hacia la puerta, y Alexander se hizo a un lado y volvió a tenderle la mano.

—Gracias, Grania. Es muy amable al dedicarle tiempo a mi hija para que se divierta. Por favor, tenga la libertad de venir siempre que quiera. Si yo no estoy, encontrará a la señora Myther, que es quien vive con Aurora y cuida de

ella. —Salió con Grania del salón y, de la mano de Aurora, la acompañó por el pasillo en dirección a la cocina—. Aurora, ¿puedes ir a ver a la señora Myther y avisarle de que los dos estamos a punto para comer?

—Sí, papá —respondió ella con obediencia—. Adiós, Grania, hasta mañana. —Aurora se dio media vuelta y desapareció escalera arriba.

Alexander caminó delante de Grania y cruzó la cocina hasta la puerta trasera de la casa. Al abrirla, se volvió hacia ella.

—Aurora puede llegar a ser muy insistente. Por favor, no permita que la obligue a pasar con ella más tiempo del que desea.

—Tal como le he dicho, lo he pasado muy bien. —El hecho de tener a Alexander sosteniendo la puerta abierta a pocos centímetros de distancia estaba afectando la capacidad de pensar de Grania.

—Bueno, tenga cuidado. Yo la conozco bien.

—Lo haré.

—Estupendo. Seguro que volveremos a vernos pronto. Adiós, Grania.

—Adiós.

Mientras cruzaba el patio y recorría el camino que llevaba hasta la verja y proseguía por los acantilados, Grania sintió una imperiosa necesidad de volverse a mirar si Alexander seguía en la puerta. Tras cruzar la verja, aceleró el paso por el sendero que recorría los acantilados hasta llegar a su roca favorita. Y allí se dejó caer, sin aliento y desorientada.

Apoyó la cabeza en las manos tratando de recobrar la sensatez. En su mente se formó una viva imagen del rostro de Alexander. Se sentía abrumada y casi temerosa de que un hombre con quien no había pasado más de cinco minutos le provocara semejante efecto.

Levantó la cabeza y miró al mar. Ese día estaba tranquilo, en calma; un monstruo dormitando que en cuestión de minutos podía alzarse y causar estragos.

Mientras se ponía en pie, dispuesta a volver a casa, Grania pensó en si esa analogía resultaría también válida para el hombre a quien acababa de conocer.

—Hola, soy yo. ¿Me dejas entrar?

—Claro. —Matt accionó el botón del portero automático y, con aire taciturno, se dispuso a seguir concentrado en el partido de béisbol.

Charley apareció en la puerta y la cerró tras de sí.

—He comprado comida preparada en el restaurante chino. Es tu plato favorito, cariño, pato laqueado —añadió dirigiéndose a la cocina—. ¿Tienes hambre?

—No —respondió Matt en el momento en que Charley salía de la cocina con unos cuantos platos y abría la botella de vino que había llevado.

—Tienes que comer, encanto; te quedarás sin fuerzas. —Lo miró mientras colocaba la comida y los platos en la mesita auxiliar que Matt tenía enfrente—. Toma. —Charley enrolló un panqueque con tiras de carne de pato y salsa hoisin y se la ofreció.

Con un suspiro, Matt se incorporó en el asiento, dio un mordisco al panqueque y lo masticó sin ganas.

Charley le preparó otro y tomó un sorbo de vino.

—¿Quieres hablar de ello?

—No hay mucho que decir. —Matt se encogió de hombros—. Mi chica me ha dejado por motivos que no comprendo porque ni siquiera los conozco y se niega a hablar conmigo y explicármelo. —Sacudió la cabeza con desesperación—. Si al menos supiera qué se supone que he hecho, podría ponerle remedio de algún modo. —Se llevó otro panqueque a la boca—. Por cierto, tu táctica de guardar silencio no ha funcionado. Grania no me ha llamado ni una sola vez. Conque lo mejor era hacerme el desentendido, ¿eh? —añadió con aire apesadumbrado.

—Lo siento, Matty. De verdad creía que si le dabas un poco de tiempo y de espacio, Grania reaccionaría. Creía que te amaba.

—Yo también. —Matt sonrió con amargura—. Es posible que estuviera equivocado. Y es posible que todo esto tenga que ver más bien con sus sentimientos hacia mí. Es posible... —Matt se pasó la mano por el pelo con gesto distraído— que todo se deba sencillamente a que no quiere estar más conmigo. Lo digo porque me he estado devanando los sesos y no se me ocurre qué demonios puedo haber hecho que le haya sentado mal.

Charley le posó una mano en la rodilla para reconfortarlo.

—Igual todo ha sido a raíz del aborto, tal vez sus sentimientos han

cambiado... —Charley se encogió de hombros—. Lo siento. No sé qué más decir.

—Ya; la cosa no tiene vuelta de hoja, ¿verdad? Se ha ido, y a medida que pasan los días voy perdiendo la esperanza de que regrese. —Miró a Charley—. ¿Te parece que debo seguir adelante con mi plan inicial y coger un avión a Irlanda?

—No lo sé, Matty. No quiero ser negativa, pero me parece que está dejando bastante claro que de momento no quiere tener nada que ver contigo.

—Sí, tienes razón. —Matt apuró la copa de vino y se sirvió otra—. Me estoy engañando a mí mismo, queriendo creer que no está todo perdido cuando la verdad es que sí que lo está.

—¿Y si dejas pasar la semana, a ver si te llama? Y si lo hace, le planteas lo de coger un avión e ir a verla.

—Podría ser una solución, pero me estoy cansando de esta sensación de ser el malo de la película. Además, tengo un montón de trabajo y las próximas dos semanas estaré fuera dando clases.

—Pobrecito Matty —soltó Charley con un canturreo—. Ahora lo estás pasando fatal, pero te prometo que, pase lo que pase, pronto te sentirás mejor. Ya sabes, todos pasamos por momentos así... Momentos en que parece que se haya acabado el mundo.

—Sí, lo reconozco... Ahora mismo estoy en plan autocompasivo —admitió Matt—. Lo siento. Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de mí por un tiempo. No resulto una compañía muy grata, soy consciente de ello.

—Para eso están los amigos, Matty, para tenerlos a tu lado cuando los necesitas. Cambiando un momento de tema, he venido a pedirte un favor —dijo Charley.

—¿Qué favor? —Matt, absorto en su tristeza, apenas la escuchaba.

—Dentro de unos días vendrán a decorarme la casa. Tardarán más o menos un mes en terminar, y me preguntaba si mientras tanto puedo instalarme en la habitación que tienes libre. Te pagaré el alquiler, por supuesto —añadió Charley—. Además, ya me conoces, casi nunca estoy por las noches ni el fin de semana.

—Oye, no hace falta que me pagues. Ya te he dicho que estoy saturado de trabajo y pasaré más tiempo fuera que aquí, así que instálate cuando quieras.

—Matt se puso en pie, rebuscó en su escritorio y encontró una llave que entregó a Charley.

—Gracias, cariño.

—No hay de qué. Además, para serte sincero, a lo mejor me sienta bien la compañía. En realidad, me harás un favor.

—Bueno, si estás seguro, a mí me parece estupendo. Te lo agradezco de veras.

Matt le dio una palmada en la pierna.

—Y yo te agradezco que estés aquí.

—No es ninguna molestia, Matty. —Charley le obsequió con una sonrisa —. En absoluto.

Y hoy ¿adónde vas? —Kathleen observó a Grania mientras se abrochaba el abrigo—. Te has lavado el pelo y llevas maquillaje.

—En respuesta a tu pregunta, voy a ver a Aurora. ¿Es raro que una mujer se lave el pelo y se ponga rímel en estas tierras? —contestó Grania con insolencia.

—Así, ¿vas a Dunworley House?

—Sí.

Kathleen se cruzó de brazos.

—Ya te lo advertí, Grania. No es buena idea que te involucres en los tejemanajes de esa gente.

—Mira, mamá, solo estoy ayudando a que una niña que se siente sola se distraiga. ¡No me he ido a vivir con ellos! ¿Qué problema hay?

—Te lo dije y te lo repito: esa familia siempre nos trae problemas. Y me parece que ya tienes bastantes quebraderos de cabeza propios como para añadir los suyos.

—¡Por el amor de Dios, mamá! Aurora es una niña sin madre que acaba de regresar al pueblo y no conoce a nadie. ¡Se siente sola! —exclamó Grania con exasperación—. Hasta luego.

Grania cerró la puerta de golpe y Kathleen suspiró.

—Sí —musitó—. Ella perdió a su madre, y tú has perdido a tu hijo.

Kathleen emprendió sus tareas matutinas con el corazón en un puño. Se preguntaba si debería hablar con John de Grania y sus visitas a Dunworley House. La semana anterior había ido todos los días, y la última tarde regresó a casa ya de noche. La expresión de sus ojos bastaba para que su madre comprendiera que algo la arrastraba allí, igual que les había ocurrido a otros

antes que a ella...

—Bueno, niña mía —dijo Kathleen para sí mientras hacía la cama de Shane—, cuanto antes regreses a Nueva York con tu chico, mejor. Para todos.

Grania sabía que, en algún punto del camino que ascendía por los acantilados hasta la casa, Aurora aparecería y bajaría corriendo la colina para luego acompañarla hasta la verja del jardín. Le encantaba verla hacer eso; nunca había conocido a una niña que se moviera con más gracia. Cuando caminaba, parecía que flotara; y cuando corría, parecía que bailara. Allí estaba, rodeándola como una ilusión, una criatura incorpórea recién salida de un libro de antiguas leyendas irlandesas de las que en otro tiempo le leía su madre.

—Hola, Grania. —Aurora la abrazó y la tomó de la mano para guiarla por la colina—. Estaba mirando por la ventana de mi dormitorio, esperando a que aparecieras. Me parece que papá quiere preguntarte una cosa.

—¿Ah, sí?

Grania no había visto a Alexander ni una sola vez durante la semana anterior, Aurora le había dicho que sufría una terrible migraña y que estaba acostado en su habitación. Cuando Grania se mostró preocupada por su salud, Aurora se encogió de hombros con indiferencia.

«Enseguida se pondrá mejor, lo que necesita es que lo dejen tranquilo y estar solo y en silencio», le había dicho la niña.

Aunque Grania se lo reprochaba interiormente, el padre de Aurora siempre invadía sus pensamientos en los serenos instantes que precedían al sueño. Y el hecho de que Alexander se encontrara en algún lugar de la planta superior y pudiera aparecer en cualquier momento le producía una sensación de placer que la hacía sentirse culpable. No comprendía el efecto que ese hombre provocaba en ella; todo cuanto sabía era que ahora pensaba en Matt menos que antes. Y eso por fuerza tenía que ser bueno.

—¿Por qué quiere verme? —Grania no pudo evitar preguntarlo.

Aurora soltó una risita.

—Es un secreto. —Empezó a trazar piruetas en dirección a la verja, y

para cuando Grania llegó ya le había abierto la puerta.

—¿Fuiste a clases de baile en Londres, Aurora? Creo que se te daría bien.

—No, mamá no quiso. Toda su vida había detestado el ballet. —Se frotó la nariz mientras cerraba la portezuela—. Pero la verdad es que sí que me gustaría aprender, y en el desván encontré unos cuantos libros antiguos llenos de fotos de chicas guapísimas encaramadas en sus zapatillas de punta. Si mamá no lo detestara tanto creo que me gustaría ser bailarina.

Grania observó a Aurora avanzar frente a ella dando saltitos. Quería hacerle la observación de que Lily había muerto y de que seguro que no le importaría que aprendiera a bailar; pero ella no tenía por qué meterse en esas cosas, así que la siguió en silencio hasta la cocina.

—Bueno —Aurora le sonrió y puso los brazos en jarras—, ¿qué vamos a hacer hoy? ¿Qué llevas escondido en tu bolsa mágica? —preguntó con impaciencia.

Grania le mostró una caja metálica de acuarelas y un pequeño lienzo.

—He pensado que, como hace buen día, podríamos salir y pintar el paisaje. ¿Qué te parece?

Aurora asintió.

—¿No nos hace falta un caballete?

—Seguro que nos las arreglaremos así. Pero si descubres que te gusta pintar, puedo llevarte a la tienda de arte de Cork a comprar uno.

A Aurora se le iluminó el semblante.

—¿Iremos en autobús? —preguntó—. Siempre he querido montar en autobús.

Grania arqueó las cejas.

—¿No has viajado nunca en autobús?

—No, por aquí no pasan muchos; y cuando vivíamos en Londres, el chófer de papá nos llevaba a todas partes. A lo mejor cuando lo veas puedes preguntarle si me da permiso.

Grania asintió en señal de conformidad. Justo cuando se disponían a cruzar el salón para salir a la terraza, la señora Myther, el ama de llaves, bajó la escalera con la cesta de la colada. Grania había coincidido con ella un par de veces y le parecía una mujer bastante agradable.

—¿Podemos hablar un momento, Grania? —le preguntó—. En privado

—añadió en voz baja.

—Aurora, ve fuera y busca cuál es el mejor sitio para pintar el paisaje. Yo saldré dentro de unos segundos.

Aurora asintió y abrió la puerta de la cristalera que daba a la terraza.

—El señor Devonshire me ha pedido que le pregunte si le sería posible cenar con él esta noche o mañana. Quiere hablarle de Aurora.

—Ya.

Grania debía de parecer preocupada, porque la señora Myther le dio una palmadita en el brazo y sonrió.

—No hay razón para que se apure; el señor Devonshire, igual que yo, le está muy agradecido por el tiempo que ha dedicado a Aurora. ¿Cuándo le digo que le va mejor, hoy o mañana? Como puede ver, no quiere que Aurora esté presente durante la conversación.

—Esta noche me va bien.

—¿A las ocho le parece una buena hora?

—Sí.

—Estupendo. Permítame que le diga que es justo la persona que la niña necesita —añadió la señora Myther—. Está mucho más alegre desde que la conoce.

Grania cruzó como una autómatas el salón y salió a la terraza para reunirse con Aurora, tratando por todos los medios de no hacer cábalas sobre lo que Alexander quería comentarle. Juntas pasaron una mañana muy agradable bajo el tenue sol; Grania se dedicó a enseñarle a Aurora los conceptos básicos sobre la perspectiva. Cuando empezó a refrescar, regresaron a la cocina para pintar el bosquejo. Aurora se sentó sobre las rodillas de Grania mientras ella le mostraba cómo mezclar un poco de rojo con azul para obtener el lila pálido de los lejanos acantilados del final de la bahía. Cuando hubieron terminado y estaban supervisando la obra, Aurora le echó los brazos al cuello y le dio un abrazo.

—Gracias, Grania, es muy bonito. Lo tendré siempre colgado en mi dormitorio, aunque me mude de casa; así siempre recordaré mi hogar.

La señora Myther había entrado en la cocina y estaba removiendo la sopa frente a los fogones. Grania interpretó su presencia como la señal que indicaba que había llegado la hora de marcharse y se puso en pie.

—¿Qué haremos mañana? —preguntó Aurora con entusiasmo—. ¿Le preguntarás esta noche a papá si me deja coger el autobús para ir a Cork?

Grania miró a Aurora sorprendida.

—¿Cómo sabes que lo veré esta noche?

—Intuición. —Aurora se dio unos golpecitos con el dedo en la nariz—. Se lo preguntarás, ¿verdad?

—Prometido —dijo Grania, asintiendo.

Grania le había dicho a su madre que esa noche no cenaría en casa, lo cual suscitó una mirada de extrañeza por su parte pero ningún comentario.

—Me voy —anunció Grania bajando la escalera—. Hasta luego.

Kathleen se la quedó mirando.

—Por cómo vas vestida, diría que has quedado con un hombre, ¿no, Grania?

—Vamos, mamá. El padre de Aurora solo quiere que hablemos de su hija. No lo he visto más que una vez; no es ninguna cita romántica. —Grania se dirigió al recibidor lo más rápido posible y cogió una linterna del estante.

—¿Y qué se supone que tengo que decirle a tu chico cuando me pregunte dónde estás, si es que llama?

Grania no se dignó responder a la pregunta, se limitó a cerrar la puerta de golpe al salir y partir en dirección a la casa. No había absolutamente ningún motivo para sentirse culpable, ni para que su madre lo pusiera en entredicho. Y Matt ya no tenía derecho a opinar sobre con quién se veía o qué hacía. La relación se había roto por su culpa. El hecho de que su madre siempre hubiera sentido debilidad por Matt era algo contra lo que no podía hacer nada. Además, se había pasado casi tres semanas sin salir una sola noche, así que no le vendría mal un cambio.

Armada con esos pensamientos rebeldes, Grania encendió la linterna y ascendió por el camino.

Cuando llegó a la puerta trasera de Dunworley House y llamó, no obtuvo respuesta. Como no se le ocurría qué otra cosa hacer, entró en la cocina desierta y se quedó de pie con aire vacilante. Al final, abrió con cautela la puerta que daba al recibidor y la cruzó.

—¿Hola? —llamó, pero tampoco esa vez respondió nadie—. ¿Hola? —Cruzó el recibidor y llamó a la puerta del salón. La abrió y vio a Alexander sentado en una silla junto al fuego, leyendo un documento. Al ver a Grania se sobresaltó y se puso en pie, avergonzado.

—Discúlpeme. Me parece que no la he oído llegar.

—No pasa nada —dijo Grania con incomodidad; volvía a sentirse cohibida en su presencia.

—Por favor, permítame el abrigo y siéntese junto al fuego. Encuentro que en esta casa hace mucho frío —comentó mientras la ayudaba a despojarse de la prenda—. ¿Le traigo una copa de vino? ¿O prefiere un gin-tonic?

—El vino me apetece más.

—Póngase cómoda, vuelvo enseguida.

Grania no ocupó la silla que había frente al fuego; en el salón hacía un calor agobiante. En vez de eso, se sentó en un elegante sofá con tapicería de damasco que resultó ser muy incómodo. Pensó que de noche aquel salón resultaba muy acogedor.

Alexander regresó con una botella de vino y dos copas.

—Gracias por venir, Grania —dijo mientras le tendía la copa de vino, y regresó a la silla junto al fuego—. Entre otras cosas, quería disponer de un momento para decirle que le agradezco mucho que haya tenido a Aurora entretenida toda la semana.

—Para mí ha sido un placer, en serio. Me lo he pasado tan bien como ella.

—En todo caso, la cuestión es que ha sido muy amable por su parte. Aurora me ha contado que es escultora. ¿Se dedica profesionalmente a ello?

—Sí. Tengo un estudio en Nueva York.

—Es estupendo poder ganarse la vida con aquello para lo que se tiene talento. —Alexander suspiró.

—Opino lo mismo —aventuró Grania—. Por otra parte, la verdad es que nunca he sabido hacer otra cosa.

—Bueno, es mejor destacar en una cosa que ser mediocre en muchas. Como yo, por ejemplo.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿a qué se dedica exactamente?

—Voy por el mundo invirtiendo dinero. El dinero de otros, claro. Y al

mismo tiempo que ellos se hacen ricos, yo también. Puede considerarme un buitre. Lo que hago no me reporta placer en absoluto. Y es totalmente absurdo —añadió Alexander con aire taciturno.

—Me parece que está siendo muy duro consigo mismo —opinó Grania—. También para eso uno tiene que valer; yo no sabría ni por dónde empezar.

—Gracias por su amabilidad, pero yo no produzco ninguna obra. Usted, en cambio, crea algo material que permite que quien lo posee se deleite. —Alexander tomó un sorbo de vino—. Siempre he admirado a la gente con talento artístico, aunque yo no lo tengo en absoluto. Me encantaría ver sus esculturas. ¿Hace exposiciones?

—Sí, de vez en cuando. Aunque últimamente casi todas las esculturas que hago son encargos.

Él se la quedó mirando.

—Así, ¿puedo encargarle una?

—Claro. —Grania se encogió de hombros—. Supongo que sí.

—Muy bien. A lo mejor lo hago. —Esbozó una sonrisa tensa—. ¿Cenamos?

—Cuando quiera —respondió Grania con un hilo de voz.

Alexander se puso en pie.

—Iré a decirle a la señora Myther que estamos a punto.

Grania lo observó salir del salón, sorprendida de que a un hombre como él le costara tanto relacionarse. Según su experiencia, los hombres ricos y prósperos con el aspecto de Alexander tenían una arrogancia y una seguridad en si mismos que eran inherentes al hecho de despertar la admiración universal.

—Ya está todo a punto —anunció Alexander asomando la cabeza por la puerta—. Cenaremos en el comedor, me parece mucho más cálido que la cocina.

Grania cruzó tras él el recibidor y entró en una sala del otro lado. En un extremo había una mesa de caoba muy pulimentada, preparada para dos comensales. También allí ardía un gran fuego en la chimenea, y Grania se dirigió a la silla más alejada.

Alexander se sentó en el extremo de la mesa más cercano, y la señora Myther entró con dos platos que depositó frente a ellos.

—Gracias —dijo él asintiendo cuando el ama de llaves salió del comedor. Miró a Grania con una sonrisa forzada—. Disculpe que la comida sea tan poco elaborada, pero la cocina no es su punto fuerte.

—De hecho, la carne de cerdo en salsa con colcannon es uno de mis platos favoritos —lo tranquilizó Grania.

—Ya sabe, donde fueres... Y este es uno de los platos que sé que la señora Myther siempre prepara bien. Por favor, empiece —le indicó.

Guardaron silencio un rato. Grania iba lanzando miradas disimuladas a su anfitrión, y al final se decidió a hablar.

—¿Para qué quería verme?

—Quería preguntarle qué planes tiene el mes que viene —explicó Alexander—. Si, como dice, está solo visitando a la familia, ¿regresará pronto a Nueva York?

Grania juntó el cuchillo y el tenedor.

—Para serle sincera, aún no he decidido lo que voy a hacer.

—¿Deduzco de eso que está huyendo de algo?

Era una observación muy perspicaz para venir de alguien que apenas la conocía.

—Supongo que podría llamársele así —convino despacio—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Bueno —Alexander terminó de cenar y se limpió los labios con la servilleta—, en primer lugar, tiene un aire de sofisticación que es probable que haya adquirido en un pueblo como Dunworley. En segundo, la vi paseando por los acantilados, seguramente antes de que la viera Aurora. Era obvio que le estaba dando muchas vueltas a la cabeza, por lo que deduje que lo más probable era que tuviera algún problema. Y por último, no es normal que una mujer como usted tenga tiempo ni ganas de pasar un día detrás de otro en compañía de una niña de ocho años.

Grania notó que se le encendían las mejillas.

—La verdad es que me parece una valoración bastante acertada de mi situación actual.

—Mi hija parece haberle tomado muchísimo cariño, y, a juzgar por las apariencias, a usted ella tampoco le cae mal.

—La encuentro una niña encantadora, y lo hemos pasado muy bien juntas

—se apresuró a responder Grania—. Pero se siente sola.

—Sí, se siente sola —admitió Alexander con un suspiro.

—¿No ha pensado en enviarla a la escuela? Hay un centro de primaria muy bueno a tan solo un kilómetro y medio; allí podría hacer amiguitos de su edad.

—No serviría de nada. —Él sacudió la cabeza—. No tengo ni idea de cuánto tiempo nos quedaremos aquí, y formar lazos para luego tener que romperlos es lo último que Aurora necesita.

—¿Y un internado? Seguro que así tendría un poco de estabilidad aunque usted siguiera yendo de un sitio a otro —sugirió Grania.

—Claro que he pensado en eso —dijo Alexander—. El problema es que, desde la muerte de su madre, Aurora ha empezado a tener problemas, problemas emocionales, y eso lo impide. Así que, aunque no sea ni de lejos lo mejor, no me queda más remedio que educarla en casa. Y esto nos lleva al motivo por el que la he invitado a venir esta noche.

—¿Cuál es?

—La señora Myther trabajaba para nosotros en Londres y fue muy amable prestándose a acompañarnos durante unas cuantas semanas cuando nos trasladamos aquí. Su familia vive en Londres y es normal que desee reunirse con ellos lo antes posible. Me he puesto en contacto con varias agencias para buscar una niñera para Aurora y un ama de llaves para Dunworley, pero de momento no ha habido suerte. Y yo tengo que marcharme de viaje dentro de pocos días. Lo que quiero preguntarle, Grania, es si estaría dispuesta a vivir aquí con Aurora y cuidarla hasta que encuentre el personal apropiado.

Era lo último que Grania esperaba oír.

—Yo...

Alexander alzó una mano para interrumpirla.

—Ya sé que usted no es niñera; no la veo así ni mucho menos. Sin embargo, esta vez es imposible que Aurora me acompañe y debo encontrar con urgencia a alguien que la cuide, alguien en quien pueda confiar y con quien ella se sienta cómoda. Espero no haberla ofendido al pedírselo.

—Para nada —respondió ella—. Me halaga que tenga la impresión de que puede confiar en mí, considerando que apenas me conoce.

—Sí que la conozco, Grania —repuso él sonriendo—. Aurora no me habla de otra cosa. No la había visto tan apegada a nadie desde que su madre murió. Perdóneme por pedírselo, comprendo perfectamente que debe de tener otros planes. Le prometo que no será más de un mes, solo lo imprescindible para que me dé tiempo de hacer lo que debo... —se interrumpió— y de encontrar a alguien que se ocupe de ella de forma más continuada.

—Un mes... Alexander... —Grania se mordió el labio— de verdad que no lo sé.

—Por favor, tómese tiempo para pensarlo, no lo decida ahora mismo. La otra cosa que quiero preguntarle es si, mientras esté aquí, podría hacer una escultura de Aurora. Así, a la vez que cuida de ella estaría trabajando. Le pagaré por las dos cosas, por la escultura y por cuidar de mi hija. Y déjeme añadir que no escatimaré en la retribución.

Grania notó que se abismaba en el profundo azul de sus ojos y se controló.

—Necesito regresar a casa y pensármelo, porque la verdad es que no sé qué hacer.

—Claro —Alexander asintió—. ¿Me dirá algo lo antes posible? Salgo el domingo.

Faltaban cuatro días.

—¿Y qué hará si yo le digo que no? —preguntó ella.

—No tengo la más remota idea. —Alexander se encogió de hombros—. A lo mejor convengo a la señora Myther para que se quede si le doblo el sueldo. De todos modos, usted no tiene por qué preocuparse por eso; si la he puesto en una situación difícil, lo siento. Haga lo que crea conveniente. Perdóneme por habérselo pedido, pero Aurora me ha suplicado que lo hiciera.

—¿Puedo responderle mañana?

—Sí. Y ahora, si me disculpa, tengo una migraña terrible.

—Claro. ¿Puedo hacer algo por ayudarlo?

Alexander se la quedó mirando con una profunda expresión de tristeza.

—No. Ojalá pudiera. —Alargó la mano y la posó sobre la de ella—. Gracias por preguntármelo.

Mientras Grania regresaba a casa bordeando los acantilados a la luz de la linterna, se avergonzaba de que el tacto de la mano de Alexander en la suya la hubiera impulsado a amoldarse a sus deseos. En esos momentos habría hecho cualquier cosa por ayudarlo. No sabía quién era ni a qué se dedicaba, pero el padecimiento que había observado en sus ojos aún la atenazaba cuando entró en la granja, subió la escalera hasta su dormitorio y se zambulló, por algún motivo exhausta, entre las sábanas.

Todo aquello era ridículo... En Nueva York era una escultora reconocida, tenía una vida... ¿Qué hacía siquiera planteándose mudarse a una casa perdida en lo alto de un acantilado para cuidar de una niña en quien jamás había reparado hasta hacía una semana? Y todo para complacer a un hombre de quien no sabía nada. Y encima, la historia de la familia Lisle y la reciente relación que Grania había establecido con sus miembros estaba causando a su madre una preocupación que no alcanzaba a comprender.

Aun así... Aun así...

Mientras el reloj marcaba las horas nocturnas, Grania pensaba que se estaba adentrando en un terreno peligroso. De repente sintió un apremiante deseo de recuperar la seguridad y la normalidad de la vida que había llevado durante los últimos ocho años.

¿De veras la relación con Matt había tocado a su fin?

Se había marchado de forma tan precipitada, se sentía tan herida... Había huido cual animal asustado.

Y luego no le había dado ninguna oportunidad de justificarse ¿Y si lo había interpretado mal? ¿Y si todo resultaba ser tan solo una sucesión de hechos desafortunados que al coincidir habían creado una situación que podía explicarse de forma sencilla e inocente? A fin de cuentas, acababa de perder a su bebe... Su anhelado bebé. ¿Era posible que fuera una confusión debida a su estado emocional? Y ¿era posible que hubiera reaccionado de forma exagerada a causa del disgusto y de las hormonas? Grania suspiró y volvió a darse la vuelta en la estrecha cama. Echaba de menos la de tamaño extragrande que compartía con Matt. Y también lo que hacían en ella. Echaba de menos su antigua vida... Echaba de menos a Matt.

Tomó una decisión. A lo mejor había llegado el momento de averiguarlo, de darle a Matt la oportunidad de explicarle su versión de los hechos.

Miró el reloj y vio que eran las tres de la madrugada, lo que significaba que en Nueva York eran las nueve de la noche. Lo peor que podía pasar era que Matt tuviera el móvil desconectado y que en casa saltara el contestador automático. Pero igual contestaba a cualquiera de los dos teléfonos.

Grania se levantó, encendió la luz y alargó la mano para alcanzar su móvil. Sin pensarlo dos veces, pulsó la tecla correspondiente al número de Matt y oyó la señal de llamada. Enseguida saltó el contestador y Grania colgó. Luego marcó el número de su casa; y, después de la segunda señal, alguien respondió.

—¿Diga?

Era una voz de mujer y Grania sabía muy bien a quién pertenecía.

Con la mirada perdida y sin habla, oyó que la voz volvía a responder.

—¿Diga?

«Dios mío, Dios mío, Dios mío...»

—¿Quién es?

Grania pulsó con el pulgar la tecla que ponía fin a la llamada.

6

A la mañana siguiente, cuando Grania y Aurora llegaron a la casa, Alexander apareció en la cocina con aire expectante.

—La respuesta es sí. Me haré cargo de Aurora; bueno, al menos durante un mes.

—¡Fantástico! Gracias, Grania. No sabe lo que significa para mí saber que Aurora estará con alguien a quien aprecia. —Alexander miró a su hija—. ¿Estás contenta, Aurora?

A ninguno de los dos adultos les hacía falta oír la pronunciar la respuesta. Aurora lo llevaba escrito en la cara.

—¡Ya lo creo! —Se acercó a su padre para abrazarlo y luego regresó junto a Grania y también la abrazó—. Gracias, Grania. Te prometo que no te daré problemas.

—No me cabe duda. —Grania sonrió.

—Y a lo mejor tenéis tiempo de abrir alguno de los libros de texto que tienes arriba, ¿eh? —Alexander miró a Grania arqueando las cejas—. La institutriz que tenía en Londres le puso trabajo para un mes entero, pero dudo que haya abierto los libros una sola vez.

—Pero, papá, estoy aprendiendo bellas artes.

—No se preocupe. Me encargaré de que Aurora estudie —se apresuró a añadir Grania.

—¿Le has pedido a papá que me deje ir a Cork en autobús? —preguntó Aurora con impaciencia, volviéndose hacia su padre—. Grania necesita comprar material en la tienda de bellas artes y dijo que podía acompañarla. ¿Me dejas, papá? No he montado nunca en autobús.

—No veo ningún inconveniente, siempre que a Grania no le importe que

vayas con ella.

—En absoluto —terció Grania.

—Y a lo mejor puede aprovechar para comprar lo necesario para la escultura de la que hablamos anoche —sugirió Alexander.

—Sí, si está seguro de que quiere encargármela a mí. Puedo enseñarle algunas de mis obras en internet.

—De hecho, les he echado un vistazo esta mañana —confesó él—. Me encantará que acepte el encargo; y, por supuesto, tenemos que hablar de la retribución tanto por cuidar de Aurora como por la escultura. También quería preguntarle si conoce a alguien del pueblo dispuesto a venir a ocuparse de la casa unas horas al día. No lo considero parte de sus tareas.

Grania pensó en la antipatía que la familia Lisle inspiraba a su madre y se preguntó cuántos habitantes del pueblo compartían sus sentimientos.

—Podría preguntarlo —dijo con vacilación—, pero...

Alexander alzó la mano para interrumpirla.

—Ya sé que esta familia no goza de muy buena reputación en el pueblo. Nunca he llegado a comprender a qué motivos se remonta ya que soy relativamente nuevo aquí, pero le aseguro que todo tiene que ver con cosas que sucedieron hace muchísimo tiempo.

—En Irlanda la gente tiene buena memoria —convino Grania—. Veré lo que puedo hacer de todos modos.

Aurora tiró de la manga de Grania.

—Si no nos vamos pronto, perderemos el autobús, ¿no?

—Sale uno a mediodía. Nos quedan diez minutos.

—Entonces dejo que os preparéis —dijo Alexander con un gesto de asentimiento—. Gracias de nuevo, Grania. Nos veremos antes de que me vaya, para ultimar los detalles.

Tras haber ido en autobús a la ciudad con Aurora, que no cabía en sí de gozo, y regresar al pueblo cargada con material de la tienda de bellas artes, Grania llegó a casa justo en el momento en que su madre estaba sirviendo la cena.

—¿Puedo preguntarte dónde has estado metida todo el día, señorita?

—En Cork. —Grania soltó las bolsas con la compra en el recibidor y se

quitó el abrigo—. Necesitaba material.

—He oído que te ha acompañado una amiga —dijo Kathleen mientras repartía el estofado de ternera en dos cuencos.

—Sí, me ha acompañado Aurora. No había viajado nunca en autobús y estaba entusiasmada. ¿Puedo ayudarte, mamá?

Cuando se sentó a la mesa y su padre y su hermano hicieron lo propio, Grania tuvo la sensación de que era ella quien tenía ocho años y la habían pillado en el autobús haciendo novillos de la escuela.

Después de cenar, cuando Shane se hubo marchado al pub y su padre estaba apoltronado en el sillón de la sala contigua, Grania ayudó a su madre a fregar los platos.

—¿Qué te parece si preparo té y nos tomamos una taza? —aventuró—. Tengo cosas que contarte.

—¿Vas a volver a Nueva York con tu chico maravilloso? —El semblante de Kathleen se iluminó un instante, pero Grania negó con la cabeza.

—No, mamá, lo siento, pero a estas alturas dudo que eso llegue a ocurrir —dijo con tristeza mientras ponía a hervir la tetera.

—Verás, Grania, lo que no entiendo es el porqué. Ya sé que lo pasaste muy mal al perder al bebé, pero...

—Eso no es todo. Por favor, mamá, no quiero hablar de ello.

—Pero, por lo que Matt dice, sea lo que sea lo que ha hecho quiere arreglarlo. ¿Es que no piensas darle una oportunidad, cielo? —la apremió Kathleen.

Grania sirvió dos tazas de té y las llevó a la mesa.

—Te prometo, mamá, que yo soy la primera en desear que hubiera alguna forma de solucionarlo, pero creo que ya es demasiado tarde para eso. Además, tú siempre has dicho que a lo hecho, pecho. Tengo que seguir adelante.

—¿Y qué planes tienes?

—Bueno, sé que no te gustará. —Grania dio un pequeño sorbo al té hirviendo—. El padre de Aurora tiene que ausentarse durante un mes y me he prestado a ir a Dunworley House para cuidar a la niña mientras él esté fuera.

—¡Virgen santísima! —Kathleen se cubrió las mejillas con las manos—. La cosa va de mal en peor.

—Por favor, mamá, por lo que me ha dicho Alexander, todos esos recelos están relacionados con algo que ocurrió hace muchísimo tiempo. Esa pobre niña no tiene nada que ver. Y yo tampoco —subrayó Grania, tratando de mantenerse lo más calmada posible—. Alexander quiere que, mientras tanto, haga una escultura de Aurora. Piensa pagarme, y mientras no aclaremos las cosas con Matt ese dinero me vendrá muy bien, mamá; de verdad. Sobre todo porque no tengo ni idea de si volveré a Nueva York.

Kathleen tenía la cabeza enterrada entre las manos.

—Jesús, la historia se repite. Pero tienes razón. —Miró a su hija—. ¿Qué más te da a ti el pasado?

—Bueno, mamá, tal vez si supiera cuál es ese pasado lo comprendería. La cuestión es que pienso aceptar la oferta de Alexander. ¿Por qué no?

—¿Que por qué no...? —musitó Kathleen. Hizo un esfuerzo por serenarse—. Bueno, me parece que el problema es que las dos andamos a ciegas. Yo no tengo ni idea de lo que ha sucedido entre Matt y tú, y tú no comprendes por qué me inquieta tanto que te mezcles con la familia Lisle. ¿Dices que ese hombre estará fuera mientras te alojes en Dunworley House?

—Eso es; sale de viaje.

—¿Y qué opinión te merece el padre de Aurora?

—Parece un hombre agradable. —Grania se encogió de hombros—. Tampoco lo conozco tanto.

—Creo que era... que es un buen hombre. Pero al parecer todo aquel que tiene la desgracia de establecer lazos con esa familia queda marcado, y eso también va por ti, Grania. —Kathleen hizo una insistente señal de advertencia con el dedo a su hija.

—Mira, mamá, lo último que quiero es inquietarte, pero mientras no sepa...

—Sí, tienes razón —la interrumpió Kathleen. Esbozó una débil sonrisa y dio unas palmaditas en la mano de su hija con tristeza—. Solo es que creía que tú te librarías de eso.

—Solo pasaré allí un mes, mamá —recalcó Grania—. Y al menos dejaré de estorbarte en casa.

—¿De verdad crees que me estorbas, Grania? ¿Después de apenas haberte visto en diez años? Es un placer tenerte aquí, y siempre lo será.

—Gracias, mamá. He pensado si te parecería bien que algún día trajera a Aurora para que la conozcas —aventuró Grania—. Seguro que entonces lo comprenderás. Es una niña tan simpática...

—No fuerces las cosas, Grania. No dudo que dices la verdad, pero ese asunto desata las malas pasiones en esta casa. Es mejor que, de momento, lo dejes correr.

—Lo comprendo —dijo ella, bostezando—. Perdona, la noche pasada no dormí mucho. Me voy a la cama. —Grania se puso en pie y enjuagó la taza en el fregadero. Luego se acercó a su madre y le dio un beso en la coronilla—. Buenas noches, mamá. Que duermas bien.

—Tú también, cielo.

Cuando Kathleen oyó cerrarse la puerta del dormitorio de Grania en el piso de arriba, se puso en pie y se dirigió a la sala de estar para hablar con su marido.

—Me preocupa nuestra hija —dijo con un suspiro mientras tomaba asiento en el sillón situado frente a John—. No se le ha ocurrido otra cosa que comprometerse a pasar un mes en Dunworley House para cuidar de la niña de los Lisle.

—¿En serio? —John desvió la atención del televisor para examinar el ansioso semblante de su esposa.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Kathleen.

—Yo no le diría nada. Ya es mayorcita.

—John, ¿es que no ves lo que ocurre? Ya sabes que Grania se encierra en si misma cada vez que tiene problemas sentimentales, y eso es precisamente lo que está haciendo ahora. Se nota a la legua que lo está pasando fatal, pero no es capaz de sincerarse.

—Es su forma de ser, Kathleen. Se parece a su padre —dijo John en tono ecuánime—. Cada cual se enfrenta a los problemas su manera, y no tiene por qué haber una mejor que otra.

—¿No te parece raro que no haya derramado ni una lágrima por haber perdido al bebé?

—Tal como te he dicho, cada cual tiene su forma de afrontar las cosas, querida. Déjala estar.

—John —Kathleen notaba que estaba empezando a perder la paciencia

ante la serenidad con que su esposo se tomaba lo que a ella se le antojaba una catástrofe inminente—, nuestra hija está volcando todo su instinto maternal en esa niña. Está utilizando a Aurora para sustituir al bebé que ha perdido. Y encima es posible que en el padre de la niña también vea al sustituto de Matt. Mientras les dedica todas sus energías a ellos, no tiene que pensar en su propia vida ni tratar de aclararse las ideas.

—Vamos, Kathleen —repuso John, que por fin reaccionaba ante la angustia de su esposa—. Comprendo que la cosa te inquiete, y que quieras proteger a nuestra hija, pero no creo que podamos hacer nada. ¿Tú sí?

—No —respondió Kathleen tras una larga pausa, consciente de que estaba esperando una solución que John no podía ofrecerle y de que precisamente por eso estaba molesta con él. Se puso en pie—. Me voy a la cama.

—Yo subiré enseguida —dijo John a su esposa, que ya le daba la espalda. Exhaló un suspiro. Sabía que había bien poca cosa que pudiera hacer o decir para consolar a Kathleen cuando alguno de sus queridísimos hijos le provocaba quebraderos de cabeza.

Tres días más tarde, el hermano de Grania la acompañó en coche hasta Dunworley House.

—Gracias, Shane —dijo ella mientras se bajaba del vehículo.

—No hay de qué, Grania —respondió él con una sonrisa—. Si necesitas que te acompañe a cualquier sitio con la chiquilla, no tienes más que pedírmelo. Cuídate.

—Grania sacó su bolso de viaje del maletero y entró en la cocina por la puerta trasera. Una pequeña centella se arrojó en sus brazos.

—¡Estás aquí! Llevo esperándote toda la mañana.

—Claro que estoy aquí —dijo Grania con una sonrisa—. No pensarías que no iba a venir, ¿verdad?

Aurora frunció sus labios sonrosados.

—A veces los adultos dicen cosas y luego no las hacen.

—Bueno, yo no soy de esa clase de adultos —la tranquilizó Grania.

—Me alegro. Papá me ha pedido que te muestre tu habitación. He elegido

la que está al lado de la mía, así no te sentirás sola. Vamos. —Aurora cogió a Grania de la mano y juntas salieron de la cocina, recorrieron el pasillo y subieron la escalera. La guio por el piso de arriba hasta una bonita habitación que contenía una cama de hierro forjado con un cubrecama de encaje blanco. Las paredes estaban pintadas de rosa, y la ventana, adornada por unas cortinas con un estampado de ramilletes, enmarcaba el asombroso paisaje que se divisaba desde el promontorio.

—El rosa es mi color favorito —dijo Aurora, saltando sobre la gran cama—. ¿El tuyo también?

—A mí me encantan el rosa, el azul, el lila... —Grania también se subió a la cama y empezó a hacer cosquillas a Aurora—, el amarillo, el rojo, el naranja, el verde...

Aurora rio con ganas, y así fue como Alexander las encontró cuando llamó a la puerta de la habitación y entró.

—¡Por Dios! Menudo jaleo tenéis montado.

—Lo siento, papá. —Aurora se incorporó de inmediato—. Espero que no te hayamos molestado.

—No querida, no me habéis molestado. —Sonrió, pero a Grania esa sonrisa le pareció más bien una mueca. El hombre estaba de un blanco cadavérico.

—Si Aurora se aviene a soltarla media hora, Grania, podremos ultimar cuatro cosas antes de que me vaya —propuso Alexander.

—Sí. —Grania bajó de la cama y se volvió hacia Aurora—. ¿Por qué no vas a buscar los libros de texto de los que me habló tu padre y bajas a la cocina? Yo iré dentro de un ratito.

Aurora asintió con diligencia y entró en el dormitorio contiguo mientras Grania y Alexander bajaban la escalera. Él la guio hasta una pequeña biblioteca equipada con un escritorio y un ordenador.

—Siéntese, Grania, por favor.

Grania lo hizo, y Alexander le tendió una hoja de papel mecanografiada.

—Es una lista de todos mis teléfonos. He añadido el de mi abogado, Hans; si no consigue ponerse en contacto conmigo, es con él con quien debe hablar. Ya le he comentado que puede ser que le llame.

—¿Puedo preguntarle adónde va?

—A Estados Unidos, y luego posiblemente a Suiza... —Alexander se encogió de hombros—. Siento no poder ser más explícito. También he incluido los datos de un fontanero y un electricista por si tiene algún problema en casa. Hay una caldera con un programa para la calefacción y el agua caliente; la verá en el lavadero, nada más salir de la cocina. Una vez a la semana viene un jardinero que también se ocupa de la provisión de leña para las chimeneas.

—Muy bien —dijo Grania—. Creo que he encontrado a alguien que puede ocuparse de la limpieza temporalmente. Es la hija de la tendera del pueblo; parece una buena chica.

—Estupendo. Gracias, Grania. Verá que he expedido un cheque a su nombre, con la cantidad que me parece justa por la estancia de este mes y la escultura. También he añadido algo de dinero para cubrir los gastos generales como la comida y un extra para emergencias. Puede utilizarlo para pagar a la chica de la limpieza. Lo encontrará todo detallado en la hoja que le he dado. Si por cualquier motivo le hace falta más dinero, póngase en contacto con mi abogado, tal como le he pedido.

Grania miró el cheque. Estaba firmado por un valor de doce mil euros.

—Pero esto es demasiado dinero. Yo...

—Sé que sus esculturas se venden como mínimo a diez mil dólares, Grania.

—Sí, pero normalmente los clientes quieren ver el resultado antes de pagar la suma total.

—A mí no me hace falta —repuso Alexander—. Bueno, dejemos el tema financiero. Si no fuera por usted, no podría irme.

—Para mí es un placer, en serio —insistió Grania—. Le tengo muchísimo cariño a Aurora.

—Y debe de saber que el sentimiento es mutuo. No he visto a mi hija relacionarse con nadie igual que con usted desde que su madre murió. Me parece... —Alexander suspiró— muy conmovedor.

La expresión de tristeza que parecía inherente a él volvió a aparecer en sus ojos, y Grania tuvo que esforzarse al máximo para evitar reconfortarlo con una palmada.

—Le prometo que cuidaré de ella mientras esté fuera —dijo en voz baja.

—Sé que lo haré. Debo advertirle que... No sé cómo explicarlo... A veces Aurora habla de su madre como si todavía viviera, como si siguiera estando en la casa. —Alexander sacudió la cabeza—. Usted y yo sabemos que no son más que imaginaciones de una niña que echa de menos a su madre. Le aseguro que aquí no hay fantasmas. Pero si Aurora se siente mejor creyéndolo, no veo qué tiene de malo.

—No —convino Grania, sacudiendo la cabeza despacio.

—Muy bien, pues me parece que eso es todo. Me marcharé dentro de una hora aproximadamente. Un taxi me llevará al aeropuerto de Cork. Puede utilizar mi coche siempre que quiera, por supuesto. Las llaves están colgadas en la despensa.

—Gracias. —Grania se puso en pie—. Voy a ver qué hace Aurora, trataré de convencerla para que hinque un poco los codos.

—Llamaré lo más a menudo posible —dijo Alexander con un gesto de asentimiento—. Pero, por favor, no se preocupe si pasa tiempo sin que tenga noticias mías. Y Aurora tampoco debe preocuparse. Ah, por cierto... —dijo señalando el cajón superior izquierdo de su escritorio—, si por algún motivo me sucede algo, ahí encontrará toda la documentación necesaria. Mi abogado le indicará dónde está la llave.

De repente, Grania se estremeció ante la expresión de Alexander.

—Espero no tener que hacer esa llamada. Hasta dentro de un mes. Que tenga un buen viaje.

—Gracias.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Grania?

—¿Sí?

Alexander la obsequió con una inesperada y amplia sonrisa.

—Le debo una invitación a cenar cuando regrese. Me ha salvado la vida, literalmente.

Grania asintió y salió de la habitación en silencio.

Grania y Aurora se sentaron frente a la ventana del dormitorio de la niña y observaron el taxi de Alexander bajar serpenteando por la colina. Grania

rodeó instintivamente a Aurora por los hombros pero la pequeña parecía tranquila. Miró a Grania.

—No pasa nada, no estoy triste. Estoy acostumbrada a quedarme aquí siempre que tiene que salir de viaje por trabajo. Y esta vez es mejor, porque te tengo a ti. —Aurora se incorporó sobre las rodillas y le echó los brazos al cuello a Grania—. ¿Grania?

—¿Qué?

—¿Crees que podemos ir a la sala de estar, encender la chimenea y tostar bolitas de malvavisco, como hacen en el libro de Enid Blyton que acabo de leer?

—Me parece una idea fantástica, siempre que antes te sientes a la mesa de la cocina y hagas unas cuantas sumas mientras yo preparo la cena. ¿Trato hecho? —Grania le tendió la mano.

Aurora se la estrechó con una sonrisa.

—Trato hecho.

A última hora de ese mismo día, después de que Grania acompañara a Aurora a la cama y accediera a leerle cuentos hasta mucho más tarde de lo que habían pactado de antemano, volvió a la planta baja y entró en la sala de estar. Se arrodilló frente al fuego para avivarlo mientras escuchaba el silencio de la casa y se preguntaba por qué demonios se había prestado a aquello. Se dio cuenta de que había sido una reacción visceral ante el impacto que le había producido oír la voz de Charley en su piso de Nueva York la otra noche. ¿Era sensato encerrarse en una casa durante un mes a solas con una niña a quien apenas conocía?

Quería que Matt llamara a casa de sus padres y su madre le dijera que ya no estaba allí; necesitaba que supiera que lo que le había hecho no la había dejado destrozada, que seguía adelante con su vida...

Con esfuerzo, apartó el rostro de Matt de la mente y lo sustituyó por el de Alexander. ¿Acaso había imaginado su expresión cuando la invitó a cenar a su vuelta? ¿De verdad se sentía tan vulnerable como para aferrarse con uñas y dientes a unas palabras que bien podían deberse a la simple cortesía y que no escondían mayores intenciones? Suspiró, consciente de que fuera cual fuese

el motivo que había originado la invitación de Alexander, tenía por delante un mes como mínimo para devanarse los sesos sin poder sacar conclusiones.

Apagó las luces de la planta baja y se dirigió a su dormitorio para acostarse. Se zambulló durante largo rato en la honda bañera con patas contigua a su dormitorio antes de ponerse el pijama y meterse en la cama, grande y cómoda. Se recostó en los almohadones, disfrutando de la sensación de contar con tanto espacio tras haber tenido que conformarse durante semanas con la pequeña cama de que disponía en casa de sus padres.

Al día siguiente, pensó mientras apagaba la luz, empezaría a hacer un bosquejo de Aurora, se familiarizaría con la forma de su cara y decidiría cuál era la expresión más frecuente en su mirada...

Cerró los ojos y se dispuso a dormir.

Kathleen se sentó a la mesa de la cocina, con una taza de té en las manos. A través de la puerta de la sala de al lado oyó que las noticias de las diez acababan de terminar. Cuando dieron la previsión del tiempo, John apagó el televisor y las luces y pasó por la cocina para llenar un vaso de agua y llevárselo al dormitorio.

Kathleen se levantó y se dirigió a la puerta trasera. La abrió y miró hacia la izquierda. No había ninguna luz encendida en la casa de lo alto de la colina. Grania debía de haberse acostado ya. Cerró la puerta y se estremeció un poco mientras echaba la llave y el pestillo, preguntándose por qué se sentía tan intranquila por lo que pudiera estar haciendo su hija esa noche. Cuando regresó a la cocina, John estaba de pie delante del fregadero llenando un vaso de agua del grifo.

—Me voy a la cama, cielo. ¿Tú también? —Miró a su esposa y la obsequió con una dulce sonrisa.

Kathleen exhaló un hondo suspiro y se pasó las manos por la cara.

—Oh, John. No estoy bien de ninguna manera.

John dejó el vaso en el escurrerplatos, se acercó a su esposa y la estrechó en sus brazos.

—¿Qué te pasa? Estos nervios no son habituales en ti. Será mejor que me cuentes cuál es el problema.

—Es Grania... está en esa casa sola. Ya sé que me dirás que me estoy comportando como una tonta pero... —levantó la cabeza y miró a su marido — ya sabes lo que detesto a esa familia y el daño que nos ha hecho.

—Sí, ya lo sé. —John pasó un mechón de pelo gris por detrás de la oreja a su esposa en un gesto cariñoso—. Pero todo eso ocurrió hace mucho tiempo. Grania y la niña son de otra generación.

—¿Crees que debería contárselo? —Kathleen le lanzó una mirada que suplicaba una respuesta.

John suspiró.

—No estoy seguro de si será mejor o peor, pero es evidente que no contárselo te tiene intranquila. Si sirve para que te sientas mejor, entonces debes hablar con ella. Aunque no creo que suponga una gran diferencia. Sabes tan bien como yo que no puede culparse a los hijos de los pecados cometidos por sus padres.

Kathleen posó la cabeza en el ancho pecho de su marido.

—Ya lo sé, John, ya lo sé. Pero lo que le hicieron a mi familia... —Sacudió la cabeza—. Estuvieron a punto de destruirnos, John, ya lo sabes. —Lo miró con los ojos llenos de temor—. Y he visto la cara de Grania cuando habla del padre de Aurora. Dos generaciones han sufrido por culpa de esa familia, y estoy a punto de ver con mis propios ojos cómo vuelve a ocurrir.

—Vamos, cielo, Grania está hecha de otra pasta, es más fuerte —la tranquilizó John—. Sabes tan bien como yo que es imposible convencer a nuestra hija para que haga algo que no quiere.

—Pero ¿y si resulta que sí que quiere estar con él?

—Entonces no podrás hacer gran cosa. Grania es una mujer adulta, no una niña, Kathleen. ¿No estarás poniéndote en lo peor, verdad? Él ni siquiera está en la casa, solo le preocupa el cuidado de su hija mientras está de viaje, no hay nada que indique que...

Kathleen se apartó de John y se retorció las manos con desesperación.

—¡No! ¡Te equivocas! He visto esa mirada, John, los ojos de Grania reflejan lo que siente por él. ¿Y Matt, qué? Tal vez debería llamarlo, pedirle que venga... Ella no lo sabe, no lo entiende.

—Kathleen, tranquilízate. —John suspiró—. No puedes ir por la vida metiéndote en los asuntos de tu hija. Hay algo que no nos ha contado sobre

Matt, y no creo que debamos insistir mientras no salga de ella. Pero tal vez si le explicas lo que pasó, te sientas mejor. No puede perjudicarle en nada saberlo, y así Grania entenderá por qué te has tomado tan a pecho su decisión de trasladarse a esa casa.

Kathleen levantó la cabeza y lo miró.

—¿Te parece lo mejor?

—Sí. Así podrá decidir por si misma. Y yo en estos momentos decido que ya es hora de que nos acostemos. Por la parte que me toca, te prometo que a nuestra hija no le sucederá nada malo.

Kathleen, más serena, dirigió una débil sonrisa a su marido.

—Gracias, cielo. Ya sé que no lo permitirás.

A Grania la despertó un gran estruendo. Se sentó y buscó a tientas el interruptor mientras se preguntaba si el ruido formaba parte de un sueño. Miró la hora en el despertador situado junto a la cama y vio que pasaban unos minutos de las tres. Volvía a reinar un silencio absoluto, así que apagó la luz y volvió a acostarse dispuesta dormir.

Un débil crujido de los tablones del suelo cerca de su habitación hizo que volviera a incorporarse. Prestó atención y oyó unos pasos, luego una puerta que se abría en algún lugar del pasillo. Se levantó de la cama, abrió la puerta del dormitorio con cautela y asomó la cabeza. Vio una puerta entreabierta al final del pasillo y por la rendija divisó un poco de luz. Fue hacia allí, sus pasos también hacían crujir los tablones del suelo. Cuando llegó a la puerta, la abrió y vio que la luz de la luna inundaba la habitación través de la cristalera que daba al pequeño balcón con el antepecho de balaustres. En la habitación hacía un frío gélido y Grania reparó en que también la cristalera estaba entreabierta. Se dirigió allí nerviosa, con el corazón latiendo con fuerza, y cruzó la puerta para salir al balcón.

Allí estaba Aurora, una figura espectral a la luz de la luna, con los brazos extendidos hacia el mar, igual que la primera vez que la vio.

—Aurora —susurró Grania, con los sentidos puestos en el hecho de que la balaustrada que separaba a la niña de una caída de al menos seis metros solo le llegaba a la altura de los muslos—. Aurora —repitió en tono amable,

pero siguió sin provocar ninguna reacción. Su instinto hizo que alargara la mano y asiera a la niña por el brazo, pero esta siguió sin responder—. Entra, cariño, por favor. Pillarás una pulmonía aquí fuera. —Notaba el helor del cuerpo de Aurora bajo el fino camisón.

De pronto, Aurora extendió la mano señalando el mar.

—Está ahí, justo ahí... ¿La ves?

Grania contuvo la respiración y siguió con la mirada la dirección de los dedos de Aurora hasta el borde del acantilado. Había una figura desdibujada, una silueta recortada a la luz de la luna, de pie en el mismo lugar en el que había encontrado a Aurora la primera vez... Grania tragó saliva, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Miró de nuevo y no vio nada. El pánico se apoderó de ella e hizo que tirara del brazo de la niña.

—¡Aurora! ¡Entra ahora mismo!

Aurora reaccionó volviéndose hacia ella. Tenía el rostro tan pálido como la luna. Miró a Grania con una sonrisa y, sin pronunciar palabra, dejó que la acompañara dentro y la guiara a través del dormitorio y pasillo hasta su habitación. Mientras arrojaba a la niña y extendía otra manta desde los pies de la cama para que entrara en calor, esta no le dijo nada, se limitó a darse media vuelta y cerró los ojos. Grania se sentó a su lado hasta que oyó su respiración regular y supo que se había dormido. Entonces, temblando de frío y de miedo, salió de puntillas y regresó a su dormitorio.

Mientras yacía allí tumbada, la figura recortada del acantilado se dibujaba con claridad en su memoria.

Sin duda... Sin duda la había imaginado, ¿no? Nunca había tenido tendencia a temer a lo desconocido; siempre se había reído de su madre cuando esta hablaba del mundo sobrenatural en el que creía, y lo menospreciaba por considerarlo fruto de un exceso de imaginación.

Pero esa noche... esa noche... en el acantilado...

Exhaló un suspiro. Se estaba comportando de un modo ridículo.

Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño.

Grania se despertó y vio que un pálido sol iluminaba la ventana. Se despertó, se dio media vuelta en la cama y reparó en que eran más de las ocho. En su casa solía despertarla el ruido matutino cuando su padre y su hermano iban de madrugada a los establos para ordeñar las vacas. Volvió a tumbarse sobre los almohadones y se estremeció al recordar los extraños hechos de la noche anterior. Debía de ser solo fruto de su imaginación, ¿no? Mientras se levantaba y se vestía a plena luz del día le resultaba mucho más sencillo creer que había sido así.

Aurora ya estaba en la cocina, comiendo cereales de un bol. Su expresión se amustió al ver a Grania.

—Pensaba llevarte el desayuno a la cama —se lamentó.

—Eres muy amable, pero prefiero preparármelo yo. —Grania llenó la tetera y la puso en el fuego—. ¿Qué tal has dormido? —preguntó en tono cauteloso.

—Pues la verdad es que muy bien, gracias —respondió Aurora—. ¿Y tú?

—Bien también —mintió—. ¿Te apetece un poco de té?

—No, gracias. Solo bebo leche. —Aurora hizo una pausa, con una cucharada de cereales suspendida entre la boca y el bol—. A veces tengo sueños muy raros, Grania.

—¿Sí?

—Sí. —Seguía sosteniendo la cuchara en el aire—. A veces sueño que veo a mi madre de pie en el acantilado.

Grania no dijo nada, continuó preparando el té mientras observaba cómo Aurora se llevaba la cuchara a la boca. Cuando se sentó, la niña seguía masticando con aire pensativo. Levantó la cabeza y la miró.

—No es más que un sueño, ¿verdad? Mamá está muerta, no puede volver porque está en el cielo. Al menos, eso dice papá.

—Sí. —Grania posó la mano en el menudo hombro de Aurora para reconfortarla—. Tu papá tiene razón. Las personas que están en el cielo no pueden volver, por mucho que uno desee que...

De repente era Grania quien experimentaba el dolor de la pérdida. Su pequeño y amado bebé jamás tendría la posibilidad de experimentar ningún tipo de vida, había muerto en sus entrañas antes de llegar a respirar por sí mismo. Sin embargo, eso no significaba que no hubiera imaginado la persona que su hijo o hija habría llegado a ser... y cómo sería su vida. Las lágrimas asomaron a sus ojos e hizo todo lo posible por contenerlas.

—A veces siento que está aquí —prosiguió Aurora—, y estoy segura de poder verla. Pero cuando se lo cuento a papá, él se enfada y me lleva al médico, así que ya no le digo nada —añadió con tristeza.

—Ven aquí. —Grania extendió los brazos, atrajo a Aurora hacia sí y se la sentó sobre las rodillas—. A mí me parece, Aurora, que salta a la vista que tu madre te quería muchísimo, y tú también la querías a ella. Aunque tu papá tiene razón y las personas que están en el cielo no pueden volver, nosotros seguimos sintiendo que están aquí, cuidándonos y amándonos.

—¿Y no te parece que eso está mal hecho? —Aurora la miró, necesitaba de corazón que la tranquilizara—. ¿No crees que estoy loca?

—No, no creo que estés loca. —Grania le acarició los tirabuzones bermejos y se enredó un mechón en el dedo. La besó en la frente—. Mira, he pensado que esta mañana podemos estudiar un rato para contentar a tu papá, y luego haré unos cuantos esbozos para la escultura que me ha encargado. Así podremos tomarnos la tarde libre y hacer lo que nos apetezca. ¿Se te ocurre algo?

—No. —Aurora se encogió de hombros—. ¿Y a ti?

—Bueno, he pensado que podríamos acercarnos a Clonakilty a tomar un sándwich y luego ir a la playa.

Aurora juntó las manos con excitación.

—¡Sí, sí, por favor! ¡Me encanta ir a la playa!

—Entonces, trato hecho.

Aurora se sentó a la mesa y empezó a hacer sumas con diligencia antes de

responder un cuestionario de geografía. Grania trazó unos rápidos bosquejos desde distintos ángulos hasta que hubo captado la complexión ósea de Aurora. A media mañana, mientras Grania se preparaba un poco de café, se dio cuenta de que echaba de menos algo.

—Aurora, ¿hay alguna radio o un reproductor de CD en esta casa? —preguntó—. Cuando trabajo en mi estudio, me encanta escuchar música.

—A mamá no le gustaba la música —dijo sin levantar la cabeza.

Grania la miró con extrañeza, pero no insistió.

—¿Y televisión?

—En Londres teníamos una, me gustaba verla.

—Bueno, tu papá me ha dejado un poco de dinero. ¿Qué te parece si vamos a comprar una? ¿Te gustaría?

El semblante de Aurora se iluminó.

—Me encantaría, Grania.

—A tu papá no le importará, ¿verdad?

—Ah, no. Él en Londres también veía la tele.

—Muy bien, entonces antes de ir a la playa pasaremos por el pueblo. Y le pediré a mi hermano, Shane, que más tarde venga a instalarla. Se le dan muy bien esas cosas.

—¿Podremos tomar un helado en la playa?

—Sí. —Grania sonrió—. Tomaremos un helado.

Después de comprar el televisor, comieron juntas en Clonakilty y luego Grania condujo hasta la impresionante playa cercana de Inchydoney, por la cual era famosa la población. Observó a Aurora revolotear y danzar por la desierta extensión de pulcra arena blanca y sintió un acuciante deseo de plasmar la innata gracilidad de los movimientos de la niña. La verdad era que tenía una facilidad pasmosa si, tal como afirmaba, no había asistido nunca a clases de baile. Los brazos acompañaban sus movimientos trazando unas formas y unas líneas bellísimas mientras las piernas la elevaban del suelo sin esfuerzo en un *jeté* perfecto. Aurora aterrizó junto a Grania y se dejó caer en una duna. Un saludable tono rosado le teñía las mejillas.

—Te encanta bailar, ¿verdad? —observó Grania.

—Sí. —Aurora puso las manos detrás de la cabeza y miró las nubes que recorrían el cielo—. En realidad no sé bailar, pero... —Hizo una pausa.

—¿Pero? —la instó Grania.

—Es como si mi cuerpo supiera por si mismo lo que tiene que hacer. Cuando bailo, me olvido de todo y soy feliz. —Una expresión ensombreció el semblante de Aurora, y la niña exhaló un suspiro—. Ojalá todos los momentos fueran como este.

—¿Crees que te gustaría aprender a bailar? A bailar bien, quiero decir; tomar clases de ballet.

—Ah, me encantaría. Pero una vez papá se lo sugirió a mamá, y ella dijo que no. No sé por qué. —Aurora arrugó la naricilla respingona.

—Bueno —empezó Grania con cautela—, a lo mejor es que te consideraba demasiado joven. Seguro que si fuera ahora no le importaba, ¿no te parece?

Grania sabía que era muy importante que la decisión la tomara la propia Aurora, no ella.

—Puede ser... Pero ¿dónde podría aprender a bailar? —preguntó Aurora con vacilación.

—En Clonakilty hay una escuela donde se imparten clases de ballet todos los miércoles por la tarde. Lo sé porque yo iba allí.

—Entonces la profesora debe de ser muy vieja.

—No tanto, jovencita. —Grania rio ante el inocente descaro de la niña—. Y yo tampoco soy vieja. Bueno, ¿qué? ¿Lo probamos mañana?

—¿No me harán falta zapatillas especiales, y ropa de esa que llevan las bailarinas? —dijo Aurora con extrañeza.

—¿Te refieres a un maillot? —Grania lo pensó—. Me parece que lo mejor será que mañana lo pruebes, y si crees que te gusta y quieres seguir, iremos otra vez a Cork y compraremos todo lo que necesites.

—¿No se reirán de mí las otras niñas si me ven vestida con ropa normal? Era la respuesta lógica de una tímida niña de ocho años.

—Creo que cuando te vean bailar, ni siquiera se darán cuenta de cómo vas vestida.

—Entonces me parece bien —respondió Aurora poco convencida—. Pero si no me gusta, no tendré que volver, ¿no?

—Claro que no, corazón.

Esa misma tarde, Shane acudió para instalar el televisor en la sala de estar. Aurora empezó a dar saltos a su alrededor con entusiasmo y prestó mucha atención mientras él le explicaba con paciencia cómo sintonizar los distintos canales con el mando a distancia. Cuando Aurora se hubo arrellanado frente al aparato, los dos hermanos se dirigieron a la cocina.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Grania—. Me he permitido comprar una botella de vino en el pueblo —añadió, abriéndola.

—Acepto una copita, pero ya sabes que no me gusta mucho el vino —dijo Shane mientras tomaba asiento. Miró alrededor—. A esta casa le hace falta una mano de pintura, ¿no te parece?

—Sí; llevaba cuatro años deshabitada. Si al final deciden quedarse aquí, puede que Alexander decida restaurarla.

—La verdad es que esto está donde Cristo perdió el gorro. —Shane apuró la copa en dos tragos, tal como solía hacer con la pinta de Murphy's—. Me parece muy valiente alojándote aquí con la única compañía de la pequeña. Si dependiera de mí, no lo harías, desde luego. Y a mamá tampoco le entusiasma la idea.

—Se encargó de dejármelo muy claro. —Grania le sirvió poco más de vino en la copa—. A mamá nunca se le ha dado muy bien ocultar los sentimientos, ¿verdad? ¿Sabes por qué se muestra tan hostil a esta casa y a esta familia?

—No tengo ni idea. —Shane volvió a beberse el vino de golpe—. Lo que está claro es que tiene que ver con algo que ocurrió hace muchísimo tiempo. No le des importancia, Grania; nos afecta a todos. El año pasado salí con una chica cuya madre había ido al colegio con la nuestra durante un tiempo. A mamá no le caía bien, y se dedicó a hacerme la vida imposible. —Shane sonrió—. Por suerte, no era la mujer de mi vida. Pero a mamá no suele fallarle la intuición, Grania; ya lo sabes.

—Sí, sí que lo sé. —Grania exhaló un suspiro—. Aunque a veces me cuesta creer que lo que siente tenga un fundamento real.

—Sé que anoche estuvo hablando de ti con papá, o sea que igual mañana vienen a verte. Bueno, será mejor que me vaya; debe estar a punto de servir la cena, y no le gusta que lleguemos tarde. —Shane se puso en pie—. En cuanto a esa pequeña —dijo señalando a Aurora—, en mi opinión es un encanto, y lo

que necesita es una madre y un poco de cariño. Si necesitas cualquier cosa mientras estés aquí, llámame al móvil, Grania. No hace falta que mamá se entere de que he venido. Lo que está claro es que no cambiaré de actitud —añadió, dando un pellizquito a su hermana en la mejilla—. Hasta pronto.

Esa noche, antes de acostarse, Grania fue hasta el final del pasillo y abrió la puerta del dormitorio en cuyo balcón había encontrado a Aurora el día anterior. Encendió la luz y notó un leve perfume en el ambiente. Posó la mirada en el elegante tocador de tres espejos sobre el que había accesorios femeninos. Se acercó y cogió un bonito cepillo para el pelo con el mango de marfil y las iniciales «L. L.» grabadas en el reverso. Le dio la vuelta y vio un largo cabello bermejo todavía enredado en las cerdas. Grania se estremeció; las cosas que habían pertenecido a los muertos siempre le resultaban extrañas e inquietantes.

Se volvió de espaldas al tocador y miró la cama cubierta con una colcha de encaje y adornada con almohadones, como si aguardara a que su antigua ocupante se tendiera en ella. Observó el robusto armario de caoba y, sin poder contenerse, se dirigió a él y dio la vuelta a la llave. Tal como sospechaba, la ropa de Lily seguía allí colgada, y el mismo perfume presente en la habitación impregnaba las prendas.

—Estás muerta... No existes...

Grania pronunció las palabras en voz alta para convencerse de ello. Salió de la habitación, retiró la llave de la puerta y la cerró por fuera. Luego corrió por el pasillo hasta su dormitorio y guardó la llave en la mesilla de noche. Al acostarse, se preguntó si a Aurora le hacía realmente algún bien que, tal como ella misma había comprobado, el dormitorio de su madre siguiera intacto desde el día de su muerte. Era equivalente a un santuario que sugería y perpetuaba la idea de que Lily seguía viva.

—Pobrecilla —musitó Grania para sí medio dormida. Y pensó que, a pesar de que su madre exageraba, sin duda esa casa y sus ocupantes eran bastante raros.

Grania se despertó de golpe y vio que la lámpara de la mesilla de noche se había quedado encendida. Oyó pisadas al otro lado de la puerta; se acercó de

puntillas y la abrió. La pequeña figura estaba de pie al final del pasillo, tratando de dar la vuelta al pomo del dormitorio de su madre.

Grania encendió la luz del pasillo y se acercó a la niña.

—Aurora —dijo en voz baja, posando una mano en el hombro de la pequeña—. Soy Grania.

Aurora se volvió hacia ella con el semblante lleno de ansiedad y confusión.

—Querida, otra vez estabas soñando. Vuelve a la cama. —Quiso llevársela del dormitorio, pero Aurora se apartó de ella, se volvió hacia la puerta cerrada con llave y siguió tratando de dar la vuelta al pomo con creciente frustración—. ¡Aurora, despiértate! Estás soñando —repitió.

—¿Por qué no se abre? Mamá me está llamando, tengo que ir con ella. ¿Por qué no puedo entrar?

—Aurora —Grania la zarandeó con suavidad—, tienes que despertarte, cariño. —Se esforzó por separar los dedos de la niña del pomo de la puerta y por fin lo logró—. Vamos, corazón, te acompañaré a la cama y te arroparé.

De repente, el cuerpo de Aurora dejó de ofrecer resistencia y la niña se derrumbó en los brazos de Grania, sollozando.

—Me estaba llamando, la he oído... Grania, la he oído.

Grania notó que Aurora estaba temblando. La cogió en brazos y recorrió el pasillo hasta llevarla de vuelta a la cama. Luego enjugó las lágrimas de su rostro con suavidad y le acarició el pelo.

—Querida Aurora, ¿no ves que no es más que un sueño? No ha ocurrido de verdad, te lo prometo.

—Pero si la he oído, Grania; he oído su voz. Me ha pedido que vaya con ella.

—Ya lo sé cariño, y te creo. Mucha gente tiene sueños que parecen muy reales, en especial relacionados con personas a quienes han perdido y echan mucho de menos. Pero, Aurora, querida, tu mamá se ha ido. Está en el cielo.

—A veces —empezó Aurora frotándose la nariz con la mano— me parece que lo que quiere es que vaya al cielo con ella. Me dice que se siente sola y que necesita que le haga compañía. Creen que estoy loca... pero no lo estoy, Grania; de verdad que no.

—Ya sé que no estás loca —dijo Grania para tranquilizarla—. Oye ¿por

qué no cierras los ojos? Yo me quedaré aquí hasta que te duermas.

—Sí, estoy un poco cansada... —Aurora hizo lo que Grania le pedía y ella le acarició la frente—. Te quiero, Grania. Cuando tú estás aquí me siento segura —musitó.

Al final, Aurora se quedó dormida, y Grania regresó de puntillas a su dormitorio. Ella también estaba agotada.

8

A la tarde siguiente, Grania llevó en coche a Aurora a Clonakilty. La niña estaba muy nerviosa.

—En serio, si la clase de ballet no te gusta, nadie te obligará volver —le dijo para tranquilizarla.

—La clase sí que me gustará, de lo que tengo miedo es de cómo me mirarán las demás —admitió Aurora—. A las niñas de mi edad no les caigo bien.

—Estoy segura de que no es así, Aurora. Tal como dice mi madre, las cosas hay que probarlas al menos una vez.

—Tu madre parece muy simpática —dijo Aurora cuando salía del coche—. ¿Crees que un día podrías llevarme a la granja para que la conozca?

—Seguro que sí. De hecho, mientras tú estás en la clase de ballet, yo he quedado con ella para tomar un té.

Grania entró con Aurora en el auditorio de la población. La señorita Elva, la antigua profesora de ballet de Grania con quien ya había hablado, la besó y obsequió a la niña con una cálida sonrisa.

—Me alegra mucho volver a verte, Grania. Esta debe de ser Aurora. —La señorita Elva se arrodilló frente a la niña y le cogió las manos—. Ya debes de saber que te llamas igual que la guapa princesa del ballet *La bella durmiente*, ¿verdad?

Aurora abrió los ojos como platos y negó con la cabeza.

—No, no lo sabía.

—Entonces ven conmigo. —La señorita Elva le tendió mano—. Te presentaré a algunas de las otras niñas de la clase. Le diremos adiós a Grania y volverá a buscarte dentro de una hora más o menos.

—De acuerdo. —Con timidez, Aurora dio la mano a la señorita Elva y entró con ella en la clase de ballet.

Grania salió del edificio y caminó por la calle estrecha y bulliciosa, frente a las casas pintadas de colores alegres tal como solía hacerse en Irlanda. Vio a su madre al otro lado del cristal del café O'Donovan, tomándose ya una taza de té.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? —Grania le dio un beso y se sentó frente a ella.

—Estupendamente. ¿Y tú?

—Estoy bien, mamá. —Grania echó un vistazo a las pocas opciones de la carta y pidió otra taza de té y un bollito.

—Así, ¿dices que la niña ha asistido a su primera clase de ballet?

—Sí, y aunque no soy ninguna experta, de verdad creo que puede llegar muy lejos. Tiene mucha gracia, mamá; a veces me quedo mirándola solo por lo bien que se mueve.

—Claro, claro. —Kathleen asintió, dando muestras de que ya lo sabía—. Ya me parecía que tenía dotes para eso. Lo lleva en la sangre —dijo con un suspiro.

—¿En serio? —preguntó Grania con gesto de extrañeza en el momento en que le servían el té—. ¿Su madre era bailarina?

—No, pero su abuela sí. Y en su época era muy famosa.

—Qué raro que Aurora no me lo haya contado. —Grania mordió el bollito.

—Igual no lo sabe. Bueno, ¿qué tal te va en Dunworley House?

—Pues bien. —Grania necesitaba hablar con su madre de los paseos nocturnos de Aurora y del extraño ambiente que se respiraba en la casa, pero no quería echar más leña a la aversión que Kathleen sentía ya por la familia—. Parece que conmigo Aurora se está relajando y empieza a salir del caparazón. Como sabes, le compré una tele, y la está disfrutando. Me parece que lo que le hace falta es... —Grania buscó la expresión apropiada— un poco de normalidad. Creo que lleva casi toda la vida aislada del mundo exterior y no me parece saludable. La soledad le deja demasiado tiempo para darle vueltas a la cabeza y se le desborda la imaginación.

—¿La imaginación? —Kathleen esbozó una sonrisa irónica—. Supongo

que te ha contado que ve a su madre, ¿no?

—Sí... Pero las dos sabemos que son sueños.

—Así, ¿aún no has visto a su mamaíta en el acantilado? —Había cierto brillo en los ojos de Kathleen.

—¡Un poco de seriedad, mamá! Estás de broma, ¿no?

—No del todo, Grania, no. Yo, personalmente, no he llegado verla, pero en el pueblo hay gente que asegura que sí.

—Pues está claro que eso es una ridiculez. —Grania bebió un sorbo de té; estaba nerviosa—. El problema es que me parece que Aurora cree de verdad que su madre se le aparece. Es... sonámbula, y cuando trato de despertarla me dice que su madre la está llamando.

Kathleen se santiguó, tal como tenía por costumbre, y sacudió la cabeza.

—Bueno, no sé en qué estaría pensando su padre para traerla de nuevo aquí; pero tampoco es asunto nuestro. Claro que es a ti a quien le ha tocado cargar con la pobrecilla.

—No me importa. Le tengo cariño y quiero tratar de ayudarla si puedo —respondió Grania a la defensiva—. ¿De qué querías hablar conmigo, por cierto?

—Verás, Grania —Kathleen se inclinó y bajó la voz—, he hablado con tu padre y él cree que es mejor que te cuente cuál es en parte el motivo por el que me inquieta tanto que te mezcles con esa familia. —Kathleen buscó en su bolsa de la compra y sacó un grueso fajo de cartas. Por los bordes amarillecidos, Grania dedujo que eran muy antiguas.

—¿Qué son esas cartas, mamá? ¿Quién las escribió?

—Son de Mary, mi abuela.

Grania arrugó la frente, esforzándose por recordarla.

—¿Llegué a conocerla?

—Por desgracia, no. Te aseguro que era una mujer encantadora, yo la quería mucho. Hay quien cree que estaba muy adelantada para la época. Era batalladora e independiente, incluso me atrevería a decir que tú has salido a ella, Grania —dijo Kathleen con una sonrisa.

—Lo tomaré como un cumplido, mamá.

—Eso es, y no cabe duda de que te le pareces físicamente. —Kathleen abrió el sobre de encima y entregó a Grania una pequeña fotografía de color

sepia—. Esta es tu bisabuela.

Grania examinó el retrato. No podía negarlo; estaba contemplando sus propios rasgos, tenía su mismo color de tez y de cabello, cubiertos con un sombrero y prendas anticuadas.

—¿De cuándo es, mamá?

—Creo que Mary tenía unos veinte años, probablemente se la hicieron en Londres.

—¿En Londres? ¿Qué estaba haciendo allí?

—Verás, eso es precisamente lo que descubrirás por las cartas.

—¿Quieres que las lea?

—No pretendo obligarte, pero si quieres empezar a entender cómo surgió nuestra relación con los Lisle, te recomiendo que lo hagas. Además, te ayudará a pasar mejor algunas de las noches solitarias en la casa grande^[2]. Por otra parte, el escenario además es perfecto, puesto que, como verás, Mary también vivió cierto tiempo allí.

—Entonces, según tú, ¿esto lo explicará todo?

—No. —Kathleen negó con la cabeza—. No digo que lo explique todo; solo el principio. El resto tendré que contártelo yo. —Miró el reloj—. Será mejor que me vaya.

—Yo también. —Grania hizo señas a la camarera—. Vete tranquila, mamá, ya pago yo.

—Gracias, Grania. —Kathleen se puso en pie y besó a su hija—. Cuídate, y hasta pronto.

—Esto me hace pensar que quería preguntarte si de verdad no te importa que lleve a Aurora de visita a la granja. Está impaciente por conocerte y ver los animales.

—Supongo que no tiene nada de malo. —Kathleen suspiró, dándose por vencida—. Pero telefonéame antes de venir.

—Gracias, mamá —dijo Grania con una sonrisa. Pagó la cuenta, se guardó el grueso fajo de cartas en el bolso y emprendió el camino de vuelta para recoger a Aurora. Cuando llegó al auditorio, vio que las otras niñas habían salido de la clase y se estaban cambiando, pero Aurora seguía con la señorita Elva. La profesora vio que Grania observaba a través de los cristales de la puerta y dijo algo a Aurora. La niña asintió. Entonces la señorita Elva

salió de la clase para hablar con Grania.

—¿Qué tal le ha ido? —preguntó Grania con impaciencia.

—Pues verás —empezó la señorita Elva bajando la voz, ya que las otras alumnas iban saliendo del vestuario para abandonar edificio—, la niña es increíble. ¿Dices que nunca había tomado clases de danza?

—No, nunca. —Grania sacudió la cabeza—. Eso me ha dicho y no veo por qué iba a mentir.

—Aurora tiene todo lo necesario para ser una futura bailarina. Un porte natural, un buen arco del pie, unas proporciones físicas perfectas... Para serte sincera, Grania, apenas doy crédito a lo que acabo de presenciar.

—¿Cree que debería continuar?

—Por descontado. Y sin perder tiempo. Va con cuatro años de retraso, y cuando su cuerpo empiece a desarrollarse, le costará mucho más aprender. Pero Aurora no debe seguir en este grupo, en cuatro sesiones habría superado a todas las demás alumnas. No sé qué situación tienen en su casa, pero yo me ofrezco a darle un par de clases particulares a la semana.

—La cuestión es qué quiere hacer Aurora —dijo Grania.

—Bueno, acabo de preguntarle qué le parecía y me ha dado a entender que estaba muy entusiasmada. Grania, cuando pasen unos años y la niña haya adquirido cierta técnica, la veo capaz de obtener una plaza en la escuela del Royal Ballet de Londres. ¿Podría hablar con sus padres?

—La madre de Aurora murió, y su padre está de viaje. Ahora la tengo a mi cargo. ¿Por qué no hablo con ella y le pregunto si le apetece continuar?

La señorita Elva asintió en el momento en que Aurora, cansada de esperar sola dentro de la clase, salía a buscarlas.

—Hola, cariño. La señorita Elva dice que lo has pasado bien ¿no? —preguntó Grania.

—¡Sí, sí! —El placer iluminaba los ojos de Aurora—. Me ha encantado.

—Estupendo. Así, ¿querrás venir otro día?

—Claro. La señorita Elva y yo ya lo hemos hablado, ¿a que sí? Podré volver, ¿verdad, Grania?

—Estoy segura de que sí, pero será mejor que antes hable con tu papá, para asegurarme de que le parece bien.

—De acuerdo —convino Aurora poco convencida—. Adiós, señorita

Elva, y gracias.

—Espero verte la semana que viene, Aurora —gritó la señorita Elva mientras Grania y Aurora se alejaban en dirección al coche.

Esa noche, Aurora estaba emocionadísima con respecto a la clase de ballet y mostró a Grania todos los pasos que había aprendido, efectuando piruetas y saltos y marcando posiciones con los pies por toda la cocina mientras Grania preparaba la cena.

—¿Cuándo iremos a Cork a comprarme un equipo de ballet? ¿Podemos ir mañana?

—A lo mejor sí —dijo Grania después de cenar—, pero de verdad creo que deberíamos preguntárselo primero a tu padre.

—Si yo quiero ir, no me dirá que no, ¿verdad? —gimoteó Aurora.

—No creo que se niegue, pero tengo que asegurarme. ¿Te cuento un cuento?

—Sí, por favor —dijo Aurora con entusiasmo en el momento en que Grania la cogía de la mano para subir juntas la escalera—. ¿Conoces el de *La bella durmiente*, donde sale una princesa que se llama igual que yo? Algún día me encantaría representar ese papel —dijo en tono ensoñador.

—Estoy segura de que lo conseguirás, corazón.

Una vez que Aurora se durmió, Grania regresó a la planta baja y abrió la puerta del despacho de Alexander. Buscó su número en la lista de teléfonos de contacto y lo marcó. De inmediato saltó el buzón de voz.

—Hola, Alexander. Soy Grania Ryan. Aurora está perfectamente, y siento molestarle, pero quería asegurarme de que no le importa que la lleve a clases de ballet. Hoy ha asistido a la primera y le ha encantado, así que quiere continuar. Tal vez encuentre un momento para llamarme o enviarme un mensaje, y... —Grania lo pensó un momento antes de proseguir— si dentro de dos o tres días no sé nada, daré por sentado que está de acuerdo. Espero que le vayan bien las cosas. Adiós.

Aunque trataba de apartar de sí la aprensión, Grania no se sentía tranquila cuando subió a acostarse a las once de la noche. Estaba pendiente de si oía pisadas en el pasillo, y por mucho que lo intentaba, no lograba conciliar el

sueño. A las tres de la madrugada, la misma hora a la que se había despertado las noches anteriores, entró de puntillas en el dormitorio de Aurora y encontró a la niña durmiendo plácidamente. Salió de la habitación con sigilo y decidió ir a buscar el grueso fajo de cartas que le había entrega su madre. Desató el cordel que las mantenía unidas, abrió el primer sobre y empezó a leer...

Aurora

A sí empieza la historia. Ya tenemos situados a algunos de los personajes principales, incluyéndome a mí, por supuesto. Como siempre, estoy en primer plano. Al mirar atrás me doy cuenta de que era una niña muy precoz, pero también había sufrido mucho y por eso los adultos me pasaban por alto muchas cosas.

No estropearé la trama desvelando demasiadas cosas sobre mis paseos nocturnos. En parte los he incluido con fines efectistas, sobre todo en relación con mi personaje. Además, en el segundo acto de *La bella durmiente* la propia princesa Aurora descorre el sutil velo que separa la realidad del sueño, gracias a la ayuda del Hada de las Lilas.

¿Quién tiene potestad para decidir qué es real y qué es imaginario?

De buen principio, he dejado claro que creo en la magia.

Y hoy he descubierto que mi nombre se corresponde no solo con el de la princesa de un cuento de hadas sino también con el místico conjunto de puntos luminosos que alumbran el cielo nocturno. Me gusta la idea de ser una estrella, de brillar por siempre en el firmamento, aunque me alegro mucho de no llevar por apellido «Boreal».

Bueno, tenemos que volver al pasado, y yo debo empezar a demostrar mejores dotes de escritora. Hasta este momento solo he presentado a los protagonistas vivientes, los de carne y hueso:

Grania, que lamenta mucho la pérdida de su bebé y está hecha un lío con respecto al hombre al que ama. Ya adivino su vulnerabilidad. Es una presa fácil para una niña que necesita una madre y para un padre atractivo que lucha por sobreponerse.

Kathleen, cuya experiencia pasada hace que desee desesperadamente

proteger a su hija, aunque no lo consiga.

Y Matt, el querido Matt, tan confuso e impotente, un hombre a merced del extraño género sin el cual creo que ellos no son capaces de vivir. Aunque tampoco sepan convivir con él.

Es decir, el género femenino.

En las próximas cien páginas conoceremos a muchas mujeres. También conoceremos a hombres bondadosos, y a algunos malvados; el elenco de personajes propio de todo cuento de hadas que se precie. Viajaremos a tiempos más oscuros, cuando se otorgaba poco valor a la vida y gran parte de esta se dedicaba a luchar por la supervivencia.

Ojalá pudiera decir que hemos aprendido la lección.

Sin embargo, los humanos no solemos volver la vista atrás hasta que cometemos los mismos errores del pasado. Pero tampoco entonces les prestamos mucha atención, puesto que quien los cometen son demasiado mayores para que los más jóvenes comprendan. Por eso la raza humana seguirá equivocándose por los siglos de los siglos, y, no obstante, seguirá conservando todo su encanto.

Ahora regresaremos al mismo acantilado de la bahía de Dunworley donde he empezado a contar mi historia...

*West Cork, Irlanda,
agosto de 1914*

Me han llamado a filas. Mañana tengo que personarme en el cuartel de Wellington, en Londres.

Mary, que contemplaba el inusual azul del mar (el calor de ese día de agosto convertía los tonos turbios y desabridos propios de la bahía de Dunworley en un panorama digno de una postal de la Riviera francesa), se paró en seco y soltó la mano de Sean.

—¿Qué?! —exclamó.

—Mary, cielo, sabías tan bien como yo que este momento tenía que llegar. Formo parte de la reserva de los Guardias Irlandeses y ahora que ha estallado la guerra contra Alemania, me necesitan para ayudar a los aliados a ganarla.

Mary observó a su prometido con severidad mientras se preguntaba si sufría una insolación.

—¡Pero si íbamos a casarnos dentro de un mes! ¡Tenemos la casa a medio construir! ¡No puedes hacer la maleta y marcharte como si tal cosa!

Sean le sonrió, su mirada amable indicaba que comprendía el golpe que la noticia representaba para ella. A decir verdad, también a él le había sorprendido, a pesar de que formaba parte de la reserva. El hecho de contemplar la posibilidad de que aquello ocurriera no era para nada comparable a que le estuviera sucediendo de verdad. Se agachó para atraerla hacia sí (un metro noventa de estatura era mucho para un metro cincuenta y cinco), pero ella se resistió.

—Vamos, Mary, tengo que luchar por mi país.

—¡Sean Ryan! —Mary puso los brazos en jarras—. ¡No vas a luchar por tu país! ¡Vas a luchar por Gran Bretaña, el país que lleva trescientos años oprimiendo al tuyo!

—Vamos, Mary, si hasta el señor Redmond nos insta a luchar al lado de los británicos; ya sabes que el Parlamento está a punto de aprobar un proyecto de ley para otorgar la independencia a Irlanda. Nos han hecho un favor, y debemos devolvérselo.

—¿Un favor? ¿Por permitir que los auténticos propietarios de las tierras puedan tomar decisiones sobre ellas? ¡Menudo favor! —Mary se dejó caer en una roca cercana, se cruzó de brazos y permaneció con la mirada fija en la bahía que se extendía delante.

—Dentro de cuatro días te afiliarás al partido nacionalista ¿verdad? —Sean comprendía la necesidad que Mary tenía de echar la culpa al primero que pasara por el desastre en que se estaba convirtiendo su vida.

—Haré cualquier cosa que sirva para mantener al hombre que amo a mi lado, que es donde tiene que estar.

Sean se agachó junto a ella. Al doblar las piernas, las rodillas casi le rozaban las orejas. Quiso cogerle la mano, pero ella la apartó.

—Mary, por favor. Esto no significa que vayamos a anular nuestros planes, solo quedan aplazados.

Mary siguió con la vista fija en el mar, sin hacerle ningún caso. Al final exhaló un suspiro.

—Y yo que creía que todo eso del ejército no era más que un juego, una oportunidad de manejar armas para sentirse importante, pero nada que tuviera que ver con la realidad. Y ahora te perderé por ello —añadió con un hilo de voz.

—Corazón —Sean volvió a tenderle la mano, y esta vez ella aceptó el gesto—, aunque no formara parte de la reserva daría igual; John Redmond quiere que todos los irlandeses nos alistemos como voluntarios. Tal como lo veo, al menos yo he recibido cierta instrucción mientras que los demás no tienen ninguna. Y los Guardias Irlandeses es una institución genuina y muy digna. Allí estaré con los míos, Mary; les daremos a los alemanes una lección que no olvidarán jamás. Y muy pronto regresaré a Irlanda y estaré a tu lado; no te preocupes.

Hubo otro largo silencio antes de que Mary fuera capaz de expresar sus pensamientos en voz alta, superada por la emoción.

—Pero, Sean, ¿de verdad volverás? No tienes ninguna certeza, lo sabes tan bien como yo.

Sean se puso en pie y se irguió cuan alto era.

—Mírame, Mary. Tengo la constitución perfecta para luchar. Tu futuro marido no es ningún debilucho dispuesto a dejarse derribar por cuatro alemanes. Podría enfrentarme a tres de ellos a la vez, y aún así no estarían a la altura.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos.

—Pero un simple disparo en el corazón acaba con cualquiera, da igual lo alto que sea.

—No pienses en eso, cielo. Sé cuidar de mí mismo. Antes de que te des cuenta, volveremos a estar juntos.

Mary escrutó su mirada y vio brillar la emoción. Ella solo podía pensar en que su vida corría peligro, y Sean solo imaginaba la gloria que obtendría en el campo de batalla. De repente, se dio cuenta de que en realidad había estado esperando ese momento.

—Así, ¿mañana te marcharás a Londres?

—Sí. A todos los reservistas nos recogerán en Cork y nos llevarán a Dublín, donde cogeremos un barco hasta Inglaterra.

Mary apartó la mirada del horizonte y la posó en la gruesa y basta hierba que crecía bajos sus pies.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Eso no lo sé, Mary —respondió Sean con un hilo de voz—. Lo que puedo garantizarte es que en cuanto obtenga el primer permiso iré directo a verte. —Le cogió las manos—. Ya sé que no es gran cosa, pero es todo lo que puedo decirte.

—¿Cómo se las arreglará tu padre en la granja sin ti? —preguntó Mary en tono lastimero.

—Las mujeres harán lo que siempre hacen en épocas como esta; se encargarán de suplir a los hombres. Mientras mi padre luchaba en la guerra de los bóers, mi madre hizo muy bien su trabajo.

—¿Se lo has dicho ya?

—No, antes quería contártelo a ti. Ella será la siguiente. Y lo haré ahora mismo. Mary, Mary... ¿Qué más puedo decir? —Sean la rodeó por los hombros y la apretó contra su pecho—. Nos casaremos en cuanto regrese. ¿Quieres acompañarme a la granja?

—No. —Mary sacudió la cabeza despacio—. Creo que necesito estar sola un rato. Ve tú a hablar con tu madre.

Sean asintió en silencio, la besó en la coronilla y se irguió.

—Más tarde pasaré a verte y... a despedirme.

—Sí —musitó para sí cuando Sean ya se alejaba despacio colina abajo. Aguardó hasta haberlo perdido de vista, luego se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar. En su fuero interno se sentía furiosa con Dios, a quien durante tantas horas había confesado sus pecados. No se le ocurría que hubiera hecho nada por lo que mereciera semejante desastre.

En su vida anterior, aquella de la que había disfrutado hasta que veinte minutos atrás Sean le comunicara la gran noticia, tenía previsto convertirse en la señora Ryan al cabo de cuatro semanas. Iba a disponer, por primera vez en su vida, de un hogar propio y una familia, iba a ser una persona respetable. Y, por encima de todo, iba a tener a su lado a un hombre a quien no le importaba su procedencia desconocida, que la amaba simplemente por ser como era. El día de su boda, su pasado desaparecería para siempre. Dejaría el puesto de criada en Dunworley House, dejaría de fregar suelos y de hacer recados para la familia Lisle. A partir de ese momento fregaría el suelo de su propio hogar.

La verdad es que, el joven Sebastian Lisle, su patrón, se había comportado siempre con amabilidad durante el tiempo que llevaba sirviendo en la casa. Hacía casi cuatro años había ido a hablar con las monjas que regentaban el orfanato porque buscaba una muchacha que se ocupara de las tareas domésticas. Entonces Mary tenía catorce años y rezaba por que la tuvieran en cuenta para el puesto. La madre superiora se había mostrado más bien reacia. Mary era una chica brillante y muy trabajadora que había colaborado para ayudar a que los otros niños del orfanato aprendieran a leer y escribir. En el convento la apreciaban mucho, y Mary sabía que el mayor anhelo de la madre superiora era que tomara el hábito y permaneciera allí el resto de sus días.

Sin embargo, eso no se correspondía con los deseos de Mary; aunque lo

mantenía en secreto, albergaba demasiadas dudas sobre el hecho de que existiera un Dios capaz de permitir que los feligreses sufrieran tanto. En la entrada del convento aparecían bebés carentes de amor que a los pocos meses acababan muriendo con gran sufrimiento a causa de algún brote de difteria, o tal vez de sarampión. La habían educado para aceptar que el dolor formaba parte del camino hacia los cielos y hacia el propio Dios, y por eso trataba por todos los medios de creer en Su bondad. Pero dedicarle a Él toda una vida, sin poder salir de allí ni ver mundo, aislada entre los muros de un convento, no era lo que consideraba más apropiado para si misma.

La madre superiora había aceptado su renuncia con gentileza; comprendía que Mary, que gozaba de la gracia de ser inteligente y de tener una mente inquieta y una gran agudeza, no se amoldaría a ocupar el lugar que ella había elegido. Sin embargo, no la complacía que iniciara una nueva vida como criada.

—Estaba pensando que podrías ser institutriz —la había alentado—. Tienes una habilidad natural para enseñar a los niños. Podría dar voces... y ver si hay algún puesto así vacante para cuando cumplas dieciocho años.

A los catorce años, a Mary se le antojó insufrible aguardar cuatro años más para iniciar una nueva vida.

—A mí me da igual dedicarme a lo que sea, madre. Por favor, al menos me gustaría tener la oportunidad de conocer al señor Lisle cuando venga —había suplicado.

Al final, la madre superiora accedió.

—Os presentaré, y luego será Dios quien decida si debes irte.

Por suerte para Mary, eso fue precisamente lo que sucedió. De entre las seis chicas a quienes la madre superiora presentó para cubrir un puesto de criada subalterna, Sebastian Lisle la eligió a ella.

Mary había hecho las maletas y había salido del convento sin molestarse en mirar atrás.

Tal como la madre superiora había previsto, el puesto estaba muy por debajo de la capacidad de Mary, pero después de pasar unos cuantos años en el convento, los trabajos pesados no la asustaban. El dormitorio del desván, que compartía con otra criada, bastaba para que se estremeciera de emoción tras haberse pasado la vida compartiendo la celda con once chicas más. Mary

dio lo mejor de si y trabajó con diligencia.

No pasó mucho tiempo antes de que el joven señor se diera cuenta.

En cuestión de pocos meses, Mary pasó a ocupar un puesto de doncella. Mientras servía al señor y a sus invitados, observaba, escuchaba y aprendía. La familia Lisle era de origen inglés. Había llegado a Dunworley House doscientos años atrás, para controlar a los irlandeses infieles que habitaban en las tierras que los británicos consideraban propias. Mary aprendió a descifrar su acento apocopado y se acostumbró a sus tradiciones formalistas y extrañas, y también a su sentimiento de superioridad, tan arraigado que resultaba imposible quebrantarlo.

Las tareas en aquel hogar no resultaban muy gravosas. El señor, Sebastian Lisle, un joven de dieciocho años, vivía con su madre, Evelyn, que había perdido a su marido en la guerra de los bóers y ahora dependía de que su hijo sacara adelante la familia. Mary descubrió que Evelyn tenía otro hijo más mayor, Lawrence, que había seguido los pasos de su padre en el servicio diplomático y vivía en el extranjero. Los Lisle tenían otra residencia en Londres; una espléndida casa de fachada blanca que, al verla retratada en un cuadro, a Mary le hizo pensar en un pastel de boda.

Mary soñaba que algún día abandonaría Irlanda y saldría a recorrer mundo. Mientras tanto, se dedicaba a ahorrar los pocos chelines que ganaba a la semana guardándolos debajo del colchón.

Dos años después conoció a Sean Ryan.

El ama de llaves había tenido que guardar cama debido a problemas respiratorios y no quiso bajar toda la colina en medio de una lluvia torrencial para recoger los huevos y la leche de la granja. Así que envió a Mary.

Mary emprendió el camino que bordeaba los acantilados y llegó al patio de la granja de Dunworley House calada hasta los huesos. Llamó a la puerta y aguardó a que le abrieran mientras se iba formando un charco en el suelo.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —preguntó una voz grave tras de si. Mary se dio media vuelta, levantó la cabeza, y tuvo que levantarla aún más para mirar los verdes y amables ojos de aquel joven, que tenía una estatura superior a la normal y unas espaldas muy anchas. Parecía haber nacido para trabajar el campo. Era el tipo de hombre que a buen seguro podía protegerte ante cualquier problema. Con sus brazos fuertes y musculosos rodeándote por

los hombros, se estaba completamente a salvo de cualquier peligro.

Tras aquel primer encuentro, Mary no volvió a pasar ninguna tarde más paseando sin rumbo por los acantilados que rodeaban Dunworley House. Sean le salía al encuentro con su carro y descendían hasta Rosscarberry, o iban a tomar el té a Clonakilty. O, simplemente, si hacía buen tiempo, paseaban juntos por la playa cercana. Mantenían interminables conversaciones sobre cualquier tema y poco a poco se iban conociendo mejor. Mary se había educado en el convento, mientras que Sean se había formado en el cultivo de las tierras. Expresaban sus opiniones sobre Irlanda, sobre los disturbios que azotaban el país, y comentaban sus respectivos sueños y esperanzas con respecto al futuro, entre los que figuraban abandonar Irlanda para probar suerte en Norteamérica. Otras veces no hablaban de nada.

El día que Sean llevó a Mary a su casa para presentarla a la familia, le temblaban las rodillas cuando la animó a entrar por la puerta de la cocina. Sin embargo, Bridget, su madre, y Michael, su padre, se habían mostrado acogedores y amables con ella, y habían expresado curiosidad por conocer cómo era la vida en la casa grande. El hecho de que la chica fuera capaz de recitar pasajes enteros de la Biblia y también conociera el catecismo en latín, dibujó sonrisas de asombro en sus rostros curtidos por la intemperie.

—Te has procurado buena compañía —proclamó Bridget—. Espero que pronto la conviertas en toda una mujer. Ya es hora de que vayas pensando en casarte, hijo.

Así que, tras un año y medio de noviazgo, Sean le propuso matrimonio y se fijó la fecha de la boda al cabo de un año.

—Mira, Sean —dijo Michael, su padre, unos cuantos días más tarde, tras haber tomado un whisky de más—, tu madre y yo hemos estado planteándonos el futuro. La granja es muy antigua, se ha quedado pequeña y está llena de humedades. Tenemos que pensar en construir una nueva casa para toda la familia. Y se me ha ocurrido que al otro lado de los establos hay un sitio estupendo. Tu madre y yo somos demasiado viejos y no llegaremos a trasladarnos, pero vale la pena planificarlo para Mary y para ti, y para los pequeños que vengan al mundo, y para sus hijos y los hijos de tus hijos. —Michael había plantado una especie de croquis enfrente de Sean—. ¿Qué te parece?

Sean examinó el plano. Una cocina grande, una sala de estar, un comedor y, en la parte trasera, un espacio para un cuarto baño dentro de casa. Arriba, cuatro dormitorios y un desván podría habilitarse cuando la familia creciera.

—Pero, papá, ¿de dónde vamos a sacar el dinero para construir una casa así? —preguntó Sean.

—No te preocupes por eso, hijo. Tengo algunos ahorros. Además, la mano de obra no nos costará nada. —Michael dio un golpe en la mesa—. ¡La levantaremos con nuestras propias manos!

—Aun así —suspiró Sean—, después de invertir tanto dinero y tanto esfuerzo, no será del todo nuestra. Son los Lisle quienes nos tienen arrendadas las tierras, y a ellos pertenece todo lo que crece en ellas.

Michael tomó otro buen sorbo de aguardiente casero y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Ya lo sé, hijo, y de momento todo eso seguirá igual. Pero creo que durante los próximos años habrá muchos cambios en Irlanda. El partido nacionalista se hace oír cada vez más, y el gobierno británico empieza a escuchar. Estoy convencido de que algún día los Ryan vivirán en las tierras de su propiedad. Y debemos tener la mirada puesta en el futuro, no en el pasado. Bueno, ¿qué dices ahora de mi idea?

Cuando Sean explicó a Mary el plan de su padre, ella juntó las manos entusiasmada.

—Oh, Sean, ¡un lavabo dentro de casa! ¡Y una casa nueva para nosotros y nuestros hijos! ¿Estará terminada pronto?

—Sí, cielo —dijo Sean con un gesto de asentimiento—. Los muchachos de los alrededores me echarán una mano con las obras.

—Pero ¿y nuestros planes? —La sonrisa de Mary se había desvanecido—. ¿Y nuestra idea de ver mundo, de tomar un barco rumbo a Norteamérica?

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo él posando la mano sobre la de ella—. No debemos perder eso de vista. Pero, aunque nosotros nos vayamos, los Ryan seguirán necesitando un buen techo que los cubra ¿No te parece que, si decidimos marcharnos, estaremos más tranquilos sabiendo que los dejamos bien arreglados?

—Creía que ya habíamos decidido que nos marchábamos —repuso Mary.

—Sí, cielo, sí; todo a su debido tiempo.

Así que, durante el año anterior, tras obtener permiso de Sebastian Lisle para construir una granja nueva (tal como Michael había previsto, a él no le perjudicaba en nada; de hecho, así las tierras aumentaban de valor), pusieron los cimientos de la casa y empezaron a levantar los muros.

—Mi casa —dijo Mary con un hilo de voz. No terminaba de hacerse a la idea.

Cada vez que Sean tenía un rato libre, se enfrascaba en las obras. Y a medida que la casa crecía y las habitaciones de las que un día Mary sería la dueña empezaban a tomar forma, las conversaciones versaban menos sobre el viaje a Norteamérica y más sobre los muebles que Sean fabricaría en el taller. Y sobre aquellos a quienes invitarían cuando estuvieran casados.

Al no tener familia propia, Mary había adoptado a la de Sean. Ayudaba a redactar cartas a su hermana menor, Coleen; amasaba el pan de soda con su madre y acudía a la granja para que su padre le enseñara cómo se ordeñaban las vacas. Y ellos respondían bien a su aptitud y generosidad.

Aunque no tenían muchos medios económicos, contaban con unos ingresos estables gracias a la explotación del terreno de cuarenta hectáreas. La granja cubría la mayor parte de sus necesidades, tenían leche y huevos, y las ovejas les proporcionaban carne y también lana para abrigarse. Michael y Sean trabajaban de sol a sol para asegurarse de sacarle el máximo rendimiento.

Cuando las diversas familias de la localidad se acercaban a la granja para conocer a Mary, ella observaba la expresión con que la miraban; sin duda, se había procurado un buen partido.

Y ahora, pensó Mary mientras se frotaba fuertemente los ojos con el chal, iban a arrebatárselo. Sean tenía muy claro que regresaría a su lado sano y salvo, pero ¿y si no era así?

Suspiró. Tendría que haber previsto que todo era demasiado bonito para llegar a convertirse en realidad. Ya había notificado a la casa grande que pensaba dejar el puesto al cabo de un mes para hacer los preparativos de la boda. Se preguntaba si, dadas las circunstancias, seguía siendo la opción más sensata. Si se trasladaba a casa de los Ryan y aguardaba a que Sean volviera de la guerra, no tendría independencia ni dinero que le perteneciera. Y si Sean no regresaba jamás, lo más probable era que acabara convirtiéndose en

una solterona que viviría bajo el techo de su antiguo prometido.

Mary se puso en pie y se volvió hacia Dunworley House. Aunque al ama de llaves, la señora O'Flannery, no terminaba de caerle bien, la mujer apreciaba el afán con que trabajaba, y el día en que le había entregado la nota del cese había observado en ella cierta consternación. También Sebastian Lisle y su madre habían expresado su tristeza ante la perspectiva de que Mary abandonara la casa.

Mientras ascendía por los acantilados con rumbo a la mansión, pensaba que sin duda le permitirían conservar el puesto más tiempo. Por lo menos hasta que Sean regresara. Mary entró en la cocina con expresión resuelta; aunque tuviera que tragarse el orgullo y ver el brillo de los ojos del ama de llaves ante su desgracia, decidió que era un mal menor.

Se había pasado casi toda la vida sin poder ser dueña de si misma y por fin había logrado escapar de esa situación.

No deseaba volver a una cárcel.

Cuando Sean se fue a la guerra, Mary acudió a despedirse de él apretando los dientes para mantener las emociones bajo control y luego se dirigió a Dunworley House. Tras echarse a sí misma un buen sermón por el camino, se dispuso a emprender de nuevo el trabajo.

Pasaron los meses. Mary se enteraba de lo que ocurría en el frente a través de Sebastian Lisle, que una vez a la semana recibía *The Times* desde Inglaterra. Por fin llegó la primera carta de Sean, donde le explicaba que estaba en Francia y que había librado una batalla en un lugar llamado Mons. Por las cartas se deducía que mantenía la moral alta y que tenía buena relación con los otros «Micks», el sobrenombre con que se conocía a los Guardias Irlandeses. Sin embargo, ya había bajas en su batallón; le escribía acerca de amigos muertos o que habían resultado heridos.

De vez en cuando, Mary se dejaba caer por casa de los Ryan, pero la visión de las obras sin terminar, intactas desde la marcha de Sean y los demás jóvenes de la población, la alteraba.

Se encontraba en un impasse, aguardando a que el destino decidiera por ella.

Pasaron nueve meses y las cartas de Sean eran cada vez menos frecuentes. Ella le escribía todas las semanas, preguntándole cuándo creía que obtendría el permiso que le había prometido. En la última carta, Sean mencionaba que se había embarcado rumbo a Londres para pasar cuatro días en el cuartel de los Guardias Irlandeses; no tendría tiempo suficiente de viajar hasta West Cork. Mary leyó en *The Times* que miles de soldados aliados habían perdido

la vida en un lugar llamado Ypres.

Sebastian Lisle había abandonado Irlanda cinco meses atrás; no para luchar en el frente, puesto que sufría ataques de asma, sino para echar una mano en lo que él llamaba el Foreign Office.

La vida en Dunworley House se tornó monótona. Como en la casa solo vivía Evelyn Lisle y no se recibían visitas, el servicio tenía muy poco trabajo. La criada subalterna fue despedida, por lo que Mary pasó a ocuparse también de sus tareas. Y, tal como le ocurría a todo el mundo a lo largo y ancho del continente europeo, tuvo que limitarse a esperar con el alma en vilo.

Al cabo de dieciocho meses, Sebastian Lisle regresó a casa. Era un placer tener por lo menos alguien a quien servir los platos en la mesa; Evelyn despertó de su letargo y bajó para cenar en el comedor con su hijo. Dos días más tarde, avisaron a Mary para que acudiera al despacho de Sebastian.

—¿Quería verme, señor? —preguntó Mary al entrar.

—Sí. —Los desvaídos ojos azules de Sebastian parecían más hundidos en las cuencas; se le veía demacrado y ojeroso, aparentaba el doble de los años que tenía. Tenía entradas en el pelo bermejo, y Mary pensó que el hecho de ser de buena cuna no implicaba resultar agraciado físicamente.

—En casa de mi familia, en Londres, necesitan una doncella y te he recomendado para el puesto, Mary. ¿Qué te parece?

Mary lo miró sin dar crédito.

—¿Yo? ¿Voy a ir a Londres?

—Sí. Ahora que he vuelto, podremos arreglarnos con la señora O'Flannery y una asistenta del pueblo. En cambio en Londres, con el desgaste que supone la guerra y tantas muchachas trabajando en las fábricas de municiones y ocupando los puestos de los hombres conduciendo autobuses y demás, cada vez cuesta más encontrar servicio doméstico. Mi hermano me ha pedido si podía buscarle a alguien en Irlanda, y la persona más apropiada eres tú.

—Londres... —Mary contuvo la respiración. El cuartel de Sean estaba allí. A lo mejor, cuando regresara de Francia con otro permiso, podrían verse. Además, era una aventura y una oportunidad que sabía que debía aprovechar.

—Me parece un ofrecimiento excelente, señor. ¿Las tareas son parecidas a las de aquí?

—Más o menos, sí. La casa es mucho más grande. Antes había veinte personas a cargo del servicio, pero ahora son diez y todos hacen de todo. Te darán un uniforme muy bonito, compartirás el dormitorio solo con otra doncella y ganarás treinta chelines al mes. ¿Te parece bien?

—Bueno, de entrada creo que está bien, señor; sí.

—Estupendo, Mary. Por favor, en cuanto te hayas decidido comunícamelo y te conseguiré un billete para Londres.

—Sí, señor. Eso haré.

Al cabo de unos días, Mary fue a ver a los padres de Sean para comunicarles su decisión. Tal como esperaba, no les entusiasmó la idea de que la prometida de su hijo abandonara Irlanda en ausencia de este.

—Mira, Bridget —la tranquilizó Mary mientras tomaban el té en la cocina, si quiero ir es porque a lo mejor consigo ver a Sean cuando vuelva a tener unos días de permiso.

—No cabe duda de que todo eso está muy bien, pero la hija de mi primo se marchó a Londres el año pasado y sé que allí no les tienen simpatía a las doncellas irlandesas. Los ingleses te mirarán por encima del hombro, como siempre hacen con los irlandeses —dijo Bridget con una mueca de desdén.

—¡Que me vengan con esas! Los pondré en su sitio, te lo aseguro. — Mary sonrió, impertérrita. Era incapaz de ocultar la excitación que le brillaba en los ojos.

—Pero prométeme que cuando termine la guerra regresarás a esta casa con tu chico, ¿lo harás? —la instó Bridget.

—Ya sabes que en ningún sitio estaría mejor que al lado de Sean. Pero si mientras lo espero puedo hacer algo útil y ahorrar unos cuantos chelines para los muebles, no me parece un mal planteamiento.

—Está bien. Pero ándate con cuidado en esa ciudad de infieles. —Bridget se estremeció solo de pensarlo.

—No te preocupes. Lo haré, te doy mi palabra.

Mary no sintió ni un ápice de miedo cuando emprendió el largo viaje.

Primero fue a Dublín, donde tomó un barco hasta Liverpool, y desde allí se trasladó hasta el sur en un tren abarrotado de pasajeros que se detuvo en una estación inmensa. Recorrió el andén con el equipaje a rastras mientras miraba alrededor. Le habían dicho que iría a buscarla alguien que mostraría un cartel con su nombre. Paseó la mirada por aquella riada de color caqui absorta en tristes despedidas y felices reencuentros, y por fin divisó a un hombre de elegante uniforme que, efectivamente, sostenía en un cartel donde aparecía escrito su nombre.

—Hola. —Se dirigió a él sonriendo—. Soy Mary Benedict.

El hombre la saludó con una solemne inclinación de cabeza.

—Sígueme, por favor.

Fuera, el hombre le hizo señas para que entrara en la parte trasera de un flamante coche negro. Mary obedeció, maravillada ante la suavidad del cuero del asiento. Cuando se pusieron en marcha se sentía como una princesa. Era la primera vez que subía a un coche.

Observó por la ventanilla las farolas de gas en lo alto, que parecían polos de limón gigantes ensartados en palillos muy largos, las muchedumbres que recorrían las aceras y los colosales edificios que se alzaban a sus pies. Por el centro de las calles no paraban de circular tranvías arriba y abajo. Reparó en que las mujeres llevaban faldas que... ¡dejaban al descubierto los tobillos! Prosiguieron la marcha bordeando un río muy ancho, pero estaba demasiado oscuro para ver gran cosa. Luego el chófer torció a la derecha, alejándose del río, y al final entró en una gran plaza con casas enormes de color blanco por todo el perímetro. Enfiló una estrecha calle con antiguas caballerizas a un lado y a otro; allí estacionó el coche e indicó a Mary que se apeara.

—Por aquí, por favor —dijo, y Mary lo siguió por el camino—. Estamos en Cadogan House, y esta es la entrada del servicio, la que debe utilizar siempre. —Bajó con ella el tramo de escaleras y abrió la puerta que daba a un pequeño recibidor.

Otra puerta los llevó a una cocina de techo bajo pero muy acogedora, en cuyo centro había una mesa ocupada por varias personas, todas ataviadas con elegantes uniformes.

—Esta es la doncella nueva, señora C —dijo el chófer con una inclinación de cabeza, dirigiéndose a una mujer corpulenta sentada al

extremo de la mesa.

—Ven aquí, donde pueda verte bien. —La mujer hizo señas a Mary para que se acercara, y mientras tanto la iba observando.

—Buenos días, señora —saludó Mary con una pequeña reverencia—. Soy Mary Benedict.

—Yo soy la señora Carruthers, el ama de llaves. —La mujer dio por terminada la inspección y movió la cabeza con gesto afirmativo—. Bueno, al menos tienes un aspecto bastante saludable, lo cual ya es más de lo que puedo decir de la última criada irlandesa que tuvimos en esta casa. Murió de bronquitis al cabo de una semana, ¿verdad, señor Smith? —Se volvió hacia el hombre medio calvo sentado a su lado y soltó una gran risotada que agitó su busto generoso.

—Creo que sí que tengo buena salud, señora —respondió Mary—. La verdad es que no me he puesto enferma ni un solo día en toda mi vida.

—No es un mal comienzo, supongo —convino la señora Carruthers.

La mujer hablaba inglés con un acento extraño. A Mary le costaba entender lo que decía.

—Debes de tener hambre; vosotros los irlandeses siempre tenéis hambre. —Señaló una silla al final de la mesa—. Quítate el sombrero y el abrigo y siéntate. Teresa, sírvele a Mary un plato de estofado.

—Sí, señora Carruthers. —Una joven ataviada con una cofia y un vestido marrón se levantó de la mesa al instante. Mary se despojó del sombrero, los guantes, el abrigo y el chal y fue a colgarlos en el recibidor. Luego tomó asiento junto a una chica con un uniforme de doncella.

—Imagino, Mary, que no sabes leer ni escribir. Las chicas como tú no suelen aprender, y a mí me dificulta mucho el trabajo —se quejó la señora Carruthers con un suspiro.

—Yo sí que sé, señora —dijo Mary asintiendo a la vez que le ponían delante un plato de estofado—. En el colegio del orfanato me encargaba de enseñar a los más pequeños.

—¿Un colegio? —La señora Carruthers esbozó una sonrisita—. ¡Si me descuido, aún me enseñarás a poner la mesa!

Todos los demás sirvientes reunidos a su alrededor se echaron a reír diligentemente. Mary decidió hacer caso omiso de la provocación y se comió

el estofado en silencio; después del largo viaje estaba hambrienta.

—Tengo entendido que en Irlanda trabajabas en casa del hermano del señor Lisle —prosiguió la señora Carruthers.

—Sí.

—Bueno, no sé cómo es la vida allí, pero creo que en Londres las cosas te parecerán un poco distintas. El señor Sebastian Lisle me ha dicho que sabes servir la mesa, ¿es cierto?

—Eso creo, sí —respondió Mary—. Pero seguro que tiene razón. Seguro que aquí las cosas son distintas.

—Compartirás el dormitorio con Nancy, la doncella que tiene asignada la planta superior. —La señora Carruthers señaló a la chica sentada junto a Mary—. El desayuno es a las cinco y media en punto; si llegas cinco minutos tarde y no queda nada, no podrás desayunar, ¿entendido?

Mary asintió.

—Encontrarás el uniforme encima de la cama. Asegúrate de llevar siempre limpio el mandil, el señor Lisle es muy exigente con la limpieza de los uniformes.

—¿El mandil? —se extrañó Mary.

—El delantal, chica. —La señora Carruthers arqueó las cejas—. Mañana después del desayuno te indicaré cuáles son tus tareas. Cuando el señor Lisle está en casa, hay mucho trabajo. Es un hombre muy importante y le gustan las cosas bien hechas. Tienes suerte de que ahora esté de viaje; aun así, aquí no bajamos el listón ¿verdad?

Todos los sentados a la mesa asintieron en señal de conformidad y empezaron a levantarse.

—Nancy, acompaña a Mary a su habitación.

—Sí, señora C —respondió con diligencia la muchacha sentada a su lado—. Sígueme —dijo a Mary.

Al cabo de unos minutos, Mary acarreaba la maleta por la escalera que daba a un amplio pasillo. En el techo colgaba una gran lámpara de araña con muchas bombillas. Subieron tres tramos más de escaleras hasta que por fin llegaron a la planta superior.

—¡Jesús, María y José! ¡Qué casa! ¡Es tan grande como un palacio! —exclamó.

—Este es tu dormitorio —dijo Nancy, y la guio hasta una habitación con dos camas y poca cosa más. Señaló la cama situada junto a la ventana—. Eres la última en llegar, así que te toca aguantar la corriente de aire.

—Gracias —respondió Mary con ironía, y soltó la maleta sobre la cama.

—Haremos turnos para ir a por el agua caliente y llenar la palangana. Por lo demás, debajo de la cama hay un orinal —indicó Nancy, sentándose en su cama y examinando a Mary—. Eres guapa, sí. ¿Por qué no eres pelirroja, como todos los irlandeses?

—Ni idea, te lo aseguro —respondió Mary mientras sacaba de la maleta las pocas prendas de ropa que tenía y las guardaba en el cajón de la mesilla de noche—. Aunque la verdad es que no todos somos pelirrojos.

—Los que yo he conocido, sí. Pero tú tienes unos ojos azules muy bonitos y el pelo rubio. ¿Es natural?

—¿Quieres decir que si me pongo tinte? —Mary se echó a reír y negó con la cabeza—. Donde yo vivo no hay de esas cosas. En ese rincón del mundo todavía no tenemos ni electricidad.

—¡Caramba! —Nancy soltó una risita—. Ya no puedo imaginarme la vida sin electricidad, aunque cuando era pequeña, en casa tampoco había. ¡Por eso tengo tantos hermanos! —exclamó con una sonora carcajada—. ¿Tienes novio?

—Sí, pero está luchando contra los alemanes y hace dieciocho meses que no lo veo.

—Hay otros hombres, ya sabes. —Nancy sonrió—. Sobre todo aquí, en Londres.

—No me interesan los otros hombres. Para mí, él es el único —respondió Mary con firmeza.

—Eso ya lo veremos cuando lleves viviendo aquí unos cuantos meses. Hay muchos soldados solitarios que pasan sus días de permiso en la ciudad y buscan alguna chica bonita con la que gastarse la paga; acuérdate de mis palabras. —Nancy empezó a desvestirse; el corsé apenas le cubría los pechos turgentes y las caderas propias de los cuadros de Rubens. Cuando se soltó la larga melena rubia, parecía un querubín de formas exuberantes—. Si coincidimos en los días de permiso, te enseñaré la ciudad. En Londres hay muchas opciones para divertirse, eso te lo aseguro.

—¿Qué tal son los señores? —preguntó Mary al meterse en cama.

—Ah, todavía no tenemos señora. El señor Lisle vive solo, al menos cuando está en casa. No ha encontrado a ninguna dama de su gusto. ¡O ninguna a quien le guste! —Nancy soltó una risita.

—Bueno, tampoco su hermano Sebastian se ha casado —explicó Mary, arrojándose más con la fina sábana; ahora comprendía por qué esa cama era la peor.

—La señora Carruthers cree que el señor es un espía —confesó Nancy—. Lo que está claro es que lo que se lleva entre manos es importante. Suele tener a mucha gente conocida a cenar. ¡Una vez vino Lloyd George en persona! ¿Te imaginas tener al primer ministro británico sentado en el comedor?

—¡Virgen santísima! ¿Quieres decir que podría tener que servirle en la mesa? —Mary la miró con expresión horrorizada.

—Siempre que tenemos a alguien importante en la casa y tengo que tratar con él, lo que yo hago es imaginármelo utilizando el retrete. Pienso en él allí sentado y deja de impresionarme.

Mary soltó una risita y pensó que Nancy le caía bien.

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo? —preguntó.

—Desde los once años, cuando mi madre me mandó a limpiar orinales. Eso sí que era duro, tener que vaciar la porquería. —Nancy se estremeció—. Da igual que seas una señora o una criada, el pipí y la mierda de todo el mundo huelen igual de mal.

A Mary empezaban a cerrársele los ojos; el temor y la emoción de verse en Londres la habían dejado rendida. Se estaba quedando dormida. Nancy seguía hablando, pero ella ya no podía oírla.

Durante las primeras semanas, Mary no dejaba de asombrarse del ambiente de Cadogan House. En la casa se vivía con gran esplendor incluso durante las temporadas que el señor pasaba fuera. No podía evitar ahogar gritos de sorpresa ante las amplias y bellas estancias, con los enormes ventanales cubiertos por gruesas cortinas de damasco, los muebles de delicados tallados y las enormes chimeneas sobre las que colgaban elegantes espejos.

Dejando aparte las consabidas bromas acerca de su condición de irlandesa, a Mary le pareció que los demás sirvientes formaban un grupo muy agradable. Nancy resultó ser una buena guía de Londres, puesto que había pasado toda su vida en la ciudad. Llevó a Mary en tranvía hasta Piccadilly Circus para comer castañas calientes bajo la estatua de Eros, y a la avenida Mall, desde donde pudo contemplar el palacio de Buckingham. Tomaron té y pastas en el café Lyons, donde dos jóvenes soldados les echaron el ojo, tal y como dijo Nancy, quien estaba más que dispuesta a corresponderles. Pero Mary no quiso saber nada.

Mary estaba encantada con esa nueva vida tan emocionante. Las luces y el bullicio de Londres hacían que resultara difícil recordar que el país estaba en guerra. Por el momento, Gran Bretaña no había sufrido ataques, y dejando de lado lo curioso que resultaba ver a mujeres conduciendo tranvías y autobuses y sirviendo detrás de los mostradores de las tiendas, en la ciudad no se observaba ningún cambio.

Hasta que llegaron los zepelines.

Mary oyó la enorme explosión en plena noche, y, como el resto de la población, se despertó y supo que los alemanes habían bombardeado una

manzana del East End y habían matado a doscientas personas. De repente Londres bullía de actividad, con globos cautivos repartidos sobre la ciudad, inquietantes siluetas de ametralladoras recortadas en las cubiertas de los edificios más altos y todos los ciudadanos preparándose en los sótanos de las casas para otros posibles ataques.

Durante el verano de 1917, cuando Mary llevaba un año en Londres, se oían las sirenas antiaéreas con regularidad. Siempre que eso sucedía, el servicio se reunía en el sótano; comían galletas y jugaban a cartas mientras las ametralladoras retronaban sobre sus cabezas. La señora Carruthers se sentaba en una silla de madera que se llevaba de la cocina y, a escondidas, iba dando tragos de la petaca para tranquilizarse. Sin embargo, incluso durante los peores momentos, cuando a todas luces había un zepelín justo encima de la casa y Mary observaba los semblantes llenos de terror iluminados por las velas, ella no sentía ningún miedo. Tenía la impresión de ser... invencible; como si el horror de lo que estaba sucediendo no pudiera alcanzarla.

Una mañana de primavera de 1918, llegó por fin una carta de Sean. Aunque Mary le había comunicado su nueva dirección, no había recibido respuesta alguna por su parte. No tenía ni idea dónde se encontraba, ni de si estaba vivo o muerto. Se sentía culpable y se reprochaba su comportamiento cada vez que Nancy y ella tenían el día libre y se arreglaban para salir, por las risas que compartían y, sobre todo, por la sensación de libertad que le producía esa ciudad tan abierta donde todo parecía posible.

Y porque, para ser sincera consigo misma, apenas recordaba el aspecto que tenía Sean. Abrió la carta y empezó a leerla.

Francia, 17 de marzo

Querida Mary:

Te escribo para decirte que estoy bien, aunque tengo impresión de que llevamos siglos enteros en guerra. Pronto me concederán una semana de permiso, y he recibido tus cartas donde me explicas que ahora trabajas en Londres. Cuando llegue, pasaré a hacerte una visita.

Mary, cielo, tenemos que aferrarnos a la idea de que la guerra terminará pronto y podremos retomar juntos la vida en Dunworley.

Tú eres lo único que me hace los días y las noches soportables.
Con todo el cariño,

SEAN

Mary leyó la carta cinco veces. Luego se sentó en la cama y permaneció en silencio con la vista fija en el encalado de la pared opuesta.

—¿Qué pasa? —Nancy la observaba con aire pensativo.

—Es mi chico, Sean. Pronto tendrá unos días de permiso y vendrá a verme.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Nancy—. Yo creía que ese novio solo existía en tu imaginación.

Mary negó con la cabeza.

—No. Es real, de carne y hueso.

—Pero debe de tener la piel a prueba de balas y de alemanes para haber resistido tres años en las trincheras, la mayoría de los soldados no duran más que unas pocas semanas. Mira la afortunada, con un novio vivo. ¿Qué vamos a hacer las demás? ¿Eh? Solo Dios sabe a cuántos jóvenes hemos perdido en esta guerra. Nos moriremos solteras. ¡Tú, por si acaso, cuida bien al tuyo, privilegiada! —le advirtió Nancy.

Unas semanas después, Mary estaba atizando el fuego en la sala de estar cuando Sam, el lacayo, asomó la cabeza por la puerta.

—En la entrada principal hay un hombre que pregunta por ti, Mary. Se llama Ryan. Le he pedido que dé la vuelta y se presente en la entrada del servicio.

—Gracias, Sam —dijo Mary. Le temblaban las piernas cuando bajó la escalera rumbo a su pasado mientras rezaba por que en la cocina no hubiera nadie y pudiera gozar de un momento a solas con Sean. Sin embargo, debido a la monotonía de la rutina diaria, los sirvientes estaban ávidos de emociones y, por consiguiente, la cocina aguardaba la plantilla al completo.

Mary se dirigió a la puerta trasera tan rápido como pudo con la esperanza de llegar la primera, pero Nancy se le había adelantado. Tenía los brazos en jarras y dirigía una amplia sonrisa al soldado de aspecto demacrado y casi

irreconocible apostado en el umbral.

—Parece que este joven se llama Sean —dijo Nancy volviéndose hacia Mary—, y quiere hablar contigo.

—Gracias —respondió Mary.

—Irlandés o no, es guapísimo; vaya si lo es —susurró Nancy a Mary al dirigirse de vuelta a la cocina.

Mary miró a Sean a los ojos por primera vez en tres años y medio.

—Mary, mi Mary, no puedo creer que seas tú. Ven, dale un abrazo a tu prometido. —Sean tenía la voz ahogada por la emoción cuando abrió los brazos y Mary se arrojó a ellos.

Olía diferente, y al mismo tiempo igual que siempre. Cuando la abrazó, Mary notó su delgadez.

—Mary —dijo él con voz lánguida—, eres tú de verdad, estás en Londres. Y te tengo en mis brazos... No sabes cuántas veces he soñado con este momento, cuántas. Deja que te vea bien. —Sean la asió por los hombros y la examinó—. Estás más guapa que nunca, te lo prometo.

Le sonreía con los dulces ojos llenos de ternura.

—No seas tonto —le espetó Mary sonrojándose—. ¡Seguro que estoy igual que siempre!

—¿Podrás salir hoy? Solo estaré en Londres dos noches; luego me marcharé otra vez.

Mary lo miró poco convencida.

—No es mi día libre, Sean; pero le preguntaré a la señora Carruthers si me da permiso.

Se volvió para dirigirse a la cocina pero él la obligó a detenerse.

—Ve a prepararte para salir, ya me encargo yo de pedirle permiso a tu patrona. En todo Londres hay muy pocas que se resistan a los encantos de un soldado.

Y así fue. Para cuando Mary regresó a la cocina ataviada con su mejor falda y un sombrero nuevo, Sean estaba sentado a la mesa frente a la señora Carruthers con un vaso de ginebra en la mano mientras ella y el resto de los sirvientes escuchaban encandilados sus relatos de la vida en el frente.

—No nos cuentan nada de nada —se quejó la señora Carruthers—. No sabemos lo que está pasando; no tenemos ni idea. Solo nos cuentan lo que

queremos oír.

—Bueno, señora Carruthers. Diría que en cuestión de seis meses nos los habremos cargado. Los alemanes tienen más bajas que nosotros, de eso no cabe duda. Ahora ya sabemos qué tenemos que hacer para vencerlos, ya lo ve. Hemos tardado lo nuestro pero creo que por fin estamos ganando.

—Esperemos que así sea —dijo la señora Carruthers con vehemencia—. Aquí cada día hay más racionamientos y cuesta más tener un plato de comida en la mesa.

—No se preocupe, señora Carruthers. Hay un buen puñado de valientes soldados luchando por defender este país, y yo mismo me encargaré de que la próxima Navidad pueda comer ganso —añadió Sean guiñándole el ojo.

La señora Carruthers se echó a reír y miró a Mary.

—Tienes un novio muy simpático, jovencita; por lo menos a mí me lo parece. Será mejor que os marchéis, seguro que no queréis perder ni un minuto más de vuestro tiempo charlando con una viejales como yo.

—Ah, señora Carruthers, por defender a mujeres bondadosas como usted es precisamente por lo que los jóvenes estamos librando esta guerra. —Sean miró a Mary y sonrió—. ¿Estás a punto?

—Sí. —Mary se volvió hacia la señora Carruthers—. ¿A qué hora necesita que esté de vuelta?

—Tómame todo el tiempo que quieras, querida. Seguro que a Nancy no le importará encargarse de tus tareas por una vez, ¿verdad, Nancy?

—No, señora C —respondió Nancy poco convencida; estaba muy molesta por el modo en que se habían desarrollado los acontecimientos.

—Es muy amable concediéndole el día libre a Mary, señora Carruthers. Le prometo que se la devolveré a las diez en punto —añadió Sean.

—Volved a la hora que queráis, ya os lo he dicho —accedió con gusto la señora Carruthers.

Mary y Sean salieron de la casa y se detuvieron frente a las caballerizas.

—Se me había olvidado que eres capaz de convencer al más pintado con tus encantos, Sean Ryan. —Mary lo miró con admiración—. Si incluso has engatusado a la sargentona de mi jefa ¿Adónde vamos?

Sean la miró y se encogió de hombros.

—Tú conoces Londres mejor que yo, Mary. Lo dejo en tus manos.

—Bueno, pues para empezar iremos a un lugar tranquilo ¿Qué te parece si nos sentamos un rato en los jardines que hay ahí enfrente, donde no nos moleste nadie?

Sean la cogió de las manos.

—Me da igual el sitio, a condición de que pueda contemplar esos ojos tan bonitos que tienes.

Mary y Sean cruzaron la calle y entraron en los jardines. Abrieron la portezuela de hierro forjado de la verja y se sentaron en un banco.

—Ah, Mary. —Sean le besó las manos—. No sabes lo que para mí significa verte. Yo... —De repente se le atoraron las palabras y permaneció sentado a su lado en silencio.

—¿Qué pasa, Sean?

—Yo...

Entonces estalló en sollozos, unos sollozos incontrolables que le sacudían todo el cuerpo. Mary se lo quedó mirando consternada, sin saber qué decir ni cómo ayudarle.

—Lo siento, Mary, lo siento... —Sean se enjugó torpemente las lágrimas con una de sus manos musculosas—. Me estoy comportando como un estúpido, ya lo sé, pero el infierno... el infierno en el que he estado y lo que he visto... Y aquí estás tú, tan guapa como siempre. Yo... —Los hombros le temblaban—. Soy incapaz de explicarlo.

—A lo mejor puedes intentarlo, Sean. No es seguro que sepa cómo ayudarte, pero al menos te escucharé —dijo Mary en tono amable.

Sean sacudió la cabeza.

—Me prometí a mí mismo que no lo haría, que cuando te viera no me derrumbaría, pero... Mary, ¿cómo voy a explicarte lo que he vivido? Muchas veces he deseado morir porque la vida es... —la voz se le quebró— insoportable.

Mary le acarició la mano con delicadeza.

—Sean, estoy aquí; y sea lo que sea lo que necesites contarme, podré soportarlo, te lo prometo.

—La pestilencia, Mary, el hedor de los cadáveres en descomposición... Todavía tengo la nariz saturada. Cadáveres que yacen en el barro, pisoteados... Trozos de cuerpos allá por donde mires. Y el olor de la pólvora

y del gas, y los estallidos que te dejan sin respiración y que suenan continuamente, de día y de noche, sin parar. —Sean apoyó la cabeza en las manos—. No hay tregua, Mary, no hay tregua posible. Y cada vez que saltas la trinchera sabes que en el mejor de los casos perderás a tus amigos y en el peor, morirás. ¡Y hasta he llegado a desearlo! ¡Escapar por fin de ese infierno en el que llevo viviendo casi tres años y medio!

Mary lo miró horrorizada.

—Sean, a nosotros nos dicen que a los hombres les está yendo bien, que estamos ganando la guerra.

—Ah, Mary. —Sean ya no lloraba pero seguía apoyando la cabeza en las manos con pesadumbre—. No quieren hablaros del sufrimiento, claro que no. No tendrían ni a un solo hombre más en las trincheras si se supiera la verdad. —De repente se la quedó mirando—. No tendría que estar explicándote todo esto.

—Sean —Mary alargó la mano y le acarició la cabeza; notaba el tacto del pelo grueso en los dedos—, está bien que me lo cuentes. Seré tu esposa en cuanto te libres de todo eso. Y me parece que no puede faltar mucho tiempo, ¿verdad?

—Llevo pensando eso mismo día tras día durante tres años y medio, Mary, y de momento sigo allí —respondió desolado.

Permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Sabes qué, Mary? —dijo Sean al fin—. Se me ha olvidado por qué estamos luchando. Y no estoy seguro de ser capaz de volver allí y enfrentarme a todo eso otra vez.

—Pronto habrás salido de esta —Mary siguió acariciándole el pelo— y volverás a casa conmigo, a Dunworley; a esa bonita casa nueva que es donde los dos debemos estar.

—No le contarás nada de esto a mamá. —Sean la miró con expresión angustiada—. ¿Me lo prometes, Mary? No soportaría que se pasara los días dándole vueltas a la cabeza, preocupada; es lo que faltaba. Y tienes razón. —Le cogió la mano y se la estrechó con tanta fuerza que le cortó la circulación de los dedos—. Esto terminará pronto. Tiene que terminar pronto.

Cuando al cabo de unas horas Mary regresó a la casa y subió con sigilo a su habitación, se encontró con que Nancy la estaba esperando sentada en la cama, muy erguida.

—Bueno, ¿qué? ¿Cómo ha ido? Nunca había visto a la señora C tan embobada. Menudo ángel tiene tu Sean.

—Sí, es verdad. —Mary empezó a quitarse la ropa con aire cansino.

—¿Adónde habéis ido? ¿Te ha llevado a bailar?

—No, no hemos ido a bailar.

—¿Te ha llevado a cenar a algún club?

Mary se puso el camisón.

—No.

—Entonces, ¿qué habéis hecho? —preguntó Nancy, con cierta irritación en la voz.

Mary se metió en la cama.

—Hemos estado sentados en los jardines de la plaza.

—¿Quieres decir que no habéis ido a ninguna parte?

—No, Nancy —Mary apagó la luz—, no hemos ido a ninguna parte.

Al día siguiente por la tarde, Sean regresó a Cadogan House para recoger a Mary. Esa vez, ella lo llevó en tranvía hasta Piccadilly Circus, donde compraron *fish and chips* y se lo comieron bajo la estatua de Eros.

—Ojalá tuviéramos más tiempo y pudiera llevarte a algún sitio especial, Mary.

—Para mí esto ya es especial, Sean. —Mary lo besó en la mejilla—. Es mejor que ir a cualquier lugar atiborrado de gente y tener que estar pendientes de lo que hacemos, ¿no te parece?

—Si a ti te va bien, a mí también —convino Sean, y se embutió un puñado de patatas fritas en la boca con avidez—. Mary, quiero decirte que siento mucho lo de anoche. No merecías tener que escuchar todo aquello. Y hoy estoy mejor.

—No pasa nada, Sean. —Mary se encogió de hombros—. Necesitabas desahogarte, y está muy bien que lo hicieras conmigo.

—Bueno, ya no quiero hablar más de eso. Pronto estaré otra vez allí metido. Cuéntame cosas de ti, Mary, de tu vida en Londres.

Mary le habló de ello mientras paseaban cogidos de la mano hasta Saint James Park. Al final, Sean le sostuvo el rostro con las manos.

—Mary, dentro de poco tiempo estaremos los dos de vuelta en casa. —De repente, se le veía inquieto—. Querrás volver a Dunworley, ¿verdad? Quiero decir... —Sean extendió los brazos en toda su longitud para abarcar lo que tenía alrededor— que no es exactamente igual que Londres.

—No, Sean, ya lo sé —reconoció Mary—. Y diría que los dos hemos madurado desde que nos conocimos hace ya muchos años. También el mundo ha cambiado. Pero construiremos una vida juntos, sea donde sea.

—Mary, oh, Mary. —Sean la rodeó con los brazos y la besó con ímpetu. De repente se apartó—. Si no voy con cuidado, me pasaré de la raya. —Respiró hondo unas cuantas veces y volvió a abrazarla—. Será mejor que regresemos. No quiero que tengas problemas con la señora Carruthers.

Pasearon juntos por las calles que a las once de la noche seguían bullendo de actividad.

—Hay tanto movimiento como en Clonakilty un domingo lluvioso a última hora de la tarde —bromeó Sean—. Bueno, ¿y qué te parece Lawrence Lisle? ¿Es tan inútil como su hermano Sebastian? Mucha tierra y mucha casa, pero nada más.

—No lo sé, Sean —respondió Mary—. Desde que llegué, no le he visto el pelo ni una sola vez.

—¿Dónde está?

—Nadie lo sabe seguro, pero parece que trabaja para el gobierno británico en el extranjero. Corren rumores de que está en Rusia.

—Seguro que has oído hablar de lo que está pasando allí. Si el señor Lisle está en Rusia, me atrevería a decir que muy pronto lo verás por aquí. Los bolcheviques son más poderosos cada día. Ah —suspiró Sean—, parece que el mundo empieza a ponerse otra vez en su sitio. Me gustaría saber cómo acabará todo.

Habían llegado a las caballerizas. Se detuvieron en lo alto de la escalera y guardaron silencio; ninguno de los dos sabía cómo despedirse.

—Ven aquí, Mary mía, abrázame y dame fuerzas para alejarme de tu ternura y volver al infierno —musitó Sean mientras ella lo rodeaba con los brazos.

—Te amo, Sean —susurró ella—. Vuelve a mi lado sano y salvo. Lo harás, ¿verdad?

—Bien he llegado hasta aquí, ¿no? —la tranquilizó él—. Te escribiré siempre que pueda, pero si pasa tiempo sin que sepas nada de mí, no te preocupes. Tengo la sensación de que las cosas se pondrán muy difíciles. Se está preparando otra ofensiva que resolverá la situación de una vez por todas.

—No me preocuparé. Que Dios te bendiga, corazón mío, y que muy pronto te devuelva a mi lado sano y salvo. Adiós, Sean. —Mary se enjugó las lágrimas en la guerrera de Sean y se puso de puntillas para besarlo.

—Adiós, cielo. Pensar en ti será lo único que me ayudará a soportarlo.

Sean se apartó de ella con reticencia, también tenía lágrimas en los ojos. Y poco a poco, con los hombros hundidos, se alejó por las caballerizas.

—No sé qué demonios te pasa últimamente —comentó Nancy al cabo de unos días, cuando estaban acostadas—. Supongo que es por tu chico, porque se ha ido otra vez a la guerra, ¿no?

—Sí. —Mary suspiró en la oscuridad—. Es por todo lo que me contó sobre la vida allí. No puedo dejar de imaginármelo.

—A lo mejor exageró para darte lástima, ¡seguro que así se ganó un beso extra!

—No, no lo creo, Nancy —dijo Mary con otro suspiro—. Ojalá fuera así, pero Sean no dice mentiras.

—Bueno, según los periódicos, parece que pronto terminará todo y entonces tu chico te llevará volando de vuelta a ese pueblucho vuestro —soltó Nancy con una risita—. ¿Quieres que el jueves vayamos a la ciudad a ver tiendas y tomarnos un té en Lyons? A lo mejor te levanta el ánimo.

—Prefiero esperar a ver cómo estoy.

—Como quieras —respondió Nancy, enfurruñada.

Mary se dio media vuelta, cerró los ojos y trató de dormir. En los tres días transcurridos desde que se despidió de Sean, le había resultado imposible apartar de la mente las tremendas imágenes que él había descrito. Y desde ese momento había empezado a fijarse en la inmensa cantidad de hombres que pululaban por Londres con un parche en el ojo o con un brazo o una pierna amputados. Esa misma tarde, un soldado plantado en el centro de Sloane Square gritaba a los transeúntes como si hubiera perdido la chaveta. Sean decía que el ruido constante de los disparos acababa por trastornar a los hombres. Mary dio la espalda al pobre demente con lágrimas en los ojos.

Los periódicos estaban plagados de noticias sobre la revolución bolchevique que estaba teniendo lugar en Rusia, y sobre el hecho de que la familia imperial rusa había sido arrestada en pleno. Según se comentaba en la cocina, el señor de la casa regresaría pronto. Al parecer la señora Carruthers había recibido un telegrama en el que se le pedía que preparara la casa para

su llegada inminente. Ella se había puesto manos a la obra de inmediato; hizo que Mary y Nancy pulieran la platería tres veces hasta que Smith, el mayordomo, diera el visto bueno.

—¡Como si el señor fuera a fijarse en que las cucharillas de té tienen unas cuantas marcas! —protestó Nancy con irritación—. Después de haberse visto en medio del jaleo de Rusia, seguro que estará más que contento de poder dormir cómodamente en su cama.

A pesar de que toda la casa estaba en alerta roja, Lawrence Lisle seguía sin dejarse ver. Hasta que cuatro días más tarde, la señora Carruthers, con cara de sueño, comunicó al resto del personal que el señor había llegado a las tres de la madrugada.

—Por los motivos que más tarde conoceréis, a partir de ese momento no he pegado ojo —se quejó—. La verdad —empezó, mirando a Smith con las cejas arqueadas—, ¿quién se habría imaginado semejante cosa de él? —Ambos compartieron unos instantes de estupor antes de que la señora Carruthers prosiguiera—. Mary, el señor y yo queremos verte en el salón a las once en punto.

—¿He hecho algo inconveniente? —preguntó nerviosa.

—No, Mary, tú no has hecho nada... Bueno, no pienso hablar más de ello hasta que el señor te reciba. Asegúrate de llevar el uniforme limpio, y que no te salga ni un pelo de la cofia.

—Sí, señora C.

—No sé de qué va todo esto —dijo Nancy después de que la señora Carruthers saliera de la cocina—. Esa mujer está como loca. ¿Por qué querrán verte?

—Pronto lo sabré, ¿no te parece? Justo dentro de un par de horas —respondió Mary con tirantez.

Mary se personó frente a la doble puerta del salón a las once en punto y llamó con los nudillos. Le abrió la señora Carruthers.

—Pasa a conocer al señor Lisle, Mary.

Mary obedeció. Plantado frente a la chimenea había un hombre alto que guardaba un gran parecido con su hermano menor, Sebastian. En opinión de

Mary, Lawrence Lisle se había llevado la mejor parte en la batalla genética.

—Buenos días. Soy Lawrence Lisle. Tú eres... Mary, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió ella con cortesía.

—Verás, Mary, en esta casa se ha presentado... una situación delicada. Lo he consultado con la señora Carruthers y cree que eres la persona más apropiada para ayudarnos.

—No le quepa duda de que haré todo lo posible, señor. Cuando sepa de qué se trata —repuso Mary nerviosa.

—La señora Carruthers me ha explicado que te criaste en el orfanato de un convento.

—Es cierto, señor.

—Y durante el tiempo que pasaste allí, ayudabas a cuidar de los otros niños, sobre todo de los más pequeños.

—Sí, señor; de los bebés que las madres pobres abandonaban en la puerta. Ayudaba a las monjas a atenderlos.

—Así, ¿te gustan los bebés?

—Ya lo creo, señor. Me encantan.

—Estupendo, estupendo —dijo Lawrence Lisle con gesto de asentimiento—. Bueno, Mary, la situación es la siguiente: he vuelto del viaje con un bebé; un bebé cuya madre, igual que las mujeres pobres que abandonaban a sus hijos a la puerta del convento, se ha visto... incapaz de criarlo. Y me ha pedido que me ocupe de él hasta nuevo aviso.

—Entiendo, señor.

—He hablado con la señora Carruthers de la posibilidad de emplear a una niñera, pero ella me ha sugerido que seas tú quien ocupe ese puesto de forma temporal. Últimamente hay poca necesidad de cubrir tus tareas de doncella, y es casi seguro que tampoco la habrá durante los meses venideros. La cuestión es que a la señora Carruthers y a mí nos gustaría que pasaras a encargarte del cuidado del bebé inmediatamente.

—Entiendo, señor. Bueno, ¿y qué edad tiene, señor?

—Debe de tener... —Lawrence lo pensó unos instantes—. No creo que esa niña tenga más de cuatro o cinco meses.

—Muy bien, señor. ¿Y dónde está?

—Ahí.

Señaló un pequeño moisés situado encima de una chaise-longue en el otro extremo del salón.

—Ve a verla, si te apetece.

—Gracias, señor.

—Me parece muy guapa para ser tan pequeña, aunque yo no sé mucho de esas cosas —añadió Lawrence mientras Mary cruzaba la estancia y echaba un vistazo al interior del capazo con prudencia—. Y también es muy buena. Durante el viaje en barco y en tren desde Francia, apenas la he oído chistar.

Mary observó la mata de pelo oscuro y sedoso en contraste con la tez pálida pero impecable. El bebé tenía el pulgar en la boca y disfrutaba de un plácido y profundo sueño.

—Le he dado de comer hace una hora —comentó la señora Carruthers—. Te aseguro que cuando tiene hambre berrea de lo lindo. Imagino que sabes preparar biberones y cambiar pañales, ¿no?

—Claro, señora C. —Mary miró al bebé sonriendo—. ¿Cómo se llama?

Lawrence vaciló un momento.

—Anna, se llama Anna.

—Tiene razón, es una monada —susurró Mary—. Me encantará encargarme de cuidarla, señor.

—Perfecto, entonces queda todo claro. —Lawrence parecía aliviado—. El dormitorio del bebé está en la segunda planta; ya han preparado la habitación. Te trasladarás allí hoy mismo, así podrás darle las tomas nocturnas. De momento, quedas relevada de todas las otras tareas. La señora Carruthers y tú os encargaréis de comprar todo lo que le haga falta al bebé; un cochecito, ropa, etcétera.

—¿No ha traído ropa, señor?

—Su madre me preparó una bolsa para el viaje y ahí está todo lo que tiene. Bueno —dijo señalando la puerta—, propongo que te la lleves arriba y te instales con ella en la habitación.

—¿Puedo preguntarle de qué país es? —aventuró Mary.

Lawrence Lisle arrugó la frente y se detuvo un momento.

—Desde este mismo instante, la niña es inglesa. Si alguien más pregunta, incluido el resto del personal, di que es hija de un amigo mío cuya esposa cayó enferma al dar a luz. Su padre murió en combate al cabo de un mes, y

yo he decidido encargarme de su tutela hasta que su madre se recupere y pueda cuidar de ella. ¿Entendido, Mary?

—Entendido, señor. Le prometo que cuidaré de Anna lo mejor que sepa.

Mary hizo una pequeña reverencia de cortesía y abandonó el salón. Luego subió a la segunda planta llevando el moisés con mucho cuidado y esperó en el descansillo hasta que la señora Carruthers se unió a ella.

—Esa es la habitación. —La señora Carruthers la guio por el pasillo hasta un dormitorio que daba a la plaza ajardinada—. Te la he asignado porque es la que está más lejos de la del señor. Diga lo que diga él, la niña no es precisamente un gatito cuando tiene hambre, y no quiero que lo moleste.

Mary contempló anonadada la preciosa habitación. Tenía un tocador y una cama de hierro forjado de aspecto confortable con una colcha extendida encima.

—Más vale que no te hagas demasiadas ilusiones, jovencita —añadió la señora Carruthers—. Todo esto solo es porque por la noche tendrás que atender al bebé.

—No me las haré —respondió Mary de inmediato, consciente de que su aumento de categoría podía suponer una amenaza para la propia señora Carruthers.

—Y recuerda que es temporal. Estoy segura de que, en cuanto pueda, el señor contratará a una niñera profesional. Lo que pasa es que, tal como yo le he dicho, con la guerra le costaría más que encontrar una aguja en un pajar. Espero que me estés agradecida por haberte recomendado para el puesto, jovencita. No me harás quedar mal, ¿verdad?

—Me esforzaré al máximo, señora C; se lo prometo —aseguró Mary—. Ah, y no hará falta gastar dinero para comprarle ropa al bebé. Se me da muy bien coser, y me gusta.

—Estupendo. Retira tus cosas de tu antiguo dormitorio en cuanto puedas. Aquí al lado tienes un cuarto de baño con un retrete, así que se acabaron los orinales para ti, jovencita; ya ves la suerte que tienes.

—Sí. Gracias por ofrecerme esta oportunidad, señora C.

—Aunque seas irlandesa, eres una buena chica, Mary. —La señora Carruthers fue hasta la puerta y se detuvo—. No sé, todo esto me resulta un poco extraño. Después de que te marcharas con el bebé, el señor me ha

pedido que avisara a Smith para que llevara una pequeña maleta al desván. Dice que la guardará allí hasta que la madre del bebé venga a recogerla. A mí me parece que esta pequeña no tiene pinta de inglesa —añadió echando un vistazo al interior del moisés—. ¿Y a ti?

—Tiene un aspecto poco común, eso está claro —convino Mary en tono cauteloso—. Su pelo es muy abundante y muy oscuro, y la piel, muy blanca.

—Apuesto a que es rusa —conjeturó la señora Carruthers—. Pero seguramente no sabremos nunca la verdad, ¿a qué no?

—Bueno, lo importante es que con nosotros está sana y salva —opinó Mary.

—Tienes razón —convino la señora Carruthers—. Más tarde te veré abajo.

Por fin Mary se quedó a solas con el bebé que tenía a su cargo. Se sentó en la cama, cerca del moisés, y contempló el diminuto rostro de Anna. Al cabo de un rato, como si supiera que la estaba observando, la niña empezó a removerse y abrió los ojos con expresión soñolienta.

—Hola, cielito —dijo Mary con voz cantarina mirando fijamente los intensos ojos marrones. Vio cómo cambiaban de expresión y se dio cuenta de que la pequeña la estaba observando.

Le asió la mano con los dedos.

—Hola, Anna, estoy aquí para cuidar de ti.

El flechazo fue inmediato.

La guerra aún duró unos cuantos meses más y Mary solo recibió otra carta de Sean, en la que decía que creía que por fin los aliados estaban ganando la batalla. Mary le escribía sin falta todas las semanas, y todas las noches rezaba por él.

A pesar de todo, Sean ya no era el único dueño de sus pensamientos; ahora en ellos también ocupaba un espacio importante la preciosa personita de quien estaba al cuidado. Pasaba con el bebé las veinticuatro horas del día. Por la mañana, después de darle el biberón, Anna dormía la siesta en el jardín mientras Mary ponía en remojo los pañales y lavaba las prendas diminutas que había confeccionado para ella. Después de comer, ponía a Anna en el cochecito y se la llevaba a dar un paseo por Kensington Gardens. Se sentaba junto a la estatua de Peter Pan y escuchaba las conversaciones de las otras niñeras que se reunían allí con los bebés.

A ella no le hablaban; Mary sabía que la miraban mal. Las otras niñeras lucían unos vestidos lisos de color gris mientras que ella seguía vistiendo el uniforme de doncella.

Después del paseo, si el señor no estaba en casa, Mary llevaba a la niña a la cocina para darle de comer mientras todo el personal iba a hacerle monerías. A Anna le encantaba ser el centro de atención; se sentaba muy erguida en la trona de madera y daba golpes con la cucharita en el tablero mientras cantaba al compás. A medida que crecía, cada uno de sus logros era objeto del asombro y los comentarios de sus admiradores. Los compañeros de Mary no le mostraban antipatía por su nueva posición en la casa, pues era quien cuidaba del pequeño sol que iluminaba la cocina. Todos adoraban a Anna.

Por la noche, Mary se sentaba junto al moisés y confeccionaba vestidos cuyos cuellos decoraba con delicados bordados, y chaquetas y patucos de ganchillo. Anna crecía cada día más bella, sus pálidas mejillas se tornaron redondas y adquirieron un aspecto sonrosado gracias al aire puro.

Lawrence Lisle se dejaba caer de vez en cuando por el dormitorio del bebé. Le echaba un vistazo, se interesaba por su estado de salud y desaparecía enseguida. Por desgracia, la mayoría de veces hacía caso omiso del afán de Mary por mostrarle la labor de la que se sentía tan orgullosa.

Una noche de octubre, Mary estaba sentada junto al moisés de Anna, contemplándola mientras dormía, y por Londres empezaron a correr innumerables rumores de una victoria inminente. La buena noticia hacía que en la casa se respirara entusiasmo; todo el mundo contenía la respiración esperando que por fin se produjera el anunciado armisticio.

Como miles de mujeres cuyos novios o maridos estaban en el frente, Mary había tratado de imaginar muchas veces lo emocionada que se sentiría en el momento en que estallara la noticia de que todo había terminado. Sin embargo, pensó con un suspiro, ya no estaba segura de desearlo.

Anna se removió y musitó algo en sueños. Mary se acercó de inmediato, la miró y le acarició la suave mejilla.

—¿Qué será de ti si no estoy aquí para cuidarte?

No pudo evitar que los ojos se le arrasaran en lágrimas.

El armisticio se anunció por fin tres semanas después. La señora Carruthers convino en cuidar de Anna unas cuantas horas mientras Mary, Nancy y Sam, el lacayo, se unían a miles de londinenses para celebrar la noticia. Una multitud en plena euforia empujó a Mary por la avenida Mall hacia Buckingham Palace, enarbolando banderas, cantando y proclamando ovaciones. Todo el mundo se puso a gritar cuando dos pequeñas figuras aparecieron en el balcón. Mary estaba demasiado lejos para distinguirlos, pero sabían que eran el rey Jorge y su esposa, su tocaya Mary.

Se dio media vuelta y descubrió a Nancy besando a Sam con pasión, y a continuación notó que unos fuertes brazos la levantaban del suelo.

—¿A que es una noticia estupenda, señorita? —dijo el soldado, dándole

una vuelta en el aire antes de volver a dejarla en el suelo—. Es el principio de un mundo completamente nuevo.

Nancy y Sam se habían mezclado con una muchedumbre que regresaba por la avenida Mall hacia Trafalgar Square para proseguir las celebraciones. Mary regresó por las calles abarrotadas de gente, disfrutando de la contagiosa felicidad que la rodeaba a pesar de no ser capaz de participar de ella por completo.

El final de la guerra significaba el final de sus días junto a Anna.

Un mes más tarde, Mary recibió una carta de Bridget, la madre de Sean. A Bridget nunca se le había dado bien redactar cartas, y esa era breve y directa. Al parecer, todos los muchachos que habían partido de Dunworley para luchar en la guerra y vivían para contarlo habían regresado ya, y Sean no estaba entre ellos. Alguien recordaba haberlo visto con vida en la última batalla en el Somme, pero hacía una semana que Bridget había recibido una carta del Ministerio de Guerra en la que le decían que daban oficialmente a su hijo por desaparecido en combate.

Debido a las limitaciones en el redactado de Bridget, Mary tardó unos minutos en captar el significado de la carta. Sean había desaparecido en combate. ¿Lo daban por muerto? Mary no lo sabía. Se había enterado de que en Francia reinaba el caos y de que los soldados empezaban a regresar a sus hogares, pero todavía se desconocía el paradero de un gran número de ellos. Así, pensó desesperada, ¿aún había esperanza?

Mientras el resto del mundo iba poniendo poco a poco las miras en el futuro por primera vez en cinco años, Mary tenía la impresión de que ella seguía estando igual de perdida que siempre. Y no veía la necesidad de regresar a Irlanda hasta que hubiera noticias de Sean. Por lo menos en Londres estaba ocupada y los chelines que guardaba bajo el colchón iban en aumento.

—Será mejor que de momento me quede aquí contigo, ¿verdad? —dijo con voz dulce a Anna mientras la bañaba—. Mientras Sean no aparezca, en Irlanda no tengo nada que hacer, cielo; nada.

Se acercaba la Navidad y de nuevo empezaron a reunirse invitados en torno a la mesa de Cadogan House. Una mañana de mediados de diciembre, Lawrence Lisle avisó a Mary para que personara en el salón.

Con el corazón desbocado, Mary hizo una pequeña reverencia y aguardó a que le cayera el jarro de agua fría.

—Por favor, Mary, siéntate.

Ella arqueó las cejas con extrañeza. No era normal que los sirvientes tomaran asiento en presencia de los señores. Hizo lo que se le pedía, pero sin bajar la guardia.

—Quería preguntarte por los progresos de Anna.

—Ah, está estupendamente, de verdad que sí. Ha empezado a gatear y me cuesta lo mío seguirla, ¡va muy rápido! Pronto empezará a andar y entonces la cosa sí que será problemática. —Mary sonrió con la mirada llena de cariño.

—Bien, bien. Bueno, Mary, seguramente te habrás dado cuenta de que la vida en esta casa se está animando. Por eso mismo tenemos que pensar en volver a emplear a una doncella que sirva la mesa.

A Mary se le cayó el alma a los pies; el corazón le aporreaba el pecho.

—Sí, señor.

—Ese era tu puesto, y te corresponde volver a ocuparlo.

—Sí, señor. —Mary estaba cabizbaja y tuvo que apretar los dientes para evitar echarse a llorar.

—Con todo, la señora Carruthers cree que Anna y tú tenéis una afinidad innata. Me ha comentado que habéis desarrollado un vínculo muy fuerte, y que eso es excelente para el crecimiento de la niña. Yo estoy de acuerdo, así que, Mary, me gustaría preguntarte qué planes tienes. Siento que tu prometido siga desaparecido en combate, pero la cuestión es la siguiente: estoy dispuesto a ofrecerte el puesto de niñera de Anna de forma permanente, siempre que no estés pensando en regresar ipso facto a Irlanda en el momento en que aparezca tu chico.

La sirvienta y el señor cruzaron una mirada que indicaba que ambos sabían que la posibilidad de que eso ocurriera era cada día menor.

—Bueno, señor, no tengo forma de saber si aparecerá o no, pero mientras... no aparezca, me encantará... seguir encargándome de cuidar de Anna. La cuestión es que si lo hace... si vuelve a casa, quiero decir —

balbució Mary—, creo que yo debería marcharme a Irlanda para estar con él. Y creo que es justo que usted lo sepa, señor.

Lawrence Lisle se quedó pensativo unos instantes, sopesando mentalmente las posibilidades.

—Bueno, ya veremos lo que hacemos cuando llegue el momento, ¿no te parece?

—Sí, señor.

—No tenemos más remedio que ir decidiendo las cosas sobre la marcha, y la señora Carruthers me ha asegurado que tu trabajo como niñera de Anna es irreprochable. Así que, si aceptas el puesto, se te aumentará el salario diez chelines al mes y haré que la señora Carruthers se encargue de buscarte un uniforme más apropiado. No quiero que mis amigos crean que no hago todo lo necesario por la niña.

—Gracias, señor. Y le prometo que seguiré cuidando de Anna con el mayor esmero. Es una niña preciosa. A lo mejor le gustaría subir a su habitación a verla. ¿O tal vez prefiere que la traiga aquí? —ofreció con entusiasmo.

—Cuando me vaya bien, la traerás aquí a hacerme una visita. Gracias, Mary, y sigue trabajando igual de bien que hasta ahora. Por favor, ¿puedes pedirle a la señora Carruthers que venga a verme para empezar a buscar una nueva doncella?

—Por supuesto, señor. —Mary se puso en pie y se dirigió a la puerta. Una vez allí, se dio media vuelta—. Señor, respecto a la madre de la niña, ¿cree que vendrá a buscarla algún día?

Lawrence Lisle exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

—No Mary. Dudo que lo haga. Lo dudo mucho.

Mary bajó la escalera en dirección a la cocina con cierto aire de culpabilidad. Tal vez hubiera perdido a su amado Sean, pero sentía un tremendo alivio por no haber perdido también a Anna.

Pasaron los meses y seguían sin recibirse noticias del paradero de Sean. Mary se acercó al Ministerio de Guerra y aguardó en la cola junto con las otras desgraciadas que todavía echaban en falta al amor de su vida. El hombre que

había tras el mostrador, acosado por todas aquellas mujeres desesperadas, buscó el nombre de Sean en los listados de personas desaparecidas.

—Lo siento, señora, pero no puedo decirle nada que no sepa ya. El sargento Ryan no ha sido identificado, ni vivo ni muerto.

—¿Significa eso que tal vez está vivo en alguna parte y ha... —Mary se encogió de hombros, presa de la desesperación— perdido la memoria?

—Ciertamente, señora, la amnesia es una alteración frecuente entre los soldados. Pero lo más normal es que si estuviese vivo lo hubieran visto. El uniforme de los Guardias Irlandeses es especialmente llamativo.

—Sí, pero ¿debemos... debemos su familia y yo conservar la esperanza de que regrese?

Por la expresión del hombre, era obvio que le planteaban esa pregunta muchas veces todos los días.

—Mientras no encuentren el cuerpo, siempre debe tenerse esperanza. Pero yo no soy quién para decirle a usted ni a la familia cuánto tiempo deben conservar esa esperanza. Si durante las próximas semanas el sargento Ryan sigue sin aparecer, el Ministerio de Guerra se pondrá en contacto con ustedes, y su condición pasará a ser la de «desaparecido, probablemente muerto».

—Entiendo. Gracias.

Sin decir nada más, Mary se puso en pie y abandonó el edificio.

Seis meses más tarde, recibió una carta del Ministerio de Guerra:

Querida señorita Benedict:

En respuesta a su interés por conocer el paradero del sargento Sean Michael Ryan, tengo el triste deber de informarla de que hemos recuperado su guerrera con la placa y los documentos de identificación de una trinchera enemiga en Somme, Francia. Aunque no se han hallado sus restos en las inmediaciones, dadas las circunstancias debemos suponer que, por desgracia, el sargento Ryan murió en el escenario de la guerra sirviendo a su país.

Queremos expresar nuestro más sincero pésame tanto a usted como a su familia, a la que informaremos por separado. A título personal, el hecho de que la guerrera de su uniforme haya sido encontrada en una trinchera enemiga pone un brillante punto final a su hoja de servicios. Y puedo decirle que ya ha recibido una mención de honor.

En la actualidad, se está estudiando la posibilidad de conceder al sargento Ryan

una medalla al valor de forma póstuma.

Comprendemos que tal cosa no compensa lo más mínimo la pérdida de un familiar querido, pero gracias a hombres como el sargento Ryan la guerra ha terminado de forma satisfactoria y se ha alcanzado la paz.

Atentamente,

EDWARD RANKIN

Mary bajó con Anna a la cocina y le pidió a la señorita Carruthers que se ocupara de ella durante una hora mientras ella salía a dar un paseo.

Los ojos húmedos de la señora Carruthers se llenaron de comprensión al observar el pálido rostro de Mary.

—¿Malas noticias?

Mary asintió.

—Necesito un poco de aire fresco —musitó.

—Tómame el tiempo que necesites. Anna y yo estaremos bien juntas, ¿verdad? —dijo con voz cantarina—. Lo siento, cariño. —Con cierta vacilación, alargó la mano y la posó en el hombro de Mary—. Era un tipo encantador, y sé que has pasado todos estos años interminables aguardando su regreso.

Mary asintió aturdida y salió al recibidor para ponerse el abrigo y las botas. No era propio de la señora Carruthers mostrarse compasiva, lo que hizo que los ojos se le arrasaran en lágrimas, y no quería que Anna la viera llorar.

Se sentó en los jardines de Cadogan Place y observó a los niños que jugaban y a una pareja paseando cogidos del brazo. El nuevo mundo, el mundo en el que por fin reinaba la paz y permitía ir en pos de la felicidad y disfrutar de los placeres sencillos, era el que Sean había contribuido a preservar y proteger. Y, sin embargo, no había vivido para verlo.

Mary se sentó en un banco, y permaneció allí incluso cuando empezó a caer la noche y los demás visitantes abandonaban los jardines. En su interior se sucedieron todas las emociones posibles: la pena, el miedo, la ira... Y derramó más lágrimas que en toda su vida.

Releyó veinte veces la carta, y las palabras alimentaban sus pensamientos.

Sean... Aquel hombretón lleno de vitalidad... Tan fuerte. Tan joven...
Muerto.

Ya no respiraba, ya no formaba parte del mundo. Había desaparecido. Se acabaron las dulces sonrisas, y las discusiones, y las bromas...

Y el amor.

Había oscurecido, pero Mary permanecía sentada en el sitio.

Cuando se hubo serenado después del impacto inicial, empezó a pensar en las implicaciones que aquello tendría en su vida. No estaban casados, así que no recibiría ninguna pensión de viudedad. La vida que había imaginado desde hacía años, junto a un hombre que la amaría y la cuidaría, que la protegería y le ofrecería un techo bajo el que resguardarse y resguardar a su familia..., ya no era posible.

Había vuelto a quedarse sola. Huérfana por segunda vez.

Mary estaba segura de que si regresaba a Irlanda, los padre de Sean la recibirían con los brazos abiertos. Pero ¿qué clase de vida le esperaba? Aunque no tenía ninguna intención de encontrar a otro hombre para sustituirlo, sabía que cualquier cosa que emprendiera con alegría resultaría agrisulce para unos padres que lloraban la muerte de un hijo. Y su presencia les recordaría constantemente lo que habían perdido.

Mary se frotó la cara despacio con las palmas de las manos. El aire de marzo se había tornado más fresco a esas horas y se dio cuenta de que estaba temblando, no sabía si de la impresión o del frío. Se puso en pie y miró alrededor con desilusión, recordando el día que había pasado en ese mismo lugar con Sean.

—Adiós, cielo. Que Dios te bendiga, y que tengas dulces sueños — susurró, y salió de los jardines dispuesta a retomar la única vida que le quedaba.

Anna estaba a punto de cumplir tres años, y el pelo le había crecido hasta convertirse en una melena negra y reluciente que contrastaba con su piel de marfil. Andaba de un lado a otro de la habitación con paso vacilante pero sin caerse, y tenía embelesadas a todas las personas de la casa con su encanto natural. Incluso a Lawrence Lisle le gustaba que Mary llevara a la niña a verle al salón para que le mostrara lo bien que hacía la reverencia que ella misma le había enseñado.

Por algún motivo, Anna sabía de forma instintiva que el extraño que de vez en cuando requería su presencia era importante en su vida. Mary tenía la impresión de que Anna hacía todo lo posible por conquistarlo; siempre le ofrecía la mejor sonrisa y extendía los brazos ante él para que la abrazara.

A pesar de los progresos en su desarrollo físico, Anna no hablaba bien, aunque lo cierto es que producía sonidos repetidos y articulaba algunas palabras, por lo que Mary trató de no preocuparse.

—¿Qué tal está progresando con el habla? —preguntó Lawrence Lisle un día que Mary había bajado a verlo con Anna al salón.

—Despacio, señor; pero según mi experiencia, cada niño evoluciona a un ritmo distinto.

Cuando llegó el momento de marcharse, Anna le echó los brazos al cuello al señor Lisle.

—Dime «adiós», Anna —le pidió.

—A-adiós —consiguió articular Anna.

Lawrence Lisle arqueó las cejas.

—Vuelve a decirlo, Anna; vamos, pórtate bien.

—A-ad-diós —dijo la pequeña para complacerle.

—Hum... Mary, me parece que Anna es tartamuda.

—No, no puede ser —dijo Mary nerviosa, tratando de quitarle importancia. El señor estaba expresando lo que también ella se temía—. Lo que pasa es que aún está aprendiendo a pronunciar.

—Bueno, la experta en niños eres tú, pero yo estaría pendiente de ella.

—Sí, señor. Lo estaré.

Como no podía ser de otro modo, durante los meses siguientes, a medida que Anna fue aprendiendo palabras nuevas, la tartamudez se hizo demasiado evidente para considerarla un mero producto de la etapa evolutiva. A Mary le preocupaba mucho, y pidió consejo en la cocina.

—Me parece que no hay nada que hacer —dijo la señora Carruthers, encogiéndose de hombros—. Intenta que la pequeña no hable mucho delante del señor, ya sabes que a los aristócratas no les gusta que sus hijos tengan defectos. Puesto que Anna es lo más parecido a una hija para el señor, yo trataría de ocultárselo siempre sea posible.

Mary no se desanimó. Fue a la biblioteca del barrio y encontró un libro que trataba del problema. En él leyó que cualquier situación que pusiera nerviosa a Anna empeoraría el tartamudeo. Y que, como principal cuidadora de la niña, debía asegurarse de articular bien para que Anna se fijara en el sonido de las palabras y lo imitara lo mejor que supiera.

En la cocina se reían de Mary al oír que le hablaba a Anna despacio, exagerando la pronunciación, y que animaba al resto del personal a hacer lo mismo.

—Al final, si no tienes cuidado, conseguirás que, además de tartamudear, la niña hable con una mezcla de acento irlandés y del East End —bromeó la señora Carruthers—. Yo de ti la dejaría tranquila, y que la naturaleza siga su curso.

Pero Mary no estaba dispuesta a ello y se esforzó mucho con la niña. Aun así, hizo caso a la señora Carruthers y le enseñó a guardar silencio delante del señor, con la esperanza de que sus graciosos ademanes y su encanto natural encubrieran el problema, mientras trabajaban en la pronunciación del vocabulario básico que Anna necesitaba para comunicarse con él.

Varias veces el señor Lisle hizo comentarios sobre el relativo silencio de Anna, pero Mary siguió quitándole importancia.

—¿P-por qué no puedo hablar c-con él, M-Mary? —preguntó la pequeña en voz baja cuando Mary la llevaba del salón a su habitación.

—Todo llegará, cielo, todo llegará —la tranquilizó.

Sin embargo, parecía que Anna había ideado un método propio para comunicarse con su tutor.

Al cabo de un mes, tras haber pasado media hora juntos, Mary llamó a la puerta del salón para recoger a Anna.

—Adelante.

Mary abrió la puerta y encontró a Lawrence Lisle de pie junto a la chimenea con toda la atención puesta en Anna, que se movía por la habitación al compás de la música que él había puesto en el gramófono.

—Mira cómo baila... Lo hace de maravilla. —Lo dijo con un hilo de voz mientras la contemplaba cautivado—. Da la impresión de que Anna sabe por instinto lo que tiene que hacer.

—Sí, le encanta bailar. —Mary observó orgullosa a la pequeña mientras ella, perdida en su propio mundo, trazaba ágiles piruetas por el salón.

—Puede que le cueste más de lo normal comunicarse con palabras, pero mira cómo se expresa con el cuerpo —comentó Lawrence.

—¿Qué música ha puesto, señor? Es preciosa —opinó Mary mientras observaba a la niña estirarse, flexionarse y girar.

—Es *La muerte del cisne*, un ballet de Fokine. Una vez lo vi en el teatro Kírov, en San Petersburgo... —Exhaló un suspiro—. Nunca había visto nada tan bello.

La música tocó a su fin y la aguja siguió dando vueltas sobre el vinilo mientras en la habitación solo se oían los crujidos de este.

Lawrence Lisle apartó de sí los recuerdos.

—Bueno, vamos a ver: Anna, bailas muy bien. ¿Te gustaría ir a clases de ballet?

La pequeña apenas comprendía lo que le preguntaban, pero asintió.

Mary la miró nerviosa, y luego miró a Lawrence.

—¿No le parece que es un poco pequeña para asistir a clases de ballet, señor?

—En absoluto. En Rusia empiezan justo a esa edad. Conozco a muchos emigrantes rusos que ahora viven en Londres. Les preguntaré por una buena

profesora para Anna y te lo comunicaré.

—Muy bien, señor.

—L-le quiero, s-señor Lisle —dijo Anna sin que él lo esperara, y lo obsequió con una radiante sonrisa.

Lawrence Lisle se quedó descolocado ante la espontánea expresión de afecto de su pupila, y Mary aprovechó el momento para coger a la niña de la mano y dirigirse a la puerta antes de que pudiera decir nada más.

—Mary, me pregunto si resulta apropiado que mi pupila me llame «señor Lisle». Me parece... demasiado formal.

—Bueno, señor, ¿tiene alguna sugerencia? —preguntó Mary.

—Tal vez «tío» sería más apropiado dadas las circunstancias, ¿no? A fin de cuentas, soy su tutor.

—Me parece perfecto, señor.

Anna se volvió hacia él.

—B-buenas noches, tío —dijo, y las dos se marcharon de la habitación.

Lawrence Lisle fue fiel a su palabra y al cabo de unas semanas Mary se encontró en un estudio muy iluminado y lleno de espejos en una casa llamada The Peasantry, situada en King's Road, en Chelsea. La profesora, una tal princesa Astafieva que era muy delgada, llevaba turbante, fumaba un Sobranie con boquilla y lucía una falda de seda multicolor que arrastraba tras de sí al caminar, tenía un aspecto apropiadamente exótico y un poco tirante.

Anna asió la mano de Mary con más fuerza. Su pálido rostro aparecía contrito y aterrado ante la extraña mujer.

—Mi buen amigo Lawrence me ha dicho que esta niña sabe bailar —dijo con un extraño acento.

—Sí, señora —respondió Mary nerviosa.

—Entonces pondremos música y veremos cómo reacciona. Quítate el abrigo, niña —ordenó con su peculiar deje a la vez que indicaba a la pianista que empezara a tocar.

—Baila igual que lo haces delante del tío —susurró Mary a Anna, y la empujó hacia el centro de la tarima. Por un instante dio la impresión de que Anna fuera a romper a llorar. Sin embargo, cuando la bella melodía le llegó a

los oídos, empezó a balancearse y a mover el cuerpo con la gracilidad de siempre.

Al cabo de dos minutos, la princesa Astafieva golpeó con el bastón la tarima de la sala de baile y la pianista dejó de tocar.

—Ya he visto bastante. Lawrence tiene razón. La niña sigue el ritmo de la música de forma natural. La acepto. Traeré a Anna todos los miércoles a las tres.

—Sí, señora. ¿Podría decirme qué ropa necesitará?

—De momento, nada, solo el cuerpo y los pies descalzos. Bueno, hasta entonces. —La princesa Astafieva hizo una inclinación con la cabeza y desapareció de la sala.

Para conseguir que Anna asistiera a la siguiente clase de ballet Mary tuvo que confeccionarle un vestido rosa con la falda de tul y prometerle que luego irían a Sloane Square a tomar un té con pastas.

También el resto del personal se había escandalizado ante la ocurrencia de Lawrence Lisle.

—¡Quiere que aprenda a bailar antes que a andar y a hablar bien! —dijo la señora Carruthers con las cejas arqueadas—. Pasar tanto tiempo en Rusia lo ha trastocado. No para de poner esa música tan deprimente en el gramófono una y otra vez. Va de un cisne que se muere o algo así.

Sin embargo, cuando Mary fue a recoger a Anna después de la primera clase, la niña sonreía. Mientras tomaban el té con pastas, tal como le había prometido, le explicó que había aprendido a poner los pies de una forma muy divertida, como un pato. Y dibujó en el aire distintas posiciones con los brazos.

—No es ninguna b-bruja, Mary.

—¿Seguro que quieres volver? —preguntó Mary para asegurarse.

—Sí, sí, c-claro que quiero volver.

En la primavera de 1926, Anna celebró su octavo cumpleaños. Lawrence Lisle no sabía con exactitud cuál era la fecha de su nacimiento, así que se

inventó una a mediados de abril.

Mary miró con orgullo a Anna mientras cortaba el pastel que el señor le había comprado. La niña vibraba de emoción al abrir el regalo del tío, y en el interior del paquete descubrió un par de zapatillas de satén rosa.

—G-gracias, tío. Son muy bonitas. ¿M-me las puedo poner? —preguntó Anna.

—Cuando te termines el pastel. No queremos que se manchen de chocolate, ¿verdad? —la reprendió Mary con un centelleo en la mirada.

—Estoy completamente de acuerdo, Mary. A lo mejor un poco más tarde podrías venir al salón y bailar para mí, ¿no, Anna? —propuso Lawrence.

—C-claro que sí, tío —dijo la niña con una sonrisa—. Y a lo mejor bailas conmigo, ¿verdad? —lo provocó.

—Lo dudo mucho —respondió él riendo. Saludó con una inclinación de cabeza al personal reunido en el comedor y salió mientras los demás se comían el pastel.

Una hora más tarde, Anna, con sus nuevas zapatillas de ballet de color rosa, se marchó para acudir al salón.

Mary sonrió cuando la niña cerró la puerta tras de sí. No había duda de que el vínculo entre Lawrence y Anna se había fortalecido. Cuando él tenía que salir de viaje porque así lo requería el trabajo en el Foreign Office, Anna lo aguardaba con impaciencia asomada a la ventana de su habitación si sabía que su regreso era inminente. También él se animaba cuando la veía; la expresión adusta desaparecía de su rostro en cuanto la niña corría a arrojarle en sus brazos.

Últimamente, se mostraba con ella tan cariñoso como lo habría sido el más cariñoso de los padres. Mary lo comentaba a menudo en la cocina. Incluso había decidido contratar a una institutriz.

—Seguramente, es mejor que se eduque en casa. No queremos que se burlen de ella porque es tartamuda —había dispuesto él.

Con todo, lo que absorbía todos y cada uno de los momentos de su tiempo era el ballet. Vivía para eso, rezumaba pasión por ello. Siempre esperaba impaciente a que llegara la hora de la siguiente clase y pasaba los días practicando las nuevas posiciones que la princesa Astafieva le enseñaba.

Cuando Mary la reprendía por la falta de concentración durante las

lecciones, Anna respondía con una sonrisa radiante.

—Cuando s-sea mayor, no necesitaré p-para nada saber historia, ¡porque seré la mejor b-bailarina del mundo! Y tú v-vendrás a mi primer estreno, Mary; ¡haré de Odette y Odile en *El lago de los cisnes*!

Mary lo creía muy posible. Si todo dependía del empeño, en su opinión Anna lograría cumplir su anhelo. Y tal como la princesa Astafieva había observado, también demostraba tener talento.

Cuando Mary subió a buscar a Anna para darle un baño, la encontró trazando piruetas por la habitación con cara de estar emocionadísima.

—¿S-sabes qué? ¡Voy a ir a ver los B-Ballets Rusos de D-Diáguilev con la princesa y el tío! Actúa en el C-Covent Garden! ¡Alicia M-Márkova hace de Aurora en *La bella durmiente*! —Anna terminó la coreografía saltando en brazos de Mary—. Bueno, ¿q-qué te parece?

—Me alegro mucho por ti, cielo —dijo Mary con una sonrisa.

—¡Y el tío me ha dicho que mañana tienes que llevarme a c-comprar un vestido nuevo! Lo querré de terciopelo, con una cinta muy a-ancha en la cintura —aclaró.

—Pues tendremos que ver si lo encontramos —accedió Mary—. Y ahora, vamos a la bañera.

Aunque Mary todavía no lo sabía, la noche que el señor Lisle llevó a Anna a ver su primer ballet cambiaría las vidas de todos ellos.

Tras la representación, Anna llegó a casa aferrando el programa con sus pequeñas manos y los ojos muy abiertos de pura admiración.

—La señorita M-Márkova es guapísima —dijo con expresión soñadora mientras Mary la arropaba en la cama—. Y su pareja, Antón Dolin, la ha levantado por encima de la cabeza como si p-pesara menos que una pluma. La princesa Astafieva dice que conoce a la señorita M-Márkova. A lo mejor un día me la presenta. Imagínatelo —añadió, guardando el programa debajo de la almohada—. B-buenas noches, Mary.

—Buenas noches, cielo —susurró Mary—. Que duermas bien.

Al cabo de unos cuantos días, la señora Carruthers entró en la cocina en un estado de gran alteración.

El señor está arriba, en el salón. Me ha pedido que le sirva el té. Y está con... —la señora Carruthers hizo una pausa para causar un mayor efecto— una mujer.

En ese instante, todos los sirvientes aguzaron el oído.

—¿Quién es? ¿La conoce? —quiso saber Nancy.

—No, no sé quién es. Puede que me equivoque, pero he visto cómo la miraba el señor y me parece... Bueno —la señora Carruthers se encogió de hombros—, a lo mejor me estoy precipitando, pero tengo la sensación de que quien creíamos que se iba a quedar soltero para siempre está a punto en estos momentos de reconsiderar su situación.

En las semanas siguientes todo indicaba que las sospechas de la señora Carruthers iban a confirmarse, porque Elizabeth Delancey empezó a acudir a la casa con regularidad. Los sirvientes consiguieron poner en común la información que iban recopilando entre todos. Al parecer, la señora Delancey era la viuda de un viejo amigo de Lawrence Lisle, de cuando estudiaba en Eaton. Su marido, un oficial del ejército británico, había perdido la vida en el Somme, igual que Sean.

—¡Esa señora Delancey tiene un genio de agárrate! —dijo la primera doncella soltando un bufido una tarde que regresaba del salón con la bandeja del té—. Me ha dicho que los bollitos estaban malos, y que se lo dijera a la cocinera.

—¿Quién se cree que es para hacer comentarios así?! —exclamó la señora Carruthers—. Ayer me dijo que el espejo del salón estaba manchado, y que me ocupara de que la criada tuviera más cuidado la próxima vez.

—Parece un caballo —añadió Nancy—, ¡con esa cara larguirucha y los párpados caídos!

—Desde luego muy guapa no es —convino la señora Carruthers—, y es casi tan alta como el señor. Pero lo que más me preocupa no es el aspecto, es el carácter. Tiene las posaderas bien pegadas a la silla, y si se queda aquí para siempre, todos tendremos problemas; acordaos de lo que os digo.

—Desde que llegó ella, el señor ya no recibe a Anna en el salón —observó Mary en voz baja—. De hecho, apenas la ha visto durante el último

mes. La pequeña no para de decirme que por qué no pregunta por ella.

—Esa mujer es un témpano, y quiere tener a su hombre para ella solita. Todos sabemos lo que Anna representa para el señor. Ha sido la niña de sus ojos, y a doña Monsergas eso no le gusta ni un pelo. —La señora Carruthers meneó el dedo en señal de reprimenda sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Y si se casa con ella? —preguntó Mary, y ese temor expresaba lo que todos estaban pensando.

—Entonces, todos tendremos problemas —repitió la señora Carruthers con gravedad—. Y no hay vuelta de hoja.

Al cabo de tres meses, el señor Lisle convocó a la servidumbre en el comedor para comunicarles una noticia. Elizabeth Delancey estaba de pie a su lado cuando anunció con orgullo a todo el personal de la casa que iban a casarse en cuanto estuvieran listos los preparativos.

Esa noche, en la cocina se respiraba desánimo. Todos sabían que su cómoda vida estaba a punto de cambiar. Como nueva señora de la casa, a partir del momento de la boda, Elizabeth Delancey se ocuparía de dirigirla. Y los sirvientes tendrían que rendirle cuentas a ella.

—¿T-te cae bien la señora D-Delancey? —preguntó Anna a Mary en voz baja mientras le leía un cuento antes de acostarla.

—Bueno, casi no la conozco, pero estoy segura de que si a ti tío le parece estupenda es porque lo es.

—Me ha dicho que hablaba de una forma muy c-cómica y que estaba... —Anna buscó la palabra en la mente— esmirriada. ¿Q-qué quiere decir «esmirriada», Mary?

—Ah, quiere decir que eres pequeña y delicada, cielo —la tranquilizó Mary mientras la arropaba.

—Me ha dicho que cuando se case con el tío t-tendré que llamarla «tía». —Anna apoyó la cabeza en la almohada; sus enormes ojos negros mostraban una expresión nerviosa—. No se c-convertirá en mi madre, ¿verdad, Mary? Quiero decir que ya sé que tú no eres mi verdadera m-madre, pero para mí es como si lo fueras.

—No, cielo. No te preocupes por eso, ya sabes que yo siempre estaré aquí

para cuidarte. Buenas noches, que descanses. —Mary besó a Anna en la frente con delicadeza.

Acababa de apagar la luz y se disponía a salir de la habitación cuando oyó una voz en la oscuridad.

—¿Mary?

—¿Qué pasa, cielo?

—Me parece que no le c-caigo bien.

—¡No seas tonta! ¿Cómo es posible que tú no le caigas bien a alguien? Deja ya de darle vueltas y cierra los ojos.

La boda se celebró en una iglesia cercana a la casa de los padres de Elisabeth Delancey, en Sussex. Mary acudió para acompañar a Anna, que tuvo que sentarse entre el grueso de los invitados. Las sobrinas de la novia hicieron de damas de honor.

Cadogan House contuvo la respiración durante un mes mientras los recién casados celebraban la luna de miel en el sur de Francia. El día previsto para el regreso, la señora Carruthers ordenó que limpiaran y sacaran lustre a toda la casa, de arriba abajo.

—No quiero que esa mujer me diga que no sé cuidar de su nuevo hogar —dijo entre dientes a sus subordinados.

Mary atavió a Anna con su mejor vestido para dar la bienvenida al tío y a la tía. Tenía una opresión en el pecho, como una especie de desazón.

El señor y la señora Lisle llegaron a la hora del té. Los sirvientes se habían alineado en el recibidor para darles la bienvenida, y aplaudieron sin ganas. La nueva señora de la casa dirigió unas palabras a cada uno de ellos. Anna aguardaba junto a Mary al final de la cola, llena de expectación. Quería mostrarle lo bien que hacía las reverencias. La señora Lisle se limitó a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza y entró en el salón. El señor Lisle la siguió de inmediato.

—Mañana quiere vernos a todos a solas —dijo la señora Carruthers más tarde, enfurruñada—. A ti también, Mary. ¡Que Dios nos ampare!

A la mañana siguiente, uno a uno los miembros del servicio se personaron en el salón para conocer a la nueva señora de la casa. Mary aguardaba su turno en la puerta con nerviosismo.

—Adelante —dijo la voz, y Mary entró—. Buenos días, —dijo Elizabeth Lisle.

—Buenos días, señora Lisle. Permítame que le dé personalmente la enhorabuena por el enlace.

—Gracias. —Los finos labios no esbozaron sonrisa alguna—. Quiero que sepas que, de ahora en adelante, yo me ocuparé de todas las decisiones en relación con la pupila del señor Lisle, el señor está muy atareado en el Foreign Office y no resulta adecuado que se le moleste para los detalles que conciernen a la niña.

—Sí, señora Lisle.

—En adelante, prefiero que me llames señora a secas, Mary. Como señora de la casa, estoy acostumbrada a que me llamen así.

—Sí... señora.

Elizabeth Lisle se dirigió de inmediato al escritorio, sobre el que se encontraban los libros en los que anotaban la contabilidad mensual.

—También me ocuparé de esto —dijo señalando los libros— en lugar de la señora Carruthers. He examinado las cuentas y me parece que hasta ahora se han llevado con cierta laxitud. Pienso poner fin a eso de inmediato. ¿Lo entiendes?

—Sí, señora.

—Por ejemplo... —la señora Lisle se puso sobre la nariz las gafas con montura de carey que llevaba colgadas al cuello con la cadena y leyó del libro — aquí pone que los gastos destinados a Anna ascienden a más de cien chelines al mes. ¿Puedes explicarme qué haces con todo ese dinero?

—Verá, señora, Anna asiste a clases de ballet dos veces por semana, y eso cuesta cuarenta chelines al mes. También tiene una institutriz que le da lecciones todas las mañanas y que cuesta cincuenta chelines al mes. Luego está la ropa y...

—¡Ya está bien! —le espetó la señora Lisle—. Está clarísimo que a esa

niña se le han consentido todos los caprichos, y los gastos de los que me hablas son innecesarios. Más tarde hablaré de ellos con el señor Lisle. La niña tiene ocho años, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Entonces no me parece que necesite asistir a clases de ballet dos veces por semana. —La señora Lisle arqueó las cejas y suspiró para indicar su disconformidad—. Puedes irte, Mary.

—Sí, señora.

—P-pero, Mary, ¿por qué no puedo ir a mis clases de ballet dos veces por semana? ¡Con una no tengo bastante! —Anna tenía la mirada llena de angustia.

—A lo mejor más adelante vuelves a ir dos veces, cielo, pero ahora mismo tu tío no puede pagártelo.

—¡P-pero si acaban de a-ascenderlo! Además, en la cocina todo el mundo habla del gran collar de diamantes que le ha r-regalado a la tía. ¿Cómo es posible que c-compre una cosa así y no p-pueda gastarse d-diez chelines más a la semana? —El nerviosismo empeoraba el tartamudeo de Anna, y la niña estalló en llanto.

—Vamos, vamos, cielo. —Mary la rodeó con los brazos—. Las monjas siempre me decían que debía sentirme agradecida por lo que tenía. Al menos podrás ir una vez.

—¡P-pero no es suficiente! ¡No es suficiente!

—Bueno, pues tendrás que practicar más en casa. Por favor, procura no tomártelo mal.

Sin embargo, a Anna no había quien la consolara, tal como Mary sabía que ocurriría.

Desde que se había casado, Lawrence Lisle estaba muy poco en casa. Cuando lo hacía, Anna se moría de ansia esperando a que la avisara para verla en el salón. A Mary se le partía el corazón al observar la cara de desilusión de la niña cuando no lo hacía.

—Y-ya no me quiere. El tío y-ya no me quiere. Ahora quiere a la tía, y hace todo lo que ella l-le dice.

En la cocina, todo el mundo opinaba igual que Anna.

—Está claro que lo lleva por donde le da la gana —dijo la señora Carruthers con un suspiro—. No creo que salga del señor comportarse de un modo tan cruel —añadió—. Pobre niña. Últimamente casi no habla con Anna; por lo que he visto, ni siquiera la mira.

—Seguro que si lo hiciera, la señora le echaría un buen rapapolvo —opinó Nancy—. Seguro que le tiene tanto miedo como nosotros. Esa mujer nunca está satisfecha, siempre encuentra defectos en todo lo que hago. Empiezo a plantearme que, si la cosa sigue así, acabaré por marcharme. Hoy en día para una mujer no es difícil encontrar trabajo, y se paga bien.

—Yo pienso lo mismo —convino la señora Carruthers—. Mi amiga Elsie me ha dicho que justo al otro lado de la plaza están buscando un ama de llaves. Es posible que me presente.

Mary las escuchaba con añoranza. Sabía que ella nunca tendría la opción de marcharse.

Todo el personal vivía en un estado de tensión constante; sabían que, hicieran lo que hiciesen y por mucho que se esforzaran en su trabajo, nunca lograrían complacer a la nueva señora de la casa, Elizabeth Lisle. La primera doncella se despidió, y luego lo hizo la cocinera. Smith, el mayordomo, decidió que había llegado la hora de jubilarse. Mary hizo todo lo posible para quitarse de en medio y hacer lo propio con Anna, ocupándose de sus tareas con el mayor sigilo e invisibilidad. Sin embargo, con frecuencia recibían la orden de personarse en el salón. Mary no tenía permitido entrar con Anna y aguardaba nerviosa en la puerta hasta que la niña salía, muchas veces con la cara surcada por las lágrimas. Elisabeth Lisle aprovechaba el menor motivo para criticar a Anna. Que si tenía el hablar entrecortado, que si llevaba el lazo del pelo desatado, que si dejaba huellas al subir por la escalera... Anna lo hacía todo mal.

—Me o-odia, me odia —dijo Anna una noche, llorando sobre el hombro de Mary.

—No te odia, cielo, es que ella es así. Con todo el mundo.

—Pues no es una forma de ser muy a-agradable, ¿a que no, Mary?

Mary no pudo contradecirla.

En otoño de 1927, cuando Anna tenía nueve años, Lawrence Lisle partió de forma permanente para ocupar el nuevo puesto de cónsul británico en Bangkok. Elizabeth Lisle tenía previsto reunirse con él al cabo de tres meses.

—Bueno, mirándolo por el lado positivo, al menos solo tendremos que soportarla unas cuantas semanas más —dijo la señora Carruthers—. Con un poco de suerte, tardarán años en volver.

—A lo mejor se muere de una enfermedad tropical y no vuelve nunca —soltó Nancy con desdén.

Lawrence Lisle se mostró cortante y poco cariñoso al despedirse de Anna mientras su esposa, plantada al lado, observaba todos y cada uno de sus movimientos. Luego llegó el turno de que Elisabeth se despidiera de su marido.

Lawrence la abrazó.

—Bueno, querida, nos veremos en Bangkok.

—Sí —dijo ella con un gesto de asentimiento—. Y no te preocupes por la casa. Yo me encargaré de que todo vaya bien en tu ausencia, quédate tranquilo.

Al cabo de dos días, Mary recibió órdenes de personarse en el salón.

—Mary —dijo Elizabeth Lisle esbozando una sonrisa tirante—, te he citado aquí para comunicarte que en esta casa ya no precisamos de tus servicios. Estoy a punto de partir hacia Bangkok para reunirme con mi

marido, y por eso he decidido que Anna ingrese en un internado. El señor Lisle y yo viviremos en Bangkok cinco años por lo menos, y durante ese tiempo la casa permanecerá cerrada. Es un despilfarro seguir empleando al servicio mientras estamos fuera. Sé que Anna y tú habéis pasado nueve años juntas y que esto resultará muy doloroso para ambas. Por eso, a cambio, recibirás la paga de un mes. A finales de esta semana llevaré a Anna a su nueva escuela, y el mismo día te marcharás tú. Mañana le explicaré por qué debe irse, pero, mientras tanto, creo que es mejor que no le digas que tú también te marchas; no quiero que se ponga histérica.

A Mary le zumbaban los oídos.

—Pero... Pero, señora, podré despedirme de ella, ¿verdad? No... soportaría... que crea que la he abandonado. Por favor, señora Lisle... quiero decir, señora —suplicó Mary.

—Anna estará bien. A fin de cuentas, tú no eres su madre verdadera. Y allí estará con chicas de su misma edad y clase social —añadió Elizabeth Lisle a modo de clara indirecta—. Seguro que se acostumbrará.

—¿Qué hará durante las vacaciones?

—Igual que muchos niños huérfanos, o más bien niños cuyos padres residen en el extranjero, las pasará en la escuela.

—¿Quiere decir que la escuela será su nueva casa? —Mary estaba horrorizada.

—Si quieres llamarlo así, sí.

—¿Se me permitirá al menos escribirle?

—Dadas las circunstancias, lo prohíbo. Me parece que recibir tus cartas la entristecería y la desestabilizaría demasiado.

—Entonces... —Mary sabía que no debía llorar—, ¿puede por lo menos decirme adónde la llevará?

—Creo que es mejor que no lo sepas. Así no sentirás la tentación de ponerte en contacto con ella. Ya he preparado todo lo necesario para la escuela. Solo queda que bordes el nombre en las prendas y prepares su equipaje y el tuyo. —Elizabeth Lisle se puso en pie—. Mary, debes comprender que una niña que está a cargo del señor Lisle y de mí no puede pasarse el día entre la servidumbre. Tiene que aprender a comportarse con educación y decoro para llegar a convertirse en una dama.

—Sí, señora. —Mary pronunció las palabras con voz ahogada.

—Puedes irte, Mary.

Mary y se dirigió hacia la puerta y se detuvo.

—¿Qué pasará con las clases de ballet? ¿Enseñan ballet en la nueva escuela? Tiene tanto talento... Todo el mundo lo dice... Y el señor Lisle estaba muy contento de que...

—Soy su esposa, y la tutora de la niña mientras él está fuera —la interrumpió Elizabeth—. Me parece que lo que opine mi marido es cosa mía. Y decidir lo que más le conviene a Anna, también.

Mary sabía que era absurdo decir nada más. Se dio media vuelta y salió a toda prisa.

Los días siguientes transcurrieron en un clima de pesadumbre. Incapaz de decir ni hacer nada que advirtiera a Anna de su propia partida inminente, Mary hizo todo lo posible por consolar a la niña mientras cosía etiquetas con su nombre en el uniforme y preparaba el equipaje que llevaría consigo a la nueva escuela.

—No q-quiero ir a l-la escuela, Mary. No q-quiero separarme de ti ni de los otros sirvientes, ni dejar las clases de b-ballet.

—Ya sé que no quieres, cielo, pero los tíos creen que es lo mejor para ti. Además, harás amiguitas de tu edad.

—¿Para qué las quiero, s-si ya te tengo a ti y a mis amigos de la cocina? Mary, tengo miedo. Por favor, dile a la tía que no me o-obligue a ir. Prometo que no daré problemas —suplicó Anna—. P-por favor, ¡dile que me deje quedarme! —Mary abrazó a la niña mientras esta sollozaba con desconsuelo sobre su hombro—. Le dirás a la princesa que v-volveré en las vacaciones, ¿v-verdad? Dile que en la escuela seguiré practicando mucho y que no la decepcionaré.

—Claro, cielo.

—Y el tiempo p-pasará muy deprisa, ¿verdad? No falta mucho para las vacaciones, y v-volveré aquí c-contigo, ¿verdad?

—Mary tuvo que esforzarse para no llorar al ver cómo la niña trataba de convencerse ante lo inevitable.

—No, cielo, no falta mucho.

—Y tú estarás aquí e-esperándome, ¿verdad, Mary? ¿Qué harás mientras tanto? —Anna arqueó una ceja—. Te a-aburrirás mucho sin mí.

—Bueno, es posible que me tome unas pequeñas vacaciones.

—Pues p-prométeme que estarás aquí cuando vuelva de la escuela.

—Sí, cielo. Te lo prometo.

A las nueve en punto de la mañana en que Anna debía partir, llamaron a la puerta de Mary.

—Pase.

Anna entró ataviada con el nuevo uniforme escolar. Se lo habían comprado con margen suficiente para que no se le quedara pequeño enseguida. Su cuerpo menudo se veía engullido por las prendas y su rostro en forma de corazón estaba blanco y demacrado.

—La tía me ha pedido que s-suba a d-decirte adiós. Dice que no quiere que hagamos una escena a-abajo.

Mary asintió y se acercó a ella, la abrazó y dijo:

—Harás que me sienta orgullosa de ti, ¿verdad, cielo?

—Lo i-intentaré, Mary, pero estoy m-muy asustada. —El tartamudeo de Mary había empeorado de forma progresiva durante la última semana.

—Bueno, dentro de unos cuantos días estarás encantada en la escuela, seguro que sí.

—No, n-no lo estaré; seguro que l-la odiaré. —La voz sonó amortiguada contra el hombro de Mary—. M-me escribirás todos los días, ¿v-verdad?

—Claro que sí. Vamos, es mejor que te vayas —Mary apartó con suavidad a Anna, la miró y sonrió.

Anna asintió.

—Ya lo sé. A-adiós, Mary.

—Adiós, cielo.

Mary observó a Anna darse media vuelta y dirigirse despacio hacia la puerta. Cuando la alcanzó, se detuvo y se volvió de nuevo hacia ella.

—C-cuando las n-niñas me pregunten por mi madre, yo l-les hablaré de ti. ¿Te p-parece bien?

—Oh, Anna. —Mary no pudo mantener la voz libre de emoción por más tiempo—. Si eso es lo que te apetece hacer, estoy convencida de que es una idea magnífica.

—Anna asintió en silencio, con los enormes ojos llenos de dolor.

—Y recuerda —añadió Mary—: algún día serás una gran bailarina. No abandones tu sueño, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Anna sonrió débilmente—. Te prometo que n-no lo abandonaré.

Mary observó desde la ventana cómo Anna entraba en el coche detrás de Elizabeth Lisle, y permaneció quieta y en silencio mientras este se alejaba por la carretera. Al cabo de dos horas, había hecho la maleta y estaba preparada para marcharse. Elizabeth Lisle ya le había abonado la última paga y, gracias a la señora Carruthers, tenía reservada una habitación en una casa de huéspedes de Baron's Court, una población situada a unos cuantos kilómetros de distancia, donde se alojaría hasta que lograra aclarar las ideas y decidir qué hacer.

Incapaz de afrontar más despedidas emotivas, Mary dejó sobre la mesa de la cocina una carta para la señora Carruthers y otra para Nancy. Cogió la maleta, abrió la puerta trasera y partió rumbo a un futuro vacío.

Aurora

A sí... la pobre y bondadosa Mary se queda de patitas en la calle por culpa de la madrastra malvada. Es posible que le haya tocado ser la Cenicienta de mi historia. Huy, perdóname por haber mezclado los cuentos. Y Anna, la pequeña huérfana, privilegiada en riquezas materiales pero carente de amor, tiene que arreglárselas sola en el internado.

Las cartas que Mary dirigió a quien había de ser su suegra, Bridget, y que Grania leía con gran regularidad hasta bien entrada la noche, terminan aquí. En retrospectiva, comprendo que el orgullo no permitiera a Mary seguir escribiendo a los padres de Sean.

Sé que cuando Grania hubo terminado de leer todas las cartas fue a ver a su madre y le suplicó que le contara qué fue de Mary después de aquello. Para que la narración resulte fluida (veo, lector, que lo de escribir se me está dando bien), no te aburriré con los detalles de la visita a la granja ni de las tazas de té con las que Grania se vio obligada a acompañar el resto del relato.

El té formaba una parte muy importante de nuestra vida cotidiana en la granja de Dunworley.

Últimamente, rara vez lo pruebo; me revuelve el estómago. Claro que eso me pasa con casi todo.

Me estoy apartando del tema otra vez. Bueno; en todo cuento de hadas que se precie, la pobre princesa encuentra la dicha al lado de su príncipe.

A mí lo que siempre me ha atraído es saber qué ocurre después del «... y fueron felices y comieron perdices».

Por ejemplo, la princesa Aurora de *La bella durmiente* despierta al cabo de un siglo. ¡Válgame Dios! ¿Te lo imaginas? Tiene, en sentido estricto, ciento dieciséis años. Y su príncipe, dieciocho. En semejantes condiciones,

bien podría considerarse que la diferencia de edad es un obstáculo. Eso sin plantearse lo que debía de suponer, aún en esos tiempos, tener que enfrentarse a un mundo que ha evolucionado cien años.

Personalmente, no apostaría mucho por el éxito de su relación.

Por supuesto, podéis responder que solo se trata de un cuento de hadas. Sin embargo, ¿acaso las tribulaciones a las que tiene que enfrentarse la princesa Aurora cuando despierta en su mundo de ensueño son muy distintas a las que debe arrostrar Mary? Eso si por fin consigue reencontrarse con su príncipe. A fin de cuentas la guerra (sobre todo si es tan cruenta como la que le tocó vivir a Mary) provoca cambios atroces y deja marcas indelebles en el alma.

Bueno, ya lo veremos...

Lo más duro en la nueva vida de Mary era la cantidad de tiempo que dedicaba a pensar. Durante los veintinueve años de su vida, todos y cada uno de los días que recordaba estaban repletos de cosas que debía hacer para los demás. Siempre había tareas, deberes con los que cumplir. Ahora no tenía que estar pendiente más que de si misma. Tenía todo el tiempo para ella, y se le hacía interminable.

También se dio cuenta de que había vivido toda la vida rodeada de gente. Acostumbrada a compartir espacios comunes en todas las casas en las que había habitado, a Mary las horas que pasaba sola en una habitación reducida se le antojaban insoportables. Los recuerdos de aquellos a quienes había perdido (sus padres, su prometido y la pequeña a la que había amado como a su propia hija) la asaltaban mientras pasaba las horas sentada frente a la exigua llama de la estufa de gas. A otras personas tal vez les pareciera fantástico no tener que despertarse porque sonara una campana o llamaran de repente a la puerta, pero para Mary sentir que no la necesitaban era una novedad desagradable.

No tenía problemas de dinero; los quince años sirviendo en las casas de la familia Lisle le habían permitido ahorrar lo suficiente para mantenerse sin dificultad durante los siguientes cinco. De hecho, podría permitirse vivir en condiciones mucho más desahogadas a como lo hacía.

Instintivamente, la mayoría de las tardes Mary acudía a Kensington Gardens y se dedicaba a observar los conocidos rostros de las niñeras que cuidaban de los pequeños a su cargo. Antes no le habían hecho caso y ahora tampoco se lo hacían. No tenía a nadie en quien apoyarse, ni a nadie que pudiera apoyarse en ella. Observaba a la gente que paseaba frente a si en

dirección a alguna otra parte.

En los peores momentos, a Mary le daba por pensar que a nadie en absoluto le importaba si estaba viva o muerta. Era reemplazable e innecesaria, a todo el mundo le resultaba indiferente. Incluso a Anna, la niña a quien había entregado tanto amor. Estaba segura de que se había adaptado y había pasado página. Era lo que ocurría cuando se tenía toda la energía de la juventud.

Para matar el tiempo, Mary pasaba las solitarias horas de la tarde confeccionándose todo un vestuario nuevo. Había comprado una máquina de coser Singer y, bajo la tenue luz de la lamparilla de gas, se sentaba ante la mesita situada junto a la ventana que daba a Colet Gardens. Cuando cosía, conseguía dejar la mente en blanco; y el hecho de crear algo de la nada la reconfortaba. Cada vez que el brazo derecho se le cansaba de dar vueltas a la rueda de la máquina de coser, hacía una pausa y contemplaba la vida que tenía lugar en el exterior. Muchas veces veía a un hombre apoyado en una farola situada justo enfrente. Parecía joven, tanto como ella misma, y pasaba allí horas enteras, con la mirada fija en la distancia.

Mary empezó a esperar que apareciera. Solía hacerlo alrededor de las seis de la tarde, y lo miraba mientras él se apostaba junto a la farola, ajeno al hecho de que alguien lo estaba observando. Alguna que otra vez rompía el alba antes de que se marchara.

Su presencia reconfortaba a Mary. Parecía tan solitario como ella.

—Pobre hombre —susurraba para sí mientras tostaba un panecillo de levadura en el hornillo de gas—. Está mal de la chaveta, el muy desgraciado.

Los días se iban haciendo más cortos a medida que se acercaba el invierno, y sin embargo el joven seguía acudiendo al mismo lugar junto a la farola. Mary se ataviaba con más capas de las cálidas prendas que había confeccionado, pero el hombre no parecía prestar ninguna atención al descenso de la temperatura.

Una noche de noviembre, Mary llegó a casa tarde tras haber ido a tomar el té con Nancy y pasó junto a él. Se detuvo, se dio media vuelta y lo examinó. Era un hombre alto, de rasgos delicados: nariz afilada, una barbilla que denotaba orgullo y la tez pálida a la luz de la farola. Estaba tan delgado que rayaba el raquitismo, pero Mary era consciente de que con unos cuantos

kilos más resultaría un tipo atractivo. Siguió caminando hasta la escalera de la entrada y dio la vuelta a la llave para abrir la puerta. Entró y se dirigió de inmediato a la ventana, preguntándose cuánto rato aguantaría el hombre sin moverse con aquel frío glacial. Estaba temblando, así que encendió la estufa de gas y se ciñó con fuerza el chal alrededor de los hombros; entonces se le ocurrió una idea.

Al cabo de una semana, bajó la escalera de la casa de huéspedes y se dirigió al joven apostado en el lugar habitual.

—Tenga, coja esto. Le mantendrá abrigado mientras sostiene la farola. — Mary le tendió el paquete que llevaba sobre los brazos y aguardó la respuesta. El joven estuvo mucho rato sin hacer caso de ella ni de lo que le ofrecía. Cuando estaba a punto de darse media vuelta, tras percatarse de que, obviamente, el hombre no tenía remedio, él inclinó la cabeza en su dirección, miró lo que sostenía y le ofreció una débil sonrisa.

—Es un abrigo, de lana. Es para que se abrigue mientras está aquí — explicó ella.

—¿P-p-para mí? —Daba la impresión de que no estaba acostumbrado a hablar, pues la voz sonaba ronca y forzada.

—Sí —repitió ella—. Vivo ahí —Mary señaló la habitación iluminada situada sobre ellos—, y le he estado observando. No quiero que muera de una neumonía en la puerta de mi casa —añadió—, y le he hecho esto.

El hombre miró el paquete, y luego a Mary, anonadado.

—¿L-lo ha hecho usted, p-para mí?

—Sí. ¿Qué, lo coge? Se lo agradecería, porque pesa mucho.

—P-pero... no tengo d-dinero. No puedo pagarle.

—Es un regalo. Me resulta molesto verle aquí temblando de frío mientras yo estoy ahí dentro calentita. Considere que me está haciendo un favor. Tenga —lo instó.

—Es... Es muy a-amable por su parte, señorita...

—Mary. Me llamo Mary.

El hombre cogió el abrigo y, con las manos temblorosas, se lo probó.

—¡Me v-va perfecto! ¿C-cómo ha...?

—Bueno, lo he tenido aquí delante todos los días mientras lo confeccionaba.

—Es... el m-mejor regalo que m-me han hecho n-nunca.

Mary notó que, aparte de tartamudear, el hombre hablaba con un acento apocopado, igual que Lawrence Lisle.

—Por lo menos ahora puedo dormir más tranquila sabiendo que va abrigado. Buenas noches, señor.

—B-buenas noches, M-Mary. Y... —la expresión de los ojos del hombre denotaba tal gratitud que Mary notó que los suyos se le arrasaban en lágrimas — gracias.

—De nada —respondió ella, y se apresuró a subir la escalera de la puerta de entrada.

Unas cuantas semanas después, justo cuando Mary estaba a punto de decidir que la única forma posible de escapar de la soledad era regresar a Irlanda y llevar una vida de solterona al lado de la familia de Sean, se encontró con Nancy para tomar el té en Piccadilly.

—¡Oye! ¡Qué elegante! —exclamó Nancy después de pedir que les sirvieran té y tostadas con mantequilla—. ¿De dónde has sacado el abrigo nuevo? Lo he visto en las revistas, pero cuesta una auténtica fortuna. ¿Has recibido una herencia o qué?

—Yo también lo vi en una revista, y lo copié de la foto.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—¡Sabía que tenías facilidad con la aguja, pero esto está muy bien hecho! —exclamó Nancy, admirada—. ¿Harás uno para mí?

—Claro, si me dices de qué color lo quieres.

—¿Qué tal rojo escarlata? ¿Crees que me sentaría bien? —Se dio unas palmaditas en los rizos rubios.

—Me parece que sí —convino Mary—. Pero piensa que tendré que cobrarte lo que cueste la tela.

—Por supuesto. Y el tiempo que emplees. ¿Cuánto me costará?

Mary se quedó pensativa.

—Bueno, diría que la tela costará unos diez chelines, y unos cuantos más por la confección...

—¡Hecho! —Nancy juntó las manos con una palmada—. El jueves voy a salir con Sam, y me parece que va a proponerme matrimonio. ¿Estará terminado para entonces?

—Una semana... —Mary reflexionó—. No veo por qué no.

—Oh, Mary, ¡gracias! Eres una artista, de verdad que lo eres.

El «abrigo rojo», nombre con el que Mary lo recordaría siempre marcó un punto y aparte en su vida. Nancy lo mostró a sus amigas, y muy pronto se agolparon a la puerta de Mary para pedirle con vehemencia que también les confeccionara uno. Incluso Sheila, la chica que vivía en el edificio contiguo y que trabajaba en unos elegantes almacenes cerca de Piccadilly, había alabado el abrigo de Mary al verla por la calle y le había pedido que le hiciera uno. Una tarde Sheila fue a ver a Mary para una prueba, y más tarde se tomaron un té juntas y charlaron un rato.

—Deberías hacerte modista, Mary. Tienes verdadera habilidad.

—Gracias, pero ¿crees que está bien convertir algo que te gusta en tu profesión?

—¡Claro que sí! Tengo muchas amigas que estarían encantadas de pagarte para que les confeccionaras los últimos modelos. Todas sabemos lo que cuestan en las tiendas.

—Sí. —Mary estaba asomada a la ventana, mirando al joven apostado junto a la farola, bien abrigado con la prenda de lana—. ¿Sabes quién es ese hombre?

Sheila se acercó a la ventana y se asomó.

—Mi casero me ha contado que su novia vivía aquí antes de la guerra; estaba formándose en el hospital de Saint Thomas para ser enfermera. Un caballo desbocado se la llevó por delante en el Somme y murió. Él regresó con una neurosis de guerra, pobrecillo. —Sheila suspiró—. Creo que si tuviera que elegir entre los dos, preferiría ser ella. Al menos ya no sufre. En cambio él tiene que revivir el horror día tras día.

—¿Tiene casa?

—Al parecer es de familia acomodada. Vive con su madrina aquí mismo, en Kensington. Ella lo acogió cuando sus padres se negaron a hacerlo. Pobre hombre, ¿qué clase de futuro le espera?

—La verdad es que no lo sé —dijo Mary con un suspiro, se sentía culpable y egoísta por haber estado lamentándose de su suerte durante las semanas anteriores—. Está claro que venir aquí le reconforta de un modo u otro. Y en esta vida todos deberíamos hacer aquello que nos reconforta.

Mary llevaba casi tres meses y medio viviendo en Colet Gardens. Ahora pasaba los días pendiente de las clientas, confeccionando los abrigos, blusas, faldas y vestidos que le encargaban. Se estaba planteando emplear a una aprendiz, y trasladarse a un espacio donde dispusiera de más habitaciones para poder dedicar una a su trabajo. Aunque estaba ocupada y tenía menos tiempo para pensar, muchas veces se moría de ganas de empezar una carta para su querida Anna. Quería decirle que la habían obligado a abandonarla, que era lo que más quería en el mundo y que pensaba en ella todos los días. Pero sabía que, por el bien de Anna, era mejor guardar silencio.

Para Mary el tiempo ya no era un bien inútil que se le escapaba de entre las manos; sin embargo, su corazón, al carecer de alguien en quien depositar su amor, estaba adormecido y encerrado en sí mismo. Con todo, siempre que corría el riesgo de caer en la autocompasión, todo cuanto tenía que hacer era asomarse a la ventana y mirar al pobre hombre apostado junto a la farola.

Se acercaba la Navidad y las clientas querían disponer de las prendas lo antes posible, así que Mary no tenía tiempo de plantearse lo bonito que sería poder festejarla con Anna. Nancy la había invitado a pasarla con ella en Cadogan House.

—Será la última en la casa para todos —dijo Nancy—. Nos han avisado de que debemos marcharnos dentro de un mes, en enero, cuando cierren la casa. Estoy segura de que esa becerria cogotuda nos habría puesto de patitas en la calle antes de Navidad de haber podido, pero por suerte todavía quedan cosas que hacer.

—¿Se ha ido ya a Bangkok? —preguntó Mary.

—Sí, se marchó el mes pasado. ¡Dimos una fiesta en la cocina para

celebrarlo! Sam y yo hemos conseguido un buen trabajo como ama de llaves y mayordomo en Belgravia. El día que salga por la puerta de esa cocina, no pienso mirar atrás. Solo lo siento por esa pobre niña. Esperaba poder regresar a casa por Navidad. Me sorprende que existan mujeres tan crueles, ¿a ti no, Mary? Y que haya hombres que estén tan ciegos para dejarse manejar por ellas —añadió Nancy.

Mary pasó en vela la noche antes del día de Nochebuena para asegurarse de que todas las clientas dispusieran a tiempo de sus prendas. A las cuatro de la tarde, cuando todo el mundo hubo recogido su encargo, estaba exhausta y se dejó caer en el sillón situado junto a la chimenea. La despertaron unos suaves golpecitos en la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Sheila, la vecina. Tienes visita.

Mary se levantó del sillón y fue a abrir la puerta. Sus ojos no daban crédito cuando vio a la persona de rostro pálido y angustiado que acompañaba a Sheila.

—¡Mary! —Anna se arrojó sobre ella y la abrazó tan fuerte que apenas podía respirar.

—¡Jesús, María y José! Anna, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Así, ¿la conoces? —Sheila sonreía—. La he encontrado sentada en el escalón de la puerta, parecía una niña abandonada.

—Pues sí, claro que la conozco. Es mi Anna, ¿verdad, cielo? —A Mary se le arrasaron los ojos en lágrimas al contemplar el adorado rostro de Anna.

—Bueno, os dejo solas. Me parece que ya tienes tu regalo de Navidad, Mary.

—Ya lo creo.

Mary sonrió. Luego cerró la puerta y acompañó a Anna hasta el sillón para que tomara asiento.

—Bueno, explícame qué estás haciendo aquí exactamente. Creía que estabas en la escuela.

—S-sí, estaba en la escuela. Pero... —Anna mostró una expresión

decidida— me he escapado y n-no pienso volver, n-nunca más.

—Vamos, Anna, cielo, no digas tonterías. Seguro que no hablas en serio.

—S-sí, sí que hablo e-en serio. Y si me obligas a volver, m-me escaparé otra vez. L-la directora es odiosa, ¡y las n-niñas también son odiosas! Me obligan a jugar a un deporte que se llama *lacrosse*, tengo que c-correr y luego m-me duelen las rodillas. ¡Eso es lo más odioso d-de todo! ¡Oh, Mary! — Anna hundió la cabeza entre sus manos—. Lo he p-pasado fatal. Solo estaba e-esperando que llegaran las vacaciones de Navidad para volver a C-Cadogan House y verte a ti y a todos los demás, y entonces la directora me hizo ir a su despacho y m-me dijo que no iba a volver a casa, que la tía se había marchado a B-Bangkok con el tío y que iban a c-cerrarla. Por favor, Mary, por favor, no me obligues a v-volver a ese sitio tan horrible; p-por favor.

Entonces Anna no pudo contenerse más y estalló en lágrimas.

Mary la sentó sobre sus rodillas y la niña se apoyó en su pecho y se desahogó contándole horribles historias de soledad, abandono y tristeza.

Cuando se hubo serenado, Mary le habló con dulzura.

—Anna, tenemos que explicarle lo antes posible a la directora que estás bien. No me extrañaría nada que a estas horas tuviera a la policía de medio país buscándote.

—Me he e-escapado esta mañana —dijo Anna con un mohín—, y la señora G-Grix, la directora, se ha ido a J-Jersey a pasar la Navidad con su hermana. Me ha dejado con la enfermera, que bebe mucha g-ginebra y siempre ve dos Annas, así que ahora verá una.

Mary no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de Anna.

—Bueno, en ese caso avisaremos a la enfermera. No queremos que nadie se preocupe, ¿verdad? Por muy mal que nos sintamos, no está bien hacer eso, Anna.

—De acuerdo, la llamamos si me p-prometes que no le dirás dónde estoy. Podrían v-venir a buscarme, y no p-pienso volver. Antes prefiero morirme.

Mary era consciente de que la niña estaba agotada y esa noche le resultaría imposible hacerla entrar en razón.

—Solo le diré que te has presentado en Cadogan House sana y salva y que después de Navidad me pondré en contacto con ella. ¿Qué opinas?

Eso pareció tranquilizar a Anna, que asintió, aunque poco convencida.

—Bueno, me parece que te sentaría bien darte un baño. No será como los de Cadogan House, pero por lo menos estarás limpia, cielo.

Mary acompañó a Anna hasta el cuarto de baño comunitario situado al final del pasillo y llenó la bañera. Mientras frotaba a la niña, le preguntó cómo se las había arreglado para llegar a Londres y encontrarla en Colet Gardens.

—Ha sido muy fácil —respondió Anna—. Sabía dónde estaba la estación porque habíamos venido un día de excursión a Londres para ver la catedral de San Pablo. Me escapé de la escuela y fui andando hasta allí. Luego me subí al tren, y me dejó en una estación muy grande que se llama Waterloo. Cogí un autobús hasta Sloane Square y luego caminé hasta Cadogan House. Entonces la señora Carruthers pidió un taxi para que me trajera aquí.

—Pero, Anna, sabías que la casa estaba cerrada. ¿Qué habrías hecho si no hubiera habido nadie para recibirte? —Mary ayudó a Anna a salir de la bañera y la envolvió con una toalla.

—No se me había ocurrido pensar —confesó Anna—, sabía que el pestillo de la ventana de la cocina estaba roto, así que habría podido abrirla y entrar sin problema. Pero la señora Carruthers estaba allí y me dijo dónde vivías.

Mary contempló a Anna admirada, a pesar de la angustia que le producía su arriesgada aventura. La pequeña a quien había dejado cuatro meses atrás había crecido. Y había demostrado poseer iniciativa y valentía. Mary no sabía que tuviera esas cualidades.

—Bueno —dijo Mary mientras guiaba a Anna por el pasillo hasta su habitación—. Te acompañaré a la cama y luego bajaré a preguntar si puedo usar el teléfono del dueño de la pensión. Llamaré a Cadogan House y hablaré con la señora Carruthers para pedirle que telefonee de inmediato a la enfermera de la escuela y le diga que estás sana y salva. —Mary observó la expresión de preocupación de Anna—. Y no, no le diremos que estás conmigo. Además, mañana es Navidad e iremos allí a comer —dijo Mary, tranquilizándose a sí misma tanto como a la niña.

El semblante de Anna se animó bastante.

—¿En serio? ¡Qué bien! Echo mucho de menos a todo el mundo.

Mary observó a Anna mientras acomodaba la cabeza en la almohada y los ojos empezaban a cerrársele.

—Duerme, cielo. Cuando nos despertemos será Navidad.

En Cadogan House, los sirvientes habían estado preparando a toda prisa pequeños regalos para Anna. Al día siguiente, cuando llegaron, los seis miembros del servicio que todavía trabajaban en la casa saludaron a Anna con cariño y emoción. La señora Carruthers, tal como siempre solía hacer por Navidad, preparó la comida para todos. Después de que Anna abriera todos los regalos, se sentaron en la cocina y disfrutaron del ganso con la guarnición tradicional. Al final de la comida, Nancy se puso en pie y mostró con orgullo la brillante piedra preciosa que lucía en el dedo anular de la mano izquierda.

—Me gustaría anunciaros que Sam y yo... Bueno, hemos decidido casarnos.

La noticia merecía un brindis, y Sam bajó a la bodega en busca de una botella de oporto con la que celebrarlo.

Después de que todos y cada uno de los comensales ayudaran a recoger la cocina, Nancy, con los ojos centelleantes, propuso que subieran al salón y jugaran a las adivinanzas.

—¡Oh, s-sí! —exclamó Anna dando palmadas—. Me encantan las adivinanzas. ¡Vamos!

—¿De verdad le parece buena idea que nos dediquemos a divertirnos en el salón de los señores? —preguntó Mary a la señora Carruthers mientras subían la escalera que conducía a la planta baja.

—¿Quién nos lo va a impedir? —repuso ella con un resoplido, un poco achispada por la ginebra y el oporto—. Además, la señorita de la casa está con nosotros, y ella nos ha invitado, ¿verdad, Anna?

A las ocho en punto, después de haber estado jugando a las adivinanzas a voz en grito, todos bajaron a la cocina exhaustos y satisfechos.

La señora Carruthers se volvió hacia Mary.

—¿Anna y tú os quedaréis a pasar la noche aquí?

—Pues no había pensado en eso —respondió Mary con sinceridad.

—Bueno, ¿por qué no la llevas a su habitación y luego bajas a charlar conmigo un rato? Prepararé una buena taza de té.

Mary estuvo de acuerdo y acompañó a la cansada Anna a la planta superior para acostarla en su antiguo dormitorio.

—¡Qué día tan bonito! ¡Ha sido una de las m-mejores Navidades de mi vida! —dijo Anna con un suspiro de placer mientras Mary la arropaba.

—Me alegro de oírlo, cielo. La verdad es que yo tampoco me lo esperaba así. Buenas noches, que duermas bien.

—Buenas noches, Mary. ¿Mary?

—Dime, cielo.

—Tú, y Nancy, y Sam, y la señora Carruthers... sois mi f-familia, ¿verdad?

—Me gustaría creer que sí, cielo, me gustaría creer que sí —respondió Mary en voz baja mientras salía de la habitación.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer con la jovencita que tenemos arriba? —preguntó la señora Carruthers a Mary cuando esta se sentó a la mesa de la cocina y dio un sorbo de té.

—La verdad es que no lo sé —respondió Mary.

—Está claro que lo que deberíamos hacer es enviar un telegrama al señor y la señora Lisle, y explicarles que Anna se ha presentado aquí.

—Sí, eso sería lo correcto —convino Mary—. Pero, verá, la cuestión es que le he prometido a Anna que no tendría que regresar nunca más a la escuela. Me preocupa que si la llevamos allí a la fuerza, vuelva a escaparse.

—Tienes razón —admitió la señora Carruthers—. Tienes razón. A lo mejor podemos hablar con el señor y explicarle lo infeliz que se siente Anna en la escuela, a ver qué idea nos da.

—¿Y cómo conseguiremos evitar que la señora se interponga? —Mary alzó los ojos al techo.

—Solo podemos esperar tener suerte y conseguir hablar con el señor.

¿Puedes enviarle un telegrama directamente?

—Aunque la señora Lisle no lo intercepte, él se lo comentará. Y ella ordenará que Anna regrese a la escuela lo antes posible.

—En ese caso, no sé cuál es la solución —dijo la señora Carruthers con un suspiro—. Finalmente, a la pobre niña la han acabado abandonando todos los que habían prometido protegerla. Y no me siento con fuerzas para ver qué ocurre de nuevo.

—Ya lo sé. Yo tampoco soy capaz de abandonarla. —Mary dio otro sorbo de té y respiró hondo—. Me ha contado que los niños se ríen de ella y que todos los profesores hacen la vista gorda. Dice que, desde que todos saben que es huérfana, no paran de burlarse de su tartamudeo. ¿Qué puedo hacer para ayudarla? —imploró Mary.

—Esta noche no se me ocurre nada, querida; de verdad que no. Pero yo también le tengo cariño a Anna y lo último que quiero es verla sufrir, pobrecilla. Te diré lo que podemos hacer: vámonos a dormir y mañana pensémoslo todos juntos para ver qué se nos ocurre.

—Sabe que haría cualquier cosa para protegerla, ¿verdad? —dijo Mary.

—Sí, Mary —respondió la señora Carruthers—. Lo sé.

Esa noche, Mary no consiguió conciliar el sueño. Se dedicó a pasearse por la habitación, tratando de decidir qué medidas podía tomar para proteger a Anna. Deseaba con todas sus fuerzas evitarle aquello, pero la niña, a pesar de lo que el instinto y las emociones le decían, no era suya y no podía llevársela.

¿O sí?

A las seis de la mañana del día siguiente, Mary estaba en la cocina. La señora Carruthers se reunió con ella entre bostezos. Prepararon té y volvieron a sentarse a la mesa.

—He estado pensando...

—Me imaginaba que lo harías, Mary. Yo también, pero no se me ha ocurrido gran cosa que digamos.

—Bueno, puede que a mí, pero tengo que preguntarle sobre algunos detalles...

Cuarenta minutos más tarde, tomaban la tercera taza de té.

La señora Carruthers, con las manos sudorosas a causa de los nervios, suspiró.

—Comprendo lo que me propones, Mary, pero supongo que sabes que la cosa va para largo, ¿verdad, muchacha? Y estarías cometiendo un delito, eso seguro. Si sale mal, puedes acabar entre rejas.

—Ya lo sé, señora C, pero es lo único que se me ocurre para proteger a Anna. Y confío en que usted nunca dirá ni una palabra de esto.

—Sabes que puedes contar conmigo, querida. Le tengo tanto cariño como tú a esa preciosidad.

—Una pregunta más: la primera vez que el señor trajo a Anna a la casa, ¿mencionó en algún momento su partida de nacimiento?

—No, nunca dijo nada sobre eso —confirmó la señora Carruthers.

—¿Hay algo, cualquier cosa, que indicara quién era el bebé y de dónde procedía?

—Bueno, ¿recuerdas que en aquel momento te dije que el señor Lisle había traído una pequeña maleta? Dijo que era de la madre de la pequeña y que debía guardarla hasta que la mujer acudiera a recoger a la niña.

—¿Dónde está?

—Sigue en el desván, supongo. La madre no ha aparecido nunca por aquí, ¿verdad? —La señora Carruthers se encogió de hombros.

—¿Cree que haría mal si subo a ver si todavía está allí? —preguntó Mary.

—Bueno, si eso te da alguna pista sobre la procedencia de Anna, no veo que tenga nada de malo. ¿Quieres que le pida a Sam que suba al desván y mire si la encuentra?

—Si a usted le parece bien, sí, señora C. Mientras tanto, tal como hemos hablado, necesito que busque algo que me muestre la caligrafía y la firma de Elizabeth Lisle. Y también me hará falta una hoja de papel timbrado donde escribir la carta.

—Todo esto va en serio, ¿verdad, Mary? Lo tienes más claro que yo —dijo la señora Carruthers con un suspiro—. Iré a buscar el preciado libro de contabilidad de la señora Lisle, el que me quitó para anotar las cosas ella misma porque decía que yo no lo hacía con suficiente rigor.

Por la tarde, Mary regresó con Anna a la casa donde se hospedaba. Cuando la niña se hubo quedado dormida, Mary se sentó frente al escritorio y

escribió borradores de la carta para adquirir práctica. Dio gracias a Dios por haber pasado tantas horas de su infancia copiando pasajes de la Biblia para perfeccionar la caligrafía y la ortografía. Mary también había reparado en que, según el libro de cuentas, el pago correspondiente al siguiente trimestre escolar se había efectuado justo antes de que la señora Lisle partiera hacia Bangkok.

Cuando se sintió lo bastante segura, cogió la pluma que la señora Carruthers había tomado del escritorio de Elizabeth Lisle y empezó a escribir.

Al cabo de tres días, después de pasar las vacaciones con su hermana en Jersey, Doreen Grix, la directora de la escuela de Anna, se sentó y echó un vistazo al correo.

*Cadogan House
Cadogan Place
Londres, SW1*

26 de diciembre de 1928

Querida señora Grix:

Por desgracia, mi viaje a Bangkok se ha retrasado hasta después de Navidad a causa del fallecimiento de un familiar. Y cuál ha sido mi sorpresa cuando mi pupila, Anna, se ha presentado en la puerta de casa. Es obvio que la niña ha sufrido mucho al estar separada de mi marido y de mí, así que hemos decidido que me acompañe a Bangkok y se eduque allí. Comprendo que, de todos modos, tendremos que satisfacer la siguiente cuota; de hecho, como la suma ya se ha pagado, considero que podemos dar el tema por zanjado. Por favor, envíeme todo el correo a mi dirección de Londres, a la atención de la señora J. Carruthers, el ama de llaves; ella me lo hará llegar a Bangkok.

Atentamente,

ELIZABETH LISLE

Doreen Grix no lamentó la pérdida de la niña. Anna Lisle había resultado ser una pequeña muy extraña que no se había adaptado a la escuela. Y encima tenían que encargarse de ella durante las vacaciones.

La directora guardó la carta en el cajón del escritorio y, efectivamente,

dio el tema por zanjado.

Unos cuantos días después, cuando todos los sirvientes marcharon de la casa para ocupar sus nuevos puestos de trabajo, a excepción de la señora Carruthers, Mary dejó a Anna con Sheila y regresó a Cadogan House. Le había explicado a la niña que iba a viajar hasta Kent para visitar a la directora de la escuela y explicarle que no iba a volver allí.

Mary encontró a la señora Carruthers en la planta superior, haciendo fardos con la ropa de cama.

—He venido a despedirme —dijo.

La señora Carruthers se enjugó el sudor de la frente y se incorporó.

—Así, ¿has decidido seguir adelante?

Mary asintió.

—Sí, no veo que tenga ninguna otra opción.

—No... Pero debes ser consciente de los riesgos que corres. ¿Sabe Anna que jamás podrá regresar a Cadogan House?

—No, no lo sabe. —Mary, nerviosa, exhaló un suspiro—. ¿Cree que hago mal?

—Mary, en esta vida a veces tenemos que dejarnos guiar por el corazón. Y... todo cuanto puedo decirte es que ojalá de joven yo también lo hubiera hecho. —La señora Carruthers miró por la ventana con el semblante demudado por el repentino dolor que le provocaban los recuerdos—. En una ocasión hubo un caballero a mi lado, ¿sabes?, y también tuve un bebé. El caballero se esfumó y tuve que ponerme a trabajar, así que di al bebé en adopción. Todavía no hay día que no me arrepienta de la decisión que tomé.

—Oh, señora C, lo siento mucho, no tenía ni idea...

—No, claro; no podías saberlo porque nunca te lo había contado —respondió ella al momento—. Me he dado cuenta de que el amor que sientes por Anna es el de una auténtica madre. Y, en mi opinión, lo que estás haciendo es por su bien, lo cual no significa que también vaya a beneficiarte a ti. Si te descubren...

Mary asintió con estoicismo.

—Ya lo sé.

—Sabes que yo no te delataré nunca, ¿verdad, querida?

—Sí, lo sé.

—Pero debes comprender que cuando lleves a cabo tus planes no podremos volver a vernos. Podrían considerarme cómplice del robo de una niña, y no estoy dispuesta a pasar los últimos años de mi vida entre rejas.

—Claro —respondió Mary—. Lo comprendo. Muchas gracias. —Mary dio un espontáneo abrazo a la señora Carruthers.

—No me des más las gracias porque acabaré llorando; acabaré llorando. Lo mejor que puedes hacer es marcharte ahora mismo.

—Sí.

—Buena suerte —gritó la señora Carruthers cuando Mary llegó a la puerta.

Mary asintió y salió de la casa mientras se preguntaba por qué toda su vida estaba salpicada de dolorosos y definitivos adioses.

La señora Carruthers regresó dentro para servirse un té recién hecho, y entonces reparó en la pequeña maleta de cuero que había en el recibidor, junto a la puerta trasera. Salió enseguida, pero el camino de las caballerizas estaba desierto y no vio rastro de Mary.

—Bueno, demasiado tarde —se dijo. Recogió la maleta y se dispuso a guardarla de nuevo en el desván.

Mary llegó a la estación de Tunbridge Wells al cabo de dos horas. Se apeó del tren y pidió indicaciones para dirigirse a la oficina de correos más cercana. Recorrió a pie la corta distancia hasta allí, entró y aguardó con paciencia en la cola mientras trataba de controlar los fuertes latidos de su corazón. Cuando le llegó el turno, se acercó al mostrador y habló a la joven apostada detrás con su mejor acento inglés.

—Deseo enviar un telegrama a Bangkok. Esta es la dirección, y aquí tiene el mensaje.

—Muy bien, señorita —respondió la joven, echando un vistazo a la tabla de precios—. A Bangkok son seis chelines y seis peniques.

—Gracias. —Mary reunió el dinero necesario y lo depositó sobre el mostrador—. ¿Puede decirme cuándo llegará?

—Esta noche como muy tarde. Siempre enviamos los telegramas al final de la jornada.

—¿Y cuándo es posible que obtenga la respuesta?

La joven la miró con extrañeza.

—Cuando el destinatario guste de enviarla. Venga mañana por la tarde, es posible que para entonces hayamos recibido algo.

Mary asintió.

—Gracias.

Pasó la noche en una pequeña pensión del centro de la ciudad. Ni siquiera salió del dormitorio para cenar, en parte porque no tenía apetito pero también porque era muy importante no dejarse ver mucho por allí. Fueron unas horas interminables que Mary ocupó en sopesar lo que había hecho y en preguntarse si tenía la cabeza en su sitio.

Sobre el papel, había cortado de raíz la vida de la niña a la que tanto amaba. O, por lo menos, las opciones de que la viviera bajo la protección de una familia adinerada.

Sin embargo, el instinto le decía que Anna tenía escasas posibilidades de recibir muestras de cariño tanto del tutor que había prometido protegerla como de la mujer que se había casado con él y que tenía celos de la niña. Además, faltaban cinco años para que regresaran. Cinco años durante los que, si ella no tomaba partido, Anna pasaría el resto de su infancia sola y abandonada en un lugar que detestaba. Y costara lo que costase, fuera lo que fuese lo que tuviera que sacrificar si la descubrían, merecía la pena correr el riesgo. De hecho, a la mañana siguiente, mientras iba camino de la oficina de correos con el corazón aporreándole el pecho, pensó que el éxito del plan se basaba por completo en su convencimiento de que la repentina pérdida de Anna supondría para los Lisle un alivio más que una desgracia.

Elizabeth Lisle entró en el despacho de su marido con el telegrama en la mano. Antes de hacerlo, se aseguró de mostrar una expresión apropiada de sorpresa y pesadumbre.

—Querido... —se acercó a él—, me temo que hemos recibido muy malas noticias.

Lawrence Lisle, agotado tras tener que soportar una noche más el implacable calor de Bangkok, cogió el telegrama que Elizabeth le tendía. Lo leyó en silencio y hundió la cabeza en las manos.

—Ya lo sé, querido, ya lo sé. —Elizabeth le posó la mano en el hombro para reconfortarlo—. Es una tragedia horrible.

—Mi Anna... Mi pobre pequeña... —La pena y la culpabilidad lo asaltaron y arrasaron sus ojos en lágrimas—. Tengo que regresar de inmediato, por supuesto. Los preparativos para el funeral...

Elizabeth lo abrazó en silencio mientras lloraba.

—Le he fallado, Elizabeth. Le prometí a su madre que cuidaría de ella. Hice mal dejándola en Inglaterra, tendría que haber venido con nosotros.

—Querido, yo siempre he tenido claro que la niña estaba delicada de salud. Se la veía tan pálida y delgada, y con ese horrible defecto en el habla. Verdaderamente, es una pena que en la escuela hayan sufrido una epidemia de gripe, y que no haya tenido la fortaleza suficiente para superarla. Pero con lo débil que era, es muy probable que, de haberla traído aquí, hubiera contraído alguna enfermedad tropical.

—Pero al menos habría estado con las personas que la querían, no sola en una escuela en el quinto pino —se quejó Lawrence.

—Lawrence, te aseguro que no te habría propuesto traspasar la tutela de Anna a ningún centro que no creyera que iba a ofrecerle la mejor atención posible —lo reprendió Elizabeth—. Como dice el telegrama, la directora le tenía mucho cariño a Anna.

—Discúlpame, querida —se apresuró a decir Lawrence—. Ni estaba insinuando que la culpa fuera tuya. En absoluto. —Negó con la cabeza—. El culpable soy yo. Y ahora Anna está muerta... No sé si seré capaz de superarlo. Tengo que partir a Inglaterra lo antes posible. Lo mínimo que puedo hacer es organizar el funeral y asistir a él. Estar con ella en el momento de su muerte, ya que le fallé en vida.

—En serio, querido, no deberías torturarte. Has hecho por ella lo que muchos otros no habrían hecho. La apartaste de la desgracia, le diste un hogar, amor y atención, y la trataste como a tu propia hija durante diez años. —Elizabeth se arrodilló junto al sillón y tomó las manos de Lawrence entre las suyas—. Lawrence, debes saber que es imposible que asistas al funeral de

Anna. Hay cosas que no pueden aguardar las seis semanas que tardarías en llegar a Inglaterra. Anna merece recibir cristiana sepultura lo antes posible y descansar en paz. La directora se ha ofrecido a arreglarlo todo en nuestro lugar. Y, por el bien de Anna, debemos aceptar su ayuda.

Lawrence terminó por asentir.

—Sí, claro, tienes razón —convino con tristeza.

—Me encargaré de enviar un telegrama en tu nombre —dijo Elisabeth con amabilidad—. A lo mejor, si tienes alguna idea sobre donde deberían enterrar a Anna, podría decírselo a la directora. Ella habla de una iglesia local que le parece apropiada. A menos que tengas alguna otra sugerencia.

Lawrence miró por la ventana del consulado y suspiró.

—Ni siquiera sé qué fe profesaba. En aquel momento, no se me ocurrió preguntarlo. Hay tantas cosas que debería haber preguntado... De acuerdo; lo que propone la directora me parece bien —dijo finalmente, aturdido.

—Entonces le responderé enseguida dándole las gracias por su amabilidad y pidiéndole que lleve a cabo los trámites oportunos.

—Gracias, querida.

—Ah, Lawrence, hay una cosa que debo decirte. —Elizabth hizo una pausa mientras tomaba una decisión para sus adentros—. Pensaba esperar un poco más, pero dadas las circunstancias es posible que sirva de ayuda. —Se puso en pie—. Querido, dentro de siete meses tendremos un niño nuestro.

Lawrence se quedó mirando a su esposa mientras se esforzaba por apartar la tristeza y mostrar alegría en su lugar. Deseaba muchísimo tener un hijo.

—Bueno, ¡es una noticia estupenda! ¿Estás segura?

—Sí.

Él se puso en pie y la rodeó con los brazos.

—Perdóname, estoy desbordado. Son demasiadas emociones para asimilarlas todas juntas.

—Lo comprendo. Pero he pensado, querido, que podía servir para mitigar el dolor por la terrible noticia.

—Sí, sí... —musitó Lawrence mientras acariciaba el pelo de su esposa—. Y tal vez, si es una niña, podríamos llamarla Anna, igual que la pequeña que acabamos de perder.

—Claro, querido. —Elizabth le ofreció una sonrisa tensa—. Si es lo que

quieres, así se hará.

Mary cogió el telegrama que la joven le tendía desde detrás del mostrador. Le temblaban las manos cuando salió del edificio y se sentó en el primer banco para leerlo. Todo, absolutamente todo, dependía de esa respuesta.

QUERIDA SEÑORA GRIX (STOP) HEMOS RECIBIDO CON GRAN TRISTEZA LA NOTICIA DE LA PREMATURA MUERTE DE ANNA (STOP) COMO RESULTA IMPOSIBLE QUE MI MARIDO O YO REGRESEMOS PARA ORGANIZAR EL FUNERAL AGRADECEREMOS MUCHO SU AYUDA (STOP) SU PROPUESTA NOS PARECE BIEN Y POR FAVOR INFÓRMENOS DE LOS GASTOS (STOP) LE AGRADECEMOS SU AMABILIDAD Y SU CONSIDERACIÓN HACIA ANNA (STOP) ELIZABETH LISLE (STOP)

Mary soltó un pequeño grito de alivio. Aunque tenía muchas dudas de que Lawrence y Elizabeth Lisle decidieran dejarlo todo y embarcarse rumbo a Inglaterra, siempre había la posibilidad de que lo hicieran. Sacó el lápiz y escribió el borrador de la respuesta en el reverso del telegrama. Había unos cuantos cabos sueltos que era imprescindible atar. Siempre le habían encantado los libros de Sherlock Holmes, y de ellos había aprendido que en circunstancias así lo más importante era prestar atención a los detalles. Diez minutos más tarde, regresó a la oficina de correos y entregó la respuesta a la joven del mostrador.

—Dentro de unos días vendré a ver si han respondido —dijo Mary mientras contaba los chelines y los entregaba a la chica.

—Ya sabe que podemos pedir que se la envíen a casa si lo prefiere —comentó la joven.

—Es que... estoy a punto de mudarme y no me sé de memoria la dirección nueva —respondió Mary con rapidez—. De todos modos, no es ninguna molestia pasar a recogerla.

—Como desee. —La chica se encogió de hombros y se dispuso a atender al siguiente cliente.

Mary salió de la oficina de correos preparándose para empezar una nueva

vida al lado de su querida Anna.

Elizabeth Lisle entró en el despacho de su marido con el telegrama de respuesta.

—La señora Grix se encargará de organizar todo lo de Anna. Dice que no tenemos que pagar nada por el funeral puesto que ya habíamos ingresado la cuota del siguiente trimestre. Si sobra dinero, nos lo devolverá. Las exequias se celebrarán dentro de una semana y luego nos informará del lugar exacto en el que Anna está enterrada, para que podamos ir a visitar la tumba cuando regresemos a Inglaterra. También se encargará de enviar el certificado de defunción de Anna a Cadogan House.

—El certificado de defunción... Pobre niña. Yo...

Lawrence vio que su esposa se tambaleaba un poco y corrió a su lado de inmediato.

—Querida, comprendo el trastorno que todo esto debe de haber supuesto para ti, sobre todo dadas las circunstancias. —La ayudó a sentarse en una silla y le cogió la mano—. Las cosas no tienen vuelta atrás, y, tal como bien dices, hice todo lo que pude por Anna. Ahora debo pasar página y no importunarte más hablando de eso. Y... —añadió señalando el vientre de su esposa— pensar en la vida, no en la muerte.

Anna, cielo —dijo Mary mientras estaban sentadas tostando panecillos en el hornillo de gas—, he hablado con la directora y le he explicado que no vas a volver a la escuela.

A Anna se le iluminó la cara de la alegría.

—¡Oh, Mary! ¡Es f-fantástico! —Entonces arrugó la frente ¿Y se lo has d-dicho al tío y a la tía?

—Sí, y están de acuerdo. —Mary respiró hondo. Se detestaba por mentir, pero sabía que Anna no debía enterarse nunca de la verdad.

—¿Lo ves? Ya te dije que el tío no me obligaría a quedarme allí si no estaba a gusto. Así, ¿cuándo podremos v-volver a Cadogan House? —Anna dio un mordisco al pan con mantequilla que Mary le había preparado.

—Bueno, de eso precisamente quería hablarte, cielo. Como sabes, la casa estará cerrada mientras los tíos vivan en Bangkok. Y, aunque te quieren mucho, no pueden permitirse mantener una casa tan grande como Cadogan House solo para que viva allí una niña. ¿Lo comprendes?

—Sí, claro que lo comprendo. ¿Y dónde voy a v-vivir?

—Bueno, me han propuesto que te quedes conmigo.

Anna echó un vistazo a la pequeña habitación y su mirada delató la vida de privilegios a la que estaba acostumbrada.

—¿A v-vivir aquí para siempre, quieres decir?

—Bueno, mi amiga Sheila, la vecina, se casa el mes que viene y dejará el piso. El casero me ha dicho que si queremos, podemos quedárnoslo nosotras. Tiene dos dormitorios, una salita, una cocina y baño propio. He pensado que podríamos echar un vistazo.

—De acuerdo —convino Anna—, así no tendremos que dejar solo al p-

pobre hombre que está al lado de la farola.

Mary se quedó mirando a Anna.

—¿Te has dado cuenta?

—Oh, sí —dijo Anna, asintiendo—. He hablado con él. Se le ve muy triste, y muy s-solo ahí fuera.

—¿Que has hablado con él?!

—Sí. —Anna estaba ocupada devorando el panecillo.

—¿Y te ha respondido?

—Dice que dentro de poco hará aún m-más frío. —Anna se limpió la mantequilla de la boca—. ¿Tiene casa?

—Sí, cielo.

—Así, ¿no es huérfano como yo?

—No, no es huérfano.

—¿Y a qué escuela voy a ir? —dijo Anna, retomando el hilo de la conversación.

—Bueno, estaba pensando que igual sería mejor que recibieras la educación en casa, como antes. Sobre todo si quieres seguir con las clases de ballet. —Mary le puso el señuelo en las narices—. Es posible que en una escuela no vean bien que necesites tener tardes libres. Claro que eso es cosa tuya.

—¿Podré v-volver con la princesa Astafieva? —preguntó Anna—. Me parece una profesora magnífica.

—Por desgracia, la princesa no se encuentra bien últimamente, pero me he informado y hay un profesor estupendo a cinco minutos de aquí. Se llama Nikolái Legat, ¡y era la pareja de Anna Pávlova! —dijo Mary para animarla.

—Anna Pávlova... —La pequeña abrió los ojos como platos ante la noticia—. ¡La mayor bailarina de t-todos los tiempos!

—Sí. He pensado que durante los próximos días podríamos acercarnos a su estudio y preguntarle si está dispuesto a darte clases. ¿Qué te parece?

—Oh, Mary. —Anna comenzó a dar palmadas de alegría—. No puedo creer que hace dos semanas estuviera en aquel sitio horrible pensando que nunca más volvería a bailar. —Le echó los brazos al cuello—. Y aquí estás tú, mi ángel de la guarda; has v-venido a salvarme.

—Vamos, cielo, ya sabes que nunca dejaría que te pasara nada malo.

—Como no me escribías a la escuela, pensaba que... —Anna se mordió el labio—. P-pensaba que me habías abandonado.

—Bueno, es que todo el mundo me decía que era mejor que te dejara tranquila para que te adaptaras.

Anna se quedó mirándola.

—¿Quieres decir que la t-tía te dijo que no me escribieras?

—Sí, pero lo hizo por tu bien.

—Mary, eres muy buena con todo el mundo, pero las dos sabemos que la tía me o-odia. —Anna la besó en la mejilla—. Y seas lo que seas para mí, me parece que ninguna niña en el mundo t-tiene una madre mejor.

A Mary se le arrasaron los ojos en lágrimas mientras se preguntaba si Anna pensaría eso mismo si supiera lo que había hecho en realidad.

—Vamos, cielo, no hablemos más de eso. Y ahora que vas a vivir conmigo unos cuantos años, a lo mejor todo será más fácil si te pongo mi apellido.

—B-bueno, como no tengo ninguno, me parece fantástico llamarme igual que tú —convino Anna.

—Ya sabes que las monjas me llamaron «Benedict» porque tampoco tenía apellido, así que será mejor que empecemos de cero —Mary sonrió— ¡y nos inventemos uno!

—¿De verdad podemos hacer eso?

—No veo por qué no.

—¡Qué emocionante! ¿Puedo e-elegirlo yo?

—Claro que sí, ¡mientras no te inspires en el de alguna bailarina rusa y sea tan raro que nadie pueda pronunciarlo!

Tal como hacía siempre que estaba pensando, Anna se llevó el dedo índice a la boca y lo mordió.

—¡Ya lo sé!

—¿Sí, cielo?

—¡Sí! Estaba pensando en mi b-ballet favorito, *La muerte del cisne*, y en que me llamo Anna, igual que Anna P-Pávlova, así me gustaría que nos llamáramos «Swan»^[3].

—Swan... —Mary probó a pronunciarlo, y luego se volvió hacia Anna—. Me gusta.

Al día siguiente, Anna Swan entró en el estudio de Nikolái Legat. Y Mary Swan, su madre, la acompañaba. El profesor enseguida aceptó dar clases a Anna y la niña empezó a ir tres veces por semana.

Al cabo de un mes, las dos se trasladaron al antiguo piso de Sheila, en el edificio contiguo, y Mary se dedicó a pintar y decorar su nuevo hogar. Con la máquina de coser, confeccionó unas bonitas cortinas floreadas para la habitación de Anna, y se dio el gusto de utilizar chintz de color azul verdoso para las de la pequeña sala de estar, que también hacía las veces de taller de costura. Mientras las colgaba y se retiraba un poco para ver el resultado de su trabajo, Mary pensó en la casa de Dunworley que hacía años debería haber sido su hogar. No obstante, ese sueño se había desvanecido, así que sería mejor que empleara la energía de las tareas domésticas en el reducido espacio que era lo más parecido a un hogar que tendría jamás.

—Estás hecha una artista —aseguró Anna cuando Mary le mostró con orgullo la habitación terminada—. Te quiero. ¿Podemos invitar a Nancy y a la señora Carruthers a t-tomar el té? Me encantaría que vieran nuestra nueva casa.

—Lo siento mucho, Anna, pero las dos se han ido de Cadogan House y no tengo ni idea de dónde viven —respondió Mary con serenidad.

—Ah, pues qué maleducadas por no decírnoslo, ¿no? Eran a-amigas nuestras.

—Seguro que se pondrán en contacto con nosotras en cuanto puedan, cielo —dijo Mary sintiéndose culpable.

Las dos establecieron pronto una rutina. Mary hacía todo lo posible para que Anna pasara tiempo en el pequeño escritorio del rincón de la sala de estar aplicándose en sus estudios. Se servía de la biblioteca local para buscar libros de geografía e historia y animaba a Anna a leer siempre que podía. Era consciente de que ese tipo de educación no correspondía a la que debía recibir una niña como Anna, pero era todo cuanto podía hacer. Además, sabía que la pequeña tenía otras cosas en la cabeza.

Tres tardes a la semana, Mary cruzaba Colet Gardens con Anna para

acompañarla a la clase de ballet. Siempre se volvía a mirar con nerviosismo al entrar y al salir del edificio. Era algo que tendría que seguir haciendo durante toda la vida; sabía que era el precio que tenía que pagar por sus actos.

La primera vez que se lo planteó, se le ocurrió que tal vez lo mejor era marcharse con Anna al extranjero. Sin embargo, al pensarlo mejor se dio cuenta de que no era posible. Anna no disponía de partida de nacimiento, pasaporte ni, de hecho, ningún documento oficial que la identificara, así que estaban condenadas a permanecer en Inglaterra. También se había planteado mudarse fuera de Londres, pero debía tener en cuenta los ingresos. Además, pensó, en una ciudad pequeña o un pueblo pasarían mucho menos desapercibidas. En una gran ciudad como Londres tenían más posibilidades de vivir lejos de las miradas indiscretas. Y el hecho de que de pequeña Anna hubiera pasado casi todo el tiempo entre los muros de Cadogan House y hubiera conocido a tan pocas personas hacía que las posibilidades de que alguien la reconociera fueran escasas.

Con todo, Mary se mantenía muy alejada de la zona de Chelsea, y se consolaba pensando que cuando Anna se convirtiera en una mujer cabrían pocas posibilidades de que alguien la relacionara con la niña que había sufrido una muerte tan trágica y prematura.

En cuanto al futuro... No se lo planteaba. Había hecho lo que consideraba oportuno para proteger a la niña que amaba. Y si algo había aprendido al perder a Sean y todos los sueños y esperanzas de la vida a su lado, era que lo único seguro es el presente.

Una agradable mañana de primavera, cuando Mary y Anna llevaban tres meses y medio viviendo su nueva vida juntas, Anna llegó al piso con compañía.

Mary levantó la vista de la máquina de coser, sorprendida. Pues allí, apostado con timidez junto a Anna, estaba el joven que habían visto fuera, junto a la farola.

—Mary, este es Jeremy. Es amigo mío, ¿verdad, Jeremy?

El hombre miró a Anna con nerviosismo y asintió.

—Le he dicho a Jeremy que t-tenía que entrar a conocerte. Le he dicho

que te parecería bien. A que te parece bien, ¿Mary?

—Pues... sí, claro. —Mary se sintió aturullada cuando los oscuros y angustiados ojos de Jeremy se posaron en ella—. Ven, Jeremy, siéntate y te prepararé un té.

—G-g-gracias.

—Mary entró en la cocina y se dedicó a preparar todo lo necesario para el té en una bandeja mientras oía a Anna charlar tranquilamente en la sala contigua. Su voz infantil quedaba interrumpida de vez en cuando por el extraño tono gutural de Jeremy.

—Aquí tienes —dijo Mary al depositar la bandeja con el té sobre la mesa—. Jeremy, ¿quieres leche o azúcar?

—L-las dos cosas. —Tras una larga pausa, volvió a hablar—: G-gracias, muy amable.

Mary sirvió el té y le pasó la taza a Jeremy. Él la cogió con las manos temblorosas y la taza empezó a hacer ruido contra el plato. Entonces, con delicadeza, Mary volvió a cogérsela y la depositó en la mesa de al lado.

—¿A que se está bien? —preguntó Anna—. Se está m-mucho mejor aquí que ahí fuera —dijo, señalando la farola—. Además, le he dicho a Jeremy que mi madre tampoco tenía amigos, así que se me ha ocurrido que podría ser amigo de las dos.

Jeremy asintió mientras miraba a Anna. Mary captó un brillo de emoción en sus ojos y comprendió que, obviamente, aquel hombre peculiar y taciturno le tenía mucho cariño a su pequeña amiga.

—Bueno, es todo un detalle por tu parte que me tengas en cuenta, Anna. ¿Verdad, Jeremy?

—S-sí.

Mary se sirvió una taza de té y se sentó en silencio, preguntándose qué demonios podía decirle. Preguntarle a qué se dedicaba parecía tonto, sabiendo que se pasaba la mayor parte del tiempo delante de su ventana confesando sus penas a la farola.

—G-gracias p-por el abrigo —dijo Jeremy, y era evidente que le suponía un gran esfuerzo pronunciar las palabras—. A-abriga m-mucho.

—¿Has visto? —terció Anna—. Habla igual que yo algunas veces. —Le dio unas afectuosas palmaditas en la mano.

—Pues qué bien que hayáis estado hablando.

—A-Anna m-me ha dicho que le g-gusta mucho bailar —aventuró Jeremy—. L-le encanta *El lago de los cisnes*, de Ch-Chaikovski.

—Sí —exclamó Anna con entusiasmo—. Y Mary dice que cuando tengamos bastante dinero, comprará un gramófono como el que teníamos en Cadogan House. Luego c-compraremos el disco y podrás v-venir a escucharlo, Jeremy.

—Gracias, Anna. —Jeremy cogió cuidadosamente la taza de té y se la acercó a los labios con las manos temblorosas. Se bebió el contenido de un trago, aliviado de haber conseguido llevárselo a la boca. Luego depositó la taza en el plato con un traqueteo—. Y g-gracias por el t-té, Mary. N-no quiero m-molestarla más t-tiempo.

—No nos molestas, ¿a que no, Mary? —dijo Anna cuando el hombre se puso en pie.

—No, en absoluto. —Mary acompañó a Jeremy a la puerta del piso—. Puedes venir a tomar el té siempre que quieras.

—G-gracias, M-Mary. —Jeremy le sonrió con tal gratitud que ella, de modo instintivo, alargó el brazo y le dio unas palmaditas en la mano flacucha.

—Volveremos a vernos, estoy segura.

Al cabo de un par de días, Anna volvió a presentarse en casa con Jeremy. El joven llevaba algo envuelto con una manta.

—¡Jeremy dice que nos ha comprado un regalo! Estoy impaciente por saber qué es. —Anna empezó a revolotear por la sala muy emocionada mientras Jeremy le preguntaba a Mary dónde podía dejar el bulto.

—Ponlo ahí. —Mary le señaló el aparador, y Jeremy lo depositó en él. Retiró la manta con un rápido ademán y reveló un gramófono. Y había un montón de discos insertados en el eje.

—Es p-para ti, Anna.

—¡Oh, Jeremy! —Anna comenzó a aplaudir, llena de entusiasmo—. Es un regalo maravilloso, ¿verdad, Mary?

—Pues sí que lo es, pero supongo que solo nos lo prestas, ¿verdad, Jeremy? —recalcó Mary.

—N-no, es para vosotras. P-para que os l-lo quedéis.

—Pero esos aparatos cuestan una fortuna. No podemos...

—¡Sí que p-podéis! Tengo d-dinero. ¿Qué d-disco ponemos, Anna?

Mientras Anna y Jeremy decidían si ponían *La bella durmiente* o *El lago de los cisnes*, Mary observó en los ojos del joven un destello de determinación. Incluso en su lamentable estado, reconoció en su mirada un atisbo de lo que debió de haber sido antes de que la guerra lo destruyera.

De repente, mientras Anna colocaba un disco debajo de la aguja, él se volvió hacia Mary y le sonrió.

—A c-cambio del a-abrigo.

Eso fue todo.

Y también fue el principio de la ininterrumpida sucesión de tardes que Jeremy Langdon pasaba en la sala de estar de Mary. Todos los días, Anna conseguía que el joven se despegara de la farola y entrara a tomar una taza de té. Mientras Mary cosía, Anna y Jeremy escuchaban la música de los ballets. Ella trazaba piruetas por la sala mientras él la aplaudía con entusiasmo al final de cada pieza. Al ver que Anna lo obsequiaba con una grácil reverencia, Mary se dio cuenta de que la niña estaba recreando los momentos que había pasado con Lawrence Lisle en el salón de Cadogan House.

—L-lo hace m-muy bien, Mary —comentó Jeremy un día cuando ella lo acompañó a la puerta del piso.

—¿De verdad te lo parece? Pone mucho empeño, de eso no cabe duda.

—T-tiene talento —dijo Jeremy, asintiendo—. A-antes de la guerra v-vi a los mejores bailarines. Ella también p-podría llegar a ser muy grande. A-adiós, Mary.

—¿Dónde vas a cenar esta noche? —preguntó ella—. Parece que no hayas comido en condiciones desde hace un siglo. Tengo chuletas en el horno, y hay de sobra.

—¡Oh, Jeremy, quédate! —insistió Anna.

—S-sois muy amables, pero no quiero m-molestaros.

—¿A que no nos molesta, Mary?

—No, Jeremy, no nos molestas —dijo ella sonriendo.

Pronto la farola se quedó sin su viejo amigo, pues Jeremy pasaba cada vez más tiempo con Mary y Anna. Siempre llegaba con algún regalo: un poco de chocolate para Anna, o pescado fresco que Mary cocinaba para cenar. A medida que aumentaba la confianza entre ellos, Jeremy hablaba de forma menos entrecortada. Gracias al cariñoso aliento que una y otra le ofrecían, empezó a comunicarse con más facilidad. Al cabo de unas cuantas semanas, Mary observó que su rostro había perdido un poco el aspecto demacrado, gracias, en parte, a los generosos platos que ella le servía, y que tenía más facilidad para sostener el tenedor y el cuchillo y llevarse la comida a la boca. Mary percibió algún que otro arranque de humor incipiente y empezó a descubrir a un hombre que, obviamente, no tenía estudios pero que, en compensación, mostraba reposada sensatez. La delicadeza, prudencia y amabilidad de Jeremy, en especial con respecto a Anna, hacían que Mary le tuviera más aprecio cada día. Y a medida que el hombre iba ganando peso y la expresión de angustia desaparecía de sus intensos ojos verdes, observó lo atractivo que era.

Una noche que Mary estaba acostando a Anna, pensó cuánto había mejorado el aspecto de Jeremy desde que formaba parte de sus vidas.

—Estoy muy contenta, Mary —dijo Anna con un suspiro mientras posaba la cabeza en la almohada.

—Me alegro mucho, cielo.

—Sí... —musitó Anna—. Jeremy, tú y yo parecemos una familia de verdad, ¿a que sí?

—Supongo que sí. Ahora cierra los ojos y duérmete.

Mary salió del dormitorio y regresó a la mesa para continuar cosiendo,

pero no lograba concentrarse. Miró por la ventana y vio que junto a la farola no había nadie, tal como últimamente ocurría muchas veces después de que Jeremy saliera de su casa. Seguía sin conocerlo bien del todo. Nada le garantizaba que no desapareciera un buen día para no regresar jamás. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar que Anna podría volver a perder a un ser querido.

Y ella también...

El corazón le dio un vuelco al reparar en que no solo Anna se estaba encariñando cada vez más con el hombre que las visitaba con regularidad. Jeremy tenía algo que le recordaba a la última vez que había visto a Sean. Sentía las mismas ganas de protegerlo. Y también se sentía igual de atraída...

Se refrenó de inmediato. Tenía que cortar de raíz semejante insensatez. Ella era una irlandesa huérfana que había trabajado de criada y había acabado convirtiéndose en una solterona, mientras que Jeremy Langdon era a todas luces un caballero. No era más que un compañero y un amigo, alguien que había vivido la clase de experiencia tremendamente dolorosa que ella podía comprender bien. Y la cosa no debía pasar de ahí.

Varios días después, Mary oyó que llamaban a la puerta. Sobresaltada, pues Anna se encontraba en clase de ballet y no esperaba a ninguna clienta, se levantó y fue a abrir.

—Jeremy —dijo con sorpresa. El hombre nunca se había presentado allí sin Anna—. Yo... ¿Estás bien?

—N-no.

Por el color cadavérico de su rostro y la expresión de sus ojos, Mary comprendió que le ocurría algo.

—Pasa. Anna todavía no ha llegado, pero te serviré una taza de té mientras la esperamos, ¿te parece bien?

—Quería hablar c-contigo. S-sin Anna.

—Bueno, pues siéntate y ponte cómodo. Voy a preparar té.

—¡N-n-no! ¡N-necesito hablar, no b-beber!

Mary observó que su discurso era mucho más entrecortado que en las últimas semanas. Lo acompañó a la sala de estar y le indicó que se sentara en

el sillón donde solía hacerlo.

—¿Seguro que no quieres que te prepare nada, Jeremy? —preguntó, ocupando el asiento situado frente a él.

—Mi m-madrina m-murió a-anoche.

—Yo... Oh, Jeremy... Lo siento mucho, querido.

—Yo... —Jeremy se llevó la mano temblorosa a la frente—. P-perdona —dijo mientras las lágrimas empezaban a rodarle por las mejillas—. ¡E-era la única persona que... —se le hizo un nudo en la garganta— s-se preocupaba por mí! ¡Que m-me quería! ¡T-tal como s-soy ahora!

Mary observó el movimiento espasmódico de sus hombros, fruto de la desesperación. Incapaz de soportar verlo sufrir, hizo lo único que se le ocurrió. Se acercó a Jeremy y lo abrazó.

—Vamos —susurró mientras lo acunaba como si fuera un niño y le acariciaba el fino pelo—, llora sin miedo. Llorar no tiene nada de malo, ¿verdad?

Jeremy continuó sollozando y ella lo estrechó más con los brazos a la altura del pecho.

—Me tienes a mí, Jeremy, y también tienes a Anna. Y las dos nos preocupamos por ti.

Jeremy se volvió y posó los angustiados ojos en Mary.

—¿O-os preocupáis p-por mí? ¿Por un d-desastre sin remedio como yo? ¿Cómo es p-possible?

—Porque eres un hombre bueno y amable. Y fuera lo que fuese lo que te pasó en la guerra, tú no tienes la culpa. Eso no cambia quién eres por dentro, ¿verdad que no?

Jeremy dejó caer la cabeza hacia delante y Mary se arrodilló para sostenerlo. Entonces el hombre se llevó las manos a la cara y apoyó su cabeza en el hombro de ella.

—P-pues mis padres no piensan igual, ellos m-me odian, me odian por haberme v-vuelto así. ¡Les da tanta vergüenza que q-quieren e-esconderme!

—¡Virgen santísima! —Mary se estremeció, horrorizada—. Siento mucho que hayas sufrido tanto. Pero te prometo que no por eso dejaste de ser quien eras; quien todavía eres. Tienes que pensar siempre en eso, Jeremy. La guerra provoca daños terribles a personas como tú. Los que os esperábamos en casa

no teníamos ni idea de lo que tuvisteis que soportar para conseguir la libertad de todos nosotros.

—¿Eso c-crees?

—No es lo que crea; lo sé —Mary notó que las lágrimas le empapaban el hombro—. Yo también tenía a... a alguien que pasó años allí. Y cuando ya casi había terminado todo, murió sin llegar a ver que ganábamos la guerra.

En ese momento Jeremy levantó la cabeza y miró a Mary a los ojos.

—¿P-perdiste a tu n-novio?

—Estábamos prometidos. Lo perdí a él y toda la vida que habíamos planeado juntos.

—M-Mary, c-creo que t-tienes que ser un ángel, por la manera en que cuidas de Anna, y de m-mí. Escuchas todo lo que te c-contamos, a pesar de que tú también has p-perdido muchas cosas.

—Sí, pero yo no he tenido que enfrentarme al miedo y al dolor, ni a esos recuerdos que revives una y otra vez sin remedio.

—Ya, ¡pero tú también has sufrido p-por causa de la m-maldita guerra! Mary —Jeremy puso entonces sus manos sobre las de ella—, llevo un tiempo p-pensando en esto. Y l-lo que quiero d-decirte es que t-te amo. Te amo. — Con un gran esfuerzo, Jeremy repitió el final sin tartamudear.

Hubo una pausa mientras Mary lo miraba a los ojos. El sentido común y el pragmatismo que la caracterizaban pudieron más que lo que le estaba diciendo. Él se encontraba en un momento de mucha carga emocional y se sentía vulnerable. Ella no debía creer lo que le decía.

—Jeremy, estás sufriendo mucho, no sabes muy bien lo que te pasa. Es por culpa del shock, ¿sabes? Y...

—¡N-no! No es por culpa del shock. Eres muy g-guapa y muy amable. T-te amo desde el momento en que me regalaste el a-abrigo. Desde entonces, ya no me plantaba al lado de la f-farola para pensar en mi antiguo amor. Venía para v-verte a ti.

—Jeremy... ¡Déjalo ya, por favor! —exclamó Mary, desesperada.

—¡Es cierto! Vi a Anna, sabía que era t-tu hija y empecé a hablar con ella. Para tener la oportunidad de c-conocerla. Y hoy, al ver que había p-perdido a la única persona que ha c-cuidado de mí, he pensado que... ¡tenía que decirte lo que sentía! ¡La v-vida es muy corta!

Mary contempló maravillada sus ojos arrasados en lágrimas. No solo por el hecho de que Jeremy le estuviera confesando su amor, ¡su amor hacia ella!, sino porque había conseguido articular varias frases seguidas.

—Vamos, Jeremy. Me parece muy bonito lo que me dices, pero creo, sinceramente, que estás pasando por un momento un poco difícil.

—Mary —Jeremy ya no lloraba y la miraba con una expresión más dulce—, te comprendo, ¡los dos sabemos lo que es pasarlo mal. Créeme, nunca jugaría con tus sentimientos. Y tampoco quiero confundir los míos. De todas formas, es posible que tú no sientas lo mismo por mí.

Mary se sentó a los pies de Jeremy, cabizbaja y con las manos todavía entre las de él.

—Lo comprendo —dijo Jeremy, asintiendo—. ¿Cómo podría nadie amar a alguien como yo?

Mary hizo un esfuerzo y volvió a mirarlo a los ojos.

—No, no es eso. Es que ya estuve enamorada una vez y lo perdí. Sí... —Mary respiró hondo—. Sí que me importas. En realidad, me importas demasiado. Y si supiera que no voy a volver a verte, me temo que te echaría de menos.

—Bueno, los dos hemos perdido a alguien. Tenemos eso en común. ¿Podríamos tener en común también el hecho de haber encontrado a otra persona?

—Oh, Jeremy, no sabes nada de mí. —Mary sacudió la cabeza con tristeza—. He hecho muchas cosas, muchas cosas que...

—M-Mary, ¡yo he matado a seres humanos! Nada de lo que puedas decirme me sorprenderá después de lo que he visto. Y sea lo que sea, amor mío, ¡quiero compartirlo contigo! Cuéntamelo, y así yo también te contaré lo que he hecho. El amor consiste en eso, ¿no? En confiar en el otro.

—Pero, Jeremy, cariño —susurró Mary—. Soy huérfana y no tengo nada. Tú eres un caballero, y necesitas a una señorita. Yo nunca podré serlo, ni siquiera por ti.

—¿Crees que eso me importa? Mi madre es una señora y cuando volví de la guerra me llevó a un... —Jeremy se esforzó en pronunciar la palabra— ¡manicomio! ¡A su propio hijo! —Reprimió las lágrimas—. La guerra lo cambia todo, no necesito saber nada de ti, aparte de que eres la

persona más a-amable que he conocido. Y tienes un c-corazón de oro.

—Oh, Jeremy... —Mary retiró las manos que él todavía asía y se enjugó los ojos con torpeza.

Esa vez fue Jeremy quien se incorporó para levantarla del suelo y estrecharla en sus brazos. Y lo que Mary sintió, después de tantos años de soledad, le pareció indescriptible. El olor, el olor de un hombre... Algo tan familiar y tan desconocido al mismo tiempo.

—Mary —le levantó la barbilla y le dio un suave beso en los labios—, nunca te haría d-daño. Tienes que creerme. V-veo en tus ojos que tienes miedo. He visto eso mismo o-otras v-veces.

Le dio varios besos en la frente, en los párpados, en las mejillas. Al final, Mary paró de analizar lo que significaba todo aquello y se dejó llevar. Y mientras la besaba y la acariciaba, afloraron sentimientos que creía que nunca más experimentaría. A pesar de la aparente discapacidad de Jeremy, sentía su fuerza y su virilidad.

Al cabo de veinte minutos, Mary miró el reloj de la chimenea y se llevó la mano a la boca.

—¡Jesús, María y José! ¡Anna me estará esperando! —Se levantó de las rodillas de Jeremy y se atusó el pelo ante el espejo.

—¿Puedo acompañarte a r-recogerla?

Mary se volvió y le sonrió.

—Si te apetece, sí.

Cuando Mary y Jeremy doblaron la esquina, Anna estaba sentada en la escalera del auditorio con expresión contrariada. La cara le cambió de inmediato al verlos.

—¡Hola! Llegáis tarde —dijo sonriente.

—Sí, lo siento, cielo, pero Jeremy ha venido a verme porque ha recibido malas noticias, ¿verdad, Jeremy?

—Sí.

Anna lo miró con aire burlón.

—Pues se te ve muy contento para haber recibido m-malas noticias —repuso.

De vuelta a casa, Jeremy obsequió a Mary con una sonrisa furtiva. Anna iba bailando muy contenta un poco por delante de ellos dos.

—De acuerdo, ya sé por qué es. ¡Llevo semanas esperando este momento! —Se detuvo en seco en la acera y se dio la vuelta para mirarlos—. Estáis enamorados, ¿verdad?

—Bueno, yo... —Mary se puso como un tomate.

Jeremy le asió la mano con fuerza.

—Sí. ¿Te p-parece mal?

—¡Claro que no! Me parece que soy la niña más feliz del mundo, porque así os casaréis y tendré un papá y una mamá. Y seremos una familia de verdad. —Anna los rodeó en un abrazo espontáneo—. ¡Os quiero m-mucho, mucho, mucho!

La muerte de la madrina de Jeremy lo convirtió en propietario de una gran casa en West Kensington, dinero suficiente para contar con una pequeña renta de por vida y un elegante Ford de color negro. Una semana después del funeral, Jeremy llevó a Mary y a Anna a ver la casa.

La niña corría de una estancia a otra entusiasmada.

—Es casi igual de grande que Cadogan House, p-pero no tanto.

Mary se mostró incómoda cuando Anna hizo la comparación. Aunque confiaba por completo en Jeremy, cualquier comentario referente al pasado, sobre todo dirigido a alguien que procedía de la misma clase social que sus antiguos señores, era por fuerza peligroso.

Anna bajó corriendo la escalera hasta el recibidor y se detuvo para volverse a mirar a Mary y Jeremy, que la seguían a un ritmo más pausado.

—¿Vas a pedirnos que nos quedemos a v-vivir aquí contigo, Jeremy? Es una casa demasiado grande para ti solo. Y parece tonto que Mary y yo tengamos que v-vivir en un piso tan pequeño cuando tú tienes tanto espacio.

—Vamos, Anna. —Mary se sonrojó ante la falta de tacto de la pequeña—. Jeremy solo nos ha traído aquí para enseñarnos la casa. No le hagas preguntas impertinentes.

—Lo siento, Mary. Es que c-creía que...

—T-tienes razón, Anna. —Jeremy sonrió—. Es la l-lógica infantil. Bueno, Mary, ¿te g-gustaría vivir aquí?

—¡Ya está bien, por favor! —Aquello era demasiado. Mary bajó la escalera como una flecha, cruzó el recibidor y la puerta principal y no paró de correr hasta que se sintió a salvo en su propia sala de estar.

Al cabo de diez minutos, Jeremy llamó a la puerta del piso y Mary le

abrió. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—¿Dónde está Anna? —preguntó Mary.

—Le he pedido a la señora Hawkins, el ama de llaves, que le sirviera una t-taza de té. He p-pensado que nos iría bien hablar a s-solas. ¿Puedo pasar?

Mary asintió con los ojos humedecidos por el llanto. Dio media vuelta y se dirigió a la sala de estar.

—Jeremy, no sé qué quieres de mí, pero sea lo que sea, no puedo dártelo. ¡No sabes quién soy! No soy ninguna dama, como ya te conté. Y tu ama de llaves lo sabe, lo he visto en sus ojos. ¡Tendría que ser tu criada, no tu novia!

Jeremy se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció a Mary que se había dejado caer en una silla.

—Mary, llevo v-varios meses viéndote casi todos los días, y sí que eres toda una d-dama. Con respecto a tu p-posición social, la guerra me ha enseñado que lo que uno es no depende de la clase a la que p-pertenece. Y en cuanto a ese secreto tuyo, solo puedo decirte que te e-escucharé. Ya te lo dije, a estas alturas, no me s-sorprende nada. —Se arrodilló frente a ella y le retiró un mechón de pelo de la mejilla—. Además, creo que por amor es posible comprenderlo y p-perdonarlo todo. Cuéntamelo, Mary; c-confía en mí —le pidió.

Mary exhaló un hondo suspiro; sabía que el hecho de contárselo podía suponer el final de su futuro juntos. Pero para dar a ese futuro una oportunidad, no le quedaba otra opción que hacer lo que él le pedía.

Mary se encomendó a los cielos. Y, por fin, asintió.

—Te lo contaré.

Al cabo de veinte minutos, Mary se retorció las manos con nerviosismo.

—La cuestión es que he cometido un pecado contra Dios, he fingido la muerte de Anna y me la he llevado. He robado a una niña. Que Dios me ampare...

Jeremy se acercó a ella y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Mary, Mary; por favor, n-no te atormentes más. De acuerdo, lo que hiciste no estuvo bien, pero t-tenías motivos de peso. Lo decidiste así porque quieres a Anna, y quieres verla f-feliz y a salvo.

—La cuestión es si de verdad lo hice por Anna. —Levantó la cabeza y lo miró angustiada—. ¿O acaso lo hice por mí, porque la necesito?

—Por lo que me has c-contado, y considerando el peligro al que te enfrentas si algún día se descubre el secreto, yo d-diría que no actuaste con egoísmo.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. —Jeremy le asió las manos y se las estrechó con fuerza—. Lo creo. Mary, ¿qué diferencia hay entre eso y decirle a un padre que su hijo muerto en acto de servicio no ha s-sufrido cuando en realidad chillaba de agonía? Y —Jeremy apartó la mirada— tal vez tardó días en morir. O el hecho de que un capitán de sección mande todos los días a sus hombres a saltar la trinchera sabiendo que van directos a una m-muerte segura. —Volvió a posar los ojos en ella—. Hiciste lo que creías que era lo mejor para p-protger a alguien a quien amas, ¡y de eso n-no tienes que avergonzarte nunca! ¡Nunca! Yo te a-amó más incluso por la decisión que tomaste.

—¿En serio?

—Sí. Eres valiente, y b-buena, y fuerte.

—No, Jeremy, eso no es verdad. Tengo muchísimo miedo de que me descubran y me quiten a Anna. Cada vez que salgo de casa, voy mirando hacia atrás.

—Proteger a una niña que es huérfana como tú tendría que llenarte de orgullo. A-además —dijo Jeremy sonriendo—, t-tal vez yo pueda ayudaros. C-casándome contigo.

—Después de todo lo que te he dicho, ¿sigues queriendo casarte conmigo? —Mary no daba crédito.

—Más que nunca, Mary. Te lo p-prometo.

Al cabo de tres meses, Mary Swan, huérfana de padres desconocidos, se convirtió en la señora de Jeremy Langdon, dueña de una gran casa en Kensington. La única persona presente en la boda fue Anna Swan, una niña de diez años.

Durante el año siguiente ocurrieron tres cosas que hicieron pensar a Mary que gozaba en serio de la protección de Dios. Se quedó embarazada, lo cual fue motivo de una inmensa alegría para todos. Luego Jeremy, a través de canales que Mary prefería no conocer, se enteró de que Lawrence Lisle había muerto de malaria en Bangkok nueve meses atrás. Por lo que le habían dicho, Elizabeth Lisle perdió al bebé poco después, pero no había tardado mucho tiempo en procurarse otro marido de su conveniencia. Los contactos de Jeremy habían descubierto que al hombre lo habían destinado a Shanghai, y Elizabeth Lisle lo había acompañado.

—¿C-comprendes lo que significa eso, Mary? Quiere decir que eres libre. Lawrence Lisle n-no vendrá nunca a por ti. Y por lo que he oído, d-dudo que Elizabeth Lisle tenga interés en la niña.

Mary se santiguó; se sentía culpable por el alivio que le producía saber que Lawrence Lisle había muerto.

—Es una noticia muy triste, pero te mentiría si te dijera que no hay una parte de mí que se alegra. Aunque te advierto, Jeremy, que dudo de que sea capaz de volver a vivir tranquila.

—Ya lo sé, cariño, pero no p-puede hacerte nada desde donde está, te lo prometo. Eso quiere decir que debería informarme de cuáles son los trámites oficiales para adoptar a Anna.

—Pero no tiene partida de nacimiento. Ni siquiera tiene un segundo

nombre.

—Déjalo en mis manos, cariño. —Jeremy agitó la mano para quitarle importancia al asunto—. Puede que mi carrera esté arruinada, pero el capitán Jeremy Langdon aún puede pedir algún que otro favor en el H-Home Office. Hay un tipo en particular que me debe la vida. —Dio unas palmaditas en la mano a Mary y luego la bajó hasta la suave pero visible redondez que albergaba al niño ovillado en su interior.

Seis semanas antes de la fecha prevista para el nacimiento del bebé, Mary y Jeremy firmaron los papeles de adopción que convertirían oficialmente a Anna en hija suya.

—Ahora nadie puede quitártela, cariño. Ni apartaros a ti o a ella de m-mí —le susurró con suavidad al oído.

Mary observó con lágrimas en los ojos a Anna bailando alrededor de la mesa de la cocina con el certificado de adopción en la mano.

—Anna Langdon —masculló satisfecha, y se echó al cuello de sus nuevos padres para abrazarlos—. ¡Estoy tan feliz que casi no puedo respirar!

El bebé nació diez días más tarde de lo previsto, para gran consternación de Mary, pero por lo demás sin incidentes. Mary yacía en su precioso dormitorio con la recién nacida sobre el pecho mientras su amado esposo y su nueva hija adoptiva las arrullaban con palabras cariñosas. Solo deseaba que el tiempo se parara, deseaba morir en ese preciso instante porque nunca lograría sentirse más feliz. El bebé, una niña rellenita de mejillas sonrosadas llamada Sophia en honor a la santa favorita de Mary, se mostraba plácida y feliz. Mary se deleitaba contemplando cómo Jeremy acunaba a su hija entre los brazos con delicadeza.

Notó que últimamente apenas tartamudeaba cuando hablaba con ella. Y las terribles pesadillas que sufría (se despertaba chillando y empapado en sudor) eran menos frecuentes a medida que pasaba el tiempo. Mary leyó todo lo que pudo sobre la neurosis de guerra y sabía que rara vez desaparecía pero que podía llegar a controlarse con una vida tranquila y sosegada. Jeremy casi nunca salía de casa, tan solo lo hacía para cruzar Kensington Gardens e ir a comprar un ejemplar de *The Times*; pero si en alguna ocasión pasaba por

alguna calle ruidosa de Londres, daba un respingo cada vez que alguien tocaba el claxon. Y, durante unos días, tanto los temblores de las manos como el tartamudeo se agudizaban. Con todo, las restricciones que eso imponía en su vida no suponían ningún problema para Mary. Mientras su familia estuviera tranquila y contenta, ella también lo estaría.

Jeremy se aficionó a la pintura y resultó ser un artista más que digno. Cuando Mary contempló la negrura de las trincheras que había reproducido, se estremeció. Pero sabía que para él la actividad era catártica; un modo de expresar los momentos de dolor, miedo, añoranza y muerte que revivía todos y cada uno de los días de su vida.

Mientras él pintaba, Mary se ocupaba de criar al bebé. Las tardes soleadas llevaba a Anna y a Sophia al parque, y a veces a Piccadilly, donde Anna podía echar un vistazo a las tiendas llenas de prendas que adoraba. Mary no dejaba de sorprenderse de que, fuera lo que fuese lo que Anna elegía, ella pudiera comprárselo sin preocuparse lo más mínimo de cuánto costaba. Era una mujer acaudalada, casada con un caballero pudiente.

Con el transcurrir de los años, Sophia aprendió a gatear, a dar los primeros pasos, a caminar con seguridad y a correr por la casa; un hogar que era un remanso de paz. Y la ilusión de Anna por alcanzar el sueño de convertirse en bailarina crecía a pasos agigantados. Una noche, poco después de que Sophia cumpliera cuatro años, Anna, que a sus quince empezaba a mostrar los primeros signos de femineidad, entró en la cocina mientras Mary preparaba la cena.

—Mamá, ¿has oído que Ninette de Valois ha inaugurado una escuela de ballet? —preguntó.

—No, no sabía nada, Anna.

—¿Puedo ir, mamá? ¿Puedo pedir que me haga una prueba para ver si me acepta como alumna? A lo mejor algún día podría entrar en su compañía y bailar en el Sadler's Wells Ballet. ¿Te l-lo imaginas? —Anna se dejó caer con gracia en una silla mientras suspiraba de puro placer ante la perspectiva.

—Creía que querías bailar en los Ballets Rusos de Diáguilev.

—Sí, p-pero es mucho mejor formar parte de la primera compañía de ballet británica. —Anna extendió una pierna, se quitó el zapato de una patada y levantó el pie con el empeine muy arqueado—. ¿Puedo ir, mamá, p-por

favor?

—Será mejor que se lo digas a tu padre, a ver qué piensa él —sugirió Mary.

—Me pasaría el día b-bailando, no tendría tiempo para estudiar inglés ni aritmética, pero tampoco me quedan tantas cosas por aprender. Sé leer y escribir, y sumar, y eso es más o menos todo lo que un b-bailarín necesita, ¿verdad? Además, me s-sé las fechas de la batalla de Hastings, de la de Trafalgar y...

—Anna —repitió Mary—, ve a hablar con tu padre.

Tal como Mary sospechaba, Anna llevó a Jeremy por donde quería con sus dotes persuasivas. Convinieron en que haría la prueba para Ninette de Valois, a ver si conseguía una plaza en la escuela del Sadler's Wells Ballet.

—Dudo mucho que nuestra querida Anna se centre en nada más, al menos hasta que lo haya intentado —observó Jeremy, que no cabía en si de orgullo.

Tres días más tarde, Mary acompañó a Anna en autobús hasta Islington, donde se encontraba la escuela del Sadler's Wells Ballet. Mary nunca había estado entre bastidores, y mientras la guiaban por el entresijo de pasadizos que conducían a una pequeña sala equipada con una barra y un piano, se sentía a la vez incómoda y emocionada de entrar en un mundo nuevo para ella. Le hicieron a Anna unas cuantas preguntas sobre su formación anterior y, luego, la señorita Moreton, la profesora, le pidió que realizara unos ejercicios, primero en la barra y luego en el centro de la sala. Mary no pudo por menos que maravillarse ante lo mucho que había mejorado Anna durante los últimos años. Siempre había tenido una elegancia y un porte innatos, pero su físico en pleno desarrollo añadía mayor desenvoltura a sus movimientos.

Tras el primer *enchânement*, la señorita Moretón hizo una pausa y escrutó a Anna.

—Bailas como una rusa, y también lo pareces por tu aspecto. ¿Eres rusa?

Anna lanzó una mirada angustiada a Mary, y esta se encogió ligeramente de hombros y negó con la cabeza.

—No, soy inglesa.

—Pero fue a clase con la princesa Astafieva, y ahora lleva un tiempo con Nikolái Legat —terció Mary con nerviosismo, preguntándose si eso era bueno o malo.

—Ya ves, se te nota en los movimientos. Estoy segura de que ya sabes, Anna, que el Sadler's Wells Ballet está influenciado por la escuela rusa, pero como somos la primera compañía de ballet británica, la señorita De Valois está intentando crear un estilo propio. Aún estás verde pero tienes talento. ¿Podrías empezar el lunes?

Los ojos oscuros de Anna, tan llenos de preocupación, se tornaron radiantes de alegría.

—¿Quiere decir que me aceptan?

—Sí. Ahora entregaré a tu madre una lista de las prendas que necesitas para venir a clase, y tienes que comprar las zapatillas en la tienda de Frederick Freed. Nos veremos por aquí el lunes a primera hora.

Esa noche, en casa, hubo una celebración por todo lo alto. Anna no cabía en sí de entusiasmo, y contagiaba el sentimiento a toda la familia.

—Ahora sí que me verás hacer de Odette y Odile en el escenario, Sophia —exclamó Anna con regocijo mientras trazaba piruetas por la cocina con su hermanita en brazos.

—Ya no hay quien la pare, cariño —comentó Jeremy cuando se acostó junto a Mary en la cama—. Esperemos que llegue a cumplir su sueño.

Durante los cinco años siguientes, por fin parecía que la determinación, la dedicación y el talento natural de Anna empezaban a dar sus frutos. Hizo su debut como el joven señor de Treginnis en el escenario del recién inaugurado teatro de Sadler's Wells, en Rosebury Avenue. Ataviada con un pequeño vestido de estilo lord Fauntleroy y una peluca de pelo muy corto, el personaje representado por Anna abrió el ballet y al final quedaba solo en el escenario. Mary, Jeremy y la pequeña Sophia de nueve años la aplaudieron y estallaron en vítores cuando la compañía salió a saludar. El papel de Anna no le permitía cumplir con su sueño de aparecer en escena con un vaporoso tutú blanco, pero significaba que Ninette de Valois, la primera figura de la compañía, había empezado a fijarse en la joven. A ese le siguieron otros

papeles secundarios, como el de uno de los cuatro jóvenes cisnes del segundo acto de *El Lago de los cisnes* y la muchacha criolla de *Río Grande*.

En enero de 1939, a punto de cumplir veintiún años, Anna hizo su debut como Odette y Odile en *El lago de los cisnes*. El Sadler's Wells estaba a reventar, pues era la primera vez que una primera figura formada en Inglaterra encabezaba el reparto en lugar de las bailarinas importadas o exiliadas de Rusia. En el mundo balletístico había empezado a correrse la voz sobre Anna y su talento. Mary, con un nuevo vestido largo y un peinado confeccionado especialmente para la ocasión, se sentó en un palco junto a Jeremy y Sophia. El público enmudeció ante los compases de la conmovedora obertura de Chaikovski. Mary contuvo el aliento y rezó por que ese momento, tan soñado por Anna, fuera perfecto.

Al final no le cupo duda de que lo había logrado. Cuando los ramos de flores empezaron a caer sobre el escenario para coronar a la joven estrella emergente, estrechó con fuerza la mano de Jeremy con las lágrimas rodándole por las mejillas. Más tarde, el camerino estaba abarrotado de admiradores y Mary apenas logró felicitar a su hija. Anna, todavía con el tutú y unos ojos enormes por el recargado maquillaje de escenario, se abrió paso hasta su familia y saltó a los brazos de su madre.

—Oh, cielo, estoy muy orgullosa de ti. Dijiste que lo conseguirías y ¡mírate! ¡Lo has conseguido!

—Todo te lo debo a ti, mamá. —Las lágrimas brillaban en los ojos de Anna—. Gracias —susurró—. Gracias por todo.

Volviendo la vista atrás, a Mary el momento en que Anna alcanzó su meta le provocaba sentimientos encontrados, pues se daba cuenta de que fue ahí cuando empezó a perder a su hija. El mundo que rodeaba a Anna, lleno de pintorescos artistas de primer nivel, con sus prendas exóticas, sus hábitos peculiares y sus inclinaciones sexuales, estaba muy lejos del que había conocido Mary. Cuando Anna fue proclamada la joven primera figura del ballet británico y a su alrededor se apiñaron otras bailarinas para brillar en el reflejo de su gloria, empezó a abandonar la seguridad de su hogar de Kensington.

Mary siempre esperaba despierta a Anna después de las representaciones. Se interesaba por cómo le había ido y servía un cacao caliente con galletas a su hija exhausta. Pero últimamente rara vez la oía subir la escalera antes de las tres de la madrugada, y al día siguiente Anna se excusaba diciendo que tras el espectáculo había ido a cenar con sus amigos al Savoy, o que había estado bailando en un club de moda nada más y nada menos que con los miembros más jóvenes de la familia real. Mary ya no ejercía control alguno sobre la vida de su hija. Y como ahora Anna se ganaba de sobras el pan con sus propios esfuerzos, no podía quejarse de los atrevidos vestidos que llevaba (a menudo con corsé) ni de la cantidad de carmín de labios que se aplicaba. Por los numerosos ramos de flores que recibía en casa, Mary era consciente de que Anna contaba con un torrente de admiradores, aunque desconocía si entre ellos había alguien especial. Cualquier pregunta en esa dirección siempre recibía una respuesta evasiva.

Cuando le confió a Jeremy su preocupación por la vida social desenfundada de Anna y también desconocida para su madre, en especial en cuanto a sus relaciones con el género masculino, él la tranquilizó en tono apacible.

—Querida, Anna es joven y m-muy guapa. Y encima es una estrella. Se comportará como crea conveniente.

—Es posible —repuso Mary una noche con irritación—, pero no me gusta el olor de humo de cigarrillo que noto en el dormitorio de madrugada. Y además sé que bebe.

—Fumar o tomarse una ginebra de vez en cuando no es ningún crimen, Mary. Y menos para una joven sometida a la presión de tener que dar todas las noches lo mejor de si misma.

Mary se volvió y lo miró de soslayo, frustrada de que Jeremy siempre estuviera de parte de Anna.

—Me preocupo por ella, eso es todo. Esa gentuza con la que va...

—Ya lo sé, querida, pero ya es m-mayorcita. Tienes que soltar las riendas.

La tensión entre Anna y Mary llegó a su punto álgido unas semanas después, cuando Anna, sin previo aviso, decidió invitar a una pandilla de amigos a subir a su casa tras la representación. El sonido de la música de

Cole Porter en el gramófono y la estridente risa de los invitados de su hija en el salón tuvieron a Mary y Jeremy despiertos hasta altas horas. Al día siguiente, decidida a hablar con Anna y marcar unas normas de conducta básicas, Mary llamó a la puerta de su dormitorio y entró. Anna dormía profundamente, igual que el joven acostado a su lado. Mary, que de puro horror se había quedado sin respiración, salió de la habitación dando un sonoro portazo.

Al cabo de diez minutos, Anna apareció en la cocina cubierta con una bata. Sonrió con timidez a su madre, que estaba estampando los platos del desayuno en el fregadero.

—Disculpad si anoche no os dejé dormir. Tendría que haberos preguntado si podíamos venir a casa. Era tarde y c-creí que...

—¡Eso da igual! ¿Qué...? ¿Quién es...? —Mary no era capaz de pronunciar las palabras.

—¿Te refieres a Michael? —Anna sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo de la bata, encendió uno y se sentó con gracilidad en el borde de la mesa—. Es mi p-pareja de baile, mamá. Y somos... amantes. —Dio una calada al cigarrillo—. No te importa, ¿n-no? A fin de cuentas, tengo más de veintiún años.

—¡¿Que si me importa?! ¡Pues claro que me importa! Tal vez tú vivas en un mundo en el que ese tipo de comportamientos están bien vistos, pero tienes una hermana de diez años. Y mientras vivas bajo mi techo, te comportarás con buena educación. ¿En qué estás pensando, Anna? Sophia podría haber entrado en tu dormitorio y ver a... ¡ese!

—Lo siento, mamá. —Anna se encogió de hombros—. Quiero decir que el mundo ha cambiado y hoy en d-día a nadie le preocupa el se...

—¡No te atrevas a decirlo! —Mary se estremeció—. ¿Cómo puedes ser tan fresca? ¡Debería darte vergüenza! Me avergüenza haberte fallado, haberte educado de modo que creas que ese tipo de comportamientos... ¡no son pecado!

—Mamá, p-pareces una pueblerina hablando así, y una beata y...

—¡No te atrevas a hablarme en ese tono, jovencita! Me da igual lo importante que seas en el escenario, ¡mientras estés bajo mi techo acatarás las normas! Y no pienso aguantar... —Mary señaló hacia arriba— ¡esos

enredos!

Ana permaneció sentada tranquilamente, fumándose el cigarrillo. Mary observó las cenizas cayendo al suelo mientras su hija no hacía el mínimo gesto por evitarlo. Al final, Anna asintió.

—Muy bien, mamá. Entendido. Ya soy mayor y me gano el pan. Si n-no te gusta mi vida, creo que es hora de que me busque otra casa.

Sin más explicación, Anna salió de la cocina dando también un portazo.

Al día siguiente, hizo las maletas y se marchó.

Jeremy trataba de tranquilizar a su esposa, asegurándole que el comportamiento de Anna era normal en las chicas de su época. Y ella no solo se estaba haciendo adulta sino que cada vez recibía más aplausos de un público que la adoraba. A pesar de que Jeremy tenía razón, Mary no lograba hacerse a la idea de que Anna se hubiera marchado de casa de una forma tan brusca.

Durante las semanas posteriores, Anna no hizo ningún intento de ponerse en contacto con su madre. Todo lo que Mary sabía de ella era por los numerosos artículos y crónicas de sociedad en los periódicos, donde el nombre de Anna solía destacar. Aparecía fotografiada junto a estrellas del mundo del ballet y del cine, y del brazo de numerosos aristócratas. La niña tímida por quien Mary había sacrificado tanto se había convertido en una criatura a quien no conocía ni comprendía. Aun así... Mary era consciente de que siempre había poseído una voluntad férrea. Lograba cualquier cosa que se proponía. Y el hecho de que se encontrara en la cumbre de la profesión que había elegido era una prueba de ello. Sin embargo, la facilidad con la que Anna había arrancado de su vida a su madre, su padre y su hermana, demostraba una insensibilidad que antes no estaba presente en su carácter.

Con todo, cuando los nubarrones que amenazaban guerra volvieron a cernirse sobre Europa, Mary se encontró con demasiados problemas propios para preocuparse por lo demás. Jeremy, que tantos progresos había hecho desde que lo conoció, volvió a sufrir las antiguas pesadillas. El temblor de sus manos y el tartamudeo se acentuaron. Todas las mañanas leía *The Times* con el rostro cada vez más ceniciento. Perdió el apetito, y Mary observó que cada vez se encerraba más en si mismo. No importaba las veces que le repitiera que, si estallaba la guerra, no lo llamarían a filas. El miedo de Jeremy a verse

de nuevo sumido en el horror aumentaba a pasos agigantados.

—T-tú n-no lo entiendes, Mary. A lo mejor al principio no me llaman, pero cuando se vean desesperados buscando más c-carne de cañón para frenar a los *Kartoffeln*, llamarán a todo bicho viviente. Créeme, lo he visto con mis propios ojos; mandan saltar la trinchera a hombres más viejos que yo con tal de superar en n-número al enemigo.

—Jeremy, cariño, tu informe médico dice que sufres neurosis de guerra. No van a llamarte.

—Me enviaron de v-vuelta a las trincheras cuatro veces, Mary. Y estaba m-mucho peor de lo que estoy ahora. —Sacudió la cabeza, desesperado—. Tú no comprendes la guerra, Mary. Déjalo estar, p-por favor.

—Pero todo el mundo dice que esta vez será distinto. No habrá trincheras, amor mío —insistió una y otra vez—. Si estalla la guerra, esta vez se luchará con armas modernas, con los nuevos artilugios que se han inventado para eso. Nadie que esté en sus cabales se arriesgaría a perder a toda una generación de hombres como la última vez. Por favor, Jeremy, las cosas han cambiado.

Jeremy se puso en pie, con una mezcla de ira, frustración y miedo en la mirada, y salió de la habitación.

A medida que las noticias pintaban más y más negra la situación y la inminencia de una segunda guerra resultaba más cierta cada día que pasaba, Mary compadecía a su marido. Jeremy ya no se unía a ella y a su hija en la cocina para cenar, prefería hacerlo solo en su estudio.

—¿Qué le pasa a papá? —preguntaba Sophia a Mary cuando la arropaba en la cama.

—Nada, cielo, solo es que últimamente no se encuentra muy bien —la tranquilizaba Mary.

—¿Habrà una guerra? ¿Por eso está papá tan preocupado? —insistía a Mary mientras la miraba desde la almohada con aquellos ojos verdes enormes tan parecidos a los de su padre.

—Es posible, pero si sucede, es algo que no puede evitarse. No te preocupes, cielo. Tu papá y yo ya vivimos otra guerra y lo hemos contado. Y esta vez también lo contaremos.

—Pero ahora todo es diferente, mamá. Anna no está, y papá parece... —Sophia suspiró—. Parece que tampoco esté. Las cosas ya no son como antes,

y no me gusta, mamá. Tengo miedo.

Mary abrazaba con fuerza a su hija, le acariciaba el pelo y susurraba palabras de consuelo, igual que años atrás había hecho con Anna.

El verano siguió su curso y en la ciudad empezaron a observarse señales del inicio de una guerra inminente. Mary tenía la impresión de que todo el país estaba en suspenso, todo el mundo contenía la respiración ante lo inevitable. Jeremy estaba catatónico. Incluso había abandonado el dormitorio de matrimonio y ahora dormía en el vestidor, arguyendo que despertaba a Mary con las pesadillas. Ella, con la frente arrugada de preocupación, le suplicaba que se pusiera en contacto con su antiguo regimiento para ahuyentar los temores.

—Te declararon inválido, cariño. Es imposible que te llamen ahora. Por favor, Jeremy, escríbeles una carta y descansa de una vez. Cuando lo sepas seguro, te quedarás más tranquilo.

Pero Jeremy permanecía sentado en su sillón del estudio, con la mirada fija en la distancia y sin oír lo que le decía.

Cuando por fin se anunció el comienzo de la guerra en septiembre, Mary se sintió aliviada. Con suerte, por fin sabrían a qué atenerse. Al cabo de diez días, Mary estaba acostada leyendo un libro cuando oyó que llamaban a la puerta.

—M-Mary, ¿p-puedo pasar? —preguntó Jeremy.

—Claro que puedes pasar. Por todos los cielos, este es tu dormitorio. — Mary observó a Jeremy acercarse arrastrando los pies. Había perdido mucho peso y tenía la cara igual de pálida y demacrada que cuando lo conoció. Se sentó en la cama junto a ella y le cogió las manos.

—Mary, q-quería decirte que t-te amo. Tú, junto con Anna y Sophia, has hecho q-que valga la p-pena vivir.

—Lo mismo digo —respondió Mary con dulzura.

—S-siento haberte c-causado problemas estas últimas semanas. No volverá a ocurrir, te l-lo prometo.

—Lo comprendo, querido. Supongo que ahora que la guerra ya ha empezado, estás más tranquilo.

—Sí. —Jeremy pronunció la palabra con un hilo de voz. Luego se inclinó hacia delante y abrazó a Mary—. T-te quiero, amor mío. N-no l-lo olvides n-

nunca, ¿quieres?

—No lo olvidaré.

—Sé todo lo fuerte, v-valiente y buena que has sido siempre. —La soltó, le dio un beso en los labios y le sonrió—. ¿T-te importa que esta n-noche d-duerma aquí contigo? No q-quiero estar solo.

—Amor mío —respondió Mary con cariño—, estás en tu cama con tu esposa.

Jeremy se acostó a su lado y Mary lo estrechó entre sus brazos y le acarició el pelo hasta que advirtió que su respiración se acompasaba. Luego, incapaz de conciliar el sueño, se dedicó a contemplarlo. Era ya bien entrada la madrugada cuando, segura de que dormía profundamente y en paz, se durmió ella también.

A la mañana siguiente, Mary dejó a Jeremy en la cama y bajó a preparar el desayuno para Sophia. Las dos salieron de casa a las ocho y cuarto y recorrieron en diez minutos el camino que llevaba hasta la escuela de Sophia, situada justo al final de Brompton Road.

—Que tengas un buen día, cielo. Luego pasaré a recogerte, como siempre.

Mary observó a Sophia darse media vuelta y entrar en la escuela. Ese día hacía un sol radiante y, al dirigirse a los establecimientos donde solía comprar la carne y la verdura, Mary se sentía más animada de lo que acostumbraba a estarlo últimamente. Por menos la noche anterior Jeremy le había hablado, y parecía más tranquilo. Aunque la guerra prometía sumirlos en un nuevo calvario, Mary sabía que, mientras Jeremy y ella consiguieran mantenerse unidos, todo saldría bien. Se entretuvo más de lo habitual, escuchando a las otras mujeres comentar a la carnicera que era muy probable que hubiera racionamientos y cuándo los alemanes empezarían a bombardear Londres en serio. Ocurriera lo que ocurriese, pensaba Mary de camino a casa, Jeremy y ella lo afrontarían juntos.

Cuando llegó, no había rastro de su marido, lo cual no era algo fuera de lo normal. Muchas veces Jeremy salía a pasear de buena mañana para comprar el periódico y luego vagaba un rato por Kensington Gardens antes de regresar a casa.

Mary realizó las tareas domésticas habituales mientras pensaba que a muchas personas les resultaría extraño que prefiriera ocuparse ella misma de los trabajos prosaicos cuando podía permitirse perfectamente emplear a alguien para hacerlos. Nada más casarse con Jeremy, despidió al ama de

llaves porque se sentía incómoda con la que percibía como una figura demasiado intervencionista, y solo contaba con una criada durante el día que la ayudaba a llevar la casa. Sin embargo, para ella era un placer y una satisfacción encargarse de que su marido y su hija tuvieran la casa ordenada, limpia y bien organizada.

Al mediodía, después de preparar una comida ligera para Jeremy y ella misma, le extrañó no haber oído a su marido abrir la puerta y se preguntó si estaría agotado y seguía durmiendo desde que lo dejara por la mañana.

—¿Jeremy? ¿Jeremy? —lo llamó, recorriendo todas las habitaciones de la planta baja. El despacho de Jeremy estaba desierto, igual que el salón, la biblioteca y el comedor. Mary sintió un amago de pánico. Una de las cosas que permitían a Jeremy sobrevivir desde la terrible experiencia en el frente era la rutina. Era insólito que no se presentara en casa a la hora de comer. Con un mal presentimiento, subió la escalera, abrió la puerta del dormitorio y vio que la cama estaba vacía.

—¿Dónde estás, cariño? ¿Estás aquí? —llamó mientras recorría el pasillo en dirección al vestidor. Llamó a la puerta y no recibió respuesta, así que la abrió.

Tardó un rato en captar lo que estaba viendo. Ante sus narices colgaban un par de zapatos perfectamente brillantados. Miró hacia arriba y vio el resto del cuerpo pendiendo de una cuerda sujeta a la lámpara del techo.

Después de que llegara el médico, certificara la muerte de Jeremy y avisara a la policía para que acudiera a descolgar el cuerpo, tendieron a Jeremy en la cama. Mary se sentó a su lado, incapaz de dejar de acariciarle la piel pálida y cenicienta. Catatónica por la impresión, era incapaz de asimilar lo que había sucedido.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que el señor Langdon haya querido quitarse la vida, señora? —preguntó el agente de policía.

Mary, asiendo la mano de su marido muerto, asintió.

—Me parece que sí.

—Siento tener que preguntarle esto en unos momentos tan difíciles para usted, señora, pero le agradecería que nos lo aclarara. Así no tendremos que

volver a molestarla.

—Creía... —Mary carraspeó para quitarse el nudo de la garganta— que iban a volver a llamarlo a filas. Sufría neurosis de guerra, ¿sabe?

—¿Y lo han hecho? ¿Lo han llamado a filas?

—Después de la guerra anterior, lo licenciaron del ejército por invalidez. Le dije muchas, muchas veces que no lo reengancharían, pero... —Mary sacudió la cabeza con desesperación— no se lo creía.

—Ya entiendo. Si le sirve de consuelo, señora, a mi tío le pasó igual. Nada de lo que uno pudiera hacer o decir servía para ahuyentar el miedo. Usted no tiene la culpa.

—No; pero yo sí que me siento culpable... Me siento culpable...

Sonó el timbre de la puerta principal.

—Probablemente es la ambulancia, señora; vienen a llevarse a su marido. Bajaré a abrir. Mientras tanto, ¿sería tan amable de revisar si hay algo de lo que su marido lleva encima que desee conservar?

Mary asintió. Observó al agente salir de la habitación y, poco a poco, bajó la cabeza hasta posarla en el pecho de Jeremy.

—Oh, querido, ¿por qué nos has dejado solas a Sophia y a mí? ¿No podías confiar en que te ayudaríamos a sobrellevarlo? Te quiero, cariño; te quiero con toda el alma. ¿No lo sabías? ¿No lo notabas?

Mary sacudió la cabeza con desesperación en medio del silencio, comprendiendo que él nunca volvería a responderle. Tal como le había sugerido el agente, le quitó el reloj a Jeremy y luego revisó los bolsillos en busca de lo que pudiera llevar. Notó el tacto del papel en el bolsillo izquierdo y extrajo un sobre. Mientras se incorporaba leyó las palabras «Al servicio de Su Majestad» en el ángulo izquierdo. Se parecía al sobre marrón que Sean había recibido cuando los Guardias Irlandeses lo llamaron a filas.

Mary le dio la vuelta y vio que estaba sin abrir. Poco a poco, rasgó el papel y sacó la carta; ahora ya sabía por qué su marido se había quitado la vida.

Departamento de Pensionados del Ejército

5 de octubre de 1939

Apreciado señor Langdon:

Por la presente le informamos de que su actual pensión mensual de 5,15£ pasará a ser de 6,25£. El aumento tendrá efecto a partir de enero de 1940.

Atentamente,

La firma estampada al final del documento era ilegible.

La carta cayó de las manos de Mary cuando esta volvió a posar la cabeza sobre el pecho de su marido y lloró como si se le estuviera desgarrando el alma.

Mary y Sophia fueron las únicas personas que asistieron al funeral de Jeremy. Mary no tenía ni idea de dónde vivían los padres de su esposo. Lo más doloroso, sin embargo, fue la ausencia de Anna, a quien Mary había informado mediante una carta.

Lo único que hizo que Mary sobreviviera a aquel negro mes de octubre fueron Sophia y su necesidad de consuelo. Mary consideraba una bendición no tener tiempo de pensar en si misma, pues su pena era tan honda que no le habría costado nada seguir el mismo camino que Jeremy. También sabía que había cosas que debía solucionar pronto. Por ejemplo, todas las semanas Jeremy le entregaba una suma para los gastos de la casa. De momento se las arreglaba con el dinero que había ganado trabajando de sirvienta. Pero, aunque no era probable que se quedara sin ahorros en un futuro próximo, y considerando que siempre podía retomar la tarea de confeccionar prendas de vestir, no tenía ni idea de la situación en que se encontraba con respecto a la casa ni de si en el testamento formaba parte de su legado.

Las cosas se aclararon al cabo de una semana, el día en que sonó el timbre de la puerta y un hombre medio calvo vestido de negro la saludó quitándose el bombín.

—La señora Langdon, supongo.

—¿Quién es usted? —preguntó Mary con suspicacia.

—Soy el abogado Sidney Chellis, del bufete Chellis & Latimer. Me envían lord y lady Langdon, los padres de su difunto marido, para tratar un asunto legal. ¿Puedo pasar?

Mary asintió con gesto cansino. Mientras lo acompañaba al salón, se dio

cuenta de que Jeremy nunca le había contado que tuviera ascendencia noble. De hecho, no le había contado gran cosa de su familia.

—Siéntese, por favor. ¿Le apetece una taza de té? —preguntó.

—No hace falta. Lo que tengo que decirle no me llevará mucho tiempo.

—El abogado extrajo unos papeles del maletín y se los apoyó en las rodillas.

Mary, nerviosa, tomó asiento frente a él.

—¿He... hecho algo malo?

—No, señora Langdon; la verdad es que no se encuentra en ningún apuro. Por lo menos, que yo sepa. —La miró por encima de las gafas y arqueó las cejas—. Seguro que sabe que su marido hizo testamento y le legó a usted esta casa, la pensión del ejército y las rentas de sus propiedades, ¿no?

—No, señor Chellis; por el momento no me he dedicado a averiguarlo. He estado demasiado ocupada llorando su muerte —respondió Mary con sinceridad.

—Bueno, hizo el testamento con nosotros, que desde hace más de sesenta años somos los abogados de la familia Langdon. Sin embargo, hay un pequeño problema.

—¿De qué se trata?

—Esta casa, en primera instancia, la heredó la madrina del señor Langdon de su abuelo. Ha sido propiedad de la familia desde que se construyó hace doscientos años. El codicilo del testamento de la madrina del señor Langdon especifica que su marido era usufructuario vitalicio de la casa, pero a su muerte esta vuelve quedar en manos de la familia Langdon.

—Entiendo —dijo Mary en voz baja.

—Usted tuvo una hija con el señor Langdon, una niña llamada... —el señor Chellis consultó los documentos— Sophia May ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Y ahora tiene diez años?

—Exacto.

—El problema que se nos presenta... —el señor Chellis se quitó las gafas y las frotó contra el chaleco— es, sencillamente, que Sophia es una niña. Cuando se case, adoptará el nombre de su marido. Y si, pongamos por caso, Sophia y su marido se divorcian, o si Sophia muere, habrá dificultades para que la casa siga en manos de la familia Langdon. ¿Comprende el

razonamiento?

—Sí, señor Chellis. Por desgracia, lo comprendo.

—Debo decirle que, ante la ley, si desea invalidar el codicilo del testamento, es posible que el tribunal le dé la razón. A fin de cuentas, usted es la viuda del señor Langdon y tiene la descendencia a su cargo. Con todo, el asunto le saldría muy caro y... —el señor Chellis pareció estremecerse— resultaría bastante indecoroso. Por este motivo, lord y lady Langdon quieren hacerle una propuesta. Están dispuestos a ofrecerle una cantidad de dinero sustancial a cambio de que les ceda la casa. Y, además de eso, en compensación por su renuncia a las rentas de las propiedades de su marido, firmarán un suculento acuerdo en favor de su hija Sophia.

—Entiendo. —Mary asimiló lo que el abogado le estaba diciendo—. Así, señor Chellis, lo que en realidad desean lord y lady Langdon es que mi hija y yo dejemos de formar parte de su vida, igual que su hijo, ¿no?

—Yo no lo diría de esa forma, señora Langdon. Es evidente que, por desgracia, hubo un distanciamiento entre lord y lady Langdon y su hijo, pero yo, como abogado, no debo entrar en ese asunto. La suma que han establecido como compensación por renunciar a la casa es de mil quinientas libras. Además, Sophia recibiría cinco mil libras.

Mary escuchó en silencio. No tenía ni idea del valor de la casa ni tampoco de la cantidad a la que ascendían las rentas de las propiedades de Jeremy, de modo que no podía saber si lo que le estaban ofreciendo era justo. Además, todo aquel asunto le revolvía las entrañas.

—Aquí tiene la oferta por escrito para que se lo piense. Encontrará mi dirección y el teléfono en la parte superior. Le agradeceré que, en cuanto tome una decisión, se ponga en contacto directamente conmigo.

—¿Y lord y lady Langdon? ¿No quieren conocer a su nieta? —musitó casi para sus adentros—. A fin de cuentas, Sophia es sangre de su sangre.

—Tal como le he comentado antes, señora Langdon, yo no soy más que un intermediario. Aunque lo cierto es que en ningún momento me han dicho que deseen conocer a Sophia.

—No... No, claro. —Mary levantó la cabeza y miró fijamente al señor Chellis—. Después de todo, una familia aristócrata no puede aceptar en su seno a la hija de una niñera irlandesa, ¿verdad?

El señor Chellis desvió la mirada incómodo y se dedicó a guardar los documentos en el maletín.

—Tal como le he indicado, si es tan amable, póngase en contacto conmigo cuando haya tomado una decisión. Yo me encargaré de todos los trámites. —Se levantó y la saludó con una inclinación de cabeza—. Gracias por recibirme. Espero de corazón que todo se resuelva con el beneficio de ambas partes.

Mary lo siguió en silencio hasta la puerta.

—Adiós, señor Chellis. Me pondré en contacto con usted cuando haya tenido tiempo de sopesar su oferta.

Unos cuantos días después, Mary empezó a hacer averiguaciones sobre la misteriosa familia de su difunto marido. Descubrió que Jeremy era el segundo hijo de lord y lady Langdon, y que la familia vivía cómodamente en una propiedad rural de doscientas hectáreas en el condado de Surrey. La finca era famosa por la abundancia de faisanes y patos para la caza. Y por una colección de valiosos cuadros de Holbein. Mary también quiso saber cuánto dinero podría obtener por la casa en la que actualmente vivía si se decidiera a venderla.

Aunque la situación era dolorosa, Mary tenía todos los pensamientos puestos en Sophia y en lo que le correspondía legítimamente por ser hija de Jeremy. Unos años atrás, habría rehusado cualquier oferta, pero ahora Mary era más madura y más avispada y sabía perfectamente cómo funcionaba el mundo. Por el bien de su hija, aunque aquello le revolviere las tripas por tratarse de un puro chantaje, tenía que mirar más allá.

Mary también sabía que lo que había hecho en el pasado le impedía llevar a la familia de Jeremy ante los tribunales. ¿Quién sabía adónde podían ir a parar las cosas si el caso trascendía a la prensa? ¿Y si alguna persona de su vida anterior la reconocía y llegaba a relacionarla con Anna? ¿Y si ataban cabos?

El señor Chellis tenía el bufete en Chancery Lane. Mary se presentó ante la

secretaria, y mientras aguardaba sentada a que la recibieran, iba haciendo acopio de fuerzas para mantener a raya los nervios y las emociones.

—Señora Langdon —el señor Chellis apareció en la puerta de su despacho—, por favor, pase y siéntese.

—Gracias. —Mary lo siguió y tomó asiento en el borde de un cómodo sillón de cuero—. He estado pensando en su oferta, señor Chellis —Mary reunió el coraje necesario para pronunciar las palabras—, y si está dispuesto a doblar la cantidad que me ofrece a cambio de la casa, acepto el trato.

El señor Chellis apenas hizo amago de arquear las cejas. Tal como Mary sospechaba, se esperaba aquella reacción.

—Tendré que consultarlo con lord y lady Langdon, pero creo que una cantidad situada en esa franja les parecerá aceptable. Como es natural, le pediremos que firme un documento oficial por el que renuncia a la herencia de su marido. Y también a cualquier reivindicación que Sophia pudiera hacer en el futuro sobre la propiedad de los Langdon.

—Lo comprendo. —Mary se puso en pie; no deseaba prolongar el pacto con el diablo más tiempo del necesario—. Esperaré sus noticias. Buenos días, señor Chellis.

Al cabo de dos meses, Mary, de pie en el recibidor de su casa, echó un último vistazo al hogar donde había vivido momentos tan felices. El coche llegaría de un momento a otro, y los dos camiones que transportaban la ropa de su hija y la de ella, además de un tercer camión con objetos cargados de valor sentimental, viajarían detrás. Mary se sentó en el último peldaño de la escalera; sentía que la habían abandonado las fuerzas. Se consoló pensando que aunque le hubieran permitido quedarse en esa casa, probablemente no lo habría hecho. Todo lo que veía, todos los olores que notaba entre esos muros, le recordaban lo que había perdido.

Vio que Sophia bajaba la escalera en su dirección y extendió los brazos para recibir a su hija. Sophia se arrojó en ellos y Mary le acarició el pelo.

—¿Lo tienes todo a punto?

—Sí —dijo Sophia, asintiendo—. Tengo miedo, mamá.

—Ya lo sé, cielo, pero lo que hacemos es para bien. Ya tuve que pasar

una guerra en Londres, y dicen que esta vez las bombas serán mucho peores.

—Sí, mamá, pero...

Llamaron a la puerta.

—El coche ya está aquí, corazón. —Mary se apartó de su hija, le sonrió y le dio la mano. Juntas, se dirigieron despacio hacia la puerta principal mientras decían adiós en silencio a la vida que dejaban atrás. Mary guio a la niña al exterior y entró con ella en el coche.

Había llegado la hora de regresar a casa.

Aurora

Vaya! Probablemente no está bien visto que un autor llore con sus propias obras, pero la historia de Mary y Jeremy me parece de lo más triste. Se amaban muchísimo, y sin embargo, al final ni siquiera el amor logró imponerse y mejorar la situación. A veces, por lo que voy aprendiendo a través del viaje por mi propia historia, el amor no puede curar las tremendas heridas que el pasado ha inferido a una persona. Si Jeremy hubiera abierto el sobre, habría visto que contenía una notificación de aumento del retiro, no el llamamiento a filas...

Si hubiera...

Bueno. Supongo que eso es aplicable a todas las situaciones de la vida... Sobre todo de la mía.

La cuestión es que si Jeremy hubiera abierto el sobre, el resto de mi historia sería muy distinta; tal vez ni siquiera habría valido la pena escribirla. Empiezo a comprender que el sufrimiento aporta fortaleza y sabiduría (no cabe duda de que yo he cambiado), y que forma parte de la vida igual que la felicidad. Todo tiene su equilibrio natural, porque ¿cómo es posible sentirse feliz si no se está triste de vez en cuando? ¿O saber que gozas de buena salud si nunca has caído enfermo?

Últimamente, he estado reflexionando sobre el concepto del tiempo. Mary y Jeremy vivieron sumamente felices durante una época, y tal vez esos episodios sean lo único a lo que podemos aspirar los humanos. Como siempre ocurre en los cuentos de hadas, el mal es tan necesario como el bien. Los seres humanos vivimos siempre con la esperanza de recuperar los buenos momentos, y cuando esa esperanza se pierde por completo, como en el caso de Jeremy, ¿qué es lo que nos queda?

A decir verdad, yo he llegado a un punto en que me cuesta aferrarme a ello. Tengo ya muy poca confianza.

Pero mientras hay vida...

Bueno; ya está bien de hablar de mí. Voy a volver a los tiempos modernos, después de que Kathleen haya contado a Grania la historia de su abuela. Y de que me llevaran a Dunworley por primera vez...

*Dunworley, West Cork,
Irlanda*

A sí, ¿«a casa» significaba a Irlanda? —Grania estaba sentada ante la mesa de la cocina de casa de sus padres, con una taza de té entre las manos. Había decidido llevar a Aurora a la granja y, al mismo tiempo, preguntarle a Kathleen qué más sabía de la historia de Mary.

—Sí. Mary regresó a Irlanda con Sophia y compró una acogedora casita en Clonakilty.

—¿Y no volvió a casarse nunca?

—No. —Kathleen sacudió la cabeza—. Según me contó mi madre, Mary había sufrido tanto en Londres que la pena le duró toda la vida.

—Pero ¿mantuvo el contacto con la familia Ryan?

—Sí, y eso es lo que resulta más irónico, sin duda —respondió Kathleen—. Mary no se casó con Sean, pero su hija Sophia sí que acabó casándose con Seamus Doonan, el hijo de la hermana menor de Sean, Coleen, ¡y me tuvo a mí!

—¡Santo cielo, mamá! —Grania escuchaba anonadada—. Así, ¿Bridget y Michael Ryan eran tus bisabuelos? Y si Sean viviera, ¿sería tu tío abuelo?!

—Sí. Coleen se trasladó a la granja nueva, la que originalmente habían construido para Sean y Mary, cuando se casó con Owen, mi abuelo. Ellos la traspasaron a su hijo Seamus, que se casó con mi madre, Sophia. Y cuando mi padre murió, tu padre y yo tomamos las riendas —explicó Kathleen.

—Así, tu madre, Sophia, tenía sangre inglesa, ¡y encima azul! —añadió Grania—. ¿Tu otro abuelo era Jeremy Langdon?

—Sí. Lo cual significa que Shane y tú también sois de linaje noble. —A

Kathleen se le iluminaron los ojos—. ¡Ya ves que no eres una simple campesina irlandesa, tal como creías, Grania! A Sophia tampoco se le notaba. Mi madre era igual que la suya, Mary: bondadosa, casariega, sin un ápice de sofisticación. No se parecía en nada a su hermana adoptiva, esa Anna.

Grania reparó en el tonillo de su madre y observó que se le ensombrecía el rostro.

—¿La conociste? —preguntó sorprendida—. Creía que Mary y ella se habían distanciado.

Kathleen se apoyó con pesadez sobre la mesa.

—A ver, Grania, cielo, la historia no termina ahí. ¿Es que aún no has atado cabos?

—No. —Grania negó con la cabeza—. ¿Tendría que haberlo hecho?

—Pensaba que al estar en Dunworley House lo habrías comprendido. Hay pistas por toda la casa. Bueno, la cuestión...

En ese momento Aurora entró por la puerta trasera con uno de los cachorros de pastor escocés recién nacidos en brazos.

—¡Oh, Grania! ¡Señora Ryan! —A Aurora los ojos le brillaban de felicidad al contemplar el cachorro—. ¡Es una perrita preciosa! ¡Y Shane me ha dicho que puedo ponerle el nombre que quiera! Creo que me gustaría llamarla Lily, como mi madre. ¿Qué tal?

Grania reparó en la expresión de su madre, pero no hizo caso.

—A mí me parece estupendo.

—Qué bien. —Aurora plantó un beso en la coronilla a la perrita recién bautizada—. No podría... Quiero decir, si fuera posible...

—Antes tenemos que preguntárselo a tu padre, Aurora —repuso Grania, leyéndole el pensamiento—. Además, de momento Lily tiene que estar con su madre.

—Pero ¿podré venir a verla todos los días? —suplicó Aurora—. ¿Puedo, señora Ryan?

—Yo...

Grania observó que su madre no podía evitar ablandarse ante una niña tan encantadora y vehemente.

—Bueno, no veo por qué no.

—¡Gracias! —Aurora se acercó a Kathleen y le plantó un beso en la

mejilla. Luego exhaló un suspiro de placer—. Me encanta estar aquí, en su casa. Esto sí que parece... —buscó la palabra— un hogar.

—Muchas gracias, Aurora. —Los últimos esfuerzos de Kathleen por resistirse se desvanecieron—. ¿Dónde pensáis cenar esta tarde?

—Todavía no lo habíamos decidido, ¿verdad, Aurora? —dijo Grania.

—¿Y por qué no os quedáis aquí con nosotros?

—¡Yupiii! Así podré estar más rato con Lily. Me vuelvo con Shane, ha dicho que me enseñaría cómo se ordeñan las vacas.

Grania y Kathleen observaron marcharse a Aurora.

—Por mucha manía que les tengas a los Lisle, debes reconocer que Aurora es un encanto de criatura —dijo Grania con cautela.

—Tienes razón. —Kathleen estampó la mano en la mesa y se puso en pie, dispuesta a regresar junto al montón de patatas por pelar—. Ella no tiene ninguna culpa, pobrecilla. ¿Qué tal va lo de las pesadillas? —preguntó a Grania mientras sacaba un cuchillo del cajón y empezaba a pelar las patatas.

—Mejor, parece. Al menos ya no camina dormida por la casa. —Grania quería retomar la conversación anterior—. Antes de que entrara Aurora, me has preguntado si había atado cabos y...

Esa vez fue su padre quien las interrumpió.

—Prepárame un té, Kathleen. Tengo una sed que me muero —dijo John entrando a zancadas en la cocina.

—Pero tú mientras ve arriba a ducharte —repuso Kathleen con la nariz arrugada—. Hueles a vaca, y sabes que no lo soporto.

—Vale, ya voy —dijo John, y estampó un beso en la coronilla a Kathleen para hacerle rabiar—. Cuando baje a tomarme el té, oleré a rosas.

Esa tarde Grania no tuvo más oportunidades de hablar del pasado con su madre. Sin embargo, disfrutó viendo a Aurora sentada a la mesa de los Ryan, preguntándoles con gran entusiasmo sobre todos los detalles de la vida en la granja.

—Me parece que si no puedo ser bailarina, querré ser granjera —dijo a Grania cuando regresaban a casa por el camino de los acantilados—. Me encantan los animales.

—¿Has tenido una mascota?

—No; a mi madre no le gustaban los animales. Decía que huelen mal.

—Bueno, seguro que un poco sí —convino Grania.

—Pero las personas también huelen —dijo Aurora con ecuanimidad cuando entraron en la cocina a oscuras y Grania encendió la luz.

—Tienes razón, señorita. Y ahora, directa a tu habitación; es tarde.

Cuando hubo acostado a Aurora, Grania, incapaz de relajarse, se dedicó a deambular por la casa. No podía quitarse de la cabeza a Mary, su bisabuela, que por lo que sabía de ella le parecía una gran mujer. Aunque seguía sin adivinar qué relación tenía con los Lisle, y por tanto sin atar cabos, tal como decía su madre, algo de aquella historia le sonaba, pero no sabía qué. Algo que no lograba situar y que pondría las cartas boca arriba. No estaba en el salón, ni en la biblioteca, ni en el despacho de Alexander... Grania abrió la puerta del comedor al recordar la noche que estuvo cenando con él.

Allí, colgado sobre la chimenea, estaba el cabo suelto. Al verlo por primera vez apenas le había prestado atención, pero era obvio que inconscientemente se había fijado en él. Un retrato al óleo de una bailarina con un tutú blanco y plumas de cisne adornándole el pelo oscuro. Tenía los brazos cruzados sobre las piernas y no se le veía el rostro, apoyado en las rodillas. Al pie del retrato se leía: ANNA LANGDON EN *LA MUERTE DEL CISNE*.

—Anna Langdon... —Grania pronunció el nombre en voz alta. Ahí estaba la clave que le había pasado por alto. Ese era el motivo por el que Kathleen había dicho que Aurora había heredado el talento de su abuela.

Una hora más tarde, subió a la planta superior. No había podido confirmar su teoría puesto que la cara de la bailarina del retrato estaba oculta. Pero si era la misma mujer de ojos oscuros que aparecía en las fotografías en blanco y negro distribuidas por toda la casa, Grania sabría que había atado cabos.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Grania preguntó a Aurora como por casualidad:

—Aurora, ¿llegaste a conocer a tu abuela?

La niña negó con la cabeza.

—Mamá me dijo que murió antes de que yo naciera. La abuela era muy

mayor cuando tuvo a mamá, ¿sabes?

—¿Recuerdas su nombre?

—¡Pues claro! —La pregunta indignó a Aurora—. Se llamaba Anna, y en sus tiempos era bailarina. Como quiero ser yo.

Esa tarde, en la granja, mientras Aurora correteaba felizmente por las colinas contando ovejas con Shane, Grania volvió a tantear a su madre.

—Así, mamá, ¿cómo fue que Anna Langdon y el hermano menor de Lawrence Lisle, Sebastian, se conocieron y se casaron? Estoy en lo cierto, ¿verdad? Anna Langdon, la famosa bailarina, era Anna Lisle, ¿no? La madre de Lily y la abuela de Aurora.

—Sí. —Kathleen asintió—. Así es. No puedo contarte los detalles, Grania, porque cuando se casaron yo no era más que un bebé. Aunque sí que llegué a conocerla, lo que ocurrió antes solo puedo deducirlo. Y como mi madre no sentía precisamente pasión por su hermana, apenas me habló de ella.

—Pero ¿por qué vino Anna a Irlanda con su madre y su hermana, cuando es obvio que ya era muy famosa?

—Bueno, no olvides que Anna, en la época que se instaló en Irlanda, estaba cerca de cumplir los cuarenta años. Y las bailarinas, como las modelos, tienen una carrera muy corta, ¿verdad? —añadió Kathleen en tono práctico.

—¿Te acuerdas de ella siquiera un poco, mamá?

—Ya lo creo que me acuerdo de ella. —Kathleen detuvo las manos sobre el rollito que estaba amasando—. Para una niña como yo, que había crecido en un pueblo tan pequeño, la tía Anna era como una estrella de cine. La primera vez que la vi llevaba un abrigo de piel auténtica, y recuerdo que noté la suavidad en la cara cuando me abrazó... Luego se lo quitó y se sentó a tomar el té en la sala de estar de casa. Era la persona más menuda que he visto en mi vida. Y llevaba unos tacones que me parecieron montañas de tan altos. Entonces encendió un cigarrillo negro. —Kathleen exhaló un suspiro—. ¿Cómo iba a olvidarla?

—¿Y era guapa?

—Era... imponente; tenía mucho carisma. Y no es de extrañar que la primera vez que Sebastian Lisle posó los ojos en ella, se enamorara perdidamente.

—¿Cuántos años tenía él?

—Debía de rayar los sesenta. Era viudo, y ya se había casado mayor. Adele, su primera mujer, tenía treinta años menos que él, y murió al dar a luz a... ese hijo suyo.

—¿Sebastian ya tenía un hijo?

—Sí. —Kathleen se estremeció—. Se llamaba Gerald.

—Así, ¿Anna y Sebastian Lisle se casaron?

—Sí.

—¿Y qué buscaba Anna en un hombre mayor después de la vida que había llevado, mamá? —preguntó Grania, extrañada.

—¿Quién sabe? Dinero, tal vez. Mi madre siempre decía que Anna era una manirrota tremenda, le encantaba vivir rodeada de lujos. En cuanto a él, debía de creer que le había tocado la lotería. Cuando se casaron, solo hacía tres meses que se habían visto por primera vez.

—Se casó con el hermano de su tutor, Lawrence... —musitó Grania—. ¿Y Sebastian sabía quién era Anna?

—Ya lo creo —prosiguió Kathleen—; a los dos les hacía muchísima gracia que hubieran dado a Anna por muerta todos esos años.

—Pero ¿y Mary? ¿No le creó problemas que Anna viniera a Irlanda?

—Bueno, cuando Anna se presentó en su casa y al cabo de poco conoció a Sebastian, Mary supo que tenía que decirle lo que había hecho para protegerla siendo una niña —explicó Kathleen—. Motivos de peso, desde luego; ¿quién sabe qué habría sido de Anna si Mary no hubiera intervenido? Anna era consciente de que si Mary no le hubiera contado a Lawrence Lisle que había muerto y la hubiera llevado consigo, no habría tenido la oportunidad de convertirse en bailarina.

—¿Y Mary perdonó a su hija por no haberse puesto en contacto con ella durante todos esos años?

—Bueno, después de todo lo que habían pasado juntas en Londres, tenían un vínculo importante. Además, ya sabes que Mary quería a Anna como si fuera su propia hija. Le habría perdonado cualquier cosa. Mi madre, Sophia,

fue quien lo llevó peor. Se refería a Anna como «la hija pródiga».

—A lo mejor estaba celosa de la relación que tenían —comentó Grania.

—Claro que había algo de eso, sí. Pero al menos se reconciliaron antes de que Mary muriera. Y después de todo lo que había hecho para ayudar a Anna en sus primeros tiempos, mi abuela se lo merecía; vaya si se lo merecía. Lo que sí te digo, Grania, es que en la tumba de Mary, en la iglesia de Dunworley, todas las semanas había flores frescas, y solo dejó de haberlas al día siguiente de que Anna muriera. Era su forma de pedir perdón y expresar su amor a la mujer a quien siempre había llamado «mamá».

Fue pensar en ese gesto y a Grania de repente se le hizo un nudo en la garganta y sintió un poco más de simpatía por Anna.

—¿Y Sebastian no emprendió acciones contra Mary por haberse llevado a Anna de casa de su hermano cuando era pequeña? —preguntó.

—Le bastó con las explicaciones que le dio Anna. Además, Lawrence Lisle llevaba mucho tiempo muerto y lo pasado, pasado. Por lo que a él concernía, Mary había cuidado del amor de su vida, y eso era lo único importante. Te prometo, Grania, que no he visto en mi vida a un hombre más ciego por una mujer.

Grania se esforzó por asimilar todo aquello.

—¿Y entonces nació Lily?

—Sí, entonces nació Lily. Maldita la hora —masculló Kathleen.

—¿Y a partir de ese momento los tres vivieron felices en Dunworley House?

—Ni soñarlo —soltó Kathleen—. ¿De verdad crees que Anna Langdon iba a contentarse con jugar a hacer de mamá a un bebé y a un hijastro de tres años y enclaustrarse en una casa ruinosa en los confines del mundo? —Sacudió la cabeza—. No. La tía Anna encargó el cuidado del bebé a una niñera y, al cabo de pocos meses, se marchó. Dijo que tenía que acudir a la representación de un ballet y desapareció durante semanas enteras. Mi madre estaba segura de que se entendía con otros hombres.

—Así, ¿Lily creció prácticamente sin madre y Sebastian Lisle se convirtió en un cornudo solitario?

—Más o menos, sí. No se conoce a un hombre más desgraciado que Sebastian. Solía venir a vernos con Lily. Se sentaba a la mesa y le preguntaba

a mi madre si sabía algo de su hermana. Yo en esa época tenía solo cinco años, pero aún recuerdo aquella cara... Era el vivo retrato de la desesperación. Parecía que lo tuviera hechizado, pobre iluso. Y cuando la tía Anna regresaba de donde hubiera estado, a veces al cabo de varios meses, él siempre la perdonaba.

—¿Y qué fue de Lily? ¿Qué tipo de vida debía de llevar con un padre tan mayor y una madre siempre ausente?

De repente, la expresión de Kathleen se tornó hermética.

—¡Se acabó la cháchara! No quiero hablar más de ello. ¿Y tú qué vas a hacer, Grania? ¿Qué futuro te espera? —le espetó—. El padre de Aurora regresará pronto, y ya no te necesitarán.

—Si tú no tienes ganas de hablar del pasado, yo tampoco quiero hablar del futuro. —Grania se puso en pie. La conversación entre madre e hija había llegado a un punto muerto—. Voy a mi habitación a recoger unas cuantas cosas que quiero llevarme a Dunworley, antes de que Shane vuelva con Aurora.

—Tú misma —dijo Kathleen a Grania, que ya salía por la puerta. Suspiró; los recuerdos del pasado la agotaban, y además la historia no acababa ahí y sabía que tendría que seguir contándola. Pero ya había explicado suficientes cosas por el momento, y... no tenía ánimos para hablar del resto. Tal vez nunca los tuviera.

—Bueno, querida —John entró en la cocina y la rodeó con los brazos—, ¿dónde está ese té?

Aurora

Me parece que, llegados a este punto, debo intervenir. Todo iba bien hasta que me he dado cuenta de que si yo estuviera leyendo la historia, me sentiría completamente confundida. La cosa es complicada.

Así que, para tu tranquilidad, he decidido elaborar un árbol genealógico.

¡Menudo trabajito! He tardado más en hacer eso que en escribir los tres capítulos anteriores. Espero que sirva para aclarar las cosas.

Me preocupa que puedas pensar que hay demasiadas coincidencias. De hecho, no las hay en absoluto. Los Ryan y los Lisle vivíamos en una comunidad aislada y diminuta en un rincón apartado del mundo. Llevábamos siglos siendo vecinos, así que no es de extrañar que nuestras vidas y las consiguientes historias acabaran entrelazándose.

Admito que me ha resultado bastante dificultoso elaborar el árbol genealógico. Sé que también yo tendré pronto una segunda fecha que anotar y dejaré el presente para pasar a formar parte del pasado.

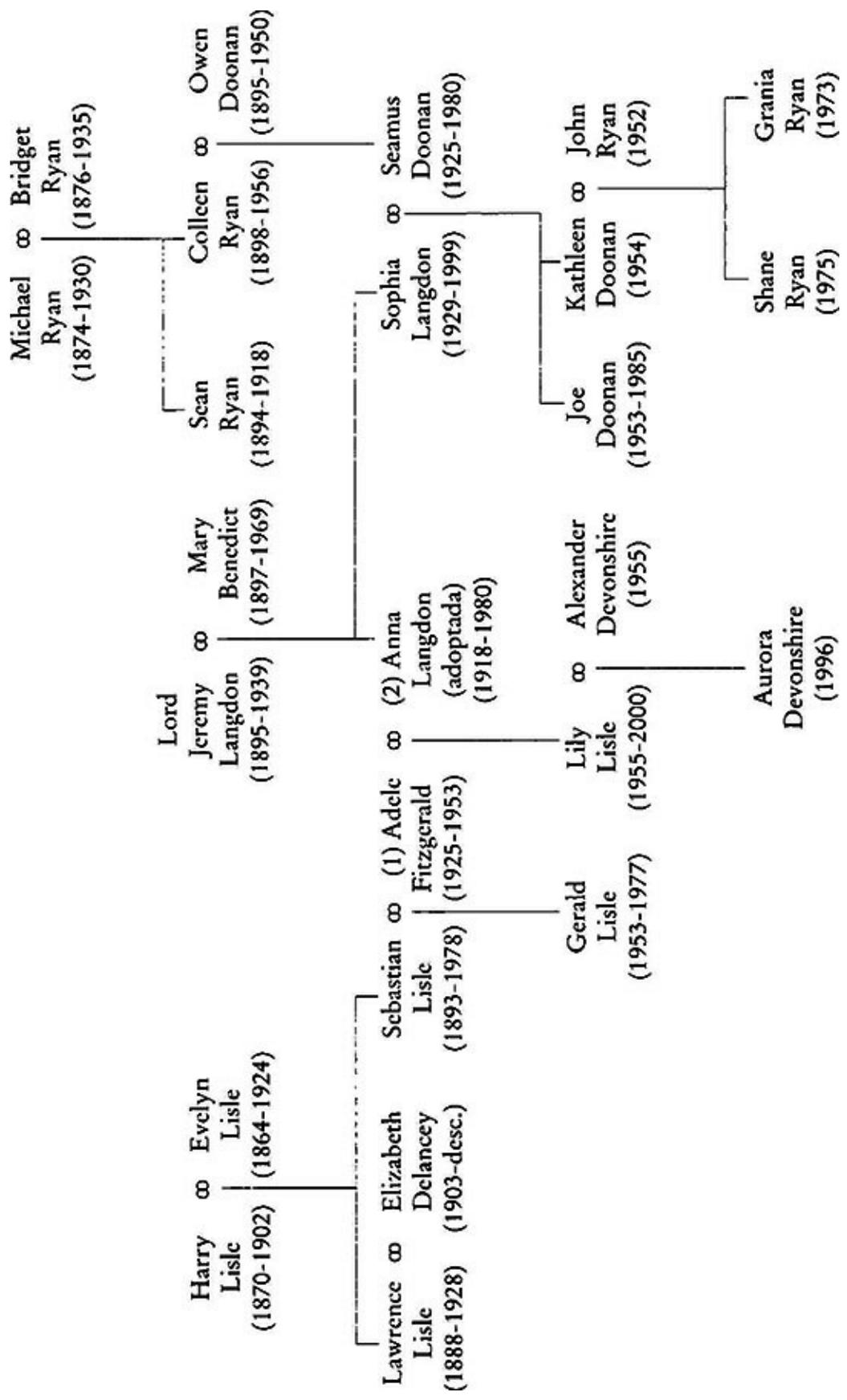
Otra de las cosas que no deja de sorprenderme es que los humanos vivimos con la sensación de ser inmortales y tomamos decisiones como si fuéramos a existir siempre, sin aceptar el hecho inevitable que nos llega a todos. Claro que esa es la única forma de sobrevivir.

Tengo la impresión de que ha llegado el momento de abandonar Irlanda y el pasado y echar un vistazo al futuro, a Norteamérica. La tierra de la esperanza, donde todos los sueños pueden convertirse en realidad, donde todo es posible.

¡Eso sí que es un país, querido lector!

Allí creen en la magia, como yo, porque son una raza joven que aún no ha adquirido la pedantería y el cinismo que conlleva la experiencia.

Bueno; vamos a ver qué tal le va a Matt...



Matt iba cambiando con desgana de un canal de televisión a otro. Aunque encontrara algún programa que en condiciones normales le habría apetecido ver, no era capaz de concentrarse. Últimamente la cabeza le daba mil vueltas y le costaba dormir. Hacía más de siete semanas que Grania se había marchado de casa, y casi cuatro que no hablaban; y la máxima de Charley, «Regresará cuando se haya tranquilizado», estaba empezando a hartarlo. A medida que pasaban los días, cada vez le resultaba más evidente que lo más probable fuera que Grania no regresara jamás. Aquello era el final de su vida en común.

Muchos de los amigos que sabían por lo que estaba pasando lo instaban a seguir adelante, arguyendo que aún era joven y que la mayoría de los hombres de su edad todavía no se habían decidido a formalizar sus relaciones. Claro que Grania y él tampoco estaban casados. Ella había insistido en que primero vivieran juntos para demostrar a la familia y a los amigos de Matt que no era ninguna cazafortunas; eso le parecía más importante que lucir un anillo en el dedo.

En el fondo, sus amigos tenían razón. El loft que compartía con Grania era de alquiler y no había de por medio bienes que los ataran. Lo que menos deseaba Matt era un divorcio largo y doloroso. La cosa era tan sencilla como rescindir el contrato (total, pronto tendría que hacerlo de todos modos porque no podía pagar el alquiler él solo), encontrar otro sitio para vivir y largarse. Una solución inocua tanto en términos prácticos como económicos.

Sin embargo, empezaba a darse cuenta de que, sentimentalmente hablando, no lo era tanto.

Durante sus divagaciones por el pasado, Matt se acabó centrando en la

primera vez que vio a Grania. Había asistido con algunos amigos a la inauguración de una pequeña galería del Soho (uno de sus colegas conocía al dueño de la misma y el plan era aparecer por allí antes de ir a cenar a la zona alta). Acudió todo el grupo, incluidas las chicas, que, como siempre, iban impecables con sus tejanos de diseño y el *brushing* recién hecho.

La galería estaba abarrotada. Matt echó un somero vistazo a las obras de arte contemporáneo expuestas en las paredes; decididamente, los pintarrajos extraños que parecían obra de un niño de párvulos no eran lo suyo. Entonces reparó en una pequeña escultura situada sobre un pedestal en un rincón de la sala. Se acercó para examinarla y vio que era un cisne de bello diseño. El elegante cuello y la sensación de suavidad que el escultor había conseguido plasmar en las plumas de las alas lo invitaban a acariciarlo con las manos. La obra lo atraía. Era una preciosidad. Y además el precio no excedía su presupuesto. Entonces buscó a alguien que pudiera indicarle qué debía hacer para adquirirlo. Tras descubrir que el dueño de la galería estaba charlando con Al, uno de sus amigos, lo guiaron hasta un mostrador, donde sacó la tarjeta de crédito.

—Tiene buen gusto, señor; también es una de mis obras favoritas. Me da la impresión de que su creadora llegará lejos. —El dueño de la galería señaló al otro extremo de la sala—. Es esa de ahí. ¿Quiere que se la presente?

La mirada de Matt recayó en la pequeña figura vestida con unos tejanos viejos y una blusa camisera de cuadros rojos. El pelo rizado y rubio le caía en forma de descuidada melena alrededor de los hombros. Seguramente no se lo había lavado. En cuanto el galerista pronunció su nombre, la chica se dio la vuelta, y Matt se fijó en los grandes ojos turquesa, la nariz respingona salpicada de pecas y los labios rosa pálido. Su rostro sin maquillar recordaba al de una niña, y su naturalidad contrastaba al máximo con las sofisticadas mujeres que lo habían acompañado hasta allí.

Cuando la chica se dio cuenta de que el galerista le estaba indicando que se acercara, Matt reparó en la figura delgada, las caderas estrechas y las piernas largas. No era ninguna belleza, pero tenía un físico armonioso y un brillo en la mirada que atrajeron a Matt de inmediato. Al contemplarla, no sabía si tenía más ganas de rodearla con los brazos para protegerla o de arrancarle la ropa y hacerle el amor.

—Grania, este es el señor Matt Connelly. Acaba de comprar tu cisne.

—Hola, señor Connelly —dijo con una sonrisa, y arrugó la graciosa naricilla, complacida—. Me alegro de que haya comprado la escultura. ¡Así sé seguro que podré comer unas cuantas semanas más!

Visto en retrospectiva, tal vez fuera cosa del suave acento irlandés, mucho más agradable al oído y mucho más sensual que los discordantes tonos del habla neoyorquina.

En cualquier caso, un cuarto de hora después Matt le estaba preguntando a Grania si le permitía invitarla a cenar. Ella rechazó la propuesta, puesto que ya había quedado con el dueño de la galería y los otros artistas que exponían sus obras esa noche. Sin embargo, Matt consiguió hacerse con su número de móvil, poniendo como excusa su deseo de pasar a ver las obras de arte que tenía en el estudio.

Matt, tan guapo, tan simpático, tan atractivo, no había tenido nunca problemas para salir con una chica. Pero con Grania Ryan las cosas eran distintas. Le telefoneó al día siguiente y le dejó un mensaje en el buzón de voz, pero ella no le devolvió la llamada. Lo intentó de nuevo unos días más tarde, y esta vez sí que contestó; sin embargo, tenía ocupadas casi todas las noches.

Cuanto más lo evitaba ella, más decidido estaba Matt a conseguir una cita. Al final accedió a salir a tomar algo con él y quedaron en un bar que Grania conocía en el Soho. Matt se presentó vestido con una americana cruzada, unos elegantes pantalones de sport y mocasines, y resultó que en el bohemio establecimiento era él quien daba la nota. Grania no parecía haber dedicado mucho tiempo a componer su atuendo para la ocasión; llevaba los mismos tejanos de la otra vez, solo que con una blusa azul desgastada. Había pedido que le sirvieran una jarra de Guinness y la apuró con avidez.

—Me temo que no puedo quedarme mucho rato.

No le dio ninguna explicación sobre el motivo.

Matt, que por fin había conseguido tenerla a su merced, luchó con ahínco para darle conversación. Pero Grania no parecía poner el mínimo interés en casi nada de lo que le contaba; tenía la cabeza en otro sitio. Al final se levantó, le ofreció disculpas y dijo que debía marcharse.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Matt, apresurándose a pagar las

consumiciones y salir tras ella del bar.

Una vez en la calle, ella se volvió.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque me apetece. ¿No te parece un motivo suficiente?

—Para serte sincera, Matt, vi a tu elegante grupito de amigos cuando entrasteis en la galería la otra noche. No creo que sea tu tipo, y tú tampoco eres el mío.

Matt se quedó desconcertado. Cuando ella se dio media vuelta, la siguió.

—Oye, Grania, ¿cuál te crees que es mi tipo?

—Bueno, ya sabes... habiendo nacido en Connecticut, empezado los estudios en una selecta escuela privada para acabarlos en Harvard y luego hacerse de oro en Wall Street...

—Ya, bueno, en parte tienes razón. —Matt se sonrojó—. Pero te aseguro que no tengo intenciones de seguir con el negocio de inversiones de mi papaíto. De hecho, estoy estudiando para doctorarme en psicología en Columbia. Cuando haya terminado, espero dedicarme a dar clases en la universidad.

Ante eso, Grania se detuvo y se volvió con un destello de interés en la mirada.

—¿En serio? —dijo cruzando los brazos—. Me sorprende. No das la impresión de ser un pobre estudiante, ¿sabes? —Le pasó las manos por el torso, primero hacia arriba y luego hacia abajo—. Y el uniforme, ¿qué?

—¿El uniforme?

—La ropa de niño bien —soltó con una risita—. Parece que acabes de salir de un anuncio de Ralph Lauren.

—Bueno, oye, hay chicas a quienes les gusta, Grania.

—Ya, pero yo no soy de esas chicas. Lo siento, Matt. No estoy dispuesta a que un niño rico que se cree que puede comprar el cariño de la gente juegue conmigo.

En ese momento, los sentimientos de Matt se debatían entre la ira, la risa y la fascinación. Aquella muchacha irlandesa de espíritu combativo y aspecto de taponcillo, que por fuera se parecía a Alicia en el país de las maravillas pero que, como era obvio, tenía el alma más dura que el acero y una lengua capaz de fustigar al cliente más curado de espanto, lo cautivaba.

—¡Oye, tú! —le gritó mientras ella proseguía su camino ¿Te acuerdas de aquella escultura que te compré? Pues me gasté hasta el último centavo de una herencia que recibí de mi tía. Llevaba muchos meses buscando algo que me gustara de verdad, porque en el testamento especificaba que tenía que gastar el dinero en algún objeto bello. —Matt se dio cuenta de que estaba vociferando a la personita que tenía a cincuenta metros, y la gente lo miraba; pero por primera vez en su vida le dio igual—. Te compre el cisne porque me pareció bonito, ni más ni menos. ¡Y que conste que mis padres están cabreados conmigo porque no pienso seguir los pasos de papá! Ah, y por cierto, el «niñato rico» no tiene ningún ático de lujo en Park Avenue, señorita. ¡Vivo en una residencia de estudiantes del campus, donde dispongo de una habitación con la cocina y la sala de estar compartidas!

Grania volvió a detenerse y se dio media vuelta, arqueando las cejas en silencio.

—¿Quieres verlo? Ninguno de mis amiguitos ricos vendrá nunca porque está en la zona equivocada de la ciudad.

En ese momento, Grania sonrió.

—Además —Matt sabía que lo estaba dando todo ya en su primera cita, pero por algún motivo le parecía imprescindible dejarle claro a aquella muchachita qué tipo de persona era—, tengo todos los números de no heredar ni un centavo de la fortuna de mi familia a menos que les siga la corriente. Así que, si en realidad buscas uno de esos, sugiero que lo dejemos correr.

Se quedaron mirando unos veinte segundos. Y los transeúntes atraídos por la escena en plena calle, también los miraban.

Entonces fue Matt quien se marchó. Caminaba deprisa, perplejo por la reacción nada propia de él que había tenido hacía unos instantes. Al cabo de un minuto, Grania se situó a su altura.

—¿En serio que te has gastado la herencia en mi cisne? —preguntó con un hilo de voz.

—Ya lo creo. Mi tía era una importante coleccionista de arte. Siempre me aconsejaba que comprara solo las cosas que me atrajeran de verdad. Y eso es lo que me pasó con tu escultura.

Caminaron en silencio un rato, ninguno de los dos sabía adónde se dirigían. Al final, fue Grania quien habló.

—Lo siento. Te he juzgado, y no debería haberlo hecho.

—Bueno, no pasa nada. Pero, en realidad, ¿qué más da de dónde vengo y cómo visto? —Se la quedó mirando—. Parece que el problema lo tengas tú más que yo.

—No me venga con majaderías psicológicas, doctor Connelly. Podría pensar que sigue tratando de impresionarme.

—Y yo podría pensar que has tenido una mala experiencia con algún tipo de mi clase social.

Grania se puso como un tomate.

—Me parece que tienes razón. —De repente, dejó de caminar, se volvió y lo miró a los ojos—. ¿Cómo lo has sabido?

—Verás, Grania —Matt se encogió de hombros—, no es posible que alguien esté tan en contra de Ralph Lauren porque sí. Lo cierto es que tiene cosas muy chulas.

—Tú ganas. Pues sí, mi chico era un imbécil rematado donde los haya. Ya lo ves. —De repente, Grania había dejado de mostrarse tan segura de sí misma—. Bueno, supongo que...

—Escucha, en vez de hablar de esto aquí, ¿por qué no vamos a comer a algún sitio? —Matt le guiñó el ojo—. ¡Y te prometo que no habrá nadie con americana!

Matt recordaba esa noche y las semanas siguientes como uno de los mejores momentos de su vida. Grania le había plantado una auténtica bofetada con su falta de tacto y su actitud sincera y espontánea. Acostumbrado a las encorsetadas mujeres de los barrios altos que siempre ocultaban sus opiniones y sentimientos verdaderos tras el velo de la sofisticación, lo cual implicaba que los chicos debían rascar en la superficie para averiguar qué terreno pisaban, Grania le había parecido una bocanada de aire fresco. Si ella estaba a gusto, lo notaba enseguida, y si estaba cabreada, molesta o frustrada con la escultura que estaba haciendo, también lo notaba. Además, había demostrado respetar su futura carrera y los esfuerzos que le estaba dedicando, sin dar por hecho, como la mayoría de sus amigos, que para él no era más que un juego, una forma de entretenerse durante unos añitos antes de retractarse y

seguir los pasos de su padre en el mundo para el que había nacido.

Aunque no tenía el mismo nivel de estudios que Matt, Grania gozaba de una mente lúcida e inquieta, y absorbía la información como una esponja antes de volver a soltarla con su capacidad innata para dotar de coherencia lo que había oído. La única pega de todo el asunto era que tendría que decirle a Charley que su relación se había acabado. Para él no había supuesto más que una aventura ocasional que de ningún modo podía llegar a nada serio. Ella lo había aceptado bien, o al menos lo parecía, y con el paso de los meses Matt la veía cada vez menos, igual que a sus amigos. Se había imbuido de los orígenes de Grania, y a través de sus ojos había visto lo superficiales que sin duda eran algunas de las personas de su entorno. Pero la cuestión era que aquel entorno seguía siendo el suyo, y por mucho que se hubiera desvinculado de los amigos no resultaba igual de fácil hacer lo mismo con la familia.

Un fin de semana la llevó a su casa para presentarla a sus padres. Grania había pasado los días anteriores probándose numerosos atuendos hasta que, pocas horas antes de la cita, estalló en lágrimas de frustración. Matt la abrazó.

—Escucha, cariño, lo que lleves puesto es lo de menos. Te adorarán por ser como eres.

—Hum... —fue la respuesta—. No lo tengo claro. Lo que no quiero es hacerte quedar mal ni que te sientas incómodo, Matt.

—Eso no ocurrirá, te lo prometo.

El fin de semana fue todo lo bien que podía ir, pensó Matt. Su madre, Elaine, era verdaderamente apabullante en ocasiones, pero todo lo que hacía o decía era porque quería lo mejor para su hijo. Su padre, en cambio, era menos accesible. Bob Connelly pertenecía a una generación donde los hombres eran hombres y no tenían por qué intervenir en los asuntos domésticos ni en los dilemas emocionales de sus mujeres. Grania se había esforzado al máximo pero el padre de Matt no era una persona con quien pudiera hablarse con franqueza sobre ningún tema.

Durante el camino de regreso, Grania estuvo en silencio, Matt pasó mucho tiempo de la semana siguiente tratando de convencerla de lo bien que les había caído a sus padres. A lo mejor, pensó, si le daba la seguridad que necesitaba, si le demostraba que para él aquello no era ningún devaneo, le

servía de ayuda. Al cabo de seis meses, durante unas vacaciones en Florencia, después de haber hecho el amor en la habitación con contraventanas cercana al Duomo, Matt le pidió a Grania que se casara con él. Ella se lo quedó mirando con los ojos como platos de la sorpresa.

—¿Que me case contigo? Matt, ¿hablas en serio?

Él la provocó.

—No, se me ha ocurrido que podía resultar gracioso como broma. ¡Claro que hablo en serio, Grania!

—Ya... —Ella respiró hondo—. Pues es una buena sorpresa, la verdad.

—¿Qué narices es lo que te sorprende tanto? —Matt la miró con las cejas arqueadas—. Ya hace tiempo que dejamos atrás la época en que tenía que pedirse el consentimiento. Te quiero, y tú me quieres. Es la evolución natural, ¿no te parece? ¿Qué hacen sino las personas normales en estas circunstancias?

La mirada de Grania se ensombreció, parecía a punto de echarse a llorar. No era esa la reacción que Matt esperaba ni deseaba.

—Cariño, no pretendía darte un disgusto. ¿Qué es lo que he hecho mal?

—Nada —musitó ella—. Solo es que no puedo... No... Nunca podré casarme contigo, Matt.

—Ya. ¿Y puedo preguntarte por qué?

Grania hundió la cara en la almohada y sacudió la cabeza.

—No es que no te quiera, porque sí que te quiero —dijo con la voz amortiguada—. Pero no puedo jugar a ser la señora de Matthew Connolly. Tus padres y tus amigos se horrorizarían, Matt; y por mucho que a ti te parezca que no, sé que sería así. Pasaría el resto de mi vida sintiéndome culpable mientras todos me miran como si fuera una especie de aprovechada. Y perdería mi identidad.

—Grania, cariño —dijo Matt con un suspiro—, ¡no sé por qué te importa tanto lo que piensen los demás! ¡Esto no les incumbe a ellos, nos incumbe a nosotros! Se trata de que tú y yo seamos felices. Y lo que me haría feliz de verdad es que me dieras el sí y te convirtieras en mi esposa. A menos, claro está, que todo esto sea una excusa para no decirme que no me quieres.

—¡No seas imbécil, Matt! Sabes que no se trata de eso. —Grania se incorporó y se pasó una mano por el pelo enmarañado—. Es cosa de mi

orgullo, Matt. Soy muy orgullosa; siempre lo he sido. Y no soportaría que una sola persona me mirara y pensara que me he casado contigo por motivos que no son ciertos.

—¿Y eso es más importante que hacer lo que nos apetece a los dos?

—Ya me conoces, corazón; cuando se me mete una cosa entre ceja y ceja, no hay forma de hacerme cambiar de opinión. Escucha —Grania le había cogido las manos—, si lo que quieres decirme es que deseas pasar el resto de tu vida a mi lado, vivir conmigo, entonces la respuesta es sí. Yo también lo deseo. ¿No podemos dejarlo ahí, Matt, sin líos de anillos, apellidos y todo lo demás?

—¿Te refieres a irnos a vivir juntos?

—Sí. —Grania sonreía ante la expresión estupefacta de Matt—. Es lo que la gente hace hoy en día, ya sabes. Además, aunque no conozco la legislación de este país, es posible que dentro de unos años se me considere tu legítima mujer de todos modos. Matt —le estrechó las manos y lo miró muy seria—, ¿de verdad crees que nos hace falta un papel para demostrar a todo el mundo que nos queremos? ¿No diría más a nuestro favor el que viviéramos juntos sin necesidad de eso?

A pesar de los grandes esfuerzos de Matt por ignorar las convenciones en las que lo habían educado con tal de estar al lado de la mujer a la que amaba, la cosa se le hacía muy cuesta arriba. No se había planteado nunca la posibilidad de vivir con una mujer sin casarse, siempre había dado por sentado que seguiría los pasos de sus padres y sus amigos y celebraría un matrimonio según los cánones tradicionales.

—Yo... —Sacudió la cabeza—. Tengo que pensármelo.

—Lo comprendo. —Grania bajó la cabeza—. Lo que quiero decir es que me hará muy feliz llevar un anillo en el dedo si quieres comprármelo. Claro que también podríamos ir a Tiffany's, como hace Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*, ¡y pedirles que nos graben la anilla de una lata de bebida!

—Y cuando lleguen los niños, ¿qué? —preguntó él, nervioso.

—¡Dios bendito! —Grania sonrió—. Acabamos de plantearnos juntar los cuatro muebles que tenemos, no creo que sea el momento de mirar a tan largo plazo.

—Ya, claro. Pero si tengo que pensarme una cosa así, Grania, necesito saber que cuando llegue el momento habremos hablado del lema. Estoy poniendo todo lo que puedo por mi parte, cariño, pero la idea de tener hijos ilegítimos y que ni siquiera lleven mi nombre es algo que me cuesta demasiado asimilar hoy por hoy.

—Bueno, te propongo un trato. Si tú estás dispuesto a vivir en pecado conmigo para empezar, yo estoy dispuesta a plantearme lo del matrimonio cuando lleguen los niños, si es que llegan.

Matt guardó silencio unos instantes, luego se echó a reír y le dio un cariñoso beso en la nariz.

—Señorita, eres el sueño de todo poeta romántico. Muy bien, si eso es lo que quieres, trato hecho. Y no —dijo mientras la miraba con aire suspicaz—, no pienso darte un apretón de manos. Se me ocurre una forma mucho mejor de sellar el acuerdo.

Así, con tal de conservar la relación con la tremendamente orgullosa, independiente, frustrante-estimulante y siempre sorprendente mujer de su vida, Matt se despojó de todos sus principios y se fue a vivir con Grania. Y le compró un anillo en Tiffany's, tal como ella le había pedido, que Grania lucía con mucho orgullo. Cuando los padres de Matt lo vieron, solo formularon una pregunta: cuándo fijarían la fecha de la boda.

Y, a estas alturas, seguían sin haberla fijado.

Bueno; pues aquí tenemos a Matt, ocho años más tarde, sin más documento oficial que el que tenía en Florencia. Descubrió que casi deseaba pasar por el doloroso trámite de un divorcio reñido; por lo menos eso acreditaría la magnitud de lo que estaba tocando a su fin. Grania y él no habían tenido nunca una cuenta común en el banco. Casi no había nada que debiera separarse. Todo cuanto les unía era el deseo por ambas partes de permanecer juntos. Se dirigió a la ventana y miró al exterior. Tal vez debería aceptar lo que Grania le había dejado tan claro y salir adelante. Sin embargo, el hecho de no saber qué había hecho mal exactamente le ponía las cosas difíciles. Claro que si ella no se sentía con ánimos de decírselo, ni siquiera de planteárselo, ¿qué podía hacer él?

—Hola, cariño, ¿has tenido un buen día? —Charley cerró la puerta tras de sí, se acercó a Matt y le dio un abrazo por detrás.

—Hola. Bueno, ya sabes... —Matt se encogió de hombros.

—¿Estás triste? Oh, Matty, hace ya varias semanas, y es muy duro ver que lo estás pasando tan mal.

—Bueno, supongo que eso es lo que hay. —Se libró del abrazo y se dirigió a la cocina para servirse una cerveza—. ¿Te apetece tomar algo?

—¿Por qué no? —Charley se dejó caer en el sofá—. Estoy hecha polvo.

—¿Has tenido un mal día en el trabajo? —preguntó Matt con ánimo de entablar conversación mientras destapaba la botella de cerveza y servía a Charley un Chardonnay de la nevera.

—Sí —contestó ella con una sonrisa—, a esta chica le vendría de perlas celebrar una fiesta.

—Pues a este chico también.

Charley se incorporó y tomó un sorbo de vino.

—Entonces ¡salgamos de fiesta! Podría llamar a unos cuantos de nuestros antiguos colegas... Todos estarán encantados de volver a verte. ¿Qué te parece?

—No sé si estoy con ánimos de salir. —Matt se encogió de hombros.

—Bueno, por probarlo no pasa nada, ¿a que no? —Charley había sacado el teléfono móvil y ya estaba marcando números—. Si no lo haces por ti, hazlo por tu compañera de piso, a la que llevas semanas taladrando la oreja con tu drama. ¡Hola, Al! —saludó por el teléfono móvil—. ¿Tienes algún plan para esta noche?

Al cabo de una hora y media, Matt estaba sentado en un elegante bar de la zona alta que llevaba años sin frecuentar, acompañado por un grupito de sus viejos amigos. Charley lo había convencido para que volviera a ponerse la americana y los pantalones de loneta. Mientras vivía con Grania siempre iba en tejanos y camiseta, y encima se ponía una vieja chaqueta de tweed que Grania le había comprado en un mercadillo y que, según ella, le confería el aspecto propio de su trabajo de profesor universitario.

Pidieron champán y Matt se alegró de que los chicos se mostraran tan encantados de volver a verlo. Mientras iba dando pequeños sorbos, cayó en la cuenta de que hacía ocho años que no salía solo con ellos. En ese tiempo,

ninguno había forjado una relación seria y su vida de personas con éxito y glamour seguía intacta. Al empezar la segunda copa, se sentía como si hubiera retrocedido en el tiempo, pero la sensación no le resultaba desagradable. La presencia de Grania en su vida lo había obligado a apartarse de ciertas cosas, y lo había hecho con gusto porque la amaba. Pero Grania ya no estaba allí...

Después de beberse tres botellas de champán, los seis se dirigieron a un restaurante japonés recién inaugurado y celebraron una cena divertidísima, tomando más vino del recomendable y hablando de tiempos pasados. Después de lo triste y solo que se había sentido durante las últimas semanas, Matt estaba exultante por el alcohol y el placer que le producía haberse reunido con quienes eran sus amigos desde la infancia.

Les dieron las dos de la madrugada en el restaurante. Tambaleándose, Matt llamó a un taxi para marcharse a casa con Charley.

—Me alegro mucho de verte, tío —dijo Al dándole una palmada en la espalda—. No sé por qué me parece que de ahora en adelante te veremos más el pelo.

—Es posible —admitió Matt, y entró en el taxi detrás de Charley.

—Vente unos días a Nantucket en Semana Santa. A mamá y a papá les encantará verte, tío.

—Claro, Al. Cómo te cuidas, ¿eh? —balbuceó Matt, contento.

Cuando el taxi se incorporó a la circulación, cerró los ojos. Le estaba pasando lo mismo que tantas veces en segundo de carrera; la cabeza le daba vueltas como si tuviera un disco sonando dentro del cráneo. La inclinó hacia un lado para ver si así se sentía mejor y topó con el hombro de Charley. Notó que unos dedos se colaban entre su pelo y lo acariciaban con suavidad. La sensación era familiar y reconfortante.

—¿Lo has pasado bien, cariño?

—Sí —masculló Matt con el estómago revuelto.

—Ya te había dicho que te sentaría bien ver a la gente. Seguimos queriéndote.

Matt notó la suavidad de unos labios en su pelo.

A la mañana siguiente, se despertó con un dolor de cabeza atroz, Se quedó tumbado mirando al techo. No recordaba haber pagado al taxista, haber subido en el ascensor ni haberse metido en la cama. Cambió de posición tratando de encontrar alguna que le aliviara el tremendo dolor de cabeza.

Y cuando se le aclaró la vista, descubrió con horror que no estaba solo. Tampoco recordaba qué hacía Charley acostada a su lado.

Grania estaba intentando convencer a Aurora para que se comiera un verdel fresco, que Shane había pescado y le había regalado para la cena, cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? —preguntó, chupándose los dedos para quitarles el juguillo salado del pescado que acababa de embutirle en la boca a Aurora.

—¿Es Grania?

—Sí.

—Hola. Soy Alexander Devonshire.

—Hola, Alexander. —Grania retiró el auricular hacia un lado para responder al silencioso «¿Es papá?» de Aurora con un «Sí» también mudo.

—¿Cómo está Aurora?

—Yo diría que estupendamente.

—Bien. Quiero hablar con ella, claro, pero también quería decirle que el sábado estaré de vuelta.

—Seguro que le encantará saberlo. Le echa mucho de menos.

Aurora reaccionó asintiendo con vehemencia.

—Yo también la echo de menos. ¿Todo lo demás va bien?

—No nos podemos quejar, se lo prometo.

—Bien, bien.

La conversación estaba decayendo, así que Grania dijo:

—¿Quiere hablar con ella ahora? Seguro que querrá contarle muchas cosas.

—Me encantará. Hasta el sábado, Grania.

—Sí. Le paso a Aurora.

Grania le pasó el teléfono a Aurora y salió de la cocina discretamente.

Sabía que la niña empezaría a hablar de clases de ballet y cachorros de perro, y se dirigió arriba para prepararle el baño.

Mientras contemplaba cómo se llenaba la bañera, sentada en el borde, reparó en que el inminente regreso de Alexander la obligaba de forma ineludible a tomar ciertas decisiones.

Aurora y Grania pasaron en la granja de Dunworley gran parte del poco tiempo que faltaba para el regreso de Alexander. La familia Ryan había acabado trabando amistad con la niña. Según el padre de Grania, la pequeña era estupenda. Kathleen, tan reticente al principio, acababa de preguntarle a Grania si iría con Aurora a la granja antes del desayuno para que la niña pudiera acompañarla a recoger los huevos frescos. Como Aurora había bautizado a todas y cada una de las aves del corral, resultó imposible consolarla cuando se enteró que un zorro se había colado en el gallinero y se había comido a Bella y a Giselle.

—Para proceder de una familia tan repipi como los Lisle, esa niña está muy a gusto entre los animales. Si acaba casándose con un granjero, hará muy bien —dijo Shane una noche mientras Aurora estaba ocupada dando las buenas noches a las vacas una por una.

—Y eso es algo que no se adquiere —añadió John.

La mañana en que estaba prevista la llegada de Alexander, Grania se aseguró de frotar bien a Aurora en la bañera. No quería que la niña tuviera impregnado el olor de los animales con los que había pasado tantas horas. Cuando terminó pensó con orgullo que Aurora tenía el aspecto más pulido, bello y saludable posible. Esperaron sentadas junto a la ventana del dormitorio de Aurora, y cuando divisaron el taxi de Alexander serpenteando colina arriba en dirección a la casa, Grania aguardó arriba y Aurora bajó corriendo a recibir a su padre.

Al final, oyó que la llamaban y bajó a reunirse con ellos. Aurora estaba plantada en el recibidor y su rostro expresaba una mezcla de alegría y consternación.

—Oh, Grania. Es fantástico tener a papá en casa, pero me parece que ha trabajado demasiado. Está muy delgado y así como gris. Tenemos que

llevarlo a la playa para que le dé mucho el aire. —Aurora cogió a Grania de la mano y la condujo hacia la cocina—. Ven a decirle hola. Intentaba prepararle una taza de té pero no me está saliendo muy bien.

Grania entró en la cocina, y tuvo que esforzarse para que su rostro no delatara la estupefacción. Cuando Aurora había descrito a su padre como delgado y gris, a ojos de Grania se había quedado ligeramente corta. Alexander tenía un aspecto espantoso. Le preguntó cómo le había ido el viaje y terminó de prepararle el té que Aurora había dejado a medias.

—Debo decirle —empezó Alexander— que nunca antes había visto a Aurora con un aspecto tan saludable.

—Sí, papá. Ya te dije que no me sentaba bien vivir en Londres. A mí me gusta el campo. El aire fresco sienta muy bien. —Se volvió hacia Grania—. Papá dice que puedo quedarme con Lily, cuando esté listo para separarlo de su mamá. ¿A que es estupendo?

—Sí. —Grania asintió y se volvió hacia Alexander—. Si no desea tener animales, le pido disculpas. Mi familia me ha dicho que Aurora puede ir a la granja a ver a la perrita siempre que quiera si le causa demasiadas molestias tenerla aquí.

—No. La casa es muy grande y solo se trata de un cachorro. Seguro que le encontraremos sitio; sobre todo porque es lo que quiere Aurora. — Alexander miró a su hija con los ojos iluminados por el cariño.

—Bueno, me parece que va siendo hora de que me marche a casa.

Padre e hija mostraron una gran desazón por las palabras de Grania.

—¡No te vayas, Grania! —exclamó Aurora.

—No, por favor, no se marche todavía —añadió Alexander—. Quédese por lo menos hasta la noche. Y, si le parece bien, podría llevar a Aurora a la granja esta tarde. Ha sido un viaje muy largo.

—Por supuesto —accedió Grania al observar la cara de agotamiento de Alexander—. Aurora, ¿por qué no nos quedamos allí a tomar el té para que tu papá pueda estar tranquilo y descansar más rato?

—Es muy amable por su parte, Grania. —Alexander abrió los brazos para recibir a Aurora—. Ven a darle un abrazo a tu padre. Te he echado de menos, cariño.

—Yo también, papá. Pero me encanta la granja. Grania tiene una familia

estupenda, como dicen por aquí.

—Bien. No veo el momento de conocer al cachorrito.

Grania hizo ver que no se daba cuenta de que Alexander tenía los ojos arrasados en lágrimas. No quería que Aurora lo notara.

—Vamos a por el abrigo y las botas de agua, así dejaremos a tu padre tranquilo. —Forzó una sonrisa—. Hasta luego.

—Alexander tiene un aspecto... —Grania exhaló un suspiro— espantoso. Ha perdido mucho peso, y en su mirada hay algo. —Sacudió la cabeza—. Sé que algo no va bien.

—Bueno, has cuidado de Aurora lo mejor que has podido mientras el señor estaba de viaje. —Ahora que Alexander estaba de vuelta, Kathleen había vuelto a emplear un tono hosco—. Si tiene problemas que resolver, no es asunto tuyo y no tiene por qué preocuparte.

—¿Cómo puedes decir eso, mamá? —repuso Grania indignada—. Todo lo que le pase a Alexander tendrá repercusiones para Aurora, eso es prácticamente seguro. Y, te guste o no, la niña me importa.

—Lo siento —dijo Kathleen con un suspiro—. Tienes razón Pero debes entenderlo; después de lo que has leído en las cartas y lo que te he contado, ¿no es como si se estuviera repitiendo la historia? Da la impresión de que en la familia Lisle siempre hay algún niño que necesita que le ofrezcamos nuestro cariño y nuestro hogar.

—Para ya, mamá, por favor —soltó Grania en tono cansino.

—No puedo ignorar lo que siento. Parece que las dos familias estén vinculadas y que no haya forma de evitarlo.

—Pues si no hay forma de evitarlo, lo mejor que puedo hacer es aceptar las cosas como son. —Grania se puso en pie; no estaba de humor para aguantar más las tonterías de su madre—. Voy a avisar a Aurora para que venga a tomar el té.

Cuando, más tarde, Grania y Aurora regresaron a Dunworley, en la casa reinaba el silencio.

—Parece que tu padre estaba tan cansado que se ha acostado —dijo Grania mientras subían al dormitorio de Aurora—. Será mejor que no lo

despertemos. América está muy lejos y el viaje es muy largo.

A Aurora le pareció bien y dejó que Grania la acostara.

—Buenas noches, corazón. —Grania le dio un beso en la frente—. Que descanses.

—Grania, ¿crees que papá está bien?

—Sí, seguro que sí. ¿Por qué?

—No tiene muy buen aspecto, ¿a que no?

—Seguramente solo es porque está cansado.

Esa noche Grania no durmió bien. La presencia de Alexander en la casa la ponía nerviosa. Observó que dormía en una habitación en el extremo opuesto del pasillo al dormitorio de Lily y se preguntó si siempre habrían ocupado habitaciones separadas. Antes había comprobado que la puerta del dormitorio de Lily siguiera cerrada, y así era.

Alexander no se presentó a la hora del desayuno, así que Grania y Aurora hicieron lo mismo que todos los días. Grania continuó modelando la arcilla para darle la forma del rostro de Aurora mientras la niña arrugaba la frente concentrada en las operaciones aritméticas y se chupaba inconscientemente el pulgar. A la hora de comer, Grania empezaba a estar de verdad preocupada por Alexander. Aurora no mencionó su ausencia; estaba demasiado emocionada ante la perspectiva de ir por la tarde a Clonakilty para asistir a la clase de ballet. Justo cuando estaban a punto de salir, Alexander se presentó en la cocina. Esbozó una débil sonrisa.

—¿Vais a alguna parte?

—Sí, papá. Tengo clase de ballet.

—¿Ahora? —Alexander forzó otra sonrisa.

—No le importa, ¿no? —preguntó Grania, nerviosa.

—¿Si me importa? Claro que no. Pásalo bien, querida.

—Lo haré.

Aurora ya se dirigía hacia la puerta, estaba impaciente por marcharse.

—¿Grania? —dijo Alexander de repente.

—¿Sí?

—Quería preguntarle si le apetecería cenar conmigo esta noche, pero no

sé qué hay, así que tal vez debería preguntarle si me invita a cenar.

—Seguro que puedo preparar algo sencillo. No sabía si tenía que seguir encargándome de la compra ahora que está usted en casa.

—¿Por qué no hablamos de eso esta noche?

Mientras Aurora estaba en clase de ballet, Grania fue a la carnicería y a la verdulería y compró los ingredientes para la cena. Cuando regresaron a casa, preparó el cordero y lo puso en el horno a baja temperatura, bañó a Aurora y luego le dejó una hora libre para que pudiera ver la tele. Estaba canturreando mientras añadía a las patatas un poco de aceite y una ramita de romero para aromatizarlas, cuando Alexander entró en la cocina.

—Huele muy bien —dijo con placer.

También para Grania era un placer comprobar que esa noche Alexander tenía mejor aspecto. Iba recién aseado y afeitado, y llevaba una camisa de lino azul oscuro y unos pantalones de sport impecablemente planchados.

—¿Dónde está Aurora?

—En el salón, viendo la tele. Le compré una, espero que no le importe.

—Grania, ¿puede hacer el favor de dejar de preguntarme todo el rato si me importa esto y lo otro? A mi hija se la ve más feliz de lo que probablemente haya sido nunca. Si para eso hace falta que vea la tele y asista a clases de ballet, lo único que puedo decir es que le estoy muy agradecido. ¿Por qué no abre esto? —Alexander le entregó una botella de vino tinto—. Voy a acostar a Aurora.

Mientras Grania ponía la mesa y servía el vino a la espera de que Alexander regresara, pensaba, preocupada, en lo acogedora que le resultaba esa escena doméstica. Y en lo dispuesta que se había mostrado a cenar a solas con él. La adrenalina que le aceleraba el pulso no se debía a las ganas de comer cordero.

—Todo listo —dijo Alexander al reunirse con Grania en la cocina—. La verdad es que mi hija rebosa salud y tranquilidad como nunca antes. —A continuación, levantó la copa de vino y brindó con la de ella—. Gracias, Grania. Es evidente que le ha sentado de maravilla estar con usted.

—Ha sido un placer, en serio. Y sí, yo también creo que tiene mucho mejor aspecto. Aunque al principio...

—¿Qué?

—Caminaba dormida. Una noche la encontré en el balcón del final del pasillo. Creí... —Grania dejó de trinchar el cordero y se volvió para mirar a Alexander—. Por un momento creí que iba a arrojarse al vacío.

Alexander exhaló un suspiro y se sentó. Guardó silencio un momento antes de hablar.

—Dice que ve a su madre en el acantilado.

—Lo sé —respondió Grania en voz baja—. Me... he tomado la libertad de cerrar el dormitorio con llave. Si quiere volver a abrirlo, la llave la tengo yo.

—Me parece muy sensato. Y también que es mejor que siga cerrada. Habrá adivinado que allí era donde dormía mi difunta esposa.

—Sí.

Alexander bebió un sorbo de vino.

—Como es obvio, he llevado a Aurora a varios psicólogos por lo de las pesadillas y el sonambulismo. Me han dicho que sufre un trastorno por estrés postraumático y que con el tiempo lo superará. ¿Dice que lleva dos o tres semanas sin tener pesadillas ni andar sonámbula?

—Eso es.

—Entonces, igual lo ha superado ya.

—Ojalá. ¿Estaba Aurora muy unida a su madre?

—No sabría decírselo. —Alexander suspiró—. La verdad es que no sé si Lily era capaz de estar muy unida a nadie. Aunque no me cabe duda de que amaba a su hija, y Aurora la adoraba.

—Oh —dijo Grania; no se le ocurrió qué más responder. Continuó escurriendo los guisantes y los añadió a los platos donde había servido el cordero y las patatas—. Bueno —dijo mientras llevaba los platos a la mesa—, no sé si le gusta la salsa de la carne, hay un poco en esa jarrita, y también hay salsa de menta fresca —añadió señalando otro recipiente.

—Madre mía, menudo lujo. Soñaba con esto, después de pasarme semanas en Norteamérica comiendo cosas sintéticas. Gracias, Grania —añadió Alexander en reconocimiento.

—Para mí también es un lujo. Quiero mucho a su hija, pero es un placer estar en compañía de una persona adulta para variar —dijo con una sonrisa.

—Sí. Debe de haberse sentido muy aislada aquí, sobre todo después de

haber vivido en Nueva York.

—Bueno, por lo menos tengo a mis padres cerca. Ellos también le han tomado mucho cariño a Aurora. Por favor —Grania cogió el cuchillo y el tenedor—, coma antes de que se enfríe.

Los dos guardaron silencio un rato; Alexander solo lo rompió una vez para señalar lo tierno que estaba el cordero.

Al final, dejó el tenedor y el cuchillo a un lado, a pesar de que aún tenía el plato medio lleno.

—Así, Grania, ¿qué planes tiene para el futuro? ¿Ha tomado ya alguna decisión?

—He estado demasiado ocupada cuidando de su hija —dijo Grania con una risita—. Justo ayer se me ocurrió pensar que lo que he hecho durante este último mes es probablemente lo que necesitaba.

—¿Se refiere a tomarse un poco de tiempo para reflexionar?

—Exacto.

—¿Regresará a Nueva York?

—Tal como le he dicho, aún no he tomado ninguna decisión en firme.

—Grania, debo preguntarle una cosa.

Ella lo miró, consciente del repentino apremio que denotaba su voz.

—¿Qué?

—¿Tendría inconveniente en quedarse un poco más con Aurora y conmigo? Voy a estar muy ocupado y no tendré tiempo de prestarle a Aurora la atención que necesita.

Grania tardó un rato en responder.

—No... No lo sé —dijo con sinceridad.

—No. —Alexander bajó la vista al tenedor y el cuchillo depositados sobre el plato—. Claro que no. ¿Por qué iba a querer una chica joven y guapa como usted estar enclaustrada con una niña pequeña más tiempo del estrictamente necesario? Siento habérselo preguntado, no tengo vergüenza. Está claro que es usted mi primera opción, viendo lo feliz y lo bien que se siente Aurora a su lado.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —dijo Grania mientras lo observaba con atención.

—Lo cierto es que no lo sé. —Alexander sacudió la cabeza—. De verdad

que no lo sé.

—¿Tiene problemas con los negocios?

—No... Es difícil de explicar. Perdóneme por ser tan poco claro. Estaba pensando que, si por casualidad se plantea quedarse, hay un cobertizo que convertí en estudio cuando Lily decidió probar sus dotes de pintora. No llegó a utilizarlo, pero es un espacio muy agradable para trabajar. Tiene unas vistas de la bahía maravillosas.

—Alexander, es muy amable por ofrecérmelo, pero apenas me queda tiempo para trabajar teniendo que ocuparme de Aurora todo el día.

—Ya. También estaba pensando que, como se la ve mucho mejor, podría llevarla a la escuela del pueblo, tal como usted me sugirió. Así tendría todo el día para trabajar.

—Bueno, la verdad es que creo que a Aurora le iría muy bien estar con niños de su edad —convino Grania—. Pasa demasiado tiempo sola o en compañía de adultos. Pero si...

Alexander posó la mano sobre la de ella.

—Lo entiendo, Grania. Soy un egoísta. Usted tiene su propia vida lejos de aquí, y también tiene talento. Le aseguro que no es mi intención ser un obstáculo para ninguna de las dos cosas. Lo único que le pido, a menos que tenga alguna urgencia que requiera su presencia inmediata, es que se quede con nosotros un par de semanas más. Me encuentro en una situación bastante apurada y no tendré oportunidad de dedicarle a Aurora el tiempo que necesita. Ni la energía —añadió con un suspiro.

—De acuerdo. Me quedaré un par de semanas más. —Grania sabía que su respuesta era más una reacción al tacto de su mano que la conclusión lógica tras un proceso de reflexión—. De todos modos, tengo que terminar la escultura de Aurora.

—Gracias.

—Ah, y si se decide a seguir adelante con lo de la escuela, la directora es prima de mi madre —explicó Grania—. Estoy segura de que podría encargarse de hablarle de Aurora y de preguntarle si puede empezar ya.

—¡Perfecto! Y, por supuesto, tendré que pagarle a su familia la perrita que Aurora está decidida a quedarse.

—Eso no, Alexander; de verdad que no hace falta. —Grania se puso en

pie y empezó a vaciar los platos—. ¿Quiere café?

—No, gracias, tengo la impresión de que me da más dolor de cabeza. ¿Sabe qué? —dijo Alexander mientras la observaba ir de un lado a otro en la cocina—, mi difunta esposa creía que los ángeles existen de verdad.

—¿En serio? —preguntó Grania mientras lo apilaba todo en el fregadero.

—Sí. Decía que solo tenías que llamarlos. —Alexander sonrió con tristeza sin apartar los ojos de Grania—. Tal vez tuviera razón, después de todo.

Esa noche, sola en la cama, Grania se sentía totalmente desconcertada. Acababa de comprometerse a pasar otras dos semanas en casa de la familia Devonshire, y la cosa seguramente se alargaría algo más. Pero esta vez no lo hacía solo para cuidar de Aurora, sino también de Alexander. Tal vez fuera cosa de su instinto maternal... Alexander parecía tan vulnerable como su hija. O tal vez se trataba de un mecanismo de sublimación, como diría un psicoterapeuta de Nueva York. A lo mejor estaba desplazando las emociones y los sentimientos frustrados que tenía puestos en Matt y los estaba depositando en otro hombre. La situación con respecto a Matt seguía sin haberse resuelto. Sin embargo, allí estaba ella, jugando a formar parte de la acogedora estampa doméstica que ofrecían Alexander y Aurora. Un hogar y una familia de verdad con una niña que ya existía y estaba a punto para que la sacaran adelante.

Grania suspiró y se dio la vuelta. Tal vez tantos años compartiendo la vida con un hombre que era doctor en psicología y que podría analizar hasta una salchicha si se lo propusiera, le habían afectado más de lo que creía. O tal vez la cosa solo se debía al hecho de que su vida había dado un giro inesperado, y Alexander y Aurora le ofrecían el refugio temporal que necesitaba.

Además, pasar un par de semanas más allí mientras Alexander atendía el negocio que fuera que lo estaba apurando y Aurora se asentaba en la escuela, no tenía ni de lejos por qué afectar las decisiones que la marcarían de por vida. Y Grania sabía perfectamente que, incluso cuando se tomaba conscientemente una decisión de por vida, a veces las cosas salían fatal.

Las siguientes dos semanas no sirvieron en absoluto para que Grania avanzara en sus decisiones sobre el futuro. Al tercer día por la mañana, cuando Grania llegó a casa después de acompañar a Aurora a la escuela del pueblo, Alexander la estaba esperando en la cocina con un juego de llaves.

—Son las llaves del cobertizo habilitado como estudio —dijo, haciéndole entrega de ellas—. Vaya a echar un vistazo, a ver si le parece apropiado.

—Gracias.

—No creo que Lily llegara a poner los pies allí, así que deshágase de lo que le parezca y considere el espacio como suyo. —Alexander la saludó con una inclinación de cabeza y abandonó la cocina.

Grania cruzó el patio y abrió la puerta del estudio. Tuvo que ahogar un grito al contemplar el panorama a través del ventanal de suelo a techo: entraba a raudales la luz natural que todo artista necesitaba y además ofrecía una magnífica vista de la bahía de Dunworley. Miró alrededor, el caballete immaculado e intacto, los tubos de pintura y la selección de caros pinceles de pelo de visón, todavía cubiertos por la funda de plástico que los protegía del polvo.

Los armarios estaban llenos de lienzos y blocs de papel de dibujo en blanco, y tampoco se observaba una mota de pintura en ninguna parte. Grania se quedó de pie junto a la ventana, contemplando los acantilados y preguntándose por qué Lily no había aprovechado nunca un espacio tan magnífico. Cualquier artista profesional daría unos cuantos de sus mejores cuadros (o esculturas; para el caso era lo mismo) con tal de disponer de un estudio como ese. Incluso había una pequeña antesala con un cuarto de aseo y una gran pila donde limpiar los pinceles.

Era el espacio con el que Grania siempre había soñado.

Esa tarde, trasladó allí la escultura sin terminar de Aurora y la colocó sobre el banco de trabajo situado frente al ventanal. El único inconveniente, pensó al sentarse y mirar el paisaje con ojos soñadores, era que, si se descuidaba, podía pasarse los días contemplando el panorama en lugar de concentrarse en su trabajo.

Cuando fue a recoger a Aurora a la escuela, la niña tenía miles de historias que contar sobre sus nuevos amigos, y le reveló extasiada que, al parecer, era quien mejor leía de toda la clase. Esa noche, mientras cenaban, Alexander y Grania escucharon con el orgullo propio de unos padres los éxitos que Aurora relataba.

—Ya ves, papá. No me han educado tan mal como creías. De hecho, soy bastante espabilada.

Alexander le alborotó el pelo.

—Ya sé que eres espabilada, cariño.

—¿A quién crees que me parezco más, a mamá o a ti?

—Ah, a mamá, sin duda. Yo en la escuela era bastante cateto.

—¿Y mamá? ¿Era espabilada? —preguntó Aurora.

—Mucho.

—Oh. —Aurora continuó comiendo—. Pues se pasaba muchísimo tiempo en la cama, o fuera de casa, como tú —dijo al fin.

—Sí, es cierto, pero eso era porque mamá siempre estaba cansada.

—Es la hora del baño, señorita. —Grania vio que la expresión de Alexander era cada vez más tensa—. Mañana habrá que madrugar otra vez para llegar a tiempo a la escuela.

Cuando Grania regresó abajo, Alexander estaba en la cocina, fregando los platos.

—Deje eso —dijo avergonzada—. Es mi trabajo.

—De eso nada —repuso Alexander—. No está aquí para hacer de fregona sino para cuidar de Aurora.

—No me importa hacerlo —insistió Grania; cogió un trapo de cocina y se situó al lado de Alexander en el fregadero para que le fuera pasando los platos mojados—. Lo tengo asumido porque soy la única hija de una familia en la que los hombres llevan la voz, cantante.

—Es un buen modelo para Aurora. La verdad es que tiene vocación de madre, Grania. ¿Ha pensado alguna vez en tener hijos?

—Yo...

Alexander notó que le temblaba la voz.

—Lo siento. ¿He dicho algo inconveniente?

—No. —Grania notó el aluvión de lágrimas pugnando por salir y que apenas podía controlar—. Es que hace pocas semanas perdí un bebé.

—Entiendo. —Alexander continuó fregando los platos de forma rítmica—. Lo siento muchísimo. Debe de haberle resultado... Todavía debe de resultarle difícil.

—Sí... —Grania exhaló un suspiro—. La verdad es que me ha costado.

—¿Por eso se fue de Nueva York?

—Sí. —Grania notaba que los ojos azul oscuro de Alexandre la traspasaban—. Entre otras cosas. Pero bueno...

—Tendrá más niños, estoy seguro.

—Sí. Voy a guardar todo esto en el armario, ¿le parece bien?

Alexander la observó en silencio alejarse de él y comprendió que sus reservas para hablar del tema se debían al sufrimiento. Cambió de tema.

—Bueno, como le decía hace unos minutos, su influencia es muy positiva para Aurora. Su madre no era lo que se dice una mujer hogareña.

—Bueno, seguramente tenía otras cualidades.

—Usted también las tiene.

—Gracias. —Grania se sonrojó ante la mirada de Alexander.

—Espero que no le importe, pero cuando se ha marchado a recoger a Aurora del colegio, he echado un vistazo al estudio. La escultura que le está haciendo es una auténtica preciosidad.

—No está ni mucho menos acabada. Ahora me estoy peleando con la nariz —añadió Grania.

—Es la nariz de los Lisle, todas las mujeres de la familia la han heredado. Supongo que es difícil darle esa forma a la arcilla.

—Su esposa era muy guapa.

—Sí, sí que lo era, pero... —Alexander suspiró— tenía muchos problemas.

—¿Sí?

—Problemas mentales —añadió.

—Oh. —Grania se esforzó por buscar una buena respuesta—. Lo siento.

—Es asombroso cómo la belleza es capaz de ocultar tantos defectos. No digo que fuera culpa de Lily, por supuesto, pero el día que la conocí ni por un momento pensé que una mujer con ese aspecto podía ser... tal como ella era. En fin...

En la cocina se hizo el silencio. Grania secó el resto de los platos sin pronunciar palabra y los guardó en el aparador. Cuando se dio la vuelta, vio que Alexander la estaba observando.

—En fin —repitió él—. Tanto para Aurora como para mí es un placer tener a una mujer normal viviendo en casa. A Aurora le faltaba una figura de la que poder seguir el ejemplo. Aunque Lily hizo todo lo que pudo, claro —se apresuró a añadir.

—Pocas personas me consideran lo que se dice normal —puntualizó Grania con una sonrisa—. Pregúnteles a mis padres, o algunos de mis amigos de Nueva York. Seguro que le dirán algo muy diferente.

—Grania, en mi opinión, usted tiene todo lo que debe tener una mujer. Y una madre. Siento mucho que perdiera al bebé.

Alexander no paraba de mirarla.

—Gracias —consiguió responder ella.

—Veo que la estoy incomodando. Lo siento. Últimamente no... no soy yo mismo.

—Bueno, voy arriba a darme un baño. Gracias por permitirme usar ese estudio tan bonito. La verdad es que es de sueño.

Grania ofreció una débil sonrisa a Alexander y salió de la cocina.

Más tarde, ya en su habitación, se reprochó a si misma haber permitido que su debilidad emocional saliera a relucir. Sin embargo, en cierta forma se sentía identificada con aquella vulnerabilidad latente en Alexander, que afloraba sobre su apariencia estoica. Si le llegaba al alma era porque se reconocía en él.

Por primera vez, Grania permitió que las lágrimas brotaran de verdad. Lloró por el ser frágil y diminuto que había perdido. Y cuando, al cabo de varias horas, se acostó y trató de dormir, se sentía más tranquila, como si algo en su interior se hubiera roto y, al mismo tiempo, se hubiera enmendado.

A medida que pasaban los días, Alexander se dejaba caer más a menudo por la planta baja. A veces, como quien no quiere la cosa, entraba en el estudio y se quedaba a verla trabajar. Empezó a unirse a ella a la hora del desayuno, y cuando Grania le dijo que le gustaba escuchar música mientras trabajaba se encontró un pequeño reproductor en el estudio. Con el tiempo, Alexander fue contándole más y más cosas de Lily.

—Al principio, me encantaba cómo sus pensamientos saltaban de un tema a otro igual que gotas de mercurio. Era encantadora. —Alexander suspiró—. Siempre se la veía contenta, como si la vida consistiera en una emocionante aventura y nada pudiera desanimarla. De una forma u otra, conseguía todo lo que se proponía, porque siempre cautivaba a quien tenía alrededor. A mí me hipnotizó. Cuando el mundo se le venía abajo y lo veía todo negro, y lloraba desconsoladamente porque, por ejemplo, había encontrado un conejo muerto en el jardín, o porque estábamos en cuarto menguante y faltaba un mes entero para que volviera a haber luna llena, yo fingía que se trataba tan solo de su naturaleza sensible. Cuando las temporadas en que lo veía todo negro empezaron a prolongarse y cada vez había menos momentos en que se sintiera feliz, fue cuando me di cuenta de que algo iba mal. Un par de años después de casarnos, Lily empezó a pasarse días enteros en la cama, diciendo que estaba demasiado cansada y desanimada para levantarse. Y, de repente, aparecía ataviada con uno de sus mejores vestidos y el pelo recién lavado e insistía en que hiciéramos algo emocionante. La forma en que perseguía la felicidad era casi patológica. Cuando se encontraba en una de esas fases daba vértigo, pero era una maravilla. La verdad es que corrimos unas cuantas aventuras; Lily no tenía límites y su euforia se contagiaba.

—Ya me lo imagino —respondió Grania a media voz.

—Y, por supuesto, cuando estaba así yo deseaba que su lado oscuro jamás volviera a dejarse ver; lo anhelaba y creía en ello. Sin embargo, siempre lo hacía. Durante los años siguientes, su ánimo no paró de oscilar como un péndulo, y yo me pasaba la vida siguiéndole la corriente, intentando amoldarme a sus súbitos caminos de humor. Un día... —Alexander exhaló un suspiro y sacudió la cabeza con tristeza— se derrumbó y tardó meses en recuperarse. Se negaba en redondo a que la viera un médico, solo con que se

lo insinuara se ponía histérica, como loca. Al final, cuando llevaba casi una semana sin querer beber ni comer nada, avisé al doctor. Le administraron calmantes y la ingresaron en el hospital. Le diagnosticaron trastorno bipolar y esquizofrenia.

—Lo siento mucho, Alexander. Debió de ser muy duro para usted.

—Bueno, Lily no tenía la culpa de estar enferma —subrayó Alexander—, pero su naturaleza infantil empeoraba las cosas. Al parecer, no comprendía lo que le pasaba. Y, por supuesto, me partió el alma tener que ingresarla en una institución especializada en ese tipo de enfermedades. Ella gritaba y se aferraba a mí con uñas y dientes, suplicándome que no la dejara en aquella casa de locos, tal como ella la llamaba. Pero había llegado a un punto en que era un peligro para si misma; ya había intentado suicidarse unas cuantas veces. También se volvió violenta y en varias ocasiones me atacó con utensilios de cocina. Si no me hubiera defendido, me habría causado serias heridas.

—Por Dios, Alexander; qué horror. Me sorprende que tuvieran a Aurora —dijo Grania, escandalizada de veras por lo que acababa de contarle.

—Aurora fue una sorpresa para ambos. Lily tenía casi cuarenta años cuando descubrió que estaba embarazada. Los médicos creían que era posible que el hecho de tener alguien de quien cuidar ayudara a Lily, siempre y cuando estuviera bajo vigilancia constante. Además, Grania, no olvide que había largas temporadas en que, gracias a la medicación, Lily estaba estable —explicó Alexander—. Aunque yo siempre vivía con el miedo de que empeorara, y nunca podía confiar en que se tomara las medicinas. Lily detestaba las pastillas que la dejaban zombi, tal como ella decía. Aunque le evitaban los momentos bajos, tenía la impresión de que también le impedían sentir los buenos. Y era cierto, claro. Las pastillas la tranquilizaban, le equilibraban el estado de ánimo, pero ella decía que vivir así era como estar siempre rodeado de una cortina de humo. Las cosas no parecían igual de reales ni se disfrutaban o se padecían de la misma manera.

—Pobrecilla —dijo Grania—. ¿Y mejoró cuando tuvo a Aurora?

—Sí, sí que mejoró. Hasta que Aurora cumplió los tres años, Lily fue una madre perfecta. Aunque es cierto que no le gustaban las tareas domésticas tanto como a usted, Grania. —Alexander sonrió—. Lily siempre necesitaba

tener muchos criados a su disposición, y ella se encargaba solo de cuidar de la pequeña. En esos momentos llegué a creer que, verdaderamente, había esperanzas. Pero la cosa no duró. —Alexander se pasó la mano por el pelo—. Y, por desgracia, Aurora se llevó la peor parte. Un día llegué a casa y encontré a Lily durmiendo en la cama. Como no había rastro de Aurora, la desperté para preguntarle dónde estaba la niña; ella me miró y me dijo que la verdad era que no se acordaba. Encontré a Aurora dando vueltas sola por el acantilado, muerta de frío y muy asustada. Habían salido juntas a dar un paseo y Lily, sin más, se había olvidado de su hija.

—Oh, Alexander, es horrible. —Grania no pudo evitar que le brotaran lágrimas ante la idea de que hubieran abandonado a Aurora.

—Desde entonces supe que no podría volver a dejar a Lily sola con Aurora ni siquiera unos minutos. Claro que no tendría que haberme preocupado por eso, porque Lily volvió a empeorar y la ingresaron de nuevo. A partir de ese momento, Aurora solo veía a su madre muy de vez en cuando. Nos trasladamos de nuevo a Londres para que yo pudiera trabajar y estar cerca del hospital, Aurora tuvo varias institutrices sin éxito, como usted ya sabe. Cuando Lily volvió a estabilizarse, insistió en que regresáramos a Dunworley House. No tendría que haberle hecho caso, pero le encantaba estar aquí. Decía que la belleza del paisaje la ayudaba a sentirse mejor.

—Mi madre me ha contado que se quitó la vida —dijo Grania con un hilo de voz.

—Sí, su madre tiene razón. —Alexander apoyó la cabeza en las manos y exhaló un suspiro—. Y estoy seguro de que Aurora la vio hacerlo. Oí un grito en el dormitorio de Lily y encontré a la niña en camisón, señalando el acantilado desde la terraza. Dos días más tarde, el cuerpo de su madre apareció en la playa de Inchydoney; la corriente lo había arrastrado hasta allí. Nunca he sabido qué efectos tuvo aquello en Aurora. Aparte del hecho de tener una madre que, sin que ella tuviera la culpa, le daba y le arrebatava su cariño en cuestión de segundos.

Grania hizo todo lo posible por evitar que su rostro reflejara las emociones que estaba sintiendo. Le parecía espantoso que Aurora hubiera presenciado cómo su madre se mataba arrojándose al vacío. Posó la mano sobre la de Alexander para reconfortarlo.

—Tal como yo lo veo y teniendo en cuenta por todo lo que ha pasado, Aurora es una niña muy equilibrada.

—¿En serio? —Alexander miró a Grania con los ojos llenos de desesperación—. La cuestión es que, como es lógico, los médicos han estado muy atentos a las reacciones de Aurora ante la muerte de su madre. Y apuntan que ha heredado su desequilibrio mental. Todo eso de que la ve en el acantilado, que la oye llamarla, lo de las pesadillas... podrían ser indicios de una posible evolución hacia los problemas mentales de Lily.

—O, como usted mismo ha dicho al principio, también podría deberse solo a los intentos de la pequeña por superar el trauma de lo que vio y de haber perdido a su madre.

—Sí; ojalá sea eso. —Alexander esbozó una débil sonrisa—. Y parece que ha hecho grandes progresos desde que está con usted. Se lo agradezco mucho, Grania. No soy capaz de expresarle lo que la niña significa para mí.

—¿Sabe por casualidad si Lily sufrió alguna experiencia traumática en su infancia? —preguntó Grania—. A veces esas cosas provocan problemas de todo tipo.

Alexander la miró con extrañeza.

—Para ser escultora, parece que sabe mucho del tema.

—Mi... ex novio es doctor en psicología, y tiene especial debilidad por los traumas infantiles. Lo poco que sé, seguramente lo he aprendido de él —confesó Grania.

—Ya —respondió Alexander con un gesto de asentimiento—. Bueno, volviendo a su pregunta, sé muy pocas cosas de los primeros años de vida de Lily. Cuando la conocí, vivía en Londres, y siempre era reacia a hablar de su pasado; aunque lo que sí sé es que nació en esta casa y pasó gran parte de su infancia en ella.

—Creo que mi madre sabe cosas de la época en que Lily vivía aquí —dijo Grania, despacio.

—¿En serio? ¿Y querría contármelas?

—No puedo asegurárselo. —Grania se encogió de hombros—. Es un tema con el que se muestra muy reservada. Pero estoy segura de que algo ocurrió, porque cada vez que menciono a Lily, reacciona de forma negativa.

—Madre mía. —Alexander arqueó las cejas—. Eso no pinta nada bien.

Pero cualquier información que me ayude a poner en orden las ideas sobre Lily será bien recibida.

—Veré lo que puedo sonsacarle —dijo Grania—, pero no tenga grandes esperanzas; mi madre es más tozuda que una mula, y puede que tenga que esperar sentado.

—Pues precisamente lo que no me sobra es tiempo —masculló Alexander—. Dentro de diez días tengo que marcharme otra vez ¿Ha pensado qué va a hacer?

—No —respondió Grania, lacónica; sabía que estaba nadando a contracorriente.

—De acuerdo. No quiero presionarla, pero es obvio que si no piensa quedarse, tendré que solucionar unas cuantas cosas relativas a Aurora.

—¿Sabe cuánto tiempo estará fuera?

—Un mes, tal vez dos.

—Muy bien —asintió Grania—. Mañana le daré una respuesta. —Se puso en pie y empezó a vaciar los platos de la comida.

—Grania —Alexander estaba a su lado; le quitó los platos y volvió a depositarlos en la mesa, luego le cogió las manos y la sostuvo sobre las suyas —, quería decirle que, decida lo que decida, ha sido un placer conocerla. Me parece una mujer muy especial.

La besó en los labios con mucha suavidad. Luego dio media vuelta y salió al jardín.

Tal como suelen hacer las mujeres, Grania pasó varias horas analizando el porqué del inesperado beso de Alexander, angustiándose por ello y reprochándose a si misma. Le había puesto fin de un modo tan repentino que apenas podía creer que hubiera sucedido de verdad. Y precisamente por eso lo más seguro era que no significara nada. No daba la impresión de haberse quedado con ganas de más. Claro que, por otra parte, ¿no era inadecuado que un hombre besara en los labios a la niñera de la hija?

No cabía duda de que Alexander, su conducta y sus sentimientos eran un enigma. Con todo, Grania notaba que sus barreras emocionales se iban viniendo abajo poco a poco a medida que la misteriosa conexión entre dos

personas que comprendían el mutuo dolor por la pérdida de un ser querido se hacía más estrecha.

Todo cuanto sabía era que se estaba metiendo en las aguas pantanosas del enamoramiento. Y tenía que frenarlo de inmediato.

—Alexander, he tomado una decisión —anunció a la mañana siguiente, entrando en la cocina tras haber acompañado a Aurora a la escuela.

—¿Y cuál es la respuesta?

—No puedo quedarme. Lo siento. En Nueva York tengo... problemas que resolver y es necesario que me marche. Ya sabe lo mucho que quiero a Aurora, pero...

—No hace falta que diga nada más. —Alexander extendió las manos ante si, como si quisiera defenderse—. Gracias por decírmelo. Ahora tengo que encontrar una sustitua sin perder tiempo. Se dio media vuelta y salió de la cocina sin dilación.

A Grania le remordía la conciencia cuando salió de la cocina y cruzó el patio que conducía al cobertizo habilitado como estudio. Se sentía como una charlatana por haber rechazado la propuesta de quedarse. La escultura de Aurora estaba casi terminada, y todo cuanto faltaba por hacer era vaciar el molde y bañar la figura en bronce. Exhaló un suspiro. Cuanto antes saliera de esa casa, mejor.

Pasó la mañana ocupada en no dejar ni rastro de su paso por el estudio. Y acabó concluyendo que tal vez su madre estuviera en lo cierto; el efecto que los Lisle provocaban en los Ryan era insidioso e irrefrenable, porque la verdad era que ella se sentía aturullada. Aunque estuviera Aurora de por medio, eso no justificaba que se atara sentimentalmente a un hombre a quien apenas conocía. Un hombre que le había tomado cariño porque había cuidado de su hija... y que luego había intentado convencerla con un beso... y quién sabe si habría seguido con más.

Todas las señales advertían a Grania que debía marcharse.

Esa tarde, al ir a la escuela a recoger a Aurora, lo pasó mal. La niña había hecho muchos planes que la incluían a ella, y le costaba mucho hacerse a la idea de que disponía tan solo de unos cuantos días hasta que otra persona se

ocupara de su cuidado.

—¿Quieres decir que te marchas?

—Bueno, Aurora, corazón, ya sabías que solo iba a quedarme un tiempo. No puedo vivir en Dunworley House para siempre.

Eso ocurrió a la mañana siguiente, y Grania no había vuelto a ver a Alexander desde que la besó y desapareció de la cocina. Con todo, sabía que debía explicarle a Aurora que iba a marcharse y darle tiempo de asimilar lo que sabía que para ella significaría que otro adulto la estaba abandonando.

—Pero, Grania, ¡no puedes marcharte! —Los grandes ojos de Aurora se llenaron de lágrimas—. Te quiero, ¡y creía que tú también me querías! Somos amigas, lo pasamos bien juntas, papá te quiere y...

Aurora estalló en unos sollozos hondos y prolongados.

—Querida, por favor, no llores. Por favor. Claro que te quiero, pero ya sabes que vivo en Nueva York. Allí tengo mi vida, y una carrera que es muy importante para mí.

—¡Te marchas a Norteamérica y me dejas!

—No me voy de inmediato, corazón. Antes tengo que pasar unos días en la granja, con mis papás. Estaré al final del camino.

—¿De verdad? —Aurora miró a Grania con expresión desesperada—. ¿Puedo ir a vivir contigo? A tu familia le caigo bien, ¿no? Te prometo que os ayudaré a ordeñar las vacas, y a cuidar de las ovejas, y...

—Aurora, puedes venir a visitarnos siempre que quieras. —Grania empezaba a arrepentirse de su negativa.

—¡Déjame ir contigo, por favor! ¡No me dejes aquí! Volveré a tener pesadillas, y mamá vendrá a buscarme. —Aurora se arrojó en brazos de Grania y la estrechó con tanta fuerza y desesperación que apenas podía respirar.

Las arenas movedizas estaban empezando a cubrirle la cabeza. Tenía que escapar.

—Querida, voy a hablarte de mujer a mujer. —Grania alzó la barbilla de Aurora y la miró a los ojos—. El hecho de que una persona no duerma en la misma habitación que tú o no esté contigo en un momento dado no significa

que no te quiera. A decir verdad, me encantaría que fueras hija mía, porque así podría llevarte conmigo. —Grania tragó saliva para evitar que las lágrimas le impidieran continuar—. Pero no puedes venir, Aurora; no puedes dejar a tu papá aquí solo. Él te necesita, corazón, y tú lo sabes. A veces la vida nos obliga a hacer cosas que nos resultan muy duras.

—Sí. —Aurora la miró con cara de comprender lo que le estaba explicando—. Tienes razón —dijo con un suspiro—. Sé que tengo que quedarme aquí por papá. Y que tú no puedes quedarte conmigo. Tú tienes tu vida, y para ti es muy importante. —De repente, Aurora retiró los brazos y se alejó de Grania dándole la espalda—. Todo el mundo tiene su vida, y es más importante que yo. Los adultos siempre hacen lo mismo.

—Algún día tú también serás adulta, Aurora. Y entonces lo comprenderás.

—No, si ya lo comprendo. —Aurora se volvió de nuevo hacia Grania—. Comprendo lo que significa ser adulto. —Tras una pausa, respiró hondo y regresó a su lado—. Sé que tienes que marcharte, Grania; solo espero volver a verte.

—Te prometo que volveremos a vernos, corazón. Si alguna vez me necesitas, todo lo que tienes que hacer es llamarme por teléfono. Te prometo que siempre me encontrarás.

—Sí. Bueno —la niña asintió—, es hora de que nos vayamos a la escuela, ¿no?

Durante el viaje, Aurora no dijo nada. Sin embargo, Grania sabía cómo se sentía. Cuando salió del coche y se reunió con sus amigos sin siquiera volverse a mirarla, supo que se sentía rechazada y profundamente dolida.

Grania adoptó una expresión resuelta mientras pensaba en Mary. Ella lo había dado todo por proteger a una niña que no era hija suya y que, al final, le había dado la espalda cuando le convino. Por mucho cariño que le tuviera a Aurora, la pequeña no era responsabilidad suya. Y no podía permitir que se repitiera la historia.

—No lo soporto, mamá; tenía la cara tan descompuesta, y aun así se la ve tan orgullosa y tan valiente... No tienes ni idea de lo que ha sufrido esa criatura.

—Grania había pasado por la granja después de acompañar a Aurora a la escuela. Se sentó a la mesa de la cocina con su madre. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—Seguro que no, cielo —dijo Kathleen para tranquilizarla—, pero has hecho lo correcto, por duro que te parezca. Como bien dices, no es responsabilidad tuya. Es su padre quien debe ocuparse de ella.

—No sé qué va a hacer sin mí. Todo el mundo la abandona, mamá. —Grania exhaló un suspiro—. Todo el mundo. Creía que yo la quería, y que me preocupaba por ella, y que...

—Ya lo sé, pero la relación que tenéis no se romperá nunca. Y te prometo que Aurora siempre será bienvenida en esta casa, puedes decírselo de mi parte. Todos la queremos, de verdad que sí. Ahora ven aquí y deja que tu madre te dé un abrazo.

Grania hizo lo que su madre le pedía. Aunque a veces Kathleen la sacara de sus casillas, en ese momento le pareció una bendición tenerla a su lado.

Durante los siguientes tres días, en Dunworley House se respiró una calma sorprendente. Aurora parecía haber aceptado la situación sin reservas. No se mostró distante con Grania sino que le preguntó si podían pasar el tiempo que les quedaba juntas haciendo las cosas que más le gustaban. Grania aceptó con gusto, y las dos dieron largos paseos por los acantilados, pasaron una tarde divertidísima poniéndose perdidas de pegamento con el papel maché, y la última noche cenaron en casa de los padres de Grania.

Cuando llegó el momento de regresar a Dunworley House para que Aurora se acostara, Grania observó que su madre abrazaba a la pequeña como si fuera hija suya.

—Podré venir a visitaros y a ver a mi cachorro muchas veces, muchísimas, ¿verdad, Kathleen?

—Claro que sí, cielo. Y Grania se quedará un tiempo aquí. Siempre tendrás la puerta abierta, te lo prometo —la tranquilizó Kathleen, y dirigió una mirada desesperada a Grania—. Adiós, cielo.

Cuando llegaron a la casa, Alexander las estaba esperando en la cocina.

—Aurora, ve a prepararte para irte a la cama, por favor. Tengo que hablar con Grania.

—Sí, papá —dijo Aurora con diligencia, y salió de la cocina.

En la mesa había unos cuantos sobres para Grania.

—Es todo el dinero que le debo.

—Gracias. —Grania se preguntaba por qué se sentía tan violenta e incómoda si en realidad era ella quien le había hecho el favor cuando él lo había necesitado.

—Mañana a las diez en punto vendrá una chica del pueblo, Lindsay. Es muy agradable. Sería muy amable por su parte si, después de acompañar a Aurora a la escuela, pasara unas horas con ella para enseñarle cómo funciona todo. Luego ya se encargará ella de ir a buscar a Aurora cuando salga.

—Claro. —Grania recogió los sobres de la mesa—. Voy a subir a acostar a Aurora.

—Sí. —Alexander asintió.

Grania se dirigió a la puerta y la abrió.

—Grania...

—Ella se volvió a mirarlo y captó la pesadumbre de su mirada.

—Espero que algún día comprenda por qué yo... —Se interrumpió y sacudió la cabeza—. Si mañana por la mañana no la veo, buena suerte para el futuro. Tal como le dije la otra noche, es una persona muy especial. Gracias por todo, y espero que a partir de ahora la vida le vaya muy bien.

Grania asintió, salió de la cocina y subió la escalera para dar las buenas noches a Aurora por última vez.

Aurora no daba muestras de desesperación, ni siquiera suplicó a Grania que se quedara cuando la acompañó a la escuela a la mañana siguiente.

—Voy a conocer a tu nueva niñera —le explicó ella—. Se llama Lindsay y parece encantadora. Ya sabes que si no, tu padre no la habría contratado para que te cuidara.

Aurora asintió.

—Sí, ya lo sé.

—Y también sabes que estaré en la granja, justo al final del camino, y que puedes venir a visitarnos tan a menudo como quieras, ¿no?

—Sí.

—Adiós, cariño. Ven a verme en cuanto puedas.

—Sí, adiós, Grania. —Aurora sonrió, dio media vuelta y entró en la escuela.

Lindsay, la chica del pueblo que Alexander había contratado como niñera, parecía muy amable y además tenía experiencia y estaba al corriente de la situación.

—Estoy acostumbrada a hacerme cargo de niños yo sola, así que no representa ningún problema, Grania, de verdad —le dijo.

—Sí, seguro que lo haces mucho mejor que yo, que solo he cubierto el puesto por circunstancias.

Sin embargo, Grania tuvo que explicarle a Lindsay las necesidades y deseos particulares de Aurora. En qué lado de la almohada tenía que ponerle el peluche, cómo le gustaba que la arroparan, que tenía cosquillas en la parte derecha del cuello...

Grania le había pedido a Shane que fuera a recogerla. Cuando se alejó de

Dunworley House, se sentía tan aliviada como atenazada por la sensación de que algo malo iba a ocurrir.

Hacía tres días que Grania había dejado la casa, y la familia entera estaba en ascuas, esperando que la pequeña y graciosa figura de Aurora apareciera de un momento a otro dando saltos por el camino en dirección a la granja. Pero, de momento, no había ido.

—Puede que sea porque está a gusto en casa con la nueva niñera — comentó Kathleen.

—Sí —respondió Grania con un hilo de voz.

—Vendrá cuando lo crea conveniente, no tienes por qué preocuparte. Los niños se adaptan a todo y Aurora es muy fuerte.

—Sí —repitió Grania.

No obstante, ninguna de las dos creía nada de eso.

Esa misma tarde, Grania recibió una llamada en el móvil. Era Lindsay.

—Hola —saludó Grania, y salió de la cocina cerrando la puerta para dirigirse a la sala de estar y poder hablar más tranquilamente—. ¿Qué tal os va?

—Pues creía que nos llevábamos bien, pero esta tarde he ido a recogerla a la escuela y no estaba.

—¿Qué quiere decir que no estaba?

—Que ha desaparecido. Su maestra me ha dicho que estaba jugando en el patio y, de repente, se ha esfumado.

—Santo Dios —musitó Grania con el corazón acelerado. Miró el reloj. Eran las seis menos diez. Eso significaba que Aurora llevaba desaparecida dos horas—. ¿Dónde la han buscado?

—Por todas partes. Yo... —Grania notó la voz desesperada de Lindsay— te llamaba por si sabes si le gusta ir a algún sitio en particular, o con quién puede haberse marchado. De hecho creía... Esperaba que estuviera contigo.

—No, pero registraré la casa y los establos. Podría haber entrado en la granja sin que nos demos cuenta. ¿Está Alexander ahí?

—Esta tarde se ha ido a Cork y aún no ha regresado. He intentado llamarlo al móvil varias veces, pero no me contesta.

—¿Has mirado por los acantilados?

—Sí, pero no hay ni rastro de Aurora.

Grania se abstuvo de preguntar a Lindsay si había echado un vistazo a las rocas del fondo.

—Muy bien, ¿por qué no vuelves a dar una vuelta por la casa y el jardín mientras yo registro la granja? Si no la ves, quédate ahí por si le da por volver. Si la encuentro en alguna parte o se me ocurre dónde puede estar, te llamaré. Hasta dentro de un rato.

Grania envió a Shane a mirar en los establos mientras John salía con el Land Rover para echar un vistazo a los campos que rodeaban la granja. Kathleen se quedó en el jardín, llamando a Aurora a grito pelado a falta de otra cosa mejor que hacer.

Shane se encontró con Grania en el patio.

—Me temo que aquí no está —le dijo—. Pero la perrita que tanto le gustaba también ha desaparecido.

—¿De verdad?

—A lo mejor es por pura coincidencia, pero ¿te parece que Aurora podría haber venido a buscarla?

—Si Lily no está, es que se la ha llevado ella —convino Grania, aliviada de tener al menos alguna pista sobre el paradero de Aurora. Albergaba la esperanza de que se dirigiera a alguna parte con la perrita en lugar de estar muerta por haberse estampado contra las rocas del fondo del acantilado—. Voy a recorrer el camino del acantilado con la bici. ¿Por qué no haces lo mismo pero hacia Clonakilty? —sugirió Grania, y cogió una bicicleta oxidada que había apoyada en la pared del establo.

—De acuerdo —accedió Shane, y cogió otra bicicleta y se montó en ella—. Llevo el móvil encima, y papá también lleva el suyo. Mamá se quedará aquí por si aparece.

Dos horas más tarde, los Ryan se reunieron en la cocina. Ninguno había encontrado rastro de Aurora.

—He estado devanándome los sesos pensando en los rincones donde podría haberse escondido —dijo Kathleen mientras andaba de un lado a otro de la cocina—. ¡Jesús, María y José! Si a la pobrecilla le ha pasado algo...

—¿No deberíamos llamar a la policía? —sugirió John.

—Lindsay me ha explicado que ha conseguido hablar con Alexander y que está volviendo de Cork. Es a él a quien le corresponde tomar esa decisión. —Grania acercó las manos a los fogones para calentárselas.

—¿A alguien le apetece un té? —preguntó Kathleen.

—Sí, por favor, cielo —dijo John—. Una niña y un cachorro no pueden llegar muy lejos sin un vehículo, ¿a que no? Es probable que alguien los vea. Además, no creo que Aurora lleve dinero, así que es posible que regrese en cuanto tenga hambre —dedujo.

—Bueno, a la perrita no le gustará estar lejos de su madre y no poder mamar —añadió Shane.

Grania apenas los escuchaba. Su cabeza estaba dando vueltas a las últimas diez semanas, tratando de identificar algún lugar donde pudiera haber ido Aurora. Oyó el ruido de unos neumáticos en el camino de grava y vio que se trataba del coche de Alexander. El hombre saltó del vehículo y se acercó a la puerta de la cocina. Cuando entró, la familia entera observó el matiz grisáceo que el pánico había imprimido a su rostro demacrado.

—Siento irrumpir en su casa de esta forma, pero Lindsay me ha dicho que han estado buscando a Aurora. ¿Alguna noticia?

—No, Alexander; de momento no sabemos nada. Hemos mirado en todas partes. Esta es mi madre, por cierto, y estos son mi padre y mi hermano Shane —añadió Grania.

—Encantado de conocerles —respondió Alexander, con cortesía pero de forma mecánica—. ¿A alguien se le ocurre alguna idea?

—Bueno, creemos que se ha llevado ese cachorrito que tanto le gustaba, así que por lo menos no está sola —expuso Shane.

—Tenga, querido. —Kathleen ofreció una taza de té caliente a Alexander—. Tómese, tiene mucho azúcar y va bien para los sustos.

—Gracias. ¿Dice que se ha llevado a la perrita? Eso significa...

—Que ha pasado por aquí, señor —dijo John.

El alivio iluminó momentáneamente la mirada de Alexander.

—Bueno, algo es algo. ¿Adónde puede haber ido una niña pequeña que lleva un cachorro y que hace pocas horas ha estado aquí?

—No muy lejos, me parece a mí —respondió Kathleen.

—Nos preguntábamos si no sería más prudente llamar a la policía, señor

—propuso Shane.

—De momento no —se apresuró a responder Alexander—. Pero si en cuestión de un par de horas no ha aparecido, supongo que tendremos que hacerlo.

—Si me perdona un momento, y si le parece bien, voy a avisar a los amigos que tienen granjas por aquí cerca —dijo John—. Así al menos podrán echar un vistazo a los establos y a las tierras mientras hay luz.

—Buena idea, cielo —convino Kathleen mientras John se levantaba y salía de la cocina. Fijó la vista en su taza de té—. Mire lo que voy a decirle no es más que una corazonada, pero tengo la impresión de que la niña anda cerca.

—La intuición no suele fallarte, mamá. —Shane asintió con gesto alentador en dirección a Alexander—. La cuestión es dónde.

Después de buscar varias veces por los acantilados, los establos y los campos de los alrededores sin éxito, Alexander reconsideró la situación y convino en que había llegado el momento de avisar a la policía.

Grania salió de la casa y estuvo un rato de pie en el terreno que se extendía enfrente. El cielo estaba oscuro como boca de lobo y no había luna ni estrellas que ayudaran a descubrir el paradero de Aurora.

—¿Dónde estás, corazón? —susurró Grania a la oscuridad. Caminó arriba y abajo. Le rondaba por la cabeza algo que la inquietaba, pero no lograba dar con ello. De repente, lo recordó. Dio media vuelta y corrió hasta la cocina. Alexander acababa de colgar el teléfono tras haber hablado con la policía.

—Dentro de unos diez minutos se presentarán en Dunworley House para tomar nota de los detalles. Será mejor que me marche para estar allí cuando lleguen.

—Alexander, ¿dónde está enterrada Lily?

Alexander se volvió despacio hacia Grania.

—En la iglesia de Dunworley. No pensaré que...

—¿Podemos coger su coche?

—Sí. —No hizo falta que volviera a pedírselo. Los dos salieron de la casa, entraron en el coche de Alexander y tomaron la carretera que llevaba a

la iglesia de Dunworley, enclavada en un lugar aislado de la falda de la colina.

—Lily siempre insistía en que quería tener allí su última morada —explicó Alexander, rompiendo el silencio que imperaba en el vehículo—. Decía que así disfrutaría de la mejor vista del mundo por toda la eternidad.

Dejaron el coche aparcado en el arcén y, gracias a una linterna que Alexander había sacado de un compartimiento de la guantera, cruzaron la chirriante verja de hierro forjado y entraron en el camposanto.

—Está hacia la izquierda, al final de todo. —Alexander guio a Grania, caminando con cuidado entre las tumbas.

Ella contuvo el aliento mientras se acercaban lo suficiente para poder iluminar con la linterna la lápida de Lily. Y allí, tendida entre las flores y los hierbajos que habían crecido sobre la tumba, yacía Aurora. Y profundamente dormida en sus brazos estaba Lily, la perrita.

—Gracias a Dios —exclamó Alexander, tragando saliva.

Grania notó que el alivio lo tenía al borde de las lágrimas.

Alexander se volvió hacia Grania y posó una mano en su hombro.

—Gracias, Grania; conoce a mi hija mejor que yo.

El hombre se acercó de puntillas a Aurora, se inclinó y la cogió en brazos con delicadeza. El movimiento hizo que la niña entreabriera los ojos. Sonrió a su padre.

—Hola, papá —dijo adormilada.

—Hola, cariño. Voy a llevarte a casa y te acostaré en tu cama. Allí estarás a salvo y calentita.

Alexander cargó con Aurora hasta el coche. Grania lo siguió y, una vez allí, se sentó en la parte trasera mientras él colocaba a la niña en su regazo.

—Hola, Grania. —Aurora le sonrió—. Te he echado de menos.

—Yo a ti también.

—¿Cómo me has encontrado, papá? —preguntó.

—No te he encontrado yo, cariño —explicó Alexander mientras emprendía el camino de la colina en dirección a Dunworley House—. Ha sido Grania quien ha adivinado dónde estabas.

—Ya sabía yo que lo adivinaría. —Casi podía decirse que Aurora se jactaba de ello—. Es como una auténtica madre. Te quiero, Grania. No

volverás a dejarme sola, ¿a que no?

Grania observó la mirada de desesperación de Aurora y tragó saliva con fuerza.

—No, querida, no volveré a dejarte nunca más.

Más tarde, cuando Aurora ya estaba sana y salva en la cama con una bolsa de agua caliente para entrar en calor, Shane había recogido el cachorro y lo había devuelto junto a su madre y Alexander había llamado a la policía para avisar de que ya habían encontrado a Aurora, este ofreció a Grania una copa de brandy en la cocina.

—Gracias. —Grania se dejó caer en la silla con la copa entre las manos.

—Le he dicho a Lindsay que se marchara a Skibbereen, a casa de su madre —dijo Alexander—. Estaba muy afectada. —Se sentó junto a Grania con expresión exhausta—. Dios mío, qué alivio. Al menos parece que a Aurora no le ha pasado prácticamente nada. Ha cogido frío, pero no le ha pasado nada —repitió.

—Sí. Lo peor es que he pensado que... —Grania se quedó mirando a Alexander, y él asintió y volvió la cabeza hacia los acantilados.

—Yo también. —Alargó la mano y cogió la de Grania—. No soy capaz de expresar lo agradecido que le estoy por haberla encontrado. Si hubiera perdido a Aurora... —Alexander sacudió la cabeza—. Supongo que con eso habrá tenido bastante.

—Sí, estoy segura.

—Escúcheme, Grania. —Alexander le hablaba en tono apremiante—. Aurora es una niña guapa, inteligente y de carácter afable. Pero también es muy manipuladora, igual que su madre. Lo de anoche fue un grito para pedir auxilio, y no creo que fuera dirigido a mí. Es a usted a quien quería avisar. Por favor, no debe ceder a lo que podría considerarse chantaje emocional.

—No creo que lo haya hecho con intención, Alexander, en serio.

—Seguro que no —convino él—. Pero es su reacción infantil para intentar hacerla volver. El hecho de que la quiera tanto demuestra lo bien que ha cuidado de ella. Y también demuestra que con usted se siente segura. Pero, y remarco el «pero», no debe permitir que la lleve por donde ella quiere.

Usted no tiene absolutamente ninguna obligación para con mi hija. Y detestaría llegar a enterarme de que, de algún modo, está coartando los planes que tal vez a estas alturas tiene hechos.

«¿Qué planes?», pensó Grania, incapaz de centrarse en nada que no fuera la presencia física de Alexander, tan cerca, cogiéndole la mano.

—Le escucho, Alexander, y agradezco lo que me dice. El problema es... —Grania suspiró— que yo también la quiero.

—Insisto en que usted no tiene la obligación de cuidar de la niña. La responsabilidad es mía.

—¿Y qué planes tiene usted, Alexander? —Grania lo miró directamente a los ojos. Quería saberlo, por el bien de todos.

—Yo... —Alexander retiró la mano, exhaló un hondo suspiro y se pasó las manos por el pelo—. Grania, tengo que contarle una cosa.

—Pues cuéntemela —dijo ella con un hilo de voz.

Él se volvió hacia ella y le cogió las dos manos. Buscó su mirada, pero acabó por sacudir la cabeza.

—No puedo.

El brandy había disminuido la habitual moderación de Grania. Ahora era su turno de estrecharle las manos.

—Por favor, Alexander, dímelo.

Él se inclinó hacia ella, sus rodillas se rozaban, y le dio un suave beso en los labios.

—Dios mío. —La besó otra vez—. Eres maravillosa. —Entonces la atrajo hacia sí y la besó como es debido. Ella notó que su perfume la envolvía; la sensación y el anhelo eran muy fuertes. Lo rodeó a su vez con los brazos, se aferró a él y lo besó con igual fervor. De repente, él se apartó.

—¡Perdóname! No puedo... No debo hacerlo. Nada de esto es justo para ti. Por muy fuerte que sea lo que siento por ti... —De pronto, se puso en pie. Sus facciones perfectas denotaban enfado. Cogió la copa de brandy y la arrojó contra una pared, donde se hizo añicos antes de caer al suelo con elegancia.

Grania lo observó con asombro y horror.

—¡Oh, Dios! Lo siento... —Se sentó de nuevo y volvió a rodearla con los brazos. Entonces, la apartó un poco de sí con delicadeza y la miró a los ojos

—. No tienes ni idea de lo difícil que me resulta esto.

—A lo mejor podrías intentar explicármelo. —Grania consiguió formular una respuesta racional.

—Sí, pero no puedo. —Le cogió los dedos, los entrelazó con los suyos y se inclinó para darle un suave beso en la mejilla—. Si supieras lo que pienso de ti... Lo bella que te encuentro... Lo amable, delicada, encantadora y... llena de vida que me pareces. Además, lo que has ayudado a Aurora... nunca podré pagártelo Daría cualquier cosa por cogerte en brazos ahora mismo y llevarte arriba. —Le estaba acariciando el contorno de la cara con las yemas de los dedos—. Pero, créeme, Grania, lo mejor que puedes hacer es salir de esta casa maldita. Rehaz tu vida y vívela lejos de aquí, y olvídate de mí, de Aurora y...

—Alexander —dijo Grania con un hilo de voz—, hablas como en una película. Para, por favor. Así no vamos a ninguna parte.

—Sí, tienes razón. Lily siempre me decía que tenía una vena dramática. Discúlpame. Ya hemos tenido suficientes dramas esta noche. —Sonrió con tristeza.

—La verdad es que sí.

Alexander apartó la mirada.

—Tendría que marcharme mañana, pero creo que será mejor que retrase el viaje por el bien de Aurora.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? ¿Más de dos meses?

—Si se confirma lo peor, puede que tarde muchísimo más.

—Mira, te propongo un trato —dijo Grania.

—¿Cuál?

—Como habrás podido comprobar esta noche, mi familia le tiene mucho cariño a Aurora. ¿Por qué no me la llevo a vivir allí conmigo mientras estás fuera? Si en algún momento decido volver a Nueva York, Aurora seguirá teniéndolos a ellos. Y entonces, cuando vuelvas, podrás tomar las decisiones oportunas.

—¿Crees que a tus padres no les importará?

—Después de ver lo que han hecho esta noche... —Grania arqueó las cejas— me parece bastante obvio que no. Tienen muchas ganas de tener nietos, pero aún no lo han conseguido, y parece que en Aurora han

encontrado una nieta adoptiva.

—Bueno... para mí la situación es ideal. —Su demacrado rostro se relajó un poco—. Aurora estará bien cuidada y vivirá con una familia. Os pagaré todo lo que os cueste mantenerla, por supuesto.

—De acuerdo. A primera hora de la mañana llamaré un momento a mi madre para preguntarle si le parece bien, pero estoy segura de que dirá que sí. —Grania seguía afectada por el cúmulo de emociones que había experimentado esa noche. Y aquellos cambios repentinos de humor de Alexander la tenían agotada—. Si no te importa, me voy a la cama —dijo, poniéndose en pie—. Estoy muy cansada.

—Claro. Ha sido una noche horrenda. Y debo añadir que te has comportado como una auténtica heroína.

—Gracias. Buenas noches, Alexander.

Él la observó mientras llevaba la copa de brandy al fregadero, la lavaba y cruzaba la cocina en dirección a la puerta.

—¿Grania?

—¿Sí?

—Por favor, perdóname. En otras circunstancias...

Ella se volvió hacia él y asintió.

—Lo comprendo —mintió.

Aurora

Antes de que me lo preguntes, no estoy orgullosa de lo que hice. Mi padre tenía razón, claro; era una manipuladora. Pero también estaba desesperada. Y, además, me habían dicho que Grania se quedaría a cuidarme mucho, mucho tiempo, así que no me parecía nada bien que las cosas se torcieran y me abandonara.

Tuve que darle muchas vueltas a la cabeza hasta que decidí dónde me escondería. Tenía que ser un lugar donde supiera que, si me quería, vendría a buscarme; pero no demasiado obvio, como por ejemplo en el establo con el cachorro, o en los acantilados.

Aunque no me dan miedo los fantasmas, puesto que los conozco y los comprendo, no me gustó mucho estar sola en el cementerio. Me sentía un bicho raro; yo estaba viva y todos los demás, muertos. Además, solo tenía ocho años y era humana.

Pobre Grania. La verdad es que no podía hacer gran cosa, teniendo un corazón tan grande. Además, me quería, por supuesto. Y eso, tal como he dicho antes, muchas veces supone una gran ventaja.

Tengo la impresión de que también habría llegado a querer a papá, si las cosas hubieran ido de otro modo...

Bueno, ya está bien de intentar reescribir esta historia. Estoy segura de que el gran maestro del arte de escribir historias, que mueve con sutileza los hilos del destino en nuestras vidas, es mucho más diestro de lo que yo seré jamás. Y aunque a veces cueste comprender por qué suceden las cosas, uno debe confiar en Él, porque conoce los motivos de lo que nos ocurre y nos obsequian a todos con un final feliz.

Claro que eso está al otro lado del telón que cae a nuestra muerte y, por

tanto, no podemos presenciarlo mientras vivimos.

Como habrás descubierto, no soy una partidaria acérrima de la teoría de la evolución, aunque he leído *El origen de las especies* de Darwin.

Bueno, no; miento. Leí dos capítulos y lo cambié por *Guerra y paz*, que es una obra mucho más ligera.

Soy creacionista.

Claro que, a mi entender, posiblemente todos necesitamos serlo cuando nos acercamos al final de nuestra vida.

Perdóname la autocomplacencia, lector. He tenido unos días malos. Además, *Guerra y paz* tampoco es un cuento de hadas precisamente.

Lo siguiente que leeré será de Jane Austen, para animarme un poco. Prefiero sus finales a mi vida actual.

En fin; sigamos con la historia.

Grania no se lo explicaba. Mientras descendía por la colina en dirección a casa de sus padres, con Aurora y sus más preciadas pertenencias en la parte trasera del Range Rover, no lograba dilucidar qué le pasaba por la cabeza a Alexander.

—¡Ya estamos aquí! —gritó Aurora, mientras saltaba del vehículo y corría a abrir la puerta de la cocina. Se arrojó en brazos de Kathleen—. Muchas gracias por dejar que me quede aquí, ¿puede dormir Lily en mi cama? Os prometo que por la mañana, cuando tenga que tomar más leche, la llevaré con su mamá.

—Mira, nosotros no separamos a los cachorros de sus madres hasta que llega el momento. Además, en esta casa no se permite que los perros suban a la planta de arriba, excepto en alguna ocasión muy especial, como por ejemplo tu primera noche aquí. —Kathleen acarició la mejilla de Aurora, y levantando la cabeza por encima de sus bellos rizos dignos de un Tiziano, intercambió una mirada de resignación con su hija.

Antes de la hora del té, Shane llevó a Aurora a la cima de la colina, donde las ovejas estaban empezando a parir.

—Es increíble —dijo Kathleen—. Ya te dije que los Ryan estamos predestinados a tener a nuestro cuidado a un niño Lisle.

—¡Vamos, mamá, déjate de predicciones! Y cuéntame lo que pasó —añadió Grania—. Salta a la vista que la adoras.

—Sí. —Kathleen tenía la madurez suficiente para admitirlo—. No sé cómo esa niña ha conseguido que me encariñe con ella, a pesar de que me

había propuesto no hacerlo. Tu padre sí que es un caso perdido; me parece que se acuerda de cuando tú eras pequeña. Ha pintado la habitación de invitados de rosa, e incluso ha ido a Clonakilty a comprarle muñecas. Tienen unas caras horribles, le lo aseguro. —Kathleen se echó a reír—. Pero él lo ha hecho con buena intención. Y tu hermano también está loco con la niña —añadió.

—Ya sabes que solo se quedará aquí un tiempo, mamá, hasta que Alexander vuelva.

—Cuando un niño Lisle entra en casa de los Ryan nunca es por poco tiempo, acuérdate de lo que te digo. —Kathleen hizo un gesto de advertencia con el dedo a su hija—. Aunque admito que la pequeña Aurora nos ha llenado de vida a todos. —Kathleen puso la tetera en el fuego—. Y seguramente yo soy la primera que defendería sus intereses con uñas y dientes. Bueno, acabo de reconocer que, como todas las mujeres de la familia, soy una calamidad para deshacerme de un niño Lisle. Pero a ver quién es el guapo que se resiste, con lo que me hace sonreír. —Se volvió a mirar a su hija y se cruzó de brazos—. Lo más importante ahora, Grania, es saber qué vas a hacer tú. Sabes que aquí cuidaremos de Aurora y estará feliz, así que eres libre de tomar tus propias decisiones.

—Sí, mamá. Y te lo agradezco. Me gustaría poder decirte que ya las he tomado, pero te mentiría. A lo mejor me ayudará contar con unos días de margen, después de todo el jaleo.

—Sí —dijo Kathleen con un suspiro—. Y ese tal Alexander es un tipo muy apuesto, hasta yo me he dado cuenta. Tiene unos ojos...

—¡Mamá! ¡Haz el favor de comportarte! —exclamó Grania con una sonrisa.

—Siempre me he comportado, por desgracia para mí —dijo con una mueca—. Una mujer también tiene derecho a soñar, ¿no? Bueno, esta noche tendremos una cena estupenda. He preparado algo especial para nuestra princesita.

Esa noche, con Aurora a la mesa, resultó animadísima. Después de cenar, John, horrorizado de que la niña no conociera ninguna de las viejas canciones

de su tierra natal, sacó el banjo y tocó para todos. Shane rompió su costumbre de toda la vida y no fue al pub. Los cinco se dedicaron a bailar gigas irlandesas hasta que Aurora empezó a bostezar y Grania observó el agotamiento en sus ojos.

—Es hora de acostarse, corazón.

—Sí —respondió la niña, casi agradecida.

Grania acompañó a Aurora por la estrecha escalera hasta la habitación de invitados recién decorada, le puso el camisón y la arropó en la cama.

—Adoro a tu familia, Grania. Espero no tener que marcharme nunca. — Aurora bostezó, con los ojos medio cerrados y expresión satisfecha.

Antes de que Grania saliera de la habitación, se había quedado dormida.

Matt llegó a casa y dejó la bolsa llena de ropa en el lavadero con la intención de hacer la colada más tarde. Fue a la cocina para prepararse algo de comer. No había estado en el piso desde la mañana después de haberse emborrachado con Charley y los muchachos. Luego se dirigió a la sala de estar, aliviado de que no hubiera nadie en casa, y se tumbó en el sofá. Era posible que Charley se hubiera trasladado, por supuesto. Seguro que a esas alturas las obras de decoración de su piso debían de estar a punto de acabar.

Matt se sonrojó al recordar la última mañana que había pasado allí. Cuando al despertarse vio que Charley estaba desnuda a su lado, se horrorizó. Por eso se dio una ducha, preparó una bolsa con las cuatro cosas necesarias para pasar un par de semanas fuera y salió de casa sin hacer ruido, cual amante rechazado. Lo peor de todo era que no recordaba lo que había o no había hecho la noche anterior.

Desde entonces, Charley no se había puesto en contacto con él, y por tanto no había habido lugar para conversaciones cómplices ni tonteos, tal como uno espera después de pasar la noche con alguien. Tampoco él se había puesto en contacto con Charley, ¿qué demonios podía decirle? Antes necesitaba que ella le diera alguna pista, para poder reaccionar en consecuencia.

Oyó la llave en la cerradura. Charley cruzó la puerta y miró a Matt sorprendida.

—Hola, no pensaba que estuvieras en casa.

—¿De verdad? —dijo Matt, nervioso—. Qué raro, porque resulta que vivo aquí.

—Sí, eso ya lo sé —repuso ella mientras iba a la cocina para servirse un vaso de agua. Luego cruzó la sala de estar en dirección a su dormitorio.

—¿Estás bien? —preguntó Matt a su espalda. No era propio de ella mostrarse tan callada.

—Sí, claro que estoy bien. Solo muy cansada.

Fue la última vez que habló con ella esa noche; de hecho, no volvieron a hablar en toda la semana. Cuando coincidían en casa, Charley respondía a sus preguntas con monosílabos, se marchaba a su habitación y no volvía a aparecer hasta la mañana siguiente. Matt sabía que lo estaba evitando, y también sabía por qué, pero no se le ocurría ninguna forma de arreglar la situación.

Al final decidió que lo único que podía hacer era plantar cara al problema y abordar a Charley. Esa noche, cuando llegó a casa, fue a la nevera para servirse un vaso de leche.

—Charley, cariño, me parece que tenemos que hablar.

Ella se detuvo en mitad de la sala de estar, camino de su dormitorio.

—¿De qué?

—Me parece que ya sabes de qué.

Charley lo escrutó unos instantes.

—¿Qué es lo que hay que hablar? Ocurrió, fue un error, es evidente que lo lamentas...

—¡Basta! —Matt extendió los brazos hacia delante de modo instintivo—. Déjalo ya. Te propongo que salgamos a cenar y lo hablemos tranquilamente.

—Vale. —Charley se encogió de hombros—. Si eso es lo que quieres... Voy a darme una ducha.

Al cabo de una hora, estaban sentados el uno frente al otro en un restaurante italiano que había a un par de manzanas del apartamento. Matt había pedido una cerveza, pero Charley no quiso tomar alcohol y estaba bebiendo agua.

—¿Te encuentras bien? Físicamente, quiero decir. No es propio de ti rechazar una copa de vino, Charley. —Matt sonrió tratando de romper el

hielo.

—No estoy en mi mejor momento.

—Deberías ir al médico y pedirle que te haga un chequeo —la animó Matt.

—Sí, claro. —Charley estaba cabizbaja y jugueteaba con la servilleta, evitando mirarlo a los ojos.

—Oye, Charley, que soy yo, Matt. Es obvio que he hecho algo que te ha sentado mal, y lo detesto.

Charley guardó silencio y Matt le echó agallas al asunto y prosiguió.

—El problema, cariño, es que esa noche no controlaba nada. Este joven se está haciendo viejo y no resiste el alcohol igual que antes.

La bromita no arrancó a Charley respuesta alguna.

—Mira —dijo, volviendo a la carga—, seré sincero contigo y te confesaré que no sé muy bien lo que ocurrió la otra noche cuando volvimos del restaurante. Quiero decir, que si nos... que si yo...

Matt se quedó sin palabras. No podía decir nada más mientras Charley no le respondiera. Ella, poco a poco, levantó la cabeza para mirarlo. Matt no sabía si lo que observaba en sus ojos era tristeza o rabia.

—¿Que no... te acuerdas?

—No. —Matt se sonrojó—. No me acuerdo. Lo siento de veras, pero es mejor que te diga la verdad.

—Joder. —Charley exhaló un suspiro—. Es lo último que me faltaba.

—¿Qué quieres que te diga? Estoy avergonzado y horrorizado. Claro que... ya habíamos... Quiero decir que... no era la primera vez que estábamos juntos.

—Oh. —A Charley se le pusieron los ojos vidriosos—. Así que todo solucionado, ¿verdad? Te acostaste conmigo, pero no pasa nada porque ya lo habíamos hecho antes. ¿Es eso lo que me estás diciendo, Matt?

—No, yo... ¡Mierda, Charley! —Matt se pasó la mano por el pelo con desesperación y volvió a mirarla—. ¿Hablas en serio? ¿Dices que la otra noche me acosté contigo?

—Sí, Matt, lo hiciste. ¿O me acusas de mentirosa?

—No, claro que no. ¡Maldita sea! No puedo creer que me haya comportado así. Lo siento, Charley. Lo siento mucho —recalcó.

—Ya, bueno. —Charley se encogió de hombros—. Seguro que... no lo sientes tanto como yo. No te preocupes, enseguida me quedaron las cosas muy claritas. Lo recordarás o no, el hecho de que después de aquello no te viera el pelo en dos semanas lo decía todo. Es el caballero quien debe llamar a la dama, por si no te acordabas —añadió—. Me has utilizado, Matt, y no creo que me lo merezca.

—No, tienes razón —convino Matt. Charley lo miraba con expresión glacial y él quería que se lo tragara la tierra—. Me siento como un completo estúpido, y si fuera tú, te aseguro que no querría volver a saber nada de mí en la vida.

—La idea se me ha pasado por la cabeza, no creas —repuso Charley justo cuando llegaban las pizzas—. Creía que por lo menos éramos amigos. Pero seguro que de la forma en que me has tratado a mí no tratarías ni a tu peor enemigo.

—No. —Matt se esforzaba por arreglar una situación que no podía creer que hubiera provocado. El comportamiento que había descrito Charley no era nada propio de él. Sin embargo, contaba con pocos argumentos para defenderse—. Charley, no sé qué decir. ¡Dios! En estos momentos ni siquiera sé quién soy. Siempre he creído ser un buen tío, pero igual llegado el momento tengo que aceptar que no lo soy.

—No. —Charley se metió en la boca un trozo de pizza diminuto y lo masticó. Estaba claro que no pensaba dejar que se fuera de rositas—. Es posible que no lo seas. Te he servido de paño de lágrimas día tras día y noche tras noche para que te desahogaras contándome lo de Grania, tratando de estar a tu lado cuando me necesitabas. Y ¿cómo me lo pagas?

—Oye, Charley, comprendo tus motivos —Matt respiró hondo, semejante rapapolvo le hacía rodar la cabeza—, pero te aseguro que sabes cómo hacer que un chico se sienta mal de verdad.

—Lo siento, Matt —prosiguió ella—, pero la otra noche, antes de acostarte conmigo, estuviste muy persuasivo.

—¿En serio?

—Sí. Por ejemplo, me dijiste que me querías.

Matt se estaba ahogando en aquel mar de acusaciones. Y sin embargo, debían de ser ciertas. ¿Por qué iba a mentirle Charley? No, ella no era de

esas. Se habían criado juntos, y la conocía mejor que a cualquier otra mujer excepto a Grania. Matt no sabía qué más decir. Permaneció en silencio, mirándola sentada a la mesa frente a él.

—Escucha, Matt —Charley exhaló un hondo suspiro—, entiendo perfectamente que no pasas por tu mejor momento. La otra noche estabas muy borracho, y comprendo que pudiste decir y hacer cosas que no sentías. Yo estaba a mano y te creí, pero no debí hacerlo, así que supongo que también es culpa mía.

—Mierda, Charley; culpa tuya seguro que no es. El culpable soy yo, y no quiero que te sientas para nada responsable de lo que pasó. Si pudiera rebobinar lo haría. Y tienes razón, no paso por mi mejor momento. Pero eso no es problema tuyo y no me perdonaré nunca el haberte herido. Me sorprende que no te hayas marchado de casa decidida a no volver a dirigirme la palabra.

—Lo habría hecho si pudiera, pero las obras de reforma del piso están durando más de lo que creía. No te preocupes, Matt —se encogió de hombros con tristeza—, en cuanto esté habitable, me marcharé.

—¿Es el final de nuestra amistad? —preguntó él despacio.

—No lo sé, Matt —dijo ella con un suspiro—. Ahora que lo hemos hablado, necesito un poco de tiempo para reflexionar.

—Claro.

—Tengo que preguntarte una cosa, Matty, y necesito que seas del todo sincero. Cuando dijiste... lo que dijiste la otra noche antes de que hiciéramos el amor, no lo sentías, ¿verdad?

—¿El qué? ¿Que te quería? —preguntó Matt.

—Sí.

—Pues claro que te quiero, Charley —dijo con gran esfuerzo—; eso ya lo sabes. No era ninguna mentira. Como te he dicho antes, nos conocemos de toda la vida, eres la hermana que nunca he tenido. Pero... —Matt suspiró. Simplemente, no sabía como expresar con palabras lo que tenía que decir a continuación.

—Pero no es ese tipo de amor —soltó Charley.

Matt aguardó un momento antes de responder.

—No.

—¿Porque sigues enamorado de Grania?

—Sí, supongo que sí.

Matt observó a Charley cortar otra porción diminuta de pizza, pincharla con el tenedor y masticarla a conciencia. Acababa de tragársela cuando se puso en pie.

—Disculpa, Matt. Tengo que ir al servicio.

Matt observó a Charley cruzar el restaurante lo más deprisa que sus modales le permitían y desaparecer tras bajar unos escalones. Él movió su plato a un lado, puso los codos sobre la mesa y se frotó fuertemente las mejillas con la palma de las manos. Menuda pesadilla... ¿Cómo podía haber hecho lo que decía Charley? Precisamente él, un psicólogo, conocedor de las flaquezas humanas, había caído en la tentación.

Se preguntó qué le estaba pasando. Llevaba los treinta y seis años de su vida construyendo una imagen en torno al supuesto de que era un buen tío. Creía haber tratado siempre a las mujeres con respeto y no haber abusado ni haberse aprovechado nunca de ellas. Valoraba sus puntos fuertes y sus cualidades, y se mantenía dentro de los límites adecuados según su entorno y la educación que había recibido. Por encima de todo, Matt siempre había tratado de obrar con integridad, y solo de pensar que la otra noche con Charley (una de sus mejores amigas, por el amor de Dios) se había comportado de otro modo, se despreciaba a si mismo.

Matt miró hacia los escalones, pero Charley seguía sin dar señales de vida. Por lo menos había tenido agallas de ser sincero con ella y dejarle claro que lo suyo no tenía futuro. Por muy dolida que estuviera, y aunque lo sucedido la otra noche hubiera afectado a su amistad de modo irreparable, Matt sabía que había hecho lo correcto.

Porque...

Le gustara o no, lo deseara o no, la cruda verdad era que seguía enamorado de Grania.

Charley salió del servicio con la cara muy pálida y se sentó frente a Matt.

—¿Estás bien? —Matt arrugó la frente—. Pareces enferma de verdad.

—No. —Charley sacudió la cabeza—. No estoy bien. No estoy nada bien.

—¿Es por mí? ¿Es por mi culpa?

—Sí, supongo que en cierta manera sí. —Charley lo miró con los ojos

arrasados en lágrimas; la palidez de su rostro envolvía su mirada tersa—.
Porque lo que pasa, Matt, es que estoy embarazada.

Una mañana, Grania se despertó y observó los primeros brotes de fucsias silvestres que acabarían convirtiendo los setos del camino en una profusión de color púrpura. Su aparición no solo anunciaba que había llegado la primavera, con el calor veraniego pisándole los talones, sino que llevaba en Irlanda casi cuatro meses. Mientras se vestía y bajaba a tomar un apresurado desayuno antes de acompañar a Aurora a la escuela y dirigirse a Dunworley House, se exasperó al reparar en la facilidad con la que se había abandonado a una rutina. Y en que se sentía igual de cómoda con la vida que llevaba allí que con la que tenía antes en Nueva York. Mientras daba la vuelta a la llave en la cerradura de su estudio, se preguntó si eso tenía algo que ver con el hecho de que había emprendido un nuevo proyecto. Esa sensación le recordaba a la de la época en que trabajaba en el estudio del loft de TriBeCa, los tiempos en que una escultura ocupaba todos y cada uno de sus pensamientos.

Mientras se quitaba la chaqueta y se dirigía al banco de trabajo reflexionó sobre el hecho de que últimamente eran raras las ocasiones en que el trabajo le despertaba la vibrante sensación de estar haciendo algo creativo. Antes las esculturas de niños y animales que creaba para los ricachones de la costa Este le proporcionaban el pan de cada día. Era una forma de ganarse la vida y le permitía disponer de espacio mental para centrarse en el proyecto que en su fuero interno más deseaba: tener un bebé.

Grania examinó las dos esculturas a las que estaba dando forma actualmente, y sintió una ligera excitación. Ambas estaban inacabadas y eran imperfectas. Con todo, tenía experiencia suficiente para saber que iban camino de convertirse en las mejores obras que había creado jamás. Y el

motivo de ello, pensó, era que las había hecho porque se había sentido inspirada, no porque estuviera obligada a ello. La sensación que experimentaba sentada ante el tablero, concentrada en modelar la arcilla para formar un pie de delicado arco, era la misma que la había llevado a dedicarse a esculpir. Crear una imagen, una representación de algo bello (aferrándose al momento en que lo había visto y transfiriendo las sensaciones a un objeto material que las capturara para siempre) le resultaba de lo más estimulante.

La inspiración le había sobrevenido una tarde mientras ascendía por el camino del acantilado con Aurora y la perrita Lily. Observó a la niña bailando delante de ella; era un auténtico placer contemplar la armonía de los movimientos que realizaba sin esfuerzo. De repente sintió un acuciante deseo de captar esos movimientos. Sacó el teléfono móvil y tomó unas cuantas fotografías rápidas de Aurora en diversas posiciones que derrochaban belleza. Y, a la mañana siguiente, empezó a trabajar en una serie de esculturas.

Desde entonces la invadía una sensación de paz al pasar el día entero trabajando en el maravilloso estudio, escuchando música clásica en el reproductor frente al magnífico ventanal que enmarcaba la riqueza de matices del cambio de estación.

Esa tarde, después de haber pedido permiso a la señorita Elva, Grania asistió a la clase de ballet para observar a Aurora bailando y hacerle fotos.

Había pasado toda la mañana absorta en su trabajo, y cuando miró el reloj se dio cuenta de que pasaban de las tres. Tenía el tiempo justo de llegar a la escuela para recoger a Aurora y acompañarla a Clonakilty.

La artífice de su entusiasmo se encontraba felizmente sentada a su lado durante el trayecto hasta el pueblo y le iba contando cosas de su nueva amiga de la escuela, que al día siguiente iría a la granja a la hora del té para conocer al cachorro. Mientras aparcaba el coche, Grania pensó que las cosas sencillas que muchos niños no valoraban eran precisamente las que causaban mayor placer a Aurora. Por primera vez en toda su vida, la pequeña llevaba una vida normal.

Grania se sentó en un rincón de la clase. Al final había preferido recurrir al cuaderno de dibujo porque le pareció una forma menos intrusiva de captar los movimientos de Aurora mientras bailaba. Durante los dos meses anteriores, la niña había mejorado tanto que parecía imposible. Su habilidad

por el baile era natural y poco a poco iba adquiriendo la perfección técnica que requería el ballet. Al verla trazar una pirueta perfecta, Grania pensó en que el talento que demostraba Aurora, en contraste con la vida rutinaria que llevaba en la granja, era extraordinario.

Al final de la clase, la señorita Elva envió a Aurora al vestuario enseguida para que se quitara el maillot y se cambiara de ropa. Se volvió hacia Grania.

—Bueno, ¿qué le parece?

—Es todo un placer verla bailar.

—Sí, sí que lo es. —La señorita Elva hablaba en tono reverencial—. Es con mucho la mejor alumna que he tenido la suerte de formar. Me preocupaba que la edad a la que ha empezado supusiera un problema, y la verdad es que aún le queda mucho por aprender en cuanto a la técnica. No obstante, creo que lo tiene todo a su favor para que la acepten en la escuela del Royal Ballet. ¿Ha podido hablar con su padre?

—Sabe que Aurora asiste a clases de ballet, pero no le he comentado la posibilidad de que ingrese en una escuela para dedicarse exclusivamente a ello. Y tampoco estoy segura de que sea lo mejor para la niña. Por primera vez en su vida, tiene un entorno estable. ¿Cuándo tendría que hacer la prueba?

—Como mucho, dentro de dieciocho meses. A los once años debería emplear todo el día en los entrenamientos.

—De acuerdo. ¿Qué le parece si esperamos a ver qué tal le van las cosas? Y, a lo mejor, el año que viene volvemos a planteárnoslo. —Grania entregó a la señorita Elva el dinero de la clase, le dio las gracias y fue a recoger a Aurora.

—Así, ¿crees que algún día te gustaría ir a una escuela donde solo se dedicasen a aprender ballet? —preguntó en tono despreocupado a Aurora durante el viaje de regreso a casa.

—Bueno, la verdad es que me encanta bailar, ya lo sabes, Grania —confirmó Aurora—. El problema es que entonces no sé quien cuidaría de Lily o ayudaría a Shane a ordeñar las vacas.

—Bien pensado —convino Grania.

—Y no quiero dejar a mis nuevas amigas de la escuela —prosiguió Aurora—. A lo mejor puedo ir cuando sea un poco más mayor.

—Sí, a lo mejor.

Esa misma noche, mientras Grania se preparaba para subir a acostarse, le sonó el móvil.

—¿Diga?

—¿Grania?

—Sí.

—Soy Alexander.

Probablemente se debiera a que había mala cobertura, pero su voz sonaba débil y ahogada.

—Hola, Alexander. ¿Cómo estás?

—Yo... —Hubo una pausa antes de que Alexander respondiera—. Bien, bien. ¿Qué tal está Aurora?

—Se la ve muy contenta y muy a gusto aquí en la granja. Parece que la escuela le va muy bien y ha hecho muchos amigos. Y hoy he hablado con su profesora de ballet y...

—Grania —la interrumpió Alexander—, tengo que verte. Es urgente —añadió.

—Muy bien. ¿Cuándo vuelves a casa?

—Precisamente ese es el problema. Me temo que, de momento, no puedo volver. No tengo más remedio que pedirte que vengas tú.

—¿Adónde? —Grania no sabía nada de él desde hacía más de un mes y no tenía ni idea de dónde estaba.

—A Suiza. Estoy en Suiza.

—Ya. Bueno, si es urgente...

—Sí que lo es —insistió Alexander—. Siento tener que pedirte que hagas el viaje, Grania, pero no tengo muchas opciones, en serio.

—Muy bien. A ver, hoy es miércoles... El fin de semana tenemos que esquilas las ovejas... ¿Qué tal el próximo martes?

—No, Grania. Necesito que vengas mañana.

—¿Mañana?!

—Sí. Ya te he comprado el billete de avión. Saldrás del aeropuerto de Cork a las dos cuarenta y cinco, aterrizarás en Londres a las cuatro, y luego, a

las seis, volarás a Ginebra con British Airways. Mi chófer te recogerá en el aeropuerto y te traerá a donde yo estoy.

—De acuerdo —respondió Grania con vacilación—. ¿Quieres que lleve a Aurora?

—No, ni se te ocurra... —Alexander dejó la frase a medias—. Ah, y recuerda llevar encima una partida de nacimiento. El control de pasaportes en Ginebra puede llegar a ser bastante engorroso, y es mejor que estés preparada.

—De acuerdo.

—Entonces, hasta mañana por la noche. Ah, Grania...

—¿Qué?

—Gracias.

Grania apretó la tecla de fin de la llamada y se sentó a la mesa de la cocina, aturdida. Se preguntaba qué habría dicho Alexander si se hubiera negado a ir a verlo. Al parecer, no había dejado nada a la improvisación antes de llamarla por teléfono.

—¿En qué estás pensando, Grania?

La voz de su madre interrumpió sus pensamientos. La mujer estaba plantada en la puerta, observando a su hija.

—He... He recibido una llamada muy extraña de Alexander —dijo Grania despacio—. Quiere que coja un avión a Suiza para ir a verlo mañana mismo. Incluso ya ha comprado el billete.

—¿En serio? —Kathleen se cruzó de brazos y arqueó las cejas—. ¿Y piensas ir?

—Me parece que no tengo elección.

—Bueno, siempre puedes decir que no.

—Sí, mamá. Pero algo en su voz me dice... —Grania se encogió de hombros— que las cosas no van bien. Sé que no van bien.

—Pues a mí me parece que si tiene algún problema, es él quien tendría que venir y contártelo, en lugar de hacerte cruzar medio continente para ir a verlo.

—A mí también me lo parece, pero la cosa no está en mis manos, ¿no crees? También me ha pedido que lleve una partida de nacimiento, dice que el control policial a veces es complicado. ¿Me la buscas, mamá?

—Claro, pero hay algo en este asunto que me huele mal.

—A mí también —convino Grania—. Pero lo mejor es que vaya a ver qué quiere.

—Grania... —Kathleen se acercó a ella—. Por favor, comprende que no quiero entrometerme, pero hay... ¿Ha ocurrido algo entre Alexander y tú?

—No lo sé. —Grania necesitaba abrir el corazón a alguien y eso superaba sus habituales reservas a la hora de contarle cosas a su madre—. La verdad es que no lo sé.

—Te... —Kathleen se aclaró la garganta—. Cuando estuviste allí...

—Nos besamos, mamá —confesó—. Y, sí, si te digo la verdad, siento algo por él. Pero luego... —Grania sacudió la cabeza, con fusa— me dijo que... Bueno, me dijo que no podía seguir adelante.

—¿Te explicó por qué?

—No. A lo mejor sigue enamorado de Lily, o igual hay otra persona... ¿Quién lo sabe? Yo no, desde luego —dijo Grania con un suspiro.

—Bueno, lo que yo sé es que lo estuve observando la otra noche, cuando a Aurora se le ocurrió desaparecer, y vi que te estaba mirando. No sabría decirte si la ternura de sus ojos se debía al cariño que le has demostrado a su hija o hay algo más. Sea como sea, Grania, lo que está claro es que eres importante para él. La cuestión es si él también significa algo para ti.

—Sí, mamá. Pero no sé el qué, ni por qué, ni si me llevará a alguna parte. Además...

—¿Qué?

—Todavía no he superado lo de Matt —reconoció.

—Eso ya lo sé, cielo. Y puede que no lo superes nunca. Pero me has dejado bastante claro que la cosa se ha acabado —dijo Kathleen—. Lo que sí te pido es que ahora no te precipites, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Grania se puso en pie—. Bueno, si mañana tengo que viajar a Suiza, será mejor que me vaya a la cama. —Se acercó a su madre y le dio un abrazo—. Gracias, mamá. Como tú siempre dices, todo se arreglará.

—Eso espero. Buenas noches.

Kathleen observó a su hija salir de la cocina y puso la tetera en el fuego. El sexto sentido del que sus hijos y su marido siempre se burlaban, pero en el que siempre confiaban cuando les convenía, la tenía sobre aviso.

—Esa familia... —musitó, arropándose más con la chaqueta y caminando de un lado a otro de la cocina mientras esperaba a que hirviera el agua.

Se sentó con una taza de chocolate caliente en las manos, tratando de dilucidar por qué una voz en su interior le decía que debía contar a Grania el resto de la historia... de inmediato; antes de que viajara a Suiza y abandonara la seguridad de su hogar.

—Soy una vieja estúpida. ¿Qué necesidad tiene Grania de saber más cosas del pasado? —masculló para sí. Cuando terminó de beberse el chocolate caliente, exhaló un hondo suspiro—. Me rindo —dijo mirando al cielo, y se levantó de la mesa. Subió la escalera con pesadumbre y llamó a la puerta del dormitorio de Grania—. Soy yo, mamá —susurró—. ¿Puedo pasar?

—Claro, mamá —respondió Grania, que estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, delante de la maleta a medio hacer—. Yo tampoco tengo sueño. Me pregunto qué demonios voy a encontrarme mañana —dijo con las cejas arqueadas.

—Sí, bueno —Kathleen se sentó en la cama—, por eso mismo he subido a verte. Algo en mi interior... Verás, algo me dice que debo contarte el resto de la historia antes de que te vayas. La historia de Lily. —Kathleen extendió el brazo para coger la mano de su hija y se la estrechó—. Es una historia complicada, y me llevará bastante tiempo contártela, así que a las dos nos espera una noche larga.

—No importa, mamá —la animó Grania—. Me irá bien para no pasarme las horas pensando en lo de mañana. Soy toda oídos.

—De acuerdo. —Kathleen tragó saliva—. Esto no se lo he contado nunca a nadie. Y puede que derrame unas cuantas lágrimas.

—Oh, mamá. —Grania estrechó con fuerza la mano a su madre—. Tómame tu tiempo. Tenemos toda la noche por delante, no hay prisa.

—De acuerdo. —Kathleen se dispuso a comenzar—. Esta parte de la historia empieza cuando yo tenía dieciséis años y Lily Lisle, quince.

—¿Erais amigas, mamá? —preguntó Grania, sorprendida.

—Sí, sí que lo éramos. —Kathleen asintió—. No olvides que Lily pasaba mucho tiempo en la granja con nosotros y yo la consideraba como una hermana pequeña. Y mi hermano mayor...

—¿Cómo que «tu hermano mayor»? —Grania miró a su madre anonadada—. No sabía que tuvieras ningún hermano, mamá. Nunca me has hablado de él.

—No... —Kathleen sacudió la cabeza despacio—. A ver, ¿por dónde empiezo?

*Dunworley, West Cork,
Irlanda, 1970*

Kathleen Ryan, de dieciséis años, se despertó y saltó de la cama para retirar las cortinas y ver qué tal pintaba el día. Si hacía sol, Joe, Lily y ella irían de picnic a la playa de Dunworley. Si llovía (lo cual allí ocurría con frecuencia, incluso en pleno verano) les tocaría pasarse el día aburridos, jugando a las cartas o a algún juego de mesa. Lily siempre quería que representaran una obra de teatro, para hacer el papel protagonista. En su casa, la casa grande, tenía un baúl entero con los trajes de noche de su madre, y nada le gustaba más que pavonearse delante del espejo con aquellos vestidos que le quedaban demasiado amplios.

—Cuando me haga mayor, seré muy guapa y un apuesto príncipe vendrá a buscarme y me llevará lejos de aquí —decía Lily, adoptando una pose.

No cabía duda de que Lily llegaría a ser muy guapa; ya a los quince años era despampanante.

—Los chicos harán cola en la puerta para salir con ella, eso seguro —dijo una vez la madre de Kathleen a Seamus, su marido.

Kathleen contemplaba abatida su cuerpo fornido en el espejo; el pelo de color de rata y la cara pálida con el caballete de la nariz salpicado de engorrosas pecas.

—Para ganarse a un hombre hace falta algo más que la belleza, corazón. A ti te querrán por tus otras cualidades —la consoló su madre cuando fue a quejarse. Kathleen no estaba segura de cuáles eran aquellas «otras cualidades», pero en realidad no le importaba ser feúcha. Ni que Lily pareciera estar ávida de convertirse en el centro de atención allá donde iba.

Ni que Joe, su hermano, besara el suelo que Lily pisaba. Kathleen comprendía que Lily, con su apariencia exótica y su vida en la casa grande con su glamurosa madre y su acaudalado padre, era una figura con la que nunca podría competir.

Y no la envidiaba por eso. En realidad, más bien le inspiraba compasión. La tía Anna, la madre de Lily, una famosa bailarina, apenas aparecía por casa. Sebastian Lisle, su padre, era un hombre mayor y distante a quien Kathleen no veía casi nunca. Y, al parecer, Lily tampoco. Siempre había estado al cuidado de toda una serie de institutrices a las que se pasaba la vida tratando de burlar, y a menudo lo conseguía.

Mientras se vestía a toda prisa para emprender sus tareas matutinas, que consistían en recoger los huevos y llevar a casa un cubo de leche recién ordeñada en el establo, pensó que seguramente Lily seguía durmiendo en aquel precioso dormitorio de la mansión de lo alto de la colina. Ella no tenía tareas que cumplir. Una criada le servía el desayuno, la comida y la cena, lavaba la ropa y le proveía de todo lo necesario. A veces Kathleen le iba con ese cuento a su madre cuando se veía obligada a salir con un frío que pelaba.

—Mira, Kathleen; tú tienes una cosa que Lily no tiene: una familia —le decía su madre.

Pero a Kathleen le parecía que Lily sí tenía familia; más o menos vivían todos bajo un mismo techo. Y a ella nadie le pedía que moviera un dedo.

Aun así, a pesar de la privilegiada vida de Lily, su porte y los aires que se daba, que a veces podían resultar muy irritantes, Kathleen se sentía responsable de ella y adoptaba una actitud protectora. Aunque solo era dieciocho meses menor que Kathleen, Lily tenía una forma de ser infantil y vulnerable que hacía emerger el instinto maternal latente de Kathleen. Además, no parecía tener ni un ápice de sentido común. Siempre era ella la que proponía vivir alguna aventura: descender por peligrosas paredes de roca, escabullirse en mitad de la noche para ir a la playa y darse un baño en el mar... Y nunca parecía tener miedo. Muchas veces la cosa acababa fatal, y Kathleen no solo tenía que salvar a Lily de algún peligro, sino que encima recibía el castigo de sus padres como si la idea hubiera sido suya.

Y, por supuesto, Joe, que en paz descanse, estaba dispuesto a seguir a Lily hasta el fin del mundo si ella se lo pedía.

Si con Lily Kathleen adoptaba una actitud protectora, ya no digamos con el grandullón de su hermano. Tres años atrás, un día llegó a casa desconsolada porque había encontrado al bueno de Joe tirado en el campo después de que los otros niños del pueblo lo utilizaran de blanco en la época en que se dedicaban a recolectar castañas.

—Le dicen de todo, mamá. ¡Cosas horribles! Dicen que es el tonto del pueblo, que tiene cerebro de mosquito, que deberían encerrarlo en un centro para subnormales... ¿Por qué le hacen eso, mamá? Él solo quiere tener amigos.

Sophia, tras curar las heridas de su hijo con liquidámbar, lo envió fuera para que ayudara a su padre a meter las vacas en el establo, cerró la puerta y explicó a Kathleen por qué su hermano mayor era distinto a los otros niños.

—Fue un parto difícil —explicó Sophia— y los médicos creen que a Joe le faltó oxígeno durante un rato antes de nacer. Eso le afectó al cerebro.

—Pero Joe no es tonto, mamá, ¿a que no? Sabe escribir su nombre y contar un poco.

—No, cariño, Joe no es tonto. Es lo que los médicos llaman «retrasado».

—Y los animales lo adoran, mamá. Los trata con cariño y confían en él.

—Sí, Kathleen, es cierto. Lo que pasa es que los animales son mejores que las personas —expuso Sophia con un suspiro.

—En la escuela los niños siempre lo meten en líos, mamá. Y como es más corpulento que los demás, los maestros le echan la culpa. ¡Y él se conforma! —Kathleen se llevó las manos al rostro—. No soporto ver cómo se meten con él. Y él nunca se defiende; se limita a sonreír y aceptar el castigo. No es justo, mamá. Joe no le haría daño ni a una mosca, ya lo sabes.

Poco después de eso, los padres de Joe lo sacaron de la escuela.

—Les he dicho que ya ha aprendido todo lo que puede aprender y que estará mejor en la granja conmigo y con los animales explicó Seamus.

Su padre tenía razón. Joe trabajaba todo el día en la granja, y su tacto para tratar con los animales y su asombrosa fuerza física suponían una gran ventaja para el negocio familiar. Se levantaba muy temprano, desayunaba, salía de casa y no regresaba hasta la noche. Entonces se comía la cena que le tenían preparada y se iba a la cama. Joe no tenía ningún amigo fuera de la familia, pero aun así no parecía sentirse solo. A los diecisiete años, no sentía

interés por ninguna de las cosas que solían hacer los chicos de su edad. El único momento en que de verdad se le iluminaba la mirada era cuando Lily Lisle iba a visitarlos. La observaba en silencio mientras ella andaba pavoneándose por la cocina, echándose hacia atrás la mata de pelo bermejo.

—Tigre —dijo de repente un día Joe mientras los tres daban un paseo.

—¿Dónde está el tigre, Joe? —Lily miró alrededor.

—Tú, tigre.

—¿Yo tigre? —dijo Lily, extrañada.

—A lo mejor lo dice por Tigrilla, la princesa india de Peter Pan —observó Kathleen.

—Oh, Joe, es un nombre muy ocurrente —convino Lily, y entrelazó su pálido y delgado brazo con el del corpulento Joe.

—Pelo —dijo Joe señalando a Lily—. Tú princesa con pelo color tigre —añadió, mirando a Lily con los ojos encandilados.

A pesar del egoísmo que caracterizaba a Lily, se portaba muy bien con Joe. Esperaba con paciencia a que formara las palabras y simulaba interesarse por el zorzal con el ala rota que Joe había rescatado y estaba cuidando mientras se curaba. Por encima de todo, eso era lo que Kathleen hacía que perdonara los muchos defectos de Lily. Podía ser una consentida y una egocéntrica, pero con Joe se comportaba con cariño y amabilidad.

Kathleen dejó los huevos frescos en la despensa y se dirigió a la cocina para desayunar. Joe ya estaba sentado a la mesa frente al plato de cereales, aferrando la cuchara con su manaza.

—Buenos días —saludó Kathleen, y se dispuso a cortar unas rebanadas de pan para untarlas con mantequilla—. Hoy hace sol, Joe. ¿Vamos a la playa?

—Sí. Y Lily.

—Dice que llegará sobre las once. Ha prometido que traería algo para comer, pero siempre dice lo mismo y luego se le olvida —se quejó Kathleen—. Prepararé bastantes sandwiches para los tres.

—¡Hola a todos! ¡Ya estoy aquí! —Lily se plantó en la cocina con su habitual teatralidad—. ¿A que no sabéis quién ha venido? —dijo poniendo

los ojos en blanco mientras cogía una manzana del frutero y le daba un mordisco.

—¿Quién? —preguntó Kathleen, guardando los sandwiches en la cesta de picnic.

—¡Gerald! ¡Mi hermanastro abominable! —Lily se dejó caer con delicadeza en una silla—. Hacía más de un año que no lo veía, pasamos las últimas vacaciones con unos parientes de su madre en Clare.

Tanto Kathleen como Joe obsequiaron a Lily con miradas comprensivas. Gerald, el único hijo que Sebastian Lisle tuvo con su primera mujer, Adele, era su cruz. Se trataba de un muchacho arrogante que miraba a Kathleen y a Joe como si le repugnarán; aun así, quería participar en sus juegos, pero se pasaba la mayor parte del tiempo importunándolos. Si no ganaba siempre, se enfurruñaba, los acusaba de hacer trampas y reaccionaba de manera agresiva, sobre todo con Joe, a quien hacía rabiar sin compasión por tener su misma edad.

—No vendrá a la playa, ¿no? —preguntó Kathleen con preocupación.

—No. Esta mañana me ha dicho que está a punto de cumplir dieciocho años y es casi un adulto. Por suerte, no creo que quiera saber nada con nosotros. La verdad es que ha crecido mucho, apenas lo he reconocido. Parece un hombre y es casi tan alto como papá. Si no fuera Gerald el Abominable, incluso pensaría que es bastante guapo —dijo Lily con una risita.

—Imposible, con ese carácter. —Kathleen se estremeció—. Bueno, pues a mí me parece estupendo que se crea un hombretón y no quiera venir con nosotros. ¿Estás a punto, Joe?

Joe, como siempre, miraba a Lily embelesado.

—A punto —respondió.

Los tres se dirigieron a la playa. Lily iba a caballo sobre los fuertes y anchos hombros de Joe; se le aferraba como un mono y gritaba fingiendo tener miedo mientras bajaba por las escarpadas rocas.

—Ya está —dijo Kathleen resollando mientras dejaba la pesada cesta de picnic en la arena mullida—. Baja a Lily, Joe, así podrá ayudarme a sacar las cosas de la cesta.

—Oh, vaya, ¡es que hace mucho calor y quiero darme un chapuzón

enseguida! —repuso Lily, y al quitarse el vestido mostró un traje de baño y el contorno pálido y suave del cuerpo femenino en pleno florecimiento—. ¡Te echo una carrera, Joe! —gritó Lily emocionada, y cruzó como una centella el arenal en dirección al mar.

Kathleen observó a Joe seguir a Lily con torpeza. A medio camino, se despojó de la camisa y se quedó en bañador, y unos segundos después se zambulló en el mar. Mientras, Kathleen extendió las mantas sobre la arena y colocó en una el picnic que había preparado en casa. Miró a Lily, con toda su agilidad y su belleza, gritando y chapoteando en medio de las olas junto a Joe; y luego miró su propio cuerpo achaparrado y deseó ser tan desinhibida como su prima.

Al cabo de diez minutos, Joe regresó caminando con pesadez y señaló la toalla.

—Lily frío —dijo.

Kathleen asintió, le tendió la toalla y lo observó regresar a la orilla y envolver a la temblorosa Lily con su calidez. Pensó que era una suerte que no fuera celosa. Aunque llevaba toda la vida cuidando de su hermano y lo protegía con uñas y dientes porque él no era capaz de protegerse a si mismo, aunque lo amaba y lo defendía, sabía que no era a ella a quien Joe más quería. Si se viera en la encrucijada de tener que elegir entre salvar a su hermana o a su prima de morir ahogadas, elegiría a Lily con los ojos cerrados. La adoración que sentía por ella lo llenaba de energía. Habría sido capaz de pasar un año entero cuidando de ella y de su casa con tal de obtener una migaja de su mesa. Y si así Joe se sentía feliz, ¿qué mal había en ello? Lo único que Kathleen pedía era que, cuando Lily creciera y se marchara de allí (era tan guapa que no cabía duda de que conseguiría captar el interés del hombre que se propusiera), Joe lo superara.

Ya a su edad, Kathleen sabía que la belleza te ayudaba. Incluso en la escuela, las niñas guapas obtenían mejores notas que las menos agraciadas. Al parecer, daba igual cómo fueras por dentro, buena o mala persona; si la fachada resultaba atractiva, solo por eso jugabas con ventaja. La belleza fascinaba a la gente, sobre todo a los hombres. Siempre decían que era algo superficial, pero Kathleen no estaba de acuerdo. Todas las estrellas de cine eran guapas, las mujeres que vivían en las casas ricas eran guapas, y era raro

encontrar a una chica bonita consumiéndose en la cocina de una casa donde trabajaba de criada. A menos que fueras Cenicienta, claro; pero también entonces el príncipe azul, cuando acudía en tu búsqueda, te reconocía por tener unos pies diminutos y femeninos.

—¡Oh, Kathleen! ¡Me muero de hambre! ¿Puedo comerme un sándwich?
Lily había regresado y Joe la seguía a pocos pasos de distancia.

—Claro, los he hecho de carne y de jamón. —Kathleen pasó a Lily una servilleta de papel con los sándwiches encima.

Joe cogió la manta sobrante y envolvió con ella los hombros de Lily. Luego, con el bañador mojado, se sentó en la arena, al lado de su hermana.

—Eh, Joe, tú también tienes que comer —dijo Kathleen señalando su ración de sándwiches.

—Joe, ¿puedo cambiarte los míos de paté de carne por los tuyos de jamón? —preguntó Lily—. Detesto el paté de carne.

Kathleen observó cómo Joe le daba sus sándwiches de jamón en silencio. Lily se los comió, después de quitar la corteza y dejarla sobre la arena. Luego se tumbó y estiró sus largas y delgadas piernas en dirección al sol.

—¿Por qué tuve que nacer con esta piel tan pálida de irlandesa? —refunfuñó Lily—. Parezco una luna llena en medio de un cielo negrísimo.

—No. Guapa. —Joe sonrió.

—Gracias, Joe. ¿Sabes qué, Kathleen? —Lily se incorporó y se apoyó sobre los codos—. Cuando estábamos en el agua, Joe me ha pedido que me case con él. —Soltó una risita—. ¿A que es encantador?

—Bueno, la verdad es que sí —dijo Kathleen. No le gustaba la mirada condescendiente que observó en los ojos de Lily.

—Cuido de ti. —Joe asintió mientras daba un bocado a otro sándwich de paté de carne.

—Gracias, Joe. Ya sé que tú siempre cuidas de mí. Y te prometo que consideraré tu proposición. —Lily, con expresión divertida, volvió a tumbarse en la arena para tomar el sol.

Espero que no os importe; Gerald quiere acompañarnos. Kathleen se quedó mirando la figura alta y atractiva apostada detrás de Lily en el umbral de la puerta de la cocina. Trató de buscar la correspondencia entre el «nuevo» Gerald de aspecto viril con el Gerald de toda la vida, y la tranquilizó reconocer el familiar gesto despectivo de sus finos labios.

—Hola, Gerald —saludó.

—Hola... —Gerald se rascó la cabeza—. Lo siento, no me acuerdo de tu nombre.

—Kathleen. Soy Kathleen Doonan. Y este es mi hermano Joe.

—Claro, disculpadme. ¿Qué tal estáis?

—Estupendamente —respondió Kathleen—. Bueno, ¿nos vamos?

—Hola, Lily —saludó Joe, esperando su abrazo de costumbre.

—Hola, Joe —respondió Lily sin apartarse de Gerald—. Le hemos cogido a papá las cañas de pescar, ¿verdad, Gerald? —Lily lo miró y le sonrió.

—Sí. Son un poco mejores que un palo de madera y una cuerda con un trozo de beicon atado en la punta —apostilló él con suficiencia, mirando a Kathleen y a Joe, que sostenían los utensilios en cuestión.

Los cuatro salieron de la casa y bajaron caminando hacia el río. Reinaba un silencio incómodo; la presencia de Gerald estorbaba a Kathleen. Lily caminaba junto a su hermanastro y charlaba con desenvoltura mientras que Joe cerraba la marcha. Llegaron al río y Gerald sacó un práctico taburete plegable y enseguida se lo ofreció a Lily con un gesto exagerado.

—No vamos a permitir que tu precioso *derrière* se manche, ¿a que no? —comentó.

—Gracias, Gerald, eres muy amable —respondió Lily, y se sentó.

Los demás se acomodaron en la orilla y Gerald se encargó de mostrarle a Lily cómo debía utilizar la caña de pescar. Permanecieron en silencio; la presencia de Gerald cohibía su algazara habitual. Cada vez que Kathleen estaba a punto de pronunciar una frase, esta se le helaba en los labios. Miró a su izquierda y vio a Joe mirando al río con aire taciturno; estaba de mal humor porque no había podido sentarse al lado de su amada Lily.

Por supuesto, Gerald fue el primero en notar el tirón del anzuelo, y Lily se deshizo en elogios cuando sacó del río una trucha de tamaño muy respetable.

—Buena pesca —dijo sonriéndole—. Es evidente que se te da de maravilla.

—El hecho de que el río esté bien surtido ayuda bastante. Mi padre siempre ha cuidado mucho nuestras tierras.

—Discúlpame, Gerald, pero ahora este río es nuestro. Mis padres compraron estas tierras el año pasado. —El orgullo de Kathleen no le permitió dejar de mencionarlo—. Y esperamos comprar el resto de las tierras que tenemos arrendadas y también la granja, cuando tu padre se avenga a vendérselos.

—Bueno, bueno; por fin seréis terratenientes, después de tantos años —se burló Gerald—. Imagino que la madre de Lily ha tenido algo que ver con todo eso, ¿no? ¿Quería hacerle un regalo a su hermanita, tal vez?

—No, señor... quiero decir, Gerald. —Kathleen enrojeció de rabia—. Mi madre y mi padre hicieron una compra legítima y bien legítima.

—Ya. —Gerald la miró con las cejas arqueadas. Las nuevas noticias no le hacían ninguna gracia.

—En realidad, ¿qué más da de quién sea? —opinó Lily con un suspiro—. De todos modos alguien acabará cenándose a ese pobre pez; seguro que a él le da igual quién lo haga. Toma mi caña, Joe, tengo calor y voy a darme un baño.

Joe obedeció, y Lily descendió por la orilla en busca de un lugar donde resultara más fácil acceder al río. Se quitó el vestido y se zambulló en el agua gélida. Kathleen miró primero a Joe y después a Gerald, y observó que uno y otro tenían los ojos clavados en Lily mientras ella nadaba.

—Debo admitir que estas tierras son muy bonitas cuando brilla el sol —comentó Gerald después de que se hubieran comido el picnic—. Lástima que tu madre no venga por aquí más a menudo para disfrutarlo, Lily. ¿Dónde está a hora, por cierto?

—Ah, en Londres. Ya sabes que no soporta el campo —respondió Lily en tono despreocupado.

—Me sorprende que papá se lo consienta. Debe de ser durísimo tener una esposa que siempre anda por ahí —comentó Gerald.

—Ya conoces a mamá. Es un ave del paraíso y necesita libertad —dijo Lily con ecuanimidad—. Volverá a casa cuando esté preparada.

—Si ese día llega —soltó Gerald entre dientes—. Bueno, de aquí en adelante yo no vendré mucho; me voy a Sandhurst para hacerme militar —anunció, mirando a Joe y a Kathleen—. En cierta forma, os envidio. Vuestra vida es siempre igual, día tras día contando ovejas, ordeñando vacas...

—A mí me parece que nuestra vida es más que eso —saltó Kathleen a la defensiva. Aborrecía la condescendencia con que Gerald los trataba siempre.

—¿La suya también? —Gerald señaló a Joe.

—Joe es feliz. ¿A que sí, Joe? —dijo Kathleen con dulzura.

—Sí. —Joe asintió—. Quiero a Lily. Lily bien, Joe bien.

—¿En serio? —Gerald arqueó las cejas—. ¿Que la quieres, dices? ¿Te crees que Lily va a casarse contigo, Joe?

—Sí. Casaré con Lily. La cuidaré.

—¡Por el amor de Dios! —Gerald se echó a reír—. ¿Has oído eso, Lily? Joe cree que vas a casarte con él.

—No te metas con él, Gerald. No lo entiende —repuso Lily.

—Pues ya verás cómo lo entiende enseguida cuando dentro de unas semanas te vea hacer las maletas para marcharte al internado y no vuelvas por aquí.

Lily dobló las rodillas y las sujetó contra el pecho.

—Si no quiero ir, no pueden obligarme, Gerald. No me da la gana y sanseacabó —protestó con un mohín.

Kathleen miró a Joe, que tenía el semblante demudado del horror.

—¿Lily marcha? —preguntó despacio.

Lily se puso en pie, fue hacia Joe, se sentó a su lado y le dio unas

palmaditas en la mano.

—No te preocupes, Joe. Te prometo que no me iré de aquí, digan lo que digan mis padres.

—Dudo que tengas elección, hermanita —soltó Gerald.

—Lily queda. —Joe miró a Gerald y rodeó a Lily por los hombros con gesto protector.

—¿Lo ves? —Lily sonrió—. Joe no dejará que me marche, ¿verdad, Joe?

—No. —De repente, Joe se puso en pie, se acercó a Gerald y le dio un empujón—. Lily queda aquí.

—No hace falta que nos peleemos, Joe. Es cosa de sus padres, no mía. Aunque en mi opinión es hora de que, por su bien, Lily aprenda unos cuantos modales y a comportarse como una señorita.

—¡Lily es señorita!

En cuestión de un segundo, Joe propinó un puñetazo a Gerald directo a la mandíbula. La fuerza del impacto hizo que Gerald cayera de bruces al suelo.

—¡Te lo he dicho! ¡No hace falta entrar en esto, amigo!

Kathleen se quedó paralizada, atónita ante la reacción agresiva de Joe. Nunca lo había visto emprenderla a golpes con nadie. Y no podría haber elegido una víctima más maliciosa como objeto de ese comportamiento inusual.

—¡Joe! —Kathleen reaccionó—. Pídele disculpas a Gerald inmediatamente por haberle dado un puñetazo. Oye, Gerald, Joe no quería hacer eso, lo que pasa es que es muy protector con su Lily. —Kathleen tiró del brazo de Joe—. Vamos, pídele perdón, Joe.

Joe bajó la cabeza, respiró hondo y dijo:

—Lo siento.

—Bueno, no ha pasado nada, ¿de acuerdo? —Gerald se puso en pie, se sacudió el polvo y se volvió hacia Lily—. En la vida me han dado puñetazos peores y no me he muerto por ello.

Kathleen notaba que le dolía más el amor propio que la mandíbula. Sobre todo porque Lily había presenciado la escena.

—Bueno, espero que lo olvidemos todo y no nos estropee el resto del día —dijo Kathleen en tono apremiante.

—Claro —convino Gerald—. Olvidémoslo. ¿Hacemos las paces, Joe?

Joe le tendió la mano a regañadientes.

—Todo olvidado —aseguró Gerald.

Sin embargo, algo le decía a Kathleen que Gerald Lisle no olvidaba ni perdonaba.

El verano siguió su curso y Joe y a Kathleen recibieron menos visitas de lo habitual por parte de Lily. Joe se pasaba horas enteras asomado a la ventana del dormitorio esperando verla aparecer por el camino. Cuando estaba con ellos, se mostraba ausente, diferente en cierto modo. A Kathleen se le ocurrió que tal vez se debiera a que la amenaza del internado turbaba sus pensamientos.

—No pienso quedarme allí si no me gusta, ya lo sabéis —explicó Lily a Kathleen y Joe una calurosa noche de agosto mientras daban un paseo por el camino del acantilado—. Me escaparé y se acabó.

—Bueno, a mí me parece que estarás mejor de lo que crees, Lily. — Kathleen observó la expresión triste y severa de Joe—. Y recuerda que en un abrir y cerrar de ojos llegará la Navidad y estarás de vuelta. ¿A que sí, Joe?

—Lily queda. Lily queda aquí.

—Te prometo que volveré, Joe. —Lily se le echó al cuello para abrazarlo—. Pero dentro de una semana me marcharé a Londres para comprar el uniforme de la escuela. Mi madre vendrá para llevarme a Inglaterra, y mi padre está emocionadísimo porque pronto la tendremos aquí. —Lily arqueó las cejas—. Para ser sincera, no sé cómo la soporta. Se pasa el día poniendo esa horrenda música de ballet. Es muy deprimente. No comprendo cómo alguien puede disfrutar viendo a un montón de gente sosteniéndose sobre una pierna y sin dirigirse la palabra durante dos horas enteras. Menudo aburrimiento.

Kathleen había oído a Sophia explicar que Lily detestaba el ballet porque era la pasión de su madre. Todo su mundo giraba en torno a él, y precisamente eso era lo que la mantenía alejada de su hija. No obstante, ella era de la misma opinión que Lily. Una vez su tía la llevó a ver un ballet en Dublín, y se había quedado dormida a media representación.

—Bueno, tengo que marcharme sin perder tiempo. Gerald me está

enseñando a jugar al bridge. Voy a convertirme en toda una experta. —Lily besó a Joe y a Kathleen y partió a toda prisa hacia Dunworley House.

Joe la observó hasta que se convirtió en un simple punto en la distancia. Luego se dejó caer con pesadez en el asiento y se quedó mirando al mar. Kathleen se arrodilló a su lado y le rodeó los anchos hombros con el brazo.

—Volverá, Joe; sabes que volverá.

Pero su hermano no pudo contener las lágrimas.

—La quiero, Kathleen. La quiero.

Kathleen siempre sabía cuándo su tía Anna aparecía por la granja. El fuerte olor del perfume y el humo del tabaco procedentes de la sala de estar penetraban en la cocina. Además, oía la risa gutural de su tía y el tintineo de las tazas de porcelana, que su madre solo sacaba de la vitrina cuando la tía Anna los honraba con su presencia.

—¡Kathleen, querida! ¿Qué tal estás, p-preciosa? —decía la tía Anna cuando Kathleen se inclinaba para besarla—. Santo cielo. —Miró a su sobrina de arriba abajo—. Estás más llenita desde la última vez que te vi.

—Gracias —respondió Kathleen de forma automática, para nada segura de que se tratara de un cumplido.

—Ven, siéntate aquí y cuéntame q-qué tal te va —dijo la tía Anna mientras daba unas palmadas a su lado en el sofá.

Kathleen tomó asiento. Tal como le ocurría siempre, se sentía como un caballo de tiro al lado de la delicada elegancia de su tía. El pelo negro azabache de aquella mujer, que su madre siempre decía que era teñido, lucía en un pulcro recogido a la altura de su nuca. Llevaba los enormes ojos perfilados con delineador, y los labios de un rojo rabioso. Todo ello, en contraste con el telón de fondo de su cutis pálido e inmaculado, le confería un aspecto teatral y arrebatador.

Como de costumbre, la mera presencia de la mujer que sabía que era una figura universal en el mundo del ballet cohibía a Kathleen. No podía haber mayor contraste entre las dos hermanas, que aunque no lo fueran de sangre (la madre de Kathleen le explicó que Anna había sido adoptada por sus padres), se habían criado juntas en el mismo hogar. Sentada en la pequeña

sala repleta de muebles oscuros y anodinos, la tía Anna parecía una planta exótica que por error hubiera crecido en un turbal irlandés.

—Vamos, Kathleen, explícale a tu tía todas las novedades que tengas —la animó Anna.

—Yo... —Kathleen tenía la mente en blanco, no se le ocurría una sola cosa que decir que pudiera interesar a alguien como ella—. Bueno... estoy de vacaciones, y dentro de una semana volveré a la escuela —consiguió articular.

—¿Ya sabes a qué te vas a d-dedicar? —la tanteó Anna.

Kathleen no tenía la más remota idea. Decirle que quería ser esposa y madre y que no se planteaba gran cosa más no parecía la respuesta adecuada.

—No lo sé, tía.

—¿Y los chicos? —Anna le dio un codazo con actitud cómplice—. Seguro que siempre tienes a algún jovencito esperándote en la puerta.

Kathleen pensó en el joven de Skibbereen al que había conocido hacía poco en un baile celebrado en el pueblo. John Ryan había bailado con ella cuatro veces, y habían descubierto que eran parientes lejanos por parte de la abuela de Kathleen, Coleen Ryan. Claro que en esas tierras todo el mundo estaba emparentado de un modo u otro.

—Ya veo que hay alguien especial, q-querida. ¡Te has puesto roja!

—¿Sí, Kathleen? —preguntó su madre desde la butaca situada enfrente—. ¿Tienes novio? Pues a mí no me había contado nada, Anna.

—Bueno, todas las chicas tienen secretos. ¿A que sí, Kathleen? —La tía Anna sonreía.

—Yo no tengo secretos —balbuceó, pero notó que se sonrojaba.

—No tiene nada de malo guardar algún que otro secreto, ¿verdad, Sophia? —La tía Anna sonrió—. ¡Seguro que tu madre, Kathleen, te ha contado que para asegurarse de mi bienestar, Mary, mi madre adoptiva, le dijo a Lawrence Lisle, mi tutor, que yo había muerto en el internado por una epidemia de gripe! ¿Te lo imaginas? —Anna prorrumpió en una de sus características carcajadas guturales—. Y al cabo del tiempo, a-aparecí en Irlanda con toda mi caradura y me casé con el hermano de aquel hombre que me habían dicho que había muerto hacia años. Eso sí que es g-guardar un secreto.

—Personalmente, Anna, a mí no me parece motivo de risa. —Sophia la fulminó con la mirada—. Sabes tan bien como yo que nuestra madre hizo todo lo que pudo por protegerte y mantenerte a salvo. Y tuvo que pagar un precio muy alto por ello, debo añadir. Podría haber acabado en la cárcel.

—Todo eso ya lo sé, hermanita, y le estoy t-tremendamente agradecida por ello. Tú ya lo sabes.

—Claro, por eso dejaste de hablarle durante quince años y le rompiste el corazón, ¿verdad? —repuso Sophia.

Kathleen, sentada entre ambas, pensó que ojalá se la tragara la tierra.

—¡De verdad, Sophia! Deja de darme lecciones. —Anna alzó los ojos en señal de exasperación—. Lo único que hice fue lo que habría hecho cualquier muchacha, volar del nido. Por favor, recuérdalo, en ese momento no tenía ni idea de lo que Mary había hecho para ayudarme. No se me puede echar la culpa por ello, ¿a que no? Pero bueno, hablemos del futuro. ¿Sabes que la semana que viene v-voy a llevarme a Lily a Londres para comprarle el uniforme del internado?

—Sí, ya lo sé.

Kathleen observó que su madre hacía esfuerzos por recobrar la compostura, y se dio cuenta de que había muchas cosas que aún no sabía de la historia entre las dos hermanas.

—No puedo creer que vaya a marcharme el lunes. —Lily suspiró sentada en la arena junto a Kathleen, mirando las estrellas—. ¿Cómo voy a vivir sin todo esto? Todo este espacio y la libertad... el aroma del mar que se cuele por la ventana de mi dormitorio con la brisa de la mañana... las tormentas que hacen que las olas se estampen con furia contra el acantilado. Y por encima de todo —Lily exhaló un hondo suspiro—, la soledad. No estoy segura de que me guste estar con gente. ¿Tú sí, Kathleen?

Kathleen estaba acostumbrada a las extravagantes ideas de Lily.

—Bueno, no puedo decir que me haya planteado alguna vez si me gusta estar con gente o no. Los demás están ahí y punto, ¿no es así? Tienes que vivir con ellos alrededor, ¿no te parece?

—Pero ¿te imaginas tener que compartir el dormitorio con siete extraños?

Eso es lo que me pasará a mí dentro de una semana. No creo ni que pueda darme un baño a solas. Oh, Kathleen, ¿te lo imaginas?

A decir verdad, Kathleen no podía imaginarlo. De repente se le antojó que llevaba una vida muy cómoda. No podía comprender por qué una chica como Lily, que había sido criada para llevar una vida de privilegios, tenía que dejar su casa y vivir en un centro que, por la descripción que Lily había hecho, no parecía mucho más confortable de lo que Kathleen había leído en la novela *Oliver Twist* de Charles Dickens.

—Bueno —prosiguió Lily—, como te había dicho, si no me gusta, me escaparé. Le he robado un poco de dinero a papá para asegurarme de tener bastante para pagar el viaje de vuelta a Irlanda. Y, si es necesario, dormiré en uno de vuestros establos y vosotros me traeréis comida.

—Vamos Lily —la tranquilizó Kathleen—, tiene que ser mucho mejor que todo eso. Dices que hay muchas familias ricas que envían a sus hijas a la escuela a la que tú irás. Harás muchas amigas, seguro.

—Pero yo detesto las normas, Kathleen. Ya lo sabes —protestó Lily—. No se me da muy bien cumplirlas, la verdad.

Kathleen se preguntaba si eso se debía a que Lily nunca había tenido que cumplir muchas normas o si simplemente era cosa de su personalidad. Sophia siempre decía que su sobrina tenía un espíritu libre, y Kathleen supuso que estaba en lo cierto.

—Estoy segura de que no te irá tan mal como crees. Y, de todos modos, eso es lo que deben hacer las señoritas, ¿no?

—Gerald dice que Eton le encanta. —Lily exhaló un suspiro. De repente, se tumbó boca abajo y apoyó la cara sobre los brazos cruzados, mirando a Kathleen—. Me parece que Gerald está muy guapo, ¿a ti no?

—No es mi tipo —respondió Kathleen, estremeciéndose literalmente ante la idea.

—Bueno, no cabe duda de que ha mejorado, teniendo en cuenta que era un sinvergüenza arrogante con la cara llena de granos. Por cierto, me ha propuesto que la última noche antes de marcharme bajemos a la playa, encendamos una hoguera y hagamos un picnic para celebrar mi despedida. ¿Te apuntas, Kathleen? ¿Vendréis Joe y tú?

—Yo sí, seguro, pero Joe... —Kathleen suspiró—. No creo que a Gerald

le apetezca para nada su compañía.

—Oh, Gerald ya se ha olvidado de todo aquello. —Lily quiso ahuyentar los temores de Kathleen agitando la mano—. Dile a Joe que yo iré y estoy segura de que querrá acompañarnos. No sería lo mismo sin él, ¿a que no?

—No —convino Kathleen—, no sería lo mismo.

Como era de esperar, a Joe se le iluminó la cara ante la idea de y pasar una noche en la playa con Lily. Incluso si para ello tenía que soportar la presencia de Gerald el Abominable. Mientras la oscuridad de la noche iba saturando el cielo, Kathleen y Joe bajaron a la cala.

—Bueno, Joe, recuerda que esta es la última noche de Lily y celebramos una fiesta. Te diga lo que te diga Gerald, prométeme que no permitirás que te saque de tus casillas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Kathleen.

—¿Me lo prometes, Joe?

Joe asintió.

—Prometo. Tengo una cosa. Para Lily. —Joe se sacó del bolsillo una talla diminuta y bellísima que representaba un ángel—. Lily es ángel —afirmó.

Kathleen dejó de caminar y examinó el objeto que Joe sostenía en la palma de la mano. No tenía ni idea del tiempo que había empleado Joe en tallarlo, ni de cómo sus manazas habían conseguido hacerlo con tanta delicadeza.

—Joe —dijo Kathleen con admiración sincera—, es muy bonito, de verdad. Me parece que tienes verdadera habilidad para tallar la madera. —Colocó su mano encima de la de Joe—. Y Lily se emocionará, ya verás como sí.

Cuando Kathleen y Joe llegaron a la cala, Gerald y Lily ya estaban instalados. En la arena ardía una pequeña hoguera y Gerald había empezado a asar salchichas.

—Hola a los dos —dijo Lily entusiasmada—. Espero que hayáis traído mucha comida. ¡Me muero de hambre! ¿A que es fantástico?

Los tres observaron a Lily, que de repente empezó a dar brincos y a trazar piruetas por la playa, llena de felicidad.

—A pesar de que detesta el ballet, no cabe duda de que ha heredado el talento de su madre, ¿no te parece Kathleen? —observó Gerald sin apartar los ojos de la figura en movimiento.

—Sí, es cierto. —Kathleen se fijó en Joe, que contemplaba a Lily maravillado. Kathleen sacó las mantas que había llevado consigo y las extendió sobre la arena—. Siéntate ahí, Joe.

Joe lo hizo sin apartar los ojos de Lily, que regresó jadeando y se dejó caer en el suelo para recobrar el aliento.

—¡Oh! Cuando termine de estudiar en esa odiosa escuela, volveré a Dunworley y me quedaré a vivir aquí para siempre. ¿Alguien se anima a darse un baño antes de cenar?

Kathleen negó con la cabeza.

—A mí me parece que el agua está demasiado fría, Lily.

—Eres una cagueta. ¿Dónde está tu espíritu aventurero? ¡Es mi última noche aquí!

—Venga, pues vamos —accedió Kathleen, poco convencida—. Ya os encargaráis vosotros de las salchichas, ¿de acuerdo, chicos?

Los dos muchachos observaron a las jóvenes correr hacia las olas. Entonces Gerald sacó una botella de la mochila que había llevado consigo.

—Mientras ellas nadan, tú y yo podríamos echar un trago para quitarnos de encima el frío.

Poco a poco, Joe dejó de mirar la figura de Lily que desaparecía en la distancia y se volvió hacia Gerald. Observó la botella que tenía en la mano.

—Es aguardiente casero. Uno de los arrendatarios de mi padre se lo regaló. ¿Lo has probado alguna vez, Joe?

Joe negó con la cabeza despacio.

—Bueno, pues vamos a echarnos un traguito juntos. ¡Salud! —Gerald dio un buen trago y le pasó la botella a Joe.

Joe olió el contenido y arrugó la nariz.

—¿Qué eres, un hombre o un gallina? Todos los irlandeses tendrían que probar la bebida nacional. No querrás que Lily te considere un cobarde, ¿verdad, Joe?

Ante eso, Joe se llevó vacilante la botella a los labios y dio un trago. Se atragantó y empezó a toser, y devolvió la botella a Gerald.

—La primera vez siempre es la peor, te prometo que sabe mejor al cabo de unos cuantos tragos.

Gerald dio otro sorbo.

Cuando llegaron las chicas, las salchichas estaban asadas, y Joe y Gerald parecía que se reían de algún chiste. Kathleen estaba temblando y se arropó con una manta, contenta de no percibir tensión entre los muchachos.

—Tomad un poco de infusión de flor de saúco. —Gerald hizo un guiño a Joe y pasó un vaso a cada chica. Las dos lo apuraron con avidez.

—¡Puaj! —Lily lo escupió—. Tiene un gusto muy raro.

—Eso mismo digo yo. —Kathleen miró a Gerald—. ¿Qué es?

—Una cosita para quitarnos el frío, ¿eh, Joe? ¿Quieres un poco más?

A través de las llamas de la hoguera, Kathleen vio que Gerald le pasaba una botella a Joe.

—Bueno, ¿quién quiere una salchicha? —preguntó.

Cuarenta minutos más tarde, Kathleen se encontraba tumbada boca arriba, contando las estrellas y preguntándose por qué daban tantas vueltas. Hasta entonces, nunca las había visto hacerlo. Oyó a Gerald y a Joe riéndose a carcajadas y vio la borrosa figura de Lily bailando a la luz de la hoguera.

Kathleen sonrió. Se sentía calentita y satisfecha. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Cuando se despertó, se sintió desorientada y muy, muy mareada.

—¡Jesús, María y José! —exclamó al notar un peso en el estómago y, al instante, darse cuenta de que acababa de vomitar en la arena. Le pasó dos veces más, pero cuando por fin terminó al menos la cabeza dejó de darle vueltas. Después de cubrir con arena el desaguisado, sintió una sed atroz y se volvió hacia la hoguera para buscar la botella de agua que había llevado consigo.

Sobre las mantas no había nadie y el fuego se había extinguido.

Bebió con avidez de la botella y luego se puso en pie para ver si sus tres acompañantes habían ido a darse un baño. Las piernas le temblaban de un

modo extraño. Caminó hacia la orilla, pero no oyó el habitual estrépito de risas jubilosas ni pudo distinguir figura alguna zambulléndose entre las olas. Kathleen se volvió hacia el tenderete y volvió a llamarlos a voces.

—Eh, vosotros tres, salid. Sé que estáis escondidos. ¡Salid de donde estéis!

No obtuvo respuesta. Solo se oía el sonido de las olas que rompían en la arena a ritmo regular.

—¿No os habréis marchado a casa y me habréis dejado aquí? —preguntó Kathleen para sí—. Es imposible que cargue con todo esto sola por la cuesta de los acantilados.

Kathleen estuvo gritando hasta que se quedó ronca, y luego se sentó sobre la manta. Entonces reparó en la botella vacía tirada en la arena. La cogió, la olió y gimió con repugnancia; ahora comprendía por qué se encontraba tan mal. Gerald debía de haber mezclado la infusión de flor de saúco con aguardiente casero. Mucha gente de la zona elaboraba un licor de patata que podía llegar a ser explosivo.

—¡Gerald, pedazo de imbécil! ¡¿Qué hacías dándonos esto?!

Un mal presagio asaltó a Kathleen al imaginar a sus tres compañeros borrachos, a merced de las olas, sin capacidad para reaccionar como lo harían habitualmente. Intentó decidir que debía hacer. Si acudía en busca de ayuda, su padre la despellejaría viva por haber bebido, y seguramente no se creería que Gerald había adulterado con aguardiente la infusión de flores de saúco. Por cierto, ¿cuánto habría bebido Joe? No había probado el alcohol en su vida, y solo Dios sabía qué efectos podía haberle provocado.

Tras pasarse diez minutos más buscándolos en la playa y gritando sus nombres, Kathleen, con el corazón desbocado, se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que ir a dar la voz de alarma. No tenía ni idea de qué hora era. Al ponerse en pie, reparó en que su única esperanza era que la hubieran dejado allí durmiendo y hubieran regresado a casa. Dejó sus pertenencias en la playa sin preocuparse más por ellas, dio media vuelta con aire abatido y emprendió la marcha hacia el camino de los acantilados.

De repente oyó un grito procedente de un extremo de la playa, donde un montículo rocoso conectaba con la siguiente cala.

Se dio la vuelta y miró quién era, pero no podía distinguir la figura.

—Kathleen, ¿eres tú?

—¡Sí! —gritó ella.

—¡Soy yo! ¡Gerald! —Se echó a correr hacia ella. Cuando la alcanzó, jadeaba del esfuerzo y tuvo que agacharse para recobrar el aliento. Luego levantó la cabeza y preguntó a Kathleen—: ¿Los has visto? Me refiero a Lily y a Joe. Hace una hora han dicho que iban a darse un baño. Yo me he ofrecido a quedarme cuidando de los bártulos, puesto que tú estabas durmiendo. Al ver que no volvían, he ido a buscarlos, pero no hay ni rastro de ellos en toda la playa. ¿Han vuelto aquí sin que yo me dé cuenta?

—No, yo no me he movido de aquí y no han aparecido.

—Santo Dios —gruñó Gerald, poniéndose en pie—. Joe sobre todo iba muy alegre. Espero que no les haya pasado nada malo.

—Pero bueno —Kathleen puso los brazos en jarras—, ¿en qué estabas pensando para emborracharlo?

—Joe ya es mayorcito, y no me ha dicho que no.

—¿Y Lily, qué? ¿Y yo? —La ira y el miedo de Kathleen iban en aumento—. ¡Echaste aguardiente en la infusión, pedazo de imbécil! ¿Estás loco o qué? ¿Y si Lily se ha ahogado en el mar? ¡Será por tu culpa! ¡A ver cómo vives con eso en la conciencia, señor Lisle! —gritó histérica.

—Mira, Kathleen, yo no he hecho nada más que animar un poco una fiesta bastante aburrida. Además, nadie puede demostrarlo. Y ¿a quién te parece que creerán, eh? ¿A ti o a mí? En fin —dijo encogiéndose de hombros—, eso da igual. Lo que tenemos que hacer es encontrar a Lily y a Joe lo antes posible. Los he buscado por todas partes y, literalmente, no hay ni rastro de ellos.

Kathleen se fijó en una misteriosa mancha de sangre que Gerald llevaba en el bañador.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalándola.

Gerald se miró el bañador.

—Debo de haberme cortado trepando por las rocas y la herida me ha manchado el bañador. No importa, ¿seguimos buscándolos o pedimos ayuda?

—A mí me parece que deberíamos ir a buscar ayuda.

—De acuerdo. Te lo advierto —empezó Gerald, intimidándola, y ella, temerosa, se encogió y se echó hacia atrás—, puede que ahora poseas unas

cuantas hectáreas de tierra baldía junto al río, pero sigues siendo una arrendataria de las tierras de mi padre. Si dices una sola palabra de la botella que anoche traje a la playa, haré que os echen a ti y a tu familia de la casa y de estas tierras en menos que canta un gallo. ¿Entendido?

—Sí. —Kathleen asintió con los ojos llorosos—. Entendido.

Una hora más tarde, la pequeña comunidad de Dunworley estaba alertada de la emergencia y había bajado hasta la playa para rastrear las calas y el mar en busca de alguna pista del paradero de Lily o de Joe.

Al rayar el alba, un granjero del pueblo convocó a todo el mundo en una pequeña cueva donde Lily yacía inconsciente. Tenía el vestido rasgado y le habían dado una paliza brutal. El granjero trepó por las rocas con ella a cuestas y la llevó hasta un coche que estaba esperando. La depositaron con cuidado en el asiento trasero y la trasladaron al hospital de Cork.

Veinte minutos después, encontraron a Joe durmiendo profundamente detrás de un peñasco, a menos de veinte metros del lugar donde yacía Lily.

Cuando lo despertaron, estaba desorientado.

—Lily —musitó—. ¿Dónde Lily?

Ese mismo día por la tarde, llamaron a la puerta de la granja. Cuando Sophia acudió a abrir, había dos *gardai* en el umbral.

—¿Señora Doonan?

—¿Sí?

—Nos gustaría hablar con su hijo y su hija de lo sucedido anoche —dijo el policía.

—No estarán en apuros, ¿no? —preguntó Sophia con nerviosismo, y los hizo pasar—. Son buenos chicos, nunca han hecho nada malo.

—Primero queremos hablar con su hija, señora Doonan —dijo uno de los agentes mientras Sophia los acompañaba a la sala de estar.

—¿Cómo está Lily? Debió de caerse por las rocas. Kathleen, mi hija, me ha explicado que...

—De eso es de lo que queremos hablar con ella —la interrumpió el otro agente.

—Voy a buscarla —accedió Sophia.

Al cabo de unos minutos, Kathleen entró en la sala con las rodillas temblándole de miedo.

—¿Kathleen Doonan?

—Sí, señor.

—Siéntate, Kathleen. No hay motivo para que estés nerviosa, solo queremos hacerte unas preguntas sobre lo que sucedió anoche.

—Lily está bien, ¿verdad? —preguntó Kathleen, preocupada.

—Se pondrá bien, no te apures —respondió uno de los agentes—. A ver, Kathleen, ¿podrías relatarnos todo lo que ocurrió anoche? Desde que bajasteis los cuatro a la playa.

—Bueno... —Tragó saliva—. Íbamos de picnic para celebrar la despedida de Lily; se marcha a un internado. Los chicos se encargaron de encender el fuego y asar las salchichas mientras Lily y yo íbamos a darnos un baño —expuso Kathleen, observando que el otro policía tomaba notas.

—¿Y luego? —la instó.

—Volvimos, nos comimos el picnic, y... bueno, me quedé dormida.

—¿Estabas cansada?

—Supongo que sí, señor.

—¿A qué hora te despertaste?

—No lo sé, pero Lily, Joe y Gerald no estaban. Los busqué por todas partes pero no los encontré. Entonces vi a Gerald, venía de la cala donde luego encontraron a Lily. Dijo que también los estaba buscando. Entonces dimos la voz de alarma. Eso es todo lo que puedo decirles que no sepan ya —declaró Kathleen, encogiéndose de hombros.

—Kathleen, quiero que me respondas con sinceridad —dijo el policía en tono amable—. ¿Tomasteis alguna bebida alcohólica anoche con el picnic?

—Yo... No, señor. ¿Por qué lo dice?

—Porque en las pruebas que le hicieron en el hospital a tu prima Lily le encontraron una gran cantidad de alcohol en la sangre. ¿Quieres decir que solo bebió ella?

—Señor... —Kathleen recordó que la noche anterior Gerald la había amenazado con echar a su familia de esas tierras si contaba la verdad—. Verá, bebimos todos; pero no mucho, señor —reconoció con expresión avergonzada—. Y Gerald no sé si bebió —añadió de forma atropellada.

—¿Y tu hermano Joe?

—Me parece que dio un par de tragos —respondió Kathleen con sinceridad.

—Bueno, antes de venir aquí hemos hablado con el señorito Gerald y dice que Joe estaba bastante bebido.

—No puede ser, señor. Joe no bebe nunca. Lo que pasa es que el poco alcohol que tomó se le debió de subir a la cabeza.

—... se le subió a la cabeza —musitó el otro policía a media voz.

—El señorito Gerald nos ha contado que tu hermano le tiene mucho cariño a Lily. ¿Es cierto?

—Oh, sí, señor; la adora —convino Kathleen.

—El señorito Gerald también nos ha dicho que oyó a Joe decir que quería casarse con Lily. ¿Lo oyó bien?

—Ah, eso. —Kathleen se devanó los sesos en busca de la respuesta más apropiada—. Nos conocemos desde que éramos niños, y somos parientes. Joe siempre ha querido mucho a Lily.

—Sí, jovencita, pero ahora ya no sois unos niños, ¿verdad? Al menos, tu hermano seguro que no —intervino el otro policía, muy serio—. ¿Te parece que tu hermano es agresivo, señorita Doonan?

—¿Joe? ¡No! ¡Para nada! Es de las mejores personas que hay sobre la faz de la Tierra. No le haría daño ni a una mosca.

—Eso no es lo que el señorito Gerald nos ha dicho, Kathleen. Dice que hace unas semanas Joe le dio un puñetazo en la cara, y que tú lo viste. ¿Es cierto?

—Yo... —Kathleen estaba sudando a causa del nerviosismo que le provocaba la situación—. Sí, vi a Joe pegarle a Gerald, señor, pero lo hizo porque él había hecho un comentario de Lily que no le gustó. Y él siempre la protege, ya se lo he dicho. Le prometo que es inofensivo, pregúnteselo a quien quiera —añadió Kathleen con desesperación—. Es amable y cariñoso, y no quería hacerle daño, se lo digo de verdad.

—¿Crees que está obsesionado con su prima Lily? —preguntó el policía.

—No. —Kathleen negó con la cabeza, tenía la sensación de que la llevaban por donde querían y la hacían decir cosas que sonaban fatal—. Solo es que la adora —dijo, encogiéndose de hombros.

—Kathleen, ¿has visto a tu hermano tocar a Lily alguna vez?

—¡Claro! ¡Lo hace siempre! La lleva a cuestras, la coge en brazos y la zambulle en el mar... juegan juntos...

—Gracias, Kathleen. Ahora hablaremos un momento con tu madre, y luego con Joe.

—No lo entiendo, señor. Joe no está en apuros, ¿verdad? Por favor, puede que bebiéramos un poco, y sí, aquella vez le pegó a Gerald, pero tiene que creerme; no le tocaría un pelo a nadie, y menos a Lily —insistió, desesperada.

—Es todo de momento, Kathleen. Es posible que tengamos que volver a

hablar contigo.

Kathleen se puso en pie con desconsuelo y salió de la sala de estar notando el escozor de las lágrimas en los ojos. Su madre estaba esperando en la cocina. Al ver entrar a Kathleen, se la quedó mirando con expresión angustiada.

—¿Qué querían, Kathleen?

—No lo sé, mamá; no lo sé. Me han hecho muchas preguntas sobre Joe, pero no me han explicado por qué. Sé que Lily está herida, pero eso se lo hizo al caerse por las rocas, ¿no? No es que alguien... —Kathleen se llevó la mano a la boca—. Oh, mamá, no pensará la policía que Joe...

—Ahora queremos hablar con usted, señora Doonan.

Uno de los agentes se apostaba en el umbral de la cocina.

—De acuerdo. —Sophia exhaló un suspiro. Se puso en pie y lo siguió.

Kathleen subió a su dormitorio y empezó a caminar preocupada de un lado a otro del reducido espacio. Sabía que algo iba muy mal, horriblemente mal. Salió de la habitación y llamó a la puerta de la de Joe. Al no obtener respuesta, la abrió y descubrió a Joe tendido en la cama mirando al techo con las manos debajo de la cabeza.

—Joe. —Se acercó a la cama y se sentó en una esquina—. ¿Cómo estás?

Joe no respondió. Siguió mirando al techo con los ojos llenos de amargura.

Kathleen posó una mano en su grueso brazo.

—¿Por casualidad sabes qué le ocurrió a Lily anoche? ¿Y por qué la policía está aquí?

Al cabo de un rato, Joe negó con la cabeza.

—¿La viste caerse y hacerse daño, Joe? Porque eso fue lo que pasó, ¿verdad?

Al final, Joe se volvió a mirar a Kathleen y sacudió la cabeza despacio.

—No me acuerdo. Dormido.

—Oh, Joe, estoy asustada. Tienes que acordarte. ¿Viste a Lily caerse y hacerse daño? —repitió.

—No. —Joe volvió a negar con la cabeza—. Dormido.

—Joe, por favor, es importante que me escuches —lo apremió Kathleen—. Y que comprendas lo que voy a decirte. No lo sé seguro, pero es posible

que a la policía se le haya metido en la cabeza que tú le hiciste daño a Lily.

Al oír eso, Joe se incorporó de golpe.

—¡No! ¡Daño Lily nunca! ¡Nunca!

—Yo eso ya lo sé, Joe, pero ellos no. Y sea lo que sea lo que le pasó a Lily, la cuestión es que están aquí. Quieren descubrir lo que ocurrió anoche. Y me parece que intentan echarle la culpa a ti.

—¡No! ¡Daño Lily nunca! —gritó él, y empezó a dar puñetazos en la cama.

Por la expresión de Joe, Kathleen dedujo que se sentía traicionado y furioso.

—A mí no hace falta que me lo expliques, sé que la quieres mucho. Pero los policías que están abajo no lo saben, y puede que tengan otra opinión de lo que le ocurrió a Lily. ¿Me prometes que no te enfadarás si te preguntan cosas que no te gustan? Por favor, Joe, intenta mantener la calma aunque te pregunten si le hiciste daño a Lily —suplicó Kathleen.

—¡Daño Lily nunca! ¡Quiero Lily! —volvió a repetir Joe.

Kathleen se mordió el labio llena de desesperación. Sabía que no lograría hacer ni decir nada que sirviera para proteger a su bueno y cariñoso hermano de sí mismo.

—De acuerdo, Joe; puede que esté siendo demasiado pesimista. Igual Lily puede contarles lo que pasó. —Kathleen se arrodilló en la cama y abrazó a Joe con fuerza—. Compórtate como siempre y diles que te quedaste dormido.

—Sí. —Joe asintió con vehemencia.

Kathleen seguía abrazándolo cuando al cabo de unos minutos su madre entró en la habitación con la cara muy pálida y les dijo que estaban esperando a Joe abajo. Lo observó levantarse con esfuerzo y salir del dormitorio. Un inmenso temor le atenazaba las entrañas.

Por la tarde, la policía se llevó a Joe para hacerle más preguntas. Al cabo de dos días, Kathleen y sus padres recibieron la visita de otro agente que les explicó que iban a acusar a Joe de violar y agredir a Lily Lisle. Ingresaría en la prisión de Cork hasta que se celebrara el juicio.

Cuando el agente se hubo marchado, Sophia se sentó a la mesa, apoyó la cabeza sobre los brazos y lloró en silencio. Seamus se acercó a ella y la rodeó por los hombros con los ojos también arrasados en lágrimas.

Kathleen miró a sus padres. Sus caras eran la viva estampa de la desesperación y se dio cuenta de que estaban destrozados.

Al final, Sophia levantó la cabeza y estrechó la mano de su esposo.

—Él no lo hizo, ¿verdad?

—No, cielo, sabemos que no fue él. —Seamus sacudió la cabeza despacio—. Lo que pasa es que no se me ocurre qué podemos hacer para poner las cosas en su sitio. —Se volvió hacia Kathleen—. Pero alguien de esta casa debe acordarse de lo que pasó esa noche. ¿Cómo demonios se os ocurrió beber aguardiente, muchacha? Ya sabes qué efectos tiene, ¡sobre todo para alguien con el cerebro tan lento como Joe!

—Lo siento, papá; lo siento muchísimo. —Kathleen se frotó las manos, se moría de ganas de contar la verdad y explicarles que Gerald los había engañado a todos para que bebieran.

—Y la policía, como siempre, solo se fía de la palabra de los ingleses. A lo mejor podría intentar hablar con él; podría intentar hablar con Gerald. —Seamus caminaba preocupado de un lado a otro de la cocina.

—¿Y crees que te dirá la verdad? Alguien le hizo daño a Lily, y sabemos que no fue Joe. Pero ¿qué opciones tenemos? —Sophia sacudió la cabeza con agonía—. Si fue Gerald, ¿crees que lo confesará? ¡Nunca!

—¿Y Lily? —preguntó Kathleen—. Podríamos ir a hablar con ella. Sabes que siempre hemos tenido una relación muy estrecha, mamá.

Sophia miró a su esposo con expresión interrogativa.

—¿Tú qué opinas, Seamus? ¿Te parece bien que Kathleen vaya a ver a Lily?

—Lo que me parece es que, llegados a este punto, cualquier intento vale la pena —convino su padre.

Al día siguiente Kathleen viajó en autobús hasta la ciudad de Cork, donde Lily estaba ingresada en el hospital Bons Secours.

Cuando Kathleen entró en la habitación, Lily tenía los ojos cerrados. Examinó su rostro, la señal negruzca y morada alrededor del ojo izquierdo, el corte del labio y los cardenales de la barbilla. Tragó saliva, pues sabía que era

del todo imposible que Joe le hubiera hecho tal cosa a su amada Lily. Se sentó en una silla junto a la cama. Era consciente de que cuando Lily se despertara y hablaran, debía mantener la calma y no ponerse histérica ante la tremenda injusticia que se estaba cometiendo con su hermano.

Al cabo de un rato, Lily abrió los ojos y pestañeó. Por fin se dio cuenta de la presencia de Kathleen a su lado. Kathleen se estiró para cogerle la mano.

—¿Qué tal estás?

—Tengo sueño —respondió Lily—, mucho sueño.

—¿Te han dado algo para paliar el dolor? A lo mejor por eso estás amodorrada.

—Sí. —Lily se pasó la lengua por los labios—. ¿Me das un poco de agua?

Kathleen ayudó a Lily a incorporarse y beber un poco. Cuando hubo terminado, volvió a dejar el vaso sobre la mesita que tenía al lado.

—¿Qué te pasó, Lily? —preguntó con amabilidad.

—La verdad es que no lo sé. —Lily volvió a cerrar los ojos—. No me acuerdo.

—Tienes que recordar algo —insistió Kathleen—. No creerás... Quiero decir que sabes que Joe nunca te habría hecho eso. Lo sabes, ¿no, Lily?

—La policía no para de hacerme las mismas preguntas y no puedo responderles.

—Lo han detenido, Lily. Han detenido a Joe —musitó Kathleen—. Lo culpan de lo que te ocurrió. Pero tú se lo explicarás, ¿verdad? Les dirás que Joe te quiere, que nunca te haría daño... Sabes que no sería capaz. Por favor, Lily, cuéntaselo.

Lily mantuvo los ojos cerrados.

—No, no creo que fuera capaz; pero no puedo explicarles algo de lo que no me acuerdo.

—¿Y Gerald? ¿Intentó...? —Kathleen no podía siquiera pronunciar las palabras—. ¿Tuviste que resistirte para que no...?

Lily abrió los ojos de golpe.

—¡Kathleen! ¡Es mi hermanastro! No puedo acusarlo de una cosa así, ¿no te parece? Además... —empezaron a cerrársele otra vez los ojos— ya te he dicho que no me acuerdo de lo que pasó. Ahora déjame, por favor, estoy muy

cansada y no quiero hablar más de esto.

—Lily —Kathleen se esforzó por contener las lágrimas—, si no hablas en defensa de Joe... ¡puede que lo metan en la cárcel! Por favor, por favor, te lo ruego. Yo...

—Ya está bien —la interrumpió una voz a sus espaldas.

La tía Anna estaba plantada en la puerta con los brazos cruzados.

—Me parece que y-ya es hora de que te vayas, Kathleen. Lily te lo ha pedido.

—Por favor, tía Anna —suplicó Kathleen desesperada—, creen que ha sido Joe quien le ha hecho esto a Lily, y tú sabes que siempre la ha adorado y la ha protegido.

—¡Ya basta! —La voz de su tía denotaba dureza—. Te estas poniendo histérica y eso a Lily no le va n-nada bien. Te pido que dejes que la policía complete la investigación. Nadie tiene ni idea de lo que Joe p-puede llegar a hacer estando borracho, y no creo que seas la persona más indicada para negarlo, jovencita. Tú misma perdiste el c-conocimiento a causa del alcohol y no viste ni oíste nada de nada.

—No, pero vi a Gerald y tenía sangre...

—¡He dicho que ya basta! Quiero que salgas de la habitación de mi hija ahora mismo, o haré que te echen. ¡Y permítame que le diga que Sebastian y yo estamos convencidos de que el hombre que ha agredido a n-nuestra hija se merece todo lo que le pase! ¡Nosotros mismos nos encargaremos de que reciba su merecido!

Kathleen abandonó la habitación corriendo. Las lágrimas le nublaban la visión. Salió del edificio y se sentó en un banco de los jardines del hospital. Todo había sido inútil. Inútil. Y Joe, por el mero hecho de ser Joe, no estaba en condiciones de defenderse y evitar lo que le estaba pasando. Si Lily o la tía Anna no hablaban en su favor, todas las esperanzas eran vanas.

Tres meses más tarde, Kathleen, sentada junto a sus padres, presenció cómo condenaban a Joe a cadena perpetua por la agresión con violación de Lily Lisle. Debido a la deficiencia mental de Joe, su abogado consiguió que ingresara en un centro especial de los Midlands.

Kathleen nunca olvidaría la expresión de desconcierto y temor en el demacrado rostro de Joe al señalar a su familia sentada al fondo de la sala mientras dos guardias le tiraban con fuerza de los brazos para llevárselo.

—¡Joe! —gritó Sophia desde su asiento—. ¡No se lo lleven, por favor! Es mi hijo, ¡él no lo entiende! Por favor... Es mi niño y me necesita... ¡Joe! ¡Joe!

Cuando Joe se levantó por la fuerza del banquillo de los acusados y desapareció escalera abajo, Sophia se dejó caer en la silla y se echó a llorar desconsolada.

—Se morirá, allí encerrado, rodeado de locos y sin poder ver a sus queridos animales. Dios mío... Dios mío...

Kathleen permaneció sentada con la mirada perdida mientras su padre, igual de destrozado que su madre, trataba de tranquilizarla.

En ese momento supo que jamás en la vida perdonaría a los Lisle lo que le habían hecho a su familia.

—Oh, mamá —exclamó Grania en voz baja al ver que Kathleen temblaba con los sollozos. Se acercó para abrazarla—. Oh, mamá.

—Lo siento, cielo; es que me resulta muy doloroso contarlo.

—No sé qué decir, mamá. Toma, un pañuelo de papel. —Grania sacó un pañuelo de la caja que había junto a la cama y lo presionó con suavidad sobre los ojos de su madre para enjugarle las lágrimas.

—Mira, Grania, ya sé que crees que eso ocurrió hace mucho tiempo —dijo Kathleen, tratando de serenarse—, pero, ¿sabes que? Todos los días de mi vida veo la mirada inocente y confiada de Joe. Él no comprendía lo que le estaba pasando. Lo encerraron bajo llave en un lugar terrible, horroroso, lleno de locos que chillaban a voz en cuello y aporreaban las puertas suplicando que los dejaran salir de allí. —Kathleen se estremeció—. Ay, Grania; tú no sabes de qué hablo.

—No, seguro que no —convino Grania en voz baja—. ¿Intentasteis apelar?

—¿Te sorprendes si te digo que el abogado nos aconsejó que no lo hiciéramos porque solo nos serviría para perder dinero? —Kathleen sonrió

con tristeza—. Además, en cuanto Joe ingreso en aquel centro, fue de mal en peor. Siempre le había costado expresarse, pero en cuanto entró allí, dejó de hablar por completo. Dudo que durante los diez años siguientes pronunciara una sola palabra. Se pasaba los días sentado junto a una ventana, mirando al exterior; ni siquiera parecía reconocernos cuando íbamos a visitarlo. Creo que le administraban tranquilizantes; allí se los daban a todos. Así se estaban quietecitos y a las enfermeras les resultaba todo más fácil.

—¿Sigue allí, mamá?

—No. —Kathleen negó con la cabeza—. Murió de un ataque cardíaco cuando tú tenías doce años. Al menos, eso nos dijeron. Joe tenía un soplo congénito, pero siempre he creído que no se debió a un fallo orgánico, sino que el corazón se le partió en dos. —Exhaló un suspiro—. ¿Qué motivos tenía para vivir el pobre chico? Lo habían acusado de herir a una persona a la que apreciaba más que a su propia vida. Y acabó perdiendo la libertad por ello. Joe no tenía muchas luces, así que estoy segura de que fue incapaz de comprender lo que había ocurrido y optó por en cerrarse en si mismo. Al menos, eso es lo que nos contó el psiquiatra.

—Oh, mamá. —Grania sacudió la cabeza—. Es una historia espeluznante. ¿Volvió Lily a hablarte de ello alguna vez? ¿Recordó lo que le había ocurrido?

—La última vez que hablé con Lily Lisle fue aquel día en el hospital —explicó Kathleen—. La tía Anna se la llevó a Londres en cuanto le dieron el alta y no volvimos a saber nada de ella. Hasta que, muchos años después, se presentó en Dunworley con su marido.

—¿Y Gerald? —preguntó Grania—. Por lo que me has contado, deduzco que la agresión fue cosa suya.

—Eso es lo que yo creo, y nadie me convencerá de lo contrario mientras viva —subrayó Kathleen en tono categórico—. Tuvo que ser obra de uno de los dos, y mi querido Joe seguro que no lo hizo. Pero por lo menos Gerald tuvo su merecido. Una persona que trabajaba en Dunworley House para el señor Sebastian Lisle —pronunció su nombre como si lo escupiera— me contó que había muerto mientras se encontraba con las tropas en Chipre. Pero no te creas que murió en combate, defendiendo a su país, no; fue por una pelea en la puerta de un bar, y estaba borracho. Murió antes que Joe, a los

veinticuatro años. Por eso Lily heredó Dunworley House.

—¿Crees que lo que ocurrió aquella noche afectó a Lily? Quiero decir que... —Grania prosiguió con cautela. Sabía que todo aquello a su madre le resultaba muy doloroso—. Alexander me contó que Lily tenía problemas mentales graves.

—No sabría decírtelo, porque ya de niña Lily se comportaba de un modo muy raro, y de adolescente más —musitó Kathleen—, y nunca llegó a confesar si recordaba lo que sucedió aquella noche. Pero supongo que te refieres a que si aquel episodio, de recordarlo, pudo llegar a afectarle, ¿no?

—Sí, claro que debió de afectarle —convino Grania—. Y eso también explica por qué te preocupa tanto que me relacione con los Lisle. Ahora lo comprendo todo. —Grania asió la mano de su madre—. Siento que eso te haga sufrir y acordarte del pasado.

—Bueno, tal como tu padre no para de repetirme, el pasado no tiene nada que ver contigo. Lo que está claro es que destrozaron a mi familia. Mamá y papá nunca volvieron a ser los mismos, y, por supuesto, la culpa no fue solo de Lily sino también de la hermana de mamá, la tía Anna, que se negó a declarar en favor de su sobrino. Por mucho que mi madre le suplicó que le explicara a la policía que Joe era inofensivo, Anna no quiso. De haberlo hecho, Grania, es posible que hubieran considerado su testimonio. A fin de cuentas, era la mujer del amo y la habrían escuchado.

—Pero mamá —dijo Grania con un suspiro—, ¿cómo esperabais que hiciera eso? Gerald era su hijastro, estaba casada con su padre. Madre mía, menudo lío.

—Sí —reconoció Kathleen—. Y tienes razón, por supuesto. La tía Anna siempre tuvo muy claro a quién le convenía arrimarse. Con Sebastian llevaba una vida acomodada y tenía toda la libertad que quería. Después del incidente, apenas regresó a Irlanda unas cuantas veces. Casi siempre estaba en Londres, en la casa en la que se crio. Y las dos hermanas no volvieron a dirigirse la palabra.

Grania guardó silencio durante un rato, intentaba asimilar todo lo que su madre le había contado.

—Entiendo que odies a Lily por lo que le hizo a Joe, pero ¿de verdad fue culpa suya, mamá? Sufrió una agresión horrible, fuese quien fuese el autor. A

lo mejor era verdad que no se acordaba, pero aunque no lo fuera, ¿crees que habría sido normal que acusara a su hermanastro? —apostilló Grania—. Además, recuerda que Gerald te amenazó. ¿Quién sabe si hizo lo mismo con Lily para asegurarse de que mantuviera la boca cerrada? No pretendo disculparla, no —se apresuró a añadir—, pero no sé en qué la benefició lo ocurrido.

—Tienes razón —admitió Kathleen—. Tu padre lleva años diciéndome lo mismo. Y la verdad es que cuando Sebastian Lisle murió, justo después que Gerald, y Lily heredó Dunworley, mi padre le envió una carta a Londres preguntándole si podría por fin comprar la granja y ella estuvo de acuerdo y le puso un precio muy justo.

—No quiero ser cínica, pero a lo mejor lo hizo para evitar en lo posible el contacto entre tu familia y la suya.

—Sí, seguramente fue por eso —convino Kathleen—. Eso, y supongo que también el sentimiento de culpa.

—Alexander no debe de saber nada de todo esto, claro —observó Grania.

—No creo que su mujer llegara a contárselo nunca.

—No, pero a lo mejor le ayudaría saberlo. Dice que siempre se ha sentido incómodo en Dunworley. Y supongo que... —Grania se rascó la cabeza— aunque uno no sea responsable de los problemas de su pareja, siempre se siente culpable si no hace lo necesario para ayudar. Por lo que Alexander me ha contado, sé que hizo todo lo que estaba en sus manos para apoyar a Lily.

—No lo dudo. Y para que te quedes más tranquila, Grania, hace tiempo que dejé de culpar a Lily de lo ocurrido. Pero el dolor que siento por lo que le sucedió a mi querido Joe no desaparecerá jamás.

—No... Y parece que también Lily tuvo su merecido. Pobrecilla. ¿Te importa que se lo cuente a Alexander cuando tenga ocasión?

—No. De repente he tenido la sensación de que era importante que lo supieras antes de que te encuentres con él. Lo triste... —Kathleen exhaló un suspiro— es que la única superviviente de aquella excursión a la playa soy yo. Es como si aquella noche la vida nos hubiera dado la espalda.

—¡Pero, mamá! ¡Me tienes a mí, y a Shane, y a papá! —exclamó Grania en tono afectuoso—. Así que algo tuvo que salirte bien.

—Sí, cielo. —Kathleen alargó la mano y acarició la mejilla de su hija—.

Claro que sí. Mira, Grania, la verdad es que si no hubiera sido por tu padre, que estuvo a mi lado después de todo aquello, me habría vuelto loca. Era un hombre maravilloso, te lo digo yo. Y lo sigue siendo, a pesar de que tiene manías que me sacan de quicio. —Se echó a reír—. Bueno, será mejor que te deje dormir un poco antes de que tengas que levantarte para salir de viaje. Prométeme que te andarás con cuidado, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, mamá. Ya soy mayorcita.

—Nunca se es lo bastante mayor para tener secretitos con una madre. — Kathleen sonrió con aire cansino.

—Eso ya lo sé. —Grania observó a Kathleen levantarse de la cama y dirigirse a la puerta—. Buenas noches, mamá. Te quiero.

—Yo a ti también, Grania.

Kathleen salió del dormitorio de su hija y cruzó la puerta contigua para entrar en el suyo. John dormía profundamente con la luz encendida. Ella le dio un suave beso en la frente, fue hasta el tocador y cogió la delicada figura en forma de ángel que Joe había tallado con tanto cariño para Lily. La había encontrado entre la arena de la playa, justo enfrente de la cueva donde descubrieron a Lily, unas semanas después de que condenaran a Joe. La sostuvo contra su pecho y alzó la mirada.

—Que descanses, Joe —musitó.

Aurora

Oh, lector! ¡Pobre Kathleen! Dadas las circunstancias, me sorprende que me permitiera siquiera pisar el umbral de su casa, con la historia familiar tan negra que arrastraba conmigo.

Y pobre Joe... Uno de los seres humanos más vulnerables, incapaz de protegerse ni de defenderse a si mismo; una víctima de la lotería del destino, y no por culpa suya. Solo espero que su noble espíritu regrese encarnado en un animal doméstico al que sus dueños adoren; un gato, por ejemplo. Y que Gerald el Abominable se convierta en el ratón al que el gato Joe aceche, maneje a su antojo y acabe matando por pura diversión.

Lo peor de todo es que, ahora que sé más cosas de mi pasado me preocupa mi herencia genética. ¡Gerald el Abominable era mi tío! Eso por no hablar de mi abuelita, Anna, cuyo egoísmo inherente hizo que Lily creciera sin lo que a mí me parece lo más importante en la vida de todo ser humano: el amor de una madre. Y, en consecuencia, a mí me pasó lo mismo. Hasta que llegó Grania y me salvó.

Al menos esta parte de la historia me ha ayudado a comprender a Lily. Estaba pensando que, del mismo modo que Joe acabó siendo una víctima por haber nacido con una carencia de los dones con que solemos ser agraciados, fue precisamente el mayor don de Lily, su belleza, lo que la convirtió en un ser tan vulnerable. Tal vez el hecho de tener una cualidad en demasía resulte tan perjudicial como carecer de ella. Lily era muy frágil; tanto como Joe, solo que por otros motivos. Quizá fue eso con lo que él sintonizó, mientras que los demás solo veían en Lily su apariencia. Para la mayoría de las personas, incluida la joven Kathleen, la belleza y la riqueza van de la mano de la fortaleza y el poder. En cambio, Joe reconoció la vulnerabilidad de Lily y por

eso solo quería protegerla.

Últimamente, entre otras cosas, he estado leyendo mucha filosofía de la religión (si me expreso con más seriedad de la habitual es por esos textos). La ciencia ha descubierto la carga genética que transmitimos a nuestros descendientes de forma biológica, pero yo prefiero pensar que cada pequeño nace con un espíritu propio, y que, sea cual sea la educación que reciba, acabará siendo quien verdaderamente es. Eso hace que me sienta mejor conmigo misma, dados los genes que he heredado.

Antes he dicho que el mundo no aprende de los errores. Pues bien, lector, creo que me equivocaba. En cuestión de cincuenta años, la sociedad ha empezado a ocuparse de las personas como Joe, a quienes durante siglos, o bien ahogaban al nacer, o bien encerraban en algún lugar apartado a causa de sus defectos. Claro que eso también tiene su lado negativo. En el mundo occidental por lo menos, los niños ya no tienen que limpiar chimeneas sino que reciben un trato amable y considerado. Pero de ser la mera consecuencia, a menudo no deseada, del juego más divertido entre un hombre y una mujer (¡ya sabes a qué me refiero!), han pasado a convertirse en el centro del universo familiar. Últimamente he conocido a varios niños muy malcriados, y me cuesta imaginarme una sociedad en la que sean capaces de pensar en alguien que no sean ellos mismos. Eso significa que la humanidad iniciará otro ciclo de egoísmo cuando esa generación empiece a llevar la voz cantante, porque el mundo cambia sin cesar.

La verdad es que estoy contenta con la época en la que me tocó vivir. Si hubiera nacido antes, seguro que me habrían ahogado por bruja. Y a Kathleen igual. Ella ve y siente las mismas cosas que yo, y lo comprende.

Si este inciso es más largo de lo habitual, quizá se deba a que intento demorar la siguiente parte de la historia. No va a resultarme nada fácil contarla...

Cuando Grania cruzó la puerta de llegadas del aeropuerto de Ginebra, vio a un chófer con librea que sostenía un cartel donde figuraba su nombre.

—Sígame, señora.

Fuera aguardaba un Mercedes negro. Grania se subió y el conductor arrancó sin decir nada.

Mientras cruzaban Ginebra hacia su destino desconocido, Grania se preguntó si se habría pasado de ingenua. ¿Hacía bien en confiar en Alexander? Lo conocía muy poco, y podría estar implicado en cualquier asunto ilegal: tráfico de armas, drogas...

«Haz el favor de controlarte, mujer, y para de dejar volar la imaginación», se dijo Grania. Aun así, revolvió el bolso en busca de su teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta para más seguridad.

Tras un viaje que los hizo salir de la ciudad y adentrarse en las montañas que le servían de telón de fondo, el coche se detuvo frente a un moderno edificio muy iluminado. El chófer abrió la puerta del acompañante y Grania se apeó.

—La esperaré aquí. El señor Devonshire está en la segunda planta. Pregunte en el mostrador y las enfermeras le indicaran cómo encontrarlo.

Entonces Grania levantó la cabeza y vio que se encontraba en la puerta principal de la clínica de Genolier. Al instante se cubrió la boca con la mano de modo automático.

—Oh Dios, oh Dios... —susurró para sí.

Aturdida, cogió el ascensor hasta la segunda planta, tal como le había indicado el chófer, y se dirigió al puesto de enfermeras para darse a conocer.

—¿Cómo se llama? —preguntó la enfermera.

—Grania Ryan.

—Sí. —La enfermera le sonrió al reconocer el nombre—. El señor Devonshire la está esperando. Sígame, por favor.

Con el corazón desbocado, Grania avanzó por el pasillo y esperó mientras la enfermera llamaba a la puerta de la habitación.

—Pase —dijo una voz débil.

La enfermera indicó a Grania que abriera la puerta.

Alexander, o lo que a Grania le pareció apenas una sombra del hombre de quien se había despedido hacía pocas semanas, yacía en la cama. Se había quedado calvo por completo, tenía el cutis de un tono cetrino y estaba rodeado de cables conectados a monitores que emitían monótonos pitidos. Con esfuerzo, levantó un brazo escuálido para indicar que era consciente de su llegada.

—Les dejo solos un rato —dijo la enfermera, y cerró la puerta.

—Grania. Gracias... por venir.

Grania era incapaz de mover un solo músculo. Sabía que la estupefacción se traslucía en su rostro, pero no podía hacer nada por evitarlo.

—Ya lo sé —dijo Alexander con la voz enronquecida—, ya lo sé. No esperabas... —se señaló a si mismo— verme así.

Grania sacudió la cabeza en silencio. No quería venirse abajo. Él hizo un pequeño movimiento con la mano para indicarle que se acercara. Desde una distancia menor, Grania reparó en que los intensos ojos azules de Alexander estaban arrasados en lágrimas. De modo instintivo, se inclinó y le plantó un beso en la frente fría.

—Alexander —susurró—, ¿qué te ha pasado? No lo comprendo.

Él le hizo señas para que acercara una silla y se sentara a su lado. Una vez allí, Alexander alargó la mano y asió la de Grania.

—Tengo un tumor cerebral. Lo sé desde hace un año. Las veces que me he ausentado de casa han sido para recibir tratamiento. —Sonrió con tristeza—. Y ya ves que no ha funcionado. Me estoy muriendo, Grania. Creía que me quedaba más tiempo, pero... —se pasó la lengua por los labios reseco para hablar mejor— no es así.

—Yo... —Ahora las lágrimas rodaban sin control por las mejillas de Grania—. Lo siento mucho, Alexander. ¿Por qué no me lo dijiste? Sabía que

algo no iba bien; la última vez que estuviste en casa, al llegar tenías un aspecto horrible. Y todos esos dolores de cabeza... Ahora lo comprendo todo. Perdóname. —Rebuscó en el bolso para sacar un pañuelo de papel y enjugarse la nariz—. ¿Por qué no me lo explicaste? —insistió.

—Mientras había esperanzas, no quería que Aurora lo supiese. Ni tú tampoco —añadió.

—¿No... pueden hacer nada los médicos? —Por el aspecto que tenía, Grania sabía que se estaba haciendo unas ilusiones vanas.

—Nada. Lo han intentado todo. Me temo que se acabó.

—¿Cuánto tiempo...? —Grania no fue capaz de terminar la frase, y Alexander la ayudó.

—Dos semanas; tres, tal vez. Pero por lo mal que me encuentro, creo que no duraré tanto. Grania... —Ella notó que, de repente, le oprimía la mano—. Necesito tu ayuda.

—Haré lo que sea, Alexander. Dime qué es.

—Se trata de Aurora. Me preocupa que nadie se ocupe de ella cuando yo no esté.

—No tienes que preocuparte por eso. Mi familia y yo la cuidaremos, ya lo sabes, Alexander. —Grania notaba que el esfuerzo por hablar y el estado emocional estaban consumiendo sus energías.

—Mi pobre pequeña... Cuánto le está tocando sufrir. —Ahora era Alexander quien lloraba—. Grania, ¿por qué la vida es tan cruel?

—No lo sé, Alexander, de verdad que no lo sé. Lo único que puedo prometerte es que Aurora estará segura y cuidada, y que recibirá amor.

—Perdóname... Estoy tan cansado... Es la medicación, ya sabes.

Alexander cerró los ojos y se quedó dormido, y Grania permaneció a su lado. Se sentía confundida, la cabeza le daba vueltas de la impresión. Había pensado en muchas posibilidades, pero lo último que se imaginaba era que acabaría sentada en el lecho de muerte de Alexander. Trató de pensar con lógica en lo que eso significaba, pero tenía la mente muy espesa. Se limitó a aguardar allí, estrechando la mano de Alexander con la mayor fuerza posible, como si su presencia, su salud y su energía pudieran transmitirle la vida.

Al cabo de un rato, Alexander abrió los ojos de golpe y volvió la cabeza hasta dar con Grania.

—Confío en ti, Grania. He visto el cariño que le tienes a Aurora. Y tus padres... son buenas personas. Quiero que Aurora viva contigo y... con ellos.

—Ya te he dicho que podía quedarse a vivir en la granja. Se quedará allí.

—No. —Alexander hizo un esfuerzo para negar con la cabeza—. No me basta. No puedo correr ningún riesgo. Grania, tengo que pedirte un favor.

—Pídeme lo que sea, Alexander. Sabes que lo haré.

—¿Te casarías conmigo?

De todas las sorpresas que había deparado la tarde, esa era sin duda la mayor. Grania se preguntó muy en serio si Alexander estaba en sus cabales.

—¿Casarme contigo? Pero...

—Ya sé que no es ni de lejos una proposición ideal. —Los labios de Alexander esbozaron una sonrisa triste—. Ojalá pudiera pedirte en otras circunstancias.

—No lo entiendo, Alexander. ¿Me lo explicas?

—Te lo explicará mañana mi abogado. Así podré morirme sabiendo... — Alexander inspiró con fuerza para tratar de controlar la emoción— que mi pequeña está segura.

—Oh, Alexander... —A Grania se le quebró la voz.

—¿Lo harás? ¿Harás eso por mí? —logró preguntar.

—Yo... —Grania se llevó la mano a la frente—. No me lo esperaba. Necesito un poco de tiempo para pensarlo.

—Precisamente, no me queda tiempo. Por favor, Grania, te lo ruego. Prométemelo. Dejaré todo dispuesto para que no tengas que preocuparte por el dinero el resto de tu vida.

—No quiero tu dinero, Alexander.

—Por favor, Grania. Necesito hacerlo antes... de que sea demasiado tarde.

Grania contempló su semblante angustiado y supo que no tenía elección.

—Sí —respondió despacio—. Lo haré.

A la mañana siguiente, después de pasarse la noche entera sin dormir (a pesar de la bonita suite que tenía reservada en un hotel de Ginebra), Grania se encontró con el chófer de Alexander en el vestíbulo a las diez en punto para ir

al hospital.

Alexander consiguió esbozar una débil sonrisa al verla cruzar la puerta de la habitación. Junto a la cama, sentado en una silla, había un hombre de edad con el pelo entrecano peinado con pulcritud y ataviado con un traje immaculado.

Se puso en pie. Era altísimo. Extendió el brazo para estrechar la mano a Grania.

—Hola, señora Ryan, me llamo Hans Schneider. Soy el notario del señor Devonshire, y también soy su amigo desde hace años y el padrino de Aurora —añadió.

—Hans ha venido para explicarte lo que estuvimos hablando ayer —terció Alexander—. ¿No... te has arrepentido?

—Para serte sincera, no he vuelto a pensar en ello. Me parece que sigo en estado de shock —repuso Grania.

—Es lógico —terció Hans—. Lo que le sugiero es que me acompañe a la cafetería del hospital y le contaré en detalle la propuesta de Alexander.

Grania asintió en silencio; se sentía como un peón en una complicada partida de ajedrez cuyo desarrollo no comprendía.

Una vez instalados en el agradable local de la planta baja, Hans pidió café para los dos. Luego sacó unas carpetas muy gruesas.

—Bueno, señora Ryan... —dijo con su entrecortado acento alemán—. ¿Puedo llamarla Grania?

—Por supuesto —respondió ella asintiendo con la cabeza.

—Antes que nada, es importante que comprenda que todo esto lo hacemos para proteger a Aurora cuando Alexander ya no pueda hacerlo.

—Sí, pero hay una cosa que no entiendo, Hans. Seguro que sería suficiente con que Alexander dejara claro en su testamento, o tal vez en otro tipo de documento legal, que quiere que mi familia y yo adoptemos a Aurora.

—En circunstancias normales, seguramente bastaría con eso. El problema, Grania, es que las circunstancias distan mucho de ser normales —aclaró Hans—. Le he pedido a Alexander que me permitiera explicárselo en su lugar; él está demasiado débil para exponerle sus pensamientos con claridad y, por supuesto, es muy importante que conozca el asunto. Lo que le preocupa es puramente la seguridad y el bienestar de Aurora. Quiere estar

seguro de que morirá dejando las cosas bien atadas. Al casarse con usted, eso la convierte automáticamente en la madrastra de Aurora, y si al mismo tiempo empezamos con el proceso de adopción, es poco probable que nadie pueda invalidarlo.

—Pero ¿por qué va a querer nadie invalidar la adopción?

—Grania, Alexander es un hombre extraordinariamente rico, y Aurora heredará su fortuna. Aparte de eso, cuando su padre muera también heredará Dunworley House y otras valiosas propiedades de su madre, Lily. Aunque la mayor parte de todo eso quedará en depósito hasta que Aurora cumpla los veintiún años, hay obviamente una importante suma adicional que será confiada a la persona o personas que la acojan. En el presente, el señor Devonshire tiene unos cuantos parientes que estarían encantados de hacerse con ese dinero. Por ejemplo, su hermana, que es la persona más cercana por consanguinidad y muy capaz de llevar el caso a los tribunales para revocar la voluntad de Alexander, aunque lleva diez años sin dirigirle la palabra. Créame, Grania, después de conocerla, entiendo perfectamente por qué Alexander no quiere que Aurora y su fortuna acaben en manos de esa mujer —dijo Hans arqueando las cejas.

—Comprendo.

—Quizá piensa que Alexander peca de exceso de prudencia, pero llevo treinta y cinco años ejerciendo la abogacía y le aseguro que cuando él muera los buitres se le echarán encima —observó Hans—. Por eso no quiere correr riesgos.

—Eso está claro —repuso Grania.

—Ahora, además de hacer de abogado, voy a hablarle como buen amigo de Alexander y padrino de Aurora. Debo preguntarle si está dispuesta a asumir la responsabilidad de adoptar a la niña.

—Sí, si eso es lo que debe hacerse. La quiero —respondió Grania con sencillez.

—Eso es lo más importante de todo. —Hans sonrió—. Lo único que preocupa a Alexander es que el hecho de adoptar a Aurora pueda coartar su futuro de algún modo. Quiere que sepa que si desea regresar a Nueva York, le parece bien que Aurora se quede a vivir en Irlanda con sus padres. ¿Puedo preguntarle qué piensa su familia de la niña?

—La adoran, y Aurora también los adora a ellos. Ahora está viviendo allí, y nunca la había visto tan feliz. Pero, Hans... —Grania sacudió la cabeza con desesperación—, ¿cómo voy a contarle a Aurora que su padre...? —Con solo imaginar la conversación, a Grania se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ya lo sé. —Hans estiró el brazo por encima de la mesa y le dio unas palmaditas en la mano—. Ese es el otro motivo por el que Alexander cree que es una buena idea que se case con él. Aurora perderá a su padre, sí; pero al mismo tiempo ganará una madre. Cree que es posible que eso le atenúe el golpe. Dice que, de todas formas, ella ya la ve de ese modo.

—Es muy amable por su parte —respondió Grania, tratando de que la tristeza no le ganara la batalla—. La verdad es que la quiero como si fuera mi propia hija. Hemos conectado muy bien desde el principio.

—Es bien cierto que, a veces, los caminos del Señor son insondables —dijo Hans en voz baja—. Si está dispuesta a aceptar la proposición de Alexander, al menos morirá sabiendo que su querida hijita gozará de seguridad y amor. La tiene a usted en una estima inefable, Grania. También debo decirle que a Alexander le queda muy poco tiempo, tal vez menos incluso del que él cree. Tenemos que celebrar el matrimonio mañana mismo. Me pondré en contacto con el encargado del registro para que venga al hospital a formalizarlo. Por desgracia, Grania, mañana será el día de su boda.

Ella asintió en silencio. La amarga ironía de la negativa a casarse con Matt mantenida durante tantos años, unida a la tragedia de una ceremonia que no parecía tener opción de evitar, consiguió que se le hiciera un nudo en la garganta.

—Creo que Alexander le pidió que trajera una partida de nacimiento. Si me permite llevármela junto con su pasaporte y me firma esto, que ya me he tomado la libertad de rellenar, me encargaré de las diligencias.

Grania, aturdida, garabateó su rúbrica al final del formulario, sacó la partida de nacimiento y el pasaporte del bolso y se lo entregó todo a Hans.

—Gracias. Y aquí están los documentos para iniciar los trámites del proceso de adopción.

Grania firmó un formulario tras otro de forma mecánica y se los devolvió a Hans.

Tras apilar todos los documentos y guardarlos en el maletín, Hans la

miró.

—Así... ¿todavía no sabe nada de las condiciones económicas que Alexander le propone al convertirse en su esposa y, aun así, ya ha firmado todos los documentos?

—En todo esto importa bien poco el dinero, ¿no le parece? Solo lo hago porque quiero a Aurora y le tengo mucho cariño a su padre.

—Sí. —De repente, Hans la obsequió con una cálida sonrisa—. Ahora comprendo por qué Alexander quiere que sea usted quien se ocupe de educar a su hija. Ya me adelantó que no se interesaría por las cuestiones económicas —dijo guiñándole un ojo—, y acabo de comprobar que tenía razón.

—Muy bien —dijo Grania a la defensiva, tras darse cuenta de que acababa de ponerla a prueba—. Por favor, recuerde que yo no he pedido verme implicada en todo esto. Gracias, pero ya me gano la vida. No necesito el dinero de Alexander.

—Discúlpeme. Dado que Alexander le lega cosas tan valiosas y que está tan enfermo, tenía que asegurarme de que por lo menos el juicio lo tiene intacto. Ahora puedo firmar con pleno convencimiento los documentos en los que declaro que así es. Yo me encargaré de cumplir su voluntad y llevar los asuntos económicos de Aurora y de usted en el futuro. La ayudaré en todo lo que pueda. Y, ahora sí, debo decirle que en su testamento Alexander le deja...

—¡Ya basta! —Grania estaba exhausta y no podía soportar nada más—. ¿Podemos dejarlo aquí, Hans? Ya hablaremos de todo eso otro día. Ahora me gustaría volver a ver a Alexander.

—Alexander —susurró Grania al sentarse a su lado. Él abrió los ojos y la miró.

—Hola, Grania.

—Quería decirte que Hans y yo hemos puesto las cosas en orden. He firmado los papeles de la adopción, y mañana nos casaremos.

Con un gran esfuerzo, Alexander volvió la cabeza para mirarla y levantó la mano para que se la cogiera.

—Gracias, Grania. ¿Te comprarás un vestido bonito? Y, por supuesto,

aquí está el anillo. —Alexander señaló el cajón de la mesita de noche—. Ábrelo.

Grania hizo lo que le indicaba y dentro del cajón encontró un estuche de piel rojo de Cartier. Alexander extendió la mano para que se lo diera. Volvió a hacer un gran esfuerzo para incorporarse un poco, abrir el estuche y sacar de él un solitario con un diamante divino.

—Grania Ryan, ¿quieres casarte conmigo?

Ella, con la visión nublada por las lágrimas, asintió.

—Sí, Alexander.

Él hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban y le colocó el anillo en el dedo.

—Solo una cosa más, Grania. —Ella notó aumentar la presión en los dedos—. ¿Te... quedarás conmigo hasta... el final? Tal como haría mi esposa. —Sonrió con tristeza.

—Claro que sí. Pero... ¿qué le diremos a Aurora?

—Que estamos de luna de miel. Le encantará.

—Oh, pero Alexander, ¿qué voy a...? ¿Cómo voy a decírselo?

—Confío en que sabrás explicárselo de la mejor manera. Al menos ahora tiene una madre a la que quiere.

A Alexander se le cerraron los ojos. Grania permaneció sentada a su lado mientras dormía, contemplando por la ventana la magnífica estampa del Mont Blanc en la distancia.

Aunque iba a casarse al día siguiente, nunca se había sentido tan sola.

Después de acompañar a Aurora a la escuela, Kathleen regresó a la granja para dar de comer a las gallinas y recoger los huevos. Hacía cuatro días que Grania se había marchado y aún no había dado señales de vida. Kathleen había intentado telefonarla unas cuantas veces, pero siempre tenía el móvil apagado.

—Esa chica necesita un buen rapapolvo —gruñó, entrando en casa con los huevos—. Eso de marcharse así y ni siquiera llamar a su madre para que sepa cómo o dónde está y deje de preocuparse hasta el punto de volverse medio loca...

Ese mismo día, más tarde, sonó el teléfono y contestó Kathleen.

—¿Mamá? Soy yo, Grania.

—¡Eso ya lo sé! ¡Jesús, María y José! Me ha dado por pensar de todo.

—Lo siento, mamá. Solo te diré que seguro que lo que has pensado no se parece en nada a la realidad, pero ahora mismo no puedo contarte más. ¿Está Aurora?

—No, es lunes, por si se te ha olvidado. Está en la escuela.

—Ah, claro —respondió Grania como ausente—. Escucha, más tarde intentaré hablar con ella, pero es difícil encontrar momentos para llamar. Mamá, tengo que pedirte que le digas una cosa de mi parte.

—¿Qué quieres que le diga?

—Dile... que su padre y yo nos hemos casado. Y que a partir de ahora seré su mamá.

Kathleen se sintió como si acabaran de propinarle un golpe que la hubiera dejado sin respiración.

—¿Qué?! ¿Me estás diciendo que te has casado con Alexander?

—Sí, mamá, pero es una historia muy larga. Ahora no puedo explicártelo. Solo te diré que no es lo que parece, te lo prometo.

—Pues yo diría que sí. Y pensar que la noche antes de marcharte me aseguraste que aún seguías enamorada de tu Matt... ¿Qué mosca te ha picado, chica? ¿Te has vuelto loca o qué?

—Mamá, por favor, confía en mí por una vez en tu vida. Necesito que le digas a Aurora que su padre y yo nos vamos de luna de miel. No sabemos...

—de repente, a Grania se le atoraron las palabras en la garganta— cuánto tiempo estaremos fuera.

—Ya. ¿Y a mí sí que puedes decírmelo, o tampoco?

—Ojalá lo supiera, mamá.

—Grania Ryan... Ah, no; Grania... ¿qué? Últimamente...

—Devonshire. Soy la señora Devonshire.

—En fin, al menos no te llamas Lisle.

—Mira, mamá, tengo que dejarte, en serio. Te prometo que te lo explicaré todo en cuanto regrese. Dale un beso muy grande a Aurora y dile que su padre y yo la queremos mucho. Volveremos a hablar pronto.

La comunicación se cortó y Kathleen se quedó con el auricular en la

mano.

No solía beber, pero entró en la sala de estar y se sirvió una copa de jerez de la bandeja. Lo engulló de un solo trago y luego volvió junto al teléfono, comprobó el número del móvil que su marido casi nunca utilizaba y lo llamó.

Matt vivía en un permanente estado de tristeza y confusión. Para ser alguien que se pasaba la vida dando lecciones sobre los secretos de la mente humana, que continuamente escribía artículos sobre el tema y que incluso tenía un libro publicado por Harvard Press, la había cagado bien cagada.

Cuando Charley le dio la noticia, no había sido capaz de articular palabra; para ser exactos, ni siquiera había sido capaz de asimilar lo que le estaba diciendo. Y aún le costaba. Sabía que había reaccionado de mala manera, y Charley había salido del restaurante hecha un mar de lágrimas. Cuando, al cabo de unos minutos, pidió la cuenta y se marchó a casa, se encontró con que ella se había encerrado en su habitación. Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

De nuevo no le respondió, pero entró de todos modos. Charley estaba acurrucada bajo las sábanas con los ojos y las mejillas húmedas de haber llorado.

—¿Puedo sentarme?

—Sí —dijo la voz amortiguada.

—Charley, cariño, lo siento; lo siento mucho.

—Gracias —respondió ella con abatimiento.

—¿Has... pensado en lo que vas a hacer? Me refiero a... si quieres tenerlo.

En ese momento, Charley apartó las sábanas y se incorporó con los ojos centelleantes de ira.

—¿Me estás sugiriendo que aborte?

—¡No! ¡Mierda! Yo ni siquiera he empezado a plantearme lo que quiero. Pero esto te concierne a ti.

—¡¿Qué?! Oye, Matty, tío, tú también estabas, ¿sabes? Esto no solo me concierne a mí, es cosa de los dos.

«¿Los dos?», pensó Matt, pero no dijo nada para no desatar más la cólera de Charley.

—Ya lo sé, cariño, pero he pensado que antes tienes que planteártelo tú.

Charley dobló sus largas piernas contra el pecho y las rodeó con los brazos como si quisiera protegerse.

—Puesto que la noche en cuestión me aseguraste que me amabas, lo lógico sería que ahora estuviera ilusionada pensando en hacer planes los tres juntos. Pero ya veo que no es el caso, anoche me lo dejaste clarísimo; así que no sé lo que voy a hacer.

—Es posible que los dos necesitemos un poco de tiempo para pensar las cosas.

—Sí, bueno; yo no puedo permitirme el lujo de tomarme mucho tiempo. Hay una cosita que está creciendo dentro de mí y no quiero encariñarme para luego...

La frase quedó en el aire.

—No, claro —convino Matt—. Es... del todo seguro, ¿no?

—¡¿Qué?! ¿Ahora dudas de mi palabra? ¡Lo siguiente que harás será pedirme la prueba de ADN para demostrar que este maldito bebé es tuyo!

Matt se había acercado para rodearla por los hombros.

—Claro que no, Charley. Sabes que nunca haría una cosa así. Nos conocemos de toda la vida y sé que no eres ninguna mentirosa. No llores, cariño. Lo arreglaremos todo, te lo prometo. Mañana tengo que salir de viaje, y seguramente eso nos irá bien. A los dos nos hace falta tiempo y distancia para pensar. ¿Por qué no lo hablamos cuando vuelva, cuando los dos estemos más tranquilos?

—De acuerdo —accedió Charley entre lágrimas.

Matt la besó en la coronilla y se puso en pie.

—Trata de dormir un poco.

Se dirigió a la puerta.

—¿Matty?

—¿Sí? —Se detuvo.

—¿Tú quieres que tenga al bebé?

Poco a poco, Matt se volvió para mirarla de frente.

—Siento mucho decirte esto, Charley, pero para serte sincero, no lo sé.

Había transcurrido una semana desde entonces. Matt acababa de regresar a casa y albergaba las mismas dudas que al marcharse. De hecho, pensó mientras introducía la llave en la cerradura para abrir la puerta de su piso, ¿a quién pretendía engañar? Estaba completamente seguro de que no amaba a Charley ni deseaba tener un hijo con ella. Si seguía adelante, lo haría solo porque era un caballero y quería subsanar un error irreversible. Claro que, ¿cuántos tipos como él se habían encontrado en esas circunstancias y habían hecho «lo correcto»? Charley era una amiga de la infancia, los padres de ambos salían juntos a menudo. Se estremeció al pensar en las miradas de extrañeza de los miembros del club si corría la voz de que había dejado embarazada a Charley y se había negado a estar a su lado.

Lo mirara como lo mirase, pensó mientras arrastraba la bolsa de viaje hasta el dormitorio, la decisión estaba en manos de Charley. Si ella quería seguir adelante y tener al bebé, no veía que a él le quedara otro remedio que hacer el esfuerzo de, por lo menos, dar una oportunidad a la relación. Suponía que podría haber sido peor; al menos a Charley la conocía a fondo, se llevaban bien y se movían en el mismo círculo social...

Quizá debía planteárselo como un matrimonio de conveniencia. Se habían celebrado muchísimos así. A fin de cuentas, las cosas con Grania no habían funcionado. Matt miró la fotografía de la mesita de noche y tragó saliva. En la imagen, Grania tenía casi la apariencia de una adolescente. Se la había hecho durante unas vacaciones en Florencia, delante del Duomo, y ella se reía mientras la riada de palomas a las que estaba dando de comer se arremolinaba a su alrededor.

Se dejó caer en la cama que un día habían compartido, la cama en la que, de forma inconsciente, la había engañado con Charley. A lo mejor bastaba con esperar a que Charley tomara una decisión. Pero, por Dios, ya echaba de menos a Grania. Lo que más le sorprendía era la necesidad que sentía de contarle lo que le había ocurrido; además de ser su pareja, Grania era su mejor amiga. Su sentido común irlandés siempre lo ayudaba a ver las cosas

con claridad. En un arrebato de desesperación, Matt buscó dentro de la bolsa y sacó su teléfono móvil. Luego, sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo, marcó el número de Grania. Ni siquiera sabía lo que iba a decirle si le contestaba; la única certeza era que necesitaba oír su voz. Tenía el móvil apagado, así que llamó a casa de sus padres.

Contestaron a la segunda llamada.

—¿Diga? —Era una voz infantil, a Matt no le resultaba nada familiar.

—Hola —respondió él—. ¿Con quién hablo?

—Con Aurora Devonshire —dijo la voz con un apocopado acento inglés—. ¿Con quién hablo yo?

—Con Matt Connelly. ¿Me he equivocado de número? Quería hablar con Grania Ryan.

—No se ha equivocado, señor Connelly, pero Grania no está en casa.

—¿Y sabrías decirme dónde está?

—Sí. Está en Suiza, de luna de miel con mi padre.

—¿Cómo? —Matt se esforzó por asimilar lo que acababa de oír—. ¿Podrías repetírmelo, guapa?

—Claro. Le he dicho que Grania se casó con mi padre hace una semana y que están de luna de miel en Suiza. ¿Quiere que le deje algún mensaje? No creo que tarde muchos días en volver.

—No... Bueno... —Matt tenía que asegurarse de que la niña le estaba diciendo la verdad—. ¿Está en casa Kathleen, su madre?

—Sí. ¿Quiere que vaya a buscarla, señor Connelly?

—Te lo agradecería mucho. —Matt aguardó con el alma en un hilo, rezando por que Kathleen desmintiera lo que la niña acababa de contarle.

—¿Diga?

—Kathleen, soy Matt.

—Oh... —Kathleen hizo una pausa antes de proseguir—. Hola, Matt. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió de forma mecánica—. Siento molestarle, pero la niña con la que acabo de hablar me ha contado que Grania está de luna de miel. Dice que se ha casado. ¿Es cierto?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Matt oyó que Kathleen exhalaba un hondo suspiro.

—Pues, la verdad, Matt, eso parece.

—¿Grania se ha... casado? —Matt sentía la necesidad de repetir la palabra una y otra vez para que su cerebro captara el sentido.

—Sí, Matt. Eso es. Yo... Lo siento.

—Tengo que dejarte, Kathleen. Gracias por... hum... decírmelo. Adiós.

—Cuídate, Matt —dijo Kathleen, pero él ya había colgado.

Se quedó plantado en el sitio. Estaba petrificado. Grania... ¿¿se había casado?! Después de negárselo a él durante tantos años, había hecho las maletas y se había marchado de casa sin más explicación; y al cabo de unos meses se había casado con otro hombre. El corazón le latía con fuerza y notaba la sangre corriéndole por las venas hasta el punto de sentirse mareado. No sabía si echarse a reír o a llorar. Aquello era absurdo, surrealista...

Al final, optó por una tercera reacción y dio rienda suelta a la rabia. Cogió la foto de la mesilla de noche y la estampó contra la pared. El cristal se hizo añicos. Aún estaba recobrando el aliento tras el impacto cuando oyó que alguien abría la puerta principal.

—¡Por Dios! —Matt se pasó la mano por el pelo—. Dale un pequeño respiro a este pobre hombre, ¿quieres? —exclamó alzando los ojos al cielo, como encarándose con el Señor. Respiró hondo y trató de refrenar el impulso físico ante la noticia. Controlar la parte emocional le llevaría mucho más tiempo.

Al cabo de cinco minutos, llamaron a la puerta de su dormitorio. Se puso en pie y acudió a abrir.

—Hola, Charley. —Para su gran alivio, comprobó que volvía a parecer la de siempre; al menos tenía el aspecto impecable de costumbre.

Ella lo obsequió con una amplia sonrisa.

—Hola, Matty. ¿Qué tal estás?

—Bueno, ya sabes... —logró responder.

—Pero, cariño, tienes un aspecto horrible.

—Gracias, Charley. Es que estoy fatal.

—¿Has tenido una mala semana en el trabajo? —preguntó ella.

—Más o menos; sí.

—¿Te apetece que salgamos a cenar?

—Sí; de todos modos, así era como habíamos quedado, ¿no?

—Claro. Voy a darme una ducha y en quince minutos estoy lista.

—Muy bien.

Mientras Charley se duchaba, Matt, por hacer algo, entró en la sala de estar y se sirvió una cerveza de la nevera. Encendió el televisor y fue cambiando los canales hasta que dio con un partido de béisbol. No le iría mal para distraerse y olvidarse de las penas.

En ese momento sonó el interfono, y Matt se levantó para contestar.

—¿Quién es? —preguntó.

—Hola, Matt, soy Roger. Grania me prestó un libro y le prometí que en cuanto terminara de leerlo se lo devolvería.

Roger era un viejo amigo de Grania; habían compartido piso cuando ella se instaló en Nueva York. A Matt le caía bien.

—Sube. —Le abrió, y al cabo de tres minutos estaba invitándolo a una cerveza—. ¿Qué haces por estos barrios? —preguntó.

—Acabo de ir a ver una habitación que alquilan a un par de manzanas de aquí. Me parece que voy a quedármela, la zona me gusta. ¿Grania no está en casa?

—No —respondió Matt, cerrando la puerta de la nevera con más fuerza de la necesaria.

—Ah. ¿Y qué tal te va el doctorado? Grania me contó que te estás haciendo un nombre en el campo de la psicología.

—¿Eso te dijo? Sí, bueno; de algún modo hay que ganarse la vida. Tú eres médico internista, ¿verdad?

—Sí, y me paso tantas horas en el hospital que empiezo a plantearme si debería buscarme un trabajo que exija menos dedicación. —Roger arqueó las cejas y dio un trago de cerveza.

—No me gustaría estar en tu lugar —reconoció Matt.

—¿Qué tal está Grania?

—Hum... —Matt exhaló un suspiro—. La verdad es que no lo sé, chico.

—Ya.

Se hizo un incómodo silencio mientras los dos bebían de sus respectivas botellas.

—Ya estoy lista. —Charley salió del dormitorio y se quedó parada al ver a Roger—. ¿Y este quién es?

—Roger Sissens. Hola —se presentó, y le tendió la mano—. ¿Y tú eres...?

—Charley Cunningham. Encantada de conocerte.

—Igualmente —respondió Roger, y se quedó mirando a Charley más fijamente de lo normal—. ¿Dices que no nos conocemos?

—No —aseguró Charley—. Siempre me acuerdo de la cara de la gente, y lo siento mucho pero tú no me suenas de nada. ¿Nos vamos, Matty?

—Sí, claro. —Matt se sentía sumamente incómodo. Sabía lo que Roger estaba pensando y se equivocaba de medio a medio. O no, y eso aún era peor.

—No quiero entreteneros —dijo Roger, y se terminó la cerveza lo más rápido que pudo—. Bajo con vosotros.

Salieron del piso y esperaron el ascensor en silencio.

—Bueno, me alegro de conocerte, Charley —dijo Roger, que al adivinar lo que estaba pasando había decidido quedarse con el libro de Grania—. Ya nos veremos, Matt —se despidió.

—Sí, ya nos veremos, Roger.

Charley entrelazó su brazo con el de Matt y echó a andar a paso ligero.

—Qué chico más raro —comentó—. No lo había visto en mi vida.

Mientras cenaban, Charley parecía muy tranquila y charlaba de cosas sin importancia. Estaban a punto de tomar el café cuando Matt tuvo por fin el valor de sacar el tema del que tenían que hablar.

—Bueno, ¿qué has decidido?

—¿Quieres decir que qué haré con el bebé?

—Sí.

—Ah, seguiré adelante con el embarazo, claro. A ver: tengo treinta y cinco años y siempre he querido tener hijos. Sería muy tonto renunciar ahora, ¿no crees?

—¿Sí? Bueno, si a ti te lo parece... —se apresuró a añadir Matt.

—Y quería decirte que siento haber armado semejante drama la semana pasada. Acababa de enterarme de la noticia y supongo que me impactó. Me comporté como una de esas chicas que van suplicando que las quieran, justo lo que siempre he detestado. Soy una mujer adulta, tengo un buen trabajo y un hogar propio. Ah, por cierto —prosiguió Charley—, dentro de una semana habrán terminado las obras y podré marcharme. Así que, por un motivo u

otro, me perderás de vista antes de lo que creías.

—Así —Matt trató de elegir bien las palabras—, ¿vas a tener al bebé tanto si te doy mi apoyo como si no?

—Exacto —dijo Charley, asintiendo—. Estamos en el siglo veintiuno. A una mujer ya no le hace falta un hombre a su lado para tener hijos. Sí, de acuerdo, seguro que en el club habrá quien me mirará con mala cara, y a mis padres la cosa no les hará ninguna gracia, pero no tendrán más remedio que aceptarlo.

—Ya.

—Oye, Matty —Charley alargó el brazo para darle una palmadita—, no pongas esa cara. La semana pasada te pinté las cosas muy negras y comprendo que te asustaras, pero no tengo ningún interés en cazarte. Me parece que me dejaste bastante claro que todo había sido un error, un malentendido... En serio, ya lo he superado. Los dos somos adultos y conseguiremos llevarnos bien estoy segura. Seamos lo que seamos —añadió con intención.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, supongo que ahora te toca a ti expresar cómo te sientes. Si decides que no estás preparado para ser padre, por mi estupendo. Por otra parte, si quieres que establezcamos un régimen de visitas e implicarte en la crianza del bebé, estupendo también. Aunque todo eso podemos ir pactándolo sobre la marcha. —Charley le dedicó una sonrisa radiante.

—Claro —asintió Matt—. Entonces, parece que has descartado la posibilidad de que criemos a nuestro hijo juntos, como una familia normal, ¿no?

—Por supuesto. —Charley lo miró con las cejas arqueadas—. Es obvio, después de todo lo que me dijiste. Y lo que no me dijiste —añadió—. La semana pasada me dejaste más claro que el agua que no te planteabas para nada tener una relación estable con la madre del bebé.

Matt se quedó mirándola. De repente notó que se le subía la sangre a la cabeza. No sabía si era por la tristeza ante el desengaño que acababa de sufrir o por el despecho que lo impulsaba a herir a Grania de la misma manera que lo había herido a él. Ella ya no formaba parte de su vida, y la mujer sentada al otro lado de la mesa, a quien conocía desde siempre, daría a luz a un hijo

suyo. ¿Qué podía perder si lo intentaba?

—He cambiado de idea —anunció.

—¿Sí?

—Te dije que necesitaba tiempo para pensar. Pues bien, ya lo he pensado, y creo que podríamos llevarnos bien como pareja.

—¿En serio? —preguntó Charley sin dar crédito.

—Sí.

—¿Y Grania?

El nombre se cernió sobre Matt como una nube de tormenta.

—Se acabó.

—¿Estás seguro? —Charley se mostró recelosa—. La semana pasada no me pareció que pensaras lo mismo. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Supongo que he estado pensando en nosotros... Siempre hemos tenido una relación muy estrecha, incluso salimos juntos durante un tiempo. Y ahora ha pasado esto —dijo señalando el vientre de Charley—. Parece que el destino nos ha dado un empujoncito para que avancemos en la dirección apropiada.

—Ya. —Continuó mirándolo con los ojos entornados—. ¿Estás seguro de esto, Matty? Tal como te he dicho, ya me he hecho a la idea de tener al bebé sola. No me supone ningún problema. Quiero que eso te quede claro.

—Ya lo sé, Charley, y te lo agradezco. Pero acabo de decirte que estoy dispuesto a intentarlo. ¿Y tú?

—La verdad es que me desconcierta que hayas cambiado de idea de forma tan radical. Yo... —Charley se aturulló—. No quiero que vuelvas a hacerme daño.

—Ya sabes que no lo haré. Te juro por la vida de nuestro hijo que no volveré a hacerte daño, Charley.

—Estaba convencida de que no me veías de la misma forma que te veo yo. —Charley bajó la cabeza, avergonzada—. Siempre te he querido, Matty; lo sabes, ¿verdad?

—Yo también te quiero. —Matt se sorprendió de lo poco que le costaba mentir. Algo se le había roto por dentro.

—¿Como amiga?

—Llevamos muchos años siendo amigos, Charley, y me parece que es un

buen punto de partida.

—De acuerdo —dijo ella despacio—. ¿Qué propones que hagamos?

—Lo primero que harás será quedarte a vivir en mi casa; no hace falta que vuelvas a tu piso.

—¿En el cuarto de invitados? —preguntó Charley.

—No. —Matt tomó aire y le tendió la mano—. En el mío.

—¡Uau! Eres una auténtica caja de sorpresas. Eso es lo último que esperaba oírte decir esta noche.

—Oye, que ya me conoces, con sorpresas incluidas —repuso Matt con cierta acritud.

Charley no se percató. Se limitó a cogerle la mano que él le tendía.

—Por nosotros —brindó en voz baja—. Y por el pequeño o la pequeña que hemos engendrado.

—Sí. —Matt sintió náuseas—. Por nosotros.

Hacía dos semanas que Grania había partido de Dunworley rumbo a Suiza cuando una tarde a primera hora, sin previo aviso, Kathleen bajó a la cocina y la encontró sentada con los codos sobre la mesa y la cabeza oculta entre las manos. La examinó durante unos minutos antes de revelar su presencia.

—Hola, Grania.

—Hola, mamá —respondió ella con la voz amortiguada. No se molestó en levantar la vista.

—Iba a preparar un poco de té, ¿puedo? —preguntó Kathleen.

Su hija no le respondió. Kathleen llenó la tetera despacio y la puso a hervir. Luego se sentó en una silla junto a Grania y le posó una mano en el hombro con suavidad.

—¿Qué ha ocurrido, Grania?

—Oh, mamá... Oh, mamá...

—Ven aquí, cielo. No sé qué te tiene tan preocupada, pero deja que tu madre te dé un abrazo.

Grania levantó la cabeza con gesto apesadumbrado y Kathleen observó que tenía la cara muy pálida y demacrada. Rodeó a su hija con los brazos y ella empezó a sollozar de forma lastimera. La tetera estuvo silbando dos minutos enteros antes de que Kathleen se moviera del sitio.

—Deja que vaya a apagar el fuego y sirva dos tazas de té.

Lo hizo en silencio. Luego regresó y depositó una taza frente a Grania, que ahora estaba sentada muy erguida, aunque su expresión era catatónica y tenía la mirada fija al frente.

—Grania, no quiero meterme donde no me llaman, pero, por Dios, tienes

un aspecto horroroso. ¿Podrías hacer el favor de contarle a tu madre qué te ha pasado?

Grania abrió la boca y trató de articular las palabras, pero los primeros intentos no dieron resultado. Al final lo consiguió:

—Ha muerto, mamá. Alexander ha muerto.

Kathleen se cubrió la boca con una mano y se santiguó con la otra.

—Oh, no; oh, no, no, no... ¿Cómo es que...?

Grania se pasó la lengua por los labios.

—Tenía... Ya de antes, tenía un tumor cerebral. Siempre que salía de viaje era para recibir tratamiento. Hace... cuatro días que murió. Como su esposa que era, tuve que quedarme para organizar el funeral y firmar todos los documentos. —Su tono sonaba mecánico.

—Oye, cielo, ¿por qué no te tomas el té? Seguro que te hace falta azúcar. Un momento, traeré una cosa que nos irá bien a las dos. —Kathleen sacó de un armario el brandy que solía utilizar para cocinar y echó un buen chorro en cada taza. Luego cogió la taza de Grania y la acercó a los labios de su hija—. Bebe, cielo.

Ella dio tres sorbos, pero empezó a toser y no quiso más.

—Grania, sé que tienes cosas que contarme, pero... —levantó la cabeza y miró el reloj de la cocina— falta menos de una hora para que Aurora regrese de la escuela. ¿Quieres que llame a Jennifer, la madre de su mejor amiga, y le pida que la recoja y se la lleve a casa a tomar el té? No creo que le convenga verte así.

—Sí, por favor —dijo Grania—. No estoy... no puedo... No. —Derramó una lágrima en silencio.

Kathleen le pasó el dedo por la cara con suavidad para enjugársela.

—Parece que lleves una semana sin dormir. ¿Qué te parece si te acuestas y dejas que tu mami te lleve una bolsa de agua caliente?

—No creo que pueda dormir —respondió Grania mientras su madre la ayudaba a levantarse y la acompañaba hasta la escalera.

—Bueno, pero no pierdes nada por intentarlo. —Kathleen la ayudó a quitarse la chaqueta, los zapatos y los tejanos y la arropó en la cama. Luego se sentó en el borde, tal como solía hacer cuando Grania era pequeña, y le acarició la frente—. Trata de dormir un poco, corazón. Si me necesitas, estaré

abajo.

Cuando se levantó, vio que a Grania ya se le estaban cerrando los ojos. Al llegar al pasillo se detuvo. También ella tenía los ojos arrasados en lágrimas. Su familia siempre se burlaba de ella porque se dejaba guiar por la intuición y porque le preocupaba que su querida hija se mezclara con la familia Lisle, pero al parecer su presentimiento se había cumplido.

Dos horas más tarde, Grania volvió a entrar en la cocina. Parecía desorientada.

—¿Cuánto tiempo he dormido? Es casi de noche.

—Has dormido el tiempo que te ha hecho falta —repuso Kathleen—. Bueno, he avisado a Jennifer y esta noche Aurora se quedará en su casa. Hace media hora, tu padre le ha llevado un bolso con las cuatro cosas necesarias y se ha ido al pub con tu hermano, así que no te preocupes, que no aparecerá nadie.

—Gracias, mamá. —Grania se sentó a la mesa visiblemente cansada.

—He preparado un poco de estofado de cordero, tu plato favorito. Seguro que desde que te marchaste no has hecho ni una sola comida en condiciones.

—Gracias, mamá —repitió Grania mientras Kathleen le ponía delante un bol lleno de estofado.

—Vamos, come todo lo que puedas. Tener el estómago vacío no ayuda a curar las penas.

—Oh, mamá...

—Come, Grania; no hables.

Grania empezó a comer sin demostrar mucho apetito, masticando y tragando la comida de forma mecánica.

—No puedo más, mamá, en serio —dijo, y apartó el bol.

—Bueno, al menos ahora tienes un poco más de color en las mejillas. — Kathleen retiró el bol y lo dejó en el fregadero—. Mira, Grania, no quiero presionarte para que hables, pero sabes que si lo necesitas, estoy dispuesta a escucharte.

—No... No sé por dónde empezar.

—Me lo imagino. Mientras dormías, he estado pensando y creo que he

atado cabos. La noche que Aurora desapareció y Alexander estuvo aquí, por su cara vi que... bueno, comprendí que tenía algún problema de salud. Creo que hacía mucho tiempo que estaba gravemente enfermo, y él lo sabía.

—Sí, sí que lo sabía. Pero cuando los médicos le diagnosticaron el tumor ya no pudieron operarlo porque era muy grande y estaba en una zona del cerebro muy delicada. Lo único que podían hacer era confiar en que la quimioterapia funcionara. Pero no funcionó.

—No.

—Hace unas semanas empezó a encontrarse peor y se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que aceptar lo inevitable. Fue entonces cuando pensó en hacer planes en relación con Aurora. Y yo...

—No hay prisa, cielo. —Kathleen acudió a sentarse a su lado y puso una mano sobre la de ella—. Tómate tu tiempo.

Grania empezó a hablar con voz entrecortada y, poco a poco, le contó a su madre toda la historia. Kathleen la escuchó en silencio mientras iba asimilando y comprendiendo todo lo que exponía. Se reprochaba interiormente haberla criticado por considerar que su matrimonio con Alexander era un mero capricho.

—Hans, el abogado de Alexander, vendrá a verme dentro de dos semanas y traerá sus cenizas. Su voluntad es que las esparzamos sobre la tumba de Lily. —Grania hizo una pausa y exhaló un suspiro hondo y prolongado—. Oh, mamá. Fue espantoso verlo morir. Espantoso —subrayó.

—Por lo que dices, cielo, da la impresión de que para él la muerte fue más bien una bendición.

—Sí. Sufría muchísimo. —De repente miró a su madre y esbozó una débil sonrisa—. Ya sabes, mamá, la corazonada que tuviste de explicarme la historia de Lily antes de que me marchara a Suiza estaba justificada. Así pude contarle a Alexander antes de que muriera lo que le había sucedido de joven. Me dijo que lo tranquilizaba saberlo, y creo que lo decía de veras. La quería muchísimo.

—Bueno, esperemos que a estas horas estén juntos ahí arriba, y que el sufrimiento que ambos tuvieron que soportar en vida haya acabado —dijo Kathleen con expresión sombría—. Y esperemos también que miren abajo y vean que su preciosa hijita está bien aquí con nosotros.

—Dios mío, mamá. —Grania sacudió la cabeza, desesperada—. ¿Cómo demonios voy a decírselo?

—Mira, Grania, en eso sí que no puedo ayudarte. Y me parece tremendo que su padre te haya cargado con semejante responsabilidad.

—Sí que lo es —convino Grania—. Pero si hubieras visto en qué estado se encontraba... Parecía un espectro. Tenía muchas ganas de ver a Aurora por última vez, pero estaba convencido de que para ella habría sido aún peor. Quiere... Quería que su hija lo recordara tal como lo había visto siempre. Todos sabemos los problemas que le provocó a Aurora la muerte de su madre, así que creo que Alexander hizo lo correcto.

—¿Tienes idea de cómo vas a contárselo? —preguntó Kathleen.

—Llevo varios días sin pensar en otra cosa —respondió Grania, desolada—. ¿Se te ocurre algo, mamá?

—Siempre he creído que es mejor no mentir si puedes evitarlo. Yo le diría la verdad de la manera más suave posible.

—Sí —convino Grania—, pero no quiero que sepa que sufrió tantísimo.

—Bueno, la verdad es que te ha encargado una tarea tremendamente difícil. Lo único que puedo decirte es que todos estaremos a su lado para consolarla, y que le daremos todo el amor y el cariño posible; y a ti también. Sabes que sea lo que sea lo que decidas hacer con tu vida, Grania, aquí Aurora siempre tendrá un hogar.

—Sí, mamá, gracias. A Alexander eso era lo único que le preocupaba. No quería que el hecho de adoptar a Aurora afectara a mis planes de futuro.

—Ya se encargará tu madre de que eso no pase —repuso Kathleen con firmeza.

—Bueno —Grania exhaló un suspiro—, dudo que vaya a marcharme de aquí próximamente. No tengo adónde ir. —Se encogió de hombros. Luego bostezó y se levantó de la mesa—. Estoy cansadísima, mamá. Si mañana tengo que contárselo todo a Aurora, creo que será mejor que intente dormir un poco más.

—Sí. —Kathleen rodeó a Grania con los brazos y la estrechó fuerte—. Que duermas bien, cielo. Y quiero que sepas que tu madre está muy orgullosa de ti —musitó.

—Gracias, mamá. Que descanses tú también —respondió Grania, y salió

de la cocina.

John y Shane llegaron al cabo de media hora y Kathleen les explicó la terrible historia que Grania le había relatado.

—Pobrecita mía —exclamó John, y se enjugó una lágrima con disimulo—. Bueno, por lo menos Aurora nos tiene a nosotros.

—Sí —terció Shane—. Todos la queremos como si fuera de la familia.

—Le va a hacer buena falta que se lo demostremos —apostilló Kathleen—. Y a Grania también. Lleva una temporada tremenda, a pesar de que no ha hecho nada para merecerlo.

—Así, cariño mío, has vuelto a demostrar que tu instinto no se equivoca —observó John—. Desde el principio decías que tenías un mal presentimiento.

—Eres una brújula, mamá; no cabe duda —dijo Shane, y le dio unas cariñosas palmaditas en el brazo. A continuación, se puso en pie—. Me voy a la cama. Diles de mi parte a Grania y a la pequeña que las quiero.

Más tarde, cuando el matrimonio subió a acostarse, John preguntó:

—¿Te ha dicho Grania cuándo piensa contárselo a Aurora?

—Creo que mañana por la tarde, cuando vuelva de la escuela. Así tendrá un día más de margen para tranquilizarse.

—Ven aquí, cariño. —John extendió su brazo robusto y rodeó con él a su esposa—. Trata de no preocuparte. Yo prefiero mirarlo por el lado positivo y pensar que, aunque mañana Aurora tendrá que afrontar una noticia horrible, por lo menos se ahorrará la preocupación de no saber qué va a ser de ella. Sabrá que aquí tiene un hogar y una familia para el resto de su vida. Y a pesar de todo lo que esto ha supuesto para Grania, debo decir que admiro a Alexander por haber tenido la clarividencia de asegurarle un bienestar a su hija.

—Sí. Buenas noches, cielo.

—Buenas noches.

Fue entonces, al cerrar los ojos para intentar dormir, cuando Kathleen recordó la llamada de Matt.

A la mañana siguiente, Grania se despertó más fresca, por lo menos

físicamente. Se quedó un rato en la cama mientras repasaba mentalmente todo lo que le había ocurrido, no solo durante las últimas dos semanas sino en los últimos cuatro meses. Aurora había llegado sin avisar y le había cambiado la vida de forma irreversible, hasta tal punto que ahora oficialmente era la señora Devonshire, madrastra de una niña que pronto se convertiría en su hija legítima; y, encima, viuda.

Era exactamente lo mismo que le había sucedido a Mary.

Grania trató de concentrarse en encontrar las mejores palabras para darle a Aurora la noticia de la muerte de su planificarlo porque no sabía cómo iba padre, pero era inútil. No podía a reaccionar la niña. Tendría que decidirlo sobre la marcha. Y cuanto antes se lo quitara de encima, mejor.

De repente sintió la imperiosa necesidad de salir de casa y tomar un poco de aire fresco. Le había sentado fatal pasarse dos semanas enclaustrada en el hospital, respirando el ambiente aséptico. Sacó los pantalones de deporte, la sudadera y las zapatillas y bajó la escalera. No vio a Kathleen por ninguna parte, así que salió al exterior y echó a correr por el camino del acantilado en dirección a Dunworley House. Hacía un día precioso y el mar estaba en calma.

Jadeando, Grania se sentó en la misma roca recubierta de césped del borde del acantilado donde vio a Aurora sola por primera vez. Miró la casa de lo alto de la colina, una casa que ahora estaba en fideicomiso para que el día de mañana Aurora se instalara en ella si así lo deseaba.

Hans había acabado por informar a Grania de la cantidad de dinero que Alexander le había dejado en herencia, y bastaba para que no tuviera que trabajar un solo día más en toda su vida. Ahora era una mujer acomodada.

—Oh, Matt. —De repente, Grania pronunció el nombre con la voz ahogada. Su madre se había portado de maravilla con ella, pero en esos momentos necesitaba de forma imperiosa el calor, la comprensión y el amor del hombre a quien siempre había considerado su alma gemela. El dolor por haberlo perdido era tan grande que le provocaba padecimiento físico, y tenía la certeza de que lo suyo había terminado para siempre y nunca más volvería a disfrutar del confort que le ofrecía aquella relación.

Grania se puso en pie y siguió ascendiendo por el camino en dirección a Dunworley House. No podía quedarse anclada en el pasado... Las

circunstancias eran las que eran y no había vuelta atrás. Abrió la portezuela de la verja y cruzó el jardín. Alexander había dejado estipulado que la casa pasaría a ser de Aurora el día que cumpliera los veintiún años. Entonces podría decidir si quería quedársela o venderla. También había dejado una importante suma para su restauración, pero todo eso Grania debía comentarlo con Hans cuando fuera a visitarla.

Se dirigió al patio trasero y de debajo de una piedra sacó la llave del estudio. Una vez allí, examinó las esculturas depositadas sobre el tablero. Y entonces, por primera vez en dos semanas, experimentó una pequeña sensación de placer. Eran tan bellas como las recordaba, pero aún podían mejorarse.

—¡Jesús, María y José! ¡Grania! ¿Dónde te habías metido? —exclamó Kathleen cuando Grania entró en la cocina.

—Lo siento, mamá. He estado en el estudio y debo de haber perdido la noción del tiempo. ¿Has preparado algo de comer? Me muero de hambre.

—Enseguida te preparo un sandwich. ¿Sabes que Aurora llegará dentro de media hora?

—Sí. —Al pensarlo, el estómago le dio un vuelco—. En cuanto llegue, me la llevaré a dar un paseo.

—¡Grania! —Aurora se arrojó a sus brazos y la estrechó con fuerza. Madre e hija intercambiaron una mirada preocupada por encima de la cabeza de la niña.

—Me alegro muchísimo de verte, corazón —dijo Grania—. ¿Qué tal te ha ido?

—Muy bien, gracias —respondió Aurora—. ¿Te ha contado Shane que Maisie, la perra ovejera, tendrá perritos? Dice que cuando nazcan podré verlo, incluso si es de madrugada —añadió, y dirigió una mirada furtiva a Kathleen—. Les he contado a todas mis amigas de la escuela que ahora eres mi madre. —Aurora soltó a Grania y empezó a hacer cabriolas por la cocina—. ¡Estoy contentísima! —De repente, a media pirueta, frenó en seco y

preguntó—: ¿Dónde está papá?

—Aurora, ¿por qué no vas a buscar a Lily y salimos a dar un paseo por los acantilados? —propuso Grania.

—De acuerdo —accedió ella—. Vuelvo en un minuto.

—Te esperaré fuera —gritó Grania a Aurora cuando esta ya se marchaba.

Kathleen se acercó a su hija y le posó la mano en el brazo en señal de apoyo.

—Buena suerte, Grania. Cuando volváis, me encontraréis aquí esperándoos.

Grania asintió en silencio y salió de la cocina.

Aurora no paró de charlar en todo el camino mientras la perrita cazaba moscas y pasaba una y otra vez por entre las piernas de su dueña.

—El otro día estaba pensando que esta vida me gusta mucho más —confesó Aurora con su curiosa forma de hablar adulta—. Antes de conoceros a ti y a Kathleen, John y Shane, me sentía muy sola. Y me encanta vivir en la granja. Ahora que te has casado con papá, tus padres y tu hermano también son mi familia, ¿verdad?

—Vamos a descansar un ratito, Aurora —dijo Grania cuando llegaron a la roca cubierta de césped del borde del acantilado—. ¿Te sientas aquí conmigo?

—Sí. —Aurora se dejó caer con gracia en el suelo y Lily se acurrucó en su regazo. La niña reparó en la expresión solemne de Grania—. ¿Qué ocurre? Tienes algo que decirme, ¿verdad?

—Sí, Aurora. —Grania se estiró para cogerle la mano.

—¿Es papá? —preguntó Aurora muy seria.

—Sí. ¿Cómo lo has adivinado?

—No lo sé. Se me ha ocurrido.

—Aurora, cariño, no sé muy bien cómo decirte esto, así que no le daré más vueltas. Tu...

—Papá nos ha dejado, ¿verdad?

—Aurora... Sí, así es.

—¿Y está en el cielo?

—Sí. Antes de que nos casáramos se puso muy enfermo y... ha muerto. Lo siento mucho.

—Ya. —Aurora tenía la vista fija en la perrita, a la que estaba acariciando.

—Quería decirte, Aurora, mi preciosa Aurora, que nos tienes a todos nosotros, a tu nueva familia, y que vamos a cuidar de ti. Además —prosiguió Grania haciendo hincapié—, ahora no solo soy tu madrastra. Tu padre y yo firmamos unos papeles para poder adoptarte lo antes posible. Así que serás mi hija legítima y nadie podrá separarte nunca de mí.

De momento, Aurora no mostraba signos de aflicción. En cambio a Grania se le empañaron los ojos por las lágrimas.

—Ya sabes que te quiero como si fueras mi propia hija. Siempre te he querido —prosiguió Grania, deseando poder demostrar tanta entereza como la pequeña que tenía delante—. Aurora, ¿comprendes lo que te digo?

Aurora apartó los ojos de la perrita y miró hacia el mar que se extendía frente a los acantilados.

—Sí, lo comprendo. Tenía la impresión de que me dejaría pronto, aunque no sabía cuándo exactamente.

—Aurora, ¿cómo lo sabías?

—Mamá... Mi otra mamá —se corrigió Aurora— me lo dijo.

—¿De verdad?

—Sí. Me dijo que los ángeles vendrían a buscarlo para llevárselo al cielo con ella. —Aurora se volvió a mirar a Grania—. Ya te dije que se sentía sola.

—Sí, me lo dijiste.

Aurora permaneció un buen rato sentada en silencio.

—Le echaré de menos —dijo por fin—. Mucho. Me habría gustado despedirme. —Se mordió el labio, y Grania observó que empezaba a aflorar el brillo de las lágrimas.

—Cariño, ya sé que no puedo ocupar el lugar de tu mamá ni de tu papá, pero te prometo que haré todo lo posible porque estés, bien.

Aurora volvía a mirar al mar.

—Entiendo que mamá quiera tenerlo a su lado, pero ¿por qué todas las personas a las que quiero me dejan?

Entonces estalló en llanto. Los profundos sollozos le sacudían todo el cuerpo. Grania la atrajo hacia sí, la sentó en sus rodillas y la acunó como si fuera un bebé.

—Yo no te dejaré, cariño, te lo prometo —musitó una y otra vez—. Tu papá no lo ha hecho expresamente, créeme. Te quería muchísimo, tanto que se ha asegurado de que nos tengas a mi familia y a mí para cuidarte. Por eso nos casamos.

Aurora se la quedó mirando.

—Me parece que a ti también te quería un poquito. —Se enjugó las lágrimas con el brazo y preguntó—: ¿Tú estás triste, Grania? ¿Te da pena que ya no esté aquí?

—Ya lo creo —respondió Grania—. Estoy muy, muy triste.

—¿Querías a papá? —quiso saber Aurora.

—Sí, creo que sí. Es una lástima que no pudiera pasar más tiempo con él.

Aurora buscó la mano de Grania, la entrelazó con la suya y se la estrechó con fuerza.

—Así que las dos lo queríamos. Y las dos lo hemos perdido, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces nos ayudaremos, y cuando una se ponga triste, la otra la animará, ¿de acuerdo?

El valor y la entereza de Aurora resultaban más conmovedores que sus lágrimas.

—De acuerdo —respondió Grania, estrechando a la niña con fuerza contra su cuerpo—. Nos ayudaremos.

—¿Dónde está Aurora? —preguntó Kathleen cuando Grania entró en la cocina.

—Ha ido a acostar a Lily, y dice que luego quiere acompañar a Shane a pastar las ovejas.

—¿En serio? —Kathleen arqueó las cejas—. Se lo has dicho ya, ¿no?

—Sí, ya se lo he dicho.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

Grania sacudió la cabeza; estaba confusa y asombrada.

—Ya lo sabía, mamá.

Aurora

Sí, ya lo sabía.

Aunque, la verdad, me resulta imposible explicar cómo. Si digo que oía voces en mi interior, lo más seguro es que creas, y con razón, que sufro algún trastorno mental, igual que Lily, mi pobre madre. Digamos que tuve una corazonada. Le pasa a mucha gente, ¿verdad?

Aun así, la cosa me impactó mucho, porque todo estaba yendo a la perfección. Grania se había casado con mi padre... tal como yo quería; y sí, admito que yo había contribuido a maquinarlo.

La transición de la felicidad a la tristeza ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. No tuve tiempo de saborear la dicha unos meses, ni siquiera unas semanas.

Papá hizo todo lo posible por asegurarme un bienestar casándose con Grania y facilitándole la adopción. Me demostró su amor de una forma práctica, tal como suelen hacer los hombres. Pero siempre he pensado que me habría gustado despedirme de él personalmente, por muy mal aspecto que tuviera.

No me habría importado verlo así porque hacía mucho tiempo que sabía que estaba enfermo. Además, cuando amas a alguien, lo que menos te importa es qué aspecto tiene. Lo importante es poder disfrutar de su compañía por última vez.

Mirándolo en retrospectiva, seguramente a Grania le resultó igual de duro. De repente, su vida quedó engullida por la vorágine de nuestra historia familiar y se sintió obligada a amoldarse a los deseos de un padre desesperado por proteger a su amada hijita.

Hace poco leí un libro que explica que los espíritus viajan en grupo a

través del tiempo. Los seres en los que se encarnan son distintos, pero siempre están unidos por un vínculo invisible y eterno.

Tal vez eso explique por qué Kathleen tenía la impresión de que con Grania y conmigo se estaba repitiendo la historia. Ella era una persona de buen corazón que deseaba tener un niño para amarlo y cuidarlo, y me conoció a mí, que era huérfana; así que me acogió. Oh, querido lector, espero no haber sido tan cruel con ella como mi abuela, Anna, lo fue con Mary. Según el budismo, nos vemos obligados a regresar al mundo una y otra vez hasta que hemos aprendido la lección. Por mi parte, espero haber tratado siempre a Grania con amor y gratitud, ya que la verdad es que me gustaría poder pasar al siguiente estadio. Lo del nirvana suena muy bien. A lo mejor aún no estoy del todo preparada para ello, pero siempre me he esforzado por ser una buena persona. Y no me iría nada mal tener otro cuerpo, más fuerte.

Ahora vamos a volver a Nueva York, al lío que Matt está armando con su vida.

Llegados a este punto, creo que puedo afirmar sin temor a equivocarme que las cosas van por muy mal camino. La cuestión es si Matt será capaz de enderezarlas.

Charley se había trasladado al dormitorio de Matt la noche en que decidieron darse una oportunidad. No obstante, ella le vetó cualquier tipo de contacto físico poniendo como excusa el embarazo, lo cual alivió a Matt, porque por lo menos así se libraba de tener que cumplir. Puesto que no tenía recuerdos de la noche que habían hecho el amor estando borracho, solo podía remontarse a la época en que habían sido pareja. Al evocar aquellos encuentros amorosos se le antojaron insulsos y, en su caso, mecánicos. A diferencia del tipo de relaciones que había experimentado con Grania, en las que sentía que sus almas se fusionaban literalmente...

Matt interrumpió el curso de sus pensamientos. Saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. Entonces comprobó que el nuevo estatus de Charley tenía otras consecuencias desagradables. Para empezar, todo un despliegue de cosméticos invadía el lavabo y los estantes; lociones y potingues con los que bien podría llenarse un aparador entero en Saks. Los sencillos hábitos de belleza de Grania, que incluían como único producto un tarro de crema facial, todavía subrayaban más las diferencias entre las dos mujeres. Eso por no mencionar el hecho de que Matt había tenido que concentrar toda su ropa en una octava parte del armario debido a la amplia colección de prendas de diseño de Charley.

Trató de poner freno a su irritación cuando, mientras buscaba la maquinilla de afeitar entre tanto trasto, se le cayó dentro del lavabo un estuche de maquillaje. A fin de cuentas, era él quien había querido intentarlo. Charley no lo había presionado, ni si quiera había hecho que se sintiera responsable, así que no podía echarle la culpa.

Con todo, ella ya había empezado a hablar de una posible mudanza.

Había sugerido que podrían comprar una casa en Greenwich, cerca de donde vivían sus padres. A Matt no le entusiasmaba la idea. No obstante, no se le antojaba extraño que Charley deseara que su hijo respirara un aire más fresco, a pesar de que cuando tan solo unos meses atrás Grania y él se habían visto en una situación similar, ni siquiera se habían planteado la posibilidad de trasladarse a vivir fuera de la ciudad. Cuando Matt comentó que con su sueldo no podía costearse una casa así ni en pintura, Charley desestimó sus objeciones sacudiendo la mano.

—Mamá y papá nos ayudarán, Matty, ya lo sabes.

Entonces Matt comprendió ligeramente cómo debía de haberse sentido Grania cuando los padres de él se habían ofrecido a prestarles ayuda. No quería el dinero de los padres de Charley. Por otra parte, unas noches atrás, cuando ya estaban en la cama, ella se había vuelto hacia él y le había preguntado si de verdad estaba decidido a no involucrarse en el negocio de su padre.

—Cuando nazca el pequeño tendré que dejar de trabajar. Igual son solo unos meses, pero igual no vuelvo a trabajar nunca —anunció ella encogiéndose de hombros—. Detesto tener que decir esto, Matty, pero con lo que ganas tú solo podríamos permitirnos tener a una chica filipina tres veces por semana, y eso en el mejor de los casos. Tu sueldo no da ni mucho menos para tener a una criada viviendo en casa, que es lo que me hará falta.

Matt se vistió a toda prisa, contento de que Charley hubiera tenido que ir a su antiguo piso de la zona alta a pagar la última factura del decorador. La semana anterior lo había llevado a verlo y casi se le salieron los ojos de las órbitas ante aquellos interiores de último grito. La mezcla del cristal con los acabados metálicos y blancos resultaba tan aséptica como un quirófano. Matt se preguntó cómo era posible que Charley soportara vivir en un tugurio como su loft. Se sirvió un café y encontró un donut caducado en la nevera. Charley no era muy buena cocinera (llevaban dos semanas alimentándose básicamente de comida preparada) y a Matt empezó a gruñirle el estómago al recordar el delicioso jamón con colcannon que Grania le preparaba con regularidad.

—¡Mierda! —exclamó, poniendo freno a sus pensamientos. No podía continuar comparando a las dos mujeres. Eran distintas y punto. El verdadero

problema radicaba en que, en su opinión, Charley siempre salía perdiendo. Se sentó ante su escritorio y encendió el portátil. Estaba escribiendo un artículo que debería haber terminado hacía dos semanas, pero con todo lo sucedido, tenía la capacidad de concentración por los suelos. Releyó lo que acababa de escribir y vio que no daba la talla. Entonces se recostó en el asiento y suspiró. No veía claro qué derrotero estaba tomando su vida. Después de pasarse tantos años evitando que se pareciera a la de sus padres, estaba justo en el mismo camino. Ojalá tuviera a alguien con quien poder hablar... Estaba desesperado. Pero la única persona disponible desde que Grania se había marchado era su madre.

Cogió el móvil y marcó el número de casa de sus padres.

—¿Mamá? Soy Matt.

—Matt, cuánto me alegro de oírte. ¿Cómo estás?

—Mira, mamá, estaba pensando que me iría bien pasar un rato fuera de la ciudad. ¿Haces algo este fin de semana?

—Mañana hemos quedado con unos amigos para hacer una barbacoa en casa, pero hoy estoy sola, tu padre se ha ido a jugar al golf. ¿Te apetece venir y comemos juntos?

—Estupendo, mamá. Salgo ahora mismo.

La autopista de Westside estaba despejada y al cabo de cuarenta y cinco minutos Matt se encontró en el camino de entrada de Belle Haven.

—Hola, corazón. —Elaine lo estaba esperando en el umbral y lo recibió con un cálido abrazo—. Qué sorpresa tan agradable. Últimamente, son raras las veces que tengo a mi niño para mí sola. Pasa.

Matt cruzó el amplio recibidor detrás de su madre y entró en la enorme cocina saturada de todos los electrodomésticos imaginables. A su padre, Bob, le encantaban los aparatos eléctricos, y todas las Navidades y los cumpleaños le regalaba alguno a su esposa. Elaine siempre abría el paquete con una sonrisa de resignación; luego le daba las gracias y arrinconaba el cacharro junto con el resto en uno de los espaciosos armarios de la cocina.

—¿Te sirvo algo para beber, cariñito?

—Una cerveza me sentará de fábula. —Matt se quedó plantado en medio de la cocina con aire vacilante. Ahora que estaba allí, no sabía muy bien qué decir. Su madre sabía que Grania se había marchado de casa, pero nada más.

—¿Qué tal por la ciudad?

—Yo... ¡Mierda, mamá! —Matt sacudió la cabeza—. No voy a mentirte; estoy metido en un buen lío.

—Muy bien. —Elaine le puso a su hijo la cerveza delante con los ojos llenos de comprensión maternal—. Cuéntaselo todo a mamá.

Matt lo hizo, y fue lo más sincero posible al exponer el estado de cosas, aunque evitó mencionar que no recordaba para nada la noche en cuestión. No creía que la sensibilidad afectiva de Elaine pudiera soportarlo.

—A ver si lo he entendido bien —recapituló Elaine—: Grania desaparece poco después de volver del hospital; se marcha a Irlanda y no te explica siquiera en qué la has ofendido. Os pasáis meses sin hablar. Y, de repente, te enteras de que se ha casado con otro.

—Sí, ese es más o menos el resumen de la situación —reconoció Matt con un suspiro.

—Por otro lado, Charley se traslada a tu piso para hacerte compañía mientras decoran el suyo. Os encontráis bien juntos y decidís iniciar una relación. —Elaine se rascó la cabeza—. ¿Y me dices que no estás seguro de lo que sientes por ella?

—Exacto —respondió Matt—. ¿Puedo tomarme otra cerveza?

Elaine fue a buscarla.

—O sea que crees que estás actuando por despecho.

—Sí. Y... —Matt respiró hondo— hay algo más.

—Pues canta, cariño.

—Charley está embarazada.

Elaine lo miró como a un bicho raro antes de exclamar:

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro, mamá. Ha pedido hora para hacerse una ecografía dentro de un par de semanas, y voy a acompañarla.

—Vale, vale —respondió Elaine despacio—. He preparado una ensalada, podríamos comer en la terraza.

Matt ayudó a su madre a llevar fuera la ensalada, los platos y los cubiertos. Cuando estuvieron sentados a la mesa, se dio cuenta de que la mujer estaba afectada.

—Lo siento mucho, mamá.

—No pasa nada, Matt. Soy una persona adulta y puedo hacerme cargo de las cosas. No es por eso, es que... —dijo arrugando la frente— hay algo que no me cuadra. Pero bueno, vamos a dejarlo aparcado de momento. La cuestión es: ¿quieres a Charley?

—Sí, la quiero como amiga, tal vez también como pareja... Aún no lo sé, mamá. La verdad es que no lo sé. Quiero decir que crecimos juntos, tenemos los mismos amigos... Vosotros os lleváis bien con sus padres... ¿Por qué no iba a quererla? Es lo más fácil —dijo con un suspiro.

—Casarte con alguien de tu mismo círculo social siempre es lo más fácil. Claro que lo es, Matt. Es lo mismo que hice yo. —Elaine sonrió mientras servía la ensalada—. Resulta cómodo, y dicen que el roce hace el cariño. Pero no es... —Elaine buscó la palabra apropiada— apasionante. Solo se sigue ese camino por miedo a equivocarse.

A Matt le sorprendió que su madre lo comprendiera tan bien.

—Acabas de dar en el clavo, mamá.

—No creas que no lo entiendo, Matt, porque sí que lo entiendo. Grania hizo que rompieras con las normas establecidas, y yo te admiraba por ello. La querías con locura, te hacía sentirte vivo.

—Sí, es verdad. —Matt tragó saliva; estaba a punto de echarse a llorar—. Y ha tenido que marcharse para que me diera cuenta de lo que sentía por ella... De lo que todavía siento por ella.

—Yo también estuve enamorada una vez... antes de conocer a tu padre. Pero a mis padres no les pareció la persona apropiada, era músico. Rompí con él, lo dejamos correr...

—No lo sabía. —La confesión de su madre sorprendió a Matt—. ¿Te arrepientes?

—¿De qué sirve arrepentirse de las cosas? —preguntó Elaine con amargura—. Hice lo que creía que debía hacer para tener a todo el mundo contento. Pero no pasa un solo día sin que piense en él y me pregunte dónde estará... —Su voz se fue apagando, hasta que recobró la compostura—. Lo siento, Matt. No debería contarte todo esto. Con tu padre las cosas no me han ido mal. Además, te tengo a ti. Así que no; no me arrepiento de nada.

—La diferencia es que a Grania no la dejé yo.

—En efecto. Y ahora está casada —añadió Elaine.

—Al menos eso es lo que me dijo su madre por teléfono.

—La verdad es que me sorprende muchísimo. Sé que no se sentía cómoda en nuestro círculo, Matt; seguramente pensaba que no nos caía bien. Pero su personalidad y su talento me merecen un gran respeto. Además —subrayó Elaine—, sé que quería mucho a mi chico. Y solo por eso podría perdonarle cualquier cosa.

—Bueno, mamá. Ahora Grania ya no está. Y no hay visos de que vaya a volver. Tengo que seguir adelante con mi vida. La cuestión es si lo intento con Charley o no.

—La decisión no es fácil. Charley es guapa, inteligente y pertenece a tu mismo círculo. Además, la cosa es complicada por lo del bebé. ¿Seguro que está embarazada? —volvió a preguntar Elaine.

—¡Que sí, mamá!

—Bueno —Elaine exhaló un suspiro—, parece que estás metido hasta las cejas. Y sé que lo pasaste muy mal cuando Grania y tú perdisteis al bebé. Aunque...

—¿Qué, mamá?

—Nada, nada —se apresuró a responder Elaine—. Si las cosas son como tú dices, no creo que tengas muchas posibilidades de elegir.

—No —convino Matt con aire taciturno—, parece que no. Y encima tendré que arreglármelas para ganar más dinero. Charley ya me ha apuntado que debería meterme en el negocio de papá. Una chica de buena familia como ella no se conformará con el sueldo de un profesor de psicología.

—Ya sabes que el sueño de tu padre es que tú le tomes el relevo en la empresa. Pero, Matt, si no es eso lo que quieres...

—En serio, mamá, nada de todo esto es lo que yo quiero. —Matt dejó el cuchillo y el tenedor y miró el reloj—. Será mejor que vuelva a casa. Charley debe de estar preguntándose dónde me he metido. —Arqueó las cejas.

—Ojalá pudiera decirte algo más, pero si Grania está casada...

—Pues sí, y aún no sé qué hice para fastidiarlo todo.

—Yo te entiendo, cariño. Aprenderás a querer a Charley, igual que yo aprendí a querer a tu padre. —Elaine esbozó una media sonrisa.

—Seguro que tienes razón —convino él con un suspiro—. De todas formas, gracias por la comida y por escucharme. Adiós, mamá.

Elaine observó a su hijo entrar en el coche y arrancar el motor. Luego cerró la puerta y se dirigió de nuevo a la terraza. Pero, rompiendo el hábito de toda una vida, no quitó inmediatamente los platos de la mesa. En vez de eso, se sentó y se tomó tiempo para asimilar todo lo que Matt le había contado.

Media hora después, llegó a la conclusión de que tenía dos opciones. La primera era acatar las normas establecidas y callarse lo que sabía, lo cual no solo serviría para guardar las apariencias sino también para satisfacer sus deseos egoístas de sentirse más cerca de su hijo y su futuro nieto. Porque no le cabía ninguna duda de que Charley acabaría arrastrando a Matt a Greenwich cuando hubiera nacido el bebé. La otra posibilidad era investigar sus sospechas...

Elaine oyó a su marido aparcar el jeep en el camino de entrada.

Y decidió consultarlo con la almohada.

Los habitantes de la granja estaban sobre aviso tratando de descubrir en Aurora alguna señal de estrés emocional. No cabía duda de que estaba más callada de lo normal y no daba muestras de su habitual vitalidad.

—Bueno, es normal —dijo John a Kathleen una noche.

Kathleen había preguntado a Aurora si quería dejar de ir a la escuela unos días, pero ella se había obstinado en no faltar.

—Papá siempre me decía que debía concentrarme en los estudios, y además, si yo no estoy, Emily podría encontrar otra mejor amiga —repuso.

—Me quito el sombrero ante esta niña —dijo Kathleen al entrar en la cocina después de haber ido a dar a Aurora un beso de buenas noches—. Espero que no esté haciéndose la fuerte y luego se derrumbe de golpe.

—Sí —dijo Grania, que acababa de regresar del estudio—. Aunque por ahora no lo parece. Es como si ya estuviera preparada.

—En eso estoy de acuerdo. —Kathleen miró a su hija—. Claro que yo siempre he dicho que ya ha estado aquí antes. Dentro de su cuerpo habita un alma que lleva mucho camino recorrido y que comprende cosas que a nosotros se nos escapan. Tienes las salchichas en la sartén, las he dejado allí para que no se enfríen.

—Gracias, mamá. He perdido la noción del tiempo.

—¿Qué te traes entre manos en el estudio? —quiso saber Kathleen.

—Lo de siempre —respondió Grania en un tono que no admitía discusión. Nunca le había gustado hablar de sus obras mientras estaban a medias, y ese proyecto en particular le resultaba muy querido; era casi como si hubiera volcado el alma en la arcilla. Todavía no estaba preparada para darlo por terminado—. Mañana vendrá Hans.

—¿Sí? —Kathleen retiró las salchichas de los fogones y las sirvió en un plato que colocó delante de Grania.

—Pasaré la noche en Dunworley House. Le he preparado una habitación.

—Muy bien. —Kathleen se sentó al lado de Grania y la observó picotear las salchichas—. ¿Qué tal lo llevas tú, cielo?

—Estoy bien. Me encuentro un poco cansada, pero la verdad es que he estado trabajando mucho. —Sacudió la cabeza—. Creo que se ha hecho demasiado tarde para cenar. —Dejó el cuchillo y el tenedor.

—No es propio de ti hacerle ascos a la comida.

Grania se puso en pie y depositó el plato en el fregadero.

—Me voy a la cama, mamá.

—Que duermas bien.

—Gracias.

—Yo que creía que todo esto afectaría a Aurora, y resulta que al parecer, se lo ha tomado mejor que nuestra hija —comentó Kathleen.

—Bueno —John alargó el brazo hasta el interruptor mientras su esposa se acomodaba a su lado en la cama—, Aurora ha perdido a un padre, pero ha ganado una vida nueva, mientras que Grania ha perdido la suya.

Kathleen arqueó las cejas en la oscuridad ante la profunda observación de su marido.

—Estoy preocupada por ella, John. Este es un momento crítico, el que debería ser el mejor de su vida, su mayor apogeo. Y en cambio está perdida, John; muy perdida.

—Dale un poco de tiempo, cielo. Me parece que lo ha pasado muy mal, y sin habérselo buscado.

—¿Qué te había dicho? Es la maldición de los Lisle. Yo...

—Ya está bien, Kathleen. No puedes culpar siempre a los demás. Grania hizo lo que hizo con pleno conocimiento. Que descanses, cielo.

Kathleen no dijo nada más; sabía que era mejor no insistir en volver a una conversación en la que su marido no quería tomar parte. Como no lograba conciliar el sueño, permaneció tendida en la oscuridad preocupada por su preciosa hija.

Grania se sintió aliviada y reconfortada al ver que Hans Schneider acababa de aparcar el coche en el patio de Dunworley House. Se limpió las manos manchadas de arcilla en el delantal, abrió la puerta del estudio y salió a darle la bienvenida.

—¿Cómo estás, Grania? —La besó en ambas mejillas. El hecho de que ambos estuvieran presentes en el dramático momento de la muerte de Alexander había estrechado los lazos entre ellos y hacía innecesaria la formalidad propia del trato entre un abogado y su cliente.

—Muy bien, gracias, Hans. ¿Has tenido buen viaje?

—Sí. —Hans dio media vuelta para echar un vistazo a Dunworley House—. Me parece que hace falta restaurar el tejado.

—Es probable. ¿Entramos?

Al cabo de una hora se encontraban degustando las ostras frescas que Grania había comprado en el muelle de Ring a primera hora de la mañana. También había rebuscado en la bodega y pidió consejo a Hans sobre la botella de vino que debía abrir.

—¿Cómo está Aurora? —preguntó Hans.

—Estupendamente —respondió Grania—. Tal vez demasiado, ya veremos qué tal evoluciona. —Grania exhaló un suspiro—. Por desgracia, perder a un ser amado no es una experiencia nueva para ella. Además, lleva una vida muy ajetreada, entre la escuela, las clases de ballet y la actividad en la granja. Es una suerte que no tenga demasiado tiempo para darle vueltas a la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó Hans.

—Para serte sincera, me cuesta mucho borrar del recuerdo los días que pasé en el hospital.

—Sí, comprendo lo que quieres decir. Fue una situación... difícil. Te he traído las cenizas, por cierto.

—Muy bien —respondió Grania muy seria—. ¿Más ostras?

Siguieron comiendo en silencio durante un rato, hasta que Grania preguntó:

—¿Crees que debo pedirle a Aurora que me ayude a esparcirlas sobre la tumba de Lily?

—¿Te parece que podría afectarle?

—No lo sé, pero estaba muy disgustada por no haber podido despedirse de su padre. A lo mejor eso le ayuda. Claro que, por otra parte, no sé si es una buena idea que lo vea reducido a un puñado de cenizas.

—Mira, por lo que dices, hasta ahora has salido muy airosa de la situación. A lo mejor esta vez también deberías dejarte llevar por la intuición.

—Gracias, Hans. Para serte sincera, el mérito es de Aurora; y mis padres y mi hermano también han contribuido mucho. La adoran.

—Aunque es realmente una tragedia que tanto Alexander como Lily hayan muerto, en cierto modo es posible que la vida que Aurora lleva ahora, una vida estable con una familia normal, le resulte beneficiosa —observó Hans—. Ha tenido una infancia muy difícil.

—Sí. Y conociendo la historia de la familia Lisle, parece que su madre no lo pasó mucho mejor. Tal vez sea cosa de esta casa. —De repente, Grania se estremeció—. Se respira una atmósfera muy extraña.

—Estoy seguro de que las obras de restauración ayudarán a cambiar eso. ¿Te ha dicho Aurora si quiere trasladarse a vivir aquí? —preguntó Hans—. ¿O prefiere quedarse en la granja contigo?

—En estos momentos, ni una cuadriga desenfundada podría arrastrarla lejos de sus queridos animales. —Grania sonrió—. Pero igual dentro de un tiempo cambia de idea.

—Como voy a quedarme por aquí una semana, trataré de encontrar a algún técnico que me aconseje qué cambios hay que practicar en la estructura —dijo Hans—. Y tal vez él mismo podría recomendarme alguna empresa de albañilería que lleve a cabo las obras necesarias para la remodelación. Lo que sí que me gustaría es que cuando llegue el momento de elegir los colores de las paredes, me ayudes con tu punto de vista artístico. —Hans sonrió.

—Por supuesto —repuso Grania.

—Por lo menos así la casa estará bien conservada, tanto si de mayor Aurora quiere quedársela como si decide venderla. —Hans prosiguió—. Voy a viajar a Cork para visitar a mi homólogo en Irlanda y ver qué tal van los trámites del proceso de adopción, aunque ni él ni yo creemos que haya ningún problema. Alexander fue tan eficiente con las gestiones relativas a su muerte como lo había sido en vida. Y la verdad es que, tal como él sabía, era

imprescindible dadas las circunstancias. Su hermana ya se ha puesto en contacto conmigo porque quiere conocer el contenido del testamento de Alexander. —Hans dirigió a Grania una sonrisa irónica—. Tal como te dije en una ocasión, cuando hay un muerto a la vista, los buitres se abalanzan sobre él. ¿Y tú, Grania? —La escrutó—. ¿Has tenido tiempo de pensar qué vas a hacer con tu vida?

—No —respondió ella en tono lacónico—. Estoy demasiado ocupada asegurándome de que Aurora esté bien y terminando un trabajo. Eso me ha ayudado a llevarlo todo mejor.

—En mi opinión, el trabajo siempre es un buen bálsamo. Me encantaría ver algunas de tus esculturas, Grania. Alexander me contó que tienes un talento excepcional.

—Alexander me veía con muy buenos ojos... —Grania se sonrojó—. Tengo la impresión de que, después de todo lo que he pasado durante los últimos meses, lo único que me queda es mi trabajo. Más tarde te enseñaré algo. También he pensado que podría traer a Aurora. Es sábado, así que no tiene que ir a la escuela.

—Me encantará verla. Hace al menos un par de años desde la última vez. Grania vació los platos y los depositó en el fregadero.

—¿Estarás cómodo aquí solo?

—Claro. —Hans sonrió—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme. En la nevera encontrarás leche, pan, beicon y huevos para el desayuno.

—Gracias, Grania. Me encantará que mañana vengas a verme con Aurora.

—Adiós, Hans —se despidió Grania al salir de la casa.

—Adiós —gritó él en respuesta. Se sirvió otra copa de vino y pensó en lo triste que resultaba que Alexander no hubiera podido disfrutar más tiempo de la compañía de la encantadora mujer a quien había elegido como esposa.

A la mañana siguiente, Grania fue a Dunworley House con Aurora.

—¡Tío Hans! —Aurora se arrojó en sus brazos—. ¡Hacía años que no te veía! ¿Dónde estabas?

—Donde estoy siempre, Aurora. —Hans sonrió—. En Suiza, trabajando mucho.

—¿Por qué los hombres se pasan la vida trabajando? —preguntó Aurora—. Así, no me extraña que se pongan enfermos.

—Me parece que has dado en el clavo, *liebchen* —dijo Hans, mirando a Grania por encima de la cabeza de Aurora con cierto brillo en los ojos.

—Espero que hoy puedas tomarte el día libre, tío Hans. Así te enseñaré mis animales. Los cachorritos de Maisie solo tienen dos días, aún no han abierto los ojos.

—Me parece una idea estupenda —terció Grania—. Aurora, ¿por qué no llevas a Hans a la granja mientras yo trabajo un poco? Os espero aquí a la hora de comer. ¿Y si preparamos un picnic y bajamos a la playa?

—Ya está bien, Grania. ¡Ahora resulta que eres tú la que tienes que trabajar! —protestó Aurora—. De acuerdo. Me encargaré de entretener al tío Hans y más tarde vendremos a buscarte.

Cuando salieron de la casa y enfilaron el camino hacia la granja, Grania se dirigió a su estudio. Miró por el ventanal y observó a Aurora haciendo cabriolas al lado de Hans. Luego examinó la escultura que tenía enfrente con la esperanza de haber sabido captar la gracilidad y la delicadeza de sus movimientos.

La mañana voló, y antes de lo esperado llamaron a la puerta.

—¿Podemos pasar? ¡Ya le enseñado al tío Hans todo lo que tenía que enseñarle y me muero de hambre! —Grania estaba sentada frente al banco de trabajo cuando Aurora irrumpió en el estudio, la rodeó por los hombros y le plantó un beso en la mejilla. Su mirada recayó en las esculturas; no apartaba los ojos de ellas.

—¿Esa soy yo?

Grania no había querido que Aurora las viera hasta que no estuvieran terminadas.

—Sí.

—¡Tío Hans! ¡Ven a ver esto! ¡Grania me ha hecho una estatua!

Hans se acercó al banco de trabajo y contempló las estatuas.

—*Mein Gott!* —Se inclinó para examinarlas más de cerca Grania, son... —se esforzó por encontrar las palabras apropiadas— ¡increíbles! Ojalá... —

Miró a Grania con una expresión de suma admiración, y ella supo al instante lo que estaba pensando—. Alexander las habría comprado todas. Has plasmado a la perfección la energía de Aurora.

—Gracias —respondió Grania—. Me ha servido para desahogarme.

—Sí. Y al mismo tiempo has creado unas figuras preciosas.

—¿Podrías dejar de hablar de mis estatuas y decirme qué hay de comer? —suplicó Aurora.

Los tres pasaron una tarde muy agradable en la playa de Inchydoney. Aurora estuvo saltando, brincando y haciendo piruetas en la orilla mientras la bañaban las olas, y Hans y Grania permanecieron sentados en la arena disfrutando del calor del sol.

—Tenías razón cuando decías que aparentemente no está muy afectada —comentó Hans—. Se la ve... feliz. A lo mejor es porque nunca había recibido mucha atención y ahora sí que se siente bien cuidada.

—Le encanta que la contemplen. —Grania sonrió mientras Aurora ejecutaba un *jeté* sin ningún esfuerzo—. Su profesora de ballet opina que tiene un extraordinario potencial como bailarina —añadió—. Además, su abuela también fue bailarina, y se hizo muy famosa.

—Pues si a eso es a lo que quiere dedicarse, debe hacerlo. Y tú tienes que seguir dedicándote a la escultura —dijo Hans—. ¿Dónde expones?

—Tengo algunas piezas en una galería de Nueva York, pero estos últimos años me he dedicado sobre todo a encargos de particulares. No es lo que más me gusta, pero al menos me permite ganarme el pan —respondió Grania con sinceridad.

—Esta temporada difícil te ha aportado como mínimo algo positivo, Grania. Ya sabes que ahora eres rica.

—Y tú ya sabes, Hans, que no pienso tocar ese dinero. —El hecho de mencionarlo hizo que el tono de Grania cambiara de inmediato.

Hans se la quedó mirando.

—Grania, si me permites hablarte sin tapujos, me parece que a veces el orgullo te nubla el sentido común.

—Yo... —Las palabras de Hans desconcertaron a Grania—. ¿Qué quieres decir?

—¿Qué tiene de malo aceptar un regalo de alguien que desea ofrecértelo?

—Nada, Hans. Es solo que...

—¿Qué, Grania? Dímelo —la animó.

—Bueno...

De repente, Grania pensó en el tiempo que había compartido con Matt. Se había negado con obstinación a aceptar la ayuda que sus padres le ofrecían y, aún peor, a casarse con él. Eran decisiones tomadas por puro orgullo, no porque lo deseara así. Y, mirándolo en retrospectiva, no había obrado con acierto. A fin de cuentas, si se hubiera casado con Matt, ahora no tendrían que hacer frente a la situación en la que se encontraban. Y no cabía duda de que si hubiera aceptado el dinero de sus padres, que en definitiva, tal como decía Hans, solo querían ofrecerles su ayuda, la vida les habría resultado más fácil.

—A lo mejor tienes razón —reconoció Grania por fin, desconcertada por el nuevo rasgo que acababa de descubrir en su carácter—. Pero no puedo evitarlo. Siempre he sido así.

Hans la observó en silencio antes de proseguir.

—Puede que forme parte de tu personalidad, pero es más probable que se deba a la inseguridad. Pregúntate por qué no estás dispuesta a aceptar la ayuda de la gente. Igual resulta que no te crees merecedora de ella.

—Yo... no lo sé —respondió Grania con sinceridad—. Pero tienes razón. Creo que en cierto modo el orgullo ha echado a perder mi vida. En fin, ya está bien de hablar de mí. Gracias por tu franqueza, Hans. Me ha ayudado mucho; en serio.

A la mañana siguiente, mientras su familia hacía el habitual peregrinaje a misa de todos los domingos, Grania se quedó en casa para ocuparse de Aurora.

—¿Te gustaría que más tarde nos acercáramos a la iglesia de Dunworley? El tío Hans ha traído de Suiza una urna que contiene... —Grania trató de elegir bien las palabras— lo que podrías llamar los polvos mágicos de tu papá.

—¿Las cenizas, quieres decir? —soltó Aurora, dando otro mordisco a la tostada.

—Sí. Me preguntaba si te gustaría ayudarme a esparcirlas.

—Claro que sí —accedió Aurora—. ¿Puedo elegir yo el sitio?

—Sí, aunque tu padre había sugerido que las echáramos sobre la tumba de tu mamá.

—No. —Aurora se tragó la tostada y sacudió la cabeza—. Ahí no es donde yo quiero.

—Muy bien.

—Allí están los huesos de mamá, pero ella está en otro sitio.

—De acuerdo, Aurora. Ya me mostrarás dónde quieres esparcirlas.

Cuando el día tocaba a su fin, Aurora dijo a Grania que quería ir a esparcir las cenizas de su padre.

Grania colocó la urna en una bolsa y salió de casa detrás de Aurora. La niña la guio por el camino del acantilado hacia Dunworley House, y cuando llegaron a la roca recubierta de césped, se detuvo.

—Siéntate aquí como siempre, Grania. —Aurora abrió la bolsa y extrajo la urna. Luego retiró la tapa y miró dentro fascinada.

—Parece arena, ¿a que sí?

—Sí.

Aurora dio media vuelta, se aproximó al borde del acantilado y se detuvo a tan solo unos centímetros del precipicio. De repente se volvió hacia Grania con aspecto nervioso.

—Grania, ¿vienes a ayudarme?

—Claro. —Grania avanzó unos pasos y se situó al lado de Aurora.

—Aquí es donde mamá se tiró al mar. A veces la veo. ¡Mamá! —gritó—. ¡Te he traído a papá! —Aurora miró dentro de la urna, tenía los ojos vidriosos por las lágrimas—. Adiós, papá, ve con mamá; te necesita. —Arrojó las cenizas al acantilado y el viento las arrastró hacia el mar—. Te quiero, papá. Y a ti también, mamá. Pronto nos veremos en el cielo.

A Grania se le puso un nudo en la garganta ante el estoicismo y la valentía de Aurora. Al cabo de un rato, regresó a la roca para dejarla sola. La vio arrodillarse; tal vez estuviera ofreciendo una plegaria en silencio, no lo sabía. Empezaba a oscurecer.

Por fin, poco a poco, Aurora se puso en pie y se volvió hacia Grania.

—Estoy preparada para volver a casa. Quieren marcharse.

—¿Eso quieren?

—Sí.

Aurora extendió el brazo y Grania le dio la mano. Enfilaron el camino en dirección a la granja y descendieron por la colina en silencio.

De repente, Aurora se dio la vuelta.

—¡Mira, mira! —Señaló algo—. ¿Los ves?

—¿A quiénes?

—¡Mira!

Grania aguzó la vista en dirección a la bahía que se extendía hacia donde señalaba Aurora.

—Están volando —dijo Aurora, impresionada—. Mamá ha venido a buscarlo y se van juntos al cielo.

Grania escrutó el horizonte pero no vio nada aparte de las nubes que cruzaban el firmamento impulsadas por la brisa. Tiró con suavidad de Aurora, y juntas descendieron por la colina para iniciar una nueva vida.

Matt pestañeó ante la borrosa imagen en movimiento. Allí, en la pantalla, estaba la prueba indiscutible de la noche que no lograba recordar.

—¿Queréis verlo en 3D? —preguntó el técnico encargado de practicar la ecografía.

—Claro —dijo Charley mientras el ecógrafo movía el aparato por su vientre.

—Aquí está la cabeza, y aquí está el brazo... Si deja de moverse, podremos hacerle una buena foto...

—Uau —exclamó Matt con un hilo de voz, observando la pantalla. A todo color, de espaldas, de frente, y en un abrir y cerrar de ojos. De eso servía costearse una clínica privada de prestigio. Comparar esa ecografía con la que Grania se había hecho en el hospital local situado en la misma calle donde vivían era como comparar una película en blanco y negro de 1940 con uno de los filmes épicos de James Cameron.

Después de salir de la clínica con las pruebas en la mano, Charley se sirvió de la otra para asir la de Matt.

—¿Quieres que paremos a comprar algo de comer? De repente me ha entrado mucha hambre —dijo con una risita.

—Claro, como quieras.

Durante la comida, Charley habló por los dos, y Matt lo comprendía. Fueran cuales fuesen sus sentimientos, ella estaba esperando su primer hijo y tenía todo el derecho de sentirse emocionada. Al día siguiente, los padres de Charley iban a celebrar una barbacoa en su casa para anunciar que su hija y Matt salían juntos. Y que iban a tener un bebé. Suspiró. Incluso la fecha

prevista para el parto que les habían anunciado en la clínica cuadraba con lo previsto. No tenía más remedio que aceptar que esa era la vida que le esperaba, la que se había buscado, lo quisiera o no. Así eran las cosas.

Escuchando a Charley hablar del día siguiente y de lo impaciente que estaba por contárselo a todos sus amigos (que, por cierto, también eran los de él), Matt se dio por vencido. La observó sentada al otro lado de la mesa. No cabía duda de que era la mujer más bella del restaurante; un buen partido. Y, tal como había dicho su madre, seguro que con el tiempo aprendería a quererla, igual que aprendería a querer al bebé que habían engendrado y... ¿a convivir con ella?

Grania se había ido...

Matt hizo señas al camarero para que se acercara y le susurró algo al oído.

Al cabo de cinco minutos, les llevaron una botella de champán. Charley arqueó las cejas.

—¿A qué viene esto?

—Creo que tenemos que celebrarlo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Te refieres a lo del bebé?

—Sí, y también lo nuestro.

El camarero sirvió el champán en dos copas, y Matt alzó la suya.

—¿De verdad?

—Sí. Y antes de lo de mañana, quería preguntarte, Charley, si me concederías el honor de casarte conmigo.

—¿Hablas en serio? ¿En serio? —repitió Charley—. ¿Me estas proponiendo matrimonio?

—Sí.

—¿Estás seguro? —dijo frunciendo el entrecejo.

—Segurísimo, cariño. ¿Qué me dices? ¿Lo oficializamos y le ponemos mi apellido al bebé? ¿Quieres que mañana, en la barbacoa, anunciemos que vamos a casarnos?

—Oh, Matty... No sabes cuánto... —Charley meneaba la cabeza a la vez que rompía a llorar—. Oye, no me lo tengas en cuenta, son las hormonas. Solo quiero estar segura de que estás haciendo todo esto por los motivos

adecuados, de que lo haces por nosotros dos, no por el bebé. Porque si no es así, no funcionará, ya lo sabes.

—Supongo... —Matt se rascó la cabeza— que el destino ha querido que estemos juntos.

—Eso es lo que siempre he pensado, pero no me atrevía a decírtelo —respondió ella con un hilo de voz.

—Así, ¿qué? —Matt levantó la copa—. ¿Me darás el sí?

—Oh, Matty, por supuesto que lo haré. ¡Sí!

—Entonces será mejor que vayamos a la joyería y compremos un anillo de compromiso para que puedas lucirlo mañana.

Matt regresó a su piso con Charley al cabo de tres horas. Estaba destrozado. La había llevado a Cartier, a Tiffany's y luego de vuelta a Cartier para que se probara todos y cada uno de los anillos de la maldita tienda. Tenía la impresión de que la única diferencia entre el que originalmente le había gustado y el que había terminado eligiendo radicaba en que el segundo tenía un precio superior al primero, que ya de por sí era exorbitante. Al final la broma le había costado el sueldo de seis meses, y había tenido que pagarla con la tarjeta de crédito. Eso sí, ella estaba encantada.

«Aprenderás a querer a Charley.»

Cuando esa noche Matt apoyó la cabeza en la almohada, las palabras de su madre eran lo único que lo reconfortaba.

Nada de todo aquello era nuevo para Matt en absoluto: ni el sitio donde tenía lugar la barbacoa para celebrar las buenas noticias, ni el ambiente que se respiraba, ni las personas allí presentes. Bebió mucho más de lo aconsejado; de todos modos, iban a quedarse a pasar la noche en casa de sus padres. Y cuando anunció su noviazgo y la consiguiente boda, se le llenaron los ojos de lágrimas. Ni uno solo de los presentes habría puesto en duda cuánto amaba a la mujer con la que iba a casarse, puesto que estaba tan emocionado. Charley lucía un vestido nuevo de Chanel que había comprado expresamente para la ocasión. A Matt le dolía la espalda de la cantidad de palmadas que había

recibido. Más tarde, cuando los invitados se hubieron marchado y solo quedaban ellos dos y sus respectivos padres, el futuro suegro de Matt pronunció unas palabras.

—No soy capaz de expresar la alegría que siento en estos momentos. Y sé que tus padres, Matt, nuestros queridos amigos Bob y Elaine, sienten lo mismo que yo. Por eso, entre los cuatro hemos decidido que queremos haceros un regalo de boda. Hay una casa cerca de Oakwood Lane que sería el hogar perfecto para vosotros; es grande y tiene un jardín precioso para que el niño pueda jugar. Matt, tu padre y yo iremos mañana mismo a la inmobiliaria, y os la compraremos.

—¡Dios santo, Matty! —Charley se volvió hacia Matt con expresión radiante y le cogió la mano—. ¿No te parece formidable? Piénsalo bien; ¡tendremos a todos los abuelos a dos pasos para hacernos de canguro!

Todo el mundo se echó a reír excepto Matt, que optó por servirse un poco más de champán.

Esa misma noche, cuando hubieron recorrido los diez minutos de trayecto que los separaban de casa de los padres de Matt y él estaba solo en la terraza, su madre acudió a su encuentro.

—¿Estás contento, corazón?

—Sí, mamá —respondió Matt, aunque él mismo reparó en su tono taciturno. Decidió esforzarse un poco—. Claro que estoy contento, ¿por qué no iba a estarlo?

—Por nada. —Su madre le posó una mano en el hombro—. Yo solo quiero que mi chico sea feliz.

Elaine cruzó la terraza, se dio media vuelta y miró a Matt. Todo lo que su hijo expresaba con el cuerpo contradecía sus palabras. Elaine suspiró. Supuso que, en definitiva, las cosas eran así y no podía hacerse nada. Más tarde, acostada en la cama junto a su esposo sin poder pegar ojo, hizo una valoración de los últimos treinta y nueve años de una vida que, vista desde fuera, era todo lo perfecta que podía ser. Sin embargo, el corazón le decía algo muy distinto, porque su matrimonio era una pura farsa basada en el conformismo.

Y su hijo iba directo hacia un destino igual de doloroso.

El verano pasó agradablemente en la bahía de Dunworley. Había días que hacía bastante calor y Grania podía bajar con Aurora a la playa y nadar en el mar; otros caía una lluvia tan fina que más que empapar, humedecía. A Aurora se la veía asentada y satisfecha, pasaba horas en la granja con John y Shane, acompañaba a Kathleen a Cork a comprar ropa nueva y disfrutaba yendo de excursión con Grania para explorar bellos rincones a lo largo de la costa. Por su parte, Grania, cuando no estaba con Aurora, se pasaba horas encerrada en el estudio, perfeccionando la serie de seis esculturas en distintas posiciones que plasmaban los airosos movimientos de su modelo.

Un día de agosto, Grania se desperezó y se levantó del banco de trabajo. No podía hacer nada más sin estropear las figuras. Estaban acabadas. Sintió un breve arrebató de euforia mientras las envolvía para llevarlas a Cork a que las bañaran en bronce. Luego, se sentó ante el banco de trabajo y de pronto se sintió vacía y desolada. Ese proyecto le había servido para centrarse en algo que la distrajera del extraño adormecimiento que últimamente la invadía. Era como si no pudiera conectar con el resto del mundo, como si lo viera todo a través de un velo y su habitual vehemencia estuviera aletargada.

Claro que Aurora pronto pasaría a ser su hija legítima (las autoridades irlandesas ya la habían entrevistado a ella y a la niña), y eso suponía una maravillosa perspectiva que enriquecería su vida. Intentó concentrarse en los aspectos positivos más que en los peliagudos, que no debía tardar mucho en afrontar. Porque, a pesar de que quería a sus padres con locura, no pensaba quedarse a vivir en su casa para siempre. Dunworley House iba ser restaurada con todo detalle, pero aun cuando estuviera acabada, Grania no tenía claro que pudiera sentirse cómoda viviendo allí. Además, Aurora era muy feliz en la granja y no se tomaría bien ninguna sugerencia relativa a un traslado. Y probablemente, mientras estuviera recuperándose de la pérdida de su padre, podría resultarle perjudicial.

De momento, decidió plantearse el asunto como si estuviera instalada definitivamente.

En septiembre, Hans regresó a Irlanda y los tres fueron al registro civil de Cork para completar los trámites del proceso de adopción.

—Bueno, Aurora —dijo Hans más tarde, durante la comida—, ahora ya tienes una nueva madre legítima. ¿Qué tal te sientes?

—¡Estupendamente! —Aurora abrazó a Grania con fuerza y luego añadió—: y también unos nuevos abuelos y... —se rascó la nariz— Shane es mi tío, ¿verdad?

—Sí —respondió Grania sonriendo.

—¿Crees que les molestará si los llamo abuelito y abuelita y... tío Shane? —dijo Aurora con una risita.

—No, no creo que les moleste en absoluto —opinó Grania.

—¿Y a ti, Grania? —De repente Aurora se mostró tímida—. ¿Puedo llamarte mamá?

—Querida Aurora —Grania se sintió conmovida—, si eso es lo que sientes, para mí será todo un honor.

—¿Y yo qué? —protestó Hans—. ¡Ahora soy el único que no tiene un parentesco oficial contigo, Aurora!

—¡No seas tonto, tío Hans! ¡Eres mi padrino! Y para mí siempre seguirás siendo mi tío.

—Gracias, Aurora. —Hans miró a Grania con un brillo en los ojos—. Te lo agradezco.

Hans se unió a la cena que Kathleen había organizado para celebrar que Aurora había pasado a ser oficialmente miembro de la familia. Después de cenar, se levantó y dijo que debía regresar al hotel de Cork donde se alojaba y prepararse para coger el avión que a primera hora de la mañana lo llevaría de vuelta a Suiza. Dio un beso de despedida a Aurora y agradeció la invitación a Kathleen y John. Grania salió con él y lo acompañó hasta el coche.

—Estoy muy contento de ver a la niña tan feliz. Tiene suene de formar parte de una familia tan unida y cariñosa.

—Bueno, mi madre siempre dice que Aurora también les ha devuelto la vida a ellos.

—¿Y tú, Grania? —Hans se detuvo antes de entrar en el coche—. ¿Qué planes tienes?

—En realidad, no tengo ningún plan. —Se encogió de hombros.

—Por favor, no olvides que Alexander no deseaba que el hecho de adoptar a Aurora condicionara tu futuro —le recordó Hans—. He visto con mis propios ojos que Aurora es muy feliz en la granja. Si tú optas por llevar una vida distinta, dudo que le afecte.

—Gracias, Hans, pero ya no tengo más vida que esta.

—Entonces tendrás que empezar de cero. A lo mejor podrías volver unos días a Nueva York, Grania. —Hans le posó la mano en el hombro—. Eres demasiado joven y brillante para consumirte aquí. Y no utilices a Aurora como excusa para darte por vencida. Cada cual es responsable de forjarse su propio destino.

—Ya lo sé, Hans —reconoció Grania.

—Perdona si te echo sermones, pero me parece que lo estás pasando mal. Y los últimos meses han hecho en ti más mella de lo que crees. Me preocupa que estés estancada, tienes que salir adelante. Y para eso, a veces hace falta tragarse el orgullo, lo cual es posible que a ti te resulte especialmente difícil, Grania. —Sonrió y la besó en ambas mejillas. Luego subió al coche—. Cuídate, y recuerda que puedes llamarme siempre que quieras. Si puedo ayudarte en lo que sea, personal o profesionalmente, lo haré.

—Gracias. —Grania agitó la mano para despedirse de Hans. La entristecía que se marchara. Lo sucedido en los últimos meses los había unido mucho y su opinión le merecía un gran respeto. Era un hombre muy sabio, y tenía una habilidad especial para detectar y señalar con acierto sus pensamientos y sus miedos más íntimos.

A lo mejor debería hacerle caso y volver a Nueva York...

Grania bostezó. «Ya lo pensaré mañana», se dijo, emulando a Scarlett O'Hara.

Había sido un largo día.

Cuando los fríos vientos del Atlántico empezaron a soplar de nuevo en la costa de West Cork y en los hogares de la zona volvían a encenderse las chimeneas, Grania inició una nueva serie de esculturas. Esta vez representaban a Anna, la abuela de Aurora, y utilizó como modelo el retrato de *La muerte del cisne* que estaba colgado en el comedor de Dunworley

House, dándole volumen. Recordó que su primera escultura de un cisne fue la que hizo que su camino y el de Matt se cruzaran, así que resultaba triste e irónico que sus actuales bocetos tuvieran una historia detrás. Claro que por lo menos la adversidad le había permitido descubrir cuál era su especialidad particular. La elegancia y la ligereza de las bailarinas la inspiraban y le permitían desplegar sus dotes de escultora.

A finales de noviembre Aurora cumplía nueve años, y cuando Grania supo que el English National Ballet tenía previsto actuar en Dublín, compró entradas en secreto. Tal como suponía, cuando la niña se enteró no cabía en sí de gozo.

—¡Grania! ¡Es el mejor regalo que me han hecho en mi vida! ¡Y es *La bella durmiente*, mi ballet favorito!

Grania había reservado una habitación para una noche en el hotel Jurys Inn de Dublín, así dispondrían de unas horas para ir de compras por la ciudad. Durante la representación, Grania disfrutó más observando la expresión embelesada de Aurora que del espectáculo en sí.

—Oh, Grania —dijo Aurora con cara de ensueño cuando salieron del teatro—. Ahora sí que lo tengo decidido; aunque me encanta vivir en la granja con los animales, creo que tengo que ser bailarina. Algún día quiero llegar a representar el papel de la princesa Aurora.

—Seguro que lo conseguirás, corazón.

De vuelta en la habitación del hotel, Grania dio un beso de buenas noches a Aurora y se acostó en la cama contigua. Cuando apagó la luz, una voz la llamó en la oscuridad.

—¿Grania?

—¿Qué?

—Lily siempre decía que detestaba el ballet, pero entonces ¿por qué me puso el nombre de la protagonista de uno?

—Es una buena pregunta, Aurora. A lo mejor no lo detestaba tanto como decía.

—No...

Hubo unos instantes de silencio. Luego volvió a oírse la voz de Aurora.

—¿Grania?

—¿Qué, Aurora?

—¿Eres feliz?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque... a veces me parece que se te ve muy triste.

—¿Sí? —Grania se sorprendió mucho—. Claro que soy feliz, corazón. Te tengo a ti, y también tengo mi trabajo y a mi familia.

Hubo otro silencio.

—Sí, eso ya lo sé. Pero no tienes marido.

—No, eso es cierto.

—Pues deberías casarte. No creo que a papá le gustara mucho saber que te has quedado sola. Y menos que te sientes sola —la reprendió Aurora.

—Eres muy amable, corazón. Pero estoy bien, en serio.

—¿Grania?

—¿Qué, Aurora? —Grania exhaló un suspiro; aquello empezaba a pesarle.

—¿Estabas con alguien antes de conocer a papá?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, es una historia muy larga, y la verdad es... que no lo sé exactamente.

—Ah. ¿Y por qué no lo averiguas?

—Aurora, ahora tienes que dormirte, en serio. —Grania quería poner fin a la conversación, le resultaba demasiado violenta—. Ya es muy tarde.

—Solo dos preguntas más. ¿Dónde vive?

—En Nueva York.

—Y ¿cómo se llama?

—Matt. Se llama Matt.

—Oh.

—Buenas noches, Aurora.

—Buenas noches, mamá.

Charley estaba embarazada de seis meses, y su salud y su aspecto eran tan impresionantes como la colección de prendas premamá de diseño que se apiñaban en el ropero. Ya habían formalizado la compra de la casa, a tan solo tres ajardinadas calles de distancia de donde vivían los padres de ambos, y aunque a Matt le parecía perfecta tal como estaba, Charley se estaba esforzando mucho para acabar de ponerlo todo a punto. Había solicitado la baja por maternidad y se pasaba la mayor parte del tiempo en casa de sus padres para poder supervisar los trabajos de decoración. La verdad es que Matt lo agradecía, así tenía un poco de espacio y de tiempo para respirar y concentrarse en su trabajo. Últimamente tenían discusiones muy acaloradas a causa de la rotunda negativa de él a implicarse en el negocio de inversiones de su padre, pero creía que al menos debía preservar una parte de la persona que había sido hasta entonces, porque la identidad que tanto le había costado forjarse parecía estar desdibujándose por momentos.

Estaba empezando a dejar de ser él mismo...

También había empezado a hacer una selección de lo que debía trasladarse a la casa nueva. Las pertenencias de Grania seguían estando allí, y Matt no tenía ni idea de qué hacer con ellas. Tal vez bastaría con empaquetarlas, llevarlas a un almacén y escribirle a casa de sus padres para comunicarle dónde estaban. Si hasta el momento no se había preocupado por recuperarlas, no era probable que más adelante lo hiciera. Además, pensó Matt con frialdad, estaba seguro de que su nuevo marido la ayudaría a comprar de nuevo todo lo necesario.

Solo esperaba ser capaz de transformar en ira el amor que aún sentía por ella y el dolor por su pérdida. Se encontraba en la extraña etapa en la que

sucedía precisamente eso, y estaba hecho una auténtica furia. Pero no le duró mucho.

Decidió salir a desayunar. Entró en una pequeña cafetería, se sentó y pidió un café con leche y un donut.

—Hola, Matt. ¿Qué tal te va?

Matt levantó la cabeza y vio que tenía al lado a Roger, el amigo de Grania.

—Bien, bien —asintió, haciendo acopio de todo el entusiasmo posible—. ¿Ya te has instalado en el barrio, Roger?

—Sí, y me encanta. ¿Qué tal está tu chica? —preguntó Roger.

—¿Te refieres a Charley?

—Sí, Charley.

—Está bien. Vamos... —Matt se sonrojó—. Vamos a casarnos.

—¿En serio? Felicidades.

—Después de que Charley tenga al bebé. —Decidió soltarlo todo, no tenía sentido mentir.

—¡Oye! ¡Eso sí que es una gran noticia! —Roger sonrió—. Para serte sincero, ya me parecía que lo estabais intentando. Después de ver a Charley aquella noche en tu casa, recordé por fin de qué me sonaba. Trabajo en la clínica de reproducción asistida y la vi cuando vino a visitarse. Puedes decirle de mi parte que es muy afortunada. A pesar de los avances de la medicina, solo hay un pequeño porcentaje de mujeres que consigan quedarse embarazadas, incluso con los tratamientos más fiables.

Matt sacudió la cabeza, confuso.

—¿Viste a Charley en la clínica de reproducción asistida?

—Sí, no me cabe duda de que era ella. La ayudé a ponerse la bata. Pero, tranquilo, entiendo que muchas parejas no quieren que se sepa. En fin, que os vaya todo muy bien.

—Gracias.

—Hasta la vista, Matt.

—Sí, hasta la vista.

Roger se dio la vuelta para salir de la cafetería.

—¿Roger? ¿Recuerdas cuándo fue eso?

Roger se rascó la cabeza.

—A mediados de mayo, me parece.

—¿Estás seguro?

—Sí, eso creo. Pero... ¿es que hay algún problema? —El hombre parecía desconcertado.

—No, yo... Bueno, no importa.

De camino a casa, Matt pensó que seguramente Roger se equivocaba. ¿Qué sentido tenía que Charley hubiera pedido visita en la clínica de reproducción asistida a mediados de mayo? A menos que...

Le sonó el móvil y respondió sin pensar.

—Hola, Matt, soy mamá. ¿Cómo le va a ese futuro papáito?

—Hum...

—¿Estás bien, hijo?

—Pues... no lo sé, mamá. Acabo de enterarme de una cosa...

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado, Matt?

—Dios mío, mamá. No... No creo que sea capaz de contártelo.

—Matty, ya sabes que a mí puedes contarme cualquier cosa.

—De acuerdo, mamá. Pero quiero que sepas que no tengo ninguna prueba de que sea cierto. Acabo de encontrarme a un amigo que es médico internista y me ha dicho que vio a Charley en la clínica de reproducción asistida donde trabaja. La reconoció cuando vino a casa a devolverme una cosa. Dice que fue a mediados de mayo, justo cuando... ¡Mierda, mamá! Ya sé que es posible que se trate de un error, pero... no sé qué pensar. Parecía bastante seguro de que era ella. ¿Crees que...?

Elaine se tomó su tiempo para responder. Al final exhaló un suspiro y dijo:

—No, no lo creo; lo sé. Escucha, Matt, hay una cosa que no te he contado. ¿Quieres venir a casa?

—Enseguida estoy ahí.

—Cuando era jovencita, Charley tuvo un problema con... eso que nos pasa a las mujeres. —Al mencionarlo, Elaine se sonrojó un poco—. Todos los meses sufría mucho con los dolores, hasta el punto que tuvo que faltar mucho a la escuela. Al final, su madre la llevó a ver a un médico privado que le

diagnosticó una cosa que se llama endometriosis y que provoca tumores en los ovarios. Entonces le dijeron que, probablemente, nunca podría concebir hijos, al menos de forma natural. Yo lo sé porque su madre vino a verme y me lo contó. Estaba destrozada porque era posible que su hija no pudiera tener niños. No se lo dijeron a nadie más; no son cosas para ir contándolas en el club, sobre todo si esperas que tu hija se case bien. A Charley le recetaron píldoras anticonceptivas para controlar el dolor, y desde entonces su madre no ha vuelto a abrir la boca sobre el tema.

Matt soltó un silbido.

—Ya veo.

—Por favor, compréndelo, cariño. Al contarte esto estoy desvelando un secreto y podría perder a una amiga. Si quieres decirle algo a Charley, creo que será mejor que no le expliques que lo sabes por mí. ¿Lo harás, Matt? —suplicó Elaine—. Porque lo más probable es que ese médico amigo tuyo esté en lo cierto. Aunque la verdad es que, por muy mal que lo pase si la madre de Charley descubre que te lo he contado yo, no estoy dispuesta a que engañen a mi hijo con una cosa tan importante como esa.

Una extraña expresión de ira asomó a los ojos de Elaine. Matt le dio unas palmaditas en la mano.

—No te preocupes, mamá, no diré ni una palabra. Aún tengo que pensar qué voy a hacer. Porque si Charley... ¡Por Dios, mamá! No me cabe en la cabeza, de verdad que no. Necesito pensarlo un rato antes de que ella vuelva a casa. —Matt se puso en pie y abrazó a su madre—. Te agradezco mucho que me lo hayas contado, de verdad. Te llamaré un día de estos.

Matt regresó a la ciudad, tenía la cabeza hecha un auténtico embrollo y no paraba de darle vueltas. No sabía qué pensar, cómo debía sentirse... En el mejor de los casos, igual todo había sido una desafortunada coincidencia y resultaba que Charley estaba buscando quedarse embarazada justo cuando él se emborrachó y pasó lo que pasó. ¡Mierda! Ni siquiera recordaba haberse acostado con ella. ¿Se habría preparado de antemano para tener las máximas posibilidades de quedarse embarazada? ¿Lo habría ingeniado todo porque deseaba tener un hijo y él no era más que una víctima inocente?

Había un sinfín de opciones, a cual más complicada. Mientras abría la puerta del piso pensó que solo había una persona capaz de responder a todas

aquellas preguntas. Y aun así, nunca tendría la certeza de que le hubiera contado la verdad.

Más tarde, Charley llegó a casa emocionadísima porque se entendía muy bien con el interiorista que había elegido para decorar la casa nueva y juntos habían tenido unas ideas fantásticas.

Matt apenas era capaz de dirigirle la palabra. Antes de plantearle nada, necesitaba poner las ideas en orden. Sabía que enfadarse no era la mejor manera de solucionarlo. Charley se pondría a la defensiva y así tenía menos probabilidades de que fuera sincera con él. Y de todos modos, aunque todo parecía indicar que lo había engañado, no tenía más remedio que considerarla inocente mientras no se demostrara lo contrario.

Matt trampeó la noche como pudo, asintiendo y sonriendo en los momentos apropiados. Por fin, se fueron a la cama y Charley se acercó para darle un beso.

—Buenas noches, cariño. Estoy contentísima del futuro que nos espera.
—Dio media vuelta y apagó la luz.

Fue entonces cuando Matt estalló. Volvió a encender la luz.

—Charley, tenemos que hablar.

—Muy bien, cariño. —Se sentó en la cama y le cogió la mano—. ¿Te asusta ser papá? No te preocupes, Matty. Según el médico, eso es lo más normal del mundo. Dice que...

—Charley, tengo que preguntarte una cosa. Y necesito que me digas la verdad. —Matt la miró muy fijamente—. Pase lo que pase, tienes que ser sincera conmigo, ¿de acuerdo?

—Claro, cariño. Yo nunca te mentaría.

—Muy bien... —Matt respiró hondo—. ¿En el mes de mayo fuiste a una clínica de reproducción asistida para someterte a tratamiento?

Matt no apartó los ojos de su rostro ni un instante. Sabía que esos segundos en que el cerebro aún no se había puesto en funcionamiento para idear una excusa eran vitales, y que la verdad se trasluciría en su mirada.

—Yo... ¡Santo Dios, cariño! —Le sonrió con nerviosismo.

En ese momento Matt supo que lo había engañado.

—¡Madre mía, Charley! No estoy seguro de cómo ni porque, pero te pusiste en tratamiento, ¿verdad? Tienes que ser sincera conmigo porque necesito saber de qué va toda esta historia. —Matt seguía mirándola fijamente. Charley hizo amago de querer quitarle importancia al asunto antes de romper a llorar.

—Oh, Matty... ¿Cómo te has enterado?

—Ayer me encontré a Roger en la cafetería y me felicitó porque habíamos logrado cumplir nuestro proyecto. Pero el cómo es lo de menos, yo...

—¡De acuerdo! Sí, me puse en tratamiento, pero no tenía pensado engañarte ni echarte el guante. Desde el principio estaba dispuesta a tener al bebé yo sola, ¿te acuerdas? —lo instó desesperada—. Cuando lo hablamos te dije que iba a tener al bebé cualquiera que fuera tu decisión. Ha sido un milagro, Matty; tantos años pensando que nunca podría tener hijos y de repente descubro que estoy embarazada. Oh, Matty, ¿podrás perdonarme? Por favor, ¡yo te quiero!

—Mírame, Charley. —Matty le cogió las manos—. ¿Fue una coincidencia que te quedaras embarazada cuando pasamos la noche juntos, o lo habías preparado?

—Sé que lo que hice no está bien, pero...

—Porque tengo que preguntarte una cosa. —Matt sabía que no le estaba dando la oportunidad de explicarse, pero había una pregunta importantísima que quería que le respondiera—: ¿Es mío el hijo que esperas? —Él sostuvo la mirada, pero ella la apartó—. ¿Es nuestro? —preguntó en tono insistente—. Quiero decir que si esa noche... ¡Maldita sea, Charley! Necesito que me respondas a esto. ¿Soy yo el padre del bebé?

Charley dejó de llorar. Permaneció sentada en silencio, mirando a la pared. Matt saltó de la cama y empezó a pasearse por la habitación.

—Necesito saberlo ahora mismo. Hablo en serio. —Se volvió a mirarla—. Y confío en que me dirás la verdad.

Charley parecía haber perdido toda la vitalidad. Sacudió la cabeza despacio.

—No, Matt. Tú no eres el padre.

—¡Joder! —Maldecir era la única forma de evitar emprenderla a golpes

con ella. Respiró hondo unas cuantas veces para tranquilizarse—. Y entonces, ¿de quién es?

—No lo conozco. —Charley se encogió de hombros—. Pero no es lo que crees, Matty.

—¡Mierda! ¿Cómo no va a ser lo que creo, Charley? ¿Te acuestas con el primero que pasa y pretendes colarme al bebé como si fuera mío?

—¡¡¡No!!! ¡Eso no es lo que ha pasado! —Charley estaba sufriendo lo indecible—. No conozco al padre porque en el esperma con que me inseminaron solo aparece el perfil del ADN, nada más.

—¿Qué?! —Matt sacudió la cabeza—. Llámame tonto, pero, ¡por Dios!, no tengo ni idea de qué me estás hablando.

—De acuerdo. —Charley asintió, era obvio que trataba de recobrar la compostura—. El padre del bebé es un estudiante de doctorado que tiene veintiocho años y vive en California. Tiene la piel oscura, los ojos castaños y mide un metro setenta y ocho. No ha padecido ninguna enfermedad grave y tiene un coeficiente intelectual superior a la media. Ese es su perfil genético, y todo cuanto sé de él.

—Así... —Matt volvió a sentarse en la cama, empezaba a comprenderlo todo—, ¿me estás diciendo que fuiste a un banco de esperma y elegiste a un donante anónimo por su perfil de ADN para que fuera el padre de tu hijo? ¿Y luego te inseminaron?

—Eso es.

—Ah.

Permanecieron sentados durante un rato, mientras Matt trataba de asimilar lo que acababa de explicarle.

—¿Y qué demonios pinto yo en todo eso? ¿Formaba parte de tu plan desde el principio?

—Matty —Charley se había quedado sin lágrimas y tenía la cara muy pálida—, tienes que saber que esto lo tenía decidido hacía meses, mucho antes de trasladarme a vivir contigo.

—A ver si lo he entendido bien; o sea que yo soy el pardillo de turno, el primero que se te puso a tiro para que lo hicieras pasar por el padre del bebé, ¿no? —la interrumpió Matt con acritud.

—¡No! Yo te quería, Matty, ¡y aún te quiero! —Charley se retorció las

manos con nerviosismo—. Y aquella noche, un día después del tratamiento... Vale, sí, podría decirse que fue una coincidencia. Estabas bebido y te pusiste muy cariñoso, y me dijiste cosas muy bonitas. Yo creí que...

—Charley, dime si hicimos o no el amor esa noche, porque te juro que no me acuerdo para nada. Y por muy borracho que estuviera, nunca me había pasado una cosa así, joder.

—No. Por lo menos, no como para tener un niño —confesó Charley—. Nos besamos, y jugamos un poco, pero no estabas ni de lejos en condiciones de...

—¿Follarte?

—Sí, de follarme —dijo ella con amargura.

—¡Santo Dios! ¿Y por qué demonios me dijiste que sí? ¿A qué venían las recriminaciones? ¿Y las mentiras? ¡Mierda, Charley! Has sido muy cruel.

—¡Ya basta, Matt! —De repente, los ojos de Charley centelleaban de ira—. Admito que, hasta cierto punto, me echas las culpas, pero no todo lo que te conté de aquella noche es mentira. Fuiste muy cariñoso conmigo, te pusiste muy tierno... Me besaste y me acariciaste... Me dijiste que era guapa, que me querías... —Se le hizo un nudo en la garganta, y tuvo que hacer una pausa antes de proseguir—. Aunque no... se te levantara, al menos esperaba que después de aquello me llamaras o me mandaras un mensaje. Creí que quizá, en el fondo, sí que me querías del mismo modo que te quería yo. Pero no diste señales de vida. Y sentí que me habías tratado como a una puta barata; me habías utilizado.

—Tienes razón. —Matt estaba cohibido—. Me comporté como un imbécil, Charley. Y te pido disculpas. Pero, sinceramente, ¿crees que una cosa así te da derecho a mentirme sobre... —Matt señaló su vientre con el dedo— ¡eso!?

—Te juro que aquella noche no sabía que estaba embarazada, no supe que la fertilización había funcionado hasta que volviste de aquel viaje y salimos a cenar. Tal vez fueran las hormonas, o la impresión, pero yo creo que fue la combinación de las dos cosas: saber que iba a ser madre y al mismo tiempo darme cuenta de que para ti no significaba más que cualquier otra chica a la que podrías haber conocido en la calle, de que nunca me habías querido del mismo modo que te quería yo. Y que nunca lo harías. Me sentí tan herida de

que me hubieras tratado así, Matt... Supongo que quise castigarte por ello.

Matt, más calmado ahora que sabía la verdad, la escuchó en silencio.

—Y entonces, cuando supe que siempre habías estado enamorado de Grania y no de mí, empecé a tomar decisiones por mi cuenta. Pensaba tener al bebé de todos modos, tal como te dije cuando estuvimos hablando una semana después. Me había resignado a seguir adelante sola, como me había planteado al principio. Y de repente llegas tú y me dices que por qué no lo intentamos. Y no solo te referías al bebé sino a nuestra relación. Lo siento, Matt, pero no cabía en la piel de la alegría. Todos mis sueños se estaban haciendo realidad; y parecía la mar de lógico. Llevaba tantos años enamorada de ti... —Charley suspiró—. Y entonces vas y me pides que me case contigo. Y yo creí de veras que las cosas podían funcionar. —Entonces, se acercó a él y lo estrechó con fuerza entre sus brazos—. Y seguro que aún estamos a tiempo, ¿verdad, Matty? Por favor, ya sé que te he mentado, pero...

Matt se la quitó de encima.

—Tengo que salir, necesito un poco de aire fresco.

—Por favor, Matty, no irás a dejarme ahora, ¿verdad? —Lo observó mientras se ponía algo de ropa—. Se lo hemos contado a todo el mundo, tenemos una casa nueva y el bebé...

Matt cerró la puerta de golpe y bajó la escalera hasta la planta baja. Una vez fuera de casa, echó a correr y fue recorriendo calles hasta llegar a Battery Park. Se apoyó en la barandilla y observó las luces titilando en el Hudson. A su alrededor pululaban algunos especímenes protegidos por el manto de la noche; figuras imprecisas de borrachos, amantes y adolescentes rebeldes. Poco a poco, su respiración se volvió menos agitada, y trató de asimilar la cadena de acontecimientos que lo habían llevado hasta el punto en el que se encontraba.

No se trataba solo de lo que Charley había hecho, sino de los motivos que la habían impulsado a hacerlo. ¿Estaba resuelta a pescarlo desde el principio? ¿De verdad la decisión de inseminarse tenía tan poco que ver con él? Durante el tratamiento, vivía bajo su techo... Había reconocido que lo amaba... ¿De verdad podía quedarse tan tranquilo pensando que todo había sido una coincidencia?

Aun así, eso no la exculpaba del hecho de haberle asegurado sin lugar a

dudas que el bebé era suyo. Le había mentido descaradamente. Y no solo eso sino que se había preparado para acusarlo de un acto ¡que ni siquiera había cometido!

El psicólogo que Matt llevaba dentro comprendió que cualquiera que hubiera obrado mal haría todo lo posible por disfrazar sus acciones. Siempre había alguna excusa válida, algún motivo que el propio autor estaba convencido de que justificaba su comportamiento. Sin embargo, pensó Matt con un suspiro, lo mirara como lo mirase, no había justificación posible para lo que Charley le había hecho. Y lo peor de todo era que él estaba dispuesto a pasar el resto de su vida con ella por una mentira. Nunca habría sabido que el niño a quien sin duda habría amado como si fuera propio no lo era en realidad.

La idea le provocaba náuseas, literalmente.

Caminó junto al río durante un rato mientras seguía intentando asimilarlo.

Entonces reparó en que también él había tomado parte activa en el asunto. Había sido el despecho al saber que Grania se había casado lo que lo había llevado a actuar de aquel modo en el restaurante. Su repentina decisión de pasar la vida junto a Charley había empeorado la situación y, en cierto modo, los había llevado hasta el punto en el que se encontraban.

Era cierto que ella le había dicho que estaba preparada para seguir adelante sola con el bebé. Había sido él quien había rechazado esa opción y le había sugerido que lo intentaran juntos. Ahora se daba cuenta de que, en realidad, no tenía ni idea de lo que Charley llevaba toda la vida sintiendo por él. Al conocer a Grania, sus sentimientos hacia ella lo cegaron de tal forma que no le dejaron margen para preocuparse por Charley cuando puso fin a la relación que mantenían.

Matt se estremeció al pensar en el embrollo que habían organizado entre los dos. De todos modos, ¿importaban mucho los motivos? ¿Acaso no tenía que centrarse en decidir lo que iban a hacer de ahora en adelante?

Sopesó las opciones.

Podían continuar tal cual; por lo menos, como decía Charley, ahora sabía la verdad. Por otra parte, no la amaba; nunca la había amado. Mirándolo así, ya estaba viviendo una mentira. Lo único que había cambiado era que el bebé que llevaba en el vientre no era suyo.

Matt suspiró al recordar lo protector que se había mostrado con Grania durante los primeros meses del embarazo. Cada vez que pensaba en el bebé y su inminente nacimiento, el corazón le daba un vuelco de pura emoción. Quería proteger a Grania con cada uno de sus músculos mientras estuviera en la etapa más vulnerable. Sin embargo, no había sentido nada remotamente parecido por Charley ni el niño que crecía en su interior. Tan solo había experimentado resignación. ¿De verdad habría aprendido a querer al bebé al que habría criado como si fuera suyo? Se mordió el labio. ¿O habría sentido siempre cierto resquemor? Muy a menudo hablaba en sus clases del impacto que las acciones negativas de los padres tenían en los hijos. Sabía qué efectos podían provocar, y de lo que estaba segurísimo era de que no deseaba caer en eso.

Al cabo de un rato, cuando un sol perezoso empezaba a asomar por encima de la imagen recortada de los edificios de New Jersey, Matt regresó poco a poco a casa. Seguía sin saber qué iba a pasar de ahí en adelante y no tenía ni idea de lo que le diría a Charley. Pero, como mínimo, estaba más calmado.

Cuando llegó, el piso estaba desierto y sobre el escritorio encontró una carta dirigida a él.

Matt:

Me he ido. Siento haberte engañado, pero tú también has tenido tu parte de culpa en todo esto. Me voy porque es lo más fácil para los dos, y también para el bebé. Los tres nos merecemos algo mejor.

Ya nos veremos,

CHARLEY

Matt suspiró aliviado. Charley le había ahorrado tener que tomar la decisión. Y eso, por lo menos, sí que se lo agradecía.

El invierno siguió su curso. Frente al ventanal del estudio de Grania, las nubes impulsadas por la brisa teñían de distintos azules y grises los tonos vírgenes de la bahía de Dunworley. La colección de esculturas aumentaba al ritmo de su trabajo ininterrumpido, que a veces alargaba hasta bien entrada la noche.

—¿No piensas hacer nada con esas esculturas, Grania? —preguntó Kathleen una tarde que había ido con Aurora a verla al estudio—. No soy ninguna experta en arte, cielo, pero diría que son excepcionales. —Kathleen se volvió hacia su hija con la mirada llena de admiración y orgullo—. Son las mejores obras que has hecho en tu vida.

—Son muy bonitas, mamá. —Aurora pasó los dedos por el perfil de las figuras—. Pero la abuela tiene razón, no sirve de nada que solo las veamos ella y yo. Tendrías que llevarlas a una galería para que la gente pueda comprarlas. ¡Quiero que me vea todo el mundo! —exclamó con una risita.

Grania, absorta en la creación de una nueva escultura, asintió sin prestar atención.

—Sí, es posible que lo haga.

—¿Te vienes a casa a cenar, Grania? —preguntó Kathleen.

—Iré dentro de un rato, mamá. Quiero terminar este brazo.

—Bueno, no te entretengas mucho —dijo Kathleen, chascando la lengua—. Últimamente te echamos de menos en la mesa, ¿verdad, Aurora?

—Sí —convino la niña—. Se te ve pálida, mamá. ¿A que sí, abuela?

—Ya lo creo.

—Os digo que iré dentro de un rato —dijo Grania, echándose a reír—. ¡Santo Dios! Por si no tenía bastante con los sermones de mi madre, ahora

tengo que aguantar también los de mi hija.

—Hasta luego —se despidió Kathleen, dándole la razón con la cabeza, y se llevó a Aurora del estudio.

En el camino del acantilado soplab a un viento gélido cuando Aurora y Kathleen regresaban a la granja.

—¿Abuela?

—¿Qué, Aurora?

—Estoy preocupada por mamá.

—Yo también, cielo.

—¿Qué crees que le pasa?

—Bueno —Kathleen había aprendido que no servía de nada tratar de quitarse de encima a Aurora con explicaciones vagas—, si quieres que te diga la verdad, me parece que echa de menos tener a su lado a un hombre. No es normal que una mujer de la edad de Grania esté sola.

—¿Sabes qué pasó con el que tenía antes de papá? Matt, me dijo que se llamaba. ¿Por qué lo dejó en Nueva York y se vino a Irlanda?

—Ya me gustaría saberlo, Aurora. Pero cuando a mi hija se le mete algo en la cabeza, no hay nada que la haga cambiar de idea. Y no da explicaciones.

—¿Era buena persona?

—Un auténtico caballero —dijo Kathleen en voz baja—. Y quería a Grania más que a su propia vida.

—¿Crees que aún la quiere?

—Bueno, diría que cuando se marchó sí, porque la llamaba a casa cada dos por tres. Ahora... —Kathleen suspiró— no lo sé. Es una lástima que cada vez Grania se negara a ponerse al teléfono y comentar lo que había pasado; muchas veces esas cosas se solucionan hablándolas con calma.

—Pero Grania es muy orgullosa, ¿a que sí?

—Sí, cielo. Bueno, vamos a darnos prisa. —Kathleen se estremeció cuando el viento sopló con más fuerza—. No hace una noche para estar a la intemperie.

Al cabo de unos días, Hans llamó a Grania para preguntarle qué tal iban los trabajos de restauración de Dunworley House.

—También me preguntaba si te apetece que nos veamos en Londres la semana que viene. Hay un marchante de arte amigo mío que tiene una galería en Cork Street. Le he hablado de ti y de tus nuevas obras y tiene muchas ganas de conocerte. Además —añadió Hans—, seguro que te irá bien cambiar de aires unos días. Y al mismo tiempo puedo enseñarte la finca que la madre de Aurora le dejó en herencia.

—Eres muy amable, Hans, pero...

—Pero ¿qué, Grania? No irás a decirme que tienes la agenda demasiado apretada, ¿verdad?

—¿Me estás presionando, Hans? —A Grania se le escapó una sonrisa.

—Puede que un poco sí. Pero, como haría todo buen testamento, solo estoy ocupándome de que se cumplan las últimas voluntades de mi cliente. Te reservaré un vuelo a Londres para el próximo miércoles, y también una habitación de hotel. Ya te mandaré los datos por correo electrónico.

—Si te empeñas, Hans —se rindió Grania, y exhaló un suspiro.

—Sí que me empeño. Adiós, Grania. Ya recibirás noticias mías.

Al cabo de unos días, Grania se sentó frente al ordenador para consultar su cuenta de correo y ver los detalles del vuelo que Hans le había reservado.

Aurora se situó tras ella y la rodeó por los hombros.

—¿Adónde vas, Grania?

—A Londres, a ver a Hans.

—Pues te vendrá muy bien, hace bastante tiempo que no descansas.

Aurora escrutaba la pantalla del ordenador mientras Grania tecleaba el número de su pasaporte para facturar a través de internet.

—¿Me dejas a mí?

—¿Sabes hacerlo?

—Claro. Siempre que papá salía de viaje, yo lo ayudaba.

Grania se levantó y cedió el asiento a Aurora, que soltó una risita al ver la foto del pasaporte de Grania mientras tecleaba los datos con agilidad.

—¡Qué graciosa estás!

—Perdona, pero la tuya no es mucho mejor —repuso Grania, sonriendo.

—¿Tienes mi pasaporte?

—Sí, está en ese cajón, donde guardo el mío.

—Ya está. Hecho. ¿Le doy a «imprimir»? —preguntó Aurora.

—Sí, por favor. —Grania colocó su pasaporte y el de Aurora dentro la funda y los devolvió al cajón—. Es hora de irse a dormir, señorita.

A regañadientes, Aurora subió la escalera, se lavó los dientes y se metió en la cama.

—No quería burlarme de la foto de tu pasaporte —dijo—. Te encuentro muy guapa, mamá.

—Gracias, corazón. Tú también me pareces muy guapa.

—Pero me preocupa que si no te buscas un novio pronto, te hagas vieja y a los hombres ya no les gustes. ¡Ay! —exclamó Aurora riendo cuando Grania empezó a hacerle cosquillas.

—Ya te entiendo. El problema, Aurora, es que no hay nadie que me interese.

—¿Y Matt, el que me dijiste que vive en Norteamérica? Le querías, ¿no?

—Sí, le quería.

—Seguro que aún le quieres.

—Es posible —reconoció Grania con un suspiro—. Pero lo pasado, pasado está, ¿verdad? —Besó a Aurora—. Buenas noches, cariño, felices sueños.

—Buenas noches, mamá.

El miércoles por la mañana, Grania se desplazó en coche hasta el aeropuerto de Cork y subió al avión rumbo a Londres. Una vez allí, se encontró con Hans en el vestíbulo de llegadas y juntos tomaron un taxi hasta el Claridge's.

—¡Válgame Dios! —exclamó Grania al entrar en la bella suite que Hans le había reservado—. ¡Esto debe de costar una fortuna! Me estás acostumbrando mal.

—Te lo mereces, y además ahora eres rica y tienes una hija más rica aún cuyo patrimonio me sirve para ganarme la vida. Bueno, te dejo para que te prepares para bajar a cenar, como siempre hacen las mujeres. Nos veremos en el bar a las ocho en punto. Robert, el galerista, llegará a las ocho y cuarto.

Grania se deleitó dándose un buen baño. Luego se envolvió con el suave albornoz y se tomó una copa del champán de cortesía en la salita decorada con muy buen gusto. A pesar de la aversión que siempre le había inspirado el

lujo, reconoció que aquello resultaba muy agradable. Se puso el vestido de cóctel corto de color negro que había encontrado en una boutique de Cork la semana anterior (ya que entre las prendas que había traído desde Nueva York no había ninguna lo suficientemente elegante), se aplicó un poco de máscara en las pestañas y se dio un toque de pintalabios. Cogió la escultura de Aurora que había llevado para mostrársela al dueño de la galería y bajó al bar donde había quedado con Hans.

La velada resultó muy agradable. Robert Sampson, el galerista, era un buen conversador y se mostró entusiasmado con la obra de Grania, que también le mostró fotografías de la serie de esculturas que había completado hacía poco.

—Mira, Grania —empezó Robert mientras se tomaba un café con armañac—, si puedes tener listas seis esculturas más dentro de seis meses, serán suficientes para hacer una exposición. En Londres todavía no se te conoce, y me gustaría ayudarte a abrirte camino con un buen comienzo. Enviaremos invitaciones a los mayores y más ricos coleccionistas que constan en mi base de datos y haremos un lanzamiento para promocionarte como el genio de los próximos tiempos. Lo más emocionante es que hayas encontrado tu verdadera vocación. Tu escultura demuestra que tienes un talento innato. Y excepcional —añadió.

—¿De verdad crees que mi trabajo merece algo así? —Grania se sintió halagada por su entusiasmo.

—Sí, es evidente. Me gustaría viajar a Cork y ver las esculturas de antemano, pero por lo que me has enseñado, estaré encantado de tenerlas en exposición.

—Seguramente, el hecho de que Grania sea joven y fotogénica también ayuda —comentó Hans, guiñándole el ojo a Grania.

—Claro, claro —reconoció Robert—, siempre que no te importe que hagamos un poco de publicidad.

—Si eso sirve de ayuda, no me negaré, por supuesto —dijo Grania.

—Estupendo. —Robert se levantó y besó a Grania en ambas mejillas—. Me alegro de conocerte, Grania. Piensa en lo que te he propuesto y, si te interesa, ponte en contacto conmigo por correo electrónico y viajaré a Cork para hablar de los detalles.

—Gracias, Robert.

—Así pues, ¿ha ido bien la velada? —preguntó Hans cuando Robert se hubo marchado.

—Sí, gracias por presentármelo —dijo Grania, aunque se preguntaba por qué no se sentía todo lo emocionada que debería. Robert Sampson era un marchante de prestigio y muy conocido en el mundo del arte. El hecho de que aprobara su último trabajo era tremendamente halagador.

Hans reparó de inmediato en sus cavilaciones.

—¿Hay algún problema?

—No... Verás, supongo que no había cerrado definitivamente la puerta a regresar a Nueva York y seguir allí con mi carrera.

—Bueno —Hans le dio unas palmaditas en la mano mientras se dirigían al ascensor—, a lo mejor ha llegado el momento de pasar página.

—Sí.

—Te recomiendo que mañana por la mañana dediques un rato a ir de compras. Tienes Bond Street a dos pasos, y está a rebosar de boutiques. Luego podemos quedar para comer, y aprovecharemos para completar un poco de papeleo y quitárnoslo de encima. Y por la tarde te llevaré a ver la finca de Aurora. Buenas noches, Grania.

Hans le dio un afectuoso beso en la mejilla.

—Buenas noches, Hans; y gracias de nuevo.

A la mañana siguiente, Grania se encontraba echando un somero vistazo a las exquisitas prendas de los estantes de Chanel, todavía asombrada por el hecho de que ahora podía permitirse comprar cualquier cosa que se le antojara, cuando sonó el móvil.

—Hola, mamá —dijo en tono despreocupado—, ¿va todo bien?

—No, cariño.

Grania notó el tono de pánico de su madre.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es Aurora. Ha vuelto a desaparecer.

—¡Oh, no, mamá! —A Grania el corazón le dio un vuelco. Miró el reloj; eran las once y media—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—No estamos seguros. Sabes que anoche dijo que se quedaría a dormir en casa de Emily, ¿no?

—¡Pues claro que lo sé! Por la mañana la acompañé a la escuela y llevaba la bolsa con el pijama y todo lo demás, ¿no te acuerdas?

—Bueno, pues no ha dormido allí. Hace unos veinte minutos que me han telefoneado de la escuela para preguntarme si estaba enferma porque esta mañana no se había presentado. He llamado a la madre de Emily enseguida y me ha dicho que no sabía nada de que anoche Aurora fuera a quedarse a dormir en su casa.

—¡Dios santo, mamá! Así, ¿cuándo la han visto por última vez?

—Emily dice que ayer Aurora salió de la escuela a la hora habitual y dijo que iba a volver a la granja sola porque tú estabas en Londres.

—¿Y desde entonces no la ha visto nadie?

—No. No ha vuelto a casa en toda la noche. Oh, Grania —a Kathleen se le quebró la voz—, ¿adónde habrá ido esta vez?

—Escucha, mamá —Grania salió de Chanel y comenzó a caminar a paso ligero—, aquí no te oigo por el tráfico. Voy a regresar al hotel y te llamaré dentro de diez minutos, cuando haya podido pensar un poco. Es culpa mía, no tendría que haberme marchado; mira lo que pasó la última vez. Enseguida te llamo.

Al cabo de dos horas, Grania paseaba nerviosa por la habitación del hotel mientras Hans trataba de tranquilizarla sin éxito. John, Shane y Kathleen habían registrado los alrededores de la granja y todos los lugares donde Grania creía que podía estar Aurora, pero no la encontraron.

—Papá va a llamar a la policía —dijo Grania mientras el corazón le golpeaba el pecho como el redoble de un tam-tam—. Dios mío, Hans, ¿por qué se habrá ido? Creía que era feliz en la granja con mis padres. No tendría que haberla dejado, no tendría que haberla dejado...

Grania se dejó caer en el sofá y Hans la rodeó con los brazos.

—Por favor, querida, no te culpes.

—Sí, porque es evidente que he subestimado el efecto que la muerte de Alexander ha tenido en Aurora.

—La verdad es que yo tampoco lo entiendo —dijo Hans con un suspiro—. Se la veía muy estable.

—El problema, Hans, es que resulta muy difícil conocer los verdaderos sentimientos de Aurora. Es muy independiente y en muchos aspectos parece una persona adulta... Pero es posible que en gran parte haya reprimido la tristeza. ¿Y si... ha pensado que yo también la había dejado y se le ha metido en la cabeza reunirse con sus padres? Le dije que no la dejaría nunca, Hans, se lo prometí... Yo... —Grania se echó a llorar sobre su hombro.

—Grania, por favor, tienes que intentar mantener la calma. Aurora es la niña menos alocada que he conocido en mi vida. Además, ella misma te animó a que vinieras a Londres, ¿verdad? —observó Hans.

—Sí —respondió Grania, y se sonó la nariz—. Sí que me animó.

—Pues estoy convencido de que esto no tiene nada que ver con su posible inestabilidad mental —añadió él.

—¿Ah, no? Y entonces, ¿qué puede haberle ocurrido?

De repente, Grania se cubrió la boca con la mano.

—¡Dios mío, Hans! ¿Y si la han raptado?

—Bueno, debo confesar que a mí también se me ha pasado por la cabeza. Como sabes, Aurora es una jovencita excepcionalmente rica. Si dentro de una hora no ha dado señales de vida, hablaré con mi contacto en la Interpol y le pediré que investiguen el caso, por si las moscas.

—Me parece que tendría que coger el primer avión y volver a casa.

—Por supuesto.

—Si le ha ocurrido algo a la niña, Hans —Grania se retorció las manos—, no podré perdonármelo nunca.

En ese momento sonó el móvil y respondió de inmediato.

—¿Alguna novedad, mamá?

—¡Sí, gracias al cielo! ¡Aurora está bien!

—Oh, mamá, menos mal... ¡Menos mal! ¿Dónde la han encontrado?

—Ah, eso es lo más extraordinario. Está en Nueva York.

—¡¿En Nueva York?! Pero ¿cómo...? ¿Por qué...? ¿Dónde...?

—Está con Matt.

Grania tardó unos segundos en asimilar lo que su madre acababa de decirle.

—¿Que está con Matt? ¿Con mi Matt? —repitió Grania.

—Sí, cariño, con tu Matt. Él mismo ha telefoneado hace unos diez

minutos. Dice que lo han llamado del aeropuerto y le han pedido que fuera a recoger a una niña llamada Aurora Devonshire, tal como estaba previsto.

—¿Qué?! —exclamó Grania—. ¿Cómo demonios...?

—Grania, no me preguntes nada más porque no tengo respuestas. Dentro de un rato Matt volverá a llamar, pero quería que supieras enseguida que Aurora está bien. En su debido momento sabremos qué se lleva entre manos esa chiquilla.

—Sí, mamá, tienes razón. —Grania, aliviada y desconcertada, suspiró profundamente—. Por lo menos está bien.

En efecto, Matt había recibido una llamada de Aer Lingus a las diez de la mañana. La empleada de la compañía aérea le preguntó por qué no había acudido al JFK tal como estaba previsto, para recoger a una niña llamada Aurora Devonshire que viajaba sin ningún acompañante adulto desde Dublín, Irlanda.

Al principio, Matt estaba confuso; se preguntaba si alguien le estaba gastando una broma pesada. Los datos de que disponían eran correctos: nombre, teléfono y dirección. Pero no tenía ni idea de quién era la niña. Mientras aseguraba que él no sabía nada del asunto, notó que la empleada de la compañía aérea empezaba a ponerse nerviosa.

—¿Dice que no conoce a la niña, señor? —preguntó.

—No... —A Matt aquel nombre le sonaba de algo, pero no lograba atar cabos.

—Disculpe, señor. —Oyó una voz amortiguada al otro lado del hilo telefónico, y luego la empleada volvió a ponerse al aparato y dijo—: La señorita Devonshire dice que lo han organizado todo entre una tal Grania Ryan y usted.

—¿Qué?! —Matt estaba anonadado.

—Eso es lo que dice la niña, señor. Si no puede venir a recoger a la señorita Devonshire, tenemos un problema.

—No... No pasa nada. Estaré ahí dentro de cuarenta minutos.

De camino en coche al aeropuerto, Matt seguía sin tener la más remota idea de lo que estaba ocurriendo. Claro que por lo menos el nombre de Grania le resultaba familiar, así que dedujo que de algún modo estaba relacionada con aquel misterio, aunque solo fuera de pasada. Y estaba

clarísimo que, como mínimo, tenía que investigarlo.

Al llegar al JFK, Matt acudió al lugar señalado, y allí se encontró con una guapa niñita de rizos rojo fuego que se estaba comiendo una tarrina de helado Ben & Jerry's. La acompañaban una empleada de la compañía aérea y un guardia de seguridad del aeropuerto.

—Hola, soy Matt Connelly —anunció, vacilante.

La pequeña dejó el helado de inmediato y se arrojó en sus brazos.

—¡Tío Matt! ¿Cómo has podido olvidarte de que iba a venir? Grania me prometió que estarías esperándome. —Se volvió hacia la empleada de la compañía aérea y el guardia de seguridad y suspiró—. En serio, el tío Matt es un desastre; siempre se olvida de todo. Es profesor de psicología.

El guardia y la empleada sonrieron con benevolencia, seducidos por los encantos de la niña. Entonces se volvió hacia Matt, que pudo observar el destello de advertencia en su mirada.

—¿Me llevas a tu casa, tío Matt? Me muero de ganas de ver las esculturas de Grania. —Aurora bostezó—. Pero estoy muy cansada.

Matt volvió a observar la expresión de sus ojos. Decía: «Sígueme la corriente y vámonos de aquí».

—De acuerdo... Aurora —accedió Matt—. Siento haberles causado problemas, señores. Tal como dice la niña, tengo la cabeza en la luna. ¿Dónde tienes el equipaje, cariño? —preguntó.

—Solo he traído esto —dijo señalando una pequeña mochila—. Ya sabes que nunca vengo con demasiadas cosas, tío Matt. Me gusta que me lleves de compras. —Aurora introdujo su pequeña mano en la de él y lo obsequió con una dulce sonrisa—. ¿Nos vamos?

—Claro. Adiós, señores, y disculpen por la espera. Gracias por haberse ocupado de ella.

—Adiós, Aurora —dijo el guardia de seguridad agitando la mano mientras Matt guiaba a la niña fuera del aeropuerto—. Cuídate mucho.

—Lo haré.

En cuanto se encontraron a cierta distancia donde no podían verlos ni oírlos, Aurora se disculpó.

—Lo siento, Matt. Te lo explicaré todo en cuanto lleguemos a tu casa.

Cuando estuvieron en el coche, Matt se volvió a mirar a Aurora.

—Disculpa, pequeña, pero no pienso seguir hasta que me expliques quién eres y qué estás haciendo aquí. Tengo que asegurarme de que esto no es una especie de artimaña para acabar acusándome de secuestrar a una niña. Será mejor que me lo cuentes todo ahora mismo.

—Muy bien, Matt, entendido. Pero es una historia muy larga.

—Pues hazme un resumen. —Matt se cruzó de brazos y la miró fijamente—. Vamos, canta.

—Verás —empezó Aurora—, conocí a Grania dando un paseo por el acantilado, cerca de mi casa, en Dunworley, y como papá tenía que salir de viaje, le pidió que cuidara de mí hasta que volviera. Y entonces supo que se estaba muriendo y le preguntó a Grania si quería casarse con él para convertirse en mi madrastra y que luego le fuera más fácil adoptarme. Así que se casaron y él se murió y ahora Grania es mi mamá y...

—¡Uau, Aurora! —Matt estaba por completo desconcertado ante la historia que acababa de contarle la niña—. A ver si lo he entendido bien: ¿Grania Ryan te ha adoptado?

—Sí. Tengo pruebas, ¿quieres verlas? —Aurora encogió los hombros para despojarse de la mochila, hurgó dentro y sacó una foto de Grania y ella—. Mira —dijo, y se la entregó a Matt.

Él la examinó.

—Gracias. Segunda pregunta: ¿qué estás haciendo en Nueva York?

—Verás, Matt, ¿te acuerdas de cuando llamaste a casa de los abuelos para hablar con Grania y yo cogí el teléfono?

Fue entonces cuando Matt recordó de qué le sonaba el nombre.

—Sí, claro —respondió.

—Te dije que Grania estaba de luna de miel con mi papá. Bueno, entonces no sabía que él estaba tan enfermo, ni que Grania solo se había casado con él para poder adoptarme y que viviera con su familia.

Matt asintió. Estaba muy sorprendido porque Aurora se expresaba como una persona adulta.

—Sí, hasta ahí te sigo.

—Bueno, pues cuando papá murió Grania se puso muy triste, y sigue estándolo. No me gusta verla tan sola, así que le pregunté si sentía algo especial por algún hombre, y ella me dijo que ese eras tú. Entonces me di

cuenta de que te había dicho que estaba casada con mi papá y que se habían ido de luna de miel. Y de que tú debías de creer que ya no te quería. Pero no es así, claro —añadió Aurora—. Por eso he decidido venir y decirte personalmente que ya no está casada y que todavía te quiere.

—Entiendo —dijo Matt con un suspiro—. Muy bien. Tercera pregunta: ¿sabe Grania que estás aquí?

—Hum... No, no lo sabe. Sino, no me habría dejado venir, así que he tenido que planearlo en secreto.

—Aurora, ¿sabe alguien dónde estás?

—No. —Aurora sacudió la cabeza.

—¡Santo Dios! ¡Deben de estar buscándote como locos! —Matt sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta—. Voy a llamar a Grania ahora mismo. Y quiero que seas tú quien hable con ella, para asegurarme de que estás diciéndome la verdad.

—Grania está en Londres —dijo Aurora, que comenzaba a ponerse nerviosa por primera vez—. ¿Por qué no llamas a Kathleen? Ella siempre está en casa.

—De acuerdo.

Matt lo hizo, y al hablar con Kathleen notó el gran alivio en su voz. Luego le pasó el teléfono a Aurora.

—Hola, abuelita... Sí, estoy bien. ¿Qué? Ah, no, venir ha sido muy fácil. Ya sabes que lo había hecho otras veces, papá siempre me mandaba de viaje sola. Oye, abuelita, ya que estoy aquí, ¿puedo quedarme un rato en casa de Matt antes de volver? Es que estoy muy cansada, ¿sabes?

Al final convinieron en que Matt se llevara a Aurora a su casa. Al día siguiente, cuando hubieran descansado, harían los preparativos para el viaje de vuelta a Irlanda. Durante el trayecto en coche hasta la ciudad, Aurora contempló los colosales edificios por la ventanilla.

—Nunca había estado en Nueva York, pero Grania me ha contado muchas cosas.

—A ver, cariño —dijo Matt mientras conducía—, ¿puedes contármelo todo otra vez desde el principio, cuando dices que conociste a Grania en el acantilado?

Aurora volvió a relatarle la historia, y en esa ocasión Matt fue

preguntándole cada vez que no entendía algo.

—Y Grania es muy buena y muy guapa, y me siento fatal porque igual por mi culpa no habéis vuelto a estar juntos —explicó Aurora mientras pulsaban el botón del ascensor para subir al loft—. Se ha portado muy bien conmigo, y no quiero que pase el resto de su vida sola y se convierta en una solterona por una cosa que yo te dije. ¿Lo entiendes, Matt?

—Sí. —Al introducir la llave en la cerradura, Matt observó asombrado a aquella niña extraordinaria—. Me parece que ya empiezo a hacerme una idea, corazón.

—Oh, Matt. —Aurora miró alrededor y contempló la espaciosa sala de estar—. Es un piso precioso, y justo como me lo imaginaba.

—Gracias, cariño. La verdad es que a mí me gusta. ¿Te apetece tomar algo? ¿Un vaso de leche, tal vez?

—Sí, por favor. —Aurora se sentó mientras Matt le servía un vaso de leche. Después de bebérselo, apoyó los pequeños codos sobre las rodillas, se inclinó hacia delante y se quedó mirando fijamente a Matt—. Tengo que preguntarte una cosa muy importante, Matt. ¿Aún quieres a Grania? Porque sino... —De repente parecía aturullada—. No sé qué voy a hacer.

—Aurora, siempre he querido a Grania, desde el primer momento que la vi. No olvides que fue ella quien me dejó y se marchó a Irlanda, y no al revés. —Matt suspiró—. A veces, la vida de los adultos es muy complicada.

—Pero si os queréis... no sé cuál es el problema —dijo Aurora aplicando la lógica.

—No... Tienes toda la razón —repuso Matt con un hilo de voz. Ya había desistido de tratar a Aurora como a una niña, así que le habló como a una adulta—. Si puedes decirle a tu nueva mamá que debería explicarme qué es lo que hice mal, y por qué se marchó a Irlanda, a lo mejor conseguimos arreglar algo.

—Lo haré —aseguró Aurora, y bostezó—. Oh, Matt, estoy cansadísima. Nueva York está muy lejos de Irlanda.

—Sí, cariño, es verdad. Voy a prepararte una cama para que puedas dormir.

—De acuerdo. —Aurora se puso en pie.

—Aún no sé cómo te las has arreglado para hacer el viaje sola desde

Irlanda.

—Cuando me despierte, te lo contaré —respondió Aurora mientras Matt la acompañaba hasta la habitación para que se acostara.

—Muy bien, corazón. —Matt corrió las cortinas—. Ahora descansa. Ya hablaremos mañana.

—De acuerdo —respondió Aurora adormilada—. ¿Matt?

—¿Qué?

—Ya sé por qué mamá te quiere. Porque eres bueno.

—Parece que Aurora averiguó el número de tu tarjeta de crédito y se las arregló para comprar por internet un billete de avión a Dublín, y otro a Nueva York. —Hans repitió lo que Kathleen le acababa de contar por teléfono—. Cogió un autobús hasta Clonakilty y, de ahí, un taxi hasta el aeropuerto de Cork. Allí dijo que no la acompañaba ningún adulto; parece que había viajado sola muchas veces cuando vivía con Alexander. En Dublín cambió de avión, y al llegar a Nueva York se las apañó para que Matt tuviera que ir a recogerla.

—Ya.

Grania, animada por Hans, se había acostado un rato para recuperarse de la tensión sufrida por la mañana, pero no había conseguido conciliar el sueño mientras trataba de hacerse a la idea de dónde y, sobre todo, con quién estaba Aurora.

—Has tenido que dejarlo en sus manos —prosiguió Hans—. No cabe duda de que es una niña con muchos recursos. La cuestión es por qué ha sentido la necesidad de hacer ese viaje. —Miró a Grania, esperando una respuesta.

Grania se mostró reticente.

—A saber —respondió.

—Es evidente que, en su opinión, tenía un buen motivo. Imagino que Matt es el hombre con quien vivías en Nueva York, ¿no?

—Sí, es él. —En ese momento a Grania le entraron ganas de estrangular a Aurora con sus propias manos.

—Y ¿por qué lo dejasteis? —quiso saber Hans.

—Si me disculpas, preferiría no tener que someterme al juicio de la Inquisición —respondió Grania a la defensiva—. Solo me preocupa la mejor forma de hacer que Aurora vuelva a casa. Me pregunto si tendría que ir a buscarla de inmediato a Nueva York.

—Bueno, creo que Aurora tendrá algo que decir sobre eso. Parece que está en buenas manos, tu madre me ha contado que Matt es de fiar. Y si ella lo dice, me lo creo. —Hans sonrió, tratando de atemperar los ánimos.

—Sí, sí que es de fiar —convino Grania a regañadientes.

—Estoy seguro de que Aurora querrá hablar contigo. ¿Por qué no la llamas y compruebas por ti misma que está bien?

—Bueno... Eso implica tener que hablar con Matt. Mejor esperaré a que me llame ella; es posible que esté durmiendo.

—Muy bien, Grania; te dejo. —Hans sabía cuándo había perdido la batalla—. Pero sigues sin haberme aclarado nada. Tengo un poco de trabajo que hacer. Llámame a la habitación más tarde si quieres que salgamos juntos a cenar.

—De acuerdo.

Hans le dio unas palmadas en el hombro y salió de la suite. Después de cerrar la puerta, Grania se levantó y empezó a andar de un lado a otro, impaciente. Ahora que había pasado el primer impacto, se sentía contrariada... Sí, estaba furiosa porque a Aurora se le había antojado meterse en su vida. Pero la vida no era un cuento de hadas ni un juego infantil donde todo el mundo encontraba a su príncipe o su princesa y vivían felices y comían perdices. La vida era real. Y había cosas que, cuando se estropeaban, eran imposibles de enderezar, por mucho que Aurora lo deseara. Quería que la niña regresara a casa y se alejara de las garras de Matt lo antes posible. La idea de que los dos estuvieran juntos, hablando de ella, era más de lo que podía soportar. Y justo ahora, cuando estaba intentando salir adelante con todas sus fuerzas (y vaya si hacían falta fuerzas), la arrastraban al pasado. De un modo u otro, tendría que ponerse en contacto con Matt. Y seguro que él seguía instalado en el piso con esa...

Soltó un gemido de desesperación. Sabía que tenía que hablar con Aurora lo antes posible y comprobar que estaba bien para quedarse tranquila. Descolgó el teléfono y marcó el número, pero interrumpió la llamada antes de

que empezara a dar el tono. No. No podía soportarlo. Optó por llamar a casa de sus padres.

—¡Aquí estamos todos más aliviados! —Kathleen estaba eufórica—. Esa pequeña, ¡mira que conseguir llegar sola hasta Nueva York!

—Es lista, ¿verdad? —dijo Grania sin ningún entusiasmo—. Mamá, me gustaría que llamaras a Matt y lo arregléis todo para que Aurora coja un avión y vuelva a casa lo antes posible. ¿Lo harás por mí?

—Sí, si es lo que quieres, Grania. Antes, cuando he hablado con Aurora, me ha comentado que le gustaría pasar un par de días con Matt. Ya que ha llegado hasta allí, la muy bendita, quiere visitar un poco Nueva York. Y Matt parece encantado con ella, la verdad.

—Bueno, bajo mi punto de vista, es mejor que vuelva a casa lo antes posible. Está perdiendo días de clase, mamá.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Kathleen—. Me parece que la experiencia que está viviendo le da mil vueltas a cualquier cosa que puedan enseñarle en la escuela. Y encima tiene un guía nativo.

—Bueno, te dejo que lo arregles como te parezca —repuso Grania en tono lacónico—. Te mandaré un e-mail con los datos de la tarjeta de crédito para que compres el billete de vuelta de Aurora.

—De acuerdo —dijo Kathleen—. Tranquila, le pediré a Shane que haga la reserva; yo no me entiendo bien con los ordenadores. ¿Grania?

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Pues claro que sí, mamá —respondió con brusquedad—. Hasta pronto.

Grania estampó el auricular en el soporte y se dirigió al dormitorio. Una vez allí, se dejó caer boca abajo en la cama y se colocó una almohada sobre la cabeza para tratar de ahuyentar la frustración y el dolor que sentía.

Aurora y Matt pasaron las siguientes cuarenta y ocho horas visitando todo lo que había que ver en la ciudad de Nueva York. Matt se sentía cautivado por la pequeña, era una mezcla de ingenuidad e inteligencia, de inocencia y madurez... Comprendía muy bien que Grania se hubiera encariñado tanto con ella.

La última noche, Matt llevó a Aurora a cenar a una hamburguesería, tal como ella le había pedido. A la mañana siguiente tenía que acompañarla a coger el avión. Hasta el momento, los dos habían tenido buen cuidado de evitar sacar a relucir el tema de Grania.

—Matt, ¿has pensado de qué modo volverás a ganarte el amor de Grania? —preguntó Aurora, dando un bocado a la hamburguesa.

—No. —Él se encogió de hombros—. Me parece que me ha dejado muy claro que no quiere hablar conmigo. Es su madre quien me ha llamado para organizar todo lo de tu regreso.

—Grania es muy tozuda —repuso Aurora—. Por lo menos, es lo que siempre dice la abuela.

—Ya lo sé, cariño. —Matt sonrió al pensar que una niña de nueve años lo estaba consolando.

—Y muy orgullosa —añadió, ella.

—Sí, la verdad es que tienes razón.

—Pero los dos sabemos que aún te quiere.

—¿Ah, sí? —Matt arqueó las cejas—. Verás, Aurora, yo no lo tengo tan claro.

—Pues yo sí. —Aurora se estiró por encima de la mesa y se le acercó con aire de complicidad—. Y tengo un plan...

Durante los últimos dos días, Grania se había pasado las horas muertas en la suite del hotel Claridge's. Ahora que sabía que Aurora estaba a salvo, había preferido no volver corriendo a casa porque no se sentía con fuerzas de enfrentarse a su madre, que la presionaría para que se pusiera directamente en contacto con la niña. Ni de tener que oír lo bien que se lo estaba pasando con Matt. Y tal vez con Charley...

Cuando al día siguiente Aurora hubiera subido al avión, ella podría regresar sin peligro.

Por la noche, salió a cenar con Hans, y los dos se mostraron muy callados. También él iba a abandonar Londres al día siguiente para regresar a Suiza.

—Espero que la próxima vez que estés en Londres tenga la oportunidad

de enseñarte la finca de Aurora —dijo él—. Es un edificio muy bonito.

—Sí, la próxima vez —dijo Grania sin prestar mucha atención.

—Grania —Hans la miró fijamente—, ¿por qué estás tan enfadada?

—¿Enfadada? No estoy enfadada. Bueno, tal vez un poco sí, con Aurora, por habernos dado un susto semejante. Y también por meterse en mi vida —añadió con sinceridad.

—Es normal que te sientas así —la tranquilizó Hans—, pero ya habíamos hablado de lo difícil que te resulta aceptar ayuda. ¿No ves que, a su manera, Aurora está tratando de ayudarte?

—Sí, pero ella no entiende...

—Grania, lo que hagas o dejes de hacer no es cosa mía —la atajó Hans—, y menos con tu vida amorosa. Pero el hecho de que estés tan resentida demuestra que ese hombre te inspira unos sentimientos muy profundos. En dos palabras, ámalo u ódialo, pero decídetelo por una de las dos cosas.

Grania suspiró.

—Lo amo —reconoció con tristeza—. Pero todo se fue a pique hace unos meses, y ahora está con otra mujer.

—¿Lo sabes seguro?

—Sí —confirmó Grania.

—Pero a lo mejor a ella no la ama.

—Mira, Hans, eres muy amable, pero no quiero hablar más de esto, en serio. Lo que siento es que mi vida sentimental haya causado tantos problemas.

—Bueno, a lo mejor Aurora solo quería devolverte parte del amor y el cariño que le has dado. Cuando la veas, no le riñas ni la castigues, ¿de acuerdo?

—Claro, Hans. Estáte tranquilo —susurró Grania desde lo más hondo—. De hecho, querría borrar de la memoria todo lo que ha pasado.

Grania llegó a Dunworley a la hora de comer. Cogió el coche y fue directa a su estudio porque sabía que Aurora aún tardaría unas horas y no quería que su madre la interrogara. Se sentó ante el banco de trabajo y empezó a trazar el esbozo de una nueva escultura. A la hora de cenar, aunque sin ganas, regresó a la granja.

—¡Mamá! —Una pequeña centella emergió de la casa y se arrojó en sus brazos—. Te he echado de menos.

—Yo a ti también. —Grania sonrió y la abrazó con fuerza.

—¡Nueva York es precioso! Te he traído muchos regalos. Pero la verdad es que me alegro de haber vuelto a casa y de que estés aquí —dijo la niña, arrastrándola hacia la casa—. Y ¿a que no sabes quién ha venido conmigo?

—Hola, Grania.

Al ver quién estaba sentado a la mesa de la cocina, Grania se quedó clavada en el umbral y el corazón se le disparó.

—¿Se puede saber qué estás haciendo tú aquí? —dijo cuando por fin recuperó el habla.

—He venido a verte, cariño.

Grania se quedó mirando a su madre, que parecía haberse quedado paralizada con la tetera suspendida sobre la taza de Matt mientras observaba a su hija y aguardaba su reacción.

—Quería verte —explicó Aurora, encogiéndose de hombros. Su voz hizo eco en el silencio—. No te importa, ¿verdad, mamá?

Grania estaba tan estupefacta que no podía responder. Vio que Aurora se acercaba a Matt y lo abrazaba.

—No te preocupes, Matt, ya te dije que se sorprendería, pero estoy segura

de que en el fondo está contenta de verte. ¿A que sí, mamá?

Aurora, Kathleen y Matt se quedaron mirando a Grania, pendientes de su respuesta. Ella se sintió como un animal acorralado y, como de costumbre, reaccionó encerrándose en si misma.

—Bueno —Kathleen hizo lo que pudo para aliviar la tensión—, es normal que a Grania le sorprenda ver a... su viejo amigo sentado en la cocina de casa —dijo a Aurora.

—Mamá, por favor, no te enfades —suplicó Aurora—. No tenía más remedio que ir a Nueva York a ver a Matt, en serio. Había telefoneado aquí cuando estabas con papá de luna de miel y yo le dije que te habías casado. Pero ahora ya no estás casada, ¿verdad, Grania? Y no quería que Matt creyera algo que no es verdad, ya me entiendes. Le dije que, en el fondo, sí que querías verlo, y entonces...

—¡No sigas, Aurora, por favor! —Grania no podía soportarlo más.

—Grania está cansada, igual que nosotros, cariño —terció Matt con delicadeza—. Y me parece que tenemos cosas de que hablar, ¿verdad, Grania?

—Voy a llevarte arriba para darte un baño, jovencita. Te quitaré toda la roña del viaje, y luego te acostarás temprano. —Kathleen cogió a Aurora de la mano y se la llevó de la cocina, cerrando la puerta tras ella.

Grania exhaló un hondo suspiro y se acercó un paso a Matt.

—Bueno, a ver, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó con frialdad.

—Al principio fue idea de Aurora —admitió Matt—, pero ahora veo que tenía razón, Grania. Tenía que venir a verte para que al menos podamos hablar y comprenda por qué me dejaste.

A cámara lenta, Grania se dirigió al armario, sacó una taza y se sirvió un poco de té de la tetera.

Matt la observó.

—¿Qué me dices?

—¿Qué te digo de qué? —preguntó ella, tomando un sorbo de té tibio.

—¿Podemos hablar?

—No tengo nada que decirte, Matt.

—De acuerdo. —Matt sabía que Grania podía llegar a ser muy terca cuando se atrincheraba en su silencio. Tenía que obrar con suma cautela—.

Pero a lo mejor, ya que he cruzado medio mundo para venir a verte, estás dispuesta a darme una pequeña tregua y escucharme, porque yo sí que tengo algo que decirte.

—Habla —espetó Grania, encogiéndose de hombros. Dejó el té en la mesa y se cruzó de brazos con actitud defensiva—. Soy toda oídos.

—¿Qué te parece si salimos a dar un paseo? Tengo la impresión de que en esta casa hay más oídos que los tuyos.

Grania hizo un ligero gesto de asentimiento, dio media vuelta y se dirigió a la puerta de la cocina. Matt salió detrás de ella y se situó a su lado.

—Tengo que advertirte que no esperes grandes revelaciones —empezó—, aún no sé por qué te cabreaste tanto y me dejaste. Y no lo sabré a menos que me des alguna pista. —Matt se la quedó mirando, pero observó el gesto resuelto de su barbilla, que denotaba la carencia de emoción—. Muy bien —dijo con un suspiro—, entonces te lo contaré desde mi punto de vista. ¿Te parece bien?

El silencio persistía, así que Matt se lanzó.

—Al principio, cuando te marchaste, me quedé estupefacto. Creía que seguramente tenía que ver con el aborto y que las hormonas te estaban jugando una mala pasada. Pensé que tal vez no estabas así por mí sino por el hecho de haber perdido al bebé, y que necesitabas un poco de distancia. Eso lo comprendía. Pero cuando te llamé y te noté tan fría, empecé a darme cuenta de que la cosa también tenía que ver conmigo. Te pregunté una y otra vez qué te ocurría, pero no me diste ninguna explicación. Y luego ni siquiera querías ponerte al teléfono. —Matt suspiró—. No sabía qué pensar, caray. Pasaron varias semanas y no habías regresado ni tenía noticias tuyas, así que empecé a darle vueltas y vueltas a la cabeza, tratando de averiguar qué había hecho mal. Y entonces me di cuenta de cuánto te quería. Y te echaba de menos. ¡Joder, Grania! Desde que te fuiste, mi vida es un auténtico desastre. Nena, no puedes llegar a imaginarte todo lo que me ha pasado; es espantoso.

—Lo mismo digo —respondió Grania entre dientes.

—Cuando Aurora me explicó su plan, me di cuenta de que tenía que moverme —prosiguió Matt—. Ya sabes, si Mahoma no va a la montaña... Tenía que subirme a ese avión y venir a verte. Por lo menos necesito que me des una explicación para dejar de torturarme y poder dormir por las noches.

Matt guardó silencio mientras seguía a Grania por el camino del acantilado. No tenía nada más que decir. Al final, llegaron a la cima y Grania se sentó en su roca favorita, apoyó los codos en las rodillas y contempló el mar.

—Cariño, por favor, necesito saberlo. —Matt se agachó a su lado y le levantó la barbilla para que lo mirara—. Por favor —insistió con delicadeza—, no me hagas sufrir más.

Cuando Grania por fin lo miró, tenía los ojos como pedernales.

—¿Aún te atreves a mirarme a la cara y decirme que no lo sabes?

—Siempre me has dicho que no valgo un pimiento como actor, cariño. No sería capaz de fingir una cosa así.

—Muy bien. —Grania respiró hondo—. ¿Por qué no me contaste que salías con Charley cuando nos conocimos? ¿Y que luego seguiste saliendo con ella? ¿Cuánto tiempo más seguiste viéndola cuando ya estabas conmigo? ¿Y ahora? ¿Aún estáis juntos?

—Grania, nena, yo... —Matt la observó anonadado—. ¿Todo esto es por ella? ¿Porque cuando nos conocimos salía con Charley y no te lo dije?

—No trates de quitarle importancia, Matt. Odio las mentiras; es lo que más odio en el mundo.

—Pero yo no te mentí, Grania. Solo... —Matt se encogió de hombros.

—Ya; se te olvidó contármelo —lo interrumpió ella—. Obviaste explicarme ese detalle de tu vida a pesar de que era de rabiosa actualidad.

—Pero, Grania, ¿no lo ves? —Matt estaba completamente atónito de que, al parecer, ese fuera todo el motivo por el que Grania había desaparecido de su vida—. Ni siquiera pensé que valiera la pena mencionarlo. No era amor ni nada parecido, solo era una relación informal que...

—Que duró dieciocho meses, según tus padres.

Matt la miró con extrañeza.

—¿Que mis padres te lo han contado? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Cuando vinieron a verme al hospital después del aborto. Yo estaba en el cuarto de baño y ellos no lo sabían. Tu madre dijo que era muy triste que hubiera perdido al bebé, y entonces tu padre comentó que más te habría valido seguir con Charley en lugar de dejarla tirada por mí. —A Grania le brillaban los ojos a causa de las lágrimas—. Supongo que lo decían porque

como provengo de los turbales irlandeses mis genes no están a la altura de los de un digno miembro de la realeza como tú.

—¿Me dejaste por lo que le oíste decir a mi padre?! —Matt se sentó en el césped y hundió la cabeza en las manos—. Joder, Grania. Reconozco que no deberías haber oído esa conversación, pero me parece que te pasaste de la raya. Ya conoces a mi padre; es insensible y frío como un témpano.

—Ya lo sé —reconoció Grania con vehemencia—. Pero en cuanto a que me pasé de la raya, a lo mejor no habría reaccionado igual si me hubieras dado una mínima explicación de que Charley y tú habíais salido juntos. Pero no, claro; no tenía ni idea. Bueno, da igual. Ahora ya tienes campo libre para cortejar a tu dama de sangre azul; yo ya no pinto nada —añadió con acritud.

—¡Mierda, Grania! No sé qué demonios se te ha metido en la cabeza, pero te doy mi palabra de honor de que no siento nada por Charley. ¡Nunca la he querido!

—Entonces, ¿por qué me respondió ella al teléfono cuando hacía solo unas semanas que me había marchado? —inquirió Grania, escupiendo las palabras.

—Oh, Señor. Nena... —Matt exhaló un hondo suspiro—. Es una historia muy larga.

Esa vez fue Matt quien se quedó callado, mirando al mar.

—Te prometo que Charley ha desaparecido de mi vida para siempre —dijo por fin.

—Así, ¿reconoces que habéis tenido algo hace poco?

—Grania... —Matt sacudió la cabeza desesperado—. Es algo parecido a lo de que tú te habías casado. A mí también se me ha complicado la vida. Puedo explicártelo, por supuesto, pero es todo tan raro que dudo que te lo creas.

—Bueno, supongo que a mí me pasa lo mismo —dijo Grania en voz baja—. Dudo que te hayas visto en un embrollo mayor que el que me ha tocado resolver durante el año que he pasado aquí.

—Ya. —Matt se la quedó mirando—. ¿Y el padre de Aurora? ¿Estuvisteis...?

—Oh, Matt. —Grania suspiró—. Desde que me marché de Nueva York, han ocurrido muchas cosas.

—Bueno, a lo mejor si hubieras tenido fe en mi amor, para empezar, y hubieras confiado en que si no estaba con mi «dama de sangre azul», como tú la llamas, era porque no quería, no habría sucedido nada de todo eso.

—Pero ahora ya ha pasado, Matt —repuso Grania—. Reconozco que tienes razón, que cuando tu padre dijo aquello yo estaba hipersensible y no podía pensar con claridad. El hecho de perder al bebé hizo aflorar todas mis inseguridades. Estaba muy apenada, y mi reacción fue exagerada. Hans dice... —se mordió el labio— que el orgullo me hace hacer estupideces. Y seguramente tiene razón —reconoció Grania.

—Oye, no sé quién es ese tal Hans, pero me muero de ganas de conocerlo —comentó Matt con ironía.

—¿No lo entiendes? Cuando me di cuenta de que había reaccionado de forma exagerada y al cabo de unas semanas te llamé para intentar hablar, Charley contestó al teléfono; y entonces sí que me puse hecha una furia. Acababa de confirmarme lo que más temía.

—Sí, ya me lo imagino. —Matt se aventuró a coger la mano de Grania—. Bueno, nena; yo también tengo cosas que contarte. Pero me estoy congelando aquí fuera. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar y comer algo, tal vez? No me importaría nada dar un bocado.

Grania llevó a Matt a un pub cerca de Ring donde servían pescado del día. Se sentó frente a él; se sentía incómoda. Ya no quedaba nada de aquellas caricias espontáneas en la mano, de la familiaridad que conllevaban los años de relación. Matt le inspiraba confianza, pero al mismo tiempo se le antojaba un desconocido.

—Así, ¿quién cuenta su historia primero? —preguntó él desde el otro lado de la mesa.

—Bueno, como yo ya he empezado, si te parece continuo —dijo Grania, observándolo—. Y quiero que los dos seamos sinceros. A fin de cuentas, no tenemos nada que perder, y creo que nos lo debemos el uno al otro.

—Trato hecho —convino Matt—. Hay muchas cosas que no te gustarán, pero te prometo que lo que te contaré es toda la verdad.

—Yo también —dijo Grania con un hilo de voz—. Bueno, seguro que Aurora te habrá contado cómo nos conocimos. ¿Quieres que te hable de mi relación con Alexander?

—Sí.

Matt se preparó para conocer la historia. Escuchó a Grania relatar los dramáticos acontecimientos de los últimos meses, y notó que había cambiado, en cierto modo se la veía más madura y menos intransigente. Y mientras le iba contando cosas de la estrecha relación que había forjado con Alexander, Matt sintió que la amaba más incluso. Por su bondad, su generosidad y la fortaleza que había demostrado en una situación que le pareció espantosa.

—... y así es como hemos llegado hasta aquí —concluyó Grania, encogiéndose de hombros.

—Uau, menuda historia —dijo Matt con un suspiro—. Gracias por ser tan sincera conmigo, nena. Escucha... —empezó con vacilación. Necesitaba aclarar un aspecto para no estar dándole vueltas más adelante—. Comprende que soy un hombre y quiero creer que tu relación con él no fue más allá, pero si fue así, por favor, dímelo.

—Matt, solo nos dimos un beso. Te lo prometo. Estaba muy enfermo. —Grania se sonrojó—. Aunque, para serte del todo sincera, supongo que la cosa no habría acabado ahí de haberse encontrado bien. La verdad es que me atraía.

—Muy bien. —Matt se estremeció solo de pensar en ello, pero sabía que tenía que aceptarlo—. De acuerdo; así que ahora te llamas Grania Devonshire, eres viuda y tienes una hija de nueve años. Y, además, estás forrada. Madre mía, ¡sí que te han pasado cosas en tan pocos meses! —exclamó con una mueca.

—Sí, ya lo sé, pero te prometo que te he contado toda la verdad. Aurora y mis padres pueden confirmarlo casi todo. Bueno. Matt, creo que a los dos nos hace falta otra cerveza. Después me gustaría que me explicaras lo de Charley.

Matt se dirigió a la barra y, mientras pedía la bebida, se dio cuenta muy a su pesar de que todo lo que Grania oyera de su boca solo serviría para confirmar sus sospechas y sus dudas.

Ella lo observó charlar con el camarero con su innato don de gentes. Le pareció más mayor de como lo recordaba. Tal vez el sufrimiento de los últimos meses había grabado los surcos de la madurez en su rostro juvenil. Fuera como fuese, pensó suspirando, eso aún lo hacía más atractivo.

Matt regresó con las bebidas y las colocó sobre la mesa.

—Me apetece probar la cerveza local —dijo sonriendo, y dio un trago de la Murphy's—. Bueno, ya te he dicho que no iba a resultar fácil, pero vamos a ello.

Le contó la historia con la máxima fidelidad y honradez. No se ahorró los detalles, porque sabía que si le esperaba algún futuro al lado de esa mujer, la mujer a quien amaba, debía serle sincero. De vez en cuando, mientras hablaba, la miraba y trataba de adivinar lo que pensaba o sentía; pero su semblante era como un lienzo en blanco.

—Eso es todo. —Matt respiró hondo; el alivio que sentía tras haberle contado la verdad era palpable—. Lo siento, nena. Ya te había dicho que no te iba a gustar.

—No. —Grania negó despacio con la cabeza—. No es nada agradable. ¿Dónde está Charley ahora?

—Mi madre dice que vive en la casa de Greenwich, y que sale con mi amigo Al. Bueno, se ve que prácticamente viven juntos. Él siempre ha sentido algo especial por Charley. —Matt esbozó una sonrisa taciturna—. El bebé nacerá dentro de pocas semanas, y en el club echan pestes de mí. En fin, ¿qué más da eso?

—¿Y tus padres? Seguro que también es duro para ellos.

—Bueno... —Matt consiguió dirigirle una débil sonrisa—. Parece que lo que me ha pasado ha tenido ciertos efectos en mi madre. A partir de la semana que viene, tendré una nueva compañera de piso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Grania, arrugando la frente.

—Al parecer, mi madre hace años que está descontenta con la vida que ha llevado con mi padre. Como puedes imaginarte, a él no le hizo ninguna gracia que Charley y yo rompiéramos, me decía que debería seguir con ella aunque solo fuera por guardar las apariencias. Y para mi madre, esa fue la gota que colmó el vaso. Ha decidido dejarlo. —Matt sacudió la cabeza—. Resulta irónico, la verdad, pero dice que está harta de acatar normas y que quiere vivir la vida mientras pueda. Ya ves, Grania; a pesar de la mala impresión que te causó, tú a ella le pareces estupenda. Incluso me dijo que le has servido de inspiración.

—¿En serio? —Grania estaba sorprendida de veras—. Pero seguro que a

ti eso te entristece, Matt. Llevaban casados muchos años.

—Bueno, tengo la impresión de que acabará volviendo al nido, pero a mi padre no le irá nada mal echarla de menos un tiempo. A lo mejor así empieza a valorarla un poco y comienza a mover el culo para volver a tenerla a su lado. Y, de paso, recuperar a su hijo. —Matt arqueó las cejas—. En fin, no estamos aquí para hablar del matrimonio de mis padres. Lo que importa ahora somos tú y yo. ¿Cómo lo ves, nena? —preguntó con delicadeza.

—La verdad es que no lo sé, Matt. —La mirada de Grania se perdió en la distancia, hasta que por fin dijo—: Lo que ha salido a relucir esta noche no es poco.

—Pero ¿no te parece que ha valido la pena tener la oportunidad de hablar? Tendríamos que haberlo hecho hace meses, Grania —dijo Matt dolido.

—Ya lo sé —respondió ella con un hilo de voz.

—Y esa pequeña tuya ha hecho todo lo posible para que nos demos una oportunidad —añadió Matt—. Parece nuestra hada madrina.

—Sí —convino Grania—, pero...

—Pero ¿qué?

—Eso no endereza lo que está torcido. Ni borra el pasado.

—¿Qué es exactamente lo que está torcido? —Matt se la quedó mirando—. A mí me parece que hemos sido bastante rectos el uno con el otro.

—Estoy cansada, Matt —dijo Grania con un suspiro—. ¿Volvemos a casa, por favor?

—Claro.

Hicieron el camino de vuelta a la granja en silencio. Grania observaba por la ventanilla la oscuridad de la noche.

Cuando entraron en la cocina, Matt preguntó:

—¿Dónde duermo?

—Me temo que en el sofá. Te traeré una almohada y alguna manta.

—Grania... Por favor, nena; al menos dame un abrazo. Yo te quiero... Yo... —Le cogió la mano cuando pasaba por su lado, pero ella hizo caso omiso. Subió al cuarto de la plancha y buscó todo lo que Matt necesitaba.

—Ahí tienes —dijo, arrojando la pila de cosas en la mesa de la cocina—. Siento que el alojamiento no sea más lujoso.

—Estaré bien —repuso él con un tono que se había vuelto frío—. Y no te preocupes, que mañana me perderás de vista. El miércoles salgo de viaje por trabajo.

—Muy bien. Buenas noches, Matt.

Él la observó salir de la cocina. Comprendía que la historia le hubiera impactado, que no le hubiera hecho gracia tener que oír lo que le había contado, pero lo que le había relatado ella tampoco era para dar saltos de alegría. Sin embargo, seguía dispuesto a tenderle la mano para aceptarlo y comprenderla, para dejar atrás el pasado. Porque la necesidad de estar al lado de la mujer de su vida era más importante que todo lo demás.

Pero ella era más fría que un témpano y no cedía ni un ápice. Él, animado por Aurora, había hecho el esfuerzo de cruzar medio mundo para verla, para intentar salvar su relación por última vez. Matt exhaló un gran suspiro mientras se desplomaba en el sofá y se cubría con la manta. Tal vez fuera porque estaba cansado del viaje, pero sin duda esa noche había perdido todas las esperanzas de futuro.

Grania yacía en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Aunque tenía la certeza de que Matt le había contado la verdad, había algo que le resultaba difícil de digerir y no lograba dejar de darle vueltas. Estuviera borracho o no, había acabado en la cama con Charley. Y, a raíz de eso, ella se había instalado en su casa durante cinco meses. Había colgado la ropa donde antes ella tenía la suya; y ahora tenían en común una casa y habían anunciado su compromiso a todo el mundo. Era precisamente la situación que más temía que llegara a darse. Grania se estremeció al pensar en lo ufano que se había mostrado el padre de Matt al ver a su hijo al lado de una mujer que le convenía más.

Claro que sabía que muchas parejas de orígenes diferentes lograban alcanzar el equilibrio. Y que muchas mujeres suspiraban porque apareciera un príncipe azul que les cambiara la vida. Grania suspiró. ¿Por qué a ella no le hacía ninguna gracia? Además, pensándolo mejor, Matt tenía bien poco de príncipe. No era culpa suya que su padre fuera un capullo engolado, arrogante y obtuso que siempre la hacía sentirse inferior; y, al parecer, a su

mujer le ocurría lo mismo. La idea de que Elaine hubiera decidido abandonar a su marido le arrancó una sonrisa.

Y el hecho de que Matt hubiera recorrido medio mundo para ir a verla significaba que no había tirado la toalla, que aún la amaba...

Mientras transcurrían las largas horas nocturnas, Grania, sentada en la cama, con el mentón apoyado en las rodillas, empezó a verlo todo más claro. Miró atrás y se dio cuenta de que Matt se había decidido por ella a pesar de lo que opinara su padre. De hecho, había sido él quien había apostado por la relación desde el principio. Ella no lo había coaccionado, ni lo había obligado a llevar la vida que habían construido juntos. Él lo había elegido libremente. De hecho, había renunciado a una vida de privilegios para amoldarse a sus caprichos. Se había mostrado tolerante ante su negativa a aceptar que la familia les prestara dinero a pesar de su situación desesperada; había comprendido que le costaba relacionarse con sus amigos y por eso los había dejado de lado, y se había avenido a que vivieran juntos sin casarse.

«Madre mía...»

Grania veía clarísimo que el problema no era Matt; era ella.

Ella y su estúpido, indómito, ridículo y destructivo orgullo. Y su inseguridad, que le había puesto una venda en los ojos y no le permitía ver el gran amor que él le profesaba. Y la conversación que había oído por casualidad en el hospital en un momento en que se sentía muy débil y vulnerable, y que, junto con su ilusión frustrada, la había hecho sentirse fracasada como mujer, como compañera y como ser humano.

Grania exhaló un suspiro al pensar en Hans y en el acierto con que había descrito su carácter. En los últimos meses había aprendido muchas cosas de sí misma. Ahora veía que lo que siempre había considerado erróneamente sus puntos fuertes eran también sus flaquezas. ¿Qué más daba que Matt tuviera una relación con Charley antes de conocerla a ella? No lo había mencionado porque, simplemente, no lo consideraba importante, no porque le estuviera ocultando su gran amor secreto.

De hecho, pensándolo mejor. Matt no había hecho nada malo.

Cuando la débil luz del alba empezaba a romper, le entró sueño. Poco después, la despertaron unos suaves golpes en la puerta.

—Adelante —dijo con voz soñolienta.

Aurora, ataviada con el uniforme de la escuela, asomó la cabeza por la puerta con timidez.

—Soy yo.

Grania se incorporó con esfuerzo y sonrió.

—Ya sé que eres tú.

Aurora, vacilante, se acercó hasta la cama y se sentó en el borde.

—Solo quería decirte que lo siento.

—¿Que lo sientes? ¿El qué?

—La abuela me dijo anoche que no estaba bien meterse en los asuntos de los demás. Yo creía que te estaba ayudando, Grania, pero no ha sido así, ¿verdad?

—Oh, corazón, ven aquí y dame un abrazo.

Aurora se arrojó en los brazos abiertos de Grania y empezó a sollozar contra su hombro.

—Te veía tan sola y tan triste. Quería hacerte feliz, igual que tú me has hecho feliz a mí... Quería hacer algo por ti.

—Querida, lo que has hecho es maravilloso. Has sido muy valiente; y un poco temeraria —añadió Grania.

—Estás enfadada conmigo, ¿verdad? —Aurora la miró con los ojos arrasados en lágrimas.

—No, no estoy enfadada para nada; es solo que... —Grania suspiró—. A veces las hadas madrinas tampoco consiguen solucionar las cosas.

—Oh —exclamó Aurora—. Yo creía que os queráis.

—Ya lo sé, cariño.

—Matt es un encanto, y muy guapo, aunque no tanto como papá, claro —se apresuró a puntualizar—. Anoche estuvisteis hablando hasta muy tarde, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno. —Aurora se apartó de Grania y se puso en pie—. Tengo que irme a la escuela. Te prometo que no diré nada más sobre el tema. Tal como dice la abuela, la decisión tienes que tomarla tú.

—Es verdad, corazón, pero gracias por tratar de ayudarme.

Aurora se detuvo en la puerta.

—Creo que hacéis muy buena pareja. Hasta luego.

Grania se apoyó en la almohada con aire cansino. Quería aclararse un poco las ideas antes de bajar.

Aunque Matt y ella consiguieran olvidar todo lo que les había pasado, ¿cómo lograrían conciliar dos estilos de vida tan distintos? Matt vivía al otro lado del Atlántico, mientras que ella estaba afincada en Irlanda con Aurora. Desde que abandonó a Matt, se había convertido en madre; lo cual no dejaba de resultar irónico. La verdad era que no tenía ni idea de si él estaba dispuesto a asumir esa responsabilidad con ella.

Se dio una ducha, se vistió y bajó a la cocina. Kathleen se había marchado para acompañar a Aurora a la escuela y Matt estaba sentado a la mesa, dando buena cuenta del completo desayuno que le había preparado la mujer.

—Tu madre me está malacostumbrando —dijo, terminándose los últimos bocados—. También echo de menos tus guisos, nena.

—Bueno, seguro que Charley se encargaba de que en tu mesa nunca faltara un buen plato de Dean and DeLuca —soltó Grania, y se arrepintió de inmediato. El comentario irónico se le había escapado sin que pudiera evitarlo.

—Mira, Grania, no sigas por ahí, por favor —dijo Matt en tono cansino.

En la cocina se hizo un silencio tenso. Ninguno de los dos sabía qué decir. Grania se preparó una taza de té y Matt se terminó el café. Luego se levantó y se dirigió a la puerta exterior, donde se detuvo con la mano en el pomo.

—Mira, cariño, he hecho todo lo que he podido por arreglar lo nuestro, pero está visto que no eres capaz de olvidar y poner las cosas en su sitio. Igual resulta que ni siquiera te apetece intentarlo de nuevo. —Matt se encogió de hombros—. Para serte sincero, estoy cansado de tener que librar esta batalla yo solo, que es justo lo que ahora mismo me parece que estoy haciendo.

—Matt...

—No te esfuerces, cariño; no hace falta que me des explicaciones. A lo mejor todo lo de los distintos orígenes, lo de Charley y lo de no querer casarte conmigo no eran más que excusas. A lo mejor, Grania, lo que ocurre es que nunca me has amado lo suficiente para desear que lo nuestro funcione.

¿Sabes qué? No hay vidas perfectas, y precisamente las relaciones se fortalecen compartiendo los problemas. Y comprometiéndose. Pero tú nunca has estado dispuesta a compartir nada, eres de las que siempre llevan las cosas a su terreno; y ante el primer atisbo de dificultades, vas y me dejas. Y yo me quedo hecho polvo. —Miró el reloj—. Tengo que irme. Ya nos veremos.

Matt salió de la cocina y cerró la puerta con fuerza. Al oír que su coche de alquiler se alejaba por el camino, Grania, frustrada, notó el escozor de las lágrimas en los ojos. ¿Por qué la tomaba con ella de esa manera? De acuerdo, se le había escapado un comentario mordaz, ¿pero a qué venía eso de que no lo amaba lo suficiente para desear que lo suyo funcionara?

Y encima se había ido.

Y todo había terminado. Su vaso estaba colmado, se lo había dejado muy claro.

Grania salió de casa y se dirigió a su estudio. Estaba aturdida y tenía el estómago encogido. Cuando se sentó frente al banco de trabajo, las lágrimas todavía le nublaban la vista. No estaba acostumbrada a que Matt contraatacara. Siempre era muy amable, tenía un carácter afable y sensato. Era ella la combativa y temperamental. Pero después de pasarse toda la noche viendo la parte positiva y haciendo acopio de buenas intenciones, una sola frase se había escapado de sus labios y lo había echado todo a perder.

—¡Eres una tozuda y una imbécil rematada, Grania! ¡Amas a ese hombre! —se lamentó, mientras las lágrimas empapaban la arcilla de su nueva escultura—. Matt ha luchado mucho por ti, ¡y ahora se ha ido! ¡Se ha ido por tu culpa! —Se puso en pie, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y empezó a pasearse de un lado a otro del estudio.

¿Qué debía hacer?

Por una parte, su yo más enquistado y arrogante sentía que debía dejarlo marcharse.

Pero su yo naciente, aquel en el que Hans y los acontecimientos de los últimos meses la habían ayudado a reconocerse, le decía que debía tragarse el orgullo y salir tras él para rogarle que le diera otra oportunidad.

Si no lo hacía, perdería muchas cosas. Claro que les quedaban problemas por resolver, cuestiones como dónde vivirían y si Matt estaba dispuesto a

acoger a Aurora y hacerle de padre. Pero, tal como él había dicho, cuando se amaba de veras a alguien, seguro que valía la pena intentarlo.

«Yo creía que os queríais...»

El rostro compungido de Aurora se le apareció en la mente. ¿Sería capaz de romper el hábito de toda una vida, tragarse el orgullo e ir en busca del hombre al que amaba?

«Ve, ve, ve...»

Tal vez solo fuera el viento que aullaba en el exterior del estudio, o tal vez fuera Lily. Su presencia le exhortaba a que creyera en el amor.

Grania cogió las llaves del coche y salió como una flecha rumbo al aeropuerto de Cork.

Durante el trayecto, trató diversas veces de llamar a Matt al móvil, pero lo tenía apagado. Condujo a una velocidad mucho mayor de lo que recomendaba la prudencia. Aun así, cuando llegó al vestíbulo de salidas del aeropuerto, vio que los pasajeros del vuelo con destino a Dublín ya estaban embarcando. Se dirigió a toda prisa al mostrador de Aer Lingus y aguardó en la cola con impaciencia.

—Mi... hum... Mi novio está a punto de embarcar en el vuelo de Dublín y tengo que comunicarle algo muy importante. ¿Hay alguna forma de que pueda ponerme en contacto con él? —preguntó desesperada a la joven azafata.

—¿Ha probado a llamarlo al móvil? —preguntó a su vez la joven, con cierta lógica.

—¡Claro que sí! Pero parece que lo tiene apagado, supongo que porque está a punto de subir al avión. ¿No puede llamarlo por los altavoces?

—Bueno, depende de qué se trate... —aventuró la chica—. ¿Es muy urgente?

—¡Claro que es urgente! —repuso Grania encolerizada—. ¡Es muy, muy urgente! ¿Puede llamar por megafonía a Matt Connelly y decirle que Grania Ryan... lo está esperando en el mostrador de información? Y, por favor, hágalo antes de que suba a ese avión.

«Y dígame que le amo, y que lo necesito, y que lo siento, lo siento mucho.»

Grania también pensó eso, pero no lo dijo en voz alta. A la joven le llevó

siglos enteros hablar con su supervisor, y mientras ella tuvo que aguardar allí plantada con los ojos arrasados en lágrimas de frustración.

Por fin oyó la voz, alta y clara, que resonó por todo el pequeño aeropuerto. Grania esperó, agonizando de nerviosismo, sin dejar de mirar el teléfono móvil que sostenía en la mano, testigo inalterable y silencioso del terrible error que sabía que acababa de cometer.

—Señorita, el avión acaba de despegar —anunció la joven del mostrador—. No creo que pueda llamarla ahora —añadió innecesariamente.

Grania se volvió y miró por la ventana. Masculló un «gracias» inaudible y regresó al coche tambaleándose.

En el camino de regreso condujo con lentitud; sabía que había recogido los frutos de su cosecha. Matt no quería saber nada más de ella, y no era de extrañar. Le daba la impresión de que hasta ese día había vivido insensibilizada dentro de una burbuja recubierta por la gruesa película de inseguridad y orgullo. Y ahora que todo eso había estallado, se daba cuenta de lo que había perdido. Y por qué.

Aparcó el coche a la entrada de la granja y avanzó desconsolada hacia la puerta de la cocina con la intención de subir directamente a su dormitorio.

—¿Dónde demonios te habías metido, Grania Ryan? ¡Nos estábamos volviendo locos de preocupación! —Kathleen se levantó de la mesa alrededor de la cual se encontraba toda la familia reunida, con sendas tazas de té en la mano y una clara expresión de alivio al ver a Grania.

—Es verdad, mamá —confirmó Aurora—. Ahora ya sé cómo os sentisteis cuando desaparecí.

—Ven a sentarte aquí, cariño, y tómate un té —la animó John, dando unas palmadas en la silla que tenía al lado.

Grania hizo lo que le pedía al ver atenuada su reticencia inicial por la calidez de una familia que le demostraba un gran cariño a pesar de sus muchos defectos.

—Gracias, papá —musitó, y John sirvió el té en una taza y se la colocó enfrente. Grania bebió un sorbo mientras el resto de la familia seguía escrutándola en silencio, tratando de adivinar su estado de ánimo.

—El precio de los terneros ha aumentado un diez por ciento —anunció John sin dirigirse a nadie en particular, solo para aliviar la tensión—. Hoy he

ido al mercado de Cork y los otros granjeros se quejaban de que, si siguen subiendo los precios, el año que viene no tendrán más remedio que pasar con menos reses.

Alguien abrió la puerta de la escalera, que quedaba justo detrás de Grania, pero ella no se volvió.

—¿Mejor así? —preguntó John levantando la cabeza—. Cuando vas al mercado, luego te pasas varios días con el olor de los animales impregnado.

—Sí, gracias —respondió la voz detrás de Grania—. Te agradezco que me hayas llevado contigo, John. Es muy interesante ver cómo funciona una subasta.

Una mano rozó el hombro de Grania.

—Hola, nena; veo que ya has vuelto. Tu familia y yo estábamos preocupados por ti.

Grania se dio la vuelta y miró a Matt a los ojos.

—Creía... que te habías marchado.

—Tu padre me ha preguntado si quería acompañarlo al mercado de Cork —respondió él, y apartó de la mesa la silla de al lado y se sentó—. Se le ha ocurrido que me gustaría ver algo un poco pintoresco antes de marcharme de Irlanda, y tenía razón —dijo con una risita.

—Pero... el vuelo... Creía que te marchabas hoy. Anoche me lo dijiste.

—Tu padre me ha propuesto lo de la visita al mercado esta mañana, así que he cambiado de plan. —Por debajo de la mesa, Matt le cogió la mano y se la estrechó—. Además, tu familia creía conveniente que me quedara unos cuantos días más, dadas las circunstancias, pero también han pensado que te iría bien tener un poco de tiempo y de espacio para pensar, así que lo mejor que podía hacer era pasar el día fuera. ¿Te importa que me haya quedado, Grania?

Todas las miradas volvieron a recaer en Grania, aguardando su respuesta. Tenía la garganta atorada a causa del gran nudo formado por la amalgama de emociones. Gracias al apoyo de todos los presentes, el amor de Matt había tenido la fuerza suficiente para concederle una última oportunidad.

—Va, ¡dile que no te importa, mamá! —Aurora puso los ojos en blanco en señal de exasperación—. Todos sabemos que quieres a Matt con locura, y tenemos que salir a encerrar las vacas antes de que se haga de noche.

Grania se volvió hacia Matt, con las lágrimas brillándole en los ojos, y le sonrió.

—No, Matt. No me importa en absoluto.

Aurora

Lo he conseguido, lector!

Sí, soy consciente de que mi desaparición ocasionó muchos problemas y mucho nerviosismo, sobre todo a Grania, pero ya sabes que llevaba todo el grueso del libro desesperada por reconducir el argumento y escribir un final diferente. Era el momento de actuar, de hacer lo que hacen todas las hadas madrinas y aparecer en un soplo de humo para arreglar las cosas.

Y luego vuelven a desaparecer volando. Igual que yo, que me marché a Norteamérica.

No estaba nada asustada.

Muchas veces me preguntan por qué no tengo miedo de nada. Al parecer, el miedo es lo que impide a muchas personas hacer lo necesario para ser más felices. Bueno, la verdad es que no conozco la respuesta a esa pregunta, pero supongo que si no se tiene miedo de los fantasmas o de la propia muerte, que es lo peor que puede sucederle a un ser humano, no hay gran cosa más que temer.

Excepto el dolor.

Como pasé gran parte de mi infancia rodeada de adultos, pude observar que, en general, nunca dicen lo que quieren decir, lo cual no deja de sorprenderme. Veía que la comunicación se rompía, a pesar de que sabía cuánto estaban sufriendo por dentro y lo mucho que amaban a la otra persona. El orgullo, la ira y la inseguridad aniquilan con una facilidad asombrosa las posibilidades de ser feliz.

Sí, podría haberme salido todo fatal, pero a veces uno tiene que tener fe y confiar en que no será así. En el peor de los usos, por menos lo habría

intentado. Y creo de veras que eso es lo mínimo que puede hacerse en la vida, porque es muy corta y, ahora que lo veo desde la perspectiva de quien dispone ya de poco tiempo, es mejor no tener que arrepentirse de muchas cosas.

Por supuesto, Grania ha contribuido a que vea las cosas de ese modo. Antes he hablado de que la vida da lecciones, y Grania ha tomado conciencia de sus defectos y los ha aceptado justo a tiempo. Lo ha logrado por un pelo, pero, con suerte, ahora que lo ha conseguido, no solo la vida le será más fácil sino que la próxima vez se encarnará en algo agradable. Personalmente, me encantaría ser un pájaro; una gaviota, tal vez. Quiero saber qué se siente al echarse a volar, alzarse sobre los acantilados y trazar círculos en el aire muy por encima del océano.

Matt es justo el hombre con el que me habría gustado casarme. Estaba segura de que sería un padre estupendo, a falta del que había perdido. Sé que hoy en día hay muchas mujeres que creen que no necesitan a un hombre en su vida; pero, lector, ¿acaso los seres humanos no hemos nacido para encontrar a nuestra media naranja? ¿Acaso no nos pasamos gran parte de la vida anhelando y persiguiendo la magia del amor?

Últimamente he visto muchas películas y me he dado cuenta de que, en realidad, solo existen tres cosas importantes: la guerra, el dinero y el amor. Y casi siempre, incluso en la primera, la última despunta de un modo u otro.

No cabe duda de que en esta historia están presentes las tres.

Y yo estoy a punto de llegar al final, en todos los sentidos.

Será mejor que me dé prisa...

Londres, un año después

Grania y Aurora se plantaron frente a la elegante casa de color blanco y alzaron la vista.

—Qué bonita es —musitó Aurora, y volviéndose hacia Hans, preguntó—: ¿De verdad es mía?

—Es toda tuya, Aurora. De tu madre heredaste esta casa y Dunworley House —dijo Hans con una sonrisa—. ¿Quieres que echemos un vistazo al interior?

—Sí, por favor —respondió Aurora.

Grania se detuvo en el umbral y posó la mano en el brazo de Hans.

—¿Cuál es la dirección?

Hans consultó los detalles.

—Cadogan House, Cadogan Place.

—¡Virgen santísima! —Grania se cubrió la boca con la mano—. ¡Pero si es la casa donde trabajaba de criada mi bisabuela Mary! Y también adonde Lawrence Lisle trajo de bebé a Anna Langdon, la abuela de Aurora.

—Qué interesante. A lo mejor algún día podrías explicarle a Aurora todo lo que sabes de sus antepasados. —Se detuvieron en la penumbra del recibidor y Hans olfateó el ambiente—. Humedad —dedujo—. La casa lleva muchos años deshabitada.

—Sé que Lily vivió aquí con su madre cuando estalló el conflicto en Irlanda —afirmó Grania, tratando de hacer encajar las piezas del rompecabezas—. Y a la muerte de Lawrence Lisle, la casa fue a parar a manos de Sebastian, su hermano y padre de Lily.

—Sin embargo, Alexander, Lily y Aurora no se alojaban aquí cuando

viajaban a Londres, porque Alexander tenía otra casa cerca, en la carretera de Kensington. Claro que no era tan grande como esta, pero sin duda resulta más acogedora —observó Hans.

—¡Esto es enorme! —exclamó Aurora maravillada cuando entró en el elegante salón y Hans abrió los postigos para que penetrara la luz.

—Sí que lo es, señorita —convino Hans—. Pero me parece que, lo mismo que Dunworley House, hace falta invertir bastante dinero para devolverle su esplendor original.

Mientras Grania seguía a Hans y a Aurora por las múltiples estancias, primero de la planta baja y luego de la planta superior, tenía la impresión de que aquella casa estaba protegida por un velo invisible que la convertía en una reliquia del pasado. A Aurora le encantaba hacer sonar las campanillas, y enseguida oyeron un débil tintineo procedente de la cocina.

—Mi bisabuela Mary era una de las criadas que respondían a llamadas como esta —comentó Grania mientras bajaban de nuevo por la escalera.

Cuando volvieron a encontrarse en el vestíbulo, Hans se estremeció. Aquello desafiaba sus costumbres suizas de orden y limpieza.

—Bueno, Aurora, en mi opinión es mejor que conserves la casa de tu padre como residencia en Londres. Y podríamos vender esta.

—Oh, no, tío Hans. ¡Esta casa me encanta! —Trazando piruetas, regresó a la sala de estar y señaló un objeto situado sobre un escritorio—. ¿Qué es eso?

—Eso, mi querida Aurora, es un gramófono muy antiguo. —Hans y Grania intercambiaron una sonrisa—. Ahí es donde los carcamales como yo escuchábamos música.

Aurora contempló el polvoriento disco de vinilo encajado en el eje.

—¡Es *El lago de los cisnes*! ¡Mira, Grania! ¡Es *El lago de los cisnes*! A lo mejor lo puso ahí mi abuela Anna. Era una bailarina muy famosa, tío Hans.

—Tal vez. Bueno, me parece que ya lo hemos visto todo. —Hans iba camino de la puerta principal—. Seguro que hay muchos promotores que se mueren de ganas de hacerse con una casa así. Es perfecta para convertirla en tres o cuatro apartamentos, y además la ubicación es excelente. Se ganarían muchos millones.

—Pero, tío Hans, si decido que quiero que vivamos aquí mientras estudio

en la escuela de ballet, ¿costaría mucho dinero dejarla bonita?

—Sí, querida Aurora. Costaría muchísimo dinero —aseguró él.

Aurora lo observó, cruzándose de brazos.

—¿Y yo tengo todo ese dinero?

—Sí, sí que lo tienes —corroboró Hans—. Pero no te recomiendo que te lo gastes en esta casa. Sobre todo porque dispones de otra la mar de confortable a pocos kilómetros de aquí, en la carretera de Kensington.

—No. Quiero vivir en esta casa, lo tengo decidido. —Aurora se volvió hacia Grania, que aguardaba en el umbral mientras Hans cerraba la puerta con llave—. ¿A ti qué te parece, mamá? Tú también tendrías que vivir aquí.

—Es una casa muy antigua y muy bonita, Aurora; y, por supuesto, me encantaría vivir aquí contigo. Pero tal como dice el tío Hans, es más sensato venderla.

—No —se empecinó Aurora—. Quiero vivir aquí.

Los tres dejaron Cadogan House y tomaron un taxi que los llevó de vuelta al Claridge's. Mientras merendaban té con pastas, Aurora ordenó a Hans de forma imperiosa que realizara las gestiones necesarias para iniciar las obras de restauración de la casa.

—Podemos vivir en la casa de Kensington hasta que todo esté a punto, ¿verdad, Grania?

—Si estás segura de que es eso lo que quieres, Aurora, sí, podemos vivir allí.

En ese momento sonó el móvil de Grania.

—Disculpadme. —Grania abandonó el salón de té y se dirigió al vestíbulo del hotel para responder a la llamada en privado.

—Hola, nena, ¿qué tal va todo por ahí? ¿Habéis visto la casa?

—Sí. Es muy bonita y extremadamente grande, y es necesario hacerle de todo para que sea habitable, pero Aurora ha decidido que quiere vivir ahí.

—¿Y qué tal fue ayer la prueba para la escuela del Royal Ballet?

—Aurora cree que le fue bien, pero tardaremos una semana en saberlo seguro.

—¿Y qué tal estás tú, cariño?

—Bien, Matt. Te echo de menos. —Grania aún tenía que forzarse para expresar su cariño, pero cada vez le resultaba un poquito más fácil.

—Yo también, cielo. Solo faltan unos días para que esté ahí con vosotras.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres, Matt?

—Nunca he tenido nada tan claro. No veo la hora de dejar Nueva York y empezar una nueva vida con mis dos mujeres. Por cierto, dale a mi mujercita un abrazo de mi parte.

—Lo haré.

—Ah, Grania.

—¿Qué?

—No irás a faltar a tu palabra en el último momento, ¿no? Quiero decir que no harás que lo deje todo aquí, y dentro de tres meses, cuando me caduque el visado en el Reino Unido, me vendrás con que no quieres casarte conmigo, ¿verdad?

—No, no cambiaré de idea Matt —prometió Grania—. En realidad, no tengo elección, ¿a que no? Si no me caso contigo, te echarán del país.

—Exacto. Esta vez pienso asegurarme de que no te echés atrás. Te quiero, nena. Y pronto estaré ahí con vosotras.

—Yo también te quiero, Matt. —Grania sonrió mientras guardaba el móvil dentro del bolso y regresaba al salón. Llevaba un año viajando continuamente de Nueva York a Irlanda y viceversa para idear el plan que les permitiera combinar mejor sus vidas y forjarse un futuro juntos. La decisión definitiva la habían tomado cuando Aurora anunció que quería probar a ingresar en la escuela del Royal Ballet, situada en la frondosidad de Richmond Park, en las afueras de Londres.

La exposición de Grania, tres meses atrás, había tenido un éxito rotundo; y a partir de ahí cada vez pasaba más tiempo en Londres. Lo único que faltaba era que Matt encontrara trabajo de profesor de psicología, y por fin lo había logrado hacía tres semanas: una plaza en King's College. Las largas vacaciones de las que tanto Matt como Aurora gozarían en la universidad y en la escuela de ballet, respectivamente, las dedicarían a regresar a Dunworley y aprovechar para alojarse en la bella casa recién restaurada. Lo cual también significaba que Grania podría trabajar en su estudio y Aurora podría visitar a su familia adoptiva irlandesa y sus queridos animales.

Grania sabía que Matt sacrificaba muchas cosas marchándose de Nueva York, pero tal como él mismo decía, a lo mejor vivir en Londres servía para

equilibrar la balanza; los dos estarían en territorio neutral, puesto que ninguno de los dos procedía de allí, y esa sería la mejor manera de labrarse un porvenir juntos.

—Acabo de decirle al tío Hans que creo que deberíamos vender la casa de Kensington en cuanto las obras de Cadogan House estén listas. Eso ayudará a costear los gastos de la restauración —explicó Aurora.

—Es hija de su padre —comentó Hans, arqueando las cejas—. A los diez años ya tiene visión financiera. Bueno, Aurora, eres mi cliente, y por tanto tú mandas y yo debo acatar tus deseos. Y sí, en calidad de fideicomisario te diré que me parece que la idea es lógica.

—Ahora vuelvo, voy a retocarme el maquillaje, como dice la abuela —anunció Aurora.

—¿Cómo está Matt? —preguntó Hans cuando Aurora se levantó de la mesa.

—Bien, gracias. Anda muy ocupado desalojando el loft y despidiéndose de la vida en la Gran Manzana.

—Se le presenta un gran cambio de vida; a los dos os supondrá un gran cambio. Pero creo que estáis haciendo lo correcto. Empezar de cero puede resultaros muy beneficioso.

—Sí —convino Grania—. Me parece que aún no te he dado las gracias por conocerme mejor de lo que me conozco yo misma. Tú me hiciste ver los errores que estaba cometiendo.

—Vamos, vamos, yo no hice nada —repuso Hans con modestia—. La cuestión no solo radica en conocer los propios defectos sino también en saber enderezarlos. Y eso lo has hecho tú solita, Grania.

—Bueno, lo intento, pero nunca me libraré del todo de ese dichoso orgullo.

—Estás con una persona que te comprende, seguramente mejor que nunca. Matt es un buen chico, Grania. Cuídalo.

—Lo sé. Lo haré, Hans. Te lo prometo.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Aurora cuando regresó al salón—. ¿Podemos subir a la habitación? Quiero telefonar a la abuela y contarle cómo es mi casa nueva.

—Aurora me ha dicho que está decidida a vivir en Cadogan House —dijo Kathleen cuando su nieta terminó de taladrarle el oído y le pasó el teléfono a Grania.

—Sí.

—Ya sabes que allí es donde Mary, tu bisabuela...

—Sí, ya lo sé.

—Bueno, pues tengo una curiosidad. Si lo recuerdas, en la historia de Mary, cuando Lawrence Lisle llegó a la casa con el bebé pidió que guardaran una maleta en el desván hasta que la madre de la pequeña fuera a recogerla. ¿Crees que...?

—Solo hay una forma de averiguarlo —respondió Grania—. La próxima vez que vaya, echaré un vistazo.

Al cabo de una semana, cuando Matt aterrizó en Londres, Grania lo llevó a Cadogan House junto con Aurora. La niña lo obsequió con una visita guiada, tras la cual bajó a la cocina y abrazó a Grania.

—Oye, cariño, qué suerte que yo no tenga el mismo problema que tú —susurró—. Esta casa dejaría boquiabierto incluso a mi padre. ¡Es impresionante! Y encima no tendré que pagar el alquiler. —Sonrió—. No sé si podré soportarlo.

—Bueno, mía tampoco es, Matt, ¿recuerdas? Es de Aurora.

—Estaba bromeando, nena. —La estrechó con fuerza.

—¿Seguro que todo esto te parece bien, Matt? —preguntó Grania, mirándolo a los ojos—. ¿Te sentirás cómodo aquí?

—A ver, señorita —dijo levantando las manos—, aquí estaré contigo y además podré seguir haciendo un trabajo que me encanta. Si encima entre mi mujer y mi hija se ocupan de darme todos los caprichos, te aseguro que por mi parte no hay ningún problema.

—Bien. ¿Podrías hacerme un favor y acompañarme al desván? He traído una linterna. Es que quiero buscar una cosa.

Mientras Aurora estaba cómodamente instalada en el salón escuchando la pobre reproducción de *El lago de los cisnes* en el gramófono, Matt y Grania subieron la escalera hasta la parte más alta de la casa.

—Ahí está. —Grania señaló una silueta cuadrangular en el techo—. Debe de ser eso.

Matt se quedó mirando la trampilla.

—Necesito subirme a algún sitio para alcanzarla.

Fueron a buscar una silla de uno de los dormitorios de la planta superior. Aunque no le ofrecía mucha seguridad, Matt se subió a ella y batalló para descorder el cerrojo herrumbroso. Por fin cedió y logró abrir la trampilla entre una nube de polvo y telarañas.

—Madre mía, seguro que nadie ha subido aquí desde hace siglos —comentó, tras introducir la cabeza por la abertura—. Pásame la linterna. —Grania hizo lo propio y Matt enfocó con ella el desván—. No creo que te guste mucho esto, nena. ¿Por qué no me dices qué es lo que buscas y miraré si lo encuentro?

—Por lo que mi madre me ha contado, tiene que haber una maleta pequeña y muy vieja.

—De acuerdo. —Matt hizo fuerza con sus brazos para impulsarse hasta quedar sentado en el borde de la trampilla con las piernas colgando. De repente se oyó corretear algo en el desván.

—Ratones, o peor, ratas. —Matt palideció—. Será mejor que le pidas al perito que eche un vistazo cuando venga por aquí.

—En ese caso, ya buscaremos a alguien que venga a vaciar el desván otro día —propuso Grania, encogiéndose de hombros.

—¡Ni hablar! Al menos hay una cosa para la que soy útil —dijo sonriéndole—. Tú quédate ahí mientras echo una ojeada. —Encaramó las piernas hasta el borde de la trampilla y se levantó con cuidado—. Me parece que hay algún tablón podrido, cariño. Uau, esto está lleno de antiguallas.

Grania permaneció abajo, escuchando a Matt moverse por el desván.

—Bueno, he encontrado unos cuantos baúles... Pero pesan mucho.

—No —gritó Grania—. Es una maleta pequeña.

—¿Y por qué es tan importante? —preguntó él—. Oye, estas telarañas son de película de terror. ¡Estoy empezando a asustarme!

Grania oyó los golpes en el suelo a medida que Matt iba moviendo objetos de un lado a otro. Y por fin...

—Me parece que ya he encontrado esa maleta... Lo que queda de ella,

quiero decir. Te la paso.

Por la trampilla aparecieron las manos de Matt con una pequeña maleta de color indeterminado a causa de la gruesa capa de polvo que la cubría.

—Ya he tenido bastante. Voy a bajar. —Matt salió del desván con el pelo gris de tanta telaraña—. ¡Dios santo! —exclamó, apoyándose en la silla—. Una cosa así solo la hago por amor.

—Gracias, cariño —dijo Grania, y centró toda la atención en la maleta. Al frotar la superficie de cuero desgastado para quitarle el polvo, vislumbró unas iniciales impresas en la parte superior. Matt se arrodilló a su lado—. Me parece que es una «L», y una «K» —dijo.

—Pero ¿de quién era esta maleta?

—Si es la que yo digo, pertenecía a la bisabuela de Aurora. Lawrence Lisle llegó de uno de sus viajes con un bebé, que era Anna —explicó Grania—, y dijo a la servidumbre que algún día la madre acudiría a recoger a la niña y la maleta. Eso no llegó a ocurrir, así que Anna nunca supo nada de su madre biológica.

—Bueno, los cierres están tan oxidados que costará abrirla. Deja que lo intente yo.

Bajaron la maleta a la cocina para buscar alguna herramienta apropiada. Grania encontró un cuchillo en un cajón, y con él Matt consiguió abrir los cierres.

—Bueno, ¿preparada para echar un vistazo? —preguntó Matt.

—Creo que debería hacerlo Aurora. A fin de cuentas, es suyo.

Grania fue al salón a buscar a la niña y la hizo bajar a la cocina.

—¿Qué es eso? —Aurora miró la mugrienta maleta de cuero con aversión.

—Creemos que era de tu bisabuela, que nunca vino a recogerla. La trajeron aquí hace casi cien años —explicó Grania—. ¿Te gustaría abrirla?

—No, ábrela tú. Igual salen arañas de ahí dentro. —Aurora arrugó la nariz.

A Grania tampoco parecía entusiasmarle la idea.

—De acuerdo, señoritas, ya veo que es cosa de hombres. —Matt, con prudencia, levantó la parte superior y, con un crujido del cuero envejecido, reveló el contenido de la maleta.

Los tres miraron dentro.

—¡Puaj! Huele a viejo —se quejó Aurora—. No hay gran cosa, ¿verdad?

—No. —Grania parecía desencantada. En la maleta solo había un pequeño paquete envuelto en seda; nada más.

Al notar la reticencia de las chicas, Matt echó mano al paquete, lo sacó de la maleta y lo depositó sobre la mesa.

—¿Queréis que lo desenvuelva?

Las chicas asintieron.

Con suma cautela, Matt retiró la delgada y raída cobertura de seda.

Aurora y Grania se quedaron mirando fijamente lo que Matt acababa de desenvolver.

—Son unas zapatillas de ballet —susurró Aurora, admirada, y cogió una para inspeccionarla. Al hacerlo, un pequeño sobre enmohecido cayó al suelo. Grania se agachó para recogerlo.

—Es una carta, y va dirigida a... —Grania trató de descifrar la escritura desvaída.

—Me parece que pone «Anastasia» —dijo Matt asomándose por encima del hombro de Grania.

—Anna... ¡Mi abuela se llamaba Anna! —exclamó Aurora, excitada.

—Sí. Es posible que Lawrence Lisle lo abreviara —sugirió Grania.

—Es un nombre ruso, ¿verdad? —preguntó Aurora.

—Sí. Y Mary, que cuidó de Anna desde que era un bebé, decía que sospechaba que Lawrence Lisle la había traído de Rusia.

—¿Abro la carta? —propuso Aurora.

—Sí, pero ten mucho cuidado, parece muy frágil —advirtió Matt.

Aurora abrió el sobre con sus pequeños dedos. Al ver lo que había escrito, arrugó la frente.

—No entiendo lo que pone.

—Porque está escrito en ruso —dijo Matt a su espalda—. Yo lo estudié tres años en el instituto, pero hace demasiado tiempo y no me acuerdo de nada. Aunque, igual con la ayuda de un diccionario, podría traducirlo.

—Tienes muchos golpes escondidos, corazón. —Grania se volvió hacia él y le plantó un beso en la mejilla—. ¿Por qué no hacemos una parada en la librería cuando volvamos a casa?

Cuando llegaron a la bonita casa unifamiliar que Alexander tenía en Kensington, donde se alojaban mientras tenían lugar las obras de restauración de Cadogan House, encontraron sobre el felpudo otra carta dirigida a Aurora.

—¡Es de la escuela del Royal Ballet! —Aurora la recogió y miró a Grania con una mezcla de esperanza y temor en los ojos—. Toma —dijo, tendiéndosela—, ¿la abres tú, mamá? Yo estoy demasiado nerviosa.

—Claro. A ver. —Grania tiró de la solapa del sobre, desdobló el contenido y empezó a leer.

—¿Qué dice, mamá? —Aurora tenía los puños apretados de la tensión, y apoyaba en ellos la barbilla.

—Dice... —Grania se la quedó mirando y sonrió—. Dice que es mejor que hagas las maletas lo antes posible porque has obtenido una plaza en la escuela. Empiezas en septiembre.

—¡Oh, mamá! —Aurora se arrojó en los brazos de Grania—. ¡Estoy contentísima!

—Buen trabajo, corazón —dijo Matt, uniéndose al abrazo.

Cuando los tres se hubieron tranquilizado, Matt subió a la planta superior con el diccionario que acababa de adquirir para intentar traducir la carta.

Aurora estaba sentada ante la mesa de la cocina aferrando las zapatillas de ballet y hablando animadamente de su futuro mientras Grania preparaba la cena para los tres.

—Ojalá Matt se dé prisa. Quiero enterarme ya de quién era mi bisabuela. Sobre todo después de saber que voy a seguir sus pasos —añadió.

—Bueno, hay muchas cosas de tu historia que no conoces, Aurora. Algún día te lo contaré todo con calma. Y lo más curioso de todo es que hace casi un siglo que nuestras vidas se cruzaron por primera vez. Mary, mi bisabuela, acabó adoptando a Anna, tu abuela.

—¡Madre mía! —Aurora abrió los ojos como platos—. Menuda coincidencia, ¿no? Porque eso es lo mismo que tú has hecho conmigo, mamá.

—Sí. —Grania le dio un tierno beso en la coronilla.

Al cabo de dos horas, Matt bajó y anunció que había conseguido desentrañar el significado de la carta casi en su totalidad. Entregó a Aurora la traducción mecanografiada.

—Aquí tienes, corazón. No es una traducción perfecta, pero lo he hecho

lo mejor que he podido.

—Gracias, Matt. ¿La leo en voz alta? —propuso Aurora.

—Si te apetece, sí —dijo Grania.

—De acuerdo. —Aurora se aclaró la garganta—. Ahí va.

París,
17 de septiembre de 1918

Mi querida Anastasia:

Si lees esto, sabrás que ya no estoy en el mundo. Mi buen amigo Lawrence ha recibido instrucciones de hacerte entrega de ello si no puedo acudir a recuperarlo, pero solo cuando tengas edad para entenderlo. No sé qué te habrán contado de tu madre, pero lo más importante es que sepas que te quiero todo lo que puede querer una madre o más. Y, precisamente por eso, tengo que asegurarme de que estés a salvo mientras la agitación sacude a nuestra querida Rusia. Pequeña mía, me habría resultado mucho más fácil acompañar a Lawrence a Inglaterra y alejarme del peligro, como han hecho muchos de mis compatriotas. Pero hay un motivo por el que debo regresar a nuestro país. Al hombre que es tu padre lo acecha un grave peligro. De hecho, no sé si sigue con vida. Así que mi deber es estar a su lado. Sé que me arriesgo a enfrentarme a una detención, o a la muerte incluso, pero todo lo que puedo hacer es rezar porque cuando tú, mi Anastasia, seas mayor, también llegues a sentir todo el placer y el dolor que conlleva el verdadero amor por un hombre.

Tu padre pertenece a la familia más importante de Rusia, y hemos tenido que mantener nuestro amor en secreto. No sin pena te digo que ya estaba casado.

Tú eres el resultado de nuestro maravilloso amor.

Por las zapatillas que encontrarás junto con esta carta, deducirás que soy bailarina. Bailaba con el Kírov y soy muy famosa en nuestro país. Así fue como conocí a tu padre. Vino a verme actuar en *La muerte del cisne*, y desde entonces no ha dejado de seguirme.

Ahora estoy en París porque, a causa de mi relación con la familia imperial, tú y yo corremos un gran peligro. Por eso firmé un contrato con los Ballets Rusos de Diáguilev, para poder salir de Rusia y llevarte a un lugar seguro.

Mi amigo Lawrence, mi buen caballero inglés (¡me parece que también está un poco enamorado de mí!) me ha hecho de salvador y se ha ofrecido a llevarte a Londres y cuidarte por mí.

Mi querida niñita, tengo la ferviente esperanza de que pronto termine la locura en nuestra tierra y yo sea libre para poder venir a buscarte a Londres, regresar contigo a la patria querida y presentarte a tu padre. Pero mientras dure el caos, sé que debo sacrificar mis afectos y mantenerte fuera del país.

Ve con Dios, mi querida pequeña. Dentro de pocas horas, Lawrence Lisle

llegará para emprender contigo el viaje hacia tu refugio. Solo el destino puede decidir si volveremos a encontrarnos, así que adiós, mi Anastasia, que la suerte te acompañe.

No olvides nunca que viniste al mundo por amor.
Tu madre que te quiere,

LEONORA

En la cocina se hizo el silencio.

Matt carraspeó y se enjugó una lágrima furtiva.

—Uau —susurró, sin saber qué más decir.

Grania abrazó a Aurora mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¿No te parece... muy bonito, Grania? —musitó Aurora.

—Sí, es muy bonito —convino ella.

—Leonora murió al volver a Rusia, ¿verdad?

—Sí, seguramente sí. Como era famosa, es posible que podamos averiguar qué le ocurrió. Y quién era el padre de Anastasia —observó Grania.

—Si era miembro de la familia imperial rusa, a todos los fusilaron poco después de la fecha en que Leonora escribió esa carta —terció Matt.

—Leonora podría haberse escapado, haber huido con su bebé y con Lawrence a Inglaterra —dijo Aurora—, pero no lo hizo porque quería mucho al padre de Anastasia. —Aurora negó con la cabeza—. Lo de dejar a su hija en manos de un extraño tuvo que ser una elección tremenda.

—Sí, corazón —reconoció Grania—, pero seguro que Leonora no creía que fuera a morir. Todos tomamos decisiones como si fuéramos a vivir por siempre. En ese momento hizo lo que creía que era lo mejor para la seguridad de Anastasia.

—No sé si yo habría tenido valor —dijo Aurora con un suspiro.

—Bueno —Matt rodeó a Grania con fuerza por los hombros y plantó un beso en la coronilla de Aurora—, eso es porque aún no sabes todo lo que los humanos somos capaces de sacrificar por amor. ¿Verdad, Grania?

—Sí. —Grania lo miró con una sonrisa en los labios—. Tienes razón.

Aurora

A que parece el final perfecto? Un final de los de «... y fueron felices y comieron perdices», que son los que a mí me gustan.

Grania y Matt están unidos, tienen una nueva vida por delante y seguridad económica para el resto de sus días. Y yo vivo con ellos y estoy en vías de cumplir mi sueño de convertirme en una gran bailarina, impulsada por la seguridad que emana del seno de una familia que me quiere, como siempre había anhelado.

¿Podría ser más perfecto?

¡Ah, ya! ¿Estás pensando en que Matt y Grania tengan un bebé que sea mi hermanito o mi hermanita?

Eso también ocurrirá, al cabo de un año.

Me planteo si debería dar por terminada la historia aquí en lugar de destrozarse el final feliz.

Pero entonces no sería el final de mi historia.

Confieso que puede que te sientas engañado.

En realidad no soy ninguna anciana, aunque físicamente me siento como si lo fuera.

Parece que tenga por lo menos cien años.

Pero, a diferencia de la Aurora del cuento, cuando yo duerma durante cien años (por toda la eternidad, de hecho) no vendrá ningún príncipe azul a despertarme.

Al menos en este mundo.

Querido lector, no pretendo entristecerte. Más valen dieciséis años bien vividos que ninguno.

¿Podrás perdonarme si crees que a lo largo del relato he descrito a los

personajes desde un punto de vista demasiado romántico e ingenuo? Tengo dieciséis años y soy demasiado joven para que ningún desengaño amoroso empañe mi visión.

La cuestión es que voy a morir pronto y ya no tendré tiempo de sufrir desengaño alguno. Por eso aún creo en la magia del amor. Creo que en la vida de todos, como en los cuentos de hadas (que escribimos los humanos basándonos en nuestras propias experiencias), siempre hay un héroe y una heroína, un hada madrina y una bruja malvada.

Y el amor, la bondad, la fe y la esperanza siempre salen victoriosos.

Claro que incluso la bruja malvada es heroína en su propia historia, eso también lo he pensado. Simplemente se trata de otro punto de vista.

Todo tiene su parte positiva si se sabe buscar. Mi enfermedad me ha permitido escribir la historia de mi familia. Esta narración ha sido mi amiga y compañera en momentos difíciles y dolorosos. Y también me ha permitido aprender cosas de la vida. Ha sido una especie de curso intensivo para aprovechar el tiempo que me ha sido concedido aquí.

A Grania y a Matt (o sea, mi madre y mi padre en esta vida) les cuesta mucho más que a mí aceptar lo inevitable. Yo estoy tranquila porque me siento afortunada. Sé que cuando baje el último telón no me quedaré sola. Los brazos amorosos de dos seres estarán esperándome.

Espíritus, fantasmas, ángeles... Llámalos como quieras, lector. La cuestión es que sí que existen. Yo llevo toda la vida viéndolos, pero he aprendido a no explicarlo.

Y si eres de los cínicos, recuerda que la no existencia tampoco puede demostrarse.

Yo he elegido creer. En mi opinión, es la mejor opción con diferencia.

Tal como he dicho al principio, no he escrito esto con la intención de que se publique.

Mis padres me han visto llenar folios y me han preguntado sobre qué escribía, pero no he querido desvelarlo. La historia será mía hasta el final (o el principio), que siento que está muy cerca.

Así, querido lector, casi he terminado.

No te preocupes por mí ni te entristezcas. Lo que me espera no es más que la siguiente etapa de mi viaje, y me siento feliz al emprenderla. ¿Quién

sabe cuántas cosas mágicas descubriré al otro lado del telón?

Por favor, guarda, si te parece, un pequeño rincón de tu memoria para mi familia y yo. Nuestra historia es también la tuya, porque habla de humanidad.

Y, por encima de todo, no dejes nunca de creer en la belleza y la bondad inherentes a la naturaleza humana.

Siempre están presentes, solo que a veces es preciso hacer un pequeño esfuerzo para verlas.

Ha llegado el momento de decir adiós.

Epílogo

*Bahía de Dunworley, West Cork, Irlanda,
enero*

Grania estaba sentada en la cima del acantilado con el viento aullando alrededor, igual que la tarde que conoció a Aurora ocho años atrás.

Sus hombros se abatían por los sollozos desprovistos de llanto al recordar a la pequeña que, de repente, había aparecido tras ella, como un espíritu, y le había cambiado la vida de forma irreversible. Ocho años atrás, había llorado la pérdida de su bebé. Ahora se encontraba sumida en el duelo por la pérdida de otro pequeño ser.

—¡No lo entiendo! —gritó a las olas enfurecidas que rompían a sus pies—. No; no lo entiendo —repitió; se dejó caer de rodillas al notar que las fuerzas le fallaban y hundió la cabeza entre las manos.

Las imágenes de Aurora acudían sin descanso a su mente, y en todas ellas rezumaba una vitalidad inagotable. Aurora bailando, trazando piruetas, saltando por los acantilados, por la playa... Su energía, su positividad y su constante entusiasmo ante la vida eran las cualidades que mejor definían su esencia. Durante los ocho años que Grania había cuidado de ella, apenas recordaba un momento de tristeza o pesimismo. Incluso en los meses finales, cuando las últimas fuerzas la abandonaron, su cara radiante le sonreía desde la cama del hospital llena de esperanza y alegría, a pesar de estar atravesando los peores momentos de su enfermedad.

Grania levantó la cabeza y recordó la valentía que Aurora había demostrado en ese mismo lugar cuando tuvo que explicarle que su padre había muerto. Incluso entonces, la niña había aceptado la realidad y, desde la tristeza, había encontrado la parte positiva.

De algún modo, Grania sabía que también ella debía descubrir en su interior la fortaleza de Aurora para superar esos momentos. A Aurora nunca le había hecho falta buscar los porqués, no había permitido que las fortuitas injusticias de la vida la desgarraran. Tal vez se debía a que albergaba la certeza, la creencia en que el final de la vida en este mundo no implicaba el final definitivo.

Aurora le había dejado una carta, pero en los diez tremendos días transcurridos desde su muerte, se había sentido incapaz de abrirla.

Se puso en pie, retrocedió hasta la roca cubierta de césped donde tan a menudo solía sentarse y se sacó la carta del bolsillo de la chaqueta. Con los dedos morados a causa del frío, la abrió con torpeza.

Mamá:

Apuesto a que sé dónde estás cuando leas esto. Seguro que te has sentado en tu roca favorita de lo alto del acantilado de Dunworley, mirando al mar. Me echas de menos y te preguntas por qué me he ido. Mamá, sé que estarás triste. Perder a alguien querido siempre es doloroso, pero tal vez lo peor sea perder a un niño porque no es ley de vida. Claro que, en realidad, el orden de las cosas en el tiempo lo hemos inventado los humanos. Creo que fueron los romanos quienes crearon el primer calendario y nos dejaron en herencia los días, los meses y los años. Pero, para serte sincera, mamá, tengo la impresión de que he vivido siempre.

Y es posible que sea cierto.

De todos modos, nunca he tenido la sensación de pertenecer por completo al mundo. Y recuerda, querida mamá, que todos acabaremos en el lugar donde yo estoy ahora, y que la piel y los huesos, el físico, solo sirve para hacernos visibles a los demás. El espíritu, sin embargo, no muere nunca. ¿Quién te dice que mientras estás ahí sentada en esa roca no me tienes bailando a tu alrededor y queriéndote como siempre te he querido? ¿Por qué no? ¿Porque no puedes verme?

Mamá, no permitas que mi marcha te entristezca tanto que haga que te olvides de querer y cuidar a papá y a Florian. Gracias por ponerle a mi hermanito el nombre del príncipe de *La bella durmiente*. Espero que algún día encuentre a su princesa y la despierte con un beso. Por favor, dales un gran abrazo a los abuelos y a Shane de mi parte. A Shane, dile que lo estaré observando para asegurarme de que se ocupa de Lily. Se está haciendo mayor y necesita más atenciones.

Mamá, intenta convencerte de que nada termina para siempre, y menos el amor.

Probablemente a estas alturas habrás hablado con el tío Hans y habrás descubierto que te he dejado Dunworley House y Cadogan House. Me parece lo más lógico. Forman parte de la historia conjunta de nuestras familias y me gustaría pensar que las mujeres valientes que caracterizan nuestros linajes seguirán encontrándose y sucediéndose entre sus muros. El resto del dinero... Bueno, el tío

Hans ya sabe qué quiero hacer con él, ¡y confío en que fundará mi obra benéfica con su habitual meticulosidad!

Ah, por cierto, te he dejado otro regalo. Está en el cajón del estudio que papá siempre tiene cerrado con llave; ya sabes a cuál me refiero. Lo escribí para nosotras y para nuestras respectivas familias, como prueba del vínculo que lleva uniéndonos durante más de cien años.

Mamá, sé una cosa que tú no sabes. Yo que tú, el mes que viene lo comprobaría; pero su espíritu diminuto ya está ahí, bien instalado en tu interior. Y será una niña.

Gracias por todo lo que me has dado.

Besos, y hasta muy pronto,

Tu Aurora

xxx

Poco a poco, Grania levantó la cabeza. Tenía los ojos empañados por las lágrimas. Y vio a una pequeña gaviota blanca observándola desde el borde del acantilado con la cabeza ladeada.

—¿Grania?

Se volvió despacio hacia el lugar de donde procedía la voz. Matt se encontraba a cierta distancia.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó.

Grania no logró articular palabra y asintió en silencio.

—Estaba preocupado porque se está levantando un vendaval y... ¿Puedo acercarme y abrazarte?

Ella extendió el brazo hacia su marido. Él se inclinó, la rodeó con sus poderosos brazos y la estrechó con fuerza. Luego bajó la cabeza y vio lo que sostenía en las manos.

—¿Es la carta de Aurora?

—Sí.

—Y ¿qué dice?

—Ah, muchas cosas. —Grania se sonó la nariz con un viejo pañuelo de papel que sacó del bolsillo—. Era... Es extraordinaria. Tan lista, tan fuerte... ¿Cómo es posible, siendo tan joven?

—A lo mejor, como dice tu madre, su alma lleva mucho camino recorrido —musitó Matt.

—O es un ángel... —Grania se sintió flaquear y se apoyó en el hombro de Matt—. Dice que me ha escrito una cosa y que está en el cajón del estudio.

—¿Vamos a casa a ver si lo encontramos? Tienes las manos moradas, amor mío.

—Sí.

Matt la ayudó a levantarse de la roca y le rodeó los hombros con su brazo. Luego dieron media vuelta y enfilaron el camino del acantilado.

—En la carta Aurora también me decía otra cosa.

—¿Qué es? —preguntó Matt mientras caminaban.

—Dice que...

De repente, una ráfaga de viento arrancó sin esfuerzo la carta de las heladas manos de Grania y la llevó hacia el borde del acantilado.

—Oh, nena —exclamó Matt con impotencia al reparar en que no había modo de recuperarla—. Lo siento.

Grania se volvió y observó que la carta danzaba, giraba y trazaba espirales en el aire, sobresaltando de tal modo a la gaviota que esta alzó el vuelo y siguió el rumbo del papel que ascendía por los cielos y se alejaba mar adentro.

Una súbita sensación de paz invadió a Grania.

—Ahora lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes, mi vida?

—Que siempre la tendré a mi lado —musitó.

Agradecimientos

Esta es la página que más ganas tengo de escribir. Significa que he terminado el libro y que está en vías de publicación gracias, en muchos y variados aspectos, al apoyo, el asesoramiento y el ánimo de todas las personas a quienes nombro a continuación.

En primer lugar, a Mari Evans, mi fantástica editora en Penguin, por sus inestimables «pellizcos». A todo el equipo de Penguin, que ha defendido el libro con tanta pasión, en especial a Roseanne Bantinck, Anna Derkacz y todo el departamento de derechos de autor, que ha conseguido hacer llegar mis historias a los lectores de todo el mundo. A Karen Whitlock, mi correctora, Pat Pitt, mi maquetista, y todas las personas que trabajan entre bastidores y que han colaborado tantísimo.

A Jonathan Lloyd, mi fabuloso agente y amigo, cuya paciencia (por no nombrar los innumerables gastos de representación) se ha visto por fin recompensada. A Susan Moss y Jacquelyn Heslop, las únicas dos personas a quienes confié la lectura del manuscrito antes de enviarlo para su publicación y quienes me animaron muchísimo hasta que recibí el veredicto de los profesionales. A Helene Rampton, Kathleen MacKenzie, Tracy Blackwell, Jennifer Dufton, Rosalind Hudson, Adriana Hunter, Susan Grix, Kathleen Doonan, Sam Gurney, Jo Blackmore, Sophie Hicks y Amy Finnegan. Chicas..., ¡¿qué haría sin vosotras?! A Danny Scheinmann, cuyos serenos consejos han resultado tan valiosos, a Richard Madeley y Judy Finnigan, cuyo «club de lectura» me ha ofrecido la plataforma perfecta para el lanzamiento de mis próximas novelas. A David Makinson de The Holt Bookshop, a Richard, Anthony y Felicity Jemmett, a Moreno Delise y Patrick Greene; y un agradecimiento muy especial tanto a Isabel Latter, magnífica

osteópata y amiga mía, como a Rita Kalagate, que consigue que me mantenga en buena forma física durante las interminables revisiones de los textos.

A mi familia, que me soportan a mí y mis hábitos disparatados mientras estoy escribiendo sin quejarse... demasiado. A mi madre, que siempre me ofrece apoyo incondicional, a Janet, mi hermana, a Georgia y Olivia, cuya destreza para mecanografiar textos, avivada por una copa de «Voddy», sigue ofreciendo unos resultados impecables. Y a mis fantásticos hijos: Harry, Isabella, Leonora y Kit (que merece una mención especial por permitirme que le robara la primera frase de su bonita historia). He escrito sus nombres en orden cronológico, no de importancia. Os quiero a todos; cada uno a su manera me habéis proporcionado amor, risas y, sobre todo, vitalidad. Solo puedo deciros que me siento orgullosa de haber tenido el privilegio de traerlos al mundo a todos y cada uno.

Y a mi marido, Stephen. Para variar, lo que siento no puede expresarse con palabras. Tan solo puedo decirte gracias. Gracias por todo. Esto va por ti.

Bibliografía

La joven del acantilado es una obra de ficción ambientada en hechos históricos. Las fuentes en las que me he basado para investigar los períodos y los detalles de la vida de mis personajes son las siguientes:

- Coogan, Tim Pat, *Michael Collins*, Arrow, 1991.
- Daneman, Meredith, *Margot Fonteyn*, Viking, 2002.
- De Valois, Ninette, *Invitation to the Ballet*, Bodley Head, 1937.
- Eldridge, Jim, *The Trenches: A First World War Soldier, 1914-1918, My Story*, Scholastic, 2008.
- Faulks, Sebastian, *Birdsong*, Vintage, 2007. [Hay trad. cast.: *La canción del cielo*, Seix Barral, Barcelona, 2009.]
- Figes, Orlando, *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924*, Pimlico, 1997. [Hay trad. cast.: *La revolución rusa, 1891-1924: la tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona, 2006.]
- Garafola, Lynn, *Diaghilev's Ballets Russes*, De Capo Press, 1998.
- Lee, Joseph J., *Ireland 1912-1985: Politics and Society*, Cambridge University Press, 1990.
- Lifar, Serge, *Serge Diaghilev*, Putnam, 1945.
- Light, Alison, *Mrs Woolf and the Servants*, Penguin Books, 2008.
- Nicholson, Juliet, *The Great Silence: 1918-1920, Living in the Shadow of the Great War*, John Murray, 2009.
- Nicholson, Virginia, *Singled Out*, Penguin Books, 2008. [Hay trad. cast.: *Ellas solas: un mundo sin hombres tras la Gran Guerra*, Turner, Madrid, 2008.]
- Röhrich, Lutz, «*And They Are Still Living Happily Ever After*»: *Anthropology, Cultural History and Interpretation of Fairy Tales*,

traducción de Paul Washbourne, University of Vermont, 2008.

Stevenson, David, *1914-18: The History of the First World War*, Penguin Books, 2005.

—, *The Outbreak of the First World War: 1914 in Perspective (Studies in European History)*, Palgrave Macmillan, 1997.

Notas

[1] Período de agitación política en Irlanda que en 1919 desembocó en la guerra anglo-irlandesa y la consiguiente división del país. (*N. de la T.*) <<

[2] En el original, «big house»; era la casa del terrateniente de origen protestante, cuyas tierras habían sido previamente usurpadas a la población católica de Irlanda durante el dominio británico. (*N. de la T.*) <<

[3] «Cisne» en inglés. (*N. de la T.*) <<